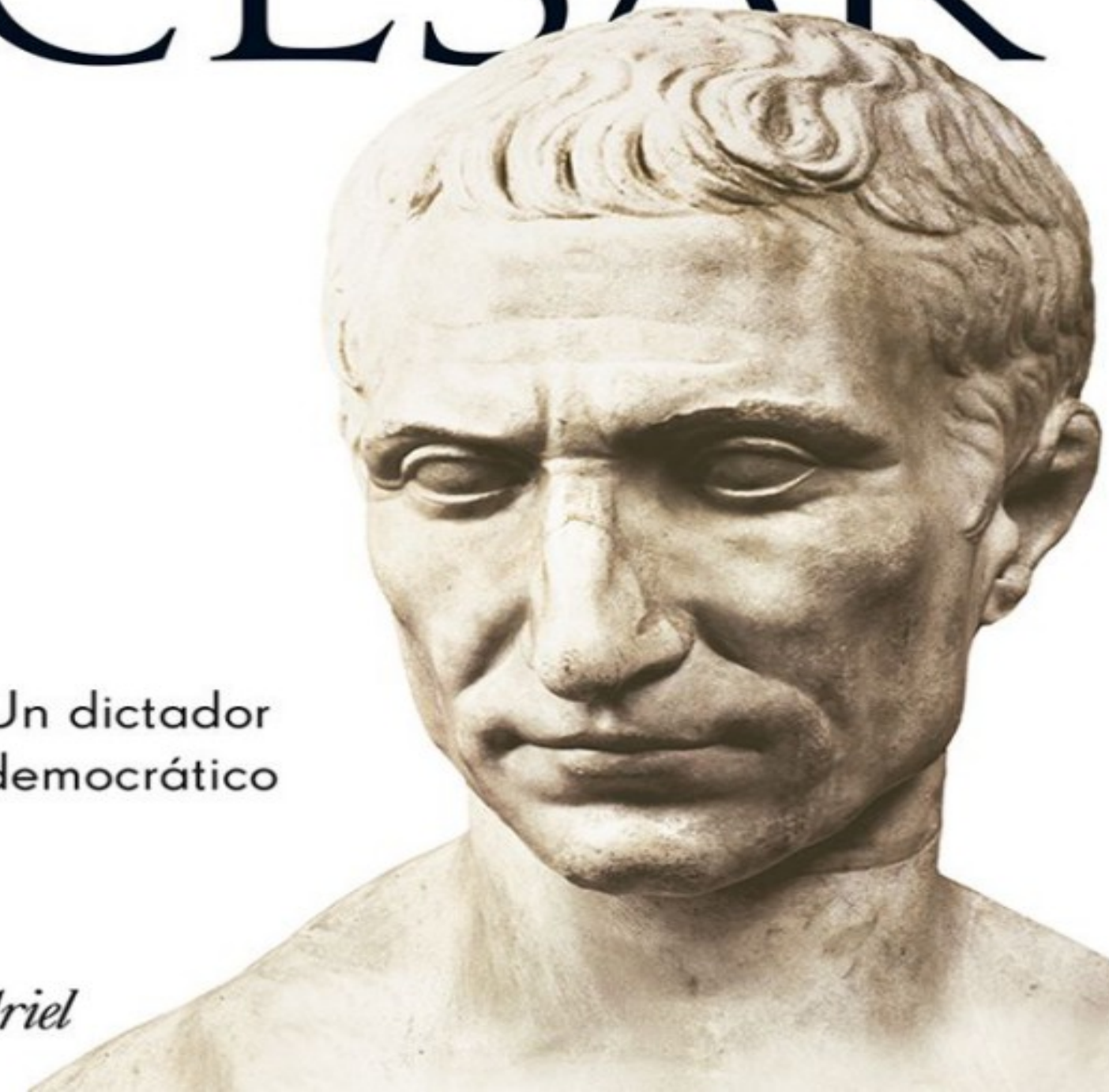
Luciano Canfora

JULIO CÉSAR



Un dictador democrático

Ariel

Índice

Portada
Prefacio
I. Huyendo de Sila: primeras experiencias de un joven aristocrático
II. Prisionero de los piratas (75-74 a.C.)
III. El ascenso de un líder
IV. Pontífice máximo
V. Los «negocios» del señor Julio César y de otros
VI. Mercado político
VII. En la conjuración y más allá de la conjuración
VIII. El discurso al senado reelaborado por Salustio
IX. El «monstruo de tres cabezas»
X. Los efectos del triunvirato: el dictamen de Asinio Polión
XI. El primer consulado (59 a.C.)
XII. Un aliado incómodo: Clodio
XIII. Semíramis en la Galia
XIV. La conquista de la Galia (58-51 a.C.)
XV. El «libro negro» de la campaña gálica
XVI. Hacia la crisis
XVII. ¿Una vieja aspiración a la «tiranía»?
XVIII. Asalto al mundo con cinco cohortes
XIX. El «programa» cesariano: la búsqueda del consenso
XX. «Amicitia»
XXI. Del Rubicón a Farsalia
XXII. Contra la subversión
XXIII. Alejandría
XXIV. César, salvado por los judíos
XXV. De Siria a Zela
XXVI. La larga guerra civil
XXVII. El vástago de Palma: aparece el joven Octavio
XXVIII. «Anticato»
XXIX. Indicios de conspiración

XXX. «Iure Caesus»
XXXI. La escena de las Lupercales
XXXII. La dictadura
XXXIII. ¿Epicúreos en revolución?
XXXIV. La «hetería» de Casio y el reclutamiento de Bruto
XXXV. Realismo de un conspirador: Casio se coloca en segunda fila
XXXVI. Un inesperado rechazo
XXXVII. ¿Cicerón promotor de la conjura?
XXXVIII. Del grave error de prescindir de la escolta
XXXIX. Dinámica de un «tiranicidio»
XL. «Where's Antony?»
XLI. El cuerpo de César. Cómo un éxito se transforma en fracaso
XLII. El viento
Apéndice 1. César escritor
Apéndice 2. La otra verdad: Asinio
Apéndice 3. El «Brutus» y el «Anticato»
Apéndice 4. La política cultural
Apéndice 5. La restauración
Bibliografía
Biografías
Cronología
Glosario
Notas
Créditos

PREFACIO

«Escribiendo el libro de César debo estar atento a no creer ni siquiera por un instante que las cosas tuvieron que suceder por fuerza como han sucedido», anotaba Brecht en su *Diario de trabajo*.[1] En las líneas sucesivas, la nota adquiere un cariz divagador, restando en parte fuerza al pensamiento inicial. Brecht se enreda en vanas reflexiones sobre la inevitabilidad del antiguo régimen esclavista. Pero poco después el pensamiento más elevado vuelve a asomarse en forma de polémica hacia el optimista y al fin arbitrario «ir en busca de las causas de todo lo que ha sucedido», de la que se deriva la crítica mordaz a las expresiones impersonales, tan frecuentes en la historiografía («*se hacía* esto o aquello por tal razón»), que desemboca en la pregunta que todo historiador debería formularse: «¿Pero quién es este *se*?»

Los acontecimientos que constituyen la materia de este libro se prestan más que ningún otro a tal reserva antideterminista: se trata de hechos políticos y militares para los cuales fue posible, a cada paso, la eventualidad de que se dieran unos resultados opuestos respecto a los que efectivamente se dieron. Como demuestra, por ejemplo, ateniéndonos sólo a la última fase, la extraordinaria vitalidad de la parte anticesariana en la guerra civil: para debilitarla se necesitaron años de lucha encarnizada, sin escrúpulos, sangrienta y, lo que es más, nunca definitiva.

1. ¿Fue su sombra el mundo entero?

Un poema de Jorge Luis Borges encierra en pocas líneas, claramente inspiradas en el *Julio César* de Shakespeare, la visión «providencialista» en torno al caso de César y a su significado. «Aquí lo que dejaron los puñales. / Aquí la pobre cosa, un hombre muerto / que se llamaba César»: reiteración clara al inicio de las primeras palabras que Antonio pronuncia en el drama shakespeariano, en presencia del cadáver: «¡Oh poderoso César! ¿Yaces tú

tan bajo? ¿Todas tus conquistas, tus glorias, los triunfos, los botines, se han reducido a tan pequeña medida?» Pero en la conclusión de la breve poesía vemos que surge «el otro César»: «el que vendrá, cuya gran sombra será el mundo entero».

La premisa es clara: César es visto aquí como uno de aquellos hombres cuya obra deja «vasta huella», de cuyas acciones se han derivado transformaciones históricas. En el caso de César, la romanización de la Europa céltica y el nacimiento de la monarquía universal destinada a una larga fortuna. Hombres de esta clase son vistos como «instrumentos» de la historia. Y justamente, por haber dado lugar a transformaciones *necesarias*, a mutaciones que *debían* producirse por una especie de «madurez de los tiempos», los resultados de sus acciones y sus éxitos acaban siendo considerados como inscritos en una inmanente «lógica» de la historia.

Ahora bien, la advertencia que Brecht se hacía a sí mismo, apuntada en su *Diario de trabajo*, ataca en su raíz precisamente este tipo de certeza, esta «fe» en la coincidencia «providencialista» entre aquella «pobre cosa» que los enemigos han apuñalado y «el otro [César] cuya sombra será el mundo entero»: resultado proyectado sobre un futuro lejanísimo, pero sentido ya todo *in nuce* en la obra de aquel audaz y desafortunado cabecilla.

En cada momento, y sobre todo en los decisivos, la acción política y militar de César estuvo expuesta a los resultados más diversos. Corrió el riesgo, una y otra vez, de perderlo todo, especialmente en el curso del interminable conflicto que concluyó con su muerte violenta. Al final naufragó en la acción más espectacular, si bien no del todo imprevista: la conjuración de los suyos. Y sin embargo, ha conservado un prestigio póstumo inagotable y una fuerza sugestiva de larguísima duración, que hace, incluso de su nombre, un arquetipo. ¿Esto ha sucedido únicamente gracias a la sabia gestión que de su figura hizo Octaviano, el que después sería Augusto, su hijo y heredero? Octaviano lo «rediseñó» para declararse posteriormente su «heredero» durante una larga fase de su carrera, pero luego había dejado que se fuese esfumando cada vez más hacia el fondo, engastándolo en la fórmula, gratificante sobre todo para «el hijo», *Divi filius*.[2] Esto complica el trabajo del historiador, que debe distinguir entre el César «en cuanto tal» y el de la

tradición filtrada por Octaviano, el cual influyó no sólo en la historiografía contemporánea sino, sobre todo, en la determinación de una línea triunfante que asumía, para bien o para mal, a César como punto de partida.

Deberíamos considerar una suerte que aquel hombre nos haya dejado su propia narración de los actos políticos y militares que llevó a cabo en la década central de su actividad pública (5848 a.C.); por otra parte, ésta constituye también la más auténtica *idea de sí mismo* que «aquel muerto que se llamaba César» quiso dejar. Y sabemos lo arriesgado que es, además de tentador, proclamar lo que un personaje histórico *fue* más allá de lo que *quiso ser* o, sobre todo, de aquello que *dijo que había sido*.

La solución está, pues, en la narración. La narración de una carrera totalmente orientada a superar la *res publica*, el sistema tradicional del Estado romano. Dicha narración, sin embargo, sólo puede ser reconstruida en parte porque está manipulada desde el origen. El mismo César, con la operación de los *Commentarii* ha iniciado tal proceso de manipulación. La búsqueda de un nexo entre las ambiciones y la carrera de un líder y el «rol histórico» que ha desempeñado en la liquidación de la antigua *res publica* contrasta con la reiterada reivindicación, por parte del protagonista, de su papel de infatigable defensor de las reglas y los derechos del sistema tradicional. Pero desconfiar sistemáticamente de aquella autorrepresentación nos expone continuamente a caer en el teleologismo, es decir, en una especie de metafísica de la historia.

2. El César de los príncipes

No podemos dejar de lado, sin embargo, la larga tradición historiográfica y el César al que ésta ha dado vida. El que, por ejemplo, la noción, siempre vital y siempre ambigua, de «cesarismo» se repita a través de los siglos como noción clasificadora de una tipología del poder significa que hay que tomar en consideración, porque él mismo se ha convertido en un *hecho*, el César que la tradición ha construido. Pero ¿a qué tradición nos referimos? Por un lado a la de los soberanos, tendentes a indentificarse con aquel modelo, y, por otro, a una línea interpretativa muy crítica que podemos definir con la fórmula del «pesimismo republicano» que usaba Ronal Syme.

Un breve panorama del interés de los soberanos por el arquetipo cesariano nos llega de uno de ellos. Se encuentra en la nota editorial que Napoleón III hizo poner al principio del segundo tomo de su incompleta y muy doctamente elaborada *Histoire de Jules César* (1866). Afirma el editor, de acuerdo obviamente con el emperador, que «no deja de ser interesante al publicar el segundo volumen de la *Historia de César* escrita por el emperador, recordar los nombres de los soberanos y de los príncipes que se ocuparon del mismo argumento». Y cita algunos nombres que merecen ser recordados, dada su importancia. Carlos VIII, que «mostró un aprecio muy especial por los *Commentarii* de César», de tal modo que indujo al monje Robert Gaguin a ofrecerle una tradución de los *Commentarii* de la guerra gálica (1480). Carlos V, con el que estamos en deuda por el ejemplar de los *Commentarii* «repleto en los márgenes de observaciones de su propia mano», y cuyo interés por los aspectos estratégicos del relato cesariano era tal que llegó a enviar a Francia una comisión científica con el objetivo de estudiar la topografía de las campañas gálicas, de la que resultó una exquisita publicación del impresor Giacomo Strada (1575), con alrededor de cuarenta mapas, uno de ellos relativo al asedio de Alesia. Por su parte, el sultán turco Solimán II, contemporáneo y émulo de Car-los V, mandó buscar y recoger por toda Europa el mayor número de ejemplares de los *Commentarii* cesarianos y los hizo cotejar, naciendo así una traducción en lengua turca que el sultán utilizaba en sus lecturas cotidianas. Enrique IV y Luis XIII tradujeron respectivamente los dos primeros y los dos últimos *Commentarii* (la edición que recoge ambas traducciones aparece «au Louvre», es decir, en la imprenta real, en 1630). Luis XIV (el cual ciertamente no se cansó demasiado) tradujo de nuevo el primer comentario, ya traducido por Enrique IV e hizo preparar, cuando estaba aún bajo la tutela de Mazarino, una suntuosa edición ilustrada (1651). Llegamos así al gran Condé, el cual había estudiado muy seriamente las campañas cesarianas, y que impulsó a Perrot d'Ablancourt a hacer una traducción completa de los *Commentarii*, que durante el siglo XVIII fue la más renombrada y difundida. La serie se concluye, tras una alusión a una obra biográfica de Cristina de Suecia sobre César y a un mapa de las campañas gálicas de Felipe de Orleans, con el verdadero antecedente del impresionante trabajo de

Napoleón III: el *Précis des guerres de César*, que el primer Napoleón, en Santa Elena, había dictado a principios de 1819 al conde Marchand, y que éste publicó en París en 1836.

3. El César de Bonaparte

En Bonaparte se da un verdadero proceso de autoidentificación. El fiel Las Cases, en el *Mémorial de Sainte-Hélène*, registra reflexiones analógicas que provienen con toda probabilidad del emperador: «Se constata que Napoleón ha afrontado 60 batallas, César 50.»[3] Y al conde Marchand el emperador le confía una predicción: «mi muerte será señalada como la de César» (con alusión al paso del cometa en el momento del fallecimiento).[4] Hablando con Las Cases, el emperador reivindica el haber proyectado también él, al igual que César, el saneamiento de los pantanos Pontinos.[5] E incluso el barón de Pommereul llegaba a subvertir la axiología comparativa sentenciando en las *Campagnes du général Bonaparte en Italie* (1797): «¡comparado con Bonaparte, César es un simple aspirante a la gloria militar!».

Para Napoleón, no se trata solamente, como ocurría con los soberanos que lo habían precedido en el «culto de César», de asumir un modelo de soberanía. Se trata también de percibir muy claramente la relación privilegiada establecida por César con el «pueblo»: *le peuple* es un término muy en boga en los años de la Revolución (*L'ami du peuple* es el periódico de Marat); con él se designa a aquella parte políticamente activa de las capas sociales más bajas que hace efectivamente política y ejerce una presión sobre los poderes constituidos, influenciando en ellos. Recordemos tan sólo algunas apariciones sintomáticas de *peuple* que nos ayuden a comprender qué quería decir cuando empleaba este término: en enero del 49 a.C., Pompeyo habría podido hacerse fuerte en Roma para afrontar el ataque de César «pero *le peuple* estaba contra él» (p. 209); «*le peuple* tenía una irresistible inclinación en favor de César» (p. 125); «cuando César, siendo muy joven, pronunció una oración fúnebre por Julia, hermana de su padre y esposa de Cayo Mario, *le peuple* acogió con entusiasmo el retorno en una ceremonia pública de las imágenes que representaban a Mario» (p. 26).

Utiliza *peuple* con el mismo valor que Suetonio usa *plebs* en ciertos fragmentos de la *Vida de César*: es la masa de maniobra, pero también el grupo social de presión que ha tenido un papel protagonista en los conflictos civiles. Napoleón desvela un dato sustancial: identifica una «formación primaria» respecto a la cual César se permitió todo tipo de tácticas para prevalecer sobre sus adversarios, pero que no perdió nunca de vista. Con razón achaca (p. 213) a ciertas concesiones a la aristocracia, tras la victoria en la guerra civil, la causa de las «murmuraciones del *parti populaire* y del ejército» contra él. Se centra con eficacia sobre un punto que le interesa mucho, por sentirlo como pertinente a su propio caso: la «legitimidad» del poder personal de César[6] que continúa siendo líder del «pueblo» aun en la nueva posición monocrática («dictador perpetuo»). Y elabora, frente a la deadencia y desnaturalización del Senado, dada la gran presencia de veteranos en Italia «attendant tout de la grandeur de quelques hommes et rien de la république», la teoría de la «*persona* de César como garantía de la supremacía romana» y de la «seguridad de los ciudadanos de todos los partidos».

La insistencia con la que descalifica como invenciones panfletarias las noticias de las fuentes acerca de la aspiración al título de rey por parte de César es un indicio ulterior de su identificación con el personaje. Dictador vitalicio («dictateur perpétuel»), no rey; y en cuanto tal, garante de la supremacía romana y de la seguridad de todos.

No ha de sorprendernos esta autoidentificación (la campaña de Italia sería para él lo que fue la campaña de las Galias para César: una preparación a los enfrentamientos decisivos y de mayor consideración). En las «escuelas de guerra», los *Commentarii* de César eran libros de estudio;[7] una página como la del *Précis*, en la que Napoleón discute seriamente, y con buen conocimiento de causa, las dificultades logísticas sobre qué determinado tipo de ataque habría sido preferible contra los partos y qué vías habría que seguir,[8] parece una «ejercitación» de una escuela de formación militar.

4. Y el de los «republicanos»

En las antípodas de esta interpretación del primer Bonaparte, que parece querer sugerir *(pro domo sua)* que el único modo para evitar desvirtuar una política popular sería ancorarla en un fuerte poder personal necesariamente interclasista,[9] se sitúa la interpretación inspirada en el que podríamos definir sumariamente como «pesimismo republicano». Ésta ha tenido muchos representantes en nuestro siglo, incluso insignes. Las páginas de Syme *(Rivoluzione romana)* o de Gelzer (por ejemplo en su *César*, pero también en muchos otros escritos menos conocidos) son testimonios elocuentes de tal orientación: cuyo *focus* está en la equiparación de los líderes tardo-republicanos y en la reducción a puro organismo propagandístico de sus palabras y de sus «programas». Paradójicamente, esta posición se asemeja —al menos en un punto esencial— en los resultados, aunque difiera en las premisas, a la tendencia que podríamos definir «marxista-leninista» (que ha tenido sus mayores exponentes en la historiografía soviética, pero que aflora también en algunas frases de la página brechtiana de la que hemos hablado): también esta visión tiende, por sus propias razones, a «reducir distancias» entre los jefes que luchan por la supremacía. Aquellos cabecillas, aun estando enfrentados entre ellos, son considerados, en su conjunto, corresponsables de una conducta política común, orientada a preservar el régimen esclavista. Enfrentados entre ellos, pero, respecto a aquella discriminación fundamental, todos en el mismo lado de la barricada. Una frase de Brecht alude de pasada a una cuestión que parece resquebrajar este esquema: allí donde Brecht habla de «pésima política democrática», por causa, precisamente, de la esclavitud. Es una simple alusión que podría remitir a mayores articulaciones del escenario.

Es esquemática, sin duda, la visión tendente al «pesimismo republicano». Con razón Arnaldo Momigliano, que ha emigrado recientemente a Inglaterra, al vacío, aunque aparentemente concurridísimo, universo «prosopográfico», objetó que estos hombres, cuyas acciones nos han sido dadas a conocer tan prolijamente por lo que se refiere al periodo de la guerra civil, no fueron sólo unos predestinados a quedar fichados en la enciclopedia Pauly-Wissowa, sino que eran clases, grupos sociales en lucha, proletariado urbano, *nobilitas*, vieja aristocracia, etc.[10]

En el «pesimismo republicano»[11] predomina, como es obvio, el tono moralista. El mismo principado, para Gibbon, es «esclavitud». Para él, como posteriormente para Syme, Cremucio, Trasea, etc., «mártires de la libertad» bajo el principado, son «los últimos verdaderos romanos». «La educación de Elvidio [Prisco] y Trasea, de Tácito y Plinio, fue la misma que la de Cicerón y Catón. De la filosofía griega, éstos habían asimilado las nociones más justas y liberales sobre la dignidad de la naturaleza humana y sobre el origen de la sociedad civil. La historia de su patria les había enseñado a venerar una República libre, virtuosa y triunfante, a aborrecer los criminales éxitos de César y Augusto, y a despreciar íntimamente *(inwardly)* a aquellos tiranos que adoraban con la más vil adulación.»[12] Este tono, apreciable en Gibbon, resulta anacrónico en Syme.

La transformación del ejercicio del poder en la antigua República estuvo orientada, al menos durante un par de siglos, si bien con excepciones clamorosas, mucho más en la dirección de un principado continuista respecto a la antigua ciudad-Estado y a sus formas políticas, que no hacia una monarquía helenísticomilitar (para la que el mundo griego había ofrecido desde hacía tiempo, con Alejandro, un modelo ideológico y carismático). En equilibrio entre estos dos modelos está César, al que no haríamos justicia si redujésemos sus intenciones a la obstinada voluntad de regular las cuentas con amigos y enemigos personales, documentada en los *Commentarii*, sobre todo en los de la guerra civil. Afortunadamente, la tradición subsistente ha conservado, gracias a Suetonio, fragmentos de información provenientes del *entourage* cesariano e, indirectamente, del propio César, al que se descubre, por así decirlo, fuera del esfuerzo de autorrepresentación de los *Commentarii* e iluminado por la fuerza y la eficacia de una documentación original a la que seguramente nadie, después de Suetonio, se ha acercado con intenciones historiográficas.

Es a través de esta tradición insidiosa por la que se moverá nuestro relato. César ha electrizado a sus historiadores a una distancia de milenios. Ha inducido a mentes lúcidas y de gran experiencia a hablar de él como del inefable. «En esto se halla la dificultad, se podría decir la imposibilidad, de hacer una exacta descripción de César», escribió de él Theodor Mommsen.

«Así como el pintor puede pintarlo todo, salvo la belleza perfecta, también el historiógrafo que encuentra una sola vez cada mil años la perfección, sólo puede guardar silencio.»[13]

Semejante actitud extasiada es nociva para el historiador. Pero en sí es significativo que uno de los máximos historiadores del siglo XIX haya sido seducido hasta tal punto por la fascinación de su personaje. Para nosotros, sus sucesores, esto nos hace aún más ardua la tarea.

I

HUYENDO DE SILA: PRIMERAS EXPERIENCIAS DE UN JOVEN ARISTOCRÁTICO

1. César se nos muestra en su primera juventud como un hombre hostigado pero indomable, fuertemente comprometido en defender el honor del derrotado partido «popular». Contra César se desencadena la hostilidad del dictador Sila, quien anhelaba eliminar físicamente al sobrino de Cayo Mario. Éste era descendiente de una de las más antiguas familias patricias, la estirpe de los Julia, los cuales se jactaban de proceder de una mítica descendencia de Iulo, hijo de Eneas. Cebarse en el jovencísimo hijo de Cayo Julio César *(maior)*, fallecido en el año 85 cuando el futuro dictador apenas contaba 16 años, no iba a ser nada fácil. Sila prefirió humillarlo, y así, entre otras cosas, trató de que abandonase a su esposa, Cornelia, por su parte hija de Cinna, el otro cabecilla «popular» que Sila había derrotado cuando llevó a cabo la marcha sobre Roma.

Para César, aquellos primeros años de vida «consciente» bajo la dictadura de Sila significaron probablemente una experiencia decisiva. Comprobó, al mismo tiempo, qué representaba arriesgarlo todo en una situación de poder absoluto de los enemigos políticos, y qué podría significar el dominio incontrolado de la *factio paucorum*.

Tras haberle impedido asumir el cargo de *flamen Dialis*,[1] Sila pensó acabar con César y hacer que lo asesinaran. Plutarco lo afirma claramente.[2] Por su parte, Suetonio lo deja entender cuando explica que César, obligado a cambiar cada noche de escondite, e incluso a sobornar «a quienes lo acechaban», al final «consigue librarse» *(veniam impetravit)* por intercesión de las vestales, así como de Aurelio Cota.[3]

Así pues, Sila halló resistencia en su mismo entorno contra la iniciativa de liquidar a César. De ahí la dura réplica dirigida a los suyos, incapaces de entender la peligrosidad de César: «¡Habéis ganado, quedaos con él! Un día os daréis cuenta de que aquel a quien queréis salvar a toda costa, será nefasto para el partido de los aristócratas *(optimati partibus)*, que todos hemos defendido. No os dais cuenta que en César hay muchos Cayo Mario».[4] Aun cuando no le faltasen asesinos a sueldo,[5] anónimos y fiables, no logró su objetivo. Esta experiencia extrema empujó a César a tomar partido definitivamente, cuando, como narra Plutarco, «vagaba por la Sabina» cambiando de refugio cada noche.[6]

2. César decidió desaparecer de Roma por un tiempo. Nació, de este modo, su misión como *legatus* de Marco Minucio Termo. En el año 81, Termo, inmediatamente después de la pretoría o quizá incluso antes de caducar su magistratura,[7] fue destinado a la provincia de Asia, y se llevó consigo a Julio César. Era, evidentemente, una forma de alejarlo de Roma. En Asia, Termo confió a César una misión en la corte de Nicomedes, rey de Bitinia y buen amigo de la República romana. Fue en aquella ocasión cuando surgió la gran amistad entre César y Nicomedes, sobre la cual sus adversarios se ensañaron con duras y continuas alusiones sobre el aspecto sexual de la misma. Hasta treinta y cinco años después, el tema era objeto de sorna incluso en los estribillos que los soldados cesarianos cantaban en la época del triunfo sobre la Galia:[8] «César sometió las Galias, Nicomedes sometió a César»,[9] y continuaban ironizando: «He aquí que ahora triunfa César, quien ha conquistado la Galia, pero no triunfa Nicomedes, que conquistó a César.» César se mantenía dignamente a distancia de estas mofas. De todos modos, la misión en Asia se caracterizó también por los acontecimientos bélicos. César se concentró en el asedio de Mitilene —último foco de resistencia antirromana tras la caída de Mitrídates— y «fue condecorado por Termo con una corona *ob cives servatos* (por haber salvado la vida de los ciudadanos romanos)».[10]

En el 78 lo encontramos en Cilicia al servicio de Servilio Isáurico;[11] éste, tras el consulado, había sido destinado a un delicado cargo contra los piratas, para los que Cilicia era su punto de fuerza, su base y su refugio. Aunque no lo conocemos con exactitud y detalle, parece evidente que César continuó con sus operaciones en Oriente y no regresó a Roma mientras vivió Sila. Paulatinamente se fue asociando, con especiales responsabilidades, con los comandantes romanos que avanzaban sobre Asia Menor. Su pertenencia al patriciado lo hacía posible. Hay que decir también que, evidentemente, incluso los magistrados vinculados a Sila le abrían las puertas, lo que contribuía no poco a su supervivencia y salvación.

Tan sólo regresó a Roma al llegarle la noticia de la muerte de Sila y de la insurrección de Marco Emilio Lépido (cónsul en el 78) contra la legislación silana.[12] Es significativo el gran acontecimiento que representó su vuelta. Este hombre de 22 años, perseguido y obligado a huir de Roma para salvar la vida, en modo alguno doblegado por la persecución, se moviliza rápidamente en cuanto se entera de la desaparición del dictador. Actúa como un líder que sabe que es reconocido como tal; valora las propuestas y las posibilidades de Lépido y las descarta. Éste, que es mucho más anciano, con mayor autoridad y que aquel año ocupaba el consulado, lo invita calurosamente y «con grandes promesas»[13] a compartir la aventura de la revolución, advirtiendo en César a un jefe popular. Pero César ya tiene el «ojo clínico» del político maduro, lo cual le permite distinguir entre un aventurero y un jefe con posibilidades de éxito. Suetonio, que sobre esto proporciona valiosos detalles, precisa que César descartó aliarse con Lépido por dos razones: porque no tenía confianza en su carácter,[14] y porque, observando las cosas de cerca, se había dado cuenta de que se trataba de una iniciativa inferior a sus expectativas.[15] En esta rapidez de valoración y reflejos se halla ya el político provisto de la virtud máxima según la politología clásica: la capacidad de intuir los movimientos, es decir, prever «entre las varias posibilidades, lo que con mayor probabilidad se va a producir».[16] Un arte que antepone la capacidad de valorar las relaciones de fuerza.

La insurrección de Lépido, prematura y mal organizada, acabó mal. Tras haber fomentado desórdenes en la Galia Transalpina, siendo ya procónsul (77 a.C.), Lépido marchó sobre Roma, pero Catulo lo despachó, de modo que huyó miserablemente a Cerdeña, quedando una parte de sus hombres refugiados con Sertorio en España. Lépido tenía a sus espaldas una desastrosa trayectoria. Había estado con Cina, se había casado con una mujer que estaba emparentada con Saturnino, malogrado cabecilla popular. Pero cuando la victoria de Sila se hizo inminente repudió a su esposa y se alió con él, enriqueciéndose con las incautaciones de las proscripciones, lo que constituyó un agravio indeleble. Convertido en cónsul (según la estructuración silana), se dedicó a conspirar con Pompeyo, que por otra parte había sido formado y protegido por Sila, pero que era mucho más hábil y listo que él, con el fin de cambiar la constitución silana, cuyas normas liberticidas acentuaban el carácter oligárquico de la República romana. Es fácil advertir que César había seguido una conducta del todo opuesta a la de Lépido: había rechazado divorciarse de la hija de Cinna y había desafiado al dictador arriesgándolo todo. He aquí a qué puede referirse Suetonio cuando habla de la desconfianza de César hacia el *ingenium* de Lépido. Por otra parte, en Roma, la política era por excelencia un oficio hereditario, y César, que no carecía de cinismo en la utilización de hombres incluso no cualificados, chantajeará en el 49-48, al principio de la guerra civil, al hijo de Lépido, se servirá de él para formalizar la asunción de la dictadura y lo convertirá en su *magister equitum*, usándolo también como «rival» del demasiado independiente e inquieto Antonio.[17]

3. Contra los hombres del régimen silano, César escoge un camino distinto y más prudente, que tal vez pueda resultar más productivo: llevar a algunos a los tribunales con acusaciones concretas. Así, denuncia por corrupción en su gestión al procónsul en Macedonia, Cneo Cornelio Dolabela (cónsul en el 81, y comandante de la flota de Sila el año anterior), el cual probablemente no había permanececido al margen de las proscripciones. Es muy probable que el mandato de Dolabela en Macedonia se prolongase hasta la llegada, en el 77, de Apio Claudio Pulcro (cónsul en

el 79). Ello significa que el proceso tuvo lugar durante los años 7776. Tácito, en cambio, en el *Diálogo de los oradores* data este memorable proceso en el que Dolabela fue defendido por abogados de primera línea como Hortensio, quien lo hizo gratuitamente, en el «vigésimo primer año» de vida de César,[18] es decir, en el 79 o incluso en el 80. Esto resulta imposible, ya que de este modo se situaría el proceso bajo el gobierno de Sila. El discurso de acusación de César contra el ex cónsul malversador se leía aún en tiempos de Gelio,[19] en el siglo II. Veleyo Patérculo, que fue contemporáneo del emperador Tiberio, define aquel acto de acusación con expresiones entusiastas: «accusatio nobilissima». Y detalla también que la opinión pública se mostraba favorable a César. Sin embargo, el corrupto se libró gracias a los óptimos e influyentes abogados que le asistían.[20] César, que no se había hecho nunca ilusiones sobre el desenlace del proceso, dijo en el curso de su intervención contra el imputado que «la mejor de las causas fracasó por el patrocinio de Lucio Cota».[21] La derrota no fue estéril. Como ocurre en estos casos, no debe olvidarse que el fracaso de Lépido había reforzado al régimen que justamente se proponía derrocar. La victoria del proceso de Dolabela fue una muestra de la vitalidad y soberbia[22] de la parte silana, afianzada sólidamente en el poder.

Los griegos, que esperaban obtener justicia contra Dolabela, quedaron decepcionados. César les daría apoyo en una posterior acción judicial, esta vez contra otro personaje de la camarilla silana, Cayo Antonio Hibrida. Éste, destinado a una carrera accidentada,[23] pero célebre quizá para la posteridad, sobre todo por ser tío del tribuno Marco Antonio, se había hecho con vastas recompensas en perjuicio de los griegos cuando Sila se encontraba allí,[24] y de vuelta a Italia se dedicó a especular sobre los bienes de los proscritos. Pero los griegos afectados —estamos en el año 76— lo denunciaron ante el *praetor peregrinus* de aquel año, Marco Terencio Varrón Lúculo. Según Plutarco,[25] César, que defendía la acusación de los provinciales contra el expoliador silano, fue tan eficaz que Cayo Antonio acabó por apelar a los tribunos sosteniendo como pretexto que no se le garantizaban condiciones procesales justas. Ni Plutarco (que cometió varios

errores cronológicos) ni el gramático Asconio nada refieren sobre cómo acabó el proceso, pero todo lleva a pensar que al final Antonio evitó la condena.

Cierto es que al día siguiente de tales acontecimientos político-judiciales, César decidió nuevamente «desaparecer», «para apaciguar las hostilidades desencadenadas contra él», comenta Suetonio.[26] ¿Qué mejor ocasión que un viaje de instrucción a Rodas, lugar tranquilo y de «peregrinación» para jóvenes romanos de las clases altas en busca de una buena formación «griega»?

II

PRISIONERO DE LOS PIRATAS (75-74 a.C.)

1. La travesía se vio alterada por un percance. A la altura de la isla de Farmacusa —una de las Espóradas al sur de Mileto— la embarcación de César fue capturada por los piratas, los salvajes piratas de Cilicia. El relato más pintoresco de esta aventura —que se encuentra también en la obra historiográfica de Veleyo—[1] es el de Plutarco; también Suetonio ofrece detalles coincidentes con la vivaz narración del contemporáneo biógrafo griego. Resulta difícil imaginar que puedan ser otros, y no César, quienes han dado origen a la tradición de este episodio; a él probablemente se debe el tono de arrogante ironía con que se aborda el mencionado suceso. «Le pidieron veinte talentos por el rescate —relata Plutarco— y él se echó a reír porque no sabían a quién habían apresado, asegurando que por iniciativa suya les daría cincuenta.»[2] Envió a miembros de su séquito para que reunieran el dinero, permaneciendo con él solamente su médico personal y dos esclavos.[3]

A pesar de su condición de rehén, durante los 38 días en que esperó a que sus enviados regresasen con el dinero, César adoptó de inmediato una posición de superioridad. Cuando tenía que dormir mandaba a uno de sus dos esclavos a que ordenase silencio. Cuando sus secuestradores se ejercitaban en la lucha, él los dirigía, como si tuviese su consentimiento para tomar el mando. Además, se aprovechaba de ellos como si fueran su propio auditorio. Para llenar racionalmente el tiempo de ocio al que lo constreñía el cautiverio, César componía poesías y discursos y los recitaba en presencia de sus secuestradores pretendiendo su admiración. Si ésta no se manifestaba adecuadamente, los llenaba de insultos llamándoles «bárbaros ignorantes», llegando a formular amenazas más graves, aunque proferidas en tono jocoso, como, por ejemplo, amenazarlos con la horca. Los piratas se divertían

mucho, «atribuyendo esta franqueza de lenguaje a una peculiaridad de su carácter, es decir, a su tendencia natural a las bromas».[4] Finalmente llegó la suma del rescate: se pagaron los cincuenta talentos y desembarcaron a César en tierra firme. ¿Cómo había obtenido la elevada cuantía del rescate? Es Veleyo quien aporta información precisa sobre este punto: «Fue rescatado con dinero público de las *civitates*;[5] pero bajo la condición de que antes de la entrega del dinero tuviese lugar la liberación de los rehenes.» Todo ello se comprende mejor si consideramos que César pudo valerse del argumento de haber caído en manos de los piratas debido a la insuficiente vigilancia por parte de la «guardia costera»[6] de las poblaciones *(civitates)* de la zona. Estamos en el 74, durante el gobierno del propretor Marco Yunco en la provincia de Asia,[7] momento particularmente negativo en lo que respecta al dominio romano de los mares. La campaña de Servilio Isáurico no había extirpado de ningún modo la raíz de la plaga endémica de la piratería; los esfuerzos económicos y militares del Estado romano se concentraban en la durísima guerra contra Sertorio en Hispania, guerra que en aquel momento se encontraba en su punto culminante. Para la piratería cilicia en particular era, por tanto, un momento de pujanza y predominio, especialmente en el Mediterráneo oriental. Las ciudades costeras de Asia se veían obligadas a adoptar una posición defensiva. Ante la perentoria solicitud de César, noble romano cautivo de los piratas prácticamente en las proximidades de sus costas y debido a la ineficacia de sus controles, no tuvieron más remedio que obedecer, reuniendo la considerable suma del rescate en un tiempo relativamente breve.

Apenas liberado, César se ocupó de castigar a sus secuestradores. En Mileto armó algunas naves y se movilizó sorprendiendo a los piratas que todavía permanecían fondeados en las cercanías de la isla. Veleyo destaca con acierto que César llevó a cabo toda esta operación como *privatus*.[8] Ante el vacío existente de un fuerte poder «público» de control sobre los mares y, probablemente, de forma análoga a la de la obtención de *pecunia publica* para su rescate, había armado algunas naves, con la ayuda de *privati*, de cuyo mando se ocupó directa y personalmente aun sin revestir en aquel

momento ningún cargo que lo autorizase para ello. Hubo un enfrentamiento naval: una parte de las naves piratas huyeron, otra parte fueron hundidas, y otras fueron capturadas y se hicieron no pocos prisioneros.

En aquel momento, el propretor de la provincia de Asia, Yunco, con *imperium* proconsular, se encontraba en Bitinia por las demandas testamentarias de Nicomedes III (el cual, al morir, había dejado en herencia el reino de Bitinia al «pueblo romano»). Por ello, desde Pérgamo César se desplazó a Bitinia con su «botín humano» de piratas ni prisioneros, pretendiendo que el propretor proveyese a su ejemplar castigo, lo que no sucedió en absoluto.

2. Yunco no tenía intención de realizar ninguna condena capital. Según Plutarco, «miraba sobre todo al botín», ya que «no era poco el dinero» recuperado por César en el momento de la captura de los secuestradores.[9] Pero debemos considerar más exacta la aportación de Veleyo: Yunco pensaba hacer mucho dinero revendiendo a los piratas.[10] De hecho, dio disposiciones en tal sentido, pero César zarpó inmediatamente con sus detenidos antes de que las misivas del propretor llegaran a manos de nadie y procedió a la crucifixión de los prisioneros por su propia iniciativa. La tradición bibliográfica a propósito de esto, como de costumbre, es complaciente. En otro lugar de la biografía cesariana Suetonio señalaba —¡como signo de la clemencia de César en las venganzas!— que antes de crucificarlos, suplicio que comportaba una muerte lentísima y atroz, los había estrangulado a todos.[11] Plutarco puntualiza que con tal crucifixión César no hacía más que mantener la promesa que les había hecho «fingiendo que bromeaba» cuando era su prisionero.[12]

Que el futuro «amo del mundo», de joven, hubiera caído en manos de los piratas era un acontecimiento que naturalmente se prestaba al realce ornamental y a reelaboraciones legendarias. En el relato de Polieno, el cual escribía su manual de *Estratagemas* en tiempos de Marco Aurelio, mucho después por tanto de Plutarco y Suetonio, la liberación de César de los piratas tiene lugar gracias a una estratagema digna de Odiseo. Colmados de dinero, mucho más de lo que esperaban, una vez cobrado el rescate, los

piratas fueron inducidos a celebrar un banquete y fueron emborrachados con un vino que contenía una droga. Mientras dormían, César los mandó matar y restituyó a los milesios el dinero recogido para el rescate.[13] Por otra parte, que los piratas hubieran sido «degollados» y no crucificados era una noticia de la que disponía un anticuario coetáneo de Augusto, Fenestela, el cual la refería en el segundo libro de su *Epitome*, ya perdido.[14]

Con la estancia de César en Asia y su desafortunado encuentro con el gobernador Marco Yunco se relaciona un discurso de César, *Para los bitinios*, del que Gelio ha conservado sólo algunas frases.[15] A juzgar por lo poco que queda del escueto comentario de Gelio, parece claro que César allí habla frente a Yunco, ya que se dirige a él directamente (y sólo podía hacerlo en tanto magistrado ante el cual se pronunciaba aquel discurso),[16] y explica por qué sus antiguos lazos de amistad con Nicomedes le obligaban a apoyar la causa de los bitinios. Y formula una teoría que resulta ser también *una de las claves de la conducta del buen político en Roma*: «no se puede abandonar a los clientes, si no es cometiendo una grandísima infamia».[17]

3. No conocemos otros detalles de este caso. Éste confirma, al parecer, que las relaciones con Yunco no debieron de ser óptimas (el incidente relativo al castigo de los piratas no fue un episodio banal). Éste, sobre todo, introduce un nuevo elemento en los otros asuntos judiciales en los que César, jovencísimo, se había ocupado en defensa de los provinciales.[18] En vista, según deducimos de sus palabras, de establecer un entramado de relaciones políticamente rentables para su ulterior carrera politica.

Por otra parte, en el viaje que originariamente se dirigía hacia Rodas, además del percance de los piratas y de su continuación en Bitinia, había habido también otros imprevistos. En la provincia de Asia, César tomó parte en las operaciones contra un general de Mitrídates, del que Suetonio —única fuente— no facilita el nombre.[19] El episodio se explica en dos palabras: la provincia padecía las incursiones de dicho general de Mitrídates; César reclutó tropas auxiliares, hizo retroceder al invasor y logró restablecer la amistad con Roma de ciudades aliadas cuya fidelidad se tambaleaba, precisamente a causa de la evidente debilidad que el dominio romano

mostraba, y ello no sólamente en la región. Del mismo modo que siendo *privatus* había armado naves para perseguir a los piratas, ahora también había reclutado tropas auxiliares y adquirido experiencia, si bien marginalmente, en un conflicto muy comprometido. Si además el «Cayo Julio», citado junto con Publio Autronio como legado de Antonio Cretico en un epígrafe honorario griego del año 71, es César,[20] en tal caso recuperaríamos otra pieza para conocer sus viajes y ocupaciones en Grecia precedentes a su regreso a Roma.

Mientras tanto, aun estando ausente, César fue elegido miembro del colegio de los sumos pontífices en sustitución de Cayo Aurelio Cota.[21] Para Veleyo se trataba de una recompensa por la pérdida de su cargo de flamen debida a la persecución silana. Desde el principio, César tuvo clara la importancia de los cargos sagrados. Como era obvio para un exponente de la clase dirigente romana, sus personales opiniones religiosas no interfirieron en sus decisiones políticas. No se convirtió en líder por casualidad, sino que construyó tenazmente su propio poder, y el pontificado forma parte con todo derecho de éste.

III

EL ASCENSO DE UN LÍDER

1. De regreso a Roma en un viaje que Veleyo imagina amenazado por los piratas «dueños de los mares»,[1] César consigue su primer éxito electoral: la elección al tribunado militar en el 72 para el año siguiente.[2] Fue el primero de los elegidos,[3] ya que sabía cómo vencer en una campaña electoral. Para empezar, concentró sus energías en batallas características de la tradición y la formación *popularis*, tanto más necesarias, puesto que en Italia se propagaba la guerra contra Espartaco. Se dedicó —dice Suetonio un tanto genéricamente— «a apoyar a cuantos intentaban restituir a los tribunos de la plebe el poder que les había sustraído Sila». Su otra iniciativa, mejor testimoniada, fue el apoyo a la *Lex Plotia* dirigida a obtener el retorno a la patria de los secuaces de Lépido, que en aquel tiempo se habían convertido en partidarios de Sertorio, entre los que se encontraba su cuñado Lucio Cinna.[4]

Para las fuerzas en pugna era notorio que el problema más delicado que Sila dejaba en herencia era justamente el restablecimiento de los derechos de los tribunos de la plebe. Ya había constituido uno de los puntos del programa de Lépido, una instancia de Cayo Aurelio Cota en el 75, de Lucio Quincio en el 74, de Licino Macro en el 73, y será uno de los logros del consulado de Craso y Pompeyo en el año siguiente (70 a.C.). La genérica frase de Suetonio («apoyó con todo su empeño a quienes intentaban restaurar el poder de los tribunos») ¿a qué iniciativas concretas del César tribuno de los soldados se refería? Probablemente a la aportación que pudo haber dado a la elección de Craso. Las elecciones consulares del 70 tuvieron lugar precisamente en el 71. Es muy probable, pues, que haya habido una convergencia de César y sus seguidores en apoyo de un candidato al que,

ciertamente, no le faltaban los medios necesarios para conseguir el consenso, pero al que sin duda debió de convenirle la aportación de un *leader popularis* tan reconocido y activo.

En la *Vida de Craso*, Plutarco refiere, aunque desconocemos la fuente, que César, al ser capturado por los piratas, había afirmado: «¡Qué alegría sentirás, Craso, cuando sepas de mi captura!»[5] Si no es totalmente inventada, esta noticia implica que, aun considerando el gran desnivel en el plano del poder y de los medios, entre César, todavía aprendiz de político, y Craso, adinerado y prestigioso aspirante al consulado, existía una desavenencia o quizá cierta rivalidad. «Pero después —prosigue Plutarco— se hicieron amigos.» De hecho, como veremos, Craso es asociado por diversas razones a César, figura central de la década de los 7060, e incluso era una opinión difundida la de que entre ambos tramasen una serie de intrigas oscuras.[6] Es probable, por tanto, que fuese precisamente la campaña electoral del 71, cuando Craso era aspirante al consulado —y lo logra poniéndose de acuerdo con Pompeyo— y César era tribuno de los soldados, la ocasión que propiciara un acercamiento entre ambos en base a un interés común.

2. El año 70 marcó una época para la constitución y para la política romanas. Ambos cónsules, que además eran los dos mayores potentados, acordaron, ya en la campaña electoral y posteriormente durante su gobierno, la demolición de la estructura constitucional silana y, en particular, la restitución de sus prerrogativas a los tribunos. El clima ya era distinto. Se vio inmediatamente cuando César, al entrar en funciones como cuestor el 5 de diciembre del 70,[7] llevó a cabo una serie de gestos claramente emblemáticos, restituyendo oficialmente a la formación mariana su «honor político».[8] Pronunció ante los rostros, en el Foro, «según la antigua costumbre»,[9] el elogio fúnebre de su tía paterna Julia, viuda de Cayo Mario, y el de su esposa Cornelia, hija de Cinna, fallecidas ambas en el 69. Durante el traslado fúnebre exhibió en primera fila las imágenes de Cayo Mario y de su hijo Mario el joven, mostradas en público entonces por primera vez desde los tiempos de la victoria silana.[10] A las protestas de algunos respondió el entusiasmo popular por tal iniciativa: «el pueblo lo acogió con aplausos,

como si hubiesen traído a la ciudad los gloriosos recuerdos de Mario de regreso del Hades».[11] Consciente de la eficacia de los símbolos y fortalecido por el éxito conseguido, cuando llegó a edil, cuatro años más tarde, ordenó alzar en pie de nuevo los trofeos de Mario.[12]

El discurso que pronunció por Julia nos es más conocido que otras prosas oratorias suyas, gracias a que Suetonio ha extraído un amplio pasaje.[13] El fragmento citado por el biógrafo parece haber sido escogido con cierta malicia. En ese punto César trataba de la descendencia de Julia *por parte de madre*, y destacaba con insistencia que aquélla era descendiente de Anco Marcio (los Julios, en cambio, de Venus). Y en la reivindicación de esta descendencia *real*, César exaltaba también el carisma de la realeza. Entre otras cosas decía: «En mi estirpe están presentes *el carácter sacro de los reyes*, que tienen un enorme peso en la vida de los hombres, así como la santidad de los dioses, *de la que descienden los mismos reyes*.» La elección probablemente era intencionada. Suetonio quería señalar la fuerte reivindicación de *realeza*, esta complacencia de César en colocarse en la tradición regia. El biógrafo no olvida ciertamente la presentación habitual de César como aspirante *desde siempre* al *regnum* (a la cual él mismo contribuye notablemente con su biografía), y, consiguientemente, el fragmento citado le viene muy bien en el ámbito de dicha demostración. La imagen de un César «monárquico» sale reforzada.

El elogio de Cornelia resulta insólito, puesto que no era habitual pronunciar discursos fúnebres por las mujeres jóvenes.[14] En ello César fue un innovador. Según Plutarco, precisamente este gesto insólito e innovador le hizo ganarse aún más el favor popular. El pueblo —escribe— se sintió inducido a amarlo como «hombre de corazón».[15] Este dato merece atención: el favor conseguido en la opinión popular por esta innovación oficial,[16] que comportaba y expresaba una mayor consideración hacia una figura femenina joven, y no en calidad de matrona excepcional.

3. Políticamente, la experiencia más relevante de la cuestura se produjo en los meses transcurridos en la Hispania Ulterior —región meridional extrema de España situada frente a Marruecos— formando parte del séquito

de Cayo Antistio Vetere, pretor en el 70 y gobernador al año siguiente en aquella región. César aún recordaba años después y en una situación muy distinta, cuando en el año 45 había tenido que hacer frente, precisamente en la Hispania Ulterior, a los hijos de Pompeyo, que él había escogido aquella región con particular entusiasmo «al inicio de su cuestura» y la prefería «a todas las otras provincias», y que había hecho todo lo posible en aquella época para gratificar a la provincia con su generosidad. Conocemos estas palabras por el autor anónimo del *Bellum Hispaniense*.[17] En el discurso que el autor parafrasea, César también recuerda el bien que sucesivamente había hecho a aquella provincia durante la pretura (la había liberado de los gravámenes fiscales impuestos por Metelo) y posteriormente en su primer consulado. Todo ello significa —y lo sabemos por las palabras del mismo César— que éste había intentado desde el primer momento establecer relaciones en aquella provincia: tenía bien presente la formación de una *red* de clientelas en las diversas regiones del imperio como vehículo principal de promoción de un político. Recordemos la breve lección dada al pretor Yunco en Bitinia sobre la importancia de la *clientela* y el modo de tutelarla. El mejor «modelo» era, naturalmente, el de Pompeyo, quien en estos años está construyendo a gran escala su red de clientes, una telaraña que envuelve hasta las provincias más lejanas y que constituirá la verdadera base y la garantía de futuro del poder pompeyano. Así pues, debiendo escoger la provincia que había de administrar después de la pretura (de la que fue investido en el 62), César optará precisamente por la Hispania Ulterior, desplegando en el año 61 una vasta acción de gobierno.

Suetonio ofrece un cuadro sumario de la diligente actividad cesariana en España durante la cuestura, presentándolo enfrascado en una frentética actividad judicial[18] en los diversos centros del país, entre ellos Cádiz (Gades). Veleyo habla, con su habitual énfasis, de cuestura «afrontada con admirable dedicación y valerosamente».[19] El mandato específico confiado a César por parte de Antistio era «iure dicundo»:[20] fue una experiencia formativa para conocer los mecanismos de la administración provincial. Los vínculos establecidos entonces tuvieron un desarrollo posterior. Plutarco afirma que una vez César se convirtió en pretor quiso a su vez como cuestor al hijo de Antistio Vetere.[21]

4. Abandonó la provincia antes de tiempo; es más, «solicitó insistentemente su cese para regresar a la capital y aprovechar su estancia allí para poder acceder a empresas mayores», utilizando las palabras precisas de Suetonio sobre este punto.[22] Que César había partido de la provincia *ante tempus*, antes del vencimiento del cargo, Suetonio nos lo confirma inmediatamente después. Los motivos que alega el biógrafo respecto a esta anticipada partida son cuando menos sospechosos, es más, incluso mitificadores: se trata del famoso episodio, aunque fechado de diferentes modos, de la imprevista comparación que César habría establecido entre él y Alejandro Magno. El episodio, así como el sueño que se le atribuye («en sueños le parece que mantiene una relación sexual con su propia madre»), presenta distintas versiones.[23] Plutarco, por ejemplo, sitúa la agustiosa y repentina consciencia de César de estar yendo con retraso respecto a la vertiginosa carrera de Alejandro, en tiempos de la pretura (62 a.C.),[24] y el sueño en la noche precedente al paso del Rubicón.[25] Precisamente, la variabilidad de tales episodios muestra su inconsistencia. En el caso de la autocomparación con Alejandro, varían incluso las modalidades. Para Suetonio se trató de una fulguración ante la estatua de Alejandro situada junto al templo de Hércules en Gades.[26] Para Plutarco se trató de un estallido de llanto durante una lectura: «¿No os parece que sea motivo de dolor? ¡A mi edad Alejandro reinaba sobre tantos súbditos, y yo todavía no he hecho nada grande!»[27] Da comienzo, de este modo, por parte del mismo César, la tradición de la *synkrisis* (comparación) César/Alejandro, que luego se convertirá en una especie de género literario. No figura (¿ya?) al final de la pareja de *Vidas* plutarquianas *(Alejandro y César)*, pero Apiano alude a ello al final del segundo libro de las *Guerras civiles*, y dice que tal comparación era habitual.[28] La conexión entre la «pesadilla» de la superioridad de Alejandro y la decisión de regresar a Roma antes de tiempo es evidente: pensar en la fulminante carrera de Alejandro es, en el escrito de Suetonio, el estímulo para que César intente «coger al vuelo» *(captandas!)* la ocasión de realizar grandes empresas, evidentemente en el corazón del poder, es decir, en Roma.

El viaje de regreso de España está en relación con un episodio que conocemos únicamente a través de Suetonio, quien se expresa en este caso muy vagamente. César, antes de volver a Roma, habría pasado «por las colonias de derecho latino que estaban en agitación para obtener la ciudadanía». Evidentemente, se trata de las colonias de la Transpadania que disfrutaban del «derecho latino», no de una plena ciudadanía, desde la conclusión de la «guerra social» (88 a.C.).[29] Luego sigue un comentario que más que una afirmación es una conjetura: «Y los habría incitado a aventurarse en alguna iniciativa (o mejor dicho, en alguna acción temeraria) si no fuera porque, precisamente a causa de dicho riesgo, los cónsules no hubiesen mantenido en Italia por algún tiempo a las legiones que ya habían sido reclutadas en vista de la campaña de Cilicia».[30] El cónsul en cuestión no puede ser otro que Quinto Marcio Rey, cónsul en el 68, el cual precisamente en aquel año fue destinado a Cilicia.[31] Éste constituye, por tanto, el punto de apoyo cronológico de la reconstrucción aquí adoptada.

Es difícil de creer que realmente Marcio Rey hubiese aplazado la partida con el fin de atemorizar con sus legiones los vagos proyectos revolucionarios del joven cuestor que regresaba de España. Posiblemente tenga razón quien afirma[32] que esta información proviene más bien de las mismas fuentes poco benévolas que Suetonio aprovecha en las sucesivas páginas,[33] llenas de indiscreciones e insinuaciones sobre las implicaciones de César y de Craso en las «conjuras» que caracterizaron esta década. La más famosa de las cuales fue la de Catilina, si bien la más lograda podría considerarse la del «triunvirato».

5. Fue al asumir el cargo de edil, en el año 65, junto con Marco Bíbulo, cuando César, que desde el año 68 había concluido la etapa de la cuestura y era ya miembro del Senado, se afirmó finalmente como líder, hizo su propia política y atrajo la atención de la «alta» política. Por otra parte, en su «marcha» —en la que a menudo se encontró al lado de Craso— no «perdió de vista» en ningún momento a Pompeyo, el verdadero *patrón* de la política romana de aquellos años. Así, da su apoyo, en el 67, a la ley Gabinia, que concede a Pompeyo el mandato contra los piratas;[34] y en el 66, junto a

Cicerón, apoya la ley Manilia que otorga a Pompeyo el comando en la guerra contra Mitrídates.[35] Dos decisiones hábiles y previsoras que tendrán su peso cuando, desconcertando a muchos e infringiendo los equilibrios tradicionales, César lleve a cabo la jugada decisiva para toda su carrera y para la historia de la República: el acercamiento y el acuerdo político-programático con Pompeyo.

Durante su etapa de edil, César disponía de un amplio espacio en vista a su afirmación personal que había conseguido con sus habituales métodos de conquista y con la consolidación del consenso. En primer lugar, una vasta política de «obras» o, mejor dicho, de munificencia. «Además del comicio, el Foro y las Basílicas, también hizo adornar el Capitolio con galerías provisionales donde ordenó exponer una parte de sus grandes colecciones de arte».[36] Otras iniciativas de «gran pompa» fueron los espectáculos de caza y otros juegos. César obtuvo para sí todo el mérito, aunque el que pagaba era Bíbulo. El cual, aun no siendo un hombre muy ocurrente, en este caso sintetizó la situación con una frase lograda. Dijo que le había sucedido como a Pólux, ya que el edificio erigido en el Foro en honor de los dos divinos gemelos, corrientemente era denominado, también de modo unilateral, «templo de Cástor».[37] Una ulterior ocasión de munificencia pública y al mismo tiempo de autocelebración político-familiar fueron los juegos de gladiadores que César organizó en memoria de su propio padre.[38] Utilizó a 320 parejas de gladiadores,[39] y habría deseado traer a muchos más. Pero sus adversarios, alarmados y atemorizados por la gran cantidad de gladiadores provenientes de todas partes que había hecho acudir, consiguieron aprobar una ley en virtud de la cual, en la ciudad de Roma no se podía poseer o entrenar más que a un determinado número de gladiadores.

La gestión de los gladiadores es siempre muy delicada en una sociedad esclavista y tan fuertemente militarizada como era la romana, sobre todo tras la durísima guerra combatida pocos años antes —en el 73-71— contra el ejército de los gladiadores de Espartaco y de Criso. Baste pensar, para dar un ejemplo, en el decisivo papel desempeñado por Décimo Bruto en marzo del 44. De él dependía entonces la gestión de numerosos grupos de gladiadores en la ciudad, y esto tuvo importancia en el momento del atentado contra César y en los días que siguieron inmediatamente a dicho suceso. Sin

embargo, en esta ocasión se trataba, además, del uso espectacular-electoral de los gladiadores. Dos años más tarde, en el 63, siendo cónsul Cicerón, hará aprobar en la *Lex Tullia de ambitu*[40] una norma que prohibirá celebrar juegos de gladiadores en el bienio anterior a la presentación de la candidatura, excepto por obligación testamentaria y con fecha fija. En el caso de los juegos cesarianos del 65, Suetonio lamentablemente no dice exactamente quién y por qué motivos había aprobado la autorización «de numero gladiatorum».

César dispensaba una atención casi obsesiva al alistamiento y cuidado de los gladiadores. Conocía bien la centralidad de estos trágicos combatientes-esclavos en el imaginario violento de cualquier clase social. Disponía de un servicio de «información» destinado a identificar a los mejores y más combativos gladiadores, los «odiados por la multitud», dice Suetonio[41] con una expresión un tanto cruel (es decir, aquellos que «no morían nunca», que sobrevivían a innumerables enfrentamientos).[42] Una vez adquiridos, no los encomendaba a las escuelas donde enseñaban maestros a sueldo, sino que mandaba instruirlos «en casas privadas, por caballeros romanos y hasta por senadores hábiles en tal arte, suplicándoles [*como queda patente por sus cartas*], que siguieran personalmente caso por caso los ejercicios».[43] Años después, cuando su hija falleció, prometió al pueblo un espectáculo de gladiadores, iniciativa hasta entonces inaudita.

Naturalmente, todo ello era muy costoso. La noticia más explícita de los efectos de la etapa de edil sobre el patrimonio cesariano, sobre su colosal endeudamiento en dicha gestión y después en la pretura, se lee en Apiano,[44] de fuente muy cercana a César (como es evidente en todo el segundo libro apianeo). Comienza entonces la apremiante necesidad de dinero que ha determinado una serie de gestiones políticas, algunas muy conocidas, llevadas a cabo por César durante su carrera.[45] Posiblemente, esta gran necesidad de dinero puede estar en relación con el fracasado proyecto de hacerse encomendar, por plebiscito, una «misión extraordinaria» en Egipto, pero hubo de renunciar «por la firme oposición de la *facción de los optimates*».[46]

Con los que los «populares» denominaban de ese modo, había, de hecho, una guerra abierta. La respuesta de César fue totalmente propagandística pero de gran efecto. Hizo alzar en pie los trofeos de las grandes victorias militares de Mario contra los cimbrios y los teutones, que tiempo atrás habían sido abatidos por orden de Sila. Por otra parte, como edil le tocó presidir procesos de homicidio y pretendió que de tal categoría entrasen a formar parte también las ejecuciones de los proscritos, excluidas en su día de tal calificación en aplicación de las leyes silanas e inmunes, pues, a cualquier tipo de resarcimiento judicial.[47]

La guerra de los símbolos se volvía así cada vez más áspera. Y la función del nuevo *líder* resultaba consolidada gracias precisamente a la rígida oposición de sus adversarios.

IV

PONTÍFICE MÁXIMO

sed pietate ac religione […] omnes gentes
nationesque superavimus.

CICERÓN

1. Una de las maniobras políticas más logradas fue la que le hizo conquistar por sorpresa, en el año 63, el cargo de pontífice máximo. Bajo su instancia, y dando así un nuevo golpe a las innovaciones constitucionales silanas,[1] el pontificado máximo se había convertido en un cargo electivo. El peso de este cargo sacro era grandísimo en la política romana. El escéptico César, muy cercano a las doctrinas epicúreas,[2] luchó sin vacilación hasta conseguir aquel rol de garante máximo de la religión de Estado. Un cargo que por su carácter estaba en seguro de la lucha política cotidiana. Precisamente en cuanto epicúreo por inclinación intelectual, César sabía cuán poderoso era aquel *instrumentum regni*. Conocía muy bien que las falsas ideas sobre los dioses habían creado el miedo, el cual había generado una religión falsa, un culto centrado en una relación casi mercantil con los dioses. Apreciaba a los epicúreos —militantes y simpatizantes—, que difundían, como escribió acertadamente Benjamin Farrington,[3] la «peligrosa» doctrina según la cual, Dios no tiene morada en los templos, *a pesar de que es el Estado el que los ha construido*. Y sabía qué escritores políticos griegos, de hecho plenamente implicados en la realidad romana hasta convertirse en entusiastas «realpolíticos», escribían, como Polibio en su programático libro IV: «Aquello que en los otros pueblos es objeto de

reprobación, es decir, la superstición religiosa, es lo que mantiene la cohesión del Estado romano»,[4] donde —añade el historiador de Megalópolis— tal elemento «se ha introducido *en todos los aspectos* de la vida privada y pública».

Polibio pone ahí de manifesto todo su credo, que es también el credo de las clases dirigentes «iluminadas» de la ciudad antigua: «Los romanos lo han hecho para impresionar a las masas. Cierto, si realmente existiese la posibilidad de constituir una comunidad política hecha únicamente de sabios, *tal vez* (¡interesante ese tal vez!) no sería necesario recurrir a este modo de proceder. Pero, visto que las masas son volubles, codiciosas, desenfrenadas, irracionalmente coléricas, inclinadas hacia la violencia pasional, no queda más remedio que tenerlas dominadas *mediante el miedo a entidades que no son visibles* y con otros engaños similares.» Polibio escribe en griego, pero toda su obra está dedicada a un público esencialmente romano, de modo que, con palabras de este tipo, el autor elogia e instruye a la vez a la clase dirigente romana. Se expresa en una lengua que sólo la clase dirigente y los esclavos cultos (educados en la casa y privados de poder político) podían entender. Este tipo de preceptos eran leídos, por tanto, por romanos de las más diversas creencias. Incluso el estoico Bruto se dedicaba en sus ratos perdidos a elaborar un compendio de Polibio. Los mismos romanos, cuando deseaban expresarse solamente para la elite hablaban en griego.

Este tipo de concepción laica y al mismo tiempo instrumental de la religión era algo familiar para César, aunque no sólo para él. Llegar a ser pontífice máximo de esta monumental y engañosa máquina religioso-político-cultural incluso le debió de divertir. Pero la conquista del poder político era para él un objetivo demasiado serio y cautivador como para que a sus ojos tuviese sentido el buscar coherencia alguna entre la persuasión íntima en el campo religioso y el comportamiento público. Sabía qué debía hacer, y con la máxima seriedad, todo lo que aquel rol-clave requería.

2. Pero para conseguirlo, para vencer en la dura batalla electoral, hubo de pagar un precio altísimo: tuvo que endeudarse hasta lo indecible, «profusissima largitione», dice Suetonio.[5] Considerando la magnitud de las deudas contraídas para aquella campaña, tuvo una ocurrencia sintomática. Mientras se despedía de su madre el día de las elecciones, le dijo: «No volveré a casa si no es como pontífice.»[6] Superó de forma arrolladora a los dos rivales, Quinto Lutacio Catulo y Servilio Isáurico, que eran mucho más veteranos y más aventajados que él en la carrera (el pontificado máximo era considerado como la coronación de una «gloriosa» carrera). «Obtuvo en sus tribus más votos de cuantos obtuvieron uno y otro juntos.»[7]

Este hecho clamoroso y costoso se verificaba tras una serie de gestiones más o menos eficaces: desde el «apoyo» a Craso —en el 64— contra la elección de Cicerón, hasta el proceso contra Rabirio,[8] acusado de alta traición por haber contribuido 40 años atrás al asesinato de Saturnino, así como el proceso contra Cayo Pisón, también éste defendido y «salvado» por Cicerón.[9] Sin embargo, el verdadero «golpe» asestado a los adversarios fue la elección al pontificado. Plutarco señala, al relatar este episodio, que a los «optimates» les entró el pánico, pensando que «[César] podría impulsar al pueblo a cometer cualquier osadía». Para resaltar hasta en las formas exteriores el evento que se había producido, César llevó a cabo un gesto solemne y simbólico: se trasladó, una vez elegido pontífice máximo, a un edificio público en la vía Sacra, abandonando su vieja residencia en la Suburra.[10] La repercusión que tuvo este gran éxito llevó a otro que confirmó, sobre todo a los ojos de sus adversarios, su consolidada popularidad: fue elegido pretor para el año siguiente, el 62. Cuando en noviembre y diciembre del 63 el Senado tuvo que afrontar la crisis catilinaria, César, que era senador desde el año 68, se expresó con la autoridad que le correspondía por ser pontífice máximo, así como el pretor designado. Mientras tanto, la relación con Pompeyo continuó. Tito Labieno, aquel que había obtenido en favor de César el año precedente el restablecimiento del carácter electivo del pontificado, hizo aprobar, con la ayuda de éste, una deliberación favorable a Pompeyo: presentó, junto al tribuno Tito Ampio,[11]

un plebiscito que le concedía el privilegio de llevar la *toga praetexta* y la corona de laurel en los espectáculos escénicos y presentarse a las exhibiciones circenses con vestimenta triunfal.[12]

V

LOS «NEGOCIOS» DEL SEÑOR JULIO CÉSAR Y DE OTROS

1. El coste de estas dos campañas electorales sumamente comprometedoras había agotado sus finanzas. Su endeudamiento era una cuestión preocupante. César era consciente de que una de las soluciones extremas para quien estuviera asediado por las deudas era la guerra civil. Cuando jóvenes de su condición, totalmente arruinados por las deudas, solicitaban su ayuda, si no era posible de ningún modo sacarlos de tal embarazosa situación, César les respondía con dureza y realismo: «para vosotros el remedio es la guerra civil».[1] Respuesta paradójica a primera vista, pero que muestra claramente cómo, en la mente de César, se establecía una relación inmediata: la guerra como solución al gran endeudamiento y a la ruina económica que sufrían ciertos colectivos de la clase dirigente que pasaban por graves dificultades. No difiere mucho de esta línea de pensamiento Asinio Polión, quien atribuía a César el haber dicho a sus íntimos en presencia de los vencidos de Farsalo: «¡Ellos se lo han buscado! Si yo no hubiese recurrido a la ayuda de mis soldados, me habrían llevado ante los tribunales y condenado!»[2] Asinio concedía mucha importancia a esta cuestión, que también era un juicio de las verdaderas razones que habían llevado a César a la ruptura y a la guerra civil, destacando, evidentemente, que el mismo César había sido uno de aquellos jóvenes para los que el recurso de la guerra civil era el arma extrema para solventar gravísimas dificultades personales. Sobre esta juventud, Asinio, amigo y socio de Cátulo,[3] debía también de tener una razonable experiencia. Es significativo para quienes intentamos orientarnos entre juicios parciales y unilaterales de

acontecimientos que tienen múltiples causas el hecho de que Asinio atribuya esta sentencia al propio César, aunque sin proporcionar referencias puntuales.

2. El endeudamiento cesariano, que llega a ser abismal con las dos campañas electorales para el pontificado y la pretura, tenía también otras causas. La política de un «potentado» en la práctica cotidiana precisaba continuamente dinero. «Había vinculado a él —informa Suetonio— a todo el ambiente en torno a Pompeyo y a gran parte del Senado con préstamos a bajo interés o incluso sin ningún interés.» Y, por otra parte, obsequiaba con «ingentes sumas» a ciudadanos de otras clases «sin olvidar a los libertos y al último de los esclavos, si sabía que eran apreciados por su amo o por su *patronus*».[4] Resulta claro de estos hechos que, aun en la aparente «dispersión» del dinero, había una lógica y un hilo conductor en todo ese vertiginoso giro de fondos (cuya última fuente estaba, a menudo, en las arcas casi inagotables de Marco Licinio Craso). El «hilo» conductor era una vez más la vinculación, que había que mantener fuerte, con Pompeyo, sin cuyo acuerdo no era posible llevar a cabo ninguna política, a no ser la de la simple agitación «a lo Publio Clodio».

Los préstamos sin intereses, o con muy pocos, eran un sistema insuperable de consenso. Naturalmente, eran necesarias grandísimas reservas para mantener un nivel de tal género. En la gestión cotidiana de esta cantidad de dinero, que en su mayor parte no era de su propiedad, no faltaron incidentes y situaciones embarazosas. La escena imaginada por Bertolt Brecht, en su novela cesariana, del asalto nocturno por una muchedumbre variopinta a la casa de César en Suburra —«gentuza de periferia, entre los que había muchos jóvenes delincuentes, gente desclasada», todos con la pretensión de conseguir el dinero que César había prometido y no tenía («¿dónde están los fondos electorales?, ¡estafador, charlatán!»), con el futuro dictador que intenta en vano esconderse tras una enorme ánfora pero que finalmente es descubierto y debe limpiarse los esputos con jirones de sus vestiduras, mientras Clodio al día siguiente acude para «presentar excusas»—,[5] expresa bien la dura miseria cotidiana de todo ello. Caer

incluso muy bajo en los enfrentamientos polémicos de cada día sin perder nunca de vista los objetivos y las ambiciones. Es un aspecto de la tenacidad de César, pero también una parte esencial de su experiencia de vida. Ha sido siempre consciente de que existía el riesgo de perderlo todo, desde que Sila iba a su caza. Y ello lo acompañó hasta Munda, o en la célebre travesía a nado durante el asedio de Alejandría, con las flechas egipcias que llovían a su alrededor, mientras intentaba salvar los inseparables apuntes manteniendo alzada una mano fuera del agua. La amenazadora y ruinosa posibilidad de una quiebra financiera forma parte de esas experiencias extremas.

En la campaña electoral para el consulado, a pesar de que fuera una situación muy diferente de la que se había encontrado «corriendo» en solitario, tuvo que recurrir, sin embargo, a otros nuevos financiadores. Intuyó que le ofrecía una posibilidad el tercero y más débil de los candidatos, rival tanto suyo como de Bíbulo, Lucio Luceyo, que era muy rico. César le sugirió la idea de un pacto electoral: Luceyo compraría votos entre las centurias en nombre de ambos: pagaba él solo y pedía votos para dos. De este modo, César no sólo pretendía vencer sino también llevarse al gobierno a un colega que le convenía. Los «optimates», alarmados, decidieron responder con las mismas armas. Bíbulo, su candidato, ofreció a los votantes tanto dinero o más que Luceyo. Cuando se consultó al incorruptible Catón, enemigo «visceral» de César y suprema conciencia moral del frente de las personas «de bien», éste respondió que podía hacerse: «aquel mercado de votos —dijo— era legítimo, puesto que se hacía en interés del Estado».[6] También las donaciones gratuitas de trigo le parecían legítimas al austero Catón, siempre y cuando estuvieran dirigidas a restar popularidad al adversario. Una vez más, el año de la elección a pontífice máximo y de la designación del pretor (que fue también el de la conjura de Catilina), están de nuevo los «optimates» sumamente alarmados. Plutarco fecha en aquel año —al margen de la narración de la conjura— una mastodóntica distribución gratuita de trigo, promovida por Catón y llevada a cabo para «asestar un golpe» a César.[7]

Plutarco escribe que, temiendo más que nada la revolución de los pobres, los cuales eran la chispa que podía encender a todo el pueblo con las esperanzas que habían depositado en César, Catón persuadió al Senado

de que distribuyera una asignación mensual de trigo. Se añadieron de este modo siete millones quinientos mil denarios [¡equivalentes a 1.250 talentos!] a los demás gastos anuales del Estado. Tal disposición acabó con el gran miedo que existía entonces, debilitó en gran parte el poder de César y lo disipó en el momento preciso: precisamente cuando él iba a asumir la pretura y era más temible por la incidencia de tal cargo.[8]

3. Existían, como se puede imaginar, diversas leyendas sobre la rectitud de Catón en las elecciones. Se alababa su propuesta de que los magistrados rindiesen cuentas espontáneamente, incluso sin haber acusaciones o procesos por parte de otros. Se recordaban sus campañas electorales, perdidas por haber impedido a sus partidarios lograr el consenso con métodos mercantiles, lo cual se consideraba ya, de hecho, como de sentido común.[9] Quizás no se tenía en cuenta que se trataba de campañas en las que de todos modos el impolítico Catón estaba destinado al fracaso.

En cambio, su sobrino Bruto, el severo Marco Junio Bruto, conocido como «liberador» desde los idus de marzo en adelante, practicaba la usura. El asunto no está tan «claro», ni siquiera para sus contemporáneos. Cuando en los años 51-50 a.C., Cicerón era gobernador de la Cilicia, «descubrió con estupor e indignación —escribe con elegante ironía Arnold Toynbee— que Bruto, que en Roma presentaba una imagen de sí mismo tan austera e impecable, invertía su capital en la usura con intereses exorbitantes en las propiedades y en los protectorados de Roma en Levante».[10] Cicerón, que se consideraba de hecho un experto en las cosas humanas al menos tanto como Odiseo, quedó muy turbado al constatar que Bruto esperaba que también él, como había hecho el anterior gobernador, continuase apoyando sus especulaciones a costa de los deudores.[11] De todo ese desagradable asunto Cicerón habla en cartas muy reservadas, como las que envía a Ático, pero a decir verdad ni siquiera aquí el tono es totalmente libre, dada la amistad, bien conocida por Cicerón, entre Ático y Bruto. De todos modos, es revelador leer cómo le plantea las cosas:[12] «Ahora te pongo al corriente sobre el asunto de Bruto.[13] Tu amigo Bruto [¡inicio muy elocuente de este relato!] mantiene estrecha relación con ciertos acreedores de Salamina de

Chipre, Marco Escaptio[14] y Publio Matinio, que me recomendó con particular fervor. Escaptio vino a mi campamento. Le prometí que, para hacerle un favor a Bruto, me ocuparía de que pudiese obtener de los salaminos el pago debido.» Pero a Escaptio no le bastaba. Había solicitado con insistencia a Cicerón que lo nombrase prefecto, pero el procónsul se negó rotundamente; es más, añadió que si lo pedía para poder manipular mejor los fondos que había prestado, él, Cicerón, se comprometía a ocuparse personalmente de que el cobro se realizase según la ley. Apio Claudio Pulcro,[15] el predecesor de Cicerón, había permitido esto y más a Escaptio: lo había nombrado su prefecto de caballería con el único objetivo de hacerle recaudar, sin muchos remilgos y mediante coerción militar, el dinero de los deudores de Chipre, claro está, en favor de Bruto.[16] Cicerón fue cortés, pero firme. Y comenta: «El buen Apio había asignado a ese tal Escaptio algunos escuadrones de caballería con el fin de que se sirviera de ellos para doblegar por la fuerza a los salaminos, y lo había nombrado prefecto suyo. Es evidente que Escaptio sometía a vejaciones a aquella gente. Yo he dado la orden a los jinetes de que abandonaran Chipre. Escaptio encajó mal el golpe.»[17] No es necesario detenerse en los detalles. Es suficiente recordar que Cicerón tuvo incluso que ejercer la embarazosa función de dirimir con su autoridad el conflicto directo entre Escaptio y los salaminos, quienes le estuvieron muy agradecidos, al menos por haber sacado a la luz un asunto muy comprometedor: el que, años atrás, en el 56, los amigos de Bruto habían hecho aprobar por el Senado una norma que aumentaba la tasa de interés *ad hoc* en el caso de los habitantes de Salamina (es decir, ¡de los deudores de Bruto!) del 1 por ciento al 4 por ciento al mes, lo que significaba el 48 por ciento anual.[18] «En un primer momento sentí un escalofrío», comenta Cicerón, el cual al final se doblegó a las insistencias de Escaptio concediéndole no dirimir inmediatamente la controversia: el siguiente gobernador sería seguramente más descarado. Y Cicerón ironizando concluye: si Bruto no aprecia la conclusión de todo este asunto, «no sé qué consistencia tendría nuestro afecto por él…».[19] Y acaba, con evidente ironía: «de todos modos, tendremos la aprobación de su tío» (es decir, de Catón, el rígido).

4. El cabecilla endeudado, perseguido por los acreedores durante años, obtiene para sí una provincia muy apetecible, e incluso logra imponer su predominio en la República y extrae riquezas, convencido no sin fundamento de que, en un sistema político de tales características, ésa era la base. Edward Gibbon recordaba, con cierto pundonor, que el *verdadero* motivo del desembarco cesariano en las islas británicas había sido «la lisonjera esperanza de la pesca de las perlas»,[20] y citaba a propósito de ello las mordaces palabras suetonianas, en las que se describe a César sopesando ávidamente en la palma de su mano el grosor de las perlas británicas.[21] Suetonio ofrece un cuadro bastante completo de los procedimientos que utilizó César para recuperarse de sus ruinosos donativos:[22] «Mientras estaba en el gobierno de Hispania [es decir, tras la pretura, en el año 61] tomó dinero de los aliados mendigándolo para pagar sus propias deudas privadas. En Lusitania saqueó como si fuesen enemigas a ciudades que no habían transgredido sus órdenes y a ciudades que le habían abierto de par en par sus puertas. En la Galia expolió los templos llenos de dones votivos y destruyó las urbes más para saquearlas que para castigarlas.» Así conseguía oro en abundancia que posteriormente ponía en venta en el mercado, tanto en Italia como en la provincia, al precio de 3.000 sestercios la libra. Incluso habría llegado a cometer un hurto durante el primer consulado (59 a.C.), siempre según las memorias que utiliza en este caso Suetonio: «robó del Capitolio 3.000 libras de oro, sustituyéndolas por otras tantas de bronce dorado». Después, el tono del biógrafo se vuelve más duro: «vendió alianzas y reinos; de acuerdo con Pompeyo y por su cuenta, sólo de Ptolomeo obtuvo con extorsión casi 6.000 talentos». A continuación, el tono se torna desafiante; se habla de «hurtos descarados y sacrílegos» como base económica de César para las guerras civiles. No podemos verificar estas informaciones, a menudo sólo defendidas por Suetonio. Lo que sí es cierto es que la propaganda adversaria hacía de esta delicada cuestión (en la que César se encontraba con dificultades) el fundamento de su polémica.

Es el mismo Suetonio quien anota las pullas de los soldados, los cuales, algunos años después, al celebrarse finalmente el triunfo gálico, cantaban: «has robado el oro de la Galia, aquí en Roma lo tomabas en préstamo».[23] Afortunada y fulminante síntesis que anuda en un único verso los dos

momentos esenciales: un ruinoso endeudamiento en la fase de la conquista de las magistraturas, y el resarcimiento económico a lo grande en el posterior gobierno provincial, que en el caso de César se convirtió en una gran guerra de conquista, la más esforzada y sangrienta que Roma haya combatido, seguida por una devastadora guerra civil.

Ésta, a su vez, se inicia para César con una acción de fuerza de inequívoco significado: el saqueo de las arcas del Estado. En abril del 49, César, ya en guerra abierta con los poderes republicanos (por otra parte, en fuga vergonzosa de Roma), entró, forzando las puertas, sin obstáculo alguno en el *aerarium sanctum* e hizo que le fueran entregados 45.000 lingotes de oro y de plata y 30 millones de sestercios.[24] No deja de ser significativo que el mismo César, cuando en los *Comentarii* sobre la guerra civil, roza este momento de conflicto, refiera con detalles muy precisos que el cónsul Léntulo se había precipitado a «abrir de par en par el erario para proveer de dinero a Pompeyo por orden del Senado», pero que, por el terror de la inminente llegada de César, había huido de la ciudad dejando el erario abierto.[25] Nada más. César no dice de forma explícita que al llegar se había abastecido espléndidamente, dice, en cambio, que sus adversarios pretendían hacer exactamente lo mismo, pero no lo consiguieron.

VI

MERCADO POLÍTICO

1. La compraventa del voto llega a su máximo auge durante las campañas electorales romanas, lo que demuestra fácilmente el hecho bien conocido de que sólo los representantes de las familias más ricas emprendían y proseguían la carrera política. La República romana era, como se sabe, una República oligárquica en el sentido de que todo su personal político dirigente estaba reclutado en las filas de una *nobilitas* patricio-plebeya, que era reconocida como tal en cuanto podía vanagloriarse de antepasados que habían ejercido el consulado (máximo cargo político y militar). Se trataba de una oligarquía que solicitaba, y controlaba, el voto «popular» para eternizarse. Pero no se cerraba de una manera rígida a la aportación de otros grupos familiares (tras la guerra social, también los provenientes de las clases dirigentes itálicas). Los *homines novi* ciertamente podían hacer carrera con empeño y determinación; pero no sólo debían ser, a su vez, exponentes de familias muy ricas (de modo que pudieran pagarse el acceso a la política), sino también tenían que saber contactar, al menos en su fase incial, con las grandes familias que dominaban el tablero político. Baste pensar en la entrada en la política (y en el desarrollo de su carrera) del que posiblemente fue el más célebre de los *homines novi* de la tardía república romana, Marco Tulio Cicerón. Un *homo novus*, especialmente si era adinerado y tenía preparación oratoria y jurídica, era cooptado.

La historia de la corrupción electoral en Roma es una larga historia. Un gran moralista como Salustio ha centrado su actividad historiográfica (al menos la que nos es más conocida) precisamente en el problema de la corrupción política como elemento *sustancial* de la praxis política romana. Incluso se puede afirmar que el cuadro de la política romana que esboza, desde este punto de vista, no tenía solución. Salustio parece intentar sugerir

que, a su juicio, la República tradicional (que César había alterado) no habría sobrevivido a su propia degradación incurable. La escena, descrita por Salustio, de Yugurta, que al alejarse de Roma se despide de ella sarcásticamente como del lugar en el que todo es corrupción, como de la ciudad que se vendería a sí misma si hallase comprador,[1] asume —en las intenciones del historiador— un valor emblemático que va más allá de la circunstancia concreta del conflicto entre la República y un rey cliente particularmente hábil y desaprensivo. El endeudamiento irreparable de importantes familias de la clase dirigente y la consiguiente inmoralidad política capaz de llegar hasta al crimen son utilizados por Salustio como elementos centrales útiles para esclarecer las causas del episodio por él elegido como tema de su primera monografía historiográfica: la conjuración de Catilina. Él está hasta tal punto introducido dentro del mecanismo que en su narración queda en penumbra la falta de escrúpulos electorales de los enemigos de Catilina. Sin embargo, está bien claro que el modo con el que se le había obstaculizado a Catilina repetidamente el camino al consulado había sido ilegal o por lo menos podía considerarse en el límite de la legalidad. Se había maniobrado de manera que de todos modos el resultado electoral le fuese desfavorable. En este célebre y significativo ejemplo de la lucha política y electoral de la tardía República, la manipulación del voto es el *instrumento* con el que se elimina (y se le incita a tomar decisiones extremas) al político, el cual es a su vez catalizador de un turbio e inquietante rechazo.

Del asunto de Catilina sabemos mucho, dado el gran número de fuentes que se han conservado, algunas procedentes de los protagonistas del caso (los discursos de Cicerón), si bien sólo de los protagonistas vencedores. Sin embargo, el hecho de que, por razones en las que no viene al caso profundizar, nos haya llegado también el epistolario ciceroniano (una fuente no controlada por el autor) nos permite comprender aspectos que no son precisamente dignos de exaltación. Una de las primeras cartas de la colección *Ad Attico* se abre con la declaración: «Nos disponemos a defender a Catilina, nuestro rival en la campaña electoral.»[2] Catilina estaba metido en un embarazoso proceso de malversación a causa de los hurtos cometidos en África como propretor (67-66 a.C.). Cicerón pensaba echarle una mano para

tenerlo como aliado en la campaña electoral. Por otra parte, no ignoraba que se trataba de una causa indefendible: «Catilina entrará en liza —escribe en otro pasaje— si el tribunal decide que al mediodía hay tinieblas.»[3]

2. Los acuerdos entre candidatos no son una novedad en las elecciones romanas. Naturalmente, cuando escandalosamente son descubiertos pueden determinar la ruina política, quizás sólo temporal, de aquellos incansables luchadores electorales que fueron los descendientes de las grandes familias romanas.

Un caso bastante conocido es el de Cayo Memio, aún más célebre por el vínculo del protagonista del caso con el poeta epicúreo Lucrecio. Memio, como es sabido, es el destinatario del *De rerum natura*, pero en un momento dado su nombre desaparece del poema. Se ha establecido la muy probable hipótesis de que tal «desaparición» estuviera relacionada con su ruina política. Memio, pretor en el 58 a.C., fue propretor en Bitinia y Ponto al año siguiente. De este gobierno provincial sabemos algo, no muy edificante, por Catulo (poesías 10 y 28). En resumen, Catulo, que había acompañado a Memio con la esperanza de hacer un poco de dinero, se lamenta, con tono incluso demasiado exagerado, de que el único que se enriqueció en la provincia fue precisamente el propretor. Por otra parte, era una práctica habitual irse a la provincia, al año siguiente de haber desempeñado un cargo de magistrado, con el preciso objetivo de resarcirse de los ruinosos gastos electorales sostenidos para la conquista del mismo.

En el 56, de regreso de la provincia, Memio no había podido acceder de inmediato al consulado porque los triunviros, para el 55, se habían atribuido el consulado a sí mismos. Una decisión que, dado el carácter altamente manipulable de las elecciones romanas, tuvo puntual aplicación: en el 56, para el 55, fueron elegidos precisamente Pompeyo y Craso. Para el 54, los triunviros consiguieron imponer como cónsul a un hombre suyo: Apio Claudio Pulcro. Sus adversarios llevaron al consulado a Domicio Ahenobarbo, el adversario irreductible y casi patético de César. De modo que solamente en el 54 Memio pudo conseguir el consulado del año 53. Para lograr su objetivo rompió clamorosamente la alianza político-familiar con

Pompeyo (llegando hasta a repudiar a su propia esposa, la escandalosa hija de Sila, para demostrar la total ruptura con aquella parte política), y obtuvo así el apoyo de César, incluso financiero, para la campaña electoral. La comitiva estaba formada por Memio y Cneo Domicio Calvino, con César a sus espaldas. Para asegurarse el éxito prometieron una ingente suma de diez millones de sestercios a las centurias que votaban en primer lugar (es notorio el peso que tenía el voto de las primeras centurias en las elecciones romanas) y ofrecieron a los cónsules una cantidad adicional de 40.000 sestercios para que corrompieran a los augures. Ya en julio el escándalo comenzaba a emerger: Cicerón, escribiendo a su hermano, le anunciaba que estaba a punto de estallar «el mayor caso de corrupción electoral de la historia republicana».[4] El malestar afectó pronto a los ambientes financieros: la tasa de interés sobre el crédito ascendió rápidamente del cuatro al ocho por ciento; como explica Cicerón en la misma carta. En septiembre, al aproximarse las elecciones, Memio tomo una decisión casi desesperada: confesarlo todo ante el Senado con la esperanza de salvarse *in extremis* (una iniciativa que hoy calificaríamos de craxiana). Cicerón, que no escatima las palabras mordaces, escribe a su hermano que la expectativa general era que los candidatos ante la vergüenza se suicidasen, o que se produjese una demostración de fuerza, algo parecido a una dictadura («aut hominum aut legum interitus»). César abandonó inmediatamente a Memio a su propio destino, es decir, a un terrible proceso *de ambitu* (precisamente por corrupción). Así se llega al inicio del año 53 sin cónsules, en un régimen de «interregno», debido a que no se habían podido celebrar las elecciones. Memio se libró del proceso, se trasladó a Atenas y allí se dedicó libremente a la especulación edilicia, corrompiendo probablemente a las autoridades locales, como intuimos por una carta de Cicerón al mismo Memio de julio del 51.[5] El caso habría pasado inadvertido si Memio no hubiese tomado la desconcertante iniciativa de pretender edificar sobre el terreno donde (presuntamente) se encontraban los restos de la casa de Epicuro.

3. El tema de la corrupción política en Roma tiene muchas otras facetas. Ilustrando brevemente el aspecto más vistoso, es decir, la «corrupción electoral» *(ambitus)*, hemos terminado tocando otros aspectos, a menudo relacionados, como la descarada explotación de las provincias y la concusión, la cual constituye un aspecto relevante de dicha explotación. La concusión se convierte en un fenómeno tan generalizado que lleva a constituir un tribunal especial, el primero en la legislación romana destinado a reprimir un determinado delito. El control de estos tribunales fue objeto de enfrentamiento entre el estamento ecuestre y el estamento senatorial durante cincuenta años, desde las reformas de Graco (*Lex Sempronia iudiciaria* del 123 a.C.) hasta la restauración silana (81 a.C.), que restituye a los senadores el control. Cincuenta años decisivos respecto a la crisis de la República, crisis agravada, no aliviada, por la drástica y cruenta restauración silana. Con razón se puede afirmar que de la «revolución» y de la crisis irreversible de la República forma parte relevante el enfrentamiento por el control de los tribunales. Lo que estaba en juego era la posibilidad de reservar sólo a los senadores, o también a los oficiales de caballería, la explotación de las provincias. El tribunal que «reprimía» el delito de concusión era, claro está, un anillo importante del mecanismo.

En una reciente edición de las *Verrinas* de Cicerón, un estudioso de gran competencia como Marinone ha sacado a la luz los enlaces ulteriores: la concusión se conjugaba a menudo con el peculado (en detrimento de los bienes del Estado); «en una única acusación se verificaban a veces las condiciones de ambos delitos, como ocurrió en el proceso de Verres».[6] Cuando el robo afectaba a bienes destinados al culto pasaba a ser sacrilegio; mientras que, por otra parte, la concusión «en las manifestaciones más graves podía rozar el delito de lesa majestad, en cuanto el comportamiento del magistrado disminuía públicamente la dignidad del Estado, y, por último, cuando se unía a ella el peculado con consecuencias desastrosas para el Estado podían reconocerse los términos de la traición».[7] No en vano, la *Lex Cornelia de maiestate* (81 a.C.) incluía como delitos de *laesa maiestas* «los actos de los magistrados contrarios a la dignidad del Estado en general».[8]

4. En un pasaje del discurso *Pro Murena*, Cicerón recuerda que «un senadoconsulto había decretado que pagar a personas para que llegaran a un acuerdo con los candidatos, establecer un sueldo a otras para que los acompañasen, distribuir puestos para todos, por tribus, en las luchas de gladiadores y ofrecer banquetes públicos, constituía una violación de la ley». Aun basándose en el voto-mercancía o, como se suele decir, en el voto de intercambio, el mecanismo electoral romano producía autocorrectivos que en realidad tenían poca incidencia, pero que quizá sirvan para describir, enumerando «las ilegalidades», la realidad efectiva de las «elecciones». Hasta qué punto el fenómeno fue conocido resulta también de la gran cantidad de reflexiones en torno al fenómeno «elecciones», como nos testimonia el tratadillo en forma epistolar que Quinto Tulio Cicerón había elaborado para su hermano más célebre con ocasión precisamente de la memorable campaña electoral para el consulado del 63 (combatida en el 64 por Cicerón contra adversarios del calibre y la desenvoltura de Catilina). Se trata del llamado *Commentariolum petitionis*, cuya autenticidad ha sido durante mucho tiempo rebatida, aunque probablemente sin razón.[9]

5. Hace años, Norberto Bobbio dedicó a la reedición de las obras de Gaetano Mosca un comentario muy eficaz centrado en la crítica de Mosca al mecanismo electoral-parlamentario. Bobbio enumeraba brevemente las críticas que el joven Mosca, de 25 años, había hecho al mecanismo electoral reducido a «mercado» y añadía: «De lo que no se daba cuenta el joven Mosca era que el mal del que se lamentaba era inherente al sistema democrático en cuanto tal, más específicamente al sistema de la democracia representativa.» Y en conclusión: «La idea, por lo demás, nada nueva, de que la democracia pueda ser parangonada a un grande y libre mercado en el que la mercancía principal es el voto no es nada digno de exaltar; sin embargo, debe tenerse siempre presente para entender el comportamiento de los políticos, especialmente al aproximarse las elecciones. Al igual que el mercado económico, también el político *se escapa a todo control* que se le quiera imponer desde arriba y también desde este punto de vista la analogía es un hecho comprobado.»[10]

VII

EN LA CONJURACIÓN Y MÁS ALLÁ DE LA CONJURACIÓN

1. La carrera de César está marcada por dos conjuraciones: una en la que participó «a distancia» —o por lo menos de la que estaba al corriente— y que fracasó; y otra de la que él era el blanco, y que logró su objetivo. La conjuración de Catilina sólo lo rozó, pero estuvo a punto de arrollarlo. En aquella ocasión fue precisamente Cicerón el que lo salvó. Alguien había mostrado documentos, probablemente falsos, para «involucrar» a César. Lucio Vecio, un oficial de la caballería romana que en su juventud había estado en contacto con Cicerón en tiempos de la guerra «social» (en el 89 a.C. ambos habían militado en Ascoli), posteriormente amigo de Catilina y partícipe en la conspiración,[1] y por último adversario de Catilina y delator en perjuicio de los otros conspiradores,[2] declaró ante el investigador Novio Nigro que tenía en su poder comprometedoras cartas autógrafas de César a Catilina. César ya había tomado posesión del cargo de pretor y el ataque a su persona podía resultarle fatal. En el mes de enero se combatió en Toscana la batalla campal de Pistoya, en la que Catilina y lo suyos habían resistido con increíble bravura al ejército consular. César «imploró», tal como se expresa Suetonio,[3] la ayuda de Cicerón. Sin embargo, dicha ayuda no podía consistir, según resulta del texto suetoniano, en demostrar la falsedad de aquellos documentos. Para satisfacer la solicitud de César, Cicerón sólo pudo testimoniar que, en realidad, César, meses antes, cuando la conjura estaba en marcha, por su propia iniciativa le había confiado al cónsul detalles sobre la conjura de los que estaba al corriente.[4] Se trataba, ciertamente, de una defensa algo coja, que suscitaba por lógica la pregunta: ¿cómo es que César estaba al corriente de tales detalles de la conspiración? De todos modos,

Cicerón testimonió la buena voluntad que César había demostrado en su momento. Y la ayuda resultó valiosísima. Debido también al gran prestigio popular de que César gozaba, la acusación contra él resultó perjudicial no sólo para el delator, Lucio Vecio, que se encontró en graves dificultades, incluso físicamente, y acabó en prisión por un tiempo, sino también para el mismo Novio, encarcelado «por haber consentido que un magistrado superior fuese citado para comparecer ante él».[5]

2. La actitud que adoptó Cicerón liberó a César incluso de la perniciosa denuncia de Quinto Curio, presentada ante el Senado. Curio, personaje grotesco según la descripción de Salustio,[6] fue en realidad un elemento valiosísimo para la desarticulación de la conjura: no sólo salvó la vida a Cicerón,[7] sino que implicó a personas, todas ellas pertinentes a la trama, la cual, precisamente gracias a él, se bloqueó. Pero entre los otros nombres había dado también el de César,[8] y habría sido muy extraño que éste fuese el único nombre falso. Después de todo, Curio aspiraba a la recompensa que le había sido prometida en caso de delación, de modo que no tenía muchos motivos para falsearla perdiendo así la recompensa. De hecho, la declaración que Cicerón hizo ante la apremiante solicitud de César fue utilizada contra Curio, y de este modo la recompensa se esfumó, porque resultaba que Curio había introducido en la denuncia un nombre equivocado, el de César. Podemos preguntarnos por las razones que indujeron a Cicerón a liquidar tan resueltamente a un hombre que había sido tan válido para él. La respuesta ha de ser prudente y muy conjetural. Tal vez podía resultar peligroso atacar a César. Tal vez la actitud de Cicerón fuese calculada: una «inversión para el futuro», ante un César en continuo ascenso y rodeado de prestigio, muy cercano a Craso, el cual, a pesar de la vieja y conocida amistad con Catilina, era «intocable». Posiblemente un cálculo equivocado, visto lo que sucedió después. Cicerón mantuvo, en este caso, una actitud poco beneficiosa para él. A cambio de su intervención «salvífica» hundió a Curio, descalificando su declaración. Después, sin embargo, condenado al exilio por los juegos de poder de César cuando ya era cónsul, comenzó a poner por escrito la «verdad» sobre la conjura y sobre la implicación de

César y Craso en la misma.[9] Pero prefirió mantener este escrito en secreto, estableciendo que sólo podía ser publicado tras su fallecimiento.[10] No obstante, al morir César, inesperadamente, cuando parecía estar en la cumbre del poder, comenzó a hacer públicas aquellas «verdades» (por ejemplo, en una alusión muy rica de significados, aunque no del todo explícita, en el *De officiis*).[11] De todos modos, en el estrechísimo círculo de sus amigos de confianza, ya había comenzado antes a dejar leer sus esclarecedoras *anecdota*.[12]

3. Se ha hipotetizado también que precisamente a este escrito, ya en circulación, pretendía replicar aquel libro singular que era la salustiana *Conjuración de Catilina*.[13] Un libro del que no se logra apreciar completamente la rica serie de alusiones de las que está lleno porque desconocemos la fecha exacta de su composición (aunque ciertamente presupone la trágica experiencia de las proscripciones triunvirales).[14] El aspecto más sobresaliente es su culminación en una especie de «apoteosis» tanto de César como de Catón, es decir, de los dos hombres que se habían hecho la guerra sin exclusión de medios, y cuyo enfrentamiento, gracias a la campaña póstuma iniciada ya en el 46 por los seguidores de Catón, había proseguido incluso después de la muerte de este último. César no había dejado sin respuesta aquella exaltación póstuma de su más implacable adversario, y llevado por el ardor de la polémica había tratado con dureza incluso a un intelectual, de hecho subalterno e inofensivo, como Cicerón, al que por norma trataba con mucha consideración y deferencia. Por tanto, la decisión de Salustio, que quiere dar su opinión, con este breve libro de historia política, incluso acerca de la disputa, que vuelve a surgir continuamente pro y contra Catón, es políticamente casi insensata por lo que se refiere a la idealización de ambos contendientes. Además, no faltan en su libro ataques a los «liberadores» (cuyo delito cometido en la *coniuratio* se compara desde las primeras líneas con el crimen de los catilinarios) ni tampoco a los triunviros (contra los que habla César en el largo discurso que Salustio le atribuye obviamente *post mortem*,[15] cuando «prevé» posibles ulteriores proscripciones tras las silanas, y sus palabras parecen referirse

precisamente a Octaviano). Y César campea, equilibrado con Catón, como uno que está totalmente desvinculado de la conjura, pero que aun así, incluso en una circunstancia de ese tipo, acierta a elegir la vía de la clemencia. El fin apologético es evidente. De la exposición salustiana el lector saca inmediatamente la conclusión de que César no está ni remotamente implicado en la conjuración,[16] pero que sabe inclinarse también ante el delicado problema de su prevención y represión, sin por ello dejarse llevar por la crueldad.

Naturalmente, César era un personaje muy distinto del idealizado en la *Catilinaria* de Salustio. En uno de los capítulos finales de su biografía, Suetonio, en el apartado final sobre César y su conducta hacia sus amigos, introduce una pincelada realista que revela la falta de escrúpulos de César en servirse de *quien fuera*, sin andarse con sutilezas: «si para defender mi honor *(in tuenda dignitate)* hubiese solicitado ayuda a ladrones y asesinos —parece ser que respondió a quien le reprobaba los honores concedidos a gente *infimi generis*—, también a ellos se lo habría agradecido del mismo modo».[17]

Una persona de este tipo ciertamente no habría rechazado por principios servirse de gente como eran en general los catilinarios. Pero había comprendido a tiempo que *no le servían*. Pero haber tratado con ellos le había de acarrear consecuencias, de las que forman parte aquellas delaciones en su contra, tal vez verídicas, que fueron minimizadas precisamente por el «óptimo cónsul», que después se arrepintió.

Lo que necesitaba, respecto a los catilinarios, era demostrar, en cambio, que no estaba inmiscuido con la máquina represiva que el Senado había puesto en marcha. Sabía que aquellos hombres gozaban de simpatías entre el pueblo, y estas simpatías no pensaba perderlas, aun sabiendo que colocándose al frente de aquel descontento popular no llegaría muy lejos. Pero, por otro lado, ningún avance habría podido realizar *contra* aquella tradicional «base social» de las *partes populares*. De aquí su decisión.[18]

4. Plutarco (o la fuente de la que se sirve en los primeros catorce capítulos de la *Vida de César*) ha comprendido bien esta aporía, la cual es el verdadero punto delicado del cesarismo, en cuanto intenta superar la vieja y tradicional política *popularis*. Ser consciente de que con aquella base social no se llega lejos, pero no poder prescindir de ella. Plutarco imagina una escena, que posiblemente nunca se verificó, que sitúa al principio del primer consulado cesariano (59 a.C.), caracterizado por el enfrentamiento con los optimates, representados, en el vértice del poder, por el otro cónsul, Marco Calpurnio Bíbulo. Plutarco imagina que, ante las protestas de los optimates por las medidas cesarianas tomadas respecto a las leyes agrarias, César estalló en el Senado con una reacción singular que en cierto sentido revelaba ese distanciamiento suyo de la tradición *popularis*: «dado que en el Senado los optimates se opusieron, comenzó a gritar y a protestar con el pueblo, al que por fuerza tenía que adular, obligado a ello por la injuriosa hostilidad del Senado».[19]

Este César es imaginario.[20] Pero la anécdota muestra bien el carácter de la crisis de identidad y de valores de la parte «popular», a la cual él ha tratado de dar una salida y una solución nuevas,[21] siempre intentando mantener intactas las buenas relaciones tradicionales con la plebe urbana y sus instancias, sobre las que, de todos modos, *ab origine* había fundado su fortuna política. No se puede decir que este «idilio» haya estado exento de crisis dramáticas, como los amotinamientos de Celio Rufo o de Dolabela en el 48 y 47 a.C. (véase *infra*, cap. XXII, «Contra la subversión»). Sin embargo, César no dejaba de ser el sobrino de Mario; no obstante, cuando fue asesinado no estalló una inmediata reacción popular. Ésta se demoró, y al menos en parte fue manipulada, lo cual es síntoma de que esa relación se había deteriorado. A los liberadores, que decían despropósitos asegún la ocasión, les respondía un silencio atónito: «El pueblo —escribe Plutarco— prestaba atención a lo que se decía, sin indignarse, pero tampoco daba muestras de apreciar lo que habían hecho, sino que manifestaba, con el profundo silencio, conmiseración por César y respeto por Bruto.»[22]

5. Todo quedó claro mucho más tarde. El pretor nombrado del año 63 que hablaba contra la condena a muerte de los catilinarios no era todavía el cónsul del 59, que tiene a sus espaldas el pacto triunviral y, menos aún, el dictador vitalicio *(dictator perpetuus)* propenso hacia no muy claras reformas institucionales. Era el respetable exponente *popularis* atrapado en una desagradable zona oscura. Existe de hecho alguna vez una zona oscura en las biografías de los grandes políticos: momentos que no les gusta recordar, en los que han aceptado compromisos vergonzosos, o han participado en cambios inadecuados; episodios que habrían podido derribarlos si una luz hubiese alumbrado todo sin piedad en aquel momento, cuando no eran todavía lo que posteriormente llegarían a ser, cuando aquella luz es ya tardía e ineficaz. Es posible, por ejemplo, que los verdaderos términos de la complicidad de César con los catilinarios fuesen los que Cicerón, con una retorcida delación, refería en el *De consiliis suis*. Pero en aquel momento, el perfil acabado del personaje, el balance de los pros y los contras estaba ya consolidado, y fue, paradójicamente, la «revelación» la que corrió el riesgo de ser ofuscada.

En resumen, es casi obvio que César, al igual que Craso, en aquel momento mucho más potente que él (aunque sólo fuera por sus impresionantes riquezas), había sido rozado por el caso de Catilina. Y es admirable que hubiera conseguido quedar fuera retirándose a tiempo. Había sabido también, quince años antes, cuando era mucho más joven, valorar como un experto, con una ojeada «clínica», la inconsistencia de la sublevación de Lépido en la que se esperaba, naturalmente, su participación. Se echó atrás, pero no pudo dejar de hablar para salvar a los conjurados que ya habían sido arrestados. Asimismo, probablemente la represión había sido tempestiva e irremovible, precisamente porque los grandes personajes habían quedado fuera. Es conmovedor observar cómo en la *Cuarta Catilinaria*, obviamente reescrita *post eventum*, Cicerón se ocupa ampliamente de establecer la distinción (§ 9) entre los agitadores («levitas contionatorum») y la política «realmente *popularis*» de César, ¡éste sí verdaderamente preocupado por el bien del pueblo!

6. «La influencia de César en los círculos senatoriales era tan fuerte y su popularidad entre la plebe tan grande que en el caso de Catilina su nombre ni se cita, aunque todos estuvieran al corriente de su participación en la conjura», ha escrito Maskin.[23]

Pero las voces que implican a César y Craso en la así llamada «primera» conjuración (66-65 a.C.) son aún más insistentes: Bíbulo, cuando era colega de César en el consulado (59 a.C.), siendo por éste desautorizado y relegado a la inactividad, hablaba claramente, aunque en vano, de aquellas faltas de su colega en los edictos que emitía desde su casa.

También a propósito de esto el testimonio más extenso es el de Suetonio.[24] El biógrafo había leído tanto los «edictos» de Bíbulo como la obra historiográfica de Tanusio Gémino,[25] que hablaba de ello ampliamente, así como la colección epistolar ciceroniana *Ad Axium* (que no se conserva), donde Cicerón formulaba una observación muy similar a la que figura en el *De officiis* a propósito del hilo rojo subversivo que atravesaba, según él, toda la carrera de Julio César. Escribiendo a Axio, quizá precisamente en el año del consulado de César, Cicerón señalaba que este último «durante el consulado se había asegurado aquel poder monárquico *(regnum)* al que había aspirado ya desde que era edil».[26] Cicerón confirma este hilo conductor en dos ocasiones más en el *De officiis* (escrito cuando César ya había sido asesinado): al recordar la constante referencia por parte de César al elocuentísimo verso de *Las Fenicias* («si violandum est ius, regnandi gratia violandum est»),[27] y, sobre todo, cuando alude abiertamente a la implicación catilinaria de César en el 63 y relaciona, una vez más, al vencedor de la larga guerra civil con el revolucionario y entonces lleno de deudas y «derrotado», ¡visto que la realización del programa catilinario habría sido en su directo y personal interés! [28] Por tanto, según Cicéron, un hilo conecta al César conjurado del 66-65 con el cónsul César prevaricador y auténtico «monarca» (una vez marginado Bíbulo) del año 59; así como un hilo conecta al catilinario derrotado del 63 con el dictador y realizador de un programa de tipo catilinario *(¡sic!)* del 48-44.

Pero los detalles sobre aquella primera conjuración del 66-65, en la que estaba previsto que Craso asumiese la dictadura y César fuese su *magister equitum*, los encontraba Suetonio en un historiador contemporáneo

de los hechos y muy hostil hacia César: Tanusio Gémino. Tanusio, que probablemente era miembro del Senado, y por ello podía conocer directamente el discurso propagandístico de Catón sobre la oportunidad de consignar a César a los téncteros por la violación del derecho de gentes cometida por el procónsul contra aquel pueblo, sabía mucho sobre aquella primera experiencia fracasada en la que Catilina había proyectado la dictadura de Craso con el apoyo de César.

El plan era el siguiente: a principios del año 65, al tomar posesión los nuevos cónsules, se asaltaría el Senado, asesinando no sólo a los cónsules sino también a los principales adversarios. Durante los graves desórdenes que seguirían a los hechos, Craso debía hacerse atribuir la dictadura (la cual, muertos los cónsules, era necesario hacer proclamar, claro está, a otros magistrados, como por lo demás había hecho Sila). Craso nombraría a César su *magister equitum*. Se trataría, según el modelo silano, de una dictadura *rei publicae constituendae*, que habría permitido a los dos llevar a cabo una radical reforma constitucional. Por otra parte, los dos candidatos derrotados en las elecciones del 66 serían nombrados cónsules (Publio Sila y Lucio Autronio). Pero Tanusio sabía también (algo que Bíbulo en sus «edictos» no decía) que Craso en el último momento había cambiado de idea, «justo en el día previsto para la matanza», y que «por ello César no había dado la señal convenida».[29] Según Curión (padre de aquel Curión que será en el 49 el hombre de César en el enfrentamiento con el Senado), la señal que César debía dar consistía en un gesto casi natural: la toga se le debía deslizar de los hombros. Curión sabía también de otra conspiración de César. De este episodio Suetonio encontró confirmación también en otras biografías contemporáneas, en la obra de Marco Atorio Nasón (uno que decía que sabía mucho de César, incluso de sus amores con la reina africana Euone, esposa del rey Bogud).[30] Curión y Atorio Nasón hablan de una trama urdida por César con Cneo Calpurnio Pisón. Los términos en los que Suetonio se refiere a ello son vagos: «se debían provocar incidentes, César en Roma, Pisón en Hispania, con la colaboración de los ambrones y de los transpadanos, pero todo falló tras la muerte de Pisón». El desconcierto de los modernos ante estas noticias nace del hecho de que una fuente importante como Salustio dice todo contrario. Salustio, justo en medio de la *Catilinaria* (caps. 18-19),

cuando ya está hablando de la conjuración del 63 y ya ha proporcionado la lista de los cabecillas, se siente impulsado a inserir una digresión sobre la conjuración del 66: un relato bastante detallado que él mismo califica de «veracísimo», y que no coincide en nada con lo que Suetonio había recabado de aquellas fuentes contemporáneas. Para Salustio, el sangriento golpe de mano programado para el 1 de enero del 65 y la intriga con Pisón son la misma cosa. Su relato no es nada claro, especialmente allí donde debería explicarnos el nexo entre lo que estaba programado en Roma y lo que se preveía hacer en Hispania. Y no sólo esto: es muy poco creíble que, según Salustio, la conjura, una vez descubierta, fuera sólo «aplazada por un mes». En las nonas de febrero los conjurados estaban, efectivamente, en el lugar previsto y preparados para actuar, pero todo fracasó porque Catilina «dio la señal demasiado precipitadamente» (aunque inmediatamente después explica que el fracaso se debió al exiguo número de los que habían acudido). Sigue la noticia del envío de Pisón a Hispania como propretor de la Citerior «por influencia de Craso, que sabía que era enemigo mortal de Pompeyo»[31] y una detallada información sobre las hipótesis en torno a la misteriosa muerte de Pisón. No sabremos nunca con exactitud la verdadera dinámica de estos hechos. Lo que destaca del incongruente relato de Salustio es la oscura relación entre la acción prevista en Roma y el asunto de Pisón en Hispania, y, sobre todo, la cuidadosa eliminación de César. Lo que éste debía hacer, según Tanusio Gémino, aquí lo hace (o tal vez no lo hace) directamente Catilina. Salustio, por otra parte, conoce bien —como todos sus coetáneos— el estrechísimo vínculo que ligaba, en aquellos años, a César con Craso; sin embargo, logra encausar sólo a Craso (tanto en la primera como en la segunda conjuración), omitiendo rigurosamente en toda esa historia el nombre de César. Desafiando con ello a la más elemental regla de verosimilitud, ya que, en aquella época, Craso tenía en César su «mente política», su instrumento para enfrentarse donde quiera que fuese a Pompeyo y para atraerse las simpatías populares, y nada habría hecho —menos aún en este campo— sin cubrirse con la complicidad de César. Por tanto, el relato anunciado como «veracísimo» es ciertamente el peor de los que disponemos, orientado únicamente a librar a César del «cono de sombra» de la conjura catilinaria.[32] En la reconstrucción de Salustio, César entra en escena con el

debate en el Senado, destacando como uno de los dos «grandes» de la política, en total desacuerdo entre ellos, pero sublimes ambos: César y Catón.

7. La conjuración de Catilina es uno de esos casos en los que la riqueza de fuentes aumenta la confusión porque hablan casi exclusivamente las partes en causa: Cicerón como protagonista que ha intentado convertir el consulado no sólo en un monumento de su carrera sino también de su tiempo, y Salustio, que ha escogido para sí mismo el rol de vindicador de la memoria de Julio César, desentendiéndose completamente de una efectiva y concienzuda investigación de verdades tal vez dolorosas. Una aclaración proviene casualmente de una carta privada: una carta de Cicerón a Ático fechada el 17 de mayo del 45, en tono muy irritado respecto a un tercer personaje, Marco Junio Bruto (diez meses más tarde el líder de los conspiradores que asesinaron a César).[33] En aquel momento César estaba combatiendo la batalla de Munda (la más difícil de su larga carrera de general) y en Roma se libraba una especie de batalla a base de escritos en honor al difunto Catón, que se había suicidado en Útica tras la victoria cesariana en África. Cicerón y Bruto deberían estar de la misma parte. Es más, Cicerón había escrito recientemente las *Laudes Catonis* a petición de Bruto (que era el sobrino de Catón y posiblemente soñaba, al menos cuando se sentía pletórico, en emularlo en el futuro). Sin embargo, por lo que parece, Bruto no quedó satisfecho, intentando también él la misma empresa. Pero su escrito, en un punto no secundario, y para Cicerón de primera importancia, irritó e hirió a éste. Bruto atribuyó a Catón en su intervención en el Senado, muy bien expresado por Salustio,[34] el mérito de la represión sobre los catilinarios. Todo se le podía hacer al «óptimo cónsul» del 63, excepto esto. Pero de la carta en la que Cicerón criticaba duramente la versión del amigo sacamos informaciones útiles para «reequilibrar» la reconstrucción de los hechos. En principio, ya es por sí misma una información el que Bruto diera a Catón un protagonismo que Cicerón tendía a centrar sobre sí mismo. En cierto sentido, esto concuerda con la construcción retórico-edificante de Salustio. De todos modos, la necesidad de desmentir a Bruto impulsa a

Cicerón a reconstruir con exactitud (dentro de los límites de su memoria) la sucesión de las intervenciones en la sesión del 5 de diciembre: una información que en Salustio no se encuentra. Aquí, Cicerón intenta atenuar en gran medida el mérito de Catón y aporta datos muy útiles: «no fue Catón el primero en hablar de la pena que había de imponerse, ya lo habían hecho todos los que habían hablado antes que él». Ni Catón —agrega— dijo cosas particularmente originales: «expresó el mismo concepto dicho por otros, pero con palabras más grandilocuentes y copiosas».[35] Hay también una noticia proveniente de Suetonio: César, si bien sólo como opositor a la pena capital, «se habría salido con la suya» *(obtinuisset)*, hasta tal punto que incluso el hermano de Cicerón se había puesto de su parte.[36] El discurso de Catón tuvo su peso: cambió totalmente, en dirección opuesta, el parecer de la asamblea. Por consiguiente, desde este punto de vista, hace bien Salustio en centrar todo el debate de aquella jornada en dos intervenciones clave: la de César y la de Catón. Pero oculta lo que le acontece a César, porque su héroe habría salido malparado, después de que Catón, tal como dice Suetonio, «afianzó los ánimos».[37] Como verdadero *popularis* César no se dio por vencido, no cejó en su actuación para impedir el resultado ya de hecho previsible tras el durísimo discurso de Catón. Intentó que hubiera una votación por separado de la condena a muerte y de la confiscación de bienes, y ante la furiosa reacción de muchos provocó la intervención de los tribunos.

Pero llegados a este punto sobreviene algo que la hagiografía filocesariana de Salustio manipula, limitándose a una elusiva noticia y sumaria: «Los asistentes aprecian el discurso de Catón y se aprueba un decreto conforme a su propuesta.»[38] Por el contario, lo que sucedió fue que César, insistiendo en su posición más allá de los límites («immoderatius», dice Suetonio), arriesgó la vida en el Senado: un grupo de soldados de caballería —narra Suetonio—, que rodeaban la Curia como servicio de orden, irrumpieron en el Senado empuñando las armas y se abalanzaron sobre César amenazándolo físicamente. Los senadores sentados junto a él se retiraron dejándolo solo (como le había sucedido a Catilina cuando Cicerón lo había atacado por sorpresa en el Senado, fingiendo improvisar, el 7 de noviembre) y César se salvó gracias a que algunos de sus más fieles

seguidores lo cubrieron abrazándolo hasta sacarlo fuera del Senado. Tiberio y Cayo Graco habían sido asesinados en su día por otros celadores análogos a aquella escolta del «óptimo cónsul».[39] Plutarco, que describe la agresión contra César por parte de la que denomina «la escolta de Cicerón», añade un detalle y nos ilumina ulteriormente acerca de las fuentes. Dice que César habría sido de veras eliminado por aquellos hombres armados si Cicerón no hubiera «hecho señal de que no lo hicieran».[40] Y agrega que Cicerón los detuvo *in extremis* «o por temor al pueblo o porque pensaba que aquel asesinato era ilegal».[41] En definitiva, César estuvo a punto de ser asesinado de veras ya entonces en el Senado con veinte años de anticipo.

No se trata de un episodio irrelevante. Significa dos cosas que juntas aportan luz para entender lo que fue realmente esta conjura: *a*) que César tenía presente que no podía abandonar a aquellos hombres porque sabía que había estado con ellos casi hasta el final; *b*) que Cicerón y sus satélites armados habían permitido el debate oratorio (para su fortuna reequilibrado por Catón), pero cuando se expusieron a ser vencidos en el enfrentamiento dialéctico decidieron actuar contra César *como contra un conjurado*.[42] Continuaron considerándolo sustancialmente cómplice, casi como si fuera un «conjurado externo».

8. No podemos, por ello, abandonar este tema sin preguntarnos qué lugar ocupa toda la experiencia «catilinaria» en la crisis final de la República. No se trata de recorrer la larguísima historia de la «recepción» de Catilina, ya que no es un tema solamente historiográfico sino también literario.[43] Está, por un lado, el Catilina de Mommsen y de Eduard Meyer; el *leader* de los «Anarchisten», que puede también asumir los rasgos de último *leader* de la «revolución social» (así opina Arthur Tosenberg, que había sido alumno de Meyer y, en cierto sentido, su continuador); y, por otra parte, está el Catilina de Gelzer, anillo de una cadena que iniciándose en Cinna continúa en Sila y en César, afines entre ellos en su deseo de conseguir la superación, mediante la monarquía, de la República en crisis, lo que marcó su política.[44]

Gelzer insiste mucho sobre la unidad del fenómeno que define como «impulso de los jefes [= de las figuras relevantes de la vida política republicana] hacia la instauración de un régimen dictatorial, es decir —añade—, de la forma estatal del futuro».[45] Este fenómeno se comenzaría a entrever ya en los proyectos y aspiraciones autoritarias de Cneo Pompeyo Estrabón, padre de Pompeyo Magno. Con mayor éxito lo intentaron Cinna y Carbón, y posteriormente el que los abatió, es decir, Sila. En el 78 repitió el intento Marco Emilio Lépido (sublevándose contra el sistema silano). En el 65 aspiraron a algo parecido Craso y César (de hecho, la dictadura era la salida prevista por los organizadores de la «primera conjura»). Y lo mismo puede decirse en el 63 en relación a Catilina y compañía. Fue el camino que siguió César y después Augusto.[46] Como prueba del fundamento de su dictamen, Gelzer recurre a Salustio, quien afirma, en una parte de su relato, que en el caso de que Catilina lo hubiese conseguido o bien no hubiese sucumbido, precisamente los vencedores no habrían sido capaces de disfrutar durante mucho tiempo de su victoria y, al final, «alguien más poderoso les habría quitado a ellos *imperium et libertatem*».[47] El mismo Salustio señala, por otra parte, un hecho congruente con esta hipótesis: Publio Cornelio Léntulo Sura, uno de los nobles más conocidos que compartía con Catilina la dirección de la conjura, iba diciendo, sin ningún recato, que en los oráculos sibilinos estaba escrito que tres Cornelios ocuparían el poder monárquico en Roma, dando a entender que él estaba dispuesto a ser el tercero tras Cinna y Sila, ambos Cornelios, si bien feroces antagonistas.[48] Análogas aspiraciones encubrían otros jefes como Cayo Cornelio Cetego y Lucio Casio Longino. Catilina, en el momento en que reclutaba adeptos, no había dudado en prometer «magistraturas y sacerdocios».[49] Y en la *Segunda Catilinaria* Cicerón insiste mucho sobre esta expectativa de los conjurados: «Ya se ven cónsules, o dictadores, o incluso reyes» (§ 19). Muy parecida es la escena que con sarcasmo esboza César en los *Commentarii* sobre la guerra civil: la reyerta que estalla, pocas horas antes de Farsalo,[50] en el campo pompeyano entre Domicio Ahenobarbo, Escipión, suegro de Pompeyo, y Léntulo Espínter, los cuales se tiran de los pelos[51] disputándose el pontificado máximo de César. Éste se ríe burlonamente a pesar de la aparente objetividad del relato, es obvio que se

ha divertido al presentar justo aquí esta noticia, narrando poco después el desastre de todos ellos en Farsalia. «Disputaban por recompensas y sacerdocios y establecían anticipadamente la atribución del consulado para no sé cuántos años.»[52] La escena es semejante a aquella con la que se abren los *Comentarii*: rechazadas sin discutir las propuestas de César, incluso las más conciliadoras, «todo se precipita y vertiginosamente»,[53] «se atribuyen gobiernos provinciales prácticamente a particulares»[54] y el reparto es, también entonces, descaradamente personalista.

Las afinidades de esos comportamientos son indudables. Por lo demás, también César hizo algo parecido tras la victoria: dispuso sucesiones consulares y repartió las provincias, pero con una visión más amplia, y no con la cerrazón facciosa de aquella camarilla ávida y soberbia que se había concentrado alrededor de Pompeyo, ni, por otra parte, con la parafernalia de promesas revolucionarias (anulación de las deudas, asalto a la riqueza) propias de Catilina. Para Gelzer, el programa de Catilina es un puro ejercicio verbal: la crisis que provoca no es más que una etapa en la lucha entre la vieja forma estatal oligarca y la monarquía militar; forma, esta última, que para él representa la exaltación de los nuevos y cada vez más destacables sistemas políticos.[55] Ciertamente, es muy probable que la demagogia de Catilinia durase poco y, si saliera vencedor, corriese el riesgo de acabar en un feroz enfrentamiento personal entre los jefes por la efectiva *leadership* y, por tanto, de hecho, de un modo u otro, en una nueva experiencia silana. ¿Acaso no había previsto el mismo Catilina en el 66-65 recurrir a una renovada solución silana con Craso dictador y César como *magister equitum*? Lo que sí merece la atención es, sin embargo, un dato cierto entre tanta incerteza y partidismo de fuentes discutibles o desinformadas: César, que se había «nutrido» desde el principio de programas *populares*, no había defendido ninguna de aquellas instancias ni en el momento en que eligió el peligroso «dado» de la guerra civil, ni cuando tuvo el poder en Roma gracias a la fuga de los adversarios, ni después de la victoria. Es más, prefirió reprimir a algunos pequeños Catilina como Celio Rufo o Dolabela. Supo entender el cambio: una vez en el poder no desencadenará «leyes agrarias» ni «anulaciones» de deudas, sino que ampliará la ciudadanía e intentará implicar al máximo a las clases

dirigentes, incluso a las viejas clases dirigentes, en esta reorganización de amplias miras. Si su carrera está encerrada entre dos conjuras en medio de las cuales hay una interminable guerra civil, este itinerario sangriento y violento representa adecuadamente la pena con la que la República aristocrática e imperialista cedió el paso al poder personal, vendiendo cara su piel.

VIII

EL DISCURSO AL SENADO REELABORADO POR SALUSTIO

Salustio sostiene que la trama subversiva habría sido tejida mucho antes de la derrota electoral de Catilina en las elecciones consulares del 63. Esta datación temprana es uno de los puntos más controvertidos de la reconstrucción de Salustio. Una primera revelación de la trama se habría filtrado, como secreto de alcoba, de la boca de una tal Fulvia, amante del conspirador Curio. Precisamente, la alarma suscitada por esta fuga de noticias habría favorecido el fracaso electoral de Catilina en las elecciones del año 63 para el consulado del 62. Catilina, a pesar de la derrota electoral, prosiguió los preparativos. El Senado reaccionó dando plenos poderes a los cónsules, Cicerón y Antonio, para la defensa de Roma y de la península. Frustrada la «bravata» de presentarse al Senado, Catilina huyó el 8 de noviembre del 63 de Roma, dejando a Léntulo encargado de conseguir nuevas adhesiones. Éste, por medio de Umbreno, contactó con los delegados de los alóbrogos, presentes en aquel momento en Roma para manifestar sus quejas contra el mal gobierno romano en la provincia; pero los delegados mismos, por miedo, revelaron la maniobra y aceptaron ser usados para tender una trampa a los conjurados. De modo que éstos solicitaron que les entregaran cartas explícitas y comprometedoras firmadas por los cabecillas de la conspiración y posteriormente se hicieron arrestar, de acuerdo con Cicerón, en el puente Milvio la noche del 2 al 3 de diciembre. Con estas pruebas en su mano, el cónsul pudo llevar ante el Senado, en estado de arresto, a Léntulo, Cetego y sus cómplices. En el debate que se abrió en el Senado, la primera intervención fue la del cónsul elegido, Décimo Julio Silano, que pidió la pena de muerte. Su discurso suscitó consenso. Cuando le

llegó el turno a César, en aquel momento pontífice máximo y pretor elegido para el 62, la situación pareció haberse modificado: la intervención de César, a la que Salustio da un enorme relieve,[1] iba en dirección opuesta a la defendida por Silano, pero, como destaca Salustio, conquistó el consenso incluso del mismo Silano. Fue necesario todo el esfuerzo y la elocuencia implacable de Catón[2] para invertir de nuevo las posiciones y llevar a la mayoría de los senadores a aprobar la propuesta de una inmediata ejecución capital de los catilinarios, sin proceso alguno.

El discurso de Catón, que igualmente Salustio parafrasea, es memorable por su dureza y eficacia convincente. Veleyo dice que Catón fue de los últimos en hablar en aquella sesión y que lo hizo con tal pasión («vis animi»), con tanta riqueza de argumentos («vis ingenii»), con tal ardor oratorio («ardor oris») que *ipso facto* hizo «sospechoso de complicidad con la conjura a cualquiera que sugiriese moderación».[3] Una forma de decir que Catón habló intentando mostrar a César del modo más sospechoso posible. Y estaba tan decidido a sugerir al Senado la imagen de un César cómplice de la conspiración que cometió un cómico incidente, que conocemos por Plutarco: «Durante la sesión del Senado en la que se trató sobre la conjura de Catilina, Catón y César se encontraban sentados uno junto al otro defendiendo opiniones opuestas, cuando le entregaron a César una nota proveniente del exterior y él la leyó en silencio. Catón protestó ante el hecho inaudito: César recibía instrucciones del enemigo. Muchos de los asistentes se alborotaron y César pasó el escrito, tal como era, a Catón, que lo leyó: se trataba de un mensaje un tanto osado de Servilia, hermana de Catón.[4] Éste lo devolvió desdeñosamente a César injuriándolo: "¡Toma, miserable!" Después de lo cual prosiguió el discurso.»[5]

El Catón que da la alarma porque César ha recibido un mensaje de fuera es un hombre alterado, empeñado en buscar la «prueba objetiva» contra el hombre cuya implicación en la conjura era para él una certeza. Es más, César era según él la pieza más peligrosa de la trama subversiva porque la apoyaba, y en cuanto resultaba «limpio», era capaz de influir en las decisiones de un órgano constitucional como el Senado. Seguramente, el discurso con el que Catón invirtió la situación que se había creado por la intervención de César fue mucho más duro de cuanto resulta en la

reelaboración salustiana. El discurso de Catón contra la salvación de los catilinarios y en favor de su inmediata condena a muerte es el único de Catón que se conserva. Catón era uno de aquellos oradores que no escribía sus discursos, pero del cual se solía recordar, incluso mucho tiempo después, lo eficaces que eran. Sabemos afortunadamente por Plutarco[6] que el único discurso que se ha conservado en forma escrita fue precisamente éste, porque Cicerón había colocado en la sala donde el Senado se reunió una serie de estenógrafos eficientísimos y conocedores de un sistema estenográfico particularmente eficaz y rápido. Su propósito era dejar constancia completa y fidedigna de todo aquel crucial debate. Esto significa que el discurso pronunciado entonces por Catón debe de haber circulado, por lo que Salustio ha debido de hacer de él una reelaboración no totalmente imaginaria. Es posible, sin embargo, que se haya atenido más a la realidad en la reelaboración de las palabras de César. Salustio, que había mantenido relaciones con César al menos en algunos períodos de la guerra civil —de ahí nacería un ejercicio retórico, las llamadas *Epistolae ad Caesarem senem*, «ambientadas» precisamente en un momento en el que se sabía que había habido relación entre ambos—, se encontró en la misma posición privilegiada en la que, por ejemplo, había estado Tucídides respecto a los grandes políticos atenienses de su tiempo.

Tras una amplia exposición centrada en torno al tema de la conveniencia de tomar una decisión equilibrada y no *ab irato*, y, sobre todo, en torno al riesgo de crear, con la condena de los catilinarios, un desastroso precedente que consintiera, en el futuro y en otras manos, un uso arbitrario de la represión política, el César de Salustio llega a la formulación de su propuesta. En su opinión, los conspiradores capturados deberían ser custodiados en los municipios que dieran mayores garantías desde el punto de vista de la vigilancia; sus bienes deberían ser confiscados; ya no se debería volver a deliberar sobre su suerte ni llevando de nuevo la cuestión al Senado ni recurriendo al pueblo; quien actuara diversamente sería tratado como un enemigo público.[7]

Al menos esta parte final y deliberativa del discurso debería considerarse fundada en el informe del debate del Senado (en las *actas Senatus*). Sin embargo, existe una dificultad que deriva del hecho de que las

otras versiones de las que disponemos refieren la propuesta de César, en mayor o menor grado, de modo diferente. Sobre todo, la fuente contemporánea más importante, la *Cuarta Catilinaria* de Cicerón: discurso oratorio reelaborado después de los hechos —como por lo demás también las otras *Catilinarias*—, pero no por ello menos importante como testimonio directo y de altísimo nivel. Cicerón refiere la propuesta de César según un orden conceptual algo distinto, y registra algunos detalles que Salustio no menciona. Están, además, las versiones de Plutarco[8] y de Apiano[9] que han de considerarse no como redacciones alternativas de la propuesta hecha por César, sino más bien como interpretaciones de la misma.

Para Salustio, el modelo de Tucídides es determinante. Para él, como para tantos estudiosos antiguos, la obra de Tucídides es el arquetipo de la «monografía histórica». Por ello, Salustio se inspira directamente en él, ya desde el planteamiento mismo de la monografía de Catilina. Esto vale en particular para los discursos, por la importancia que éstos tienen en el ámbito de la narración. Así como en Tucídides hay discursos o grupos de discursos que constituyen el punto culminante de la narración —sea discursivo o dramático—, así, el centro conceptual y dramático de la monografía salustiana sobre Catilina está representado, sin duda alguna, por la pareja de discursos contrapuestos de César y de Catón, a favor y en contra de la pena capital para los catilinarios. Como Tucídides, Salustio «escoge» a los personajes de los que referir (recreándola) la palabra: a partir de un contexto en el que muchos otros habían hablado, y donde *éstos*, los elegidos, son los únicos que —a juicio del autor— merecen destacar como verdaderos protagonistas de la decisiva discusión. Resulta evidente que aquí Salustio ha tipificado la situación a partir del modelo de Tucídides, baste confrontar su versión con la de Plutarco en la *Vida de Cicerón*,[10] basada probablemente en el relato autobiográfico del propio Cicerón. Aquí el debate se desarrolla de un modo mucho más articulado. Tras Silano, que recibe muchas adhesiones a su propuesta de «máxima pena», interviene César. La propuesta de éste resulta muy eficaz, hasta el punto de que no sólo Cicerón comienza a apoyarla (entre otras cosas, por consejo de sus más íntimos amigos), sino que el mismo Silano da marcha atrás e intenta interpretar reductivamente la fórmula «pena extrema» (¡para un romano de rango senatorial ya la detención

podía considerarse tal!). En este momento interviene Lutacio Cátulo, a quien se debe la primera reacción áspera contra el vasto éxito de la propuesta de César; con Lutacio Cátulo se alía Catón, que echa sobre César la sombra de la sospecha de complicidad con la conspiración. La polaridad César-Catón es, por tanto, una creación salustiana.

Como Tucídides, Salustio, antes de dedicarse a la historiografía fue un político militante y un combativo orador. Asconio, en el comentario a la *Miloniana* de Cicerón, indica a Quinto Pompeyo, Salustio y Munacio Planco como los más encarnizados contra Milón entre los tribunos de la plebe del año 52, los cuales, en aquellos días convulsos «inimicissimas contiones de Milone habebant, invidiosas etiam de Cicerone quod Milonem tanto studio defenderet».[11] No podemos decir si fue realmente suya la *Invectiva in Ciceronem*; si bien, lo cierto es que a él, como orador conocido se dirige Ventidio en el 38 a.C. para que le escriba un gran discurso «ad victoriam suam praedicandam» (como testimonia una carta de Frontón a Lucio Vero). Esta característica suya es la que nos previene de la *plausibilidad sustancial* de los discursos que pronuncian los protagonistas de sus monografías. Cuando «inventa» el discurso pronunciado por César en el Senado en diciembre del 63 podemos estar seguros de que reproduce una oratoria «adecuada» a las discusiones en el Senado. Es su experiencia directa la que le permite moverse con dominio, entre arengas a los soldados, discursos de los tribunos de la plebe, debates en el Senado: experiencias todas que ha tenido en primera persona. Naturalmente, forma parte del oficio (y de la tradición) encajar en un discurso ampliamente reinventado —como el de César— pensamientos que éste efectivamente había expresado. Así ocurre, por ejemplo, con la crítica desde un punto de vista epicúreo de la pena de muerte (la muerte, de hecho, no sería una pena, sino «requies aerumnarum»). Que César había dicho esto lo sabe a través de la *Cuarta Catilinaria* de Cicerón.[12] Del mismo modo, también Tucídides había puesto en boca de Pericles pensamientos que ciertamente había tenido el gran estadista (la definición de Atenas como «isla imperfecta», en el primer discurso; la noción del mayor valor de las «leyes no escritas» en el epitafio, etc.), si bien había construido en torno a ellos pensamientos suyos.

Salustio había hallado también en la obra de Tucídides documentos citados textualmente (los tratados), por lo cual se creía legitimado para una análoga citación textual de documentos: como la carta de Catilina a Quinto Cátulo (cap. 35), que Salustio afirma que «transcribe».[13]

Lo que sin embargo Salustio evita escrupulosamente es reelaborar libremente discursos de los que ya circulaba una redacción escrita. Es el caso de la *Primera Catilinaria* de Cicerón. Salustio recuerda la dramática sesión del 7 de noviembre del 63, cuando Catilina se presentó al Senado, «o para colmo de simulación o para justificarse», y Cicerón improvisó un «discurso eficaz y útil para el Estado» que —precisa inmediatamente— «publicó a continuación», es decir, del que sucesivamente difundió una versión escrita[14] Salustio conoce, como queda claro por estas palabras, la colección de los discursos consulares que ya en el 60 Cicerón había proyectado;[15] por ello descarta la posibilidad de «reescribir» otra *Primera Catilinaria* (y mucho más la de introducir aquel discurso ciceroniano en su narración). El criterio de no servirse de textos de oratoria ya disponibles de otro modo lo expresaron Livio[16] y Tácito,[17] y se convierte en la historiografía clasicista, en una «regla estilítica» estable.[18]

La *situación* en la que ambos discursos se encuandran, el de César y el de Catón, es tópica: la decisión en torno al destino de un grupo de «vencidos». Son muchos los modelos que Salustio tiene en mente. Ante todo, en el mismo discurso[19] hay una referencia explícita a un texto capital, que es también un modelo, si no es el modelo principal: la *Defensa de los rodios* de Catón, es decir, el discurso con el que el viejo Catón había inducido al Senado a no deliberar con espíritu de venganza en torno al comportamiento de los rodios, que se habían mostrado aliados infieles durante la tercera guerra macedónica (contra Perseo). Es significativo que también la *Defensa de los rodios* se iniciase con un exordio acerca del estado de ánimo con el que generalmente los hombres encargados de tomar las decisiones deliberaban (e, implícitamente, sobre cómo deberían deliberar): precisamente el tema con el que, parafraseando un célebre exordio de Demóstenes, comienza el discurso de César. El otro gran modelo es el enfrentamiento oratorio entre Cleón y Diodoto en el tercer libro de Tucídides,[20] donde el primero apoya y el segundo se opone a la feroz pena

«ejemplar» que se ha de infligir a los ciudadanos de Mitilene, aliados rebeldes. También en este caso Salustio alude claramente al modelo, en particular a las consideraciones con las que Diodoto inicia su intervención.[21] Un modelo lo es también —para el discurso de César— la larga alocución de Euritolemo en las *Helénicas* de Jenofonte:[22] una hábil intervención con la que el acreditado pariente de Alcibíades intenta salvar de la condena a muerte, precipitada y tumultuosamente deliberada, a los generales vencedores en las Arginusas, pero procesados por no socorrer a los náufragos. Muchos elementos son comunes a ambas situaciones: también César, como en su día Euritolemo, debe «nadar a contracorriente» frente a un auditorio hostil; también en el caso del proceso de los estrategas se trata de un puñado de hombres de alto rango social que están acusados de una falta gravísima de omisión, y cuyo «proceso» se celebra ante un organismo políticodeliberativo reunido con competencias judiciales. Se puede observar, además, que, como Euritolemo, también César, en la última parte de su intervención, apela a las leyes que se refieren al tratamiento de los imputados.[23] Y está por último el debate, o, mejor dicho, el enfrentamiento oratorio entre el pacífico y humano ciudadano Nikolaos y el duro y vengativo general espartano Gilipo, que Eforo sacaba a escena en la conclusión del asedio ateniense en Siracusa, a propósito de la suerte que les esperaba a los prisioneros atenienses.[24]

Pero el concepto central del discurso de César no es la petición de clemencia o, mejor dicho, de deliberación equilibrada y libre de animadversión o de precipitada dureza. Obviamente, ésta es su petición, conocida también por otras fuentes, sobre todo por la *Cuarta Catilinaria* de Cicerón. El razonamiento principal [25] alrededor del cual parece construido todo el discurso (por Salustio) es el relativo a la represión de los catilinarios como posible precedente peligroso de las proscripciones. Ronald Syme ha escrito acertadamente que, atribuyendo a César estas alarmantes y proféticas palabras, Salustio está utilizando a César contra los herederos de César, condenando las proscripciones triunvirales por boca del mismo César. En aquel conjunto de párrafos, situados en el centro del discurso, la referencia a la actualidad aparece cada vez más clara.[26] Excelente ejemplo de un intencionado enlace historiográfico entre el pasado

y el presente. Cuando Salustio comienza a hablar claro, su discurso cada vez se hace más sarcástico. Como cuando César dice: «¡Mis temores no tienen que ver ni con Marco Tulio ni con nuestros tiempos!» («Atque haec non in Marco Tullio neque his temporibus vereor.») Baste pensar que quien habla en realidad no es César, sino el mismo Salustio para captar la actualidad de la referencia contingente. Y por si no fuera suficiente, continúa: «Alio tempore, alio consule, quoi item exercitus in manu sit» (la referencia es a Octaviano, cónsul a los 19 años mediante el uso de la fuerza, bien provisto de ejércitos ilegalmente reclutados) «puede cometer una grave equivocación» («falsum aliquid pro vero credi»). Si esta intuición es exacta, el sentido de toda la monografía se enriquece de ulteriores matices actualizadores: no sólo la conjura habría sido un antecedente de la no menos criminal *coniuratio* contra César, sino que la disposición de emergencia con la que se llevó a cabo la ejecución de sus cabecillas fue la semilla de posteriores ilegalidades de las que fue víctima el mismo Cicerón.

IX

EL «MONSTRUO DE TRES CABEZAS»

En política nada es despreciable.

DISRAELI

1. Si los optimates no hubiesen estado obsesionados literalmente con la idea de que alguien —y este alguien no podía ser otro que Pompeyo— pretendía obtener una nueva forma de poder personal, probablemente a César no le habrían regalado a Pompeyo como precioso aliado. Pompeyo era para la República una herencia silana muy embarazosa; más embarazosa a medida que su poder y su prestigio militar crecían, sustentados por una tupida red de clientelas que se extendían de una punta a otra del imperio. Había seguido a Sila cuando éste había vencido en la guerra civil contra Mario.[1] Desaparecido Sila, colaboró determinantemente en la victoria contra Sertorio cuando éste, a la cabeza de la sublevación española, había estado a punto de separar una parte del imperio, y de las más importantes para el dominio de Occidente. Ya en aquella ocasión había amenazado duramente al Senado con organizar también él (como en su tiempo Sila) una marcha sobre Roma si el Senado no le enviaba todo lo necesario para la guerra.[2] Por otra parte, en definitiva, su decisión de establecer un acuerdo con Craso para demoler juntos la esencia de la constitución silana (consulado de ambos en el año 70) era de hecho, desde el punto de vista de los «optimates», una especie de incruento golpe de Estado. La trayectoria de su carrera se había desarrollado a través de una serie ininterrumpida de victorias militares y diplomáticas, además de hábiles maniobras. Así, cuando en el año 62

regresó finalmente a Italia tras haber conquistado Oriente para Roma, desde la Tracia al Cáucaso y a Egipto, «los países de Oriente habían reconocido su predominio».[3] Había construido un imperio y, a la vez, una hegemonía personal. Los habitantes de Miletópolis lo saludaban, según un lenguaje convencional antiguo, como «protector del cielo y de la tierra».[4] Era indiscutiblemente *princeps*, pero no en Roma.[5] Encontró de hecho frialdad y un sutil boicoteo entre aquellos *nobiles* a cuyo flanco había estado desde el inicio de su carrera. Sus dos principales solicitudes —que el Senado confirmase el sistema organizativo dado por él a las conquistas orientales, y que premiase a sus veteranos con asignaciones de tierras— eran bloqueadas incluso con falacias, como, por ejemplo, cuando Lucio Lúculo pretendió que respecto a la reorganización de Oriente se diera no sólo un parecer general, sino específico sobre cada uno de los decretos.[6] Pompeyo había intentado también establecer un vínculo de parentesco con la facción hegemónica del Senado. Se divorció de su esposa, hermanastra de Metelo Célere, y solicitó poder casarse con la sobrina de Catón, pero el austero se negó.[7]

2. Temían al nuevo Sila, mientras que Cicerón —que había «salvado» la república de Catilina sin tener necesidad de las armas de Pompeyo—[8] soñaba con la llegada de un *princeps*.[9] Estaba convencido de que una figura constitucional de ese tipo era necesaria en la República. Pero permaneció hasta el final vacilante sobre quién podía concretamente encarnar en la situación dada esa figura y llevar a cabo dicha función. Posteriormente, la situación se precipitó y degeneró en guerra civil y entonces, en las cartas privadas, Cicerón se mostró intransigente con las aspiraciones «silanas» de ambos contendientes. De modo que, no pudiéndose pensar que él realmente imaginase el surgimiento de un nuevo Escipión, preparado para ser *princeps in re publica*, nos queda la sospecha de que albergase en su mente, en la que continuaba saboreando la «grandeza» del caso catilinario, la hipótesis de poder ser él mismo aquel árbitro de la República del que se esperaba su advenimiento. ¿No había salvado a la República en el momento de mayor

peligro? El mismo empeño constante con el que había mantenido viva la exaltación de aquel evento, y la había pretendido de otros, contribuye a alimentar esta sospecha.

De todos modos, es significativo que César, a su regreso del gobierno provincial en Hispania a tiempo para la campaña electoral del año 60, empeñado en las elecciones consulares, en un determinado momento, cuando la batalla electoral ya estaba ganada, pensara en implicar también a Cicerón en un acuerdo privado que garantizase a los contrayentes contra el abuso de poder de la *factio*. Una carta de Cicerón a Ático[10] a finales de diciembre del año 60 da cuenta, en un tono nervioso y embarazado, de las propuestas cesarianas y de la negativa que al final Cicerón decidió darle. El fragmento es clarificador porque da a entender que el «pacto» debía ser operativo el 1 de enero, es decir, con la entrada en funciones de César en su cargo.

> Ciertamente, el problema es seriamente comprometedor por una razón. O debo hacer una oposición rígida a la ley agraria, lo que comportará una lucha sin tregua pero rica en gloria, o debo permanecer inerme, y retirarme a Solonio o a Ancio, o bien debo apoyar las leyes, cosa que, como muchos dicen, es lo que César espera de mí hasta el punto de no tener la más mínima duda. Efectivamente, ha venido a verme Cornelio, es decir, Cornelio Balbo, el amigo de confianza de César. Vino para asegurarme que César, para todas las cuestiones, se servirá de mi consejo y del de Pompeyo; y que hará todo lo posible para reconciliar a Craso con Pompeyo.

Éstas eran las propuestas de César, que se resumen en sustancia en la ventajosa participación de Cicerón en un pacto entre los cuatro *a cambio del apoyo de Cicerón a la legislación agraria de César* (por lo demás, dirigida a gratificar en primer lugar a los veretanos de Pompeyo).

Cicerón comenta: «Embarcándome en este asunto obtengo los siguientes frutos: solidaridad completa con Pompeyo y, si lo considero oportuno, también con César, reconciliación con mis enemigos, relaciones pacíficas con la masa popular: sereno y fructífero reposo para la ancianidad.» La ironía es evidente y deriva posiblemente de una previsión errónea; pero tal vez, sobre todo, de un impulso humorístico que toma la forma bastante ególatra de una autocitación. De hecho, Cicerón se objeta a sí mismo: «Se apodera de mí el final exaltante con el que he concluido el libro tercero.»[11]

Y cita: «Y a pesar de ello, la vía maestra que, desde la primera juventud y después como cónsul, con auténtico valor y coraje seguiste, síguela sin descanso e incrementa la fama y la gloria que te dan los honestos.» Después de esto concluye la reflexión, *pro tempore*, con un tono embarazado: y bromea acerca del necesario respeto que aquellas órdenes exigen de él, visto que en su poema es Calíope, en persona, quien se las da. De todos modos, no cierra la discusión epistolar con Ático, la aplaza para el 1 de enero del inminente nuevo año. Pero justamente aquí hay un vacío en la sucesión de las cartas. La siguiente es de abril del 59,[12] cuando ya el tiempo de las decisiones había sido superado por los acontecimientos.

3. Esta carta contiene también algunas informaciones sobre la prudencia con la que César, siendo aún cónsul designado, procedió a urdir su «trama». Balbo, fiel seguidor de César y valiosísimo brazo derecho suyo en la complicada red de las relaciones personales, aunque en el pasado también se había beneficiado de la protección de Pompeyo, dio a entender a Cicerón que el acuerdo de César con los otros dos potentados (Craso y Pompeyo) estaba en el aire, pero que todavía no se había hecho («Se esforzará para acercar Craso a Pompeyo»). Pero las cosas no estaban así precisamente. El pacto entre los tres ya había tomado cuerpo durante la campaña electoral del 60 para el 59. Asinio Polión era terminante sobre este punto cuando indicaba el pacto entre los tres («triunvirato») como punto de partida de la guerra civil y hablaba de «conflicto civil iniciado bajo el consulado de Metelo» (es decir, en el 60).[13] Esta declaración sitúa inequívocamente el nacimiento del triunvirato en el año 60, experimentado, precisamente, en la lucha electoral de aquel año para el consulado del 59. Por ello, Plutarco, basándose en la detallada fuente anticesariana sobre la que ha construido la primera parte de la biografía de César, escribe que éste, «llevado en el centro como por una escolta de la amistad de Craso y Pompeyo, se presentó para el consulado y fue elegido triunfalmente».[14] En cambio, para Veleyo, el pacto que él llama «alianza de poder» se establece cuando César ya es cónsul.[15] Tal cronología es congruente, por otra parte, con lo que escribe Cicerón en aquella carta a Ático a finales de diciembre del 60. Suetonio sitúa el pacto en un momento

preciso, antes de la entrada en funciones de César y Bíbulo. En el momento de la asignación de las provincias para el año siguiente (que tuvo lugar[16] *antes de que fueran conocidos los resultados electorales*), el Senado, convencido de la victoria electoral de César, escogió como *provincia* para el 58, para los cónsules que iban a ser elegidos, «los montes y los pastos», es decir, provocativamente, un encargo puramente irrisorio. Contra esta decisión irreverente, César se habría decidido a dar el gran paso de estrechar un pacto secreto con Craso y Pompeyo dejando a un lado las viejas y nunca aplacadas hostilidades entre ambos.[17] Esta reconstrucción de los hechos podría tener una base documental, visto que Suetonio trabajaba teniendo a mano, entre otras cosas, las cartas de César (también escritas en clave),[18] y así la frase «exasperado al extremo por esta provocación»[19] podría reflejar juicios o consideraciones expresados por César en sus cartas de aquellos meses. También hay que decir que la intuición que tuvo de la necesidad de aquel pacto, dirigido a desbloquear una guerra de posiciones que podía prolongarse indefinidamente perjudicándolo, César la tuvo probablemente incluso antes de la provocativa atribución de una provincia de burla. Ya la estrategia electoral llevada a cabo a su regreso de España presupone probablemente el acuerdo secreto. Pero, sobre todo, no hay que esperar que hubiera, ni siquiera en las cartas reservadas que Suetonio había podido leer, una noticia explícita de este acuerdo secreto:[20] las negociaciones más importantes no se ponen por escrito.[21]

4. En su concisión, que esperamos que no haya falseado la esencia del original, parece más convincente la declaración que leemos en el resumen del libro 103 de Livio: al regreso de España, César decide ser candidato al consulado «y meter las manos en la República», y (para ello) se crea una «conspiración» *(conspiratio)* entre él, Pompeyo y Craso.[22] La esencia del acuerdo —un acuerdo privado pero con pactos precisos y recíprocos, en este sentido una verdadera «conjura»— la refiere Suetonio, ciertamente de buena fuente: «impedir que en la República se hiciese cualquier cosa que no fuese grata a uno de los tres».[23] El haber permanecido el mayor tiempo posible en secreto explica las oscilaciones de las fuentes al fecharlo.

No hay fuente historiográfica que no exprese alguna crítica respecto a este pacto. Polión, que lo identificaba como el acto inicial de la guerra civil, no está muy alejado de Veleyo —autor, por otra parte, estático ante Augusto y su ascendencia y exaltador también de César—, el cual precisa inmediatamente que la «alianza por el poder *(potentiae societas)*» fue ruinosa para la ciudad y para todo el mundo y, en diferentes momentos, para los tres contrayentes.[24] Floro (que probablemente debe mucho más al anciano Séneca que a Livio), en la misma línea afirma que el triunvirato es un pacto «para la ocupación del Estado»[25] y es el primer acto de la guerra civil. Livio habla de la «ocupación del Estado»[26] y Suetonio es elocuente cuando describe la desvergonzada ilegalidad del propósito de los tres de *condicionar toda decisión política*. Marco Terencio Varrón escribió incluso una sátira contra el triunvirato titulada *El monstruo de tres cabezas* (Τριχάρανος).[27] En cuanto a Cicerón, una vez que decidió mantenerse fuera de la iniciativa y pasar por alto la oferta de César, sufrió enormes daños personales del triunvirato (el exilio, la pérdida temporal de bienes vitales para él), y es comprensible que haya dado sobre aquel pacto únicamente juicios negativos. En el plano historiográfico ha prevalecido, respecto a este fundamental cambio político realizado por César, la valoración del grupo catoniano, que era de total rechazo y condena. Habían temido la victoria de un *princeps* de estilo silano, y ahora tenían tres. Sin embargo, que en la historiografía el peso de aquella facción vencida haya llegado a ser tan fuerte y duradero depende de varias causas: de la fuerza de la tradición senatorial en la historiografía romana;[28] pero también de la parcial reprobación de la *carrera* de César llevada a cabo en la reescritura augustiana de la larga guerra civil. «Hijo» devoto y obstinadamente decidido a vengar al padre asesinado, Augusto fue sustituyendo poco a poco el culto de César por el de sí mismo, y para ello era, pues, necesario aportar limitaciones a la figura de César.[29] Por ello, Veleyo se expresa de aquel modo: naturalmente, es casi irritante la condena «augustea» del pacto triunviral del año 60 frente al triunvirato criminal del año 43, del que Octaviano había sido el ideólogo, copartícipe y cómplice, por lo que se refiere a los delitos perpetrados.

5. Técnicamente había sido una obra maestra política el romper el asedio y reunir a Craso y Pompeyo. Esta operación sustrajo a la *factio* catoniana la posibilidad de jugar a enfrentar a los potentados uno contra el otro, paralizándolos, como había sucedido de manera incluso demasiado evidente sobre todo a partir del retorno de Pompeyo. Por otra parte, le permitió a César desvincularse de la dependencia financiera de Craso,[30] dependencia que, mientras duró la rivalidad Craso-Pompeyo, obligaba inevitablemente a César a apoyar la posición de uno de los dos (si bien César tenía claro que la figura decisiva para el futuro era Pompeyo y no Craso). Por último, le permitió a César situarse con pleno derecho como *tercer* potentado en igualdad de condiciones, o incluso, como afirma Plutarco, «haciendo converger sobre él la potencia que provenía de ambos».[31] El estatuto de tercer «grande» viene sancionado por la triunfal elección al consulado. Los otros dos habían sido cónsules juntos diez años antes. Con esta elección, el consulado volvía a ser ocupado, tras mucho tiempo, por un representante de la familia Julia.[32]

Con el acuerdo «triunviral», César comienza a liberarse del *cliché* al que había estado vinculado hasta aquel momento: el de un Lépido menos impetuoso o el de un Catilina menos torpe. Desde Lépido a Catilina, en quince años de lucha política, César realmente había atravesado y rozado experiencias comprometedoras, manteniéndose en los márgenes de la subversión y consiguiendo no quemarse. La idea de la necesidad del triunvirato se formó a través de aquellas experiencias. Intuyó que la tradicional política *popularis* constituía ya de hecho un callejón sin salida: era necesario contar con otras fuerzas y con otros interlocutores, sin perder, sin embargo, el terreno ya consolidado, que era además un importante elemento en los momentos de tensión. Cuando llega al triunvirato, César no tiene rivales en *su* formación política, por lo que incluso puede permitirse el lujo, en determinadas circunstancias, de decepcionarlo, por necesidad o por oportunidad política.

Es bien consciente del carácter de *conspiratio* (por utilizar el término de Livio) del pacto secreto: una «conjura» con personajes de muy diferente peso financiero y militar de Catilina y sus desesperados aventureros. Ésta es la línea divisoria de la biografía cesariana. Es su maniobra triunfante: fue

suya la iniciativa, según coinciden en testimoniar todas las fuentes disponibles. Y hasta la carta a Ático, que informa sobre el intento cesariano de incluir a Cicerón en la alianza, confirma también que César fue el cerebro político de la operación.

6. Los otros dos contrayentes aparecen, en los relatos de que disponemos, como meros comparsas. Pero esta imagen depende quizás también de la orientación polémica de las fuentes. Pompeyo es reducido al papel de sostenedor de César («se había puesto en sus manos»),[33] mientras que, mirándolo bien, se trataba por parte de Pompeyo de un apoyo, aunque muy pesado y amenazador,[34] a una legislación de la que él en buena parte era el beneficiario. Su implicación en la política triunviral era completa e irritante para sus interlocutores de siempre. Plutarco refleja esta irritación: «Hasta aquel día Pompeyo no había hecho nada tan violento (la amenaza de utilizar a sus hombres para defender la legislación agraria cesariana). Sus amigos, para justificarlo, pretendían convencer de que aquellas palabras se le hubiesen escapado sin una adecuada reflexión. Pero su conducta posterior demostró claramente que a partir de aquel momento se había puesto en las manos de César como instrumento suyo.»[35] La confirmación de tal dictamen parece provenir del matrimonio político, por sorpresa, de Julia, hija de César, con Pompeyo. Uno de los habituales pactos político-familiares que se propagaron por la historia de la clase dirigente romana se convirtió en la historiografía influenciada por la orientación política anti-triunviral, en un gesto de vil cinismo: se subraya que Julia es casi arrebatada de los brazos de su inminente marido, Servilio Cepión,[36] y entregada a Pompeyo, el cual «aplaca» a Cepión, furioso, entregándole como esposa a su propia hija,[37] mujer, por otra parte, de Fausto Sila, hijo del difunto dictador. La acentuación del indudable uso instrumental de las relaciones afectivas, sometidas así a la política, nace de la polarización polémica y deja en la sombra un dato: que Pompeyo rompe una alianza (matrimonial) significativa con Fausto Sila para aliarse con el ideador del triunvirato. Entretanto, César se casa con Calpurnia, la hija de Lucio Calpurnio Pisón Cesonino,[38] que iba a ser cónsul al siguiente año, el 58, según acuerdos establecidos por los

triunviros. Catón censuraba con delicadeza todo esto diciendo que «el supremo poder»[39] se «prostituía en combinaciones matrimoniales», y que el intercambio de cargos provinciales y de otros cargos tenía lugar «a través de mujerzuelas».[40]

Para César, la política triunviral era una solución a largo plazo. Los pactos matrimoniales significaban esto precisamente. No fue casual que años después, desaparecida Julia y en un momento en el que el pacto comenzaba a mostrar grietas cada vez más profundas, César planteara a Pompeyo la posibilidad de instaurar otro vínculo matrimonial: le ofrecerá como mujer (hacia el año 54, o poco después) a Octavia, nieta de su hermana Julia la menor.[41] Pero Pompeyo no aceptó.[42] Esta visión del triunvirato como estrategia a largo plazo de la cual la política matrimonial es un indicio que no deja de tener su importancia tiene un fundamento y un horizonte preciso: el *dominio compartido* con Pompeyo. Hablando del estallido de la guerra civil, Syme escribió que la táctica de César fue hasta el final, incluso hasta después del paso del Rubicón, la de intentar recomponer la *amistad* con su ex yerno. Pero comenta: «aun reconociendo la primacía nominal de Pompeyo, César y los suyos acabarían conquistando el gobierno y quizás también reformando el Estado; y era esto lo que temían los enemigos de César y, con ellos, Pompeyo. Así que, tras tanta incertidumbre, al final Pompeyo decidió salvar la oligarquía».[43] Por lo tanto, la lucha armada por la supremacía fue, respecto a la originaria estrategia cesariana, un imprevisto debido a la dramatización transmitida al escenario político, al menos a partir de la muerte de Clodio (52 a.C.). Incluso entonces, cuando la facción ofreció a Pompeyo una forma inédita de dictadura (el consulado sin colega), César defendió esta decisión *contra* los suyos, que lo impulsaban a combatirla. La exclamación que Asinio le atribuye ante el campo de batalla de Farsalia rodeado de los cuerpos de los vencidos —«¡Ellos lo han querido!»— estaba, por lo tanto, plenamente justificada.

X

LOS EFECTOS DEL TRIUNVIRATO: EL DICTAMEN DE ASINIO POLIÓN

1. El nexo consecutivo entre «triunvirato» y «guerra civil» se declara al inicio de la oda a Asinio Polión, con la que Horacio, ex republicano, ahora integrado en el sistema aunque «distanciado», saluda alarmado el nacimiento y el desarrollo de la obra de Asinio sobre las guerras civiles.[1] Para Horacio, incluso muchos años después, Filipos sigue siendo el momento en el que «se quebrantó la virtud» («cum fracta virtus»).[2] Este juicio, similar al de Cremucio, aunque obviamente difuminado en una lírica en que todo es visto con desencanto, figura en el libro que se abre precisamente con el anuncio un poco trepidante de la inminente obra historiográfica de Polión. Es la oda del «escudo indignamente abandonado». Una oda nostálgica de aquel momento políticamente notable.[3]

La obra histórica de Polión es quizás de la que más haya que lamentar su pérdida en el gran naufragio de la literatura historiográfica romana. No era propiamente lo que podría definirse una obra «en línea» con el régimen. Sobre ella, el mayor testimonio directo del que disponemos es justamente la oda de Horacio, que parece preocuparse ante todo por los *riesgos* que el autor de una obra de este tipo puede correr: «avanzas sobre cenizas incandescentes bajo las cuales se oculta el fuego» (vv. 7-8). Pero Horacio no se limita a esta alarmada anotación. Ofrece también informaciones bastante precisas sobre el contenido de la obra y, ante todo, sobre un dato particularmente importante: el punto de partida de la narración.

Como es sabido, la periodización es de por sí un diagnóstico. Y Asinio hacía comenzar el *motus civicus*, el conflicto civil, no ya con la tensión entre César y el Senado en el 50-49 a.C., sino diez años antes: con el nacimiento

mismo del llamado triunvirato (60 a.C.). Horacio coloca conscientemente en el primer verso de la oda este dato fundamental, recurriendo a una muy estudiada *collocatio verborum*: «Motum ex Metello consule civicum», «la guerra civil iniciada con el consulado de Metelo». Iniciada, por tanto, en el 60, el año en que César, verdadero artífice del «monstruo de tres cabezas», había impulsado a Pompeyo y a Craso al acuerdo de la repartición. «Ex Metello consule» es aquí epíteto de «motus civicus», por ello se coloca entre los dos términos, y el conjunto logra ocupar con elegancia precisamente todo el primer verso, que en una oda es siempre el verso más importante.

Los conceptos siguientes, necesarios para esclarecer el argumento y las líneas directivas de la obra, se suceden en una aparentemente relajada parataxis, pero están todos en la primera estrofa. «Belli causas» (en subordinación «et vitia et modos»), «ludum Fortunae», «gravis principum amicitias», y al final, «las armas» *(arma)*, que es la última palabra de la estrofa. Éstas son definidas, dramáticamente, «empapadas de sangre aún no expiada». Una precisación («aún no expiada») que no parece aludir precisamente a una visión tranquilizadora sobre la conclusión efectiva de las guerras civiles. Ésta abre la segunda estrofa que, por lo demás, está toda llena, hasta dar la impresión incluso de una insistencia consciente y tautológica,[4] de expresiones que designan el extremo peligro que está corriendo Asinio. En esta estrofa es donde se halla la definición del comprometido ensayo historiográfico como «obra expuesta a un *alea* peligrosa», sobre la que los modernos han reflexionado mucho, dejándose llevar a veces por caminos muy peregrinos.[5] La expresión es indudablemente comprometedora porque presenta, de modo explícito y con gran claridad, la noción de *periculum*, que es mucho más que el proverbial «incedis per ignis».[6] Lo cual da que pensar, ya que Horacio había sopesado sin duda las palabras que utilizaba sobre un argumento de este tipo.

2. Cuando se habla de «censura» y de control, o, incluso, únicamente de presión, sobre la historiografía durante el gobierno de Augusto y de Tiberio, se piensa en otros episodios. Por ello, este precoz episodio de alarma

política por una obra de historia merecería mayor relieve. Bajo Tiberio, el *periculum* al que se expuso Cremucio Cordo fue extremo, a causa de la explícita inclinación que aquel historiador-senador mostraba por Bruto y más aún por Craso. Fue perseguido en virtud de una aberrante interpretación extensiva del delito de lesa majestad *(lex maiestatis)*. Y se suicidó. Pero también bajo Augusto hubo episodios de grave intolerancia, en particular contra un tipo de escritos difícilmente encuadrables como los «libelos difamatorios».[7] El mismo Polión, más tarde, fue objeto del amenazador sarcasmo de Augusto cuando se supo que había acogido en su casa al historiador griego alejandrino Timágenes, que había sido expulsado de la casa de Augusto. «Tu estás manteniendo en tu casa a una fiera», le dijo el *princeps* en griego,[8] lengua utilizada en ciertos casos por los romanos cultos para decir más de lo que se querría o se podría. Asinio le respondió: «César, si me lo ordenas, le prohibiré sin dilación entrar en mi casa.» Y Octaviano, con rabiosa ironía: «Sería una lástima, ahora que os acabo de reconciliar», con alusión a las precedentes desaveniencias entre Asinio y Timágenes, superadas por parte de Asinio —señala Séneca, al que debemos la narración de este coloquio—,[9] únicamente porque Octaviano había comenzado a detestar a Timágenes. Es por tanto justificable el ansia de Horacio ante la iniciativa de Polión.

Además, es digna de destacar la destreza con la que coloca en fila, ya al principio, los puntos fundamentales de la reconstrucción de Asinio: «belli causas», «ludum Fortunae» y «principum amicitias».

3. Pero existe una fuente que nos ayuda a entender mejor la conexión consecutiva triunvirato-guerra civil que Horacio, refiriéndose a la obra del amigo, yuxtapone en prudente parataxis. Es Plutarco, en la *Vida de César*, cuando habla del nacimiento del triunvirato. «César —escribe el biógrafo— los transformó en amigos [a Pompeyo y a Craso] de enemigos que eran, e hizo converger sobre él la potencia que emanaba de ambos, con un acto que podía parecer humano, pero que por el contrario alteró profundamente el Estado. De hecho, comenta, no la discordia entre César y Pompeyo, *como cree la mayoría, sino su amistad causó las guerras civiles*.»[10] Es muy

probable que también aquí, como en otros pasajes, Plutarco se inspire en la obra de Polión. Parece confirmarlo precisamente la coincidencia con el testimonio de Horacio. Es probable que no sea casual el hecho de que el «sumario» de la obra de Polión trazado por Horacio se concluya con la constatación de que «todo» («uncta terrarum») acabó bajo el dominio de César, «excepto el ánimo fiero e indomable de Catón»; y que Plutarco en aquel mismo pasaje en que hace suya la tesis de Asinio, según la cual el pacto entre los *príncipes* (más que sus desaveniencias) había causado la guerra, coloque también a Catón en una posición *a parte*: como el único que había previsto los resultados de la política cesariana, y por ello, en todo momento, había sido un infatigable opositor. Cierto, podría haber sido una casualidad, pero tal vez aquí Plutarco se atuvo muy de cerca al dictamen que su fuente ofrecía, y que volvemos a encontrar en Horacio, depurada gracias al «distanciamiento» poético.

4. En cualquier caso, el dictamen dado por Anisio (que en el fondo era el pensamiento de Catón y del mismo Cicerón, al menos hasta que no decidieron ponerse de la parte de Pompeyo) se convirtió casi en una opinión generalizada en la historiografía posterior. Es más, en torno a esta opinión existe incluso un consenso entre personas de tendencias muy diversas y también, en ciertos casos, opuestas. Livio hablaba de «conspiración» *(cospiratio)* entre los tres potentados,[11] lo que quiere decir que acentuaba el aspecto ilegal y subversivo de aquel acuerdo privado. También para él, naturalmente, la *guerra* civil comenzaba en enero del 49: pero la distinción está, justamente, entre *bellum civile* y *motus civicus*; este último empieza mucho antes de que se empuñen las armas. Veleyo, que era generalmente un fiel intérprete de las tendencias de la historiografía, o mejor dicho, de la propaganda de Augusto, y tenía una devoción por César casi mística, sin embargo, dice secamente que «bajo el consulado de César»[12] se estableció «un pacto de poder *(potentiae societas)* entre él, Craso y Pompeyo, que fue funesto no sólo para la ciudad y para el mundo entero, sino también para cada uno de los tres contrayentes, paulatinamente en momentos diversos».[13] Esta valoración del tendencioso Veleyo muestra que probablemente el *riesgo*

que Horacio percibía en la empresa de Polión no era tan grande. También Anneo Floro atribuye al triunvirato la «verdadera causa» de la guerra civil cesariana.[14] Pero Floro demuestra que tiene del entero *motus civicus* una idea más amplia, proveniente al parecer de la obra histórica de su pariente lejano Anneo Séneca padre, cuya historia *Ab initio bellorum civilium* comenzaba con la «sedición» de Tiberio Graco. Por lo tanto, una perspectiva más amplia, y quizá más profunda que la adoptada por Asinio. Percibimos su influencia en la única monografía que se conserva sobre el tema de las guerras civiles de los romanos, titulada, precisamente, *Sobre las guerras civiles*, de Apiano de Alejandría, escrita en griego en tiempos de Frontón y de Antonino Pío.

5. Asinio Polión ha gozado de una particular consideración por parte de los modernos, desde que Ronald Syme le dedicó un retrato afectuoso, llegando incluso a forzar los datos reales, en la «Introducción» de la *Rivoluzione romana* (1939). Dicho retrato roza la osadía cuando llega a afirmar que «los fragmentos del prefacio de las *Historias* de Salustio, combinados con Tácito, *Historias*, I, 1-13, dan una idea de la introducción a su obra sobre las guerras civiles».[15] Generalmente no es aconsejable aventurarse a hacer reconstrucciones fantásticas fundadas en simpatías intelectuales o tal vez literarias. Aquí se trata de la hipótesis de que la obra de Polión, de la que en realidad poseemos únicamente el testimonio de Horacio y un discreto anecdotario biográfico, se colocara en la línea del pesimismo formal que para nosotros está documentado en la obra de Salustio y de Tácito. Es posible, pero en ausencia de documentos se corre el riesgo más bien de soñar. Syme siente una verdadera pasión por Asinio, al que acredita ciertamente de «espíritu romano y republicano» (p. 6) y una constante tendencia «a la oposición» (p. 7). Visto que Polión decidió seguir a César precisamente en el momento en el que éste violaba la legalidad republicana cruzando en armas el Rubicón, Syme hace propia y encuentra convincente la justificación que el propio Polión da de esta acción: «tenía poderosos enemigos en ambas partes, escogió a César, su amigo personal» (p. 7). Esta elección, no precisamente «republicana», resulta incluso

clarísima en la evocación de Syme: «Fiel a César y orgulloso de esta fidelidad, Polión sentía al mismo tiempo apego hacia las instituciones libres»; y la prueba, según él, estaría en las palabras escritas a Cicerón (*Epístolas a los familiares*, X, 31) en plena guerra de Módena, por tanto, muy sospechosas o cuando menos contingentes. No obstante, poco después, al lector de la *Rivoluzione romana* se le advierte del hecho de que «sobre César recae la máxima responsabilidad de la guerra civil» (p. 10). Pero no está nada claro cómo se concilia la fidelidad a César (y después a Antonio) con el «romano y el senador» que «no habría podido renunciar nunca a la propia prerrogativa de libertad» (p. 6), habida cuenta que la guerra civil, de la que César fue el «mayor responsable» (p. 10), fue también la causa de la ruina completa no sólo del país y del imperio, sino igualmente *in primis* del estamento ecuestre («sus mejores hombres», según Syme, p. 11). Y al llegar aquí el lector, de improviso, se encuentra frente a otro juicio totalmente distinto del conflicto civil: «Todo ocurrió a causa de la guerra de clases, provocada por la ambición de los potentados.» No está claro de qué modo la ambición de algunos puede «provocar el conflicto entre las clases» (más bien se podría pensar eventualmente en el mecanismo contrario). De todos modos, la opinión de Syme sobre estos acontecimientos oscila de un capítulo a otro del mismo libro: Pompeyo es, en la página 10, siguiendo la opinión de Tácito, «occultior non melior», mientras que en la página 49 «decide salvar la oligarquía» contra la amenaza cesariana. Por otra parte, César aparece como «el mayor responsable de la guerra civil» en la página 10, mientra que en la página 48 leemos que «hizo de todo para evitar recurrir a una guerra abierta», «ya sea antes o después del inicio de las hostilidades». Al final, él mismo se siente en cierto modo Polión (como más tarde se identificará con Salustio y con Tácito), y dirige al lector, ¡en junio de 1939!, el siguiente mensaje: «De todos modos, al final no queda más que aceptar el principado, porque éste, aunque por un lado elimina la libertad política, por otro sirve para evitar la guerra civil y salvar a las clases apolíticas.[16] Libertad o gobierno estable: éste fue el dilema ante el que se encontraron los romanos; por mi parte, he intentado resolverlo exactamente a su manera.»

Efectivamente, Polión, que la víspera de Accio se declaraba neutral, pero preparado para ser «presa del vencedor»,[17] se asemeja a este Syme tan amargamente influido por el «espíritu de Munich».

XI

EL PRIMER CONSULADO (59 a.C.)

1. El primer acto de César como cónsul fue aprobar una disposición de ley que hacía público el informe escrito de las actas del Senado, así como los verbales que rendían cuenta de los trabajos de las asambleas populares (los *comitia*).[1] Era una disposición que claramente tenía como objetivo incrementar la «presión» externa sobre el Senado. De hecho, años después, Augusto abrogó esta norma cesariana de dar publicidad a las actas del Senado.[2] Es evidente la influencia sobre esta disposición de César de la tradición democrática griega, sólidamente vinculada al uso público de la escritura.

César, atento a los símbolos, pretendió que los lictores, durante los meses que le tocaban al colega, lo siguiesen a él también. Por norma, los lictores, con las fasces y las segures, precedían al cónsul en sus salidas públicas: en meses alternos, cada uno de los cónsules se preciaba de este expresivo símbolo del poder. Una vieja costumbre, que César puso de nuevo en vigor, le consentía a cada uno de los cónsules, durante los meses en los que las fasces le tocaban al colega, ser seguido por los lictores, en lugar de ser precedido por ellos. Pero muy pronto, en el curso del año, esta alternancia perdió su significado. La ruptura con Bíbulo, el colega elegido por la *factio*, fue tan irreparable y dramática que Bíbulo se atrincheró en casa emitiendo durísimos edictos, aunque impotentes, contra el colega, mientras César actuaba de hecho como cónsul sin colega.

La crisis se produjo con motivo de la legislación agraria:[3] ya cuando había sido discutida la primera de las dos leyes agrarias cesarianas el enfrentamiento en el Senado había sido tal que César había abandonado la sesión y había llevado la ley ante el comicio, donde el pueblo había aprobado la propuesta.[4] Para impedir que pasara la decisión ante el pueblo,

Bíbulo había alegado la imposibilidad por razones sagradas, proclamando el «período sacro»[5] en el cual no eran posibles reuniones asamblearias del pueblo *(comitium)*. En realidad, César en este terreno disponía de un arma muy importante, siendo, además de cónsul, también pontífice máximo, lo que le permitía poner en discusión las iniciativas obstruccionistas del colega. De hecho, César convocó regularmente el *comitium* que tenía que aprobar la ley. Pero Bíbulo quiso forzar la situación, presentándose también él ante el pueblo e intentando hablar y declarar ilegal (desde su punto de vista) la reunión. Fue sacado de allí a viva fuerza. Su intervención no había hecho más que enardecer los ánimos y producir reacciones incontrolables. Claro está que la responsabilidad política de este acto gravísimo (la expulsión de un cónsul del *comitium*) sólo podía serle atribuida a César; por ello las fuentes más críticas con él, como Suetonio en estos capítulos, dicen, sin lugar a dudas, que César «expulsó al colega del Foro con las armas».[6] Naturalmente, este hecho había de tener una repercusión en el Senado: pero nadie se atrevió a denunciar algo tan grave y mucho menos a proponer medidas adecuadas «que a menudo se habían adoptado en el pasado para incidentes de mucha menor gravedad». Era la señal más evidente de la parálisis de la *factio* frente a la coalición de los tres potentados: en aquellas condiciones, la *factio* no podía estar segura de arrastrar consigo a la masa de los senadores.[7] La decisión tomada por Bíbulo, que ciertamente no actuaba por sí solo, sino aconsejado por Catón y los suyos, fue entonces de ruptura completa: esperaba así que se produjera una crisis constitucional que en cambio no se produjo. Interrumpió —como hemos dicho— la propia actividad de cónsul, limitándose obstinadamente a declarar la nulidad de todos los actos de César,[8] siempre basándose en aquel perdurable «período sacro» en cuya consistencia no creía nadie más que él. «Desde aquel momento César gobernó solo y a su libre albedrío».[9] Algunos bromistas comenzaron a fechar los documentos con los nombres «Julio» y «César» en vez de con los de «César y Bíbulo».[10] En una carta a Ático del 28 de abril del 59, Cicerón escribe con sentido político: «Aquella magnanimidad de Bíbulo, de la que me hablas, que se manifiesta en aplazar los comicios, ¿qué otra ventaja aporta si no es la de suscitar una apreciación de las intenciones personales de Bíbulo, mientras que no corrige mínimamente los males que

afligen al Estado?»[11] Y en una carta de julio ironiza, tomando distancias: «Bíbulo está en el séptimo cielo y francamente no sé por qué; sin embargo, tantos lo elogian como si fuera *aquel que ganando tiempo ha vuelto a alzar en pie nuestro destino*» (es decir, Fabio Máximo *cunctator*, según la famosa definición de Ennio).[12] En la misma carta, Cicerón manifiesta a Ático toda su preocupación: su amistad con Pompeyo le impide tomar partido abiertamente contra el cónsul y los triunviros; pero tampoco puede aprobar sus acciones «para no renegar —escribe— de todo mi pasado». Y por ello —termina— «mantengo una postura intermedia». Ilusión y conducta frágil que lo hacen mal visto por la *factio*, y en absoluto cubierto de la parte opuesta.[13]

2. Una vez convertido de hecho en «cónsul sin colega», aunque con el Senado muy poco proclive a la benevolencia, César dio algunos pasos acordes con una política plenamente *popularis*: distribución del agro de la Campania y del agro de Estella entre 20.000 ciudadanos que tuvieran al menos tres hijos a su cargo;[14] reducción de un tercio de la deuda con el Estado a los arrendatarios de los impuestos. Era necesario que la base tradicional percibiera signos tangibles y positivos de su presencia en el gobierno. Algunas señales de nerviosismo popular de hecho no faltaban. En los Juegos en honor de Apolo, el actor trágico Difilo destacó las palabras, porque el texto que recitaba lo requería: «¡Eres Magno a costa de nuestra miseria!» y todos lo entendieron, ya que era fácil convertir aquel verso en una pulla contra Cneo Pompeyo que se preciaba del *cognomen* de Magno. Y el público con gran excitación pedía una y otra vez el «bis»: Difilo, complaciente, había repetido el verso infinitas veces.[15] Pompeyo, aunque estaba ausente, se había sentido herido, y César le había escrito una carta muy vehemente de solidaridad a aquel gran conquistador ofendido por la intolerancia popular.

Es un ejemplo muy conocido, y muy instructivo, de la inestabilidad casi patológica de la masa popular urbana: un termómetro hipersensible y también caprichoso, capaz incluso de dejarse instrumentalizar por sus tradicionales detractores. César, antiguo conocedor de estos mecanismos, no podía ciertamente permitir que la *factio*, explotando malhumores pasajeros,

jugase esta carta contra él. Por otra parte, supo introducir en la legislación agraria cláusulas de garantía en favor de los propietarios, lo que se tomaba en consideración eran sólo las propiedades públicas. El órgano ejecutivo al que se encargaba de llevar a cabo la reforma era un colegio de *XXviros* elegidos de las tribus, que juraban abstenerse de todo acto contrario a la ley.[16] Y una cláusula comportaba el juramento por parte de los senadores de que observarían la ley julia sobre la distribución de las tierras, bajo pena de graves sanciones.[17] Incluso los candidatos a las elecciones que declarasen que consideraban posible establecer la posesión de la tierra de un modo disconforme con esta legislación eran, en términos de ley, susceptibles de ser sancionados.[18] Mientras tanto, Bíbulo continuaba emitiendo edictos en los que se desahogaba contra César con frases vulgares,[19] y declaraba impracticables (inútilmente) todos los *dies comitiales* (de este modo, pensaba él, César no podría legislar). Catón, que continuaba haciendo su oposición en el Senado, tomó la palabra para pedirle a César que justificara el comportamiento mantenido con su colega. La respuesta de César fue durísima: ordenó al lictor que expulsara a Catón de la Curia y que lo acompañase a la prisión.[20]

3. Entre las disposiciones legislativas cesarianas del año 59, un lugar destacado le corresponde a la ley sobre la concusión. Fue la más amplia legislación sobre el argumento que se había realizado hasta entonces: y sustancialmente continuó en vigor durante muchísimo tiempo. El texto de esta ley, muy articulado (más de cien parágrafos)[21] y fundado en un profundo conocimiento de la realidad de la administración provincial romana, tenía como objetivo principal el de limitar al máximo la «libre concusión» a la que los promagistrados y su séquito se dedicaban cuando estaban en las provincias. Establecía la prohibición de recibir dones en relación con la administración de la justicia, limitaba las llamadas *legationes liberae* (que, de hecho, agigantaban el círculo en torno al promagistrado, y, en consecuencia, las bocas que había que alimentar), fijaba la indemnización de los gobernadores, protegía a los súbditos contra las exorbitantes imposiciones tributarias por parte de los promagistrados, y, sobre todo,

garantizaba el respeto de tal norma mediante la obligación para cada promagistrado de depositar dos copias del informe financiero de su gestión en dos ciudades diversas de la provincia, así como una tercera copia en el *aerarium*. De este modo, la posibilidad de control aumentaba enormemente. En caso de proceso, los trámites se simplificaban y estaba prevista incluso la acción judicial contra los herederos.

Ésta probablemente fue la más importante contribución legislativa del consulado cesariano. Precisamente se ocupaba del vasto horizonte de la administración provincial. De la dureza y de los vicios de la administración de las provincias César tenía conocimiento directo. Había estado dos veces en España: la primera vez como cuestor de Antistio Vétere, y la segunda como propretor (en el 61). Cuando era aún muy joven había dado los primeros pasos en la política secundando la causa judicial emprendida por provincianos ofendidos contra gobernadores sin escrúpulos. Habían sido procesos muy instructivos. Ahora, en el gobierno, César llevaba a cabo un gran esfuerzo para reorganizar y disciplinar esta delicada materia, siendo bien consciente de que en ella se fundaba la capacidad misma de mantener la unidad político-militar del dominio de Roma. La ampliación de la ciudadanía a los transpadanos (que se obtuvo años después por obra suya) es otro aspecto del mismo proyecto: ampliación de la ciudadanía y restablecimiento de una relación de confianza con las poblaciones provinciales. No es atrevido hablar de «proyecto», aunque no haya textos cesarianos en los que fundar nuestras modernas ilaciones, pero existen sus actos y su obra de legislador. Ésta es, bajo ese aspecto, bastante coherente y unívocamente inspirada. Es una obra legislativa que intenta llegar más allá de las fronteras y del horizonte político de la ciudad y de sus conflictos. Por otra parte, él tenía muy claro que, para realizar cualquier programa incisivo de amplias miras era necesario salir vencedor precisamente en aquel teatro privilegiado que era la lucha política en el centro del poder, la lucha político-electoral en el enfrentamiento entre las facciones. De aquí su extraordinaria capacidad de actuar sobre ambos planos: jefe de facción, hábil en la lucha política cotidiana, y al mismo tiempo, legislador que mira lejos. Una mezcla de miseria y de grandeza.

XII

UN ALIADO INCÓMODO: CLODIO

1. Por ello no podía ignorar el fenómeno Clodio. Podía muy bien mirar más lejos, estableciendo un gobierno de las provincias duradero, pero la política en Roma comportaba también el control del estado de ánimo, del humor y de las eventuales acciones eversivas de masas urbanas proletarizadas y parasitarias, a las que con frecuencia elementos desclasados de la clase dirigente se proponían como *líderes*. En su día Catilina, ahora Clodio. Publio Clodio Pulcro, de origen patricio pero transferido *ad plebem*[1] con el aval de César (en cuanto pontífice máximo) con el único fin de poder ser elegido tribuno de la plebe, era un prototipo de agitador sin principios: un producto perfecto de la degeneración parasitaria de la lucha social en la capital del imperio. Había debutado incitando a las tropas de Lúculo en Oriente, después como acusador de Catilina y luego —según parece— como su simpatizante. El hecho más significativo de su carrera, antes de ser elegido al tribunato, fue la aventura galante, abortada de mala manera en casa de César al poco tiempo de que éste fuera pontífice máximo, el día de la fiesta de la Bona Dea del año 62. Plutarco, en la *Vida de César* ofrece una descripción vivaz del suceso, cuyo epicentro conceptual era que Clodio pretendía un encuentro clandestino con Pompeya, entonces mujer de César, contando con el hecho de que la fiesta de la Bona Dea, según el rito, se celebraba en casa del pontífice máximo, pero en ausencia de todos los hombres de la casa, incluido el pontífice. Veamos a continuación el relato de Plutarco, que comprende también el epílogo político del asunto:[2]

> Mientras Pompeya estaba celebrando precisamente esa fiesta, Clodio, que todavía no tenía barba, y por eso creía que podría pasar inadvertido, poniéndose las ropas y el tocado de una tañedora se dirigió hacia allí, pareciendo por su aspecto una joven mujer. Encontró las puertas abiertas, y una doncella, que estaba al corriente de todo, lo hizo entrar sin inconvenientes; pero

viendo que ésta, que había ido a avisar a Pompeya, tardaba algo en regresar, Clodio no tuvo la paciencia de esperar en el lugar donde lo habían dejado, y se puso a dar vueltas por la casa, que era grande, intentando esquivar las lámparas, hasta que se topó con una doncella de Aurelia. Ésta, dirigiéndose a él de mujer a mujer, lo invitó a jugar, y visto que no quería, lo llevó en medio y le preguntó quién era y de dónde venía. Clodio respondió que lo estaba esperando la «abra», es decir, la doncella favorita de Pompeya, la cual, por casualidad, tenía por nombre propio precisamente «Abra»; pero la voz lo traicionó. La camarera inmediatamente dio un salto hacia atrás y haciendo un gran ruido corrió hacia donde estaban las lámparas y las mujeres reunidas, gritando que había descubierto a un hombre. Aquéllas quedaron atónitas, y Aurelia suspendió los ritos de la diosa, cubrió los objetos litúrgicos, y dio la orden de cerrar las puertas, y ella misma se puso a recorrer la casa alumbrándose con una tea, en busca de Clodio. Lo encontraron escondido en la habitación de la doncella que lo había dejado entrar, y después de ser reconocido por las mujeres fue expulsado de la casa. Inmediatamente, aunque era de noche, se fueron también las mujeres a contar lo sucedido a sus maridos, de modo que muy de mañana ya corría por la ciudad la noticia de que Clodio había intentado cometer sacrilegios, y que debía ser castigado no sólo por los ofendidos, sino también por la ciudad y los dioses. Por ello, uno de los tribunos acusó a Clodio de impiedad, y secundándolo se pusieron en su contra los más influyentes senadores, acusándolo también, entre otras impresionantes perversidades, del incesto con la hermana, que estaba casada con Lúculo. Pero el pueblo, oponiéndose a los intentos de aquellos senadores, defendía a Clodio, y le era de gran apoyo de cara a los miembros del jurado, impresionados y temerosos de la multitud. César repudió inmediatamente a Pompeya, pero cuando se presentó a declarar en el juicio dijo que no sabía nada de las cosas que se le imputaban a Clodio. Como esta declaración parecía extraña, el acusador le preguntó: «¿Por qué entonces has repudiado a tu mujer?», a lo que él respondió: «Porque pienso que ni siquiera la sospecha puede rozar a mi mujer.» Entonces algunos dijeron que César había respondido así porque era lo que pensaba, otros porque quería complacer al pueblo, que estaba empeñado en salvar a Clodio. Y así éste fue absuelto de la acusación, ya que la mayoría de los jurados dieron el voto con letra ilegible, para así no correr riesgos entre el pueblo si lo condenaban, ni deshonrarse ante los aristócratas, absolviéndolo.

2. Todo esto había sucedido en el año 62, siendo César todavía pretor (además de pontífice máximo). Después, César había estado en las provincias y había regresado a Roma tras un año de ausencia para combatir en la batalla electoral por el consulado en la primavera del 60, vencida bajo el signo de la alianza triunviral. Clodio con sus hombres era sólo uno de los peones, pero ya de hecho estaba al margen, vistas las nuevas alianzas. Cierto, tenía su peso como agitador y era pues oportuno no tenerlo como adversario (César esto lo sabía muy bien cuando en su día testimonió en el proceso).

Clodio aspiraba a ser tribuno de la plebe, y para tal fin era necesario su paso formal (trámite de la adopción) a una familia plebeya. Para ser elegido era condición indispensable la *transitio ad plebem*. Por otra parte, todos

sabían que si se concluía con éxito ese proyecto suyo iba a acarrear consecuencias en diversos planos: entre otros, en el plano de las relaciones, de fuerte rivalidad personal, entre Clodio y Cicerón (un residuo del venenoso proceso por el escándalo de la Bona Dea). Según Suetonio, fue una imprudente crítica en público de Cicerón lo que indujo a César, por despecho, a aprobar finalmente la *transitio ad plebem* de Clodio, «que desde hacía tiempo solicitaba en vano este favor».[3] Cicerón había proferido un ataque a la política de César en el curso de un proceso, mientras pronunciaba el discurso en defensa de su ex colega de consulado Cayo Antonio.[4] Y la reacción de César tuvo el efecto previsto. Apenas entró en funciones como tribuno de la plebe el 10 de diciembre, Clodio, en poquísimos días —mientras César ya dejaba el cargo y se preparaba para el difícil gobierno provincial— preparó una serie de disposiciones agrupadas en cuatro leyes (leyes Claudianas) que parecían concebidas siguiendo la horma de la política cesariana (una de ellas sancionaba la gratuidad de la distribución de trigo a los desposeídos, otra prohibía a los altos magistrados observar los signos celestiales en los días de los comicios,[5] etc.), y una quinta, pocos días más tarde, que afectaba directamente a Cicerón sin nombrarlo: «quien haya hecho morir a un ciudadano romano sin un proceso regular, que sea exiliado».[6] Veleyo, que nos da el texto exacto de esta disposición, dice que los triunviros no estuvieron eximidos de la sospecha de haber «armado la mano» de Clodio y añade que Cicerón se había ganado la hostilidad de los triunviros por haberse negado a ser incluido en la comisión de los *XXviros* encargados de la subdivisión del agro de la Campania.[7] Es una versión diversa de la que conocieron Suetonio y Dión, pero que comprende un elemento de verdad: rechazando cualquier tipo de participación o complicidad en la política triunviral, Cicerón acabó encontrándose en la situación de verse abandonado sin protección a las venganzas de Clodio. La discusión sobre la ley Clodia fue un acontecimiento memorable: tuvo lugar en el Campo Marcio, fuera de las murallas, con el fin de consentir también que César participara sin obligarle a deponer sus poderes proconsulares. El tema era el de los derechos fundamentales de los ciudadanos: la ley Clodia era vista como un desarrollo y una integración de las *leges de provocatione*; su punto de mira era el *senatusconsultum*

ultimum, aquella medida extrema con la que el Senado se arrogaba el derecho de individuar para cada ocasión al «enemigo interno» y de actuar contra él sin vínculos de ley después de haberlo declarado, de hecho, fuera de la ley. Los *populares* no habían aceptado nunca que el Senado dispusiera de esta temible prerrogativa. La implicación concreta —manifestada explícitamente en un debate sucesivo— era que la condena a muerte de los jefes catilinarios avalada por el Senado, y llevada a cabo por Cicerón cuando era cónsul, en diciembre del 63, había que considerarla un acto ilegal porque había sido perpetrado sin permitir que los acusados, que habían sido condenados *ipso facto*, apelaran al pueblo *(provocatio)*. Viéndose aislado, Cicerón prefirió partir para el exilio, mientras que un ulterior decreto clodiano sancionó la confiscación de todas las propiedades del exiliado (al cual se le imponía mantenerse al menos a 500 millas de Roma). Clodio asistió personalmente al incendio de la casa de Cicerón sobre el Monte Palatino (en su lugar fue construido un templo de la Libertad):[8] y de hecho «se parangonaba a Pompeyo, el hombre más potente de la república».[9]

3. ¿De veras Clodio se había convertido en un cuarto potentado? La ayuda que César le prestó durante su consulado e inmediatamente después no debe inducirnos a la errónea conclusión de que Clodio fuese un instrumento suyo. Clodio tenía un séquito subproletario y de esclavos atraídos por él, pero obviamente subalternos suyos, que le consentía llevar a cabo una política demagógica, no carente de habilidad. Pero, precisamente, una política *suya*. Una política *sui generis* porque estaba fundada en la novedad desconcertante del libre uso de bandas armadas como elemento de presión y de terrorismo (incluso Pompeyo había considerado prudente encerrarse en casa en un momento en que se sintió amenazado por las bandas del tribuno). A la larga era una política contraproducente. Cuando después de dieciocho meses, Cicerón, gracias a Pompeyo, regresó de su exilio en Grecia,[10] grandes manifestaciones populares en Italia acogieron el retorno del exiliado (verano del 57): una evidente demostración de la impopularidad de Clodio entre esas clases que se movilizaron para manifestar júbilo por el regreso de

la «víctima» del activismo clodiano. También el hecho del fracasado intento de impedir a Cicerón la reconstrucción de su casa sobre el Palatino produjo hostilidad y mostró la debilidad de Clodio: entonces ya le hacían frente bandas armadas de signo contrario capitaneadas por aquel Tito Annio Milón que luego iba a ser su asesino. Es evidente que las fuentes (casi exclusivamente Cicerón) nos ofrecen de Clodio una imagen sólo criminal y sobre todo poco creíble en el plano que más nos gustaría conocer: su programa. Cuando Cicerón describe[11] lo que habría hecho Clodio si hubiese llegado a la pretura, podemos estar seguros de que se trata de una caricatura catilinaria desvinculada de la realidad: «habría creado un ejército de esclavos con el que se habría apoderado del Estado y de la propiedad privada de quien fuere». Clodio «incitaba a los esclavos contra los patronos»,[12] y les prometía abiertamente que los haría libertos.[13] El séquito de Clodio no era uniforme (Cicerón habla habitualmente de «hez», *faex*): subproletarios sin una ocupación definida, mercenarios de la lucha callejera, esclavos atraídos por promesas que no trascendían al beneficio *ad personam*, gladiadores. Con un séquito de este tipo, Clodio podía influir ciertamente en la política ciudadana y tal vez incluso condicionar en determinados casos las acciones de los potentados. Pero no podía llegar lejos y estaba predestinado a ser «descargado» por todos los grupos políticos. Con su intromisión en la escena política de la capital llegó al punto extremo, y se produjo aquella degeneración parasitaria del proletariado urbano de la ciudad de Roma que fue una premisa importante de la decisión cesariana de desvincularse de la tradicional política *popularis* y de su dinámica. Cuando las clases degeneran siendo incapaces, ya sea de asumir un papel directivo, ya sea de adaptarse a la hegemonía de otras clases, surgen fenómenos de ciego parasitismo y de liderazgo de bandas armadas que desacreditan durante un tiempo, a menudo demasiado largo, la tradición democrática.

XIII

SEMÍRAMIS EN LA GALIA

1. La asignación a César de las provincias gálicas y de la Iliria no fue una decisión fácil. La inicial y provocatoria decisión[1] tomada por el Senado, cuando César todavía no había sido elegido, debía ser abrogada y en su lugar instaurarse una nueva atribución. La escena narrada por Plutarco es muy elocuente, dentro de su brevedad: «Pompeyo llenó el Foro de soldados, hizo ratificar las leyes por el pueblo y asignar a César toda la Galia de ambos lados de los Alpes, y a mayores la Iliria, con cuatro legiones por cinco años.»[2] Plutarco coloca a propósito de esto el episodio de la expulsión de Catón del Senado, que en cambio Suetonio encuadraba en otro enfrentamiento (el sucesivo a la expulsión de Bíbulo del Foro). Los detalles sobre la asignación de las provincias los da más correctamente Suetonio: «Obtuvo, en primer lugar, la Galia Cisalpina y la Iliria, en virtud de la ley Vatinia. El Senado añadió a continuación la Galia Comata, ya que los senadores temían que si se la hubieran negado, la habría obtenido igualmente del pueblo.»[3] Era un verdadero y propio mandato extraordinario: los cinco años caducaban el 1 de marzo del 54; además, César tenía el derecho de elegir sus legados y podía contar con una indemnización fija pagadera por el Tesoro: Cicerón habla de sustracción, por parte de Vatinio, con su ley, de varias prerrogativas del Senado, incluida la «aerarii dispensatio».[4]

La polémica que siguió a estas decisiones ha sido registrada con abundancia de particulares. Suetonio conoce un áspero intercambio de pullas. Parece ser que César habría dicho con satisfacción, mientras los senadores estaban en la Curia, es decir, al margen o en el curso de una sesión, que de hecho «había *obtenido todo lo que deseaba, no obstante* la oposición y las lágrimas de los adversarios». Una declaración muy importante que refleja la intencionalidad en la elección de las provincias

gálicas. Pero después había añadido: «De ahora en adelante podré machacar vuestras cabezas.»[5] Cary se muestra turbado por esta declaración, pues la considera inverosímil: «Truculence was not a characteristic of Caesar.»[6] Pero, a continuación, objeta que algo de verdad debe de haber, visto que aquellas palabras fueron pronunciadas «frequenti curia», es decir, delante de muchos senadores. Bien es cierto que se puede inventar no sólo una frase, sino también su contexto. Sin embargo, el origen de la elocuente sentencia de César que encontramos en Suetonio debe de estar bien fundado: la nutrida serie de frases cesarianas, pronunciadas en circunstancias decisivas de su agitada existencia, registradas por Suetonio escrupulosamente, proceden, de hecho, con bastante probabilidad, de un testigo de particular relieve y agudeza, que posteriormente se hizo historiador de estos hechos, a partir precisamente del nacimiento del triunvirato: Asinio Polión. Aquellas frases afloran también en otras fuentes (Plutarco y Apiano), que con toda seguridad manejaron la obra de Polión: y estos tres autores (Suetonio, Plutarco y Apiano) dicen más de una vez, explícitamente, que fue Polión el que refirió las palabras textuales de César. Por ello debemos ser bastante optimistas respecto a la buena fuente de estas declaraciones.[7]

En el caso del altercado que había surgido al margen de la reunión senatorial nos llama la atención tanto la aspereza del tono de los vencidos como la frialdad tajante de la réplica. Al amenazador: «Podré machacaros a todos», alguien había respondido «¡Será difícil para una mujer!», con la sólita y dura alusión a la consabida bisexualidad de César. A lo que César responde riendo: «Ya Semíramis reinó sobre Asiria, y las Amazonas en Asia.»[8] Tono mordaz y crudamente claro, que hace creíble por parte de un César en vena de provocación la dureza inaudita e hiperbólica del «insultaturum omnium capitibus». Por otra parte, una valoración no realística de lo que significaba, *en Roma*, en términos de incrementado poder, aquel larguísimo y vastísimo mandato militar.

2. «Había obtenido cuanto deseaba.» Todo nos lleva a pensar que César de veras haya dicho esto. La elección de la Galia fue algo muy meditado y respondía a un proyecto preciso. Ante todo había un aspecto emotivo de gran

calado: las grandes victorias de Cayo Mario contra las poblaciones celtas y germanas. Victorias que estaban bien afirmadas en la imaginación popular y en el caudal de recuerdos positivos e imborrables. Por ello, con la certeza de un gran resultado emotivo, César, siendo pretor, había hecho alzar de nuevo en pie los trofeos conmemorativos de aquellas victorias[9] conseguidas cuarenta años antes por el jefe indiscutible de la parte «popular», del que César era además pariente, y representante orgulloso de aquel vinculante parentesco. Podía ser y quería mostrarse como el nuevo Mario, y en el mismo terreno en que Mario había sido indiscutiblemente grande, para todos. Buscando un acercamiento a César, Cicerón, que había regresado del exilio y se sentía bastante incómodo con la perdurable realidad del predominio triunviral, hizo una verdadera y propia confrontación comparativa entre las campañas bélicas de Mario y las cesarianas (¡inclinándose a favor de César!). Lo leemos en el discurso *Sobre las provincias consulares*, que se puede fechar después de la renovación del pacto triunviral que tuvo lugar en Luca en el 56. En aquel discurso, Cicerón se debatía a favor del mantenimiento del mandato gálico de César, contra la *factio* que intentaba una anulación de aquel mandato.[10] «Es con César y bajo su mando, ¡oh senadores! —dice entonces Cicerón—, con el que ha sido combatida una guerra *contra* los galos; hasta este momento nos habíamos limitado a rechazar las guerras que ellos entablaban contra nosotros. En el fondo, nuestros generales siempre han considerado que aquellos pueblos debían ser rechazados más que atacados. Y el mismo Cayo Mario, cuyo sobrehumano valor supo remediar los grandes lutos y las pérdidas dolorosas del pueblo romano, derrotó, es cierto, a las hordas de los galos que invadían Italia, pero no se adentró, al ataque, hasta sus ciudades, etc.»[11] Cicerón dice aquí, ciertamente, lo que César quiere oír. El parangón con Mario era en sus labios aún más adulador si se tiene en cuenta la especial devoción que Cicerón manifestaba y mostraba, entre otros lugares en el poema *Marius*, por el coterráneo vencedor de los cimerios y de los teutones (aparte del inevitable disenso con el Mario jefe de partido). Así pues, optar por la Galia era en primer lugar una cuestión de imagen: hábil y eficaz. Una alusión al «mejor» Mario, patrimonio de *todo* el «pueblo romano».

Después hay también una razón más específica para haber optado por la Galia: es el vínculo de César con la Transpadania, que no hay que subestimar. Al regreso de su primera experiencia en España como cuestor de Antistio Vétere, César había defendido las aspiraciones a la ciudadanía de las colonias transpadanas de derecho latino;[12] se llegó a decir que había «tramado» con los transpadanos en los oscuros asuntos de la «primera conjuración»;[13] la defensa de los intereses de la Transpadania había sido una constante cuando había acusado a Cayo Pisón como concusonario durante su gobierno en aquella provincia.[14] Y en el 49, apenas «regularizada» su posición como dictador, al inicio de la guerra civil, uno de sus primeros decretos fue la extensión de la ciudadanía romana a los transpadanos.[15] En la lucha por asegurarse una relación preferencial, y mejor aún propiamente de «clientela», con determinadas provincias, César había puesto los ojos desde hacía mucho tiempo en la Cisalpina. El propio peso en Roma se reforzaba también en razón de las clientelas provinciales con las que se contaba.

Y sobre todo, aquélla constituía una opción política con miras a largo plazo. Embarcarse durante un considerable período de tiempo[16] en una gran campaña de conquista y «colonización» con un ejército de vastas proporciones (un número de legiones necesariamente proporcionado a la vastidad de la campaña) significaba sustituir paulatinamente su limitada «base» tradicional «urbana» con imponente masa militar: un sujeto político cada vez más de peso y capaz de influir en las decisiones de los potentados (como él mismo había experimentado cuando siendo cónsul había tenido que batirse por las necesarias e indemorables gratificaciones a las legiones de Pompeyo). Empieza así, con la larga campaña militar en la Galia, una *nueva fase de la biografía política* cesariana, en la que el hecho más importante es *la constitución gradual de una nueva base política*: aunque ello no comporta una ruptura con la base *popularis* dejada en Roma, ya que en Roma —donde Clodio continuaba desarrollando su acción más o menos devastadora— están sus hombres, y a pesar de todo continúa funcionando, aunque en condiciones más peligrosas, el pacto triunviral.

De todos modos, la cesura existe, y Plutarco deja constancia de ello de modo formal en un capítulo de la biografía cesariana que funciona como pausa narrativa entre la primera parte, enteramente centrada en la figura del

cabecilla sin prejuicios y demagogo,[17] y una segunda parte,[18] que es en cambio la historia de las grandes conquistas (con sus luces y sus sombras, que Plutarco ciertamente no esconde). Entre las dos fases hay como una línea divisoria, y Plutarco se muestra muy consciente de la transformación que se ha producido: «Tal fue su actividad —dice— antes de las guerras gálicas. El período de las guerras que combatió a continuación y de las campañas con las que sometió a la Galia, *como si él hubiera iniciado otro tipo de acción y hubiera emprendido otro camino de vida* y de nuevas gestas, reveló que como guerrero y caudillo no tenía rivales.»[19] Esta vida nueva Plutarco la relaciona explícitamente sobre todo con la centralidad que adquirió entonces la relación de César con las legiones. Plutarco tenía razón. Con la campaña gálica cambia todo, cambia incluso (y es el hecho de mayor importancia que entonces se determina) el referente social de la política cesariana: las masas militares en lugar de la plebe urbana.[20]

Con mucha razón, pues, Plutarco se permite hacer digresiones sobre la entrega y la confianza recíproca que se instauró entre César y la masa militar, sobre todo con los veteranos.[21] Subyace, en la larga ejemplificación a la que Plutarco recurre, la consciencia del hecho principal inherente a las campañas de César en Galia: el nacimiento de una diversa «base» de la acción políticomilitar de César.

Sobre este argumento había toda una bibliografía que superaba los relatos del mismo César en los *Commentarii*. Lo demuestra la serie de anécdotas recogidas por Plutarco como prueba, precisamente, de la óptima y perdurable relación de recíproca confianza y estima que se instauró entre César y sus legionarios. «No juzgaba a los soldados ni por su aspecto ni por sus hábitos —dice Suetonio—, sino sólo por sus capacidades *(tantum a viribus)*, y los trataba con tanta severidad como indulgencia.»[22] «Estos sentimientos de coraje —comenta Plutarco después de haber recordado numerosos episodios de entrega de las tropas a su comandante— y de deseos de gloria fueron alimentados por el mismo César, sobre todo contentando a los soldados y premiándolos sin guardarse nada, haciéndoles ver que con sus guerras no amontonaba riquezas para su propio lujo ni para vivir bien él

mismo, sino que las custodiaba como premios comunes al valor.[23] Y él tenía su parte en la riqueza en cuanto podía dársela a los soldados merecedores.»[24]

3. La leyenda se fue consolidando poco a poco, centrándose en torno al *estilo* de César como comandante militar, y ya no como cabecilla de partido de Roma. Es una leyenda fundada probablemente en episodios no imaginarios. En ella entran muchos aspectos: su resistencia física, su camaradería, su capacidad de adaptarse a la dureza cotidiana de la vida militar. Uno de los aristócratas más refinados y cultos y capaces de apreciar las comodidades de los privilegiados, que se somete con agilidad y tenacidad a la más áspera y peligrosa de las disciplinas: comida frugal, o incluso, como señala Plutarco, «indiferencia total hacia la comida»,[25] poco sueño, recuperado además en las condiciones menos favorables como el transporte en carros, capacidad inaudita de trasladarse sobre la base de los medios disponibles (es célebre el viaje desde Roma al Ródano en sólo ocho días),[26] y al mismo tiempo lucidez y creatividad incluso en las más difíciles condiciones materiales: dictar cartas mientras cabalgaba, tener ocupados al mismo tiempo a dos o más escribanos.[27]

Existe también la leyenda más propiamente inherente a su conducta en la guerra: síntesis perfecta de prudencia y audacia. «No hizo nunca pasar al ejército por localidades factibles de celar emboscadas sin que primero hubiera explorado los lugares, y no hizo desembarcar a las tropas en Bretaña hasta que no hubo inspeccionado personalmente los puertos, la ruta y las playas donde debían atracar.»[28] Y, al mismo tiempo, era un hombre capaz de camuflarse con audacia para pasar a través de las líneas enemigas: «Cuando le advirtieron de que en Alemania sus campamentos habían sido asediados logró llegar hasta ellos a través del enemigo disfrazado de guerrero gálico.»[29] «Decidía entablar batalla no tanto siguiendo un plan preestablecido, sino aprovechando la ocasión, a menudo después de una marcha o durante un temporal, cuando cualquiera habría pensado que no tenía ninguna posibilidad de moverse.»[30] «A menudo, mientras ya el ejercito estaba replegándose, consiguió por sí solo volver a unir las filas lanzándose

delante de los fugitivos y deteniéndolos uno a uno, agarrándolos por el cuello y haciéndoles volver la cabeza hacia el enemigo»; una vez, en ese cuerpo a cuerpo con los suyos, un aquilífero lo amenazó con la punta del asta, y otro le dejó en su mano la enseña.[31]

Son escenas «tolstoianas»:[32] sobre todo por la acentuación del carácter «improvisado», no predispuesto desde antes ni desde quién sabe cuánto tiempo, de los planes de guerra concebidos por César, por el contrario, *ex occasione*; y además por la fragmentación individual de las escenas de batalla, así como por la *proximidad* física de los jefes a los combatientes. Respecto a este último punto, la praxis cesariana desmiente por completo una consideración que hizo Napoleón precisamente reflexionando sobre las guerras de César («los generales de las armadas antiguas eran menos expertos que los de las armadas modernas»).[33]

La proximidad física de César con sus hombres está confirmada por él mismo en una página del segundo comentario de la guerra gálica. Se trata de un momento decisivo de la batalla contra el ejército de los nervios en el Sambre: la batalla se pone mal, los soldados de la legión XII, encontrándose de hecho sin sus centuriones, en buena parte caídos, privados incluso de la enseña por haber muerto el portaestandarte, están amontonados de mala manera bajo el acoso del enemigo; entonces César, «viendo el peligro, quitándole el escudo a un soldado de la retaguardia, porque había ido sin escudo, avanzó hasta las primeras filas y llamando por su nombre a los centuriones y exhortando a los soldados, ordenó atacar y abrir la compañía para que se pudiera combatir mejor con las espadas».[34] En aquel momento trágico —comenta Marchesi—, César les lleva un signo de afecto personal, les da a los soldados con su voz la orden de asalto: y el ejército recupera su fuerza.[35] No hay aquí unilateralidad demiúrgica: hay, por el contrario, una unión intrínseca plena con los combatientes que nos recuerda la célebre reflexión tolstoiana sobre «el papel de la personalidad en la historia», donde Tolstoi señala que «penetrar en la esencia de un acontecimiento histórico» significa penetrar «en la actividad de toda la masa de los hombres que participan en el acontecimiento», comprender una dinámica en la que «la voluntad del héroe histórico», que a primera vista es la que arrastra, en realidad es arrastrada.[36]

4. Naturalmente, esto no comporta en absoluto el abandono de la política «romana» por parte de César, que, de hecho, se encuentra lejos del centro del poder y sumergido en un conflicto que se ha ido ampliando y complicando progresivamente. Es más, si la intencionada elección de la Galia[37] y la consiguiente empresa bélica cada vez más vasta hay que interpretarlas como una larga *praeparatio* al momento de la rendición de cuentas en Roma, más que nunca se comprende que César cuidó constantemente el frente político: sea a través de sus hombres (Opio y Balbo sobre todo; no Clodio), sea en un momento decisivo como fue el encuentro de Luca (56 a.C.) para la renovación del pacto triunviral. Desde el momento en que partió para la provincia «tuvo mucho cuidado, por su propia seguridad —escribe Suetonio—, de mantenerse vinculado a los magistrados del año, de impedir con todos los medios que pudiesen llegar a los cargos aquellos candidatos que no se hubieran comprometido a sostenerlo durante su ausencia; y no dudó ni siquiera en solicitar de algunos un juramento e incluso una confirmación por escrito del acuerdo».[38]

Pero la jugada más comprometida y más difícil fue el encuentro de Luca. A pesar de pésima fama de que goza entre los contemporáneos y entre los historiadores, el encuentro de Luca salvó la paz civil durante otro lustro. Fue un nuevo y acertado producto de la capacidad de César para lograr compromisos duraderos y convenientes para todas las partes interesadas. El escenario político en Roma estaba dominado por la lucha sin tregua de Clodio, y por sus bandas organizadas, contra Pompeyo. El fundamento para la agitación era muy serio: el aprovisionamiento insuficiente de grano, que se prestaba fácilmente a dar vida al eslogan agitador «Pompeyo reduce al pueblo al hambre», enriquecido por variantes instrumentales favorables a Craso. La crónica de esta agitación permanente nos la proporciona una carta de Cicerón al hermano de mediados de febrero del 56. Por otra parte, en aquel momento, al mismo Cicerón le atrae todavía la idea de poder contar en la gran política y contribuir a separar a Pompeyo de César, apoyándose, entre otras cosas, en la recurrente hostilidad de Craso y en la endémica agitación callejera contra Pompeyo, indicado demagógicamente por los clodianos como el responsable de la falta de trigo. Y se estaba volviendo a abrir incluso la cuestión de la legitimidad de la legislación cesariana sobre

el *ager Campanus*, con sutiles distinciones que iban encaminadas a tranquilizar a Pompeyo, que en el fondo había sido el principal beneficiario de aquella legislación. Pero el golpe más duro fue el de Domicio Ahenobarbo, antiguo adversario de César. Domicio se presentaba como candidato para el consulado del 55 y prometía privar a César de sus provincias, tal vez incluso antes de finalizar el plazo legal del quinquenio. Todos sabían que la campaña militar en la Galia estaba sin concluir. Interrumpir el mandato extraordinario cesariano significaba no sólo transformar aquella sangrienta batalla (sobre la que César se jugaba todo su futuro) en un fracaso, sino liquidar a César para siempre en cuanto regresara, como ciudadano privado, a Roma.

Pero César no estaba tan lejos geográficamente. Como era habitual, pasaba el invierno en la Cisalpina, a las puertas de Roma. Y en abril (del 56) estaba en Ravena: a pocos días de viaje de Roma. En aquel momento, tanto Pompeyo como Craso tenían dificultades: era el momento justo para proponerles condiciones favorables conducentes a renovar el pacto. Por otra parte, César era entonces el único que disponía de un ejército. Invitó a Craso a Ravena. Pompeyo dudó, se dirigió hacia Toscana, e hizo saber que tenía que embarcarse en Pisa para zarpar hacia Cerdeña a fin de comprar trigo. César llevó consigo a Craso hasta Luca, atravesando los Apeninos y procurando encontrarse con Pompeyo sin obligarlo a desviarse del itinerario previsto. Una nube de políticos de segunda y tercera fila hizo de escolta a los tres «grandes»: al menos 120 senadores, que no estaban dispuestos a dejarse identificar con el virulento retorno de la *factio*. No asistieron al encuentro, que fue secreto, pero vieron pronto sus efectos. Pompeyo y Craso candidatos para el consulado del año sucesivo: con el apoyo de los legionarios que temporalmente volverían a ser ciudadanos. Las ilusiones electorales de Domicio Ahenobarbo se desvanecían. El nuevo consulado conjunto de los mismos que en el 70, siendo también entonces cónsules juntos, habían liquidado la constitución silana, tenía asimismo una contrapartida militar: a Pompeyo, el gobierno provincial de España; a Craso, el de Siria (con perspectivas militares para él deslumbrantes, como la de una gran expedición contra los partos); para César, la renovación del gobierno de las Galias por otro lustro. Pompeyo escribió breve y secamente

a Cicerón para que abandonase la revisión de la ley agraria. Cicerón obedeció. César regresó a su provincia. Era evidente que no pretendía derribar a los otros dos del poder. Seguía considerando como la única solución concretamente practicable la *copropiedad* con ellos en el «protectorado» de la República. El poder personal no estaba en el orden del día ni, tal vez, en el horizonte. Lo que hacía falta era sobre todo, una vez más, el fuerte control de las legiones destacadas en la Galia y la perspectiva de un largo mandato provincial a las puertas de Roma.

XIV

LA CONQUISTA DE LA GALIA (58-51 a.C.)

1. Al llegar a la Galia, en la primavera del 58, César tuvo conocimiento directo de los movimientos de los pueblos y de las tensiones, en particular de la presión germánica sobre la Galia; y concibió un proyecto de amplias miras, fundándose incluso en los conocimientos etnográficos más recientes y contribuyendo él mismo al incremento de tales conocimientos con sus *Commentarii.* Es un caso de conjugación de ciencia e imperialismo que no constituirá un caso aislado.

No podemos ciertamente decir con seguridad el peligro que podía suponer la situación en la Galia para las fronterizas provincias romanas, ya que disponemos únicamente de la versión cesariana de los hechos, que se encuentra precisamente en una obra sagazmente construida y sopesada por el autor en cada una de sus afirmaciones, como eran de hecho los *Commentarii* sobre la guerra gálica. La amenaza germánica estaba presente en la conciencia de muchos por el recuerdo de la invasión de los cimbrios: la idea de que una masa infinitamente grande de guerreros germanos pudiese de nuevo abatirse sobre la Cisalpina o sobre Italia explica el favor que encontraron, en amplios estratos de la población, las campañas cesarianas. Varrón Atacino *(Bellum Sequanicum)* y Catulo (carmen 11) cantaron en versos aquellas empresas. También Cicerón, cuyo hermano Quinto fue legado de César en la Galia después del encuentro de Luca, se unió al coro.

2. La campaña gálica se jugó enteramente sobre el doble plano del énfasis que ponía el mismo César en sucesos a veces inopinables y la realidad efectiva de una guerra durísima y de imprevisible desenlace, amenazada y constantemente puesta en discusión por la fuerte tendencia

autonomista de las poblaciones celtas. El indicador de esta situación ambigua (sobre todo en el primer bienio, 58-57) era la incongruencia que se percibía entre la situación político-militar efectiva y las reacciones en Roma inducidas por los hábiles informes cesarianos. Con razón se ha hablado, respecto al primer bienio del conflicto, de «Galia conquistada sin serlo».[1] Ni siquiera después de la neta victoria contra los belgas se había planteado la anexión a la provincia romana. Por el momento se trataba de «una tutela indirecta y tácita», llevada a cabo en aquellas poblaciones que habían solicitado tal tutela y ante cuyo ejemplo también las otras naciones, más o menos de buen grado, se adecuaban, «considerando la fuerza militar que estaba detrás de tal tutela y que constituía la base».[2]

Ahora bien, la recepción en Roma de esta complicada realidad era completamente distinta. Está eficazmente expresada por la decisión de conceder al vencedor, inmediatamente después de la victoria sobre los belgas (57 a.C.), una *supplicatio* de quince días, «concesión que no había sido hecha nunca a otros antes», en razón y en base a los informes epistolares oficiales.[3] Tal vez sea la hipótesis más acertada aquella según la cual los dos primeros *Commentarii* de la guerra gálica, en la forma como han llegado hasta nosotros, son una brillante y oportuna reelaboración literario-propagandística precisamente de aquellos despachos[4] de efecto seguro, dirigidos a persuadir a la ciudad y al Senado de la grandeza de los objetivos conseguidos.

Naturalmente, para que el Senado procediese a decretar *supplicationes* cada vez más desproporcionadas era necesaria la intervención de sus hombres en Roma (así como mantener constantes las buenas relaciones con Pompeyo).[5] Pero no todos, naturalmente, estaban dispuestos a aceptar esta propaganda. Hay una carta de Marco Celio[6] a Cicerón, de mayo-junio del 51 (¡cuando ya de hecho toda la Galia había sido pacificada y sometida!), que dice, en un cierto punto: «Sobre César nos llegan voces *(rumores)* frecuentes, y no alentadores *(non belli)*; pero se trata de voces susurradas [amotinamientos y fracasos, por ejemplo].» Y prosigue: «Nada seguro, por supuesto, pero estas noticias inciertas pasan de boca en boca entre pocos, entre las personas que tú sabes.»[7] Este tono es impresionante en junio del 51: significa que el conocimiento de los mecanismos manipuladores que

César había utilizado para hacer propaganda y mostrar de una manera determinada su empresa había provocado, en ambientes muy reducidos pero bien informados, un rechazo, del que es una señal este comentario de Celio.

3. Cuando César llega a la región, la mayor parte de las tribus gálicas habían abandonado la forma estatal monárquica e instaurado un gobierno aristocrático. Entre los secuanos y los heduos esta «revolución» había tenido lugar ya desde hacía una generación. Lo que César cuenta, casi al principio de los *Commentarii*,[8] acerca de los intentos, por obra del helvecio Orgetórix, de hacer renacer la institución monárquica entre los secuanos y los heduos, nos da a entender, pues, que al menos entre estos dos pueblos la monarquía ya no estaba en vigor. En cambio, había reyes todavía entre las poblaciones más remotas de la potencia romana: en Aquitania, en Bretaña y en la Galia del norte. Por lo que se refiere a Bretaña, se puede observar que la monarquía cedió el paso al predominio de la aristocracia sólo mucho más tarde, en el período que transcurre entre el testimonio de César y el del *Agricola* de Tácito.[9] También más allá del Rin esta tendencia a eliminar las monarquías se difundió por influencia de las tribus gálicas sobre sus vecinos germanos.[10] Una vez que se afirmó el predominio de la aristocracia, la eventual aspiración de personas individuales al poder fue considerada alta traición: quien se hacía responsable de ello era considerado merecedor de la pena de muerte. De todos modos, incluso allí donde el poder monárquico había sobrevivido se advertía una evidente debilitación. Por ejemplo, a propósito de los eburones, César escribe que la masa del pueblo, reunida en asamblea, tenía en aquel pueblo un peso equivalente al del soberano.[11] Una importante fuente de edad flavia, Dión Crisóstomo, saca a la luz, con su testimonio, otro límite del poder monárquico entre los celtas: el inherente a la relación con la casta sacerdotal. Dice Dión que los soberanos celtas no podían emprender ni decidir cosa alguna sin haber consultado previamente a los druidas: por lo cual —concluye—, en realidad, lejos de ser órganos de gobierno, los monarcas terminaban siendo más bien órganos «ejecutivos».[12]

Es lógico que nos preguntemos sobre el origen de esta progresiva transformación en sentido aristocrático-colegial del poder en el área céltica. No hay que excluir la influencia de las formas políticas romanas, es decir, de la más grande potencia con la que los celtas estaban en contacto. Pero probablemente hay que considerar determinante otro fenómeno de carácter más general y que concierne a los equilibrios sociales internos a estas comunidades. Se había ido formando una clase económicamente fuerte y emprendedora que había contribuido, en el lapso de pocos decenios, al crecimiento de realidades urbanas: este fenómeno coincide con la decadencia de la monarquía y favorece formas de gobierno en las que las clases medias-altas de la comunidad cuentan en mayor medida.[13]

Se puede añadir, aun corriendo el riesgo de generalizar, que este proceso de transformación y de mayor articulación social puede haber favorecido la política de penetración romana. César, como se desprende de su brillante relato, había mirado siempre a la división de las provincias gálicas (y entre comunidades gálicas), en búsqueda de acuerdos colaboracionistas, que de hecho había aprovechado con extraordinaria habilidad. (Esto no es extraño, visto que los romanos tenían a sus espaldas, en el momento de la conquista gálica, casi dos siglos de experiencias «imperiales».) Tales acuerdos fueron factibles apoyándose precisamente en los contrastes, y gracias también a una hábil política de concesiones diversas. Encontró un terreno más favorable entre las aristocracias, que habían percibido una conveniencia en la posible *integración*, y más hostilidad entre la masa afectada duramente por el espíritu de rapiña de los conquistadores, y obviamente, una férrea hostilidad entre los soberanos y los cabecillas (de Ambiórix a Vercingetórix y a Comio, por citar a los tradicionales «enemigos de Roma»). Estudiando la realidad económica y social de los enemigos, César ganó la más importante guerra colonial de la historia de Roma.

4. El exordio en el plano de las operaciones militares lo representó la presión ejercida por los helvecios, los cuales, oprimidos en sus confines y cansados de los conflictos con las poblaciones germanas fronterizas,

pretendían emigrar hacia la Galia occidental. César habla de 368.000 individuos, de los cuales, 92.000 combatientes.[14] Esta emigración, organizada meticulosamente, y de tal manera que no hubiera ninguna posibilidad de arrepentirse o volverse atrás, podía crear una situación peligrosa: la formación de una gran potencia militar en las fronteras de la provincia romana. Por otro lado, era fácilmente previsible que los helvecios, una vez hubieran pasado a Occidente, se habrían aliado con las facciones galas vencedoras, reforzándolas ulteriormente. Al bloquear y fortificar César los pasos del Ródano para impedir a los helvecios que pasaran del otro lado, la presión se trasladó más al norte, al territorio de los heduos.

Con el pretexto de proteger las tierras de los heduos, proclamados en su día «aliados y amigos del pueblo romano», César intervino (verano del 58); derrotó a los helvecios en Bibracte (Autun) y obligó a los que habían sobrevivido del ejército vencido a regresar al mismo territorio del que habían salido. Desde un punto de vista militar fue una victoria de enorme importancia. En una sola batalla se había destruido la potencia militar de un pueblo entero, y de los más combativos: de aquellos helvecios a los que miraban con esperanza los que defendían la unidad y la independencia de la Galia. Pero fue una victoria de perfiles ambiguos. La facción antirromana de los heduos, que habían tomado parte sin entusiasmo en la campaña con su caballería, ya se mostraba disponible a otros acuerdos. Por ello, las condiciones impuestas a los helvecios que había sobrevivido[15] fueron relativamente moderadas: a una parte de ellos se les obligó a establecerse en un área bastante amplia que los heduos les cedieron. Una de las razones de esa moderación —la de más amplias miras— era estratégica: evitar que se crease, con la caída de los helvecios, un vacío que los germanos tratarían de llenar.

En la lucha por la hegemonía de la Galia, entre heduos por un lado y arvernos y secuanos por otro, los germanos se habían implicado con habilidad y determinación. Los secuanos habían solicitado su ayuda. Ariovisto, soberano germano, derrotó a los heduos, tomó rehenes, y además se apoderó de un tercio de las tierras de los secuanos. Cuando los secuanos solicitaron la ayuda de los otros galos (heduos incluidos), Ariovisto obtuvo contra ellos una brillante victoria en batalla campal. Había consolidado de

ese modo su dominio sobre los secuanos y favorecido ulteriores desplazamientos de bandas germanas en su territorio. Ante esa progresiva extensión del predominio germánico a este lado del Rin, César decidió oponerse frontalmente. «La guerra con Ariovisto —dice Camille Jullien— fue la consecuencia natural de la sumisión de los helvecios.»[16]

Comenzó dictándole a Ariovisto algunas condiciones indispensables para mantener su estatus de aliado: respetar el territorio de la Galia, hacer cesar el flujo de poblaciones germanas que pasaban a este lado del Rin y restituir a los heduos los rehenes. Ariovisto reaccionó con dureza: como aliado, pretendía tratar en condiciones de paridad, no sufrir imposiciones. La respuesta de César fue el ataque armado. Sabía muy bien que si quería tener en un puño a la Galia debía desembarazarse de Ariovisto. Penetró en el territorio de los secuanos hasta Vesonción (Besançón), y emprendió, sin hacerse ilusiones, una extrema y vana negociación con Ariovisto; le hizo frente en la actual Alsacia superior (Mulhouse), obligándolo a ponerse a salvo al otro lado del Rin (septiembre del 58).

Después de esta victoria, que tuvo consecuencias duraderas por lo que se refiere a los equilibrios céltico-germánicos entre las dos orillas del Rin,[17] César emprendió con decisión la vía de la ampliación del conflicto. Con este fin reclutó otras dos legiones durante el invierno 58-57 en la Cisalpina, valiéndose del *imperium* proconsular, y regresó a la Galia en la primavera del 57 con un proyecto ambicioso y de evidentes consecuencias políticas: extender el conflicto directamente al norte del país atacando en su territorio a las tribus belgas, nervio militar de la Galia del norte, que ya desde hacía tiempo se preparaban al ataque.[18] Obtuvo la cooperación de los heduos, pero pudo hacer bien poco para romper la unión compacta del frente adversario. En el encuentro decisivo, en el Aisne, se encontró de frente a la totalidad de las tribus belgas en coalición (excepto a los remos) y los derrotó después de un enfrentamiento muy duro.[19] Pero tuvo que afrontar la tenaz, heroica resistencia de los combatientes nervios, que al final fueron sometidos después de una lucha durísima (la batalla del Sambre).[20]

Al año siguiente, el conflicto se trasladó a Occidente, en Bretaña, contra los armóricos y los vénetos; mientras tanto, Publio Craso, hijo del triunviro y legado de César, sometía a los aquitanos en el suroeste.[21]

5. Pero ya se miraba al otro lado del canal de la Mancha a causa de las estrechas relaciones de las poblaciones de Normandía y Bretaña con la Britania meridional. Al mismo Craso se le confió una primera exploración de la costa opuesta (a fines del verano del 57). Contra los vénetos dirigió las operaciones César personalmente. Fue una experiencia totalmente nueva en el plano militar. Los vénetos poseían una potente flota; los romanos no tenían ninguna flota en el Atlántico. De ahí la decisión ineludible de construirse una *ex novo* en el Loira (el *Liger*) durante el invierno 57-56. Los miembros de la tripulación fueron reclutados entre los marineros de las ciudades costeras. Los vénetos se habían fortificado en sus ciudades costeras en posiciones inaccesibles, sobre penínsulas a las cuales no podía nadie acercarse fácilmente ni por tierra ni por mar.[22] Sólo cuando la nueva flota romana en el Atlántico estuvo preparada fue posible intentar entablar batalla. Ésta tuvo lugar en la bahía de Quiberón *(Sinus Veneticus)*. Los vénetos disponían de 220 naves de proporciones gigantescas, construidas con troncos de roble y con enormes velas. Las naves romanas eran más ligeras y más bajas, y con remos. La mayor altura hacía ardua la operación de abordaje e incierto el resultado del lanzamiento de dardos. La estratagema que desconcertó a los vénetos fue la destrucción a distancia, gracias a hoces atadas en lo alto de larguísimas pértigas, de las cuerdas que sujetaban el sistema de velas (cuya eficacia aseguraba la rápida movilidad de aquellos gigantes del mar). Abatidas las velas, las naves vénetas, al estar privadas de remos, eran presa de los ataques de las trirremes romanas. Bastantes naves cayeron de este modo; el resto de la flota véneta intentó la fuga, pero fue bloqueada por una imprevista bonanza. César logró de este modo apoderarse de casi toda la flota enemiga.

Las consecuencias de esta batalla memorable trascendieron la campaña por la conquista de la supremacía en la Galia: se había quebrado el predominio que los vénetos tenían sobre la navegación en el golfo de Vizcaya y en el canal de la Mancha. Cambiaban los equilibrios geopolíticos en un área muy vasta, y se establecían seriamente las premisas para una expansión romana hacia Britania. La represión cesariana contra los vencidos fue brutal: para ejercerla se adoptó el pretexto de una «violación del derecho internacional» (el arresto por parte de los vénetos de los oficiales

romanos encargados de las requisiciones). Los senadores vénetos fueron ajusticiados en bloque, la población en masa reducida a la esclavitud y vendida. Es uno de los episodios menos edificantes de la ya poco edificante campaña. De todos modos, no toda la zona estaba bajo el control romano: los morinos se refugiaron en los bosques y pasaron a la guerrilla.

6. Pero el mayor peligro para el precario sistema cesariano de las nuevas conquistas procedía una vez más de la otra orilla del Rin. En el invierno del 56-55, los usipetes y los téncteros, expulsados de sus sedes por los suevos pasaron el Rin en las proximidades de Xanten[23] y expulsaron de sus tierras a los menapios que ocupaban la orilla izquierda del Rin, más allá de Colonia. César afirma que la masa de los invasores estaba constituida por 430.000 personas.[24] De vuelta del encuentro de Luca, César convocó una conferencia de todos los jefes galos antes de atacar a los usipetes y téncteros en las tierras que habían ocupado recientemente: obtuvo la participación de los contingentes galos, y se enfrentó al enemigo entre el Rin y el Mosa, a poca distancia de Xantén. Los germanos continuaban apremiando para llegar a un acuerdo; César buscaba sólo un pretexto para masacrarlos. Pero fue mediante el engaño como logró prevalecer sobre ellos. El pretexto se lo ofreció un asalto de la caballería de los usipetes contra la caballería gala aliada de César. En el combate murieron algunos de los colaboracionistas galos más apreciados por César.[25] Pero a pesar del incidente, los jefes germanos acudieron al previsto encuentro con César. Éste aceptó el coloquio, pero los hizo matar cruelmente a traición; después asaltó a los adversarios desorientados y sin guía, y los masacró indiscriminadamente a todos, mujeres y niños incluidos.[26]

Esta hecatombe fue vista como un crimen inhumano también en Roma, donde Catón, por razones de lucha política interna, claro está, se atrevió a pedir la consignación del procónsul en las manos del enemigo.[27] La presumible ausencia de auténticas razones humanitarias en la propuesta de Catón no nos debe inducir a menospreciar la iniciativa del tenaz opositor. Ésta sirve para indicar de todos modos que se percibía la enormidad del

crimen cometido. A pesar de ello, el Senado, llevado por una «borrachera imperialista» (según la expresión de Carcopino) concedió en honor de la matanza cesariana una colosal *supplicatio*.[28]

En cuanto a los modernos, es significativo ver cómo todavía hoy sus juicios se dividen. Camille Jullian lo dice con crudeza: «fue la más vulgar de las campañas cesarianas, y la más sucia *(lâche)* de sus acciones».[29] «Esta deliberada matanza —se lee en la *Cambridge Ancient History*— es la más ignominiosa de las acciones de César y el peor ejemplo de las atrocidades que a menudo han sido perpetradas en un enfrentamiento entre razas civilizadas y razas bárbaras».[30] Napoleón, en su *Précis des guerres de César*, no alude siquiera a la entidad de esta matanza.[31] Mommsen hace la defensa de César con una actitud casi de abogado: «Mientras se hacían las negociaciones surgió en el general romano la sospecha de que los germanos estaban pretendiendo sólo ganar tiempo hasta el regreso de la división de caballería que se había alejado. No se puede decir si esta sospecha tenía fundamento o no; pero César, confirmado en aquella idea por una agresión que, a pesar del armisticio, una división enemiga había perpetrado contra la vanguardia, e irritado por las pérdidas sufridas,[32] se creyó autorizado a pasar por encima de cualquier tipo de consideración del derecho de gentes.» Después, describiendo lo que define «más una matanza que una batalla», concluye: «El procedimiento de César contra estos inmigrantes germanos fue severa y justamente condenado por el Senado [en realidad, por Catón, no por el Senado]; pero, aunque no pueda servir como justificación, ése *puso un dique, con un ejemplo horrible, a los intentos* de los germanos.»[33] Con olímpica indiferencia, Engels, en el ensayo incompleto sobre los germanos, le atribuye al mecanismo altamente destructivo de las migraciones el fin de los usipetes y téncteros: «Unos 180.000 usipetes y téncteros habían pasado el Rin; casi todos perecieron en el combate y durante la fuga. No debe sorprendernos que durante aquella larga época de migraciones, enteras poblaciones desaparecieran sin dejar huella.»[34] Pero algunas líneas antes recuerda que en el caso de esas dos poblaciones su derrota no se había debido únicamente a la superioridad bélica romana, sino también «a la violación de los pactos por parte romana».[35]

Muy diferente es el tono entre los nacionalistas italianos.

«Le pareció oportuno a César —escribe Giulio Giannelli— inculcar en estas regiones un sano temor a las armas romanas. César se dirigió ante todo contra las gentes germanas de los usipetes y de los téncteros, que habían atravesado el Rin adentrándose con sus correrías hasta el territorio de los tréveros: aniquiladas aquellas hordas, hizo construir un puente sobre el río y pasó a la orilla derecha atravesando el país de sus aliados.»[36] El tono de Giannelli es molesto. Por otra parte, es la prueba de que no existen, en el campo de la investigación histórica, episodios consignados, de una vez por todas, a una consoladora, unívoca y coralmente aceptada valoración «definitiva». La historiografía divide, y la constante revisión es su arma.

7. Al llegar el verano del 55, César abre un nuevo frente: el de Britania. El verano ya estaba muy avanzado para poder organizar una expedición de grandes proporciones que pudiera aprovecharse a fondo de las exploraciones realizadas en su día por Publio Craso. Se trató sólo de un primer experimento. «Ningún interés militar ni político del Imperio romano —escriben todavía en nuestro siglo estudiosos animados de patriotismo británico— justifica ese intento de extenderlo más allá de sus confines naturales;[37] pero la avidez romana exageraba la riqueza de la isla desconocida, y una expedición victoriosa en Britania habría constituido un éxito tan espectacular que probablemente impresionaría la imaginación de los contemporáneos de César más que los grandes resultados que él había conseguido en el continente.»[38] Se percibe en estas palabras el eco de la tesis, que hemos recordado en su momento, de Edward Gibbon, según el cual, la expedición, como testimoniaba Suetonio basándose en sus no benévolas fuentes, había sido decidida esencialmente por avidez de perlas.

Esta primera expedición, ya sea por tardía, ya sea porque sufrió el naufragio de las naves destinadas al trasporte de la caballería romana,[39] fue a escala reducida y poco productiva. Inicialmente, las tribus del Kent se sometieron a los invasores. Pero visto el modesto aparato bélico y dándose cuenta[40] de las dificultades en que César se encontraba (de hecho, no salía nunca del campo por temor a tener que afrontar combates importantes sin

caballería), recuperaron las fuerzas y atacaron el campo romano, pero fueron seriamente vencidos.[41] Siguió una nueva sumisión y después la partida de César sin un balance demasiado negativo.[42]

La segunda expedición zarpó a primeros de julio del 54: cinco legiones y 2.000 jinetes galos eran un cuerpo de expedición ingente.[43] Todo hacía presagiar una marcha triunfal, y más aún por el hecho de que los britanos estaban divididos entre ellos y muy lejos de la determinación unitaria en sentido antirromano que entretanto estaba madurando en el continente. Y sin embargo, también esta vez la inclemencia del tiempo dañó seriamente la flota (que erróneamente no había sido varada en seco). César tuvo que volver rápidamente a la costa donde había desembarcado y reparar todo cuanto se había destruido. Pero perdió un tiempo precioso: sólo quedaban de hecho dos meses escasos para que acabara la estación propicia para las operaciones y, por añadidura, los britanos mientras tanto habían logrado formar una unidad operativa contra los invasores, bajo la guía de Casivelauno, rey de las regiones del norte del Támesis.

En el plano estrictamente militar, la superioridad de los invasores romanos era indiscutible. Ni siquiera el uso del carro de guerra (que en la Galia era inusual) creó serias dificultades a la caballería celta que combatía bajo los estandartes romanos. Casivelauno, que no logró mantener a los romanos del otro lado del Támesis,[44] tenía de su parte el recurso a la guerrilla:[45] una continua amenaza que hacía inseguro el terreno y estéril el avance mismo. Como era habitual, fue la traición de una parte de los britanos, al mando de Mandubracio, lo que resolvió el conflicto. Casivelauno, debilitado por la deserción y desilusionado por un fracasado ataque al campamento romano, tuvo que aceptar las condiciones que César tenía gran urgencia de imponerle, visto que a través de Labieno le habían llegado noticias alarmantes sobre el peligro de una rebelión de grandes proporciones en la Galia, sometida desde hacía poco. Aquellas condiciones preveían garantías para Mandubracio, «protegido» por los romanos,[46] y la promesa de un tributo anual, que no podía ser tomada demasiado en serio por ninguna de las partes. A principios de otoño, César zarpó para la Galia. Con la doble incursión en Britania, militarmente costosa y muy poco rentable, pero hábilmente exaltada propagandísticamente en los informes que

ponía en circulación,[47] César obtenía un éxito de imagen. Catulo, en el carmen dirigido a Furio y Aurelio «comites Catulli», sintetizaba así las grandes empresas de César: «Caesaris visens monimenta magni / Gallicum Renum, horribile aequor ulti / mosque Britannos.»[48] «El grande César», César Magno, está claramente dicho como antítesis a Pompeyo Magno (que lo había acuñado a su vez en Alejandro Magno). La decisión de llegar hasta el extremo norte (donde se imaginaba que estaban los britanos), de hecho pretendía, entre otras cosas, crear en torno al procónsul de las Galias y a sus interminables campañas un halo de grandeza y de empresa relevante en tierras lejanas, parejo al que establemente rodeaba la figura de Pompeyo. Sangrientas guerras de prestigio que servían para influenciar durante largo tiempo a la opinión pública en Roma y en Italia. Lo cierto es que «no se dejó ninguna división en Britania para asegurar el cumplimiento de las condiciones de paz, y no es seguro que el tributo fuese pagado nunca».[49]

8. Pero esta estructura, aunque dura e indiferente a los costes humanos, estuvo a punto de ser destruida por la rebelión que desde hacía tiempo se estaba incubando, como fuego bajo las cenizas, en las poblaciones galas. Dicha rebelión se desarrolló plenamente cuando encontró en el rey de los arvernos, Vercingetórix, un líder capaz de unificar, si bien temporalmente, la galaxia de las tribus gálicas.

Las viejas disputas, por otra parte, ya habían sido olvidadas frente a la opresión, sobre todo económica, ejercida por parte del ejército conquistador. En contraste con su ley sobre el gobierno provincial, César había exprimido la vasta región recién conquistada, convencido, evidentemente, de que aquellos «derechos» que su legislación garantizaba a los súbditos debían entrar en vigor sólo en un segundo tiempo: cuando el país hubiera sido completamente aplacado y sometido. De hecho, el oro galo había acabado en las manos de los conquistadores (y del comandante), y al mismo tiempo continuaban afluyendo muchísimos réditos de la venta de los prisioneros.[50] Todo esto no hacía más que alimentar la rebelión y dar nuevo impulso a quienes aspiraban, tal vez utópicamente, a una reunificación y liberación del país.

La rebelión se desarrolló en varias fases. La primera señal de la tempestad inminente fue el asesinato por parte de los carnutos de un soberano que les había sido impuesto por los romanos, Tasgecio, que había apoyado a César en todas las campañas.[51] Después les tocó a los eburones, instigados por Induciomaro[52] y guiados por Ambiórix. Éstos tendieron una emboscada mortal a quince cohortes romanas al mando de Lucio Cota y Sabino, y las aniquilaron. La rebelión se extendió después a los nervios, llamados a la lucha por Ambiórix. El comandante romano en la región era Quinto Cicerón, el cual fue salvado por César —que acudió con tres legiones— después de haberse temido lo peor.[53] Es en esta ocasión cuando César narra, proporcionándonos así un buen ejemplo de «guerra secreta», el episodio del comunicado lanzado con un dardo en el campo asediado y descubierto con retraso por los destinatarios.[54]

El mito de la invencibilidad de los ocupantes comenzaba a desmoronarse. En una guerra colonial no existe nada más peligroso, para la potencia ocupante, que empezar a perder. Por primera vez desde el inicio del conflicto, César decidió pasar el invierno en la Galia. La rebelión del nordeste fue afrontada por Labieno. Labieno tenía bien claro que Induciomaro —jefe de los tréveros—, que se le oponía con mucha habilidad táctica y evitando enfrentamientos comprometidos, era el único capaz de conquistar las simpatías de las inquietas comunidades galas del centro y, por consiguiente, de hacer crecer la rebelión. Por ello intenta eliminarlo a toda costa. Reuniendo durante la noche en su campamento una ingente caballería gala, Labieno eligió el momento oportuno para un ataque contra los tréveros: los jinetes colaboracionistas atraídos por un conspicuo premio fueron adoctrinados para que capturasen a Induciomaro, incluso a costa de dejar escapar a los demás. Y así ocurrió, teniendo lugar una feroz cacería que César describe, con su acostumbrada frialdad y elegancia, en la última página del quinto comentario.[55]

9. En el invierno del 54-53, César, gracias también a las legiones que le había prestado Pompeyo[56] (que después volverán a ser protagonistas cuando estalla la guerra civil), estaba convencido de poder llevar a cabo una

completa pacificación del país. Con la fuerza de sus diez legiones sometió a los nervios, senones y a los carnutos, y por primera vez, a los menapios del norte. Entretanto, Labieno derrotaba de nuevo a los tréveros. Quedaban sin someter los eburones; pero César estaba convencido, equivocándose en sus cálculos, de haberlos aislado ya. Considerando oportuno realizar una demostración de fuerza de cara a los germanos, como había hecho después de la matanza de los téncteros y de los usipetes, hizo construir un puente sobre el Rin para arribar más veloz y amenazadoramente al otro lado del confín. Esperaba llegar a un enfrentamiento decisivo con los germanos, pero no logró su objetivo y no era prudente perseguirlo en una situación de incerteza general. En esa ocasión, el puente no fue desmantelado, sino dejado parcialmente en pie y defendido por una guarnición de doce cohortes.[57] Al regresar a la Galia, César intentó truncar definitivamente la hostilidad armada de los eburones y, sobre todo, capturar al huidizo Ambiórix. Pero esta vez la persecución falló. Aun dentro de la animadversión contra el enemigo inaferrable, hay en las palabras con las que César describe el fracaso de esa caza despiadada la admiración por el talento «técnico» y la capacidad del jefe galo para salvarse, durante la extenuante persecución, siempre por un pelo.[58]

Fue un error castigar a los jefes de los senones y de los carnutos como si ya pudieran ser considerados provinciales rebeldes (fustigándolos y decapitándolos). Este gesto brutal jugó inevitablemente a favor de la definitiva y general insurrección de la Galia central (primeros meses del 52). La intuición estratégica de los jefes de la rebelión, entre los que destacaba Vercingetórix,[59] había sido la de pasar a la acción mientras César estaba todavía en la Cisalpina y las tropas de ocupación estaban divididas entre el norte (seis legiones a las órdenes de Labieno), este (dos legiones de entre los tréveros y dos entre los lingones), y sur (las tropas de estancia en la provincia). César mismo, describiendo el efecto sorpresa, explica que estuvo dudando —frente a la imprevista situación que se había creado— entre dos posibilidades estratégicas, ambas arriesgadas: hacer venir adonde estaba él a las legiones destacadas en el norte, exponiéndolas al peligro de ataques por sorpresa, por añadidura, en su ausencia, o bien atravesar él un territorio totalmente inseguro.[60]

Fortificada la provincia, y en particular Narbona, César asestó el primer golpe por sorpresa que disturbó la marcha de los rebeldes que hasta entonces casi no habían encontrado resistencia. A pesar de que los montes Cevenas estaban todavía bajo una gruesa capa de nieve y de que los puertos eran casi impracticables,[61] decidió atravesar precisamente por aquel paso, considerado inaccesible, hasta llegar al corazón de la Arvernia, que devastó duramente, obligando a Vercingetórix a regresar a su país. Entonces César atravesó el territorio de los heduos y llegó hasta las dos legiones que estaban acampadas entre los lingones: así recuperó el contacto con el grueso del ejército.

A partir de ese momento la estrategia de ambas partes cambia. Para César era preferible retrasar lo más posible el encuentro con el ejército de Vercingetórix para prepararse mejor. Para los rebeldes, era necesario someter a los romanos a continuas escaramuzas y al mismo tiempo, devastar toda la tierra en torno a las legiones para reducirlas al hambre y obligarles a rendirse. Pero la política de la «tierra devastada» no era popular ni siquiera entre los mismos rebeldes, como se puede ver claramente cuando Vercingetórix vio rechazar su propuesta de abandonar y destruir Avarico (hacia la que los romanos se dirigían para ocuparla y acuartelarse). Esta decisión obligó a Vercingetórix a ocuparse de defender la ciudad, desde una posición fortificada al nordeste de la ciudad, con gran desgaste de energías. Al final, con obras de ingeniería bastante avanzadas —un gigantesco terraplén[62] que propició un ataque por sorpresa—, los romanos tomaron la ciudad y llevaron a cabo otra masacre total e indiscriminada, en el marco de una estrategia de hecho estrictamente terrorista.[63] Para Vercingetórix fue un duro golpe, que, inútilmente, confirmaba que era justa su línea estratégica, erróneamente rechazada por los suyos.

La iniciativa pasaba ahora a los romanos. El plan de César era atacar al enemigo en el corazón de la Arvernia. Pero Vercingetórix había tenido la sagacidad y la prudencia de distribuir una parte de sus fuerzas sobre las colinas, al sur y al oeste de Gergovia, allí donde era previsible que se habría dirigido el ataque enemigo. Era imposible, y César se dio cuenta de ello, tomar por asalto la ciudad. En torno a Gergovia se jugó una partida difícil. Para los romanos era imposible —disponiendo de seis legiones en total—

encerrar en un único cerco de asedio (además de a la misma Gergovia) el conjunto de fortificaciones enemigas, comprendidas las situadas en las colinas circundantes. En un primer momento, César pensó en retroceder, pero después creyó ver un fallo en el sistema de las defensas enemigas e intentó, con éxito, el asalto a las fortificaciones situadas en las laderas de los montes cercanos a Gergovia. El fallo estratégico (imputado por él a una iniciativa insubordinada de los mismos soldados) fue el asalto a Gergovia, que terminó en cambio con una derrota y con más de 700 muertos (entre ellos muchos oficiales).[64]

La derrota sufrida esta vez por César en persona, y no por sus comandantes, provocó la inmediata deserción de los heduos. Pero su paso a las filas de la rebelión perturbó los equilibrios: se puso en discusión el liderazgo mismo de Vercingetórix, que, en un concilio general en Bibracte, tuvo que ganarse la confirmación del comando supremo.[65] Confortado por este éxito, Vercingetórix aumentó su caballería hasta 15.000 hombres. Después intentó desplazar la acción hacia la provincia romana en cuya protección César se movió oportunamente, pero no sin riesgos. Fue en esta fase de las operaciones cuando se produjo el enfrentamiento que tuvo mayores consecuencias: fue la caballería germana la que salvó a César y obligó a Vercingetórix a replegarse hacia Alesia.[66] Aquí el jefe de los galos se protegió, preparándose a sufrir el asedio, pero logró enviar por todo el país a su caballería con la finalidad de promover el mayor reclutamiento posible.[67] Su proyecto era el de hacer que se atacara por la espalda a César.

Respecto al asedio de Gergovia, la situación se presentaba ahora más favorable. El área sobre la que surgía la ciudad fortificada (mont Auxois) era más pequeña y, sobre todo, César disponía ahora nada menos que de diez legiones. Pero era evidente que las ayudas solicitadas por Vercingetórix iban a llegar mucho antes que los asediadores mostrasen algún signo de debilidad. Por ello, César decidió realizar una de las más grandes empresas de ingeniería militar: una doble línea de trincheras y baluartes, una interna para el ataque contra Alesia, y otra externa para detener el asalto, de hecho previsto como inminente, del ejército de socorro reclutado en el resto de la Galia.[68]

Según los cálculos de César, el ejército que acudió en socorro de los asediados de Alesia ascendía a 250.000 soldados de infantería y 8.000 de caballería.[69] Un ejército imponente y aguerrido que supo combatir en sintonía con el ataque que, desde Alesia, Vercingetórix y los suyos llevaban a cabo contra los asediadores, en particular contra las posiciones romanas del sur de Alesia. César combatía contra Vercingetórix; Labieno, contra el ejército de socorro que había acudido para acorralar a los asediantes. La victoria romana se logró, al final, gracias no sólo a la solidez de la doble fortificación, sino también a la jugada decisiva realizada por César en plena batalla: el envío de una parte de la caballería romana por detrás de los recién llegados.[70] Y fue esta caballería la que atacó a su vez por la espalda a los socorredores y los dispersó.

Vercingetórix, que tenía la talla de un gran líder, decidió evitar la masacre de los suyos. Prefirió ir a entregarse a César al día siguiente de la derrota sin infligir a su gente el calvario de un extenuante asedio o de un saqueo despiadado. Habló a los suyos recordándoles que todo lo que había hecho lo había hecho, «no por sus personales ambiciones o necesidades, sino por la libertad común».[71] Salió de Alesia solo, a caballo, con su más resplandeciente armadura. Y solo se presentó ante César, dio una vuelta alrededor del sitial sobre el que éste estaba, descendió del caballo, se quitó la armadura, y se sentó en el suelo delante del procónsul hasta que se lo llevaron de allí.[72] Su destino personal fue atroz. Durante nada menos que seis años permaneció en cautividad, conservado para el triunfo gálico que César celebró sólo al terminar, o mejor dicho cuando creyó que había terminado, la larga guerra civil. Cuando finalmente —después de Tapso— César celebró (en agosto del 46) la secuela de los cuatro triunfos, el primero de ellos, precisamente, el de la Galia,[73] Vercingetórix desfiló por las calles de Roma como prisionero del vencedor.[74] Poco después le dieron muerte,[75] de hecho, pocos meses antes de que el propio César fuera asesinado por los suyos.

10. A raíz de la rendición caballeresca y trágica de Vercingetórix comenzó la definitiva «pacificación». César, al final había prevalecido, apoyándose siempre en el colaboracionismo de algunos grupos, y de algunas familias. Incluso supo aprovecharse de los germanos contra los galos cuando se le presentó la oportunidad. Ese elemento formaba parte, junto a su capacidad estratégica fuera de lo común, de los factores que le habían dado la victoria. Hay en César el carácter del gran colonizador: falta de piedad, paternalismo, astucia; pero también un gran deseo de entender y de estudiar a los sujetos-víctimas de sus acciones. No es casual, por ejemplo, que el grande *excursus* sobre las costumbres y la religión de los celtas y de los germanos —que ocupa la mayor parte del sexto comentario—[76] figure exactamente allí, como para explicar, a través del análisis etnográfico y sociológico, las razones de la derrota de aquellos pueblos en el momento en que daba inicio su grande e infausta rebelión. Como gran colonizador, había estudiado seriamente a los pueblos con los que debía enfrentarse y convivir, y sobre los que había de gobernar durante tanto tiempo.

El año siguiente a la rendición de Vercingetórix (51) estuvo dedicado a recuperar en la medida de lo posible el control efectivo del territorio. Para conseguirlo era necesario llegar a un acuerdo, o bien eliminar a aquellos jefes menores que todavía disponían de seguidores y de un cierto prestigio. Incluso con Comio Atrebate logró llegar a un acuerdo (Comio era el que había dirigido un ataque terrible a los convoyes romanos en la región de Arrás). Pero, para ser sinceros, Comio no había podido sostener por mucho tiempo tal[77] situación y había huido a Britania,[78] fundando allí un reino independiente, donde se habían refugiado también algunos atrebates. Mientras permaneció en tierra gala dio muchos quebraderos de cabeza a los romanos, aun siendo éstos de hecho los que dominaban la situación. Sin embargo, César no manifiesta contra él aquella feroz hostilidad que manifiesta contra Ambiórix.[79] Describe sus peripecias, en el octavo comentario,[80] sólo hasta el momento en que pacta con Antonio un acuerdo para su salvación personal.[81] En cambio, contra Ambiórix el tono es rabioso. Ambiórix no había interrumpido nunca la guerrilla, y César tuvo una verdadera reacción incontrolada cuando escribió que, no logrando atraparlo, «consideró que debía darse a sí mismo, a su propia dignidad, al menos la

satisfacción *(proximum suae dignitatis esse ducebat)* de devastar su pueblo hasta tal punto, matando hombres y bestias y destruyendo las casas, que de ese modo, por el odio que los suyos le habrían tenido, Ambiórix no pudiera nunca más —a causa de desastres tan grandes— regresar a su país».[82] Esta técnica de dominio, dirigida a poner al rebelde en dificultades con los suyos, haciendo recaer sobre él la responsabilidad de crímenes cometidos por el ocupante, es muy antigua y experimentada y aún ahora se sigue practicando. Lo que más llama la atención es que César haga alarde de haber recurrido a tal práctica.

11. A César le interesaba promover al máximo la pacificación, no sólo porque era la única vía para consolidar el dominio después de un genocidio tan implacable, sino también por razones de política general. En previsión de un empeoramiento de sus relaciones con el Senado y probablemente con el mismo Pompeyo era indispensable no tener sobre sus espaldas un país inquieto e invadido de impulsos de rebelión.

Pero no es que la conquista de la Galia hubiera sido ya definitivamente *realizada.* La idea moderna de conquista colonial nos puede ayudar a entenderlo. La conquista de todo el territorio es un proceso muy largo, secular. La potencia colonial se implanta progresivamente en el país conquistado. Después de la fase militar de la conquista, es más, ya durante ésta, va ocupando poco a poco las plazas fuertes, caminos, ciudades, puertos; controla cada vez mejor las vías de comunicación, anula todo movimiento de resistencia organizado y hace cooptación —si es capaz de ello— de las elites locales. La campaña no está toda bajo control. Un ejemplo que muestra claramente este fenómeno proviene de la misma carrera de César. Como propretor en España, escribe Plutarco, había llevado a cabo campañas para «someter a poblaciones *que nunca hasta aquel momento habían estado sometidas a los romanos*».[83] Y sin embargo, España era provincia desde el 197, es decir desde hacía casi un siglo y medio antes de que César llegase como gobernador (61), y la última rebelión había sido aplastada, después de una guerra feroz, con la caída de Numancia en el 133. Pero todavía veinte años después del gobierno de César, Asinio Polión,

gobernador de la Hispania Ulterior, escribe a Cicerón lamentándose de que el bandolerismo endémico hiciera de hecho imposible el paso de los *tabellarii* romanos (encargados del servicio postal) a través de ciertas zonas montañosas de la Bética.[84]

La analogía ayuda a comprender dentro de qué límites se puede hablar de romanización de la Galia ya durante el largo gobierno cesariano. Es un fenómeno que se pone en marcha entonces y que se refuerza sobre todo gracias a la creciente participación de los grupos dirigentes, que tendrá un resultado visible e importante sólo un siglo más tarde, en tiempos del emperador Claudio. Si no se percibe este aspecto de larga duración se termina por mitificar la obra de César en el sentido de compararla con la de Alejandro Magno y la helenización de Oriente, hecho que gusta mucho a sus panegiristas y que está todavía vivo en el joven Droysen, pero que equipara, confundiéndolas, realidades diversas. Diremos con equilibrado realismo que, con su campaña gálica de nueve años, César «logró conciliar con singular éxito los intereses del imperio con los propios».[85] La fama conquistada por él comenzaba a ofuscar a la de Pompeyo Magno. Y sobre todo había conseguido reunir y adiestrar a un gran ejército del que se había ganado la devoción absoluta. De aquí partía su ulterior carrera.

XV

EL «LIBRO NEGRO» DE LA CAMPAÑA GÁLICA

Nos hemos vuelto demasiado humanos para no tener que sentir repugnancia de los triunfos de César.

GOETHE

1. La opinión por parte de los contemporáneos acerca de la campaña gálica de César no parece demasiado entusiasta. También esto es un elemento que se ha de tener en cuenta cuando se valora la percepción de los «efectos a largo plazo» de la campaña gálica y se sobrevalora teleológicamente la «fatalidad» de tales efectos en una única dirección. Indudablemente, se corre el riesgo de caer en una perspectiva colonialista. Una campaña provocada en frío, sin un verdadero peligro ni una verdadera amenaza; destruir la precedente civilización suplantándola lentamente por la romanización; un genocidio de impresionantes proporciones según el convergente testimonio de Plinio y de Plutarco. Todo ello con una finalidad, que para el principal protagonista y motor de la empresa era claramente la de utilizar clínicamente semejante genocidio para la lucha política interna. Y de tal finalidad formaba parte asimismo la captura de una masa enorme de esclavos (un millón, según Plutarco) que eran además instrumento de estímulo demagógico (piénsese en la donación de un esclavo al menos a cada uno de los soldados). César sabía bien que sin un contrapeso a la gloria militar de Pompeyo, una efectiva repartición con él del poder en condiciones de paridad [1] habría sido imposible: sobre todo después de la muerte de Craso.

El imponente esfuerzo bélico realizado en la Galia en los años 58 a 51 a.C. (gracias también a la renovación del pacto triunviral en el encuentro de Luca, y a la consiguiente renovación del mandato provincial) se nos muestra, pues, en la doble forma de vehículo de romanización de una vastísima parte del Occidente nórdico (como señala Mommsen con sincero entusiasmo y con una discutible comparación con la conquista de Alejandro), y, al mismo tiempo, de instrumento y base para el aspirante a *princeps* de un poder de negociación y militar, como una larga *praeparatio* para el momento de rendir cuentas y para la guerra civil.

Por ello, la concepción mística, muy frecuente en cuanto a la conquista cesariana de la Galia, vista como otra de las «huellas» que una especie de providencia de la historia habría querido dejar en el terreno para su tránsito, corre el peligro de ir demasiado descaminada. Ésta es la que han hecho suya grandes intérpretes, como Mommsen y numerosos otros después de él, los cuales no sólo han ennoblecido esa feroz conquista poniéndola en el mismo plano que la helenización de Oriente por obra de Alejandro, sino que, sobre todo, han atribuido a César una intención *weltgeschichtliche*, que probablemente no albergaba en su mente el procónsul de las Galias, y de seguro no asoma ni remotamente en sus pulidos y finamente elaborados *Commentarii* sobre aquella casi decenal empresa guerrera. En el ardor de la lucha de facción, Catón, el adversario más obstinado y coherente que César se encontró en su camino, denunció en el Senado al procónsul por violar el derecho de gentes en prejuicio de las poblaciones gálicas de los usipetos y de los tencterios.[2] Sabía que difícilmente habrían acogido su propuesta, y quizá ésa no había sido hecha por sensibilidad humanitaria (aunque la formación estoica de Catón podría comportar una sensibilidad de este tipo, que ciertamente faltaba en el común de sus colegas). Era una jugada de política interna, y, como tal, fracasó.

Pero también Cicerón, en el balance que hace de toda la carrera de César que está tal vez entre los más verídicos que el orador haya trazado después de meses y meses de profusión de falsas palabras de alabanza durante la dictadura, es decir, en el juicio con que concluye la *Segunda Filípica*, si bien le reconoce muchas cosas todavía al desaparecido, muestra muy poca consideración por aquella prolongada y feroz actividad guerrera:

«res bello gesserat, quamvis reipublicae calamitosas, at tamen magnas»,[3] empresas grandes, pues, sin duda —¿quién podría negarlo?—, pero «perjudiciales a la República». Perjudiciales como lo son siempre las largas guerras sin un significado, o bien perjudiciales, sobre todo, porque al final son usadas *contra* la República. O tal vez por ambas cosas.

No es un juicio lisonjero, pero tampoco reductor ni partidista. Es *por necesidad* equilibrado debido al hecho mismo de situarse en las antípodas del juicio, éste sí verdaderamente destructivo que le dedica, en aquella fulgurante *peroratio*, a Antonio, el viviente y amenazador heredero político del dictador asesinado. Es un juicio bien pulido y sabiamente matizado. No es ciertamente un retrato simpatético. Cicerón toma distancia casi respecto a todo. Y en particular deja bien en claro que el principal don que César le hizo al pueblo romano fue el de haberlo hecho por siempre contrario al poder personal [4] (en esto el orador se equivocaba); pero no olvida ninguna de las grandes dotes personales del desaparecido. Ahora bien, en este balance las grandes conquistas no figuran en la «columna» de las acciones positivas; cierto, son «grandes», pero *perjudiciales*. La Galia como tal ni siquiera está citada: se recuerdan el *labor* y los *pericola* en los que la campaña gala está comprendida ciertamente, pero, precisamente como un aspecto, completamente interno a la lucha de facción, de la irresistible carrera hacia el *regnum*: «desde hacía años había concebido el propósito de *reinar*», y bien «magno labore, magnis periculis quod cogitarat effecerat». Nada más, ni una palabra sobre los *fines imperii* extendidos a la Galia, Germania y Britania. Y, sin embargo, Cicerón sabía cuánto le habría gustado a César que se hubiera tocado ese tema.

En la *Defensa de Marcelo* (verano del 46), inmediatamente al inicio, había exclamado dirigiéndose al dictador: «Yo suelo a menudo ponerme ante los ojos mentalmente y repetirme con palabras asiduamente, de buen grado, el siguiente concepto: que ninguna de las empresas de nuestros generales, ni las de los generales extranjeros de todos los otros pueblos, ni tampoco las de los soberanos más famosos, ninguna, digo, puede ser comparada con las tuyas: ni por la vastidad de las luchas afrontadas, ni por el número de las batallas, ni por la variedad extraordinaria de las regiones en las que tuvieron lugar los combates, ni por la velocidad con la que los concluiste, ni por la

variedad del género de guerras que debiste afrontar. Es más —añade—, digo que las regiones más lejanas no habrían podido ser recorridas por ningún otro más velozmente de lo que han sido recorridas por tus veloces movimientos, mejor dicho, por tus victorias.»[5] E inmediatamente antes había proclamado que no existía en el mundo una fuerza intelectual ni una vena oratoria capaz no ya de exaltar adecuadamente, sino, ni siquiera, de narrar con todo detalle las empresas de César. Y todavía más claramente, poco antes de la conclusión había profetizado: «Las generaciones futuras quedarán estupefactas: tus leyes, las provincias, el Rin, el Océano, el Nilo e infinitas batallas, y victorias increíbles.» En estas hipérboles se encuentra claramente toda la carrera militar del dictador, sus victorias en los cuatro ángulos del imperio; podemos decir, sin embargo, que, a pesar del tono encomiástico y nada crítico de entonces, la empresa gálica en cuanto tal está como ahogada en una visión más general que comprende obviamente Alejandría, Farnaces, Tapso y también las conquistas del largo proconsulado. Y sin embargo, éstas no obtienen, ni siquiera en semejante contexto, una precisa ni adecuada mención. El valor histórico de la conquista gálica es una convicción que ha madurado poco a poco y que ha sido asumida plenamente sólo por los modernos.

2. El «libro negro» de la conquista romana de la Galia lo escribió Plinio el Viejo en el séptimo libro de la *Historia natural* (91-99). Es un «libro negro» —usando una expresión ahora en boga— de extraordinaria dureza. Allí se parangonan los crímenes de César con el muy diverso balance de la carrera político-militar de Pompeyo. Sin contar los muchísimos muertos causados por la guerra civil, provocada por César con el paso del Rubicón, cuatro años de feroz guerra fratricida debida a la ambición de un hombre. Sin proceder, pues, a contabilizar la guerra civil, hay que recordar —escribe Plinio— el millón doscientos mil muertos masacrados por César con el único fin de conquistar la Galia. «Yo no puedo poner —dice Plinio— entre sus títulos de gloria un ultraje tan grave como el causado por él al género humano.» Y acusa a César, además, de haber ocultado las cifras de la gran masacre: «no revelando la entidad de la

masacre causada por las guerras civiles, César reconoció la enormidad de su crimen» (VII, 92). Otros historiadores más complacientes, como Veleyo Patérculo, hablan de 400.000 muertos en la Galia y otros tantos o más prisioneros (II, 47, 1). Plutarco daba la cifra «redonda» de un millón de víctimas y un millón de prisioneros (*Pompeyo*, 67, 10; *César*, 15, 5). Y en la vida de *Catón menor* habla de 300.000 germanos eliminados (51, 1). Apiano, en los fragmentos del *Libro céltico* (1, 12), cuenta 400.000 muertos sólo en la campaña contra los usipetos y tencterios (55 a.C.).

En Plutarco, por otra parte, no hay ningún tono crítico cuando nos proporciona estas cifras. Al contrario, dichas cifras constituyen la parte esencial de una comparación entre César y todos los demás caudillos romanos, totalmente a favor de César. Y estas matanzas y aquellas masas enormes de prisioneros son —para el biógrafo griego— signo de máxima grandeza. Es en Plinio en el que se manifiesta, con un tono de fuerte indignación, la condena *moral* respecto al *crimen* cesariano, respecto a la *ofensa* —como él dice— *a la humanidad*. César mismo, por lo demás, no había tenido intención de ocultarlo. Véase, por poner un ejemplo, cómo narra la matanza de los belgas en fuga: «Fue masacrada tanta multitud de enemigos cuanto duró el día. Al tramontar el sol, los soldados cesaron de perseguirlos y se retiraron, según las órdenes, a los campamentos.»[6] Concetto Marchesi comenta con exceso de esteticismo: «Se ve más la jornada de sol que la jornada de sangre: y aquellos soldados que se retiran al atardecer a la quietud de sus campamentos, después de haber masacrado a tantos hombres, parecen más bien campesinos cansados que regresan por la noche a sus aldeas.»[7]

La Galia, el mundo célta, fue así sometida con la violencia y el genocidio, dentro del perímetro de la «civilización» romana. Sólo alguien como Napoleón III podía al mismo tiempo exaltar a César (y casi identificarse con él) y alzar monumentos a Vercingetórix. La reacción y la denuncia de la pérdida de vidas humanas y de civilización representada por este genocidio se debe, entre otros, al mayor historiador de la Galia, a Camile Jullian, el cual ha destacado el desarrollo autónomo de la civilización celta truncado por la conquista cesariana. Y una confirmación ha llegado de las recientes excavaciones de Bribacte. No es un modo de

inventarse «otra historia» que no existió: es sólo un modo de evitar rebasar la historia de la conquista romana con el canto coral sobre la fatalidad del imperialismo. Sobre este terreno, cesarianos y adversarios se muestran de acuerdo. A cada comunicado del procónsul sobre sus sangrientas victorias, el Senado, concorde, declaraba días y días de *supplicatio*. Cuando recuerda al final del segundo comentario los quince días de *supplicatio* decretados por el Senado después de la victoria sobre los belovacos, César precisa complacido: «quod ante id tempus accidit nulli» (II, 35, 4). Y después de la masacre de los usipetes y tencterios, los días de *supplicatio* fueron veinte (VI, 38, 5). Una prueba del entusiasmo consensuado de los senadores eran las masas de esclavos introducidos de este modo en el mercado despertando el apetito indistintamente a cesarianos y a lealistas-republicanos. Reacciones como la de Catón —que, oponiéndose a la *supplicatio* después de la victoria sobre los usipetes y téncteros, propuso entregarles a César por perjuro (la victoria había sido conseguida con la traición: evidentemente, a los «bárbaros» podía no acreditárseles que percibieran el sentido del honor y de la lealtad, así como los conquistadores españoles excluían que los indígenas de América dispusieran de un alma)— eran más bien el fruto de la inconciliable aversión política de Catón, capaz de expresarse incluso a través de la paradoja (Plutarco, *César*, 22, 4; *Catón menor*, 51). Esto se ve claramente por la continuación del asunto: César reaccionó con una carta violentísima contra Catón, y Catón aprovechó para lanzar un ataque contra César en el Senado, que giraba en torno al *leitmotiv*: «mucho más que a los hijos de los britanos y de los celtas debéis temer a César».[8]

Naturalmente, la romanización de la Galia es un fenómeno de tales proporciones históricas que se impone que nos preguntemos si la contabilidad de los muertos propuesta por Plinio con extrema claridad (y con la acusación ácida a César de haber escondido las cifras) no debería ceder el paso, haciendo un balance histórico, a lo que podría considerarse el acontecimiento decisivo de la formación de la Europa medieval y después moderna: la romanización de los celtas, debida, precisamente, a la conquista cesariana.

También a propósito de la feroz conquista del Nuevo Mundo, debida a la acción convergente de conquistadores y misioneros, por parte de la vieja Europa, surgió, y todavía no se ha agotado, la cuestión del coste humano. Tampoco ha faltado algún intento de «libro negro», en general rebatido con el argumento de la necesidad histórica de aquella conquista. Por otra parte, todavía hoy se considera válida la pregunta «¿qué historia habríamos tenido sin Pizarro?», pero no la otra: «¿qué Europa habría habido sin Julio César?».

3. Es como si aquella acusación, durante el tiempo larguísimo que nos separa de los acontecimientos, se hubiera agotado, palidecido, frente al balance histórico total.

De hecho, el sucesivo debate respecto a la figura de César gira en torno a un problema completamente distinto: la cuestión de si la ambición, y no el propósito de abrir el paso a una nueva historia, representó para él el estímulo para actuar. Como si las dos cosas fueran realmente diferenciables en la obra de un gran político. En el juicio sobre César la disputa se ha centrado, en el curso de decenios y de siglos, en torno a la demolición de la vieja república que se le imputa con elogio o con desaprobación, no, en cambio, en torno al coste de vidas humanas de la romanización de la Galia. Siglos después, fue Simone Weil, en sus escritos de fines de los años treinta sobre *Hitler e la politica estera romana*,[9] la que de nuevo —siguiendo los estudios de Jullian— puso de relieve aquella masacre: y la diferente historia que de semejante conquista habrían escrito (si hubieran existido) históricos de origen galo, no dominados —como los griegos de la época, según Weil— por el servilismo hacia Roma. Pero ya Goethe había afirmado la necesaria «repugnancia» de los modernos, «que se habían vuelto demasiado humanos», frente a los «triunfos de César».

XVI

HACIA LA CRISIS

1. El momento más peligroso para César, durante la crisis política que estalló en Roma mientras él estaba ocupado con la rebelión de Vercingetórix, fue, sin duda, la designación de Pompeyo como «cónsul sin colega» (a fines de febrero del 52). Ésta tuvo lugar de un modo muy traumático, desde el punto de vista del triunvirato (consolidado en Luca, pero «decapitado» por la muerte de Craso en Siria, en Carre, en la catastrófica campaña contra los partos). Los disturbios callejeros, abiertamente destructores e incontrolables, que desembocaron en el asesinato de Clodio en Bovillae (el 18 de enero del 52), estaban en radical oposición con los intereses de César. A él no le interesaba aparecer como inspirador de una facción tan aniquiladora como la clodiana, ni le interesaba que la acción devastadora de tal facción impulsase a Pompeyo a buscar el apoyo de la *factio* (y viceversa). Lo que más se oponía a su propósito de no romper nunca con Pompeyo eran los disturbios callejeros, los cuales llevarían a adoptar una resolución extrema (el *senatusconsultum ultimum*), la cual consignaría fatalmente el poder efectivo en las manos del procónsul que estaba acuartelado a las puertas de Roma, es decir, en Pompeyo.[1] Y fue precisamente esto lo que se verificó al precipitarse la situación con el asesinato de Clodio. El Senado recurrió a la medida extrema y encargó del cometido de «proveer la salvación de la república» precisamente a Pompeyo («qui pro consule ad urbem erat», como reza la disposición del *senatusconsultum*), [2] junto con los tribunos de la plebe y con el *interrex*.[3] El fruto de este paso extremo fue precisamente la decisión muy grave, ya sea tanto desde el punto de vista constitucional como del político, de nombrar a Pompeyo (sin elecciones, se entiende) *consul sine collega*: una forma análoga a la dictadura, que nacía de procedimientos no muy diversos. En el

plano político era una ruptura de cara a César, que quedaba totalmente relegado de la decisión. Desde que funcionaba el pacto triunviral, la designación de los cónsules había sido fruto de precisos acuerdos entre los potentes, y, en particular, la atribución del consulado a uno de ellos. Esta vez era la *factio* la que atribuía a Pompeyo su tercer consulado y, por añadidura, en posición de total preponderancia constitucional, sumando estos poderes suyos a su imperio proconsular. El hecho de que, con su habitual inclinación a guardar las formas, Pompeyo se hubiera asociado en el consulado, durante los últimos meses del año,[4] con su suegro Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica, no disminuye nada la gravedad del cambio que se produjo.

La respuesta de César estuvo determinada por el realismo y la constante búsqueda del compromiso. Frenó a «sus» tribunos, que presionaban para que fuese elegido él como colega de Pompeyo, y autorizó en cambio una contrapropuesta, aceptada por Pompeyo: «que al término del mandato le fuese permitido presentarse como candidato para el segundo consulado, incluso estando ausente de Roma, de tal modo que la candidatura no lo obligase a abandonar prematuramente la provincia, antes de haber finalizado las operaciones militares».[5] Este acuerdo, muy debatido y del que Pompeyo intentó renegar después —no sin vacilaciones—, constituyó, desde aquel momento, una piedra angular de sus proyectos a largo alcance. Su interés prioritario no era el de secundar a Pompeyo en la semidictadura del año 52, y menos aún siendo de un modo puramente nominal, sino el de asegurarse que podría regresar como cónsul, y no como *privatus*, al finalizar su segundo quinquenio en la Galia. Mientras tanto continuaba manifestando la propia presencia en Roma a través de una campaña de implicación económica de particulares, y, al mismo tiempo, emprendiendo obras de utilidad pública y de prestigio como el *Forum Iulium*, cuyo terreno había costado más de cien millones de sestercios.[6] Al mismo tiempo aumentaba la paga a sus legionarios, por su propia iniciativa y contando, incluso demasiado, con el abundante botín gálico. Y, como se sabe, a cada soldado le dio como botín de guerra un esclavo.[7]

2. César no deja de señalar, cuando alude a estos hechos al principio del séptimo comentario, que la sustancia del *senatusconsultum ultimum* era que a Pompeyo —aun siendo promagistrado en España (aunque, de hecho, solidamente acampado a las puertas de Roma)— se le permitía hacer reclutamientos en toda Italia.[8] Emplea una expresión, probablemente tomada del texto del senadoconsulto: «que todos los habitantes de Italia en edad de leva prestasen juramento».[9] A continuación añade que él, por su parte, «dispuso que se procediese a hacer reclutamientos en la provincia» (es decir en la Cisalpina y en la Narbonense). Es un pasaje de gran importancia. ¡Sobre todo por la desenvoltura con que César deja entender, al lector superficial, que sus reclutamientos en la Cisalpina eran un modo de acatar el senadoconsulto! Lo que claramente no era así, por la simple razón de que la perentoria y dramática orden del Senado iba dirigida únicamente a Pompeyo[10] y se refería a Italia entendida *stricto sensu*. Era, en realidad, la reacción cesariana al darse cuenta del reforzamiento militar de Pompeyo: en una situación, por añadidura, a la que sería eufemístico definir al límite de la legalidad. Gracias a una verdadera y propia violación constitucional, Pompeyo detenta de hecho, contemporáneamente, el *imperium* proconsular (relativo a provincias cruciales y dotadas de legiones como España) y el consular (¡y por añadidura es cónsul único!), y se le exhorta a hacer reclutamientos masivos en toda Italia: es más, a promover una especie de *coniuratio Italiae*[11] en su nombre. Por ello, César responde con *sus* reclutamientos, pero no duda en ponerlos descaradamente bajo la protección de aquel mismo senadoconsulto. Era la única respuesta que podía dar, mientras formalmente confirmaba la propia lealtad y rechazaba la impolítica presión de los suyos para hacerle obtener, como colega de Pompeyo, una posición igualmente ilegal. Proceder a efectuar nuevos reclutamientos significa, en cambio, obtener de la imprevista aceleración de la crisis la única ventaja efectiva posible.

Con estos reclutamientos realizados por espontánea iniciativa del procónsul (y sólo capciosamente hechos provenir de la intención de obtemperar al senadoconsulto) se salía ya de la legalidad. Cuando Suetonio evoca los alistamientos «espontáneos» promovidos por César en la Galia, por ejemplo de la legión *Alaudae* (además de las legiones que le habían sido

asignadas por el Senado), puntualiza que el procónsul los realizaba «privato sumptu».[12] La legión *Alaudae* fue benemérita y fidelísima, y obtuvo en bloque de César la ciudadanía romana. En este clima no era más que una táctica de ambas partes el continuar reconfirmando la lealtad a los poderes legítimos de la República.

3. Probablemente, la «facción», como César la llamaba, no pensaba que éste se habría atrevido a tomar la decisión «silana» de marchar contra la República: lucharon con todas sus fuerzas para obligarlo a volver a Roma como *privatus* e inmovilizarlo allí con continuas causas judiciales de las que no se habría recuperado fácilmente, convencidos de que no se atrevería a embarcarse en la aventura de un conflicto armado contra el Senado y contra el potentado más influyente y dotado de una sólida y ramificada clientela en Oriente y Occidente. La novedad desconcertante de la jugada de César será su decisión de seguir la vía extrema de Sila contra el «partido» que había sido de Sila y con el apoyo de las fuerzas que Sila había intentado humillar.

Marco Claudio Marcelo (cónsul en el año 51) anunció con un edicto al Senado que presentaría ante éste una propuesta de extrema importancia para la salvación de la República. La propuesta era sustituir a César antes del término de su mandato como procónsul en las Galias y en las provincias ilíricas.[13] El argumento esgrimido por él era en rigor irreprensible: la guerra en la Galia, como se desprendía de los despachos y de los «boletines de la victoria» del mismo César, estaba, de hecho, victoriosamente concluida: así pues, terminadas las hostilidades, no quedaba más que licenciar al ejército.[14] Pero su ataque frontal no se quedaba ahí. Afectaba también a la cuestión más espinosa, es decir, a la solicitud de César de que se pudiera aceptar una candidatura suya, incluso estando ausente, en las próximas elecciones consulares. Razón por la cual la orden de retirada al procónsul de las Galias, ahora que la guerra había acabado, se le imponía precisamente ante la perspectiva de una candidatura suya.

Esta candidatura había sido objeto de negociación entre los potentados. En el 55, cuando ya se había renovado el pacto triunviral y Pompeyo y Craso eran de nuevo cónsules juntos, una ley Pompeyo-Licinia había prorrogado el

imperium proconsular de César por otros cinco años. La finalidad había sido consentirle a César estar «cubierto», dotado de *imperium*, y por consiguiente ser inatacable por adversarios políticos, hasta el año 49 inclusive, de modo que obtuviese en aquel año el consulado para el 48, respetando el intervalo decenal previsto para la iteración del máximo cargo de la República. Contra la norma vigente desde el 63, año del consulado de Cicerón, que prohibía presentarse a candidato *in absentia*, es decir, estando lejos de Roma, había habido, durante el año de los desórdenes incontrolables, el del consulado de Pompeyo «sin colega» (52 a.C.), un plebiscito presentado por los tribunos —como hemos dicho— que autorizaba nominativamente a César a presentar su candidatura incluso estando ausente. Pero el mismo Pompeyo, maestro del extenuante doble juego y siempre capaz de colocarse en una posición que le pareciese a la mayoría «legalista», intentó debilitar esa cláusula a favor de César, aprobando una *Lex de imperio magistratuum* que reconfirmaba la obligación de que los candidatos estuvieran presentes y no indicaba en modo alguno una derogación de tal norma en beneficio del procónsul de las Galias. César había expresado su desacuerdo, y Pompeyo había salido del paso declarando que se había «olvidado» y añadiendo que, de todos modos, ya no se podía remediar porque la ley «ya había sido grabada en bronce y archivada en el erario».[15] Es evidente que César podía abrir un litigio, como en realidad hizo, basándose en el contraste entre la nueva norma y el plebiscito tribunicio. Pero su posición se había debilitado no sólo por la complicación evidente del cuadro jurídico, sino porque estaba claro el alejamiento cada vez mayor de Pompeyo. Y no ignoraba que el ataque contra él comenzaba a ser más acuciante, aproximándose al definitivo ajuste de cuentas. No se podía entender de otro modo, sino precisamente como una escaramuza previa al encuentro frontal con la finalidad de desbaratar sus posiciones, el gesto del cónsul Marcelo de elaborar una disposición de ley en cierto modo inaudita: privar de la ciudadanía a los colonos que César había establecido en Como en virtud de la *rogatio Vatinia*; el motivo aducido por el cónsul era casi provocativo: aquellas concesiones de ciudadanía habían sido concedidas «per ambitionem»,[16] es decir, por intrigas electorales.

4. César iba repitiendo desde hacía tiempo una frase que debería de haber iluminado a sus adversarios sobre sus verdaderas intenciones: «Será más difícil conseguir sacarme del primer puesto y hacerme retroceder al segundo que, eventualmente, arrojarme después al escalón más bajo.»[17] Suetonio no dice, en este caso, de dónde toma este lema cesariano: se limita a decir: «se dice que lo repetía a menudo». Dada la asiduidad con la que Suetonio refiere lemas y fórmulas cesarianas tomadas de las *Historiae* de Asinio Polión, podríamos pensar que también en este caso la noticia provenga de él. Y esto sería plenamente congruente con la atención que dedica Asinio a los motivos dados por el mismo César a sus actos, aparte de lo escrito en los *Commentarii*, donde todo está impregnado de propaganda, como el mismo Asinio había señalado.

Se deba o no a Asinio esta indiscreción, nos muestra de manera directa el estado de ánimo con el que César se disponía a afrontar el ataque concéntrico en su contra. Esa declaración programática decía bien claro que César no iba a retroceder un milímetro, precisamente porque sabía bien que la verdadera derrota consistía en retroceder «del primero al segundo puesto», y perder «el primer puesto» significaba en realidad perderlo todo. La explicación de esta sentencia, a primera vista sibilina, la iba a dar con la máxima brutalidad en el campo de batalla de Farsalia, con la victoria ya lograda y ante el espectáculo de los miles de muertos que yacían sobre el suelo. Y esta explicación nos la refiere Asinio, como lo certifican, concordes, tanto Suetonio como Plutarco. Volveremos más adelante sobre este tema. Por ahora quedaba claro que César no pensaba retroceder ni un paso: que, por tanto, estaba dispuesto al enfrentamiento; aquella frase, justamente interpretada, significaba que no lo asustaba ni siquiera la perspectiva de una guerra civil.

De todos modos, de momento puso en acción todas las armas «constitucionales» de que disponía: desde el veto *(intercessio)* tribunicio al instigamiento del otro cónsul, Servio Sulpicio Rufo. El mismo Pompeyo tuvo que fingir que se distanciaba del extremismo de Marcelo.[18]

Al año siguiente, la bandera anticesariana pasa a las manos del primo de Marco Claudio Marcelo, Gayo Claudio Marcelo, cónsul durante el año 50 junto a Lucio Emilio Lépido Paulo. También esta vez César recurrió a los

clásicos métodos de la política romana: compró «ingentes mercedes»[19] a Emilio Lépido, creando así de nuevo una situación de parálisis indisponiendo a los dos cónsules, y sobre todo compró la alianza duradera y la devoción, hasta la trágica muerte al principio de la guerra civil, de Gayo Escribonio Curión, «el más desenfrenado de los tribunos»,[20] liberándolo de deudas aplastantes. Según Veleyo Patérculo, se trataba de cerca de diez millones de sestercios, y según Valerio Máximo —también él de época tiberiana—, de sesenta.[21]

Con los cónsules del año sucesivo, que habían entrado en funciones el 1 de enero del 49, la situación cambiaba radicalmente. Gayo Claudio Marcelo y Lucio Cornelio Léntulo Crure eran ambos enemigos personales suyos y estaban decididos a privarlo del mando antes de su eventual candidatura al consulado.

5. Frente a la nueva situación, César dio prueba de toda su ductilidad: cualidad indispensable para un político que no piense ceder en lo esencial. Ductilidad e inflexibilidad son dotes indisolubles, se dividen sólo en los doctrinarios o en los oportunistas. César no era ni lo uno ni lo otro, era un gran táctico que no perdía de vista lo que estaba en juego y las diversas prioridades, y, sobre todo, la distribución de fuerzas. Por ello partieron de él una serie de propuestas conciliantes. Pidió al Senado que no lo privase de un privilegio que le había otorgado el pueblo,[22] pero también se mostró dispuesto a renunciar a él, con la condición de que también los otros promagistrados provistos de mando fueran privados de éste del mismo modo que él. Al referir esta propuesta, Suetonio no deja de señalar que César sabía muy bien que podía —si era necesario— «convocar y reunir a sus veteranos mucho más rápidamente de lo que Pompeyo habría podido reclutar nuevas tropas». Buscó aún otras fórmulas de compromiso: habría podido renunciar a la Galia Transalpina y a ocho legiones, reservándose para él únicamente la Cisalpina y sólo dos legiones, hasta que no hubiera sido elegido cónsul. Una propuesta ulterior preveía la renuncia a las Galias:

podría mantener únicamente la Iliria y una legión.[23] El presupuesto, generalmente compartido, era que sólo se podía hacer lucha política si se disponía de tropas.

Se aprovechó también de la proverbial inclinación al compromiso de un anciano y respetado consular, Cicerón (al que por otra parte no había dudado en dejar fuera de juego diez años antes), el cual nunca se decantaba completamente por una parte, y que había regresado a Roma de Cilicia precisamente los días del enfrentamiento final. Cicerón regresó a la ciudad el 4 de enero del 49;[24] estaba ausente desde el 1 de mayo del 51; en el gobierno de la difícil provincia asiática fronteriza con la inquieta Siria había destacado también, no sin autoironía, en empresas militares no del todo insignificantes contra las agitaciones locales; pero, como se diría, había «perdido las coordenadas» de la situación. El hecho mismo de que pensara que podría mediar en la situación es la prueba de ello. De todos modos, Cicerón creyó que podría todavía ejercer algún tipo de influencia sobre Pompeyo (imperdonable error de cálculo, habida cuenta de la impenetrabilidad del Magno, convencido ya de ser el protector de la República, una vez eliminado el fastidioso procónsul de las Galias) y defendió ante él, en vano, las últimas propuestas de César: un fácil cálculo nos permite deducir que debe de haberse encontrado con Pompeyo el 6 de enero, es decir, la víspera de la sesión catastrófica para la paz y para la vida misma de los ciudadanos: la del 7 de enero, tan pérfida y eficazmente descrita por César en los capítulos 3-5 del primer comentario de la *Guerra civil*. Es la sesión en la que todo cuanto proviene de César no se toma ni siquiera en consideración, los tribunos se ven impedidos y privados de sus prerrogativas, la facción (que ya se le ha escapado de las manos al mismo Pompeyo) se reparte las provincias en vista de una nueva reorganización en un futuro inminente donde la figura del «enemigo» es completamente aniquilada o apartada. Preocupado por su amargo fracaso, y sobre todo por el cariz dramático de los acontecimientos, Cicerón se mantiene, angustiado, en la posición apartada (dentro de lo posible) de observador aterrorizado por la prepotencia de los que deberían ser sus «naturales» amigos, ahora partidarios de la guerra, y cortejado en todos los planos, comprendido el de las afinidades culturales, por César: el cual no se resigna a perder ni

siquiera uno de sus posibles aliados y está dispuesto a incrementar el número de los neutrales, mejor aún si poseen rango consular. Pero ésta va a ser historia de los meses sucesivos. Frente a la rigidez de los adversarios, César sabe lo que le espera. Lo sabía desde hacía tiempo: algunas legiones que deberían estar nada menos que en Bélgica, las encontramos de pronto en Rímini, y esto nos muestra que había hecho las maniobras para el enfrentamiento armado con todo el anticipo necesario.[25] Sabía con quien tenía que vérselas, y no se había hecho nunca ilusiones de que con un Catón fuera posible llegar a un arreglo.

6. Pero antes de actuar siguiendo una pauta obligada dirige una mirada fríamente irónica a sus enemigos, y los dibuja en las eficaces páginas de apertura de los *Commentarii* de la guerra civil: no para la posteridad, sino como propaganda en aquel momento. El relato sólo puede estar fundado en informaciones de otros. Sus fuentes han sido seguramente los tribunos —Antonio, Quinto Casio Longino, Curión, Celio Rufo— que huyeron de Roma, acosados por las amenazas extremistas durante la noche entre el 7 y el 8 de enero del 49. Antonio y Quinto Casio eran los que más se habían expuesto en el Senado en aquella difícil partida. Pero no son los únicos informadores, ni son ciertamente los que le permiten a César saber con todo lujo de detalles lo que sucede en el campo contrario. Cuentan mucho más dos figuras como Balbo y Opio, por decir dos nombres importantes, pero que en vano se buscarán en los *Commentarii* (excepto una vez[26] y por un detalle insignificante). César, como todo verdadero jefe de partido, tiende a no nombrar a sus verdaderos agentes, a no definir explícitamente su verdadero círculo.

Y así se da el caso de que Asinio Polión, el cual siguió a César en la guerra civil desde el principio,[27] y en Farsalia tuvo responsabilidades de mando,[28] no aparece nunca en los *Commentarii*; y, sin embargo, precisamente a él se debe el detallado testimonio sobre declaraciones hechas por César ante su círculo más estrecho en momentos cruciales de la campaña. Él daba cuenta de ellas en su obra histórica sobre la guerra civil y de allí las tomaron Apiano, Plutarco y Suetonio. El llamado «canon»

estilístico que prohibía referir literalmente las palabras de los personajes, en el caso de amplios discursos que circulaban incluso de forma elaborada y pública, no abarcaba evidentemente las particulares y a menudo aclaradoras declaraciones de los protagonistas. Al menos así lo interpretó Asinio. Esto no nos sorprende: se trataba, por ejemplo en el caso de César, de verdaderas y propias *revelaciones* sobre las razones más profundas de ciertas decisiones.

Testimonio directo de la batalla de Farsalia, que determinó, en el verano del 48, el destino de Pompeyo, Asinio no sólo daba la cifra nada fantasiosa (6.000 muertos) de las pérdidas de la parte pompeyana,[29] sino que recordaba y transmitía para la posteridad las palabras que César había pronunciado a la vista del campo cubierto de los miles de cuerpos del ejercito vencido: «¡Ellos lo han querido! Si yo, Cayo César, que he cumplido tan grandes empresas, no hubiera recurrido a mis soldados, habría sido llevado ante un tribunal y habría sido condenado.»[30] Asinio escribe unos veinte años después de Farsalia y registra estas palabras porque encierran una toma de posición cruel por parte de César: si no hubiera recurrido la insurrección, si me hubiera plegado en vez de recurrir «a la ayuda de los soldados», habría sido llevado —como *privatus*— ante un tribunal y habría sido destruido por vía judicial. Se debe ciertamente a Asinio la precisión, que leemos en Suetonio, de que aquellas habían sido *exactamente (ad verbum)* las palabras de César: una precisión que se explica por la importancia que Asinio atribuía (con razón) a aquella *declaración auténtica*, hecha en un momento solemne y trágico frente a un campo diseminado de muertos, de conciudadanos. Y en efecto, aquella declaración tan dura, y en condiciones tan críticas, proporcionaba la clave para interpretar la decisión cesariana de aceptar el desafío hasta el paso extremo de la insurrección contra la República: había sido para César la única vía para escapar de la cierta, y tal vez destructiva, persecución judicial que sus adversarios tenazmente le tenían reservada desde hacía casi diez años.

7. Así, Asinio, fuente no sospechosa,[31] daba a conocer, veinte años después, la *verdadera* razón, declarada por el mismo César, de la decisión de la ruptura llevada a cabo en enero del 49. Desmintiendo así, obviamente, la propaganda cesariana confiada a los *Commentarii*, donde prevalece —como causa del conflicto— la defensa de los derechos de los tribunos[32] y la defensa de su personal *dignitas*, ofendida.

Suetonio, que ha registrado atentamente el texto de Asinio y ha tomado, no sólo en este caso, la preciosa documentación de lo que César efectivamente había dicho en circunstancias decisivas, hace un uso sagaz de esta revelación cesariana sobre la decisión de llevar la crisis hasta sus últimas consecuencias. La encuadra en una especie de panorama de las diversas teorías e hipótesis formuladas al respecto. Y al mismo tiempo proporciona datos que completan el cuadro y ayudan a comprender. Nos hace saber, por ejemplo, que Catón había prometido, repetidas veces, «confirmándolo con un juramento», que denunciaría a César «apenas éste hubiera dado licencia a las tropas», y lo llevaría ante el juez por las ilegalidades cometidas durante el consulado del 59.[33] Entonces no había sido posible: del *imperium* consular, César había pasado sin solución de continuidad a los poderes, prorrogados durante largo tiempo, de procónsul. Y de hecho esperaba (hasta un cierto momento con el consenso de Pompeyo) una elección *in absentia*, un modo de pasar de nuevo, sin interrupciones, del proconsulado al segundo consulado y de este modo seguir siendo judicialmente intocable. «Entre el pueblo —comenta Suetonio— se decía que, si hubiera regresado como un ciudadano privado, hubiera tenido que defenderse, como le había sucedido a Milón,[34] delante de los jueces, en un tribunal rodeado por guardias armados.» Y es aquí cuando añade que precisamente el testimonio de Asinio —el cual refería aquellas escuetas y crueles palabras, dichas por César a un restringido grupo en el momento mismo de la victoria— parece confirmar que aquel difundido diagnóstico sobre la *verdadera* causa de la guerra civil daba en el blanco.

XVII

¿UNA VIEJA ASPIRACIÓN A LA «TIRANÍA»?

Sullam nescisse litteras,
qui dictaturam deposuerit.

CÉSAR

1. Suetonio descarta todas las demás explicaciones, comprendida una, bastante inverosímil, que Pompeyo «repetía a menudo». Según Pompeyo —y nos gustaría saber de qué documentos obtuvo Suetonio esta interesante noticia—, César no era capaz de mantener las promesas que había hecho, es decir, de terminar los monumentos y las obras públicas en construcción y de satisfacer las expectativas suscitadas en el pueblo, y por ello había emprendido la vía de la revolución.[1] Si de veras Pompeyo dijo eso —comentan divertidos Butler y Cary— está claro que no había entendido nada del carácter de su adversario.[2] En realidad, el de Pompeyo, más que un criterio objetivo era un juicio despectivo, que reducía la figura del adversario al rango de cabecilla sin perspectivas y agobiado por una necesidad enorme de dinero, es más, aplastado por iniciativas más grandes que él. Éste podía ser el caso de personajes «catilinarios» como probablemente el mismo Clodio, pero no el de un hábil constructor de la propia carrera, como César, el cual, por otra parte, de la campaña gálica había obtenido un poder económico fuera de lo común. No sabemos *cuándo* pudo haber expresado Pompeyo aquel juicio polémico («omnia permiscere voluisse»): ciertamente, éste no cuadra con la conducta cesariana del 51-50, que, al contrario, se muestra ostinadamente propensa al compromiso.

2. Existe aún otra explicación de la decisión cesariana de afrontar los riesgos de una ruptura. Es la imagen «teleológica» de un César que desde los primeros pasos de su carrera perseguía este objetivo: un César impulsado por una antigua e inagotable aspiración a la «tiranía». Suetonio alude también a esta teoría, pero, aunque no la critica directamente, implícitamente la subordina. «Algunos piensan —escribe— que prisionero ya del hábito del poder,[3] estimando sus fuerzas y las de sus adversarios,[4] César había aprovechado la ocasión para hacerse con el poder:[5] poder al que había aspirado siempre, desde la adolescencia.» Sobre esto Suetonio no aporta *confirmación*, se limita a decir que también lo pensaba así Cicerón. Y cita un pasaje, bien elegido, de la obra *Sobre los deberes*,[6] donde Cicerón formula esta hipótesis, e intenta documentarla. En el texto que nosotros leemos, la obra *Sobre los deberes*, después de la muerte de César, se refleja, pues, el pensamiento de Cicerón libre ya de la «afectuosa» convivencia con el dictador. Naturalmente, intenta usar un tono distante; prefiere hablar de César sin decir su nombre, como cuando, en el segundo libro, alude con dureza a la implicación, en su día, del difunto dictador en la conjuración de Catilina;[7] por otro lado es una página en la que tampoco sale bien librado Pompeyo, tampoco él nombrado explícitamente, sino definido como «aquel que quiso tener por suegro a uno [César] cuya falta de prejuicios le sirviese para su propia potencia». En cuanto a César («el suegro»), el juicio está implícito, pero no por ello es menos claro. Está expresado a través de una «revelación»: «[César] tenía siempre en la boca los versos de *Las Fenicias* de Eurípides en los que Eteocles dice: «si es necesario violar el derecho, hay que hacerlo por la conquista de la tiranía».[8] Cicerón traduce «por la conquista del *regnum*»: y traduce con maestría, plenamente de acuerdo con el léxico político romano de la época republicana, léxico que interpreta precisamente *regnum* como equivalente a *tyrannidem*.[9] Cicerón precisa que César repetía habitualmente también la segunda parte de aquella frase de Eteocles: «en todo el resto es necesaria la total corrección».[10] Cicerón conocía a César desde hacía mucho tiempo, tal vez desde los años de estudios en Grecia. No tenemos pues ningún motivo para no creerle cuando nos descubre una *constante* tan indicativa del pensamiento o, mejor dicho,

de la *forma mentis* de César. Una estructura profunda de la sensibilidad política de César, que Cicerón traduce poco después con las palabras «aquel que quiso ser *rex populi Romani dominusque omnium gentium*».

Es evidente que una cosa es la «estructura profunda», la predilección intelectual (que puede incluso expresarse a través de una cita provocativa), y otra cosa es un proyecto de *regnum*, de un poder personal de carácter definitivo, alimentado siempre. Proyecto que, como Cicerón bien sabía, tampoco le fue extraño a Pompeyo, *occultior non melior*, según la célebre definición tacitiana. Un enemigo de César, como era Tito Ampio Balbo, citaba otra frase suya no menos esclarecedora: «Sila había demostrado que era un analfabeto en el momento en que había abandonado la dictadura.»[11] También ésta, sea verdadero o falso el testimonio, tiene toda la apariencia de ser una «provocación», ya que precisamente él había corrido el peligro de ser víctima de Sila cuando realmente tenía muy pocas armas para defenderse.[12] Por otra parte, Cicerón mismo cambió varias veces su actitud de cara a César, y fue reajustando paulatinamente su juicio sobre él y sobre sus aspiraciones. Según Plutarco,[13] Cicerón había dado la alarma ya mucho tiempo antes del «póstumo» juicio que nos deja en *De officiis*: no precisa cuándo, pero afirma que fue el primero que lo entendió: «que temió las sonrisas de esa política suya como se temen las sonrisas del mar».[14] Pero hemos de evitar el riesgo de sobrevalorar estas extemporáneas consideraciones: a su regreso de Cilicia, Cicerón incluso se había dedicado a defender *in extremis* las propuestas de compromiso que César no cesaba de elaborar con el fin de evitar el conflicto.

3. Es, pues, aventurada esa imagen de un César que mira incesantemente, desde sus orígenes hasta asumir la dictadura perpetua a principios del 44, hacia la conquista del *regnum*. Una imagen tal, si se tiene por buena, daría una visión falseada de las intensas negociaciones que precedieron el paso del Rubicón y la apertura de las hostilidades: un mero juego no creído íntimamente, y viciado *desde su origen* por el apremio de los «verdaderos» propósitos del procónsul que venía a enfrentarse con el Senado. Suetonio alude también a esta lectura del enfrentamiento con el

Senado «aprovechado» como «ocasión propicia» para llevar a cabo un plan proyectado desde siempre, pero —gracias además al preciso testimonio de Asinio— prefiere seguir un criterio más delimitado y concreto, que se remonta a las retorsiones y a las «persecuciones» judiciales que los adversarios desde hacía tiempo planeaban y que César no tenía ninguna intencion de soportar. Frente a ésta, que es la decisión más grave y más plena de consecuencias de toda la carrera cesariana, se descubre lo abstractas que son las interpretaciones superhomísticas y monísticas de la acción política de César, «como si César hubiera organizado todo desde el principio, basándose en la convicción de que la monarquía era la panacea para los males del mundo».[15]

XVIII

ASALTO AL MUNDO CON CINCO COHORTES

Le véritable auteur de la gue
rre n'est pas celui qui la déclare,
mais celui qui la rend nécessaire.

MONTESQUIEU

1. La víspera de la guerra civil es cuando la ilegalidad llega a sedes donde ni siquiera debería ser mencionada. El Senado, en diciembre del 50 y en la primera semana de enero del 49, ofreció precisamente este espectáculo. El 1 de diciembre, Cayo Escribonio Curión, tribuno de la plebe comprado por César,[1] había dicho abiertamente en el Senado lo que realmente casi todos pensaban: «ya que las armas de César dan miedo a algunos, pero también la hegemonía y las legiones de Pompeyo dan miedo a otros, propongo que ambos licencien a sus ejércitos. Esto restituirá libertad a la política».[2] Era opinión generalizada la de que los dos potentados amenazaban a la República y a la libertad de las instituciones: y esta propuesta *lo oficializaba en la sede de más autoridad*. La propuesta de Curión fue un triunfo: 370 votos a favor contra apenas 20 (o 22) en contra.[3] Si se tiene en cuenta que era bien sabido por todos quién era y de qué parte estaba, este episodio deja claro lo exigua que era la base «parlamentaria» de la *factio*, incluso ahora que se apoyaba cada vez más en Pompeyo. No hay que olvidar que la masa de los senadores es una materia inestable y poco propensa a tomar posiciones sectarias:[4] sus comportamientos no son previsibles de manera automática. En aquella ocasión, la *factio* no pudo hacer nada más que enviar ante Pompeyo, que estaba acampado fuera de las

murallas, a los cónsules designados para el 49 (ambos enemigos personales de César) y pedirle que interviniera para defender la ciudad, ¡«amenazada por las legiones de César»! Es en ese momento cuando se perfila una primera y grave amenaza contra los tribunos: es difícil imaginar una iniciativa más amenazadora que la de recurrir a Pompeyo contra la propuesta (¡ya aprobada en el Senado!) de Curión.

Con la llegada al poder de los nuevos cónsules, son incluso éstos en persona los que emplean un lenguaje que sanciona la ruptura con la legalidad. En el informe de principios de año sobre la situación de la República, éstos hablan como si César fuera ya un fugitivo de la justicia. Léntulo Crure (que en el 61 había sido también el principal acusador de Clodio)[5] declaró: «Si el Senado mantiene el coraje y la firmeza, no abandonaré ni al Senado ni a la República; en cambio, si el Senado piensa tener consideración con César obraré por mi cuenta y me consideraré *libre de la autoridad del Senado*.»[6] La misma amenaza por parte de su colega Escipión (el nuevo suegro de Pompeyo, cooptado en los últimos meses del consulado sin colega): «Pompeyo —anunció Escipión— tiene intención de no abandonar a la República si el Senado lo sigue; de otro modo, en vano imploraréis su ayuda cuando tengáis necesidad.»[7] Al narrar estos detalles —ciertamente basándose en lo que le refieren sus informadores— César selecciona muy bien la materia: de tal modo que quede claro que sus adversarios han violado la legalidad. Naturalmente, el presupuesto (indemostrable) de sus adversarios era *que él estaba ya fuera de la ley*: sólo esto podía justificar palabras y comportamientos tan brutales. Si bien tratando de mantener el tono objetivo de siempre, en esta crónica memorable, César se permite comentarios hirientes. De Escipión dice que era como si a través de su boca hablase directamente Pompeyo.[8] Acerca de la violentísima discusión que concluyó con la violación del derecho de veto de los tribunos dice: «Cuanto más ásperos y despiadados, más se gana el aplauso de los enemigos de César.»[9] Cuando describe las «verdaderas» razones de la hostilidad de Catón, de Escipión y del mismo Pompeyo, concluye: «Es por razones de este tipo [es decir, sumamente personalistas] por lo que todo se hace despreciando los correctos procedimientos.»[10] Y cuando, por último, se refiere al *senatusconsultum ultimum* emanado por el

Senado en la sesión del 7 de enero —por otra parte, sin precisar con detalle su contenido—[11] comenta: «Así pues, en los únicos cinco días en los cuales fue posible reunir al Senado desde la entrada en funciones de Léntulo fueron tomadas las decisiones más graves sobre los poderes de César y sobre los tribunos de la plebe.»[12] La batalla contra la *factio* había sido llevada a cabo por Marco Antonio y Quinto Casio Longino, que al final de aquella jornada, privados del derecho de *intercessio*, comenzaron a temer por su incolumidad.

2. César siguió la marcha de las negociaciones con el Senado mientras estaba en Ravena, la ciudad de la Cisalpina más próxima a la frontera con Italia. Sus pacifistas palabras al respecto están en realidad cargadas de ironía implícita: «César estaba en aquel momento en Ravena y esperaba una respuesta a sus moderadas solicitudes, con la esperanza de que la justicia de los hombres restableciese la paz.»[13] En realidad, ya no se hacía ilusiones sobre la posibilidad de llegar a un compromiso. Recibía constantes informaciones. Entre el 10 y el 11 de enero tomó su decisión, aun antes de encontrarse frente a sus tribunos, que huían de Roma. La noticia de la grave decisión del Senado de violar el derecho de veto de los tribunos eliminó todas sus dudas. Según podemos deducir de Suetonio, se había enterado de la noticia antes de que llegaran los tribunos fugitivos.[14] La decisión es inmediata. «Manda por delante»,[15] evidentemente hasta la frontera, es decir hasta el río Rubicón, a algunas cohortes, y decide pasar una noche normal «para no suscitar sospechas». Esto significa que aquellas cohortes estaban ya alertadas para que, si se daba el caso, dieran el paso de la insurrección contra los poderes constituidos, sin posibilidad de volverse atrás. No podían haber avanzado hasta el límite extremo sin haber entendido. Existe, pues, un círculo estrechísimo que sabe ya lo que va a suceder. Pero también significa que César, como es obvio, sospecha que pueda haber una infiltración de sus adversarios incluso en su más estrecho *entourage*.[16]

Por ello fue al teatro.[17] Luego pasó a una actividad a la que, como era sabido, se dedicaba mucho: crear una nueva escuela de gladiadores.[18] Se trataba de estudiar la construcción de ese nuevo edificio: y César se

concentró, con los suyos, en el estudio de la planta de aquella nueva escuela de muerte. Después fue a cenar. Y quiso que fuese, como era habitual, una cena en numerosa compañía.[19] Cuando llegó la noche[20] eligió el medio de transporte más inverosímil: en lugar de su caballo predilecto y casi legendario[21] partió en una carreta tirada por dos mulos, tomada en préstamo de un molino que había en las cercanías.[22] Era una manera de mimetizarse. César a caballo, y más aún sobre *aquel* caballo, era reconocible incluso de noche; sin embargo, un presunto molinero en la carreta con los mulos pasaba desapercibido. Llevaba consigo pocos hombres y eligió un sendero completamente secundario y desconocido por la mayoría[23] para reunirse con las cohortes que había enviado delante. Pero se equivocó de camino. Durante toda la noche erró entre los bosques sin lograr orientarse: un fastidioso incidente capaz de hacer saltar todos sus planes. Sólo al alba encontraron a alguien capaz de guiarlos de nuevo hasta el río. La escena tiene aspectos surrealistas: el procónsul de las Galias que se dispone a llevar a cabo una insurrección contra la República se confía a un desconocido pastor, que ciertamente ignoraba quiénes podían ser aquellos viandantes nocturnos perdidos por los senderos del bosque. La carreta ya había sido abandonada a su propio destino, y el viaje prosiguió a pie. Y a pie fue como César, con sus fidelísimos compañeros de aventura, llegó finalmente al Rubicón, donde las cohortes —que lo esperaban ya desde la noche anterior— aguardaban desde hacía horas y horas.

3. El incidente nocturno no dejaría de repercutir en la moral de aquellos hombres. Se hacía necesario un efecto teatral. El prolijo testimonio que utiliza Suetonio cuenta que César, una vez había llegado al límite extremo de la provincia, consultó a sus íntimos, y les hizo notar que estaban todavía a tiempo de dar marcha atrás.[24] Es cierto que sabemos todo esto por Asinio; y también lo atestigua explícitamente Plutarco cuando narra la escena de la indecisión final de cruzar el Rubicón: «Evaluaba con ellos e intentaba prever las consecuencias que el paso de aquel río podía tener para todos. Durante largo tiempo sopesó los pros y los contras con sus amigos, *entre los que estaba también Asinio Polión*.»[25]

Mientras reinaba la incerteza se aproximó un hombre de estatura extraordinaria: se sentó allí, al lado del grupo de los jefes indecisos, y comenzó a tocar la flauta. Acudió la gente a escucharlo: algunos pastores y una gran parte de los soldados, entre otros los trompeteros. De pronto el taciturno flautista quitó a uno de éstos la trompeta y tocando a pleno pulmón la señal de batalla se lanzó hacia la otra orilla. César aprovechó el momento de excitación colectiva para lanzar su llamamiento en las condiciones más favorables. Según Suetonio, habría dado la orden: «Vayamos adonde nos llaman los prodigios de los dioses y la injusticia de los adversarios. ¡Lancemos el dado!»[26] Y acto seguido atravesó el río con las tropas. Plutarco no hace alusión al «prodigio», pero describe la reacción de César de manera congruente con el relato suetoniano. Según él, había habido un momento de parálisis en el que César expuso sus dudas, después del cual, «con una especie de impulso, como si de la reflexión pasase a la acción inminente», pronunció las palabras de quien se juega todo y se confía a la audacia («¡lancemos el dado!») y se dirigió al vado.[27] El «prodigio» narrado por Suetonio encaja en el relato tomado de Asinio: todo lleva a pensar que también éste provenga de allí. El gigantesco flautista, que de pronto se transforma en trompetero y quiere arrastrar a los soldados hacia la otra orilla, no puede haber surgido de la nada. Todo el episodio parece, pues, un truco bien montado: no era muy difícil, con tantos prisioneros que les acompañaban, encontrar a un gigantesco galo que se prestase a la escenificación. Algo parecido había inventado Pisístrato en su día,[28] y César, en cuanto a inspiración, no se quedaba atrás.

4. La noche del 7 al 8 de enero, Antonio y Quinto Casio, tribunos de la plebe, acompañados por Curión y Celio Rufo, habían huido de Roma. Se dirigían al campo de César. Antes de partir, Celio había ido a ver a Cicerón, el cual ha confiado pocos días después, en una carta a Tirón,[29] la crónica de estos hechos: una crónica que desmiente bastante la imagen que nos habíamos hecho de aquella fuga gracias al relato cesariano.[30] También Asinio estaba influido (de hecho, su punto de observación de aquellos hechos había sido el campo cesariano): se puede deducir del modo como

Suetonio habla de la «expulsión de Roma»[31] de aquellos tribunos. Al contrario, Cicerón escribe a Tirón que los tribunos habían huido de Roma «sin que ninguna violencia los hubiera obligado a hacerlo».[32]

¿Adónde se dirigían en su fuga? César, en un primer momento escribe: «van al encuentro de César, el cual en aquel momento estaba en Ravena».[33] Poco después precisa que se ha encontrado en Rímini —es decir, después del paso del Rubicón— con los tribunos que huían de Roma.[34]

En el relato de los *Commentarii*, César habla a sus tropas en Ravena, es decir, antes del paso del Rubicón, y les explica en tono dramático la grave violación de los derechos sufrida por los tribunos y obtiene el consenso de las tropas para rebelarse abiertamente contra el Senado (culpable de humillar a los tribunos). «Los soldados de la legión XIII, que estaba presente (César la había hecho ir apenas la situación se había vuelto tensa, las otras todavía no se habían reunido), responden con un grito unánime: están dispuestos a vengar las ofensas infligidas a su general y a los tribunos de la plebe.»[35]

Todo esto contrasta con la detallada declaración de Asinio que encontramos en las diversas narraciones de los hechos que de él dependen. Fue en Rímini donde César habló con los soldados, exhibiendo ante ellos a los tribunos vilipendiados y fugitivos. «Excitó a los soldados —escribe Plutarco— mostrándoles a hombres de gran prestigio y magistrados de la República reducidos a huir disfrazados con ropas de siervos, en carros alquilados.»[36] Suetonio es el que da más pormenores: no sólo describe con todo detalle la noche de subterfugios y errores que precede al alba cuando el Rubicón fue atravesado por unas pocas cohortes, sino que describe también, con todo detalle, el comicio cesariano en Rímini, posterior al paso del río. «Tomando consigo a los tribunos que habían sido expulsados de Roma, que habían ido a su encuentro, hizo formar a las tropas para la *contio* y, rasgándose las vestiduras del pecho y conmoviéndose hasta estallar en lágrimas, les pidió su lealtad.»[37] Esta escena de patetismo bien calculado tiene lugar ya fuera de la provincia, exactamente en Rímini, estando presentes los tribunos recién llegados y adecuadamente disfrazados de fugitivos perseguidos. Un fragmento de Livio, conservado por su tardío admirador Orosio, confirma que también Livio proporcionaba este orden de

los hechos: «Recién llegado a Rímini —escribía— habló a las cinco cohortes (las únicas que en aquel momento tenía consigo y con las que asaltó el mundo) y les explicó lo que habían de hacer.»[38]

La razón de la falsificación[39] cesariana es evidente. Según el relato de los *Commentarii*, el paso del Rubicón[40] tuvo lugar con el consentimiento previo e incondicional de las tropas. Por el contrario, toda la operación había sido llevada a cabo de tal modo que las tropas se encontrasen frente a los hechos consumados. Fueron enviadas hasta el río sin demasiadas explicaciones, pero quizá no ignorando del todo lo que iba a suceder. César quiso ir a su encuentro sin ser visto y tuvo que recurrir a una estratagema para impulsar a dar el paso ilegal a las fidelísimas cohortes de la legión XIII. Cuando ya estaban en Rímini y, con bien estudiada sincronía, llegaron los tribunos camuflados de perseguidos políticos, César hizo recurso a la retórica más «soldadesca» posible (como él mismo irónicamente la definía)[41] con todo lo que tenía de brutal («¡proteged a vuestro comandante!»), de gestual (el llanto y el desgarro de las vestiduras) y de venal. La escenificación consistía en: hacer parecer que los tribunos se habían visto obligados a huir, turbar a las tropas con llanto y vestiduras rasgadas, y pedir la reconfirmación de la lealtad *personal*. El detalle más realístico lo da una vez más Suetonio: «Durante la arenga alzó repetidamente la mano izquierda mostrando el anillo que llevaba en el dedo diciendo: ¡me privaré con gusto incluso de éste con tal de pagar a todos los que me ayuden a defender mi honor!»[42] Evidentemente, la descripción de Asinio no perdonaba nada a nadie y no escondía nada, ni siquiera los aspectos menos edificantes del caso.[43] César habló claro a las tropas y las sedujo con promesas concretas, *cuando ya estaban en Rímini* y resultaba más complicado para todos volverse atrás. En el relato de los *Commentarii* todo está descrito según un orden que ennoblece —y casi logra justificar— las decisiones del comandante, así como las de los soldados. Obviamente, la reconstrucción del orden exacto de los acontecimientos sitúa en su justo lugar el papel de los tribunos. Éstos van derechos a Rímini porque «ya saben con anticipo» que César atravesará la frontera de la provincia y pasará a la guerra abierta. Una decisión que, seguramente, se consolidó en las intenciones de César después de la brutal conclusión de la sesión del Senado

del 7 de enero, pero que ya estaba prevista y se consideraba inevitable. Por ello los tribunos dramatizaron al máximo las circunstancias de su fuga: porque la línea propagandística de César estaba dirigida a hacer recaer lo más posible sobre el Senado, dominado por la *factio*, la responsabilidad de la ruptura.

Se comprende así por qué Polión al escribir a Cicerón, cuando César ya hacía casi un año que había muerto, reivindicaba la justa y, según él, casi ineludible elección de campo que había hecho en aquel enero del 49;[44] sin embargo, en sus *Historias*, refiriéndose a los *Commentarii*, los definía como «no verídicos», y escribía que César había cometido inexactitudes «incluso a propósito»; y que «los hubiera reescrito y corregido» si hubiese tenido tiempo para ello.[45] Una radical desvirtuación de aquel testimonio, que está en radical oposición con el juicio de Cicerón en *Brutus*, ya que éste los considera (pero escribe bajo la dictadura de César) perfectos y sobre todo tales que ninguna otra persona debería nunca más atreverse a referir aquellos mismos hechos.[46]

Todo hace pensar que la información utilizada por Suetonio es de un testigo ocular: esto es evidente, entre otras cosas, por el detalle referente a los soldados, que ven pero no perciben las palabras.[47] Es razonable pensar que aquel testigo, convertido después en historiador de aquellos acontecimientos, era Asinio; y que, por tanto, gracias a Suetonio, poseemos la versión de Asinio sobre el momento crucial, no sólo emblemático, sino políticamente decisivo, del paso del Rubicón. Suetonio justamente advirtió que este capítulo merecía un amplio espacio en el ámbito de la narración. Y a su vez Asinio había querido rectificar precisamente sobre este punto la reconstrucción de los *Commentarii*: el relato puramente militar de los hechos sucesivos tal vez estaba menos sujeto a variaciones particularmente significativas.

XIX

EL «PROGRAMA» CESARIANO: LA BÚSQUEDA DEL CONSENSO

1. «César a Opio y Balbo. Me complace mucho la carta en la que aprobáis sin reservas todo cuanto ha sucedido en Corfinio.[1] Con mucho gusto me serviré de vuestro consejo, y con mayor motivo, porque ya por mi parte había decidido predisponer las cosas tratando de mostrarme lo más moderado posible, y conseguir restablecer un acuerdo con Pompeyo.

»Hagamos, pues, un esfuerzo en este sentido, para ver si podemos reconquistar el consenso de todos *(omnium voluntatem recuperare)* y conseguir una victoria duradera. Recurriendo a la crueldad, los otros[2] no han logrado evitar el odio y menos aún conservar durante largo tiempo el fruto de su victoria. A excepción, claro está, de Lucio Sila, *a quien yo no pienso imitar*.

»Que éste sea el nuevo método para vencer: que nuestro punto de fuerza sea la comprensión y la generosidad. Ya tengo algunas ideas acerca de cómo lograr este objetivo y todavía se puede idear mucho más. Hacedme conocer vuestras propuestas sobre este punto.

»He capturado a Numerio Magio, prefecto de Pompeyo. Naturalmente, siguiendo mi habitual manera de actuar, lo he dejado libre inmediatamente. Hasta este momento, dos comandantes del cuerpo de Ingenieros Militares de Pompeyo han caído en mi poder y han sido liberados por mí. Si quisieran mostrar su gratitud, deberían exhortar a Pompeyo a que prefiriera ser amigo mío antes que de aquellos que siempre nos han sido irreduciblemente hostiles tanto a él como a mí, aquellos cuyas tramas delictivas han reducido a la República a las actuales condiciones.»

Conocemos esta carta de César, escrita el 5 de marzo durante la marcha hacia Roma poco después de la capitulación de Corfinio (21 de febrero del 49),[3] gracias al epistolario de Cicerón con Ático (que nos ha llegado en parte: faltan todas las cartas de Ático). El 13 de marzo del 49 Cicerón le escribe a Ático, que lo insta a no romper con César.[4] Sustancialmente está de acuerdo con Ático en considerar oportuna tal conducta (a la que después, sin embargo, por debilidad no se va a atener). En apoyo de tal línea de conducta, Cicerón señala al amigo el intenso intercambio epistolar en curso entre él y Opio y Balbo, los agentes de César en Roma y sus verdaderos consejeros políticos. E incluye también la carta que César les ha escrito a los dos y que éstos le han entregado en copia: una carta, añade, «escrita en verdad con razonable equilibrio, tanto como es posible en esta situación de locura».[5] La carta surte efecto en el difícil equilibrio de Cicerón: comentándola con Ático, confiesa que está maravillado por el ansia con la que «nuestro Cneo» aspira «a un dominio absoluto, del tipo del instaurado por Sila». Mientras que en otros lugares tiende a equiparar a los dos contendientes y sus fines, aquí Cicerón, frente a la solemne declaración cesariana de aspirar al consenso, y sobre todo de querer mantenerse alejado de la política silana, reconoce que, de los dos, es Pompeyo el que aspira a seguir las huellas del odiado dictador amigo de los oligarcas. Y perdiendo el miedo mientras escribe, añade en griego:[6] «Te lo digo con conocimiento de causa», y continúa en latín: «por otra parte, ése siempre ha hablado claro». El envío (en copia) a Cicerón de la carta de César —que es una «carta abierta» destinada a divulgar ampliamente la conducta a la que César piensa atenerse— fue preparado hábilmente. En primer lugar, le habían escrito a Cicerón que esperaban, y preveían, una conducta cesariana dirigida a buscar incansablemente el compromiso («hasta este momento es posible sólo suponer, más que saber exactamente, qué pasos tiene intención de dar César»).[7] Y lo habían implicado hábilmente diciéndole: «Si estás de acuerdo escribiremos a César para que nos diga qué piensa hacer al respecto.» Así, la carta que César les envía resultaba ser casi también una respuesta positiva a Cicerón, el cual, con toda probabilidad, tuvo que haberles respondido a los dos;[8] obviamente, él estaba a favor de una solución conciliadora y no de la guerra. Naturalmente, la maniobra se

repetiría también con otras figuras destacadas, entre aquellos que se habían quedado en Roma a pesar de las amenazas de Pompeyo a quienes, al permanecer en la capital, terminaban convirtiéndose, según él, en «cómplices» de César. Así, aquella carta «abierta» a los dos agentes se convirtió no sólo en una especie de proclama de las propias intenciones lanzada por César *in extremis*,[9] sino también, al mismo tiempo, en una declaración de principios de largo alcance y de eficacia duradera. Ya se encuentra allí, en sustancia, la anticipación de las decisiones que guiarán a César a lo largo de todo el curso de aquella interminable guerra civil que se había abierto con el paso del Rubicón. El punto clave era mantenerse lejos del modelo silano, es decir, de la persecución de los adversarios vencidos llevada a cabo por primera vez en la historia de la República, declarando fuera de la ley individualmente a cada uno de los adversarios (las así llamadas «proscripciones»), con las consecuencias que todos conocemos: el que era declarado fuera de la ley, privado de todos los derechos, estaba expuesto a la inmediata ejecución de una sentencia de muerte. Así, Sila había pensado consolidar, con el terror, la victoria conseguida con las armas.[10]

En esta importante «carta abierta», César dice, entre otras cosas, que ya tiene «varias ideas»[11] acerca de cómo poner en práctica su programa de reconciliación, de cómo llevar a cabo lo que define «un nuevo modo de vencer». No sabemos qué quiere decir, excepto lo que nos revela en la práctica su decisión, desde Corfinio, de dejar libres a los adversarios (incluso a los de rango elevado como Domicio Ahenobarbo) después de haberlos vencido, aun a costa de encontrárselos, poco después, de nuevo en contra. No se le escapa la gran eficacia propagandística de tal procedimiento, ni, por tanto, su extrema utilidad para lograr lo que él considera el principal objetivo: el consenso, lograr el máximo consenso posible. Consenso significa no sólo la aprobación de la opinión pública, sino también la rapidez de absorber en las propias legiones a las pompeyanas que se iban disolviendo paulatinamente. Un fenómeno que era muy importante no sólo en el plano militar (donde había dado óptimos resultados) sino también en el político, vistos los beneficios inmediatos y futuros que le estaban reservados a las legiones.

César se había planteado desde el primer momento, apenas se iniciaron las hostilidades, el problema de los problemas: *cómo se sale de una guerra civil*. Mejor aún: cómo se sale *políticamente* de una guerra civil. Y su decisión fue la de colocarse precisamente en las antípodas de Sila: no proscripción sino amnistía. Pronto había visto claro el error que se comete cuando se continúa practicando el «derecho de guerra» contra un enemigo militar y políticamente vencido. Podemos imaginar también que no se le haya escapado la diversa situación de quien, como Sila, vencía contra un «partido» popular, y quien, como era su caso, preveía una victoria que no dejaba de ser contra un puñado de oligarcas, si bien provistos de clientelas y de ejércitos.[12] Su derrota, pensaba, habría comportado la disolución tanto de sus ejércitos como de sus clientelas. Y esto facilitaba en la práctica todavía más la reconciliación y la eventual cooptación de los más ambiciosos y de los menos comprometidos (sobre todo si eran aún jóvenes y con esperanzas de proseguir su carrera política).

Por ello tomará de Sila un instrumento al fin y al cabo «neutral» como la dictadura, pero rechazará con desdén las proscripciones. En cambio, durante el cruel conflicto que surgirá después de su muerte, sus sucesores abrogarán solemnemente la dictadura y practicarán las proscripciones, a escala mucho mayor que el mismo Sila. Ciertamente, contribuirá a este desenlace trágico el imprevisto recurso, por parte de los adversarios de César vencidos y cooptados, al arma extrema de la conspiración y del atentado.[13] Por lo demás, a pesar de este dramático imprevisto cargado de consecuencias, no parece que hayan sido ideados otros medios, salvo el cesariano de la amnistía, para salir políticamente de una guerra civil.[14]

2. En los últimos años de la República romana, aún treinta años después de la muerte de Sila, «silano» era un término que se mantenía vivo en la polémica política, denotando un propósito de lucha radical. César comienza así los *Commentarii* de la guerra civil: la coalición de sus adversarios, al violar los derechos de los tribunos, había ido incluso más allá que Sila, había hecho lo que ni siquiera Sila había osado hacer: privar a los tribunos del derecho de veto, amenazando su incolumidad cuando

llevaban apenas siete días en su cargo; y acto seguido —en el discurso a la legión XIII— renueva la acusación y la introduce con el clásico exordio *popularis*: «¡novum in re publica introductum exemplum!»,[15] «aplastar con las armas el veto tribunicio, que en su día había sido instaurado con las armas». Sila, aun habiendo desprovisto de todos los poderes a los tribunos, al menos había respetado el derecho de veto; ahora, precisamente Pompeyo —que se vanagloriaba de haber restablecido en su día los derechos de los tribunos— había abolido incluso la *intercessio*.[16] Y anticipa hábilmente la caracterización silana de los adversarios usando las palabras de uno de ellos: «Léntulo se pavonea entre los suyos diciendo que él será un nuevo Sila.»[17]

Dado que César escribe cuando ya había concluido la guerra, esta polémica es retrospectiva, y trata de volver en contra de la coalición adversaria la connotación silana. Se debe a Cicerón la advertencia de que el golpe de Estado silano es el precedente más cercano al de César. La réplica a una acusación semejante estaba en el «manifiesto» cesariano, difundido como carta abierta a Opio y Balbo.

En los primeros meses de la guerra civil, en las cartas casi cotidianas a Ático, Cicerón está angustiado ante la idea de un retorno silano. La lucha en curso le parece casi la reanudación de aquella otra feroz de treinta años atrás. Le han dicho que César amenaza con vengarse del asesinato de los jefes marianos;[18] y que pretenderá cuanto antes un reconocimiento oficial; también en este campo el precedente técnico más afín es el silano: «si Sila pudo hacerse proclamar dictador por un interrex, ¿por qué no iba a poder hacerlo este otro?».[19] La consigna cesariana («liberalitate») no lo ha persuadido: teme que «toda esta clemencia» acabe siendo «Cinnanam illam crudelitatem».[20] Pero es en el campo pompeyano donde ve resurgir la amenaza más grave, porque aquel campo está lleno de nostálgicos. Escribe el 27 de febrero: «Aquel tristemente recordado *regnum* que fue instaurado por Sila es un bocado que éstos anhelan: él [Pompeyo] y los que están a su lado.»[21] Y casi un mes más tarde, el 20 de marzo, refiere las impresiones del amigo y ex yerno Crasípedes de vuelta del campo pompeyano de Brindisi: «puras proscripciones, auténticos Silas».[22] El mismo Pompeyo —que había debutado treinta años atrás sosteniendo a Sila con milicias privadas—

parece intencionado a reproponer de nuevo aquellos métodos: «*sullaturit* animus eius —señala Cicerón con sarcástico neologismo— et *proscripturit* iam diu».[23]

La tentación silana está enquistada dentro: «Es increíble cómo ansía nuestro Cneo un dominio como el de Sila, te lo digo yo, que lo conozco bien.»[24] Esta lúcida consideración de los propósitos de Pompeyo y de sus aliados es sintomática. En cuanto es privada (la consideración oficial es bien diversa: «¡quos civis, quos viros!»)[25] y en cuanto es la denuncia de inclinaciones inconfesables, muestra que, en el plano propagandístico, la oligarquía silana rechaza tal connotación. La de Léntulo («se alterum fore Sullam») —admitiendo que fuera auténtica— era una bravata, como el mismo César la presenta. El término, en fin, sigue conservando su carácter negativo: *proscriptio sullana, saeculum sullanum, sullana tempora*.[26] Hasta que el siglo silano se cierre con una masacre «silana» a lo grande, a fines del 43.

3. La rendición de Corfino había proporcionado a César una ulterior ocasión de poner en práctica su programa. Cuando Publio Cornelio Léntulo Espínter,[27] incapaz ya de defender Corfinio del ataque cesariano, había pedido que se tratara la capitulación, César aprovechó eficazmente la circunstancia para hacer de Léntulo, inevitablemente, dadas las circunstancias, un portavoz en la ciudad y ante las tropas asediadas de la propaganda cesariana. He aquí su informe de los hechos. No es casual que los detalles del episodio adquieran en los *Commentarii* semejante relieve:

> [1] Durante la quarta vigilia, Léntulo Espínter, desde lo alto de las murallas, inicia un coloquio con nuestros centinelas y puestos de avanzada: solicita, si es posible, un encuentro con César. [2] Concediéndosele el permiso, lo dejan salir acompañado por soldados de Domicio, que no se separaron de él hasta después de haberlo conducido en presencia de César. [3] De éste trata de obtener la propia salvación, le ruega, le suplica que lo perdone, recuerda la antigua amistad entre ellos, enumera los beneficios recibidos de César, que eran grandísimos: [4] gracias a César él había entrado en el colegio de los pontífices, había recibido la provincia de España al concluir la pretura y había sido sostenido por él en su candidatura al consulado. [5] César interrumpe su súplica con esta respuesta: él no había atravesado las fronteras de su provincia para hacer daño a nadie, sino para defenderse de las ofensas de sus enemigos, para restituir su prestigio a los tribunos de la plebe expulsados de Roma en aquella ocasión, para reivindicar la libertad para sí y para el pueblo

> romano, oprimido por una pequeña facción. [6] Léntulo, confortado por la respuesta, solicita el permiso de poder volver a la plaza fuerte: hace constar que el hecho de haber obtenido él la propia salvación consolará y dará esperanzas también a los demás; hay algunos, dice él, dominados por tal pánico que se sienten inducidos a tomar decisiones fatales para la propia vida. Obteniendo el permiso, parte.[28]

Pero el episodio no se acaba aquí. Como sabemos a través de la carta cesariana a Opio y Balbo, entre los oficiales pompeyanos capturados en Corfinio estaba Numerio Magio, oficial del cuerpo de ingenieros.[29] En la carta (que es del 5 de marzo), César dice: «He capturado a Numerio; naturalmente, he procedido a actuar según mi manera habitual y lo he dejado libre inmediatamente.» En realidad, las cosas habían sucedido de otro modo. Después de la capitulación de Corfinio, algunas cohortes se pasaron a César, y otras fueron interceptadas mientras intentaban reunirse con Pompeyo en Apulia (Puglia) y fueron dejadas libres. Numerio, en cambio, había sido capturado, conducido ante César y encargado por éste de llevarle urgentes y extremas ofertas de acuerdo a Pompeyo, que se había protegido en Brindisi y estaba preparado para atravesar el Adriático.

En los *Commentarii*, César sostiene que Pompeyo no le envió de vuelta a Numerio, con una respuesta como hubiera deseado.[30] Pero entre las cartas de Cicerón a Ático se ha conservado por casualidad una nota de César dirigida también a Opio y Balbo, que Balbo había transcrito para Cicerón (el 22 de marzo) con un breve comentario.[31] La nota dice: «El 9 de marzo llegué a Brindisi y acampé frente a las murallas. Pompeyo estaba dentro de la ciudad y *me* envió a Numerio Magio a propósito de mis propuestas de paz.» Es lacónico, porque *misit ad me N. Magium de pace* puede significar tanto «con propuestas de paz» como «con una respuesta a mis propuestas de paz».[32] A continuación prosigue: «Di la respuesta que me pareció oportuna *(quae visa sunt respondi)*: he querido que lo supieses inmediatamente.» Y añade: «Cuando la esperanza de lograr verdaderamente una pacificación exista os informaré sin vacilar.» La contradicción podría ser sólo aparente si se imagina[33] que Magio pudo haber sido en un primer momento portador de propuestas inaceptables para César y que por ello el diálogo se había interrumpido, y Magio se había quedado en el campo pompeyano y poco después se había embarcado para la otra orilla del Adriático. De todos modos, es evidente que el relato de los *Commentarii* presenta las cosas del

modo más favorable posible,[34] omitiendo una fase que probablemente hubo, en la que César decidió rechazar unas propuestas que, seguramente, le planteaban una capitulación más que un acuerdo.

En efecto, la nota de César a los dos agentes tiene un tono muy irritado. Sin decirlo por escrito, César daba a entender claramente que había rechazado las propuestas de la parte contraria: «Quae visa sunt respondi» puede traducirse incluso con: «He respondido como debía responder»; y por ello tiene sentido la frase siguiente: «he querido informaros inmediatamente». La conclusión no sólo es acorde con la desilusión que se trasluce de las frases precedentes, sino que sobre todo es escéptica sobre las perspectivas de un acuerdo: «¡Si las hubiera, cuando sea, os informaré!» Por eso Balbo comenta estas palabras casi desconsolado (haciendo un extremo intento por mantener todavía ligado a Cicerón): «Si yo estuviera allí con él, tal vez lograría algún resultado.» En realidad, la situación, después de aquel contacto, se había cerrado. El 14 de marzo, es decir, cinco días después de la nota a Balbo y Opio, César había informado a Quinto Pedio, su sobrino y colaborador, de que el asedio de Brindisi requería un notable esfuerzo y sobre todo de que «no había otra alternativa».[35] La frase, como de costumbre, es demasiado concisa: no sólo quiere decir que no había alternativa al modo en que César piensa bloquear el puerto, sino que «no había más alternativas que la guerra», la cual ya es un hecho, porque incluso el más tenue hilo de negociación se había roto: en efecto, Numerio no había vuelto más. Cicerón se da cuenta de que también a él le está llegando la hora de decidir y tiene un arrebato: «Pero entonces, ¿dónde ha ido a parar la tan alardeada paz por la que Balbo decía sentir tormentos?»[36]

Sabemos lo que ocurrió después.[37] Es evidente que la partida de la negociación *in extremis* era una partida delicada: César no deja nada por intentar para conseguir una reconciliación, pero no puede mostrarse remiso hasta el punto de dejarse aplastar aun antes de combatir. Por eso debe saber arriesgarse mucho, pero también tener la dureza de retirarse a tiempo. Por otra parte, el juego tiende a hacer parecer que la responsabilidad de la ruptura corresponde siempre a César, desde el momento en que había rechazado las propuestas inaceptables de Numerio. Y por este motivo, César

en los *Commentarii* omite este paso: así se impone más límpida su verdad de que el rechazo definitivo de todas las negociaciones había que imputárselo a los adversarios.[38]

XX

«AMICITIA»

1. La amistad es el valor que preside el funcionamiento de la vida pública romana. Es el fulcro de las agrupaciones políticas, así como el medio que hace humanas e incluso solidarias las relaciones entre exponentes de diversas formaciones. Y, en opinión de algunos, es el factor principal para comprender la política romana: factor ciertamente determinante debido también a que la clase política tiene un único origen.[1] De hecho, «el elector romano difícilmente se habría sentido inducido a elegir a un hombre cuyo nombre notoriamente no formara parte, desde hacía siglos, de la historia de la República».[2] Cicerón dedicó un célebre tratado a la reflexión sobre la *amicitia*, y allí sostenía (de un modo bastante contrastado con su experiencia de vida) la tesis rigorista según la cual, sólo si es desinteresada, es amistad. Se olvida de reconocer que también la que está fundada en los mutuos intereses y mutuos beneficios es considerada plenamente, y a todos los efectos, como tal. No es, pues, el *De amicitia* ciceroniano el libro que ayuda a comprender los *Commentarii* cesarianos de la guerra civil, aunque tal vez sea mucho más. Años después, Asinio Polión escribiría que las «amicitiae principum» se habían entrelazado inextricablemente con las causas de la guerra civil.[3]

Existen dos cartas (escritas después de la muerte de César), ambas dirigidas a Cicerón,[4] en las que sus corresponsales, que acompañaron a César en la guerra civil, explican, algo azorados, por qué lo hicieron: son Asinio Polión y Cayo Macio. Para ambos, la elección del bando fue debida al vínculo determinado por la *amicitia*. Macio escribe (en agosto del 44): «Yo en el conflicto civil no he seguido a César, sino al amigo.»[5] Asinio escribe: «Visto que tenía enemigos en ambos bandos, he evitado aquel campo en el que sabía que no habría estado al resguardo de las insidias de

un enemigo acérrimo.»[6] Entre Macio y Cicerón la discusión versa, precisamente, sobre el papel de la amistad en el momento extremo de la guerra civil. Cicerón rememora, con todo detalle, cómo su amistad se había mantenido firme y se había manifestado ininterrumpidamente (sobre todo por parte de Macio, que se había encontrado de la parte de los vencedores), precisamente mientras los dos tomaban caminos diversos. Y precisa: «Por cuanto soy capaz de recordar, nadie tiene un puesto más antiguo que el tuyo entre mis amistades.»[7] El sentido de la larga evocación, sólo sobreentendido pero evidente, es que la política guarda relación pero es distinta de la *amicitia* (de hecho, de la propia fatigosa y tardía decisión de seguir a Pompeyo dice que la determinaron «o el sentido del honor, o del deber, o tal vez el azar»).[8] Macio replica: «Todavía no he llegado a un nivel filosófico tal que me haga olvidar que mi elección por César se debió, esencialmente, a la amistad. Algunos dicen [pero se está refiriendo al mismo Cicerón] que la patria debe pasar delante de la amistad, pero, entre otras cosas, primero me deberían demostrar que el asesinato de César ha beneficiado a la República.»[9] La posición ciceroniana, también en este intercambio epistolar, está en línea con la reflexión expuesta en *De amicitia* (escrito en el mismo período). La de Macio corresponde a la opinión general; por ello, con afable ironía, Macio — del que Cicerón dice que ha sido el inspirador de sus tratados filosóficos— hace la premisa: no he llegado tan alto en filosofía como para haber olvidado que la amistad está en primer lugar en nuestro comportamiento público. Por este motivo —por ejemplo— había suscitado tanta sorpresa, cuando estallaron las hostilidades, la decisión de Bruto, hijo de Servilia, la amante más tenaz de César. Todos sabían que el padre de Bruto había sido eliminado ferozmente por Pompeyo en tiempos de la guerra civil silana.[10] Y todos esperaban que Bruto, en consecuencia, hubiera optado por César; y en cambio, fanatizado por su tío Catón, enemigo jurado de César y aliado *obtorto collo* de Pompeyo, había elegido el bando pompeyano, convencido también él de que la patria, precisamente, por usar las palabras de Macio (que no comparte tal opinión), «pasaba por delante de la amistad». El mismo Cicerón, por otra parte, cuando escribe a Tirón, a mediados de enero del 49, acerca del desarrollo de una situación que ya inevitablemente estaba abocada al conflicto, si bien habla de César como

autor de «cartas amenazadoras al Senado», no se olvida de llamarlo «amigo nuestro».[11] En realidad, se ceñía mucho más a la praxis política romana el «sabio» Macio. Cuando, incapaz de soportar ulteriormente el asedio de Corfinio, Publio Cornelio Léntulo Espínter pide y obtiene una entrevista con César, en primer lugar «le recuerda su antigua amistad» y, lo que es más interesante, se pone a enumerar no ya sus propios méritos de cara a César, sino también los de César de cara a él.[12] Lo que significa que el vínculo de amistad funciona no sólo gracias a la reciprocidad, sino *en cuanto tal*: el que ha sido *amicus*, de algún modo está obligado a seguir siéndolo, incluso en la situación crítica en la que César y Léntulo han llegado a encontrarse, asediante y asediado en una guerra que desde hacía poco había pasado de las palabras a las armas. Los automatismos de la *amicitia* prevalecen, o se espera que prevalezcan, sobre los automatismos de la guerra civil. Por este motivo, César lo interrumpe y aclara que no ha «salido de su provincia para hacer daño a nadie [Léntulo, pues, no tiene nada que temer], sino para defenderse de las injustas ofensas de sus enemigos personales»,[13] y, además (pero esto precisamente está pospuesto al aspecto personal del conflicto), «para restablecer la *dignitas* de los tribunos de la plebe "expulsados de Roma" y [en un extravagante *crescendo*, en el que lo que debería tener más vasto alcance se sitúa en última posición] para restituir la libertad al pueblo oprimido por una facción de unos pocos». Léntulo, que debería estar allí para combatir a las órdenes de tal *factio paucorum*, recobra los ánimos, vuelve a Corfinio con el permiso de César y con promesas formales también para los otros asediados de que muy pronto estarán libres.

2. Nada más impropio, pues, que imaginar una especie de automatismo en la guerra civil, al menos hasta que no se determinaron con claridad los vencidos y los vencedores. Mario era considerado tan *ferox* como Sila por haber practicado tales automatismos, despreciando precisamente los otros «hilos» que conectan fuertemente el entramado de la sociedad política romana.

César continúa siendo *pontifex maximus* incluso durante la guerra civil. En ningún momento de la crisis se le pasó por la cabeza a sus adversarios deponerlo de aquel cargo, ni siquiera durante la tremenda y en cierto sentido tragicómica sesión del 7 de enero del 49. Esto no era debido a la negligencia de sus adversarios, sino más bien a la inoportunidad de atentar contra prerrogativas que tenían que ver con otros organismos (colegios sacerdotales, etc.) diferentes de los políticos, como el Senado.[14] El ensañamiento con el que Sila había intentado excluir a César del orden sacerdotal había disgustado incluso a sus partidarios.[15] Los cargos sacros no pueden ser quitados mediante intervención política, a no ser con un acto de patente abuso de poder (como fue el intento de Sila de expulsar a César del orden sacerdotal). César continúa siendo pontífice máximo incluso cuando es *hostis*. A su vez, sustituye en el pontificado a su principal adversario y «perseguidor», Lucio Domicio Ahenobarbo, sólo cuando éste muere en Farsalia, y lo sustituye con el propio sobrino de quince años, Octavio.[16]

Solamente la víspera de Farsalo, cuando consideran ya que tiene las horas contadas, los diversos Domicios Ahenobarbo, Léntulos Espínter, etc., se disputan el pontificado máximo, que continuaba cubriendo César.[17] Evidentemente, ellos creen que dentro de muy poco César o no existirá ya o será un enemigo en fuga, imposibilitado para *ejercer* la suma función sacerdotal. Por tanto, no se trata de *deponerlo* de su sacerdocio, sino que se plantea el problema de sustituirlo cuando se supone (en este caso erróneamente) que dentro de poco ya no estará.

3. Una contraprueba del mecanismo de la *amicitia* es el carácter implacable e insano de la *inimicitia*. «*Amicitia* presupone *inimicitia*, hereditaria o adquirida: un estadista no podía conquistar potencia o importancia sin hacerse muchos enemigos.»[18] A César le llevarán la cabeza cortada de Labieno después de la última y obstinada batalla combatida por éste contra el que había sido su ex general en las campañas gálicas, porque Labieno había traicionado la *amicitia*, pasándose al otro bando apenas

atravesado el Rubicón. Probablemente, había estado infiltrado desde el principio en el flanco de César, escalando posiciones cada vez más elevadas.[19]

Tito Labieno había iniciado su carrera como tribuno de la plebe (63 a.C.) al lado de César, lo había secundado también durante el proceso, exquisitamente político, al que hacía decenios había sido el asesino del *popularis* Saturnino; había facilitado la elección de César al pontificado máximo restituyendo la atribución de aquel importante cargo al voto de los comicios. César, por su parte, lo había designado *legatus pro praetore* en Galia: y tal fue Labieno del 58 al 50.[20] Aun la víspera de la guerra civil, César había confiado a Labieno encargos militares de gran responsabilidad.[21] Sin embargo, apenas se iniciaron las hostilidades, Labieno se pasó a Pompeyo, obedeciendo a una oculta pero antigua «lealtad» a la que no podía ni pensaba renunciar. Pompeyo anunció con mucho énfasis el cambio de frente de Labieno, durante el encuentro con los senadores el 17 de enero del 49. El hecho provocó un entusiasmo excesivo, como si esto fuese el inicio de la disolución de las fuerzas cesarianas. Labieno se apresuró a revelar todo lo que sabía acerca de los planes de César, incluso de los más reservados, de la dislocación de sus fuerzas, etc. Podemos fácilmente imaginar que César se vio obligado a cambiar rapidamente gran parte de la estrategia que pretendía seguir, visto que los movimientos que llevó a cabo continuaron cogiendo por sorpresa a sus adversarios.

Desde aquel momento, Labieno adoptó la actitud más extremista. Se opuso a todo intento de acuerdo, afrontó todas las campañas de la guerra civil, y en Munda casi logra salirse con la suya. No podía esperar ciertamente la *clementia Caesaris*, sólo —como en efecto sucedió— un buen funeral.

4. No fue distinta la situación de Catón. En el breve retrato de sus adversarios que César esboza al inicio de la guerra civil, de Catón dice simplemente que su palidez era provocada por la «vieja enemistad»[22] (recordemos la penosa escena de la cartita que le llega a César durante la

sesión en la que se está decidiendo el destino de los catilinarios, interceptada por Catón) y por la dolorosa repulsa de su candidatura al consulado.[23] En Útica, al conocer el resultado desastroso de la batalla de Tapso, Catón se rajó el vientre dejando de piedra incluso a los suyos. De él, César en los *Commentarii* sólo habla para ponerlo en ridículo cuando describe la fuga un tanto ignominiosa de Sicilia (la provincia que le había sido asignada el 7 de enero). Y el breve y devastador retratillo que traza de su enemigo no sólo se complementa con la paráfrasis de un discurso de Catón en el que explica a los suyos la fuga, dando a Pompeyo toda la culpa de «una guerra civil no necesaria»,[24] sino que concluye icásticamente con las palabras: «hechos estos lamentos ante la asamblea, escapa de la provincia que le había sido confiada».[25]

En el discurso que pronuncia en el Senado recién llegado a Roma después de la invasión de Italia, todavía desprovisto de poder oficial alguno, César atacará con nombre *tan sólo a Catón*, extrayéndolo del grupo genérico de sus *inimici* (adversarios personales). Dirá que «Catón se había opuesto más duramente que los demás, a pesar de la decisión de los diez tribunos de la plebe, y que había hecho incluso obstruccionismo con un discurso río que violaba todas las normas tradicionales sobre la duración de los discursos en el Senado, con la finalidad de impedir que se aceptase su candidatura [la de César] al consulado *in absentia*».[26]

Con éstas únicas alusiones a la actividad política de Catón, César pretende dejar claro lo mediocre y obtuso que lo consideraba como político.

No sabemos qué informadores le habían referido las palabras pronunciadas por él contra Pompeyo y «la guerra inútil»; ciertamente, aquellas palabras dichas por uno que está a punto de dejar abandonada a su propio destino la provincia que le había sido asignada en el momento de la repartición de las responsabilidades *en vista del conflicto con César*[27] son un verdadero *suicidio* político.[28]

XXI

DEL RUBICÓN A FARSALIA

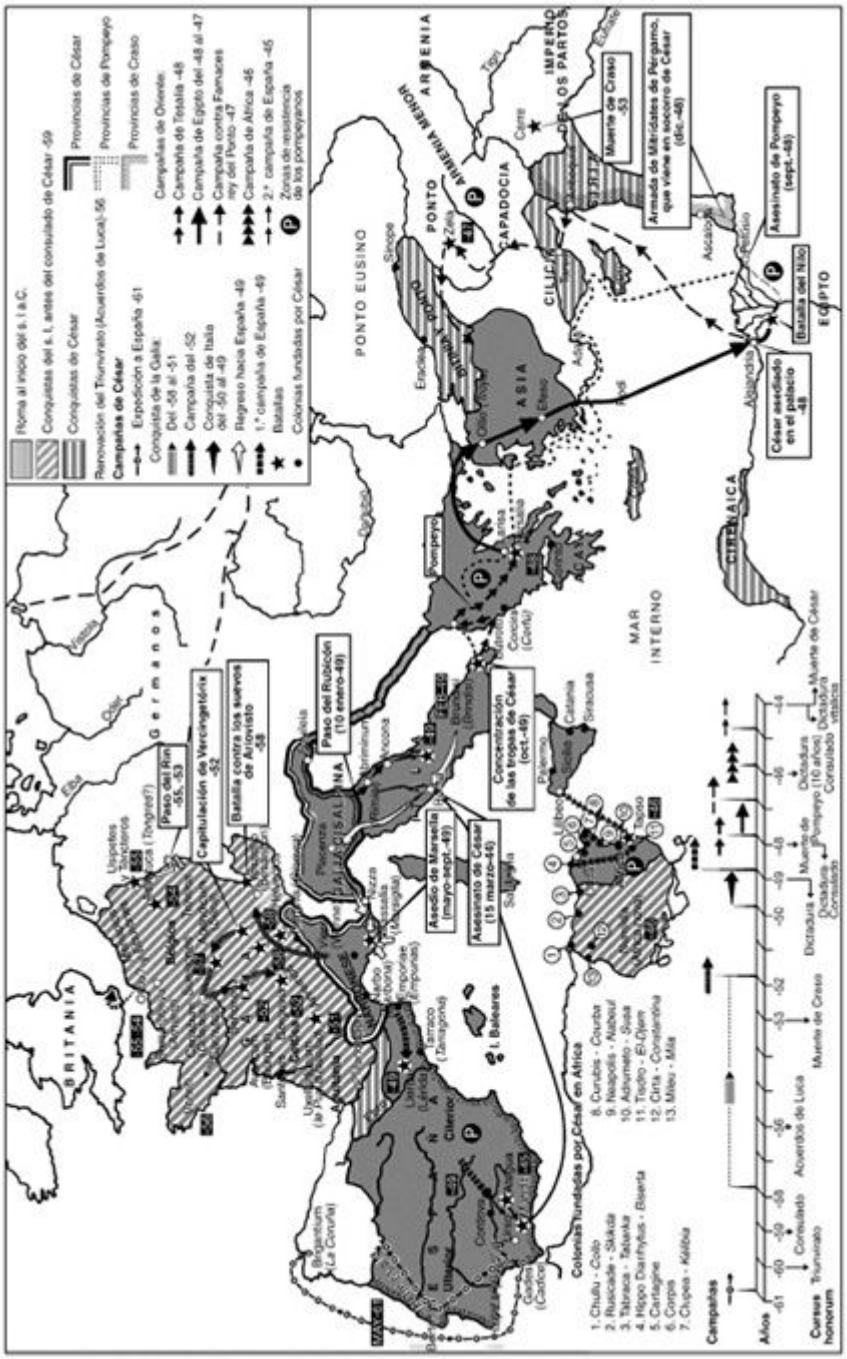
1. El inicio de la contienda civil es una especie de «drôle de guerre». Habiendo ocupado el Piceno, Umbría y Etruria, y habiendo humillado a Lucio Domicio Ahenobarbo, que pretendía sustituirlo como gobernador de la Galia (quedando en cambio en ridículo con la fallida defensa de Corfinio), César intenta, apresurándose a lo largo de la costa adriática hasta Brindisi, bloquear la fuga de Pompeyo de Italia. Malogrado este intento —el 17 de marzo del 49[1] Pompeyo logra zarpar hacia Durazzo (la actual Durrës)—, César «perdió» durante un período *nada* breve de tiempo a su enemigo. Y regresó rápidamente a Roma para consolidar, ante todo, la conquista de Italia. A este ajetreado inicio le siguió una situación de estancamiento o, mejor dicho, de espera. La rápida «guerra de movimiento» tan del gusto de César había sufrido una brusca y prolongada interrupción. Los objetivos estratégicos cambiaron temporalmente: César dedicado a consolidar el dominio de Italia y de Occidente, y Pompeyo ocupado en construir una gran armada en Grecia y Macedonia.

¿Cómo se ha llegado a esta situación paradójica? Pompeyo había logrado convencer a sus amigos diciéndoles, con su habitual tono de superioridad hacia el resto del mundo, que con un simple gesto suyo «habría hecho salir de debajo de la tierra armadas de soldados».[2] Y acto seguido tomó la decisión de dejar Italia al enemigo e intentar construir un ejército «invencible» en Grecia. Favonio, fidelísimo catoniano, no dejó de echarle en cara aquella incauta y demiúrgica promesa, cuando se vio que de debajo de la tierra, al menos de Italia, no salía nada de nada.[3] Napoleón ha considerado suicida la estrategia de Pompeyo. A pesar de que a veces lo ciegue la evidente simpatía por César, y prescindiendo de su costumbre (adquirida en las escuelas de guerra) de probar a hacer «juegos de guerra»

sobre campañas militares de la historia, al emperador de los franceses esta vez realmente no le falta razón. Su crítica es militar y política al mismo tiempo. Como buen general hijo de la Revolución que provocó una renovación del arte de la guerra, Bonaparte sabe que guerra y política son inseparables. Por ello, el primer error —en orden de gravedad— que achaca al inadecuado émulo de Alejandro Magno, al final del IX capítulo de su *Précis*, es el de no haber considerado que «el pueblo» estaba con César. Pompeyo erró sus cálculos porque sólo trataba con «los grandes» y con los senadores «qui parlaient très haut», cuya voz «ensordecedora» escondió a Pompeyo el dato más importante: «el pueblo sentía una incontenible inclinación por César». Esto provocó primero que creyera que estaba a salvo en Roma, y después el pánico y la búsqueda de un puesto seguro lejos de Italia. Segundo error: no haber tomado ni siquiera en consideración la posibilidad de hacer converger en Roma las siete legiones fidelísimas que tenía en España (él seguía siendo el procónsul de España aunque no se había movido nunca de Roma, mientras César construía su futuro en la Galia). Las legiones que estaban en España, partiendo de Valencia, Cartagena y Tarragona, podían desembarcar en Ostia y en Nápoles en pocas semanas, calcula acertadamente Napoleón.[4] Por añadidura, eran legiones validísimas, si bien a las órdenes de comandantes mediocres (Afranio, Petreyo y el gran literato, pero modesto hombre de armas, Marco Terencio Varrón); por ello César las definía como «un ejército sin generales».[5] Resumiendo —concluye Napoleón—, «era Roma la plaza que había que defender; allí era donde Pompeyo debía haber concentrado todas sus tropas inmediatamente, desde el primer momento». Y a continuación hace una observación, casi de carácter didáctico: «Hay que tener a todas las tropas juntas, *para que éstas se entusiasmen*[6] *y cobren confianza en la fuerza del partido*. Así es cómo las tropas cobran afecto y se mantienen fieles al partido.» Y en este pasaje plantea *su* estrategia, la que él habría seguido en el caso de haberse encontrado en la situación de Pompeyo: si las treinta cohortes de Domicio Ahenobarbo (en lugar de defender vanamente Corfinio para detener a César en el Piceno) hubieran acampado a las puertas de Roma con las dos legiones de Pompeyo; y si, por otra parte, las legiones pompeyanas de España,

África, Egipto y Grecia, con un movimiento combinado y convergente, hubieran confluido por mar todas juntas en Italia, Pompeyo habría desplegado contra César una armada más grande[7] que la de su adversario.

Las campañas de la guerra civil.



Las observaciones de Bonaparte están presentes en la mente de Mommsen cuando, en la *Storia di Roma* (libro V, cap. X), pone en discusión la desconcertante estrategia de Pompeyo. También Mommsen admite que en poco tiempo, al máximo a principios de la primavera, Pompeyo habría podido contar con al menos 60.000 hombres, cuya fuerza hubieran sido las siete, fidelísimas, legiones de España. Considera muy poco fiables las dos legiones ex cesarianas que se habían pasado a Pompeyo y que estaban acampadas a las puertas de Roma, nostálgicas —observa—[8] de los premios *ad personam* otorgados por César a sus hombres como «anticipo» respecto a la celebración del triunfo. Indica, por otra parte, que las primeras derrotas del Piceno habían hecho temblar a Roma y habían persuadido de la necesidad de retirarse a Pompeyo, habituado a combatir sólo si estaba seguro de su aplastante superioridad, y acostumbrado, de todos modos, a una táctica lenta y segura, no de movimientos rápidos ni basada en jugadas imprevistas e imprevisibles. El gran historiador alemán, que no disimulaba su simpatía por el tercer Napoleón, aquí pone en discusión el pensamiento militar del primer Napoleón, sin mencionarlo, pero se olvida del punto más importante. Ya la vana defensa del Piceno había sido, según Napoleón, un grave error: Domicio no tenía que haber sido dejado sólo a su destino, sus tropas deberían haberse unido al resto de las fuerzas pompeyanas en la defensa de Roma, lo que en cambio no sucedió.[9]

En realidad, el mismo Domicio había advertido a Pompeyo de la insensatez de su decisión estratégica. Lo cuenta César en los *Commentarii*, basándose en informaciones recibidas durante y después de la campaña.[10] Domicio —asediado por César en Corfinio— intentó hacerle renunciar a Pompeyo a su plan, incluso cuando éste estaba ya en Pulla. Cuenta César: «Domicio le envía a Pompeyo, que está en Apulia, a hombres conocedores de la zona, tras prometerles una recompensa consistente: éstos deberán llevar una carta y pedir, *mejor dicho, suplicar*, una ayuda rápida.»[11] Y he aquí la propuesta estratégica de la que aquellos emisarios eran portadores: «Con dos ejércitos [es decir, regresando inmediatamente Pompeyo al Norte y uniéndose a Domicio en la defensa de Corfinio], aprovechando las dificultades del terreno, se podía bloquear con facilidad a César e impedirle

el aprovisionamiento.»[12] De otro modo —argumentaba Domicio—, él mismo, con más de treinta cohortes «y un gran número de senadores y caballeros», se habría encontrado en serias dificultades.[13]

Pompeyo ignoró la llamada. Corfinio capituló. César se divierte describiendo minuciosamente la escena de la rendición y de la humillación de su más enconado enemigo. En primer lugar, ordena que le traigan ante él a todos los senadores, hijos de senadores, caballeros y tribunos militares que estaban a la cabeza del ejército asediado. Se descubre que del orden senatorial había sólo cinco componentes,[14] dos de los cuales son el mismo Domicio Ahenobarbo y Léntulo Espínter (que la noche anterior había ido a encontrarse con César para tratar la capitulación). Había otros *dos* senadores, además del hijo de Domicio, como caballero, y un puñado de centuriones que Domicio había hecho acudir allí desde los municipios más cercanos. Son conducidos a la presencia de César entre gritos de insulto. «César los defiende a todos del griterío de los soldados.»[15] Les dirige unas breves palabras, y les recuerda a todos la ingratitud con la que cada uno de ellos había correspondido a los favores recibidos de él. Después, los echa de allí: que se vayan sanos y salvos. Los duunviros de Corfinio se habían presentado con la ingente suma, casi seis millones de sestercios, que Domicio había hecho depositar en el erario público de la ciudad. César ordena que sea inmediatamente restituida a Domicio.[16] Comentando el propio gesto, César escribe: «Así, César demostraba que su desinterés por las riquezas era par a su clemencia por los hombres», y no obstante —comenta—, «era bien sabido que aquel era dinero público.» No son sólo palabras dichas por casualidad, es la respuesta a las acusaciones que le hicieron por el acaparamiento que hizo del tesoro público, pocos días más tarde en Roma. (Episodio que en los *Commentarii* se buscaría en vano,[17] mientras que se ridiculiza a Léntulo, el cónsul que no fue capaz de llevarle a Pompeyo aquel dinero, como habría debido *ex senatusconsulto*.)[18]

2. Roma había sido abandonada al caos más completo. Plutarco describe eficazmente la desorientación general, las peleas entre ciudadanos de tendencias opuestas, la sesión del Senado (del 17 de enero) en la que

Pompeyo fue objeto de las más ácidas recriminaciones, como la que le echaba en cara el no haber tenido en cuenta las ofertas de César, o la de Favonio, que sarcásticamente le pedía que diera una patada en el suelo e hiciera salir a las masas de soldados que había prometido.[19] Después de aquella penosa sesión, los cónsules habían huido acompañando a Pompeyo hacia el sur, perseguidos, en Teano, por las ulteriores propuestas de paz de César, una vez más rechazadas. Antes de dejar Roma, Pompeyo se había acordado de que los cónsules deberían (o al menos podrían) proteger las casas públicas. Siendo requeridos a hacerlo, le respondieron que la operación habría sido segura si él hubiese ocupado primero el Piceno…[20] El pánico provenía del hecho de que nadie tenía una idea clara acerca de los inminentes desplazamientos de César, y ya había algún visionario que afirmaba que había visto su caballería a las puertas de Roma. Este tipo de voces, a pesar de que Labieno, que acababa de huir del campo cesariano, trajese noticias importantes y reservadas,[21] provocó el caos que caracterizó la fuga de los cónsules, de Pompeyo y de una parte del Senado hacia el sur, y después directamente hacia Brindisi.

Sobre el Senado se comienza a ejercer un chantaje: el que se quede en Roma es porque piensa colaborar con César. Ante las dudas de muchos, Pompeyo responde que «ni las casas ni las propiedades constituyen la fuerza y la libertad de los hombres, sino al contrario, son los hombres, dondequiera que se encuentren, los que son capaces de recuperar lo uno y lo otro».[22] Una estrategia «temistoclea»: dejar Atenas porque la ciudad son los hombres. Cicerón, en una de las continuas y angustiadas cartas a Ático de esos meses, se acuerda del precedente temistocleo y define precisamente como «Themistocleum consilium» al conjunto de la estrategia pompeyana.[23] En realidad, no está totalmente convencido de lo que escribe: hace disquisiciones sobre la estrategia, interpretando a su manera las decisiones de Pompeyo. ¡Está claro que ha renunciado a España! —explica a Ático—, ha concentrado todos sus esfuerzos en la flota, precisamente como Temístocles.[24] En realidad, también había otro precedente: otro célebre comandante de la historia ateniense había expresado un pensamiento análogo

—Nicias—, que había dicho, antes de la catástrofe siciliana: «la ciudad no son las murallas ni las naves sino los hombres».[25] Pero era un siniestro precedente que era mejor no recordar.

No sabemos exáctamente cuántos senadores efectivamente siguieron a Pompeyo a Brindisi, a Durazzo y después a Grecia, y cuántos en cambio se quedaron en Roma. Lo que sí sabemos es que, fallando el intento de detener a Pompeyo en Brindisi, una vez regresa a Roma, César el 1 de abril reúne al Senado en el pomerio y habla durante largo tiempo con hábil espíritu conciliador a aquella parte del Senado que había permanecido en su puesto. Una figura de relieve como Cicerón no embarcará *hasta el 7 de junio*, desde Formia, después de infinitas dudas y vaivenes mentales, y después de un intercambio epistolar con César[26] lleno de recíproca amabilidad.

La angustiosa cuestión que atormenta a Cicerón es: por qué embarcarse para participar directamente en la guerra de Pompeyo. Una duda insistente que no logra aclarar con ningún razonamiento conclusivo. El 12 de marzo, mientras Pompeyo está en Brindisi, y César está allí, delante del puerto, intentando impedir la fuga del rival y tratando de inducirlo posiblemente a una extrema negociación,[27] Cicerón escribe a Ático una carta totalmente irónica, en la que las alternativas son presentadas como si fueran temas de *declamationes*. Habla de sí mismo y de sus dilemas a través de un imaginario «temario» de escuela retórica, cuya virtud es la de resaltar la ambivalencia y las dificultades de cualquiera de las dos posibilidades que se elija. He aquí la casuística minuciosa que logra construir, expresada toda ella en griego para acentuar el distanciamiento de la materia (y quién sabe si también por un exceso de prudencia):[28] *a*) si se debe o no permanecer en la patria, aun cuando la patria está bajo un tirano; *b*) si se ha de intentar o no de todos modos el abatimiento de la tiranía *aun cuando ello pueda comportar un peligro mortal para la ciudad*; *c*) si aquel que se propone abatir al tirano debería o no *también protegerse a sí mismo*; *d*) si se debe o no socorrer a la patria oprimida por el tirano con la lucha política y con las palabras *más bien que con la guerra*; *e*) si puede ser considerado un comportamiento político, cuando la patria está oprimida por el tirano, irse lejos o si en cambio se ha de afrontar cualquier peligro por la libertad; *f*) si se debe traer la guerra al propio país y si es lícito asediarlo en el momento en que éste

está siendo oprimido por el tirano [es exactamente lo que Pompeyo pretende hacer contra la Italia ocupada por César]; *g*) si uno debe alistarse de todos modos entre los optimates, *incluso aunque no se apruebe el abatimiento del tirano por medio de la guerra*; *h*) si en la vida política siempre se ha de correr peligro al lado de los amigos y de quien nos ha beneficiado, *incluso cuando sus decisiones políticas no nos parecen condivisibles*, etc. Es un crescendo de preguntas, de las cuales, la última (la novena: si quien tanto ha sufrido por la patria tiene que exponerse de nuevo, por su propia iniciativa, a los peligros) es la que más explícitamente revela la resistencia de Cicerón a embarcarse, siguiendo a Pompeyo y a sus actuales e influyentes consejeros en una nueva guerra civil. En lo que sigue de la carta declara que está elaborando mentalmente, en aquellos días, *in utramque partem*, es decir, dando respuestas opuestas a cada cuestión, bien en griego o en latín, los dilemas elocuentes que ha enumerado. El 5 de marzo, César le había escrito solicitándole verlo «de modo que pueda valerme de tu capacidad de decisión, *de la influencia que ejerces*, de tu prestigio».[29]

No son sólo palabras de cumplido. Era verdad que Cicerón «ejercía influencia», particularmente sobre aquella parte del Senado, no tan pequeña, que constituía una masa móvil e influenciable. César conocía bien los mecanismos de la política senatorial: un puñado de intrigantes potentes, la *factio*, especialmente si estaban provistos de un «brazo armado», como lo era Pompeyo, podía dominar el Senado, atemorizarlo, chantajearlo; pero ahora esta gente había escapado; es cierto que habían intentado chantajear a los otros («quien se quede demuestra que está con César»), pero de todos modos muchos se habían quedado;[30] los hombres como Cicerón podían representar para muchos de esta «masa senatorial» un modelo de comportamiento; de ahí el pertinente juicio de César, de ahí la verdadera y propia «corte» que le había hecho a Cicerón con la esperanza de tenerlo en Roma para «legitimar» al Senado, reducido a la mitad por los cónsules en fuga. Y Cicerón había estado informado puntualmente a través de Balbo, el principal colaborador político de César, incluso de las propuestas secretas y extremas «lanzadas» a Pompeyo atrincherado en Brindisi. Tenemos entre las cartas a Ático una copia de la carta de Balbo a Cicerón sobre la misión de Magio.[31] El 18 de marzo, Cicerón se confía a Ático desahogándose

ampliamente y explicándole por qué no se ha decidido a seguir a Pompeyo:[32] «Pompeyo se deslizaba, mejor dicho, se precipitaba hacia su ruina. Me di cuenta el 17 de enero,[33] cuando se había dejado dominar por el miedo. Aquel día entendí su modo de comportarse. Desde entonces no he logrado volver a apreciarlo y él ha continuado cometiendo un error tras otro.» Y aquí la reprobación se vuelve tan lacerante como lo es la herida: no ha intentado contactar conmigo, ni siquiera con una carta. Y formula un parangón: «como en las cosas del amor[34] suele alejarnos de una mujer el desaliño personal, la escasa inteligencia, la falta de delicadeza, así su vergonzosa fuga y su vergonzoso desinterés por mí han alejado el afecto que sentía por él». Y el dictamen no podría ser más claro: «¡no se basaba en nada digno por lo que valiera la pena que yo me asociase a él como compañero de fuga!».

César, en cambio, escribe una y otra vez a Cicerón, y hace que le escriban sus hombres de confianza, y lo hace partícipe incluso de la negociación. Y Cicerón le responde (tenemos, entre las cartas a Ático, la larga carta de Cicerón a César, recibida por Ático en copia).[35] Le responde el 19 de marzo muy azorado, con preguntas como: ¿qué quieres decir con «mi influencia y mi apoyo»? Después acepta, al menos por el momento, el papel de consejero y expone a César sus ideas a propósito de la extrema negociación con Pompeyo. Nada importante en sustancia, salvo el hecho mismo de empezar a «deslizarse» hacia César, pero proclamando siempre su amistad y fidelidad a Pompeyo (del cual el día antes había escrito a Ático todo lo que acabamos de decir). Deja clara también su propia neutralidad («desde que ha estallado la guerra no me he inmiscuido para nada en las operaciones»).[36] Es una actitud nada despreciable hacia aquel mismo que en el «temario», con declamaciones, llamaba por norma «el tirano». César dio publicidad a la carta de Cicerón:[37] evidentemente porque para él era una ayuda y un aval. Muchos juzgaron mal la iniciativa más que conciliadora de Cicerón hacia el «tirano». Y Cicerón, escribiendo a Ático, se queja mucho de estas reacciones negativas.[38] Y dedica una carta entera a la defensa de su proceder.

Entretanto, César lo persigue: desearía atraer aún más hacia sí al prestigioso e inseguro cónsul. El 16 de abril, dos semanas después de la sesión de Senado en la que había hablado finalmente, no como proscrito,

sino como promagistrado, en ausencia de los escapados extremistas, escribe de nuevo a Cicerón: «no obstante las habladurías que corren, sé bien que no te dejarás llevar por una acción irreflexiva…».[39]

3. Escribe estas palabras mientras está ya en marcha hacia Marsella. Ha decidido, en vista de la fuga de Pompeyo y la nueva situación que se ha creado en Italia (carencia y, al mismo tiempo, duplicidad de poderes), la nueva estrategia que ha de seguir. No persigue inmediatamente a Pompeyo. Comprende que el peligro está en que Pompeyo, una vez ampliado su ejército, intente volver a Italia como lo hizo en su día Sila, y consiga atrapar por ambos lados a las legiones cesarianas con un ataque concéntrico sobre Italia, desde España y desde Grecia. Y para evitar caer en este embudo es por lo que, ganando tiempo, decide dirigirse inmediatamente a España y afrontar las legiones pompeyanas fidelísimas que se encuentran en la provincia.

Desde ese momento, la guerra civil asume unas proporciones que podríamos llamar planetarias. Cicerón se había dado cuenta muy pronto, cuando había asistido preocupado a la operación de Pompeyo de dejar Roma: «No ha abandonado Roma porque no haya tenido la posibilidad de defenderla ni ha dejado Italia porque haya sido expulsado: desde el principio Pompeyo ha fraguado el proyecto de *revolver todas las tierras y todos los mares, de desencadenar a reyes bárbaros*, de traer a Italia a pueblos salvajes armados, de juntar grandísimos ejércitos.»[40] La estrategia pompeyana está bien descrita aquí: movilización de sus vasallos y de los recursos imponentes con los que Pompeyo podía contar en Oriente; postergación del enfrentamiento decisivo hasta el momento en el que este gran despliegue de fuerzas esté preparado, tal vez para volver a entrar en Italia repitiendo a lo grande la maniobra, en su día victoriosa, de Sila. La respuesta de César desde el punto de vista estratégico fue irreprochable, y mucho más rápida en su realización de lo que sus enemigos pudieron prever: truncar la presencia pompeyana a sus espaldas, en España y en África. En España lo logró brillantemente; en África, Curión sufrió una lacerante derrota y perdió la vida. Cercado por los puntos de fuerza del sistema

clientelar pompeyano (España hervía de secuaces pompeyanos aun años después de la muerte de Pompeyo, en tiempos de la rebelión española organizada por sus hijos, e incluso después; en África, Juba será el puntal de la recuperación pompeyana después de Farsalia), César decide romper este cerco en el punto, según él, más vulnerable: España. Además, todo el activismo de Pompeyo de cara a Occidente empezaba a parecerle alarmante. Dos de los nobles a los que César había «concedido la gracia» en el momento de la rendición de Corfinio (el 21 de febrero del 49) y enviado con calculado gesto magnánimo al campo de Pompeyo, Domicio Ahenobarbo y Vibulio Rufo, habían vuelto al «servicio activo» muy pronto y habían sido enviados por Pompeyo a Occidente: uno a España, y el otro (Domicio) a Marsella, para organizar el contraataque e impedir el paso a César. Domicio en concreto se atrincheró en Marsella llevando consigo un ejército privado reclutado en la isla de Igilia y en el Cosano, formado por sus esclavos y colonos. Por otra parte, ya Pompeyo había enviado a Marsella a un grupo de nobles marselleses, clientes suyos, con un mensaje para la ciudad: «que no os hagan olvidar los recientes servicios de César mis más antiguos beneficios».[41] Es un ejemplo elocuente del funcionamiento de la «clientela extranjera» en la guerra civil. También César tiene sus reivindicaciones como benefactor de los marselleses, e intenta hacerlas valer.[42] Pero sólo obtiene una respuesta imprecisa («sentimos gratitud por ambos, no abriremos las puertas a ninguno de los dos»),[43] lo que consiente a Domicio Ahenobarbo caer con su flota sobre la ciudad, instalarse allí y organizar a la grande la resistencia contra un eventual asedio por parte cesariana. César replica disponiendo el asedio de la ciudad por tierra con tres legiones y por mar con una flota construida *ex novo*, cuyo mando les fue confiado a Décimo Bruto y a Trebonio.[44] Esto tiene lugar en mayo del 49. Hasta principios de diciembre, cuando César regresa finalmente a Roma, asume la dictadura y se dispone a atravesar el Adriático para enfrentarse a Pompeyo en los Balcanes, transcurren seis meses de dura campaña en España, contra Afranio y Petreyo, y en Marsella, que capitulará a finales de octubre.[45]

4. No fue en absoluto una marcha triunfal. No sólo las fuerzas en liza estaban equilibradas, sino que también la capacidad táctica de los generales era similar. Durante toda la campaña gálica, César había tenido un verdadero y propio *alter ego* en Tito Labieno: al lado de César se había convertido, en cuanto a estilo táctico, en un «doble» suyo. Ahora, este hombre, que tal vez desde siempre había sido un hombre de Pompeyo anidado en el vértice del estado mayor de César,[46] se había pasado a la otra parte. Y esto hacía aún más complicada la larga guerra. Nadie estaba seguro de vencer, es más, las mayores *chances*, hasta Farsalia, las tuvo Pompeyo. Pero incluso después, y hasta la última furibunda batalla, la de Munda, contra los hijos de Pompeyo, César había temido la derrota y había probado la tentación del suicidio. Un factor que lo llevó a la victoria fue el de su relación con las tropas. Incluso algunos historiadores anticesarianos, como Adcock, le atribuyen un factor triunfante que les falta a todos los (numerosos) comandantes de la parte contraria: «la atracción magnética que lleva a las tropas a combatir hasta la muerte por su comandante».[47] Este precioso capital de carisma, que puede ser usado como arma definitiva en el campo de batalla, César lo había construido día a día en los largos años de la campaña gálica.[48] En este terreno, Pompeyo, lejos de las legiones españolas, convencido de su vasto consenso en los cuatro puntos cardinales del orbe romano, pero ya desde hacía años sin contacto directo con la tropa, no podía competir con él. De aquí la indestructible seguridad de sí mismo, en parte triunfalista, y siempre entreverada de ironía hacia sus adversarios incapaces de valorar plenamente el factor humano, que surge de cada página de los *Commentarii*, especialmente de las de la guerra civil. De aquí la transformación de la política que determina el «cesarismo»: que es el resultado de una larga simbiosis con las tropas, reconvertidas, gracias al fenómeno nuevo representado por las guerras cesarianas, en ciudadanos-soldados.[49]

El episodio más arduo de la guerra española fueron los cuarenta y ocho días del asedio de Lérida (Ilerda), donde Afranio y Petreyo se habían protegido después de una astuta campaña sobre terrenos impracticables. El epílogo fue la rendición de Varrón ante Sexto Julio César, primo de César y designado por él como su representante en aquella importante ocasión: la

capitulación de las potentes y temibles legiones pompeyanas de España.[50] La contemporánea campaña de Curión en África terminó en cambio con una derrota[51] y con el triunfo de Juba, rey de Numidia y aliado fiel de Pompeyo. Pero esta derrota, que no comportaba unos inmediatos efectos militares (¡era impensable un desembarco de Juba en Sicilia!), no apartó a César del hilo conductor de su estrategia. Una vez regresó a Roma y fue designado dictador[52] y elegido cónsul para el 48 (entre el 2 y el 12 de diciembre del 49), César intentó inmediatamente llegar a un enfrentamiento resolutivo con Pompeyo. El 22 de diciembre estaba en Brindisi, y el 4 de enero del 48 zarpó hacia la otra orilla del Adriático.

5. Desde el punto de vista constitucional, la situación se había invertido. Los cónsules del 49, verdaderos artífices de la laceración irreparable que ha desembocado en la guerra, son de hecho ex cónsules. Los únicos organismos *en funciones* (decir «legítimamente» no tiene sentido cuando hay una guerra civil y existen dos legalidades contrapuestas) son los creados por César durante su breve pero intenso paso por Roma: César y Publio Servilio Isáurico, cónsules; Antonio, *magister equitum* durante los pocos días a fines del 49 en los que César cubrió el cargo de dictador (aunque nuevamente será nombrado dictador después de Farsalo); Celio Rufo, Quinto Pedio, Sulpicio Rufo, Trebonio y quizás Pansa, pretores. Y a las provincias destinó a hombres partidarios suyos: Lépido, a la España Citerior; Décimo Bruto, a la Galia Transalpina; Aulo Albino, a Sicilia, y Sexto Peduceo, a Cerdeña. Pero al mismo tiempo los promagistrados filopompeyanos, que habían tomado posesión de las provincias que le habían sido asignadas en enero del 49, apremiados por la *factio*, se encontraron de hecho prorrogados en sus puestos de mando (que efectivamente ejercían) también para el 48. De este modo se formaliza una duplicidad de poderes: el *orbis Romanus* está dividido entre «poderes legítimos» en guerra entre sí. En esta fase de la larga guerra civil se determina también una temporal separación entre Oriente y Occidente.

A la lista de los promagistrados «pompeyanos» en activo en el 49 y «prorrogados», *de facto*, para el 48, hay que añadir también a aquellos promagistrados que han perdido su provincia, con la división *de facto* del imperio. Domicio Ahenobarbo, el enemigo «visceral» de César, es uno de éstos. Su trayectoria durante la guerra civil se explica a la luz de aquella designación tumultuosa (y en vano invalidada por los tribunos de la plebe) del 7 de enero del 49. Le habían tocado las Galias y tenía que sacar de allí a César. Por ello decidió dirigirse a la Cisalpina, terminando, en cambio, en las redes del asedio cesariano de Corfinio.[53] Liberado y humillado por su «enemigo», se dirigió inmediatamente por mar a Marsella, donde alentó durante meses la resistencia al asedio cesariano. Cuando la situación se hizo insostenible escapó por mar, esquivando las naves de Décimo Bruto.[54] Huyó donde Pompeyo, como procónsul expulsado por la fuerza de su provincia. Y la víspera de Farsalia era de los más encarnizados en la demasiado precoz repartición de los cargos que se habría de hacer después de la victoria: para sí mismo reivindicaba el pontificado máximo.[55] Murió en la derrota pompeyana de Farsalia.

6. La campaña en los Balcanes es la campaña de la derrota pompeyana: se abre con el fracasado bloqueo de Durazzo, que ocupa los primeros seis meses del año, y se cierra con la batalla campal de Farsalia (el 9 de agosto del 48).[56]

El proyecto original era acorralar a Pompeyo en la bahía de Durazzo y vencerlo allí. Pero no todo fue como César había esperado. La parte de la flota, al mando de Marco Antonio, que debería haber llegado por sorpresa en el momento oportuno, culminando la completa ocupación de las plazas estratégicas de la bahía (Durazzo, Apolonia, Orico), fue derrotada en el mar por Bíbulo, el intrépido pero infeliz colega de César en el consulado del 59. Así, César consiguió ocupar sólo Orico y Apolonia, pero Pompeyo pudo acampar en las cercanías de Petra, teniendo libres las salidas. Ni siquiera en esta situación, llegando los dos ejércitos casi al enfrentamiento directo, César había cejado en su intento de instar a Pompeyo a una negociación *in extremis*. Al inicio de la campaña le había enviado a Vibulio Rufo, y ahora

—mientras se manifestaban señales de reconciliación entre los soldados de ambos campos—[57] intenta obtener un encuentro directamente con Pompeyo a través de la mediación de Vatinio. Fue la violentísima reacción de Labieno la que hizo saltar toda posibilidad de negociación.

Durante meses, César tuvo que sostener por sí solo esta difícil situación mientras Antonio estaba bloqueado[58] en Brindisi por la flota de Bíbulo. Sólo el 27 de marzo[59] Antonio logró atracar, esquivando el bloqueo, en la bahía de Durazzo, después de maniobras temerarias y arriesgadas e inesperadamente favorecido por la imprevista variación del viento.[60] Desde ese momento la situación cambia totalmente. Hasta entonces, las tropas cesarianas habían sufrido lo indecible, encontrándose con una terrible escasez de provisiones, mientras que Pompeyo estaba en condiciones de aprovisionarse por tierra y por mar. Los soldados de César comían, en lugar de pan, un engrudo inmundo hecho en gran parte con hierba. Un «pan» de aquellos cayó por casualidad en las manos de Pompeyo, que quedó aterrorizado: «¡Éstas son fieras —dijo—, no hombres!», y prohibió que aquel objeto fuese mostrado a nadie: según él habría abatido peligrosamente la moral de las tropas.[61] En el asedio de Durazzo, César intentó la empresa sumamente arriesgada de aprisionar a un ejército numéricamente superior: «maniobra temeraria —escribe Napoleón— y por ello fue castigado. ¿Cómo pudo pensar que lograría, a lo largo de una línea fortificada de seis leguas, cercar a una armada que tenía la ventaja de dominar el mar y de ocupar una posición central? [Petra,[62] donde estaba el campo de Pompeyo]».[63]

Pompeyo rompió el bloqueo y pudo retirarse hasta Macedonia. César fue tras él y las dos armadas se encontraron en Haliacmon. Después de marchas y contramarchas, los dos ejércitos se enfrentaron en la llanura de Farsalia, en Tesalia. César tenía consigo sobre todo a legiones de veteranos de las campañas gálicas. Pompeyo no estaba nada convencido de contender allí la batalla: pero su *entourage* era impaciente y turbulento. Labieno —que trataba con terrible dureza a los prisioneros—[64] contribuyó decisivamente a hacerle cambiar de idea. En un consejo de guerra del que César es capaz de referir todo tipo de detalles, Labieno dijo, entre otras cosas, que los verdaderos veteranos de César, los que habían sojuzgado la Galia, ya habían muerto, y que César no tenía más que reclutas en las propias legiones.[65]

Convenciéndose los unos a los otros de que las cosas estaban de veras así (es un caso tópico de grupo dirigente engañado por su propia propaganda), juraron todos, siguiendo el ejemplo de Labieno, que sólo regresarían del campo como vencedores.[66] Más tarde, demasiado tarde, Pompeyo reconoció el error de haber aceptado librar la batalla en un lugar tan poco adecuado, lejos de la flota, que era su mayor recurso.[67]

También en Farsalia, César tuvo que enfrentarse al enemigo con menos hombres. César llega a decir que sus hombres sumaban cerca de la mitad de las tropas pompeyanas. Es lícito preguntarse si no exagera para aumentar el mérito de la victoria. Es necesario incluir en los cálculos a los auxiliares y a los hombres del séquito para tener una idea de la masa de personas que participaron, de un modo u otro, en esta campaña.[68] De todas maneras, la arenga de César a las tropas antes de la batalla fue una vez más de tono moderado.[69] Después de la inicial enumeración de los favores que él había hecho a los soldados, quiso recordar, sobre todo, la constante búsqueda de un tratado, que él tenazmente había perseguido: enumeró todos sus intentos, incluso los más recientes, y concluyó: «He intentado siempre no derramar la sangre de los soldados, *y no privar a la República de ninguno de los dos ejércitos*.» Recordaba bien la espontánea tendencia a hermanarse que se había perfilado en la bahía de Durazzo entre las tropas de los dos frentes. Y así, mientras Labinio pasaba por las armas a los prisioneros caídos en manos pompeyanas, César recordaba *in extremis* a sus hombres el lado doloroso de la guerra civil. Conquistados por sus palabras, éstos pidieron que se combatiera. Y César hizo dar la señal. Cuenta César que un hombre de la legión X, llamado Crástino, que fue el primero del ala derecha a lanzarse a la lucha, gritó a los demás: «Cuando hayamos vencido, el general recuperará su nombre *(suam dignitatem)*, y nosotros nuestra libertad *(nostram libertatem)*.»[70] No sabemos si es un episodio real o introducido en el relato con intención didáctica, pero lo cierto es que repite puntualmente las consignas del paso del Rubicón: la *dignitas* del general agredida por los enemigos y la libertad del pueblo romano amenazada por el grupo que había llegado hasta el punto de expulsar a los tribunos. Además de un valiente, este Crástino era lo que se podría llamar hoy un «comisario político».

Al describir la batalla, César se permite algunas consideraciones sobre la psicología del hombre en el combate. Valiosísimas reflexiones de un hombre que desde hacía años vivía también como experiencia intelectual la terrible realidad de la guerra. Se inspira en un detalle estratégico que tal vez a primera vista lo había desconcertado. Pompeyo había ordenado a los suyos que esperasen quietos el ataque del enemigo, convencido de que los cesarianos se dispersarían al atacar y con la carrera (más larga de lo previsto) hacia las fuerzas enemigas llegarían ya sin aliento al momento del contacto con el adversario.[71] César objeta: «A mí, los cálculos de Pompeyo me parecen equivocados; hay en todos nosotros un ímpetu y un ardor innato,[72] que el deseo de batalla desencadena. Los generales no deben reprimir este ímpetu, lo deben incrementar», y alude al uso antiquísimo de acompañar el combate con sonidos de trompa y gritos de todo el ejército. Se da cuenta del elemento feroz de la batalla y ve, lúcidamente, que la energía latente en cada uno de nosotros se exalta con la exasperación del esfuerzo: por lo que cada uno rinde —en aquella situación violenta y de tensión psicológica exasperada— mucho más que en condiciones de un normal despliegue de energía. En resumen, dirige a Pompeyo una lección de psicología de la guerra y demuestra que ésta tiene una implicación inmediata en el resultado de la batalla: el factor hombre contra el factor cálculo.

Ninguna de las clásicas maniobras para rodear al adversario les sirvió a Pompeyo y a sus oficiales. César había previsto una línea más atrasada, formada sacando una cohorte de cada legión de la tercera línea:[73] fue esta legión «nueva» la que impidió a la caballería de Pompeyo rodear el ala cesariana, y la que al final la puso en fuga. Con la fuga de la caballería el frente pompeyano se estratificó y poco después se dio a la fuga. En las pérdidas hubo un desequilibrio enorme: cerca de 200 hombres (la mitad oficiales) por parte cesariana; cerca de 15.000 entre muertos y heridos quedaron en el campo de batalla, por parte pompeyana. Comentando estas cifras, Napoleón señala justamente que este fenómeno es más bien normal «en las batallas de los antiguos», mientras que en las batallas entre ejércitos modernos la proporción es de uno a tres, y de todos modos, «la gran diferencia se da esencialmente en el número de los prisioneros». El hecho es que los ejércitos modernos —añade—, cuando llegan al enfrentamiento

directo, han sufrido ya graves pérdidas en ambos bandos, mientras que la batalla antigua es casi desde el primer momento un cuerpo a cuerpo. Deduce asimismo que la diferencia de preparación —como fue el caso de Farsalia— entre veteranos de las guerras gálicas de una parte y soldados que no tenían otra experiencia que la de «guerras en Asia», de otra, había tenido un peso de suma importancia en aquellos innumerables combates individuales en los que, por norma, se fragmenta la batalla antigua.[74]

7. Al darse cuenta rápidamente del carácter catastrófico de la derrota y de la fuga de los altos mandos, César decidió inmediatamente que la prioridad absoluta era perseguir a Pompeyo.[75] Se ha discutido mucho acerca de esta decisión que, como es sabido, llevó a César hasta la trampa casi mortal de Alejandría. Napoleón le dedica una dura reprimenda[76] en la que la crítica más significativa es que «cuando salió de Farsalia, César debía haberse dirigido directamente a las costas africanas, previniendo así los movimientos de Catón y Escipión».[77] Creo que la única explicación de la inmediata, tumultuosa e imprudente[78] persecución de Pompeyo huyendo hacia Egipto es una vez más política: no podía prever el asesinato de Pompeyo a manos de un cliente suyo como Ptolomeo; intentaba alcanzar a Pompeyo vencido, antes de darle la posibilidad de recomponer sus tropas dispersas y su *entourage*, temporalmente disuelto, para obtener de la posición de fuerza proveniente de la victoria en Farsalia un acuerdo político ventajoso que diese fin a la exasperante prolongación de la contienda bajo el empuje extremista catoniano. Si éstos eran sus cálculos, como así creo, fallaron imprevisiblemente, porque cuando llegó a Egipto, pocos días después de Pompeyo, se encontró con lo que no podía esperarse: Pompeyo había sido asesinado en Alejandría, en plena guerra civil.[79]

XXII

CONTRA LA SUBVERSIÓN

1. Mientras César está ocupado en la dura campaña de los Balcanes, en Roma se producen dos hechos de una inquietud social particularmente dramática, que se resuelven en ambos casos con la represión. Del primero es protagonista Marco Celio Rufo, uno de los tribunos que en enero del 49 se habían refugiado en el campamento de César. Celio Rufo, del que se ha conservado una parte considerable de su intercambio epistolar con Cicerón,[1] había obtenido de César, al regreso de la campaña española contra Afranio y Petreyo, la pretura para el año 48: pero no la pretura urbana, que César le había asignado a Trebonio. Esta postergación fue padecida por Celio como una humillación y aumentó su desencanto respecto a César. Que César haya dedicado, al inicio del tercer comentario de la guerra civil, un amplio y polémico relato[2] a la gesta de Celio significa que el pretor, haciéndose intérprete de las reivindicaciones de los deudores, le había creado al dictador, ausente, notables dificultades. La actitud de Rufo tendía a secundar las peticiones de los deudores: la legislación cesariana a este propósito[3] le había parecido decepcionante. Él mismo, como Catilina quince años atrás, tenía razones personales para defender una radical remisión de las deudas: Celio no aceptaba de la legislación cesariana sobre esta materia el principio de la estimación de los bienes (condición preliminar para tomar en consideración una parcial reducción de las deudas). César en los *Commentarii* se siente en la obligación de polemizar directa y vivamente contra el programa radical de Celio: «¿Qué desvergüenza puede tener uno —dice— que se declara deudor y sin embargo pretende que sus bienes sean intocables?»[4] «Celio —prosigue— se mostró aún más intransigente que los individuos a los que las pretensiones de este tipo les podían aportar ventajas.» La polémica se establece aquí entre un experto de la parte

popularis contra un demagogo que se le ha rebelado en contra. César conoce al dedillo la retórica, los recursos y las exageraciones del lenguaje y del efecto *popularis*: proviene de aquella tradición. Con él era más difícil jugar una partida de este tipo: con armas e instrumentos que a César le eran bien conocidos.[5]

De aquí las expresiones mordaces, como las que usa César en este relato, destinadas a demostrar que a Celio no lo seguía nadie (o casi): «Para que no pareciera que había patrocinado una causa sin fundamento sin que diera resultados propuso una ley por la cual las deudas se pagarían con una dilación de seis años, sin contar intereses.»[6] Era fácil bloquear tales propuestas: y así sucedió. Celio presentó otras (suspensión de los pagos de los alquileres por un año; nuevos registros para la anulación de las deudas). El Senado, de acuerdo con el cónsul Servilio, decidió usar mano dura: aprobó la suspensión de Celio de su cargo e hizo que lo bajaran a la fuerza de los rostros de los oradores desde los que lanzaba su arenga a la multitud. Desde ese momento Celio había pasado a la guerra abierta, ilegal: había establecido una relación con un personaje como Milón, que había resurgido de su «exilio» en Marsella. Después de la condena del 52, cuando, capitaneando bandas que actuaban sustancialmente como «maceros» al servicio de los ambientes de los optimates más antipopulares, había asesinado a Clodio, Milón había preferido desaparecer de la circulación. César, en su pormenorizado relato de los movimientos de Celio Rufo, señala con evidente y eficaz intención polémica esta nueva alianza entre el «ex macero» que había asesinado a Clodio y todavía adiestraba a bandas de gladiadores y el inquieto neocatilinario Celio Rufo. «Celio —escribe— hizo que regresara a Italia, se alió con él y lo envió delante con los gladiadores al territorio de Turii» (en Calabria).[7] Mientras tanto, Celio intentaba reclutar gladiadores en Campania; pero en Capua los ciudadanos romanos, armándose, lo expulsaron y lo proclamaron *hostis publicus*. La paradoja, que revela el carácter residual de este movimiento improvisado, se ve inmediatamente: Celio no cesaba de decir que él apelaba a César y que iría a encontrarse con él; Milón enviaba manifiestos a los deudores diciéndoles que actuaran ¡en nombre y por mandato de Pompeyo! Pocos, en verdad, fueron los deudores que lo siguieron, entonces él intentó liberar a los

prisioneros de Compsa, en Hirpinia, pero murió al ser alcanzado por una roca lanzada desde lo alto de las murallas. En cuanto a Celio, intentó que Turios se rebelase (en el nombre de César), ofreciendo dinero a algunos caballeros de origen galo que constituían la guarnición de la ciudad. Pero éstos lo mataron.[8] César comenta, intentando desdramatizar, aunque ello contraste con el amplio espacio que dedica al caso: «En suma, al principio parecían hechos de gran importancia y tuvieron a Italia en vilo; después la solución fue rápida y sin consecuencias.»[9]

2. La segunda «sedición» fue la de Dolabela, pocos meses más tarde, el día siguiente de Farsalia. Entonces la petición de remisión de las deudas fue propugnada por Dolabela, tribuno de la plebe, y la represión corrió a cargo de Antonio, *magister equitum* de César, el cual en aquel momento estaba ocupado en la difícil guerra en Alejandría, y después en Asia.[10]

El relato que Plutarco hace de este caso es muy vivaz. Antonio se muestra en un principio «asociado» con Dolabela, después como su adversario, si bien por razones puramente personales. La situación política que afrontó Antonio a principios del 47 se había vuelto crítica por la división de los tribunos, por lo demás, todos de proveniencia cesariana. A Dolabela se oponían Trebelio y Asinio Polión,[11] hostiles a sus propuestas.

Dolabela con sus secuaces ocupó el Foro, para hacer aprobar por la fuerza su propuesta de ley. El Senado no dudó en recurrir a su arma extrema, ya usada en otras ocasiones: emitió el *senatusconsultum ultimum*, proclamó la patria en peligro y encargó de la represión a Antonio (máxima autoridad en cuanto *magister equitum*, en ausencia del dictador). El enfrentamiento armado fue particularmente sangriento: Antonio hizo cerca de un millar de víctimas.[12] Pero, a juzgar por lo que refiere Dión Casio,[13] la agitación no acabó hasta el regreso de César a Roma (en agosto del 47). De todos modos, esta vez César tuvo un comportamiento más dúctil con los revoltosos: «perdonó» a Dolabela (es más, le facilitó la carrera) y en cambió se distanció de Antonio, al que no le renovó el cargo de *magister equitum* para el 46, dándoselo a Lépido.[14] César no cambia la política en la eterna cuestión de las deudas, pero envía una señal de «comprensión» a los

revoltosos sacrificando la cabeza de Antonio, responsable de una represión demasiado brutal. No ha cambiado sustancialmente su opinión sobre el corto respiro y el escaso futuro político del afán de rebelión endémica de la plebe urbana. Pero tenía claro que los humores de esa clase «amenazadora» para los gobernantes (gracias a su privilegiada posición de proximidad respecto a las «sedes» del poder) no se tenían que dejar de lado. Aunque fuese molesto y desproporcionado con su efectivo peso social, el peso y el papel político de este «sujeto» le eran bien conocidos: no sería él el que cometería el error de ignorarlo o de aplastarlo, pero no podía y no quería ser tampoco *su* dictador.

XXIII

ALEJANDRÍA

Cesare, poi che 'l traditor d'Egitto
li fece il don de l'onorata testa,
celando l'allegrezza manifesta,
pianse per gli occhi fuor sì come è scritto.

PETRARCA (*Cancionero*, 102)

1. Al llegar a Alejandría el 2 de octubre del año 48, César no esperaba verse traer la cabeza embalsamada de Pompeyo, pero menos aún encontrarse empantanado en una guerra local —que hasta un cierto punto pudo haber sido mortal— durante nueve largos meses, hasta el 28 de junio del 47, cuando finalmente zarpó de Alejandría para Siria. Justamente Suetonio escribe que en aquel larguísimo periodo César tuvo que combatir «una de las guerras más difíciles, en una situación desfavorable y en una estación poco clemente»; y añade: «en invierno, tras los muros de un enemigo bien provisto y con una particular capacidad de iniciativa; mientras que él estaba poco preparado y desprovisto de todo».[1] Una guerra paradójica, en realidad una gigantesca trampa: el vencedor de guerras y batallas memorables, que es asediado, sin posibilidad de recibir refuerzos a tiempo, por un rey vasallo muy bien aconsejado. El reino más antiguo de todo el Mediterráneo que se cobra su venganza sobre el último de los generales romanos habituados a hacer y deshacer en Alejandría. Tuvo que existir ciertamente en la mente de los hábiles «consejeros» de Ptolomeo un punto de vista «egipcio» sobre el caso que, en cambio, desde la perspectiva romana, era sólo un interminable e inexplicable paréntesis en la guerra civil. Si se considera también el

incremento del prestigio y de la influencia que Cleopatra —impuesta sobre el trono de Egipto por César al final de la guerra alejandrina— consiguió, mientras estaba vivo César, y más aún después, gracias a la alianza con Antonio, un punto de vista egipcio de este caso, no sólo nos parece legítimo sino también útil para comprender este retazo de historia del Egipto helenístico: el último destello de grandeza de la dinastía macedónica más duradera de las que se habían afianzado después de la muerte de Alejandro.

2. El precedente inmediato de la crisis dinástica egipcia en la que fue a enredarse César en plena guerra civil era la operación planeada por Pompeyo, pero favorecida también por César, que había restablecido en el trono, en el año 55, gracias a la «protección» de Aulo Gabinio, a Ptolomeo XII Nuevo Dionisio, llamado también popularmente el Auletes. Pero la crisis era mucho más antigua. Cuando Ptolomeo «Auletes» había subido al trono (80 a.C.) pendía sobre él una amenaza que lo hacía víctima del chantaje de los potentes y faltos de escrúpulos promagistrados romanos de Siria (la provincia romana fronteriza). Tal amenaza estaba constituida por el testamento de su predecesor, Ptolomeo XI, que pomposamente se autodefinía «Segundo Alejandro», el cual, de hecho, autorizaba a los romanos a anexionarse no sólo Chipre, sino también Egipto. En Chipre reinaba el hermano del Auletes. Pero en el año 58 el Senado romano procedió a liquidar el autónomo «reino ptolemaico» en Chipre y el hermano del Auletes prefirió morir antes que vivir el resto de sus días al servicio de los romanos.[2] El mismo año fue depuesto el Auletes por sus súbditos alejandrinos cansados de su total dependencia de los romanos, de los que había obtenido, después de dos decenios de penosas humillaciones, el reconocimiento de su estatus de soberano. El de a quién le había de tocar la lucrativa operación de restablecer al Auletes en el trono fue uno de los «juegos» de la política romana durante los primeros años del triunvirato. Al final le tocó a Aulo Gabinio, que en el 55 era gobernador de Siria. Gabinio era hombre de Pompeyo, pero contaba con el apoyo, además del consenso, de César para la operación. De ahí en adelante Egipto se convertiría, más que *de facto*, en un protectorado romano. Al lado del soberano fue puesto, o

mejor dicho, impuesto, un *dioiketes* (un ministro de las finanzas), de tal modo que todo el sistema financiero del riquísimo reino estaba de hecho en manos de los romanos. Los legionarios romanos que habían entrado en la mítica tierra de los faraones y de los Ptolomeos se instalaron establemente implantándose en el país. Se trataba de aquellos *milites Gabiniani* que formaban parte de la armada egipcia cuando César desembarcó en la grande y fascinante ciudad. Además, Egipto fue invadido por bandadas de famélicos acreedores del Auletes, el cual durante tres años había vivido en Roma y se había llenado de deudas. Que precisamente el principal de estos acreedores, Gayo Rabirio Póstumo,[3] le fuese impuesto al Auletes como *dioiketes* es indicativo de la situación. Las ulteriores vicisitudes de Rabirio nos son conocidas gracias al hábil discurso de Cicerón en su defensa. No hay que olvidar que Rabirio era un hombre muy vinculado a César, sobre todo en el plano financiero (mintiendo, sostuvo en el proceso que era un hombre arruinado). Probablemente, Ptolomeo Auletes no habría mantenido ni siquiera su formal independencia si la lucha entre los potentes en Roma no se hubiera ido exacerbando, proyectándose sobre otros objetivos. Cuando murió (en el 51 a.C.) le sucedió en el trono Cleopatra, de dieciocho años, junto a su esposo y hermano, Ptolomeo XIII, nueve años más joven. Era llamada Filópator, y probablemente pensaba seguir la política paterna, pero a sus miras se oponía el reducido «Consejo» del hermano-esposo-rey, compuesto por el eunuco Potino, hábil y audad político, por Aquila, comandante de las tropas, y por Teodoto, rétor de origen samio, al que se le había encargado la educación del rey. El hecho de que Cleopatra pretendía desautorizar al hermano lo demuestran claramente, entre otras cosas, los sellos reales de la época, en los cuales el nombre «Cleopatra» aparece solo, contra la tradición ptolemaica de representar conjuntamente a los dos *partners* de la pareja real formada por dos hermanos.

Hábil en seguir los intereses y las tramas de la política romana, Cleopatra era cada vez menos apreciada por sus súbditos alejandrinos, exasperados por las vejaciones de los «protectores» romanos. Esto se pudo ver cuando la reina quiso restituir a la autoridad de un tribunal romano a los asesinos de los dos hijos de Bíbulo (51 a.C.).[4] Se vio también cuando, después de la visita del hijo mayor de Pompeyo, que había acudido en busca

de ayuda al inicio de la guerra civil, decidió apoyar la causa pompeyana (casi todos en Oriente estaban seguros de que Pompeyo vencería) y envió al gran padre de aquel industrioso hijo, que se había convertido inmediatamente, según Plutarco, en su amante,[5] nada menos que 60 naves cargadas de trigo y 500 *milites Gabiniani*:[6] una *gaffe*, puesto que desde hacía al menos tres años las cosechas de trigo eran escasas por la modesta crecida del Nilo y el pueblo pasaba hambre. Cleopatra tuvo que huir de Alejandría y refugiarse en Siria entre poblaciones amigas y reclutar tropas para el retorno a la capital. En verano del 48, cuando Pompeyo fue vencido, los ejércitos de Cleopatra y de Ptolomeo (este último al mando de Aquila y de Potino) se enfrentaban. Las tropas de Ptolomeo estaban en Pelusio cuando la nave del fugitivo Pompeyo llegó a aquel puerto.

3. La escena que entonces se produjo nos la cuenta Plutarco con el necesario patetismo que le caracteriza cuando narra las peripecias de los vencidos. Pompeyo detiene la nave en las inmediaciones del puerto de Pelusio, donde está acampado Ptolomeo con sus tutores, y pide asilo a través de un mensajero. En tierra se celebra un verdadero y propio consejo. Teodoto, «maestro vendido», según la definición despectiva de Plutarco, expone el parecer que después será aceptado: a Pompeyo no había que acogerlo ni rechazarlo, había que matarlo; con elocuencia y no sin astucia política explica por qué se debían descartar las dos soluciones que él desaconseja, y concluye diciendo: «un cadáver no muerde».[7]

La emboscada a Pompeyo fue sumamente fácil: colaboró también uno que había sido oficial subalterno del Magno, llamado Septimio.[8] En su relato, Plutarco subraya una y otra vez cómo cada paso que condujo al abismo pudo haber sido evitado. Estaban a punto de huir a Partia o directamente a la tierra de Juba, Numidia (a donde se había dirigido Catón después de la derrota de Farsalia), y en cambio Teófanes, el historiador de Pompeyo, instó a los fugitivos a irse Egipto. Después, cuando de Pelusio salió a su encuentro, en lugar de una digna embarcación, una barca de pescadores, lo que hacía sospechar un tratamiento descortés por parte egipcia, alguien le sugirió a Pompeyo que había que retroceder hasta que

estuvieran fuera del alcance de las flechas. Pero precisamente en aquel momento la barca se había acercado a la nave del fugitivo y Séptimio saludó a Pompeyo en latín llamándolo *imperator*: un halago tranquilizador en aquel momento de desesperación. Aquila lo saludó en griego y aclaró que el fondo, de baja profundidad y arenoso, hacía imposible avanzar con una trirreme. Mientras tanto, a lo largo de la costa tenían lugar movimientos de tropas y de naves que podían interpretarse como una amenaza. Pompeyo se decidió y descendió a la barca que estaba abajo con dos centuriones, un liberto y un esclavo. Al despedirse, su mujer, oprimida por un angustioso presagio, recitó un verso de Sófocles: «quien acude a un tirano se convierte en su esclavo».[9] En la barca, un silencio glacial siguió a las pocas palabras que Pompeyo intentó decir. Pompeyo renunció a dialogar y se puso a releer las palabras que pensaba decirle a Ptolomeo, y que había preparado, en griego, en un pequeño rollo. En el momento en que se levantaba para bajar a tierra lo apuñalaron entre tres, el primero de todos Septimio, después el mismo Aquila. Desde las naves, los fugitivos de Farsalia vislumbraron y entendieron lo que estaba sucediendo. A duras penas lograron librarse de la persecución de las naves egipcias.

4. César dice explícitamente que «ha sabido de la muerte de Pompeyo» en Alejandría,[10] en el momento mismo en el que, «desembarcando de la nave»,[11] había percibido el estrépito de los soldados, desplegados por Ptolomeo en defensa de la ciudad, y de los alejandrinos, alarmados porque César se hacía preceder de las fasces,[12] el símbolo de la autoridad de los cónsules romanos. Palabras calculadas, como siempre. Por un lado, César no manifiesta ninguna reacción ante la muerte de Pompeyo ni concede detalle alguno sobre aquel imprevisto giro de la guerra civil. Esto no es algo que haya que dar por descontado. No es suficiente aducir que el estilo de César como escritor es «lapidario»: cuando quiere da noticias exactas de lo que sucede en el campo contrario y proporciona detalles sobre los comportamientos y percances de sus principales antagonistas. En realidad existe, frente a esta reticencia extrema, una variada tradición acerca de las emociones que César habría dejado escapar cuando le fue llevada, por

Teodoto u otros,[13] la cabeza de Pompeyo.[14] El relato más analítico y más interesante, además de ser el más cercano a los hechos, el de Lucano,[15] se detiene mucho en un detalle. El «siervo», como él lo llama, del rey Ptolomeo, que lleva a César, como macabro don, la cabeza cortada de Pompeyo, pronuncia un amplio discurso en el que la muerte de Pompeyo se presenta como el acto último y conclusivo de la guerra civil.[16] Ptolomeo se presenta, pues, con un cariz positivo, como aquel que ha hecho a César, antes de estar presente en el lugar, el gran servicio de concluir, «para él que estaba ausente», la guerra civil; y este acto es considerado como una «prenda» *(pignus)* de sólida alianza entre Ptolomeo y César, sellada con la sangre de Pompeyo.[17] La contrapartida que se solicita es la inclusión de Ptolomeo entre la clientela de César: «Recibe el reino de Egipto conquistado sin derramar ni una gota de sangre, […] y un *digno cliente (dignumque clientem)*, al cual el destino ha querido conceder tanto poder frente a tu yerno.»[18] La propuesta de formalizar una relación de clientela —por la que César «recibe» Egipto, pero el soberano de Egipto continúa en el trono— se argumenta y se valora inmediatamente después: se exhorta a César a considerar cuánto le ha costado a Ptolomeo este gesto, dado que, ya con Pompeyo, Ptolomeo tenía una relación de clientela por los beneficios del *bâtisseur d'Empire* hacia el Auletes, padre del soberano. Por ello, el elocuente «siervo del rey» concluye su bien construido discurso con la consideración: no creáis que nos haya costado poco operar este brusco y traumático cambio de clientela.[19] Lucano no es ciertamente una fuente favorable a César; sin embargo, se ha de tomar muy en serio porque refleja una tradición historiográfica de inspiración «republicana» que podría remontarse a la obra histórica de Séneca padre sobre las guerras civiles. Aquí, como en otros lugares, la *Farsalia* es historiografía en verso, no mera invención poética. Ahora bien, Lucano saca a escena con cuidados detalles la reacción de César ante la ostentación, tan bien preparada políticamente, de la cabeza de Pompeyo: y es una reacción sagaz, calculada, sólo aparentemente emotiva. Antes de dejar salir, con retraso, las lágrimas, César escruta bien el truculento donativo y sólo cuando está completamente seguro de que se trata de Pompeyo se abandona a un llanto que tiene mucho de fingido.[20] Este llanto —nota con dureza Lucano— *es el único recurso que*

tiene César para no dejar traslucir el entusiasmo, el sentimiento de alegría que aquel macabro espectáculo ha suscitado en él: un llanto que debe, con gusto, esconder el entusiasmo. Además —prosigue Lucano—, de aquel modo evidente César se libera, o se considera liberado, de todo tipo de obligación hacia el aspirante cliente: «con aquel llanto, *él anula* el atroz regalo del tirano, ¡prefiere llorar la cabeza del yerno antes que pagarla!».[21]

El relato de Lucano encuentra correspondencia en una fuente historiográfica importante y de ascendencia liviana: la *Historia romana* de Dión Casio.[22] El relato de Dión es todavía más inquietante en cuanto deja sospechar (no sabemos hasta qué punto con fundamento) que Ptolomeo, o mejor dicho, sus ministros, habían obrado de acuerdo con César. César llega a Alejandría antes de que Ptolomeo y su séquito hayan regresado de Pelusio (donde ha sido liquidado Pompeyo), pero «encontrando a los alejandrinos en agitación a causa de la muerte de Pompeyo» no desembarca «hasta que no ve con sus propios ojos la cabeza cortada y el anillo de Pompeyo, regalo de Ptolomeo».[23] Si releemos las telegráficas y no del todo perspicuas palabras de César sobre su llegada a Alejandría —donde no demasiado claramente se entrecruzan la *notificación* de la muerte de Pompeyo y los tumultos alejandrinos atribuidos a la presencia de las fasces consulares—[24] se puede observar que algunos elementos del relato dioneo concuerdan con lo que César dice en aquellas líneas bastante reticentes. De todos modos, es evidente que para Dión ha habido un acuerdo previo: ¿si no, cómo habría podido César *esperar* la exhibición de aquella cabeza y descender a tierra sólo cuando aquella exhibición le había sido hecha?[25] Pero Dión va más lejos aún en el desenmascaramiento de César «comediante» ante el macabro trofeo: cuando se lo llevaron se echó a llorar, comenzó a invocarlo como «yerno» y se puso a enumerar todos los beneficios recíprocos que se habían intercambiado en vida. En este punto, «en vez de mostrarse grato con los que lo habían matado —señala con sarcasmo Dión—, empezó a insultarlos y ordenó que adornaran y enterraran aquella cabeza con todos los honores. Pero —ataca Dión— una simulación tal era simplemente risible».[26] Acto seguido, Dión se explaya en una verdadera perorata contra la hipocresía de César: ¿cómo se le podía creer, en aquella exhibición de duelo, si había hecho de todo para aniquilar a aquel adversario, si no se había detenido ni

siquiera ante la guerra civil, y «se había lanzado a perseguir a Pompeyo hasta Egipto, solamente con el fin de darle, *si hubiera sobrevivido*, el golpe de gracia?».[27] Diciendo «si hubiera sobrevivido», Dión da a entender, una vez más, que, según él, César sabía que Pompeyo encontraría la muerte en el momento en que se confiase a la tutela de Ptolomeo.

Algunos estudiosos modernos se han preguntado si Ptolomeo no tendría espías en el *entourage* de César o si César no tendría a hombres suyos con Ptolomeo:[28] lo cierto es que el tempestivo desplazamiento de Teodoto, con su trofeo macabro, de Pelusio a Alejandría, con la finalidad de encontrarse con César y ofrecerle el brutal pacto, no se explica si no se piensa en una infiltración (tal vez recíproca) entre los dos campos. Bien es verdad que, curiosamente, Veleyo, aun siendo enfático, no dice nada sobre la reacción de César, aun cuando dedica muchísimo espacio a condenar el asesinato a traición de Pompeyo.[29] Este silencio es muy extraño. Lo que en cambio parece improbable, y contrasta con la habitual decisión de César de dejar abiertas varias vías de salida, es que de veras César se hubiera metido en las manos de Ptolomeo propiciándole la acción criminal, y permitiéndose después rechazar todo tipo de acuerdo vinculante.[30] En cuanto a la reconstrucción conmovedora, y nada maliciosa, que Plutarco[31] hace de la reacción de César frente a la exhibición de la cabeza de su adversario, ésta se propone ciertamente ofrecer al lector una escena de elevado y gratificante patetismo, pero tal vez cae en lo genérico y fantasioso: como cuando presenta la sucesiva eliminación física de Aquila y de Potino, y del mismo Ptolomeo, por parte de César, como un castigo por el crimen que ellos cometieron contra Pompeyo.[32]

5. Pero el problema es entender cómo César se ha metido en la guerra alejandrina disponiendo sólo de tan reducidas tropas.[33]

El porqué César había terminado en la red o trampa alejandrina fue tema de discusión y de conjeturas ya entre los antiguos (y no todo les parecía claro a sus contemporáneos, ni siquiera a los más sagaces).[34] Plutarco dice que, según algunos, César se había echado sobre los hombros aquella guerra «no necesaria» «por amor de Cleopatra» y que por esto, también según los

mismos, dicha guerra no le trajo más que «vergüenza y peligros»; según otros, en cambio, la responsabilidad fue de la corte ptolemaica, y en particular de Potino, que había llegado a imaginar, en una especie de delirios de grandeza, que podría liquidar tanto a Pompeyo como a César.[35] Inclinándose por esta segunda explicación, Plutarco sostiene que la decisión de César de «pasar la noche en festines» (y en aquella primera fase de su estancia en Alejandría Cleopatra está todavía lejos) «como una medida de seguridad»[36] no ha de parecer una afirmación insensata ni novelesca: en efecto, fue en uno de estos festines nocturnos, durante los cuales los contendientes continuaban espiándose los unos a los otros, donde César intentó capturar y eliminar juntos a Potino y Aquila: prendió e hizo matar al primero, pero perdió al otro, que, escapando, se apresuró a instigar la revuelta, en medio de una vertiginosa precipitación de los acontecimientos.[37] De todos modos, todavía recientemente, ciertos académicos historiadores, cuya fantasía no deja de estar encendida por la figura de Cleopatra, repiten que «la relación de César con la provocativa levantina fue la causa de la guerra de Alejandría».[38] Napoleón, más elegante, pasa casi sin detenerse sobre la relación con «la bella Cleopatra» y se limita a «sugerirle» a César, tardíamente, que habría debido de contentarse con la falsa sumisión de Ptolomeo y «aplazar un año el castigo que había de infligirle».[39]

Ciñéndose más a la realidad, Theodor Mommsen señala que César en Alejandría, en todo caso, se mantuvo fiel a su criterio de «regularizar inmediata y personalmente de manera definitiva la situación de los países por él ocupados».[40] Por otra parte, reconoce que César actuó según unos cálculos que resultaron ser erróneos: pensó que a pesar de contar con apenas 3.000 hombres no iba a tener problemas ni por parte de la guardia romana (los famosos *milites Gabiniani*) ni de la corte. En realidad, olvidaba que aquellos *milites Gabiniani* ya estaban radicados de hecho en la realidad alejandrina, gracias a matrimonios con mujeres indígenas, y en consecuencia ya no se doblegaban a la autoridad romana. Además, sus filas se habían engrosado con bandidos y ladrones de origen sirio y cilicio.[41] En suma, aquella armada se había convertido en un potencial polvorín que podía estallar de improviso.

Además, el objetivo de César en la negociación con los tutores y protectores de Ptolomeo era en primer lugar financiero. Egipto, por obra de sus soberanos (y en esto Cleopatra era aún más «culpable» que su odiado hermano), se había comprometido con Pompeyo en la guerra civil. El gesto mismo de Potino y sus compañeros de asesinar a Pompeyo y ostentar después ante César este «mérito» se explica, precisamente, por la intención de borrar ante los ojos del vencedor de Farsalia el desagradable efecto de aquel embarazoso compromiso. César tenía todo el derecho a imponer un tributo de guerra como resarcimiento por la ayuda prestada a Pompeyo, pero en cambio eligió otro camino. Les recordó a sus huéspedes que del dinero prometido en su día, cuando fue restaurado Auletes, no había sido pagado más que la mitad de la suma (entre otras cosas porque el país estaba agotado); declaró que condonaría buena parte de la cantidad que faltaba por pagar, pero exigió una última cuota de diez millones de denarios. El corolario de esta imposición fue la orden a los dos hermanos de interrumpir las hostilidades. En cuanto cónsul en el poder, podía muy bien esperar que sus disposiciones y sus demandas fueran cumplidas. Había ostentado las fasces con las hachas desde el primer momento del desembarco en Alejandría porque consideraba urgente y conveniente servirse de su autoridad —de hecho ya formalizada y obligatoriamente aceptada por un rey cliente como Ptolomeo— para arreglar de manera conclusiva la confusa situación egipcia y, al mismo tiempo, obtener las sumas necesarias para la eventual (previsible) prosecución de la guerra.

6. En los *Commentarii* cesarianos y en el libro que es su continuación, dedicado a la guerra alejandrina, Cleopatra prácticamente no aparece. Su nombre lo encontramos por primera vez cuando se narra el precedente de la crisis dinástica;[42] después, cuando César dicta sus disposiciones sobre el futuro reino: «que Ptolomeo y su hermana Cleopatra licencien a sus respectivas tropas y vengan a su presencia a resolver sus controversias»,[43] y por último, en la *Guerra de Alejandría* el nombre de Cleopatra aparece únicamente al final del relato,[44] allí donde el lector es informado de la decisión de César de entregar a Cleopatra el reino, fallecido ya su rival

Ptolomeo XIII. Pero aquí el redactor de aquella continuación de los *Commentarii* precisa que durante la guerra, Cleopatra había permanecido fielmente «en el campo de César». Esto significa que en la tradición «oficial» de proveniencia cesariana Cleopatra era una presencia evanescente, desenfocada. César quiso que esta figura tan importante, sea para la historia de Egipto como para la de Roma, quedase al margen de su autorrepresentación. De ella tuvo un hijo; además, Cleopatra estuvo en Roma, en la villa de César, al otro lado del Tíber, desde el 46 hasta la muerte de César en marzo del 44, cuando huyó a su patria, y sin embargo, en la vida pública de César es una presencia invisible.

Otros relatos modifican radicalmente esta presentación de los hechos.[45] El momento en que Cleopatra entra en juego es precisamente cuando César ordena formalmente a los dos hermanosrivales que comparezcan ante su presencia para dirimir allí las controversias, delante de la máxima autoridad de la República romana. Según Plutarco, fue entonces cuando César «ocultamente mandó llamar a Cleopatra».[46] Obviamente, se daba cuenta de que, en aquella situación, Ptolomeo y sus consejeros, que gozaban de una posición de fuerza respecto a Cleopatra, no aceptarían fácilmente una reconciliación forzosa. No se hacía ilusiones sobre un fácil e indoloro regreso de Cleopatra a la capital, pero consideraba lógico jugar a enfrentar a las fuerzas locales una contra la otra. También Cleopatra era bien consciente de los riesgos de regresar a la corte: quien no había dudado en apuñalar a Pompeyo no tendría con ella ninguna consideración. Por ello aceptó la invitación de César, pero supo ser precavida.

Cuando se hizo de noche, una pequeña embarcación se acercó al palacio (que daba al mar), sin ser vista. Poco después, un hombre con el aspecto de un mercader de alfombras solicitaba ser conducido a la presencia de César. Se llamaba Apolodoro, dijo, y venía de Sicilia. Una vez admitido, hizo rodar su envoltorio ante los ojos divertidos del general romano. Salió, tumbada en toda su no excesiva largura, Cleopatra, que se había vestido, para camuflarse, con un saco de lino, de los que se usaban para transportar alfombras.

César quedó fascinado por el «descaro de aquella mujer».[47] Según Plutarco, César «fue vencido por la conversación y por la gracia» de Cleopatra. A ella y a sus recursos, Plutarco les dedica mucha atención, debido también a que ella vuelve a ser la protagonista en la *Vida de Antonio*: «Cuando hablaba tenía una voz dulcísima y sabía usar la lengua casi como si fuera un instrumento musical de muchas cuerdas, en cualquier idioma que se expresase; tanto es así que se servía de intérprete sólo para pocas lenguas.»[48] Es natural que Cleopatra, entonces con apenas veinte años, contase con el efecto que podía ejercer sobre un hombre entrado en años como César, que superaba los cincuenta:[49] su objetivo inmediato era, como es fácil imaginar, que el vencedor se olvidara de la ayuda que le había ofrecido a Pompeyo hacía unos meses. Por otra parte, como soberana prudente y ya experta política, Cleopatra no se había aventurado a tomar aquella decisión sin haber hecho ciertos sondeos preliminares. Según una fuente no benévola con César, pero a menudo bien informada, como Dión Casio, Cleopatra trató de sondear primero, a través de intermediarios, al general romano, sobre todo acerca de su carácter: «cuando se dio cuenta —prosigue el historiador— de que César era "particularmente abierto a las experiencias amorosas" (ἐρωτιχώτατος), actuó sin miedo. Le hizo saber, entre otras cosas, que incluso los suyos la traicionaban y que por ello ya sólo quería combatir "exclusivamente con sus propias fuerzas"»:[50] un modo elegante de darle a entender al dictador romano que se confiaba exclusivamente a él. Sólo después de estas premisas —que nos ofrecen un buen ejemplo de la secreta actividad entre bastidores que hemos de imaginar siempre vivacísima oculta tras el desarrollo de los acontecimientos visibles —, Cleopatra organizó el «golpe de teatro» de la llegada nocturna en pleno palacio transformada en alfombra.

7. Durante esta inquieta víspera de guerra, César, con sus 3.000 hombres y casi sin naves se instaló en el palacio real de Alejandría. Para entender mejor este dato hay que aclarar que el palacio real de Alejandría era, en realidad, todo un barrio: el barrio de Bruquion, que da al puerto grande y roza por el suroeste los Arsenales. Dos viajeros, Diodoro de

Sicilia, contemporáneo de César, y Estrabón, en tiempos de Augusto, nos han dejado unas eficaces y valiosas descripciones de este *unicum*.[51] Por ellos sabemos que el palacio había ido extendiéndose en el curso de los años, pues cada soberano había añadido nuevos edificios: en tiempos de Estrabón, la mansión regia ocupaba ya «un cuarto o tal vez un tercio del perímetro total de la ciudad».[52] Dentro de este gran conjunto se hallaba el llamado «palacio interno»,[53] que incluía, a su vez, varios edificios y jardines, además del teatro. Es ésta la *pars oppidi* en la que César se atrincheró cuando se dio cuenta de que la situación se estaba agravando.[54] César se expresa con justa precisión cuando llama *pars oppidi* al palacio *(oppidum)* interno. Éste estaba en una posición estratégica porque daba a un acantilado sobre el mar, y era, pues, inatacable por aquel lado, y bien defendible desde tierra a causa de la intrincada maraña de callejuelas que lo rodeaban, que —como César no deja de señalar— permitían defender la posición con pocos hombres.[55] Había también un sistema de galerías secretas y de canales subterráneos, además de un refinado sistema de conducción de agua que los asediantes intentaron atacar.

Lucano describe exactamente la situación cuando dice que César, «desconfiando de las murallas de la ciudad, se protege dentro de los portones del palacio real cerrado completamente hacia el exterior».[56] El poeta-historiador añade que César en aquella situación se mostró «resignado a la vergüenza de permanecer escondido». En Lucano, en efecto, está ya muy marcada la tendencia a poner el acento sobre el carácter «vergonzoso» que para César tenía la campaña alejandrina. Uno de los aspectos de tal *degradación estratégica* sería precisamente la de que César se hubiera tenido que atrincherar en aquel lugar (considerado también desde un punto de vista ético como un lugar de corrupción),[57] y, por añadidura, asediado por la «chusma» de «seres inferiores» como los que según el racismo romano serían los egipcios y los orientales en general. En realidad, hay que destacar la extrema ductilidad de la inventiva estratégica de César, el cual logró adaptarse a una situación completamente anómala respecto a cualquier «precedente» estratégico conocido. Durante la primera fase de las operaciones persiguió dos objetivos aparentemente contradictorios, pero en realidad convergentes: de una parte, ganarle palmo a palmo terreno al

enemigo, pasando por la fuerza de un edificio a otro;[58] de otra, mantener constantemente separada la *pars oppidi*, controlada por él, del resto de la ciudad, haciendo avanzar progresivamente las obras de fortificación.[59]

8. Se había llegado al enfrentamiento armado y a esta imprevista situación estratégica porque la reconciliación que César había intentado imponer una vez tuvo a su lado en el palacio a los hermanos-rivales fracasó apenas nacer. Por otra parte, no había posibilidad de llegar a un verdadero acuerdo, porque Ptolomeo (y sus consejeros) no pensaban de ninguna manera dividir el poder con Cleopatra, ya que consideraban —no sin razón— que carecía de cualquier tipo de favor entre los alejandrinos. De todos modos, César jugó una buena carta para aplacar los ánimos cuando proclamó la restitución de Chipre a Egipto, destinando a reinar en la isla a Arsinoe y al otro hermano (el futuro Ptolomeo XIV). Así, anulando la anexión romana de Chipre, que en su día tanto había indignado a los alejandrinos, y provocando la expulsión del Auletes, César aplacaba, al menos *pro tempore*, la inquietud creciente de la población, instigada por Aquila.

Aparte de las razones subjetivas, siempre colocadas en primer plano,[60] que explican la inclinación de César a favor de Cleopatra, es evidente que el fundamento de esta decisión era un cálculo obvio: evitar que el reino, aprovechándose sus regidores de las dificultades debidas a la guerra civil romana, cayera en manos de una *leadership* antirromana y fuertemente nacionalista como la que representaba de hecho el círculo de Ptolomeo. A tal fin, imponer la diarquía con la impopular Cleopatra sometida a los romanos era un buen remedio; mejor todavía la liquidación de Ptolomeo y de los suyos, que César no habrá dejado de prever como desenlace casi inevitable de un eventual y probable conflicto armado. En una situación de guerra civil todavía pendiente, que paralizaba a la potencia hegemónica, la única política inteligente era, por parte de César, mantener a toda costa un país neurálgico como Egipto en una posición de efectiva sumisión a Roma; y esto, de todos modos, sólo se podía obtener imponiendo de nuevo la presencia de Cleopatra en el vértice. Cuál era la amplitud que tenía la reacción popular y cuánto se había desnaturalizado ya la función de los

milites Gabiniani, que, sin embargo, tenían la función de mantener a Egipto bajo control, eran factores imponderables y no del todo previsibles que, de hecho, pusieron a César muy pronto en una situación crítica.

Escribe Mommsen, con una pizca de conservadurismo antirrevolucionario, que el pueblo de Alejandría «se lanzaba a los motines callejeros con el mismo ímpetu que los parisinos de hoy».[61] Por otra parte, reconoce que la expoliación de las riquezas, tanto las privadas como las de los templos llevada a cabo a raíz de la orden cesariana de pagar la última parte de la enorme deuda contraída con Gabinio, debió de haber exasperado los ánimos: exasperación que, por añadidura, fue aprovechada por Aquila y por sus seguidores «nacionalistas». La revuelta estalló por una casi inevitable concatenación de hechos. Ante la imposición del pacto de reconciliación querido por César, Aquila mandó llamar secretamente al ejército de Ptolomeo, que se encontraba en Pelusio (mientras el rey estaba ya en el palacio). César, informado de esto, le ordenó a Ptolomeo, su «rehén», que enviara a Aquila dos emisarios —Dioscórides y Serapión, viejos aliados de Roma— para que diesen una contraorden; los emisarios, en cambio, fueron asesinados en el curso de la misión por orden de Aquila.[62] Al llegar a Alejandría las tropas egipcias, Aquila ocupó toda la ciudad, excepto el *oppidum*, donde César se atrincheró teniendo con él como rehén a Ptolomeo.

Aquila intentó vencer enseguida, asaltando el palacio interno y al mismo tiempo intentando apoderarse de todas las naves que estaban en el puerto grande (las 50 enviadas en su día a Pompeyo y las 22 que estaban atracadas permanentemente en el puerto).[63] El asalto por tierra fue bloqueado; más peligrosa fue la operación que se intentó en el puerto, que habría debido privar a César completamente de la posibilidad de recibir ayuda por mar: dueños de aquellas 72 naves y de los accesos al puerto, Aquila y los suyos habrían impedido a cualquier flota acudir en ayuda de los asediados. Fue entonces cuando César llevó a cabo la acción más temeraria y que le llevaría a la victoria: desde lo alto del palacio, lanzando proyectiles incendiarios, «teas embebidas en pez»,[64] redujo completamente a las llamas a la flota egipcia,[65] privando así a los asediantes de su única arma verdaderamente temible. El incendio de la flota en los amarraderos del

puerto provocó —gracias al viento— un ulterior efecto imprevisto: un vasto incendio en la zona del puerto, que disminuyó la presión de los asediantes. El viento —escribe Lucano, al que debemos la mejor descripción del episodio— «favorece el desastre: las llamas, empujadas por las ráfagas, corren sobre los tejados con la velocidad de un meteoro». La calamidad reclama que los asediantes del palacio acudan a la defensa de la ciudad. La zona del puerto fue la más afectada. Dión nos da noticia de la destrucción, entre otras cosas, de algunos depósitos de trigo y de libros.[66] Es evidente que no se trataba de los libros de la valiosísima y célebre biblioteca, que estaba dentro del palacio real. Pero el equívoco de que se tratase precisamente de la «Gran Biblioteca» ha inducido al error a Plutarco[67] y a no pocos modernos. La broma de George Bernard Shaw, que hace decir a César «¡puedo muy bien los libros destruir porque yo mismo soy un intelectual!», está, pues, fuera de sitio.[68]

9. Habiendo fracasado el asalto y habiendo sido asesinado Aquila por orden de Arsinoe, la vivacísima hermana menor de Cleopatra, el nuevo jefe de las tropas egipcias, Ganimedes, ideó una nueva insidia: cortar el abastecimiento de agua al palacio, obligando a César y a los suyos a rendirse. El recurso de ingeniería empleado fue de los más brillantes: introducir ininterrumpidamente agua de mar en los conductos de las zonas altas de la ciudad; muy pronto, todo el barrio del Bruquion se encontró bebiendo agua salada.[69] Los legionarios de César estaban atemorizados y dispuestos a rebelarse: querían subir a las naves amarradas en la rada del palacio y abandonar aquel absurdo lugar. Cesar se negó tajantemente: estaba seguro —y muy pronto se vio confirmado— de que toda la zona costera estaba llena de venas de agua. Después de pasar una noche excavando, los soldados encontraron abundante agua manantial y estratos acuíferos.[70] Entretanto, César había procedido a difundir, a través de canales de confianza, una demanda de ayuda por todas las zonas circundantes.[71] Recurrió a sus clientelas orientales. Su más fiel cliente en Oriente, Mitrídates de Pérgamo, que estaba probablemente a su lado desde el inicio de la guerra civil, fue enviado a Siria y a Palestina: una iniciativa que fue

decisiva para el posterior desarrollo del conflicto. Mientras tanto había llegado a las inmediaciones de la costa de Alejandría la flota de Domicio Calvino, que transportaba la legión XXXVII, compuesta por legionarios pompeyanos que se habían rendido después de Farsalia.[72] El viento impedía la entrada en el puerto. César salió con sus naves al encuentro de la flota de Domicio para llevarles provisiones de agua y al regreso tuvo que hacer frente a un ataque de Ganimedes y Arsinoe, cuyas últimas naves fueron dispersadas.[73]

Es éste el momento de la máxima movilización de los alejandrinos: a marchas forzadas, ese pueblo de comerciantes y de marineros —como lo define el autor del *Bellum Alexandrinum*—[74] apeló a sus propias energías: en pocos días fueron preparadas 22 cuadrirremes y 5 quinquerremes, además de una considerable cantidad de naves pequeñas privadas de puente, dotadas todas de una tripulación muy experta. La nueva flota ponía a los egipcios en condiciones de instigar a la batalla a los legionarios de César siempre que lo considerasen útil. Pero para César era necesario ocupar Faro, el islote unido a la tierra firme por el heptaestadio: sólo así podría recuperar el control del puerto y dirigir la llegada de los refuerzos. Fue por ello por lo que decidió aceptar el enfrentamiento naval con las renovadas fuerzas egipcias. Un enfrentamiento durísimo en el que, en un cierto punto de la batalla, tuvo que salvarse a nado.[75] De todos modos, Faro fue finalmente tomada, así como el dique de contención; pero las pérdidas de César no fueron leves (400 hombres terminaron en el mar).[76] Trastornados por el resultado, los egipcios intentaron usar la astucia. Para ellos era importante liberar al rey Ptolomeo todavía prisionero de César. Por ello le pidieron a César la restitución de Ptolomeo como condición para someterse. César aceptó,[77] calculando que el regreso de Ptolomeo entre los suyos crearía discordias lacerantes y ulteriores divisiones en el campo adversario, como en efecto ocurrió. Pero se prestó a la comedia, no sin divertirse un poco. Se asiste así a un adiós angustiado y cargado de hipocresía por ambas partes: César, una y otra vez le rogaba al rey-niño que cuidase de su reino y proclamaba su confianza en la madurez del jovencísimo soberano, «tanto que lo dejaba irse al encuentro de enemigos en armas»; por su parte, el astuto jovencito, «educado en el arte de la simulación»,[78] no retiraba su mano de la de César fingiendo implorar

que no lo alejase de su lado. Naturalmente, apenas se vio liberado de la dorada prisión, a Ptolomeo ni se le pasó por la cabeza hacer nada de lo que había prometido, es más, exacerbó cuanto le fue posible el conflicto; pero sólo los ingenuos —comenta el redactor del *Bellum*— creyeron que César se había dejado engañar.[79] Llegaba precisamente en aquel momento la noticia de los inminentes refuerzos reunidos por Mitrídates Pergameno, ya a dos pasos de Pelusio.

10. El fin de toda esperanza para la rebelión egipcia provenía precisamente de allí, del contingente judío que Mitrídates traía consigo, al mando de Antipatro, el cual a su vez había conducido hábilmente a otras fuerzas aliadas o fieles a él. Mitrídates Pergameno había quedado bloqueado en Pelusio con sus refuerzos; para ser más exactos, estaba detenido en Escalona, a seis días de marcha de Pelusio, porque las tribus locales no le permitían el paso. En este punto fue decisiva la intervención de Antipatro, el jefe idumeo, *curator* de Judea.[80] Antipatro en aquella ocasión decidió, en realidad, el destino de su familia eligiendo la parte cesariana, y ligando establemente los grupos dirigentes judíos a la familia del dictador.

Antipatro traía consigo 1.500 hoplitas;[81] además, había conquistado para su causa a los jefes de las tribus árabes, y gracias a él, todas las dinastías de Siria habían decidido unirse al cuerpo de expedición que acudía en ayuda de César. Con la llegada de este aguerrido ejército, Mitrídates pudo atacar y tomar por asalto Pelusio. Fue Antipatro el artífice de la victoria y sobre todo el artífice de una valiosa labor de persuasión entre las comunidades judías del Delta, conquistadas por el astuto idumeo para la causa cesariana, gracias al prestigioso nombre del sumo sacerdote Hircano. La intervención de Antipatro suscitó otras adhesiones: cuando Menfis pasó también a estar de su parte, Mitrídates y Antipatro pudieron afrontar en campo abierto, en una localidad llamada «Campo de los judíos», al ejército egipcio, y lo derrotaron.[82]

Sigue el último acto de esta extraña y peligrosa guerra «colonial».[83] Mientras Mitrídates y Antipatro marchaban hacia Alejandría, lo que para los egipcios eliminaba todas las posibilidades de mantener el poder de

iniciativa en la ciudad (como había sido hasta aquel momento), Ptolomeo y los suyos toman la decisión desesperada de ir a enfrentarse con el ejército de socorro. Pero César fue más rápido, y el 27 de marzo del 47 hizo frente —junto a Antipatro y Mitrídates— al ejército egipcio en las cercanías del Nilo. Los hombres de los ejércitos aliados y los legionarios atacaron el campo egipcio. Durante la derrota de los suyos, Ptolomeo, entorpecido por el peso de la armadura de oro que llevaba, cayó al agua y se ahogó. Para un soberano egipcio era una muerte afortunada: quien se ahogaba en el Nilo podía contar con el favor de Osiris y, además, resucitaría. César, atento como siempre a los *idola tribus*, como diría el gran Bacon, quiso que el cadáver fuera extraído de las aguas del río, lo hizo exponer en público en Alejandría y le rindió así los honores que el pueblo se esperaba. Disponiéndose a decidir el destino del porfiado e infiel reino, aquel era el mejor viático para hacer más aceptables sus decisiones.

Alejandría se había rendido el 27 de marzo. Arsinoe fue inmediatamente enviada a Roma, como reina prisionera que iba a hacer compañía a Vercingetórix. El más pequeño de los hijos del Auletes, un niño al que le fue dado el nombre de Ptolomeo XIV, fue proclamado esposo de Cleopatra y soberano, con ella, de Egipto. En tanto, Cleopatra estaba esperando un hijo de César; el niño, cuando nació, fue llamado por los alejandrinos «Cesarión» (Καισαρίων, diminutivo de Καῖσαρ).

El sistema de organización de Egipto, si bien en conformidad con el testamento del Auletes,[84] estaba, de hecho, claramente establecido. César no cometió el error de transformar el reino en provincia. Habría sido una provincia que podía inducir a los gobernadores a cometer insensateces.[85] En cierto sentido, mantener su estatus de reino cliente bajo estrecha vigilancia era la solución más fácilmente manejable. Suetonio dice explícitamente que César no quiso transformar Egipto en provincia «temiendo que se pudiera convertir algún día, en manos de un gobernador demasiado audaz y atrevido *(violentiorem)*, en un foco de rebelión».[86] Ésta es la razón de que le fuese indispensable una figura políticamente debilitada (en su país) como Cleopatra. Ella, por su parte, ligaba establemente el destino de la dinastía al

del vencedor (probablemente destinado a seguir siendo tal) de la guerra civil. El vínculo de sangre representado por «Cesarión» era, como imaginaba la audaz reina, un arma en sus manos.

La *ratio* del sistema organizativo impuesto a Egipto está bien explicada por el redactor del *Bellum Alexandrinum*.[87] César dejó en Egipto el grueso de las tropas, en cuanto tropas de ocupación. Sólo se llevó consigo, cuando se puso en camino hacia Siria, a una legión de veteranos, la VI. La razón de una presencia tan masiva de tropas de ocupación se explica porque éstas «servían para reforzar el poder de los soberanos, que no se podían fiar del afecto de sus súbditos porque habían quedado fielmente *in amicitia Caesaris*; y que no podían contar con un antigua y sólida estabilidad en el poder porque estaban desde hacía poquísimos días ejerciendo su función. César consideraba, además, que era inherente a la dignidad y en beneficio de nuestro imperio que aquellos soberanos, en el caso de que siguieran siendo fieles clientes,[88] fueran protegidos por nuestras tropas; y que en caso de que se volvieran ingratos, aquellas mismas tropas defensivas nuestras tuvieran el deber de obligarles con la fuerza». Dice siempre *reges* en plural, pero obviamente se refiere sólo a Cleopatra, no teniendo ningún peso el niño que se le puso al lado como marido. Aparte de las dulzuras personales, éste era para César el claro marco de referencia de las relaciones con la soberana.

11. Antes de despedirnos de ella, no podemos dejar de dedicar algunas consideraciones generales a una figura que, desde la muerte de César en adelante, dominó la escena política, hasta asumir el papel (en gran parte construido por la propaganda adversa) de «enemiga de Roma»:[89] aquella que habría intentado por última vez hacer que Oriente prevaleciese sobre Occidente.

Pero ¿no es cierto que ya César, en los últimos meses de vida, había tomado en consideración como solución posible a la incerteza constitucional en la que, incluso después de la victoria, había llegado a encontrarse, el modelo de monarquía helenística que Cleopatra encarnaba? César murió demasiado pronto para que podamos decir con fundamento qué camino habría elegido para dar forma a su futuro poder. Pero era probable que

tuviese en mente, aunque fuera de un modo vago, formas de poder en las que el modelo helenístico tuviera un cierto peso. Años después, Octaviano presentó la guerra contra Antonio, cabecilla contrario en una contienda civil, como una guerra «externa» contra una reina enemiga, Cleopatra (y a Antonio como *pars adiecta* o, como máximo, incauto cómplice). Y presentó su victoria, la victoria de Accio, como la victoria de Occidente, y de Italia en particular, contra Oriente. De este modo, el problema de la ruptura que Octaviano realizaba respecto a la política cesariana quedaba en la sombra. Y en Accio fue vencido precisamente un heredero de César —es decir, el triunviro Antonio—, que del dictador asesinado había tomado bastante más que el carisma militar.

Naturalmente, el retrato *personal* de Cleopatra que surge de las fuentes que han llegado hasta nosotros, que hablan de ella poniendo de relieve sus vicios y crímenes, puede ser también bastante verídico. No es un misterio que el nivel medio de la moralidad individual de los potentes y, en general, de los exponentes de las clases altas era más bien desconcertante. Cuando los cultores de la antigua tradición romana arremetían contra la propagación de costumbres «corruptas» importadas con la conquista de Oriente decían precisamente esto: que la moralidad de las clases dirigentes se había transformado de manera inquietante, como consecuencia de haberse mezclado con un mundo de una civilización más antigua. No se debería olvidar, a propósito de esto, la galería de retratos de emperadores romanos que nos ha dejado Suetonio. No se salva prácticamente ninguno en el plano de la moral individual. Lo que no quita nada a la grandeza política de algunos de ellos. Es análogo el caso de Cleopatra, última hábil heredera de un modelo helenístico de monarquía que, siglos después, logró prevalecer —pero esto en Accio nadie podía preverlo— incluso contra el belicoso occidentalismo del modelo de Augusto.

XXIV

CÉSAR, SALVADO POR LOS JUDÍOS

1. César debía su salvación a los judíos, y no lo olvidó nunca. La batalla decisiva que rompió el asedio en el que César estaba aprisionado en Alejandría fue la de Pelusio, seguida, inmediatamente después, de la del «Campo de los judíos», donde Antipatro decidió la suerte de la batalla contra los egipcios, que ya vencían sobre el ala enemiga al mando de Mitrídates. Según cuenta Flavio Josefo, fue Antipatro el que obligó a Pelusio a capitular y el primero que irrumpió en la ciudad.[1] El que blandiendo las directivas de Hircano obtuvo la adhesión de los judíos de la zona de Menfis.[2] Y en la batalla del «Campo de los judíos» (en el delta), Antipatro, con las tropas judías, no sólo decidió la suerte de la batalla, sino que no perdió más que 50 hombres, frente a los 800 de Mitrídates.[3] Según Josefo, existía además una carta de Mitrídates a César en la que se daba cuenta del papel decisivo de Antipatro en la batalla y en toda la campaña. Es evidente que Josefo en ese pasaje se refiere a un documento, una *carta a César*, de la que ha tenido conocimiento directo.[4]

Que la batalla del delta había sido el momento decisivo lo dice también, aunque con sus elipsis verbales, el autor de la *Guerra de Alejandría*.[5] Según esta versión, Ptolomeo manda un gran ejército a afrontar a Mitrídates en el delta, convencido de que lo óptimo sería derrotar a Mitrídates, pero —añade— «le bastaba *(satis abebat)* impedir que Mitrídates llegase a juntar sus tropas con las de César *(interclusum a Caesare retineri)*».[6] Todo el posterior desarrollo de la maniobra fue a favor de César: César organiza una salida en masa para sumar sus tropas a las de Mitrídates e interceptar a Ptolomeo, que salía de Alejandría con su ejército; enfrentamiento en el Nilo; César ataca por sorpresa el campo adversario y al final consigue vencer.[7] Es evidente, como se puede ver también en el relato

de la *Guerra de Alejandría*, el papel decisivo de la batalla del delta, que indujo a Ptolomeo al error de emplear una buena parte de sus tropas fuera y lejos de la ciudad, permitiéndole a César la maniobra imprevista de atacar el campo adversario. Naturalmente, en el relato de Josefo la atención se concentra enteramente sobre la batalla vista *desde la parte del contingente de Mitrídates* y por consiguiente en el enfrentamiento del delta, no en el de César con las tropas egipcias, que fue su consecuencia.

2. La historiografía no hebraica daba vaga noticia de estos hechos. Asinio[8] lo hacía de manera confusa porque hablaba de *Hircano* (y no de Antipatro) alistado con las tropas de Mitrídates. Estrabón decía mucho más[9] y precisaba detalles que encontramos casi todos también en Josefo: que Antipatro era el *único* que se había movido (ἐξελθεῖν μόνον);[10] que Antipatro había sido convocado a Escalona por Mitrídates; que había traído consigo 3.000 hombres; que había *implicado a otras dinastías*, y que Hircano había dado su apoyo a la expedición.[11]

En la descripción de la marcha de Mitrídates de Pérgamo hasta Pelusio y más allá, el autor de la *Guerra de Alejandría* atribuye a Mitrídates,[12] como hemos dicho, méritos que, según Josefo,[13] corresponderían a Antipatro: así, la implicación de las dinastías locales y de los nabateos (la expresión «los influyentes de Arabia» sólo puede entenderse como una referencia a Malco Nabateo), como también la de los judíos habitantes en el distrito de Menfis, en el delta, una vez superado el «escollo» representado por la resistencia de Pelusio. La noticia de la solicitud de ayuda dirigida a Malco se nos da pronto, al inicio de la *Guerra de Alejandría*[14] (y casi ciertamente es el propio César quien la da). Lo cual completa nuestra información: *César había llamado a Malco, pero Malco se había movido sólo bajo solicitud de Antipatro*. El necesario reconocimiento a la intervención de Antipatro Idumeo nos lo da, aunque de manera confusa, Asinio Polión, el cual, al menos precisa que, «junto a Mitrídates de Pérgamo, había entrado en Egipto Hircano, el sumo sacerdote de los judíos» (citado por Estrabón, a su vez citado por Josefo).[15] Esta claro que Asinio «corregía» también sobre este punto el relato disponible en el *corpus* cesariano.

3. El reconocimiento por parte de César de estos méritos indiscutibles (y decisivos en el caso de Antipatro), de los judíos respecto a él, fue manifestado con aquellos decretos que Flavio Josefo, casi un siglo y medio después fue a buscar a Roma «en el Capitolio».[16] Para Josefo, todo esto tenía un valor apologético, como prueba de la antigua relación de colaboración entre Roma y los judíos. Naturalmente, hay varios elementos que muestran un interés faccioso en tal operación. Josefo ve favorablemente el *stablishment* judío, pero obviamente aborrece y encuentra condenable la sublevación (¿mesiánica?) de Ezequías,[17] si bien muestra reservas acerca de la brutalidad de la represión de Herodes contra él. De todos modos, es mérito suyo haber logrado encontrar en Roma lo que ya no podía ir a buscar a Jerusalén desde que, al inicio de la rebelión del 69 d.C., había «traicionado» la causa pasándose a los romanos y al servicio de la familia Flavia. Se puede fácilmente suponer que conociera ya antes de su «trasplante» a Roma la existencia de aquellos documentos que testimoniaban la antigua amistad con Roma en tiempos de Julio César, y que de tal documentación existiera en «copia» también en Jerusalén.[18]

El laicismo total de la *forma mentis* cesariana se conforma perfectamente con esta clara apertura hacia los judíos, que eran aborrecidos, en cambio, por el «romano medio».[19] César, íntimamente escéptico, laico, con simpatías filoepicúreas, abierto por *curiosidad* intelectual a todas las creencias religiosas, pero al mismo tiempo consciente del papel político de la religión en Roma (¡fue *pontifex maximus* desde el 63 hasta el final de su vida y en los últimos años también *augur*!), está libre de prejuicios en su relación con los judíos. Además —él, que es muy inferior a Pompeyo en cuanto a clientelas en las provincias— intuye el potencial político de la relación con la comunidad judía en vista de un posible vínculo clientelar como medida anti-pompeyana. Esta comunidad existía en Roma (isla Tiberina) desde el 63 a.C., constituida por prisioneros de guerra, traídos precisamente por Pompeyo, el cual había ofendido al pueblo judío haciendo irrupción en el templo aprovechándose de la fiesta del sábado. Frente a la posición de fuerza de Pompeyo en Oriente, la posibilidad de crear un vínculo fecundo y de recíproca ayuda con los judíos es un paso que César da sin temor. Este vínculo resultó ser precioso cuando precisamente fue el

contingente judío, guiado por Antipatro, el que hizo posible que César rompiera el asedio en Alejandría: no sólo por la bravura de los hombres de Antipatro en el asedio de Pelusio y en la batalla del delta, sino también por la capacidad de Antipatro para arrastrar consigo otras ayudas de poblaciones locales, a las que en vano se había dirigido César en el momento de mayor peligro.

De aquí la reiterada gratitud manifestada en documentos oficiales cuya aprobación César le impuso también al Senado romano, no sin «regocijarse» probablemente de pisotear el antisemitismo de los romanos cultos y de los incultos. En algunos de aquellos documentos, César se dirigía a Hircano, sumo sacerdote de los judíos, no sólo como dictador, sino también como «pontífice máximo» de los romanos.

Patrón finalmente de la situación en Oriente, después de la terrible aventura sucedida en Alejandría, ordena en primer lugar la reconstrucción de las murallas de Jerusalén, destruidas en su día por Pompeyo,[20] y ordena a los cónsules que hagan grabar el decreto al propósito en una placa que se habrá de exponer en el Capitolio. El Senado romano lo aprueba.[21]

En el 47, siendo dictador por segunda vez, pide al Senado y al pueblo de Sidón que expongan en público el siguiente texto, grabado en bronce, en griego y en latín:

> Yo, Cayo Julio César *imperator*, pontífice máximo y dictador por segunda vez, he decidido *de consilii sententia* cuanto sigue. Dado que el judío Hircano, hijo de Alejandro, tanto ahora como en los tiempos precedentes, tanto en la paz como en la guerra, ha mostrado lealtad *(fides)* y celo hacia nuestra persona, como muchos de nuestros magistrados, por lo demás, han testimoniado por su parte recientemente, y dado que en Alejandría, durante el conflicto, ha acudido en nuestra ayuda con 1.500 soldados, y, siendo enviado por mí en apoyo de Mitrídates, ha superado en valor a todos los demás; por todas estas razones, decreto que Hircano, hijo de Alejandro, y sus hijos sean etnarcas de los judíos, y que ocupen para siempre, según las leyes patrias, el sumo sacerdocio; que él y sus hijos sean declarados «aliados del pueblo romano»; establezco, además, que cualquier privilegio existente, relacionado con el sumo sacerdocio, les sea reconocido a él y a sus hijos. Que en cualquier cuestión o controversia que surgiera, mientras tanto, relativa a la vida pública y al culto en Judea, la sentencia les corresponda a ellos. Ellos no deberán soportar ni acuartelamientos de tropas ni recaudaciones de dinero.[22]

Al año 46 se remonta con toda probabilidad el senadoconsulto, mandado aprobar por César, relativo al inicio de las negociaciones dirigidas a instaurar entre Judea y Roma[23] el estatus de «amigos y aliados».[24] Este

senadoconsulto grabado en placas en griego y en latín fue expuesto no sólo en el Capitolio, sino en Tiro, Sidón y Ascalón. Hay que destacar, por último, sin mencionar otras disposiciones muy ventajosas para la dinastía de Hircano, el decreto honorífico, aprobado cuando César era ya «dictador por cuarta vez» y además «dictador designado por vida»,[25] que obligaba al Senado y al pueblo a velar para que les fuera asegurada siempre una adecuada recompensa a Hircano y a sus hijos, «por su benevolencia con nuestra persona *y por lo que han hecho por nosotros*».

La mole de documentos que Josefo ha reunido testimonia de un modo objetivo la atenta gestión por parte de César de esta importante clientela oriental, situada, por otra parte, en un lugar estratégico —como era Siria— en vista de los futuros planes militares previstos por el dictador. En esta documentación predomina el sentimiento de gratitud por lo que Hircano y sus hijos han hecho por César. La figura de Hircano concentra en sí toda la relación con el potente aliado, aun cuando, si creemos el relato de Josefo, el mérito militar le correspondería a Antipatro y a sus hombres. Pero probablemente la decisión está justificada: Antipatro se movió en nombre de Hircano y ostentando el nombre y las directivas del sumo sacerdote. Anteponerlo a él y a su autoridad (aunque después, *in loco*, Sexto César, nuevo gobernador de Siria, establecía relaciones con Antipatro y con su hijo Herodes, destinado a un gran futuro) no puede haber aportado más que consecuencias positivas tanto para los judíos de Jerusalén y de Palestina como —y no menos— para la comunidad judía de Roma. Cuando César fue asesinado el 15 de marzo del 44 y su cuerpo, después de días de gran turbación, fue incinerado en público entre grandes manifestaciones de dolor, «todos los extranjeros se asociaron al inmenso luto e hicieron sus lamentaciones en torno a la pira, cada uno según sus propias usanzas, pero más que nadie los judíos, que durante muchísimas noches seguidas regresaron una y otra vez, en gran número, al lugar del funeral».[26]

4. La precisa y literal transcripción de los textos historiográficos de los «gentiles» (fenómeno no demasiado frecuente en Josefo) tiene un determinado valor polémico: sirve para refutar aquella tradición

historiográfica muy vasta[27] que ocultaba la aportación judía. Repasemos el relato de Josefo:

> Concluida victoriosamente la guerra, César desembarcó en Siria y allí rindió grandes honores tanto a Hircano, al cual confirmó en el sumo sacerdocio, como a Antipatro, al que concedió la ciudadanía romana y la exención de los impuestos. Son muchos los autores que han hablado de la ayuda dada por Hircano a esta campaña *y de su presencia en Egipto*. Confirma esta afirmación mía Estrabón de Capadocia. Éste, citando a Asinio como su fuente, dice exactamente así: «Después de Mitrídates [en el sentido de *en el séquito*] entró en Egipto también Hircano, el sumo sacerdote de los judíos.» Y el mismo Estrabón, en otro pasaje, remitiéndose a su vez a Ipsícrates,[28] dice: «que Mitrídates se movió solo, que fue convocado por él a Escalona Antipatro, el procurador de Judea, que Antipatro le consiguió 3.000 hombres, que logró movilizar también a las otras dinastías, y que en la campaña tomó parte también Hircano, sumo sacerdote».[29] Esto dice exactamente Estrabón.[30]

Y acerca del destacado mérito de Antipatro en Pelusio y en la batalla del Campo de los judíos, Josefo menciona, aunque desgraciadamente no cita, una carta de Mitrídates a César.[31]

El origen de la tradición que, en cambio, esconde la aportación de los judíos, se encuentra en la *Guerra de Alejandría*, cuyo autor, como sabemos, le atribuye todos los méritos —haber movilizado a las *civitates* del lugar, haber reunido las tropas necesarias, haber expugnado Pelusio, haber ganado consenso después de la expugnación de Pelusio, y haber vencido la batalla del delta contra las tropas egipcias— únicamente a Mitrídates. Josefo da sobre todos estos puntos una versión alternativa[32] y proporciona minuciosos detalles sobre cada uno, detalles diametralmente opuestos: piénsese en particular en la batalla del Campo de los judíos, donde Mitrídates estaba ya vencido y Antipatro lo salva cuando los suyos de hecho estaban replegándose.[33] Josefo se fundaba en una carta de Mitrídates a César, que reconocía estos méritos decisivos del jefe judío y de sus tropas, pero no da el texto (como hace, en cambio, con los decretos de César y con los pasajes de Estrabón). Evidentemente, ya no disponía de ellos cuando escribía en Roma estas páginas.

¿Habrá sido conocida por Antipastro y por sus descendientes esta carta? ¿Formaba parte de las «glorias de familia» de la estirpe de Herodes el Grande? ¿Daban noticia de ella otros autores (por ejemplo, Ipsícrates)? No podemos establecerlo con certeza. Podemos sólo notar la tenacidad con

la que el autor de la *Guerra de Alejandría* se ha dedicado a invertir todas las verdades relativas a la aportación judía en la victoria cesariana. Este autor no es el mismo César: su aportación comienza, como parece, precisamente con el capítulo 26 y se caracteriza por la exaltación máxima de la figura de Mitrídates Pergameno. El que escribe es un oficial estrechamente ligado a él, que probablemente está al corriente también de la misiva de Mitrídates a César —que habrá sido conocida en el estado mayor — pero subvierte, más o menos conscientemente, los datos (contaminando así gran parte de la tradición sucesiva). Además, se puede suponer que escribía a raíz de los hechos: de su silencio sobre la muerte (poco después) de Mitrídates y de Sexto César tal vez se podría deducir que escribía antes de finales del año 46.[34]

Respecto a esta tradición, una vez más se distinguía Asinio Polión, el cual no juzgaba con benevolencia las manipulaciones que contenía el *corpus* cesariano, que él imputaba también al propio César:[35] en este caso, Asinio —que, por otra parte, había vuelto a Roma con Antonio después de Farsalia y por ello no se había encontrado en la aventura alejandrina—[36] se limitaba a precisar, refutando evidentemente lo que contaba el autor de la *Guerra de Alejandría*, que «con Mitrídates había entrado en Egipto Hircano, sacerdote de los judíos».[37] Si Estrabón (que concluye sus *Historias* en el 27-25 a.C.) es capaz de proporcionar todos aquellos otros detalles partiendo de Ipsícrates, significa que se había salvado de todos modos una tradición no invalidada por las pulsiones del antisemitismo romano, y que Estrabón, advertido, precisamente por las admoniciones de Asinio, sobre la poca confianza que había que depositar en los *Commentarii*, había preferido acudir también a otras fuentes que proporcionaban otras verdades. Si lo hacía así para el episodio alejandrino, quería decir que era bien consciente de la importancia de aquel episodio en la carrera de Julio César. Precisamente, porque estaba claro que César había corrido el riesgo de perderlo todo en Alejandría, incluso la vida, era importante para la historiográfía establecer *cómo* había logrado salir de aquella trampa mortal. De ahí la decisión de Estrabón de referir las diversas versiones sobre aquel momento delicadísimo. Parece obvio, en efecto, que el historiador capadocio trasplantado a la Roma augusteana proporciona, en su relato de

los hechos, *diversas* versiones: Josefo extrajo las dos citas, la de Asinio y la de Ipsícrates, que consideró más convenientes para su demostración. No hay que olvidar que Asinio tenía en casa a Timagenes, y que Timagenes, detestadísimo por Livio y por Augusto por su escaso «patriotismo romano», sabía mucho de la historia de su país, precisamente de Alejandría.

5. La reconstrucción exacta de la intervención de Mitrídates en la guerra alejandrina era proporcionada, pues, por dos historiadores originarios del Ponto: Ipsícrates de Amiso y Estrabón de Amasea. La familia de Estrabón estaba emparentada por parte de madre con Mitrídates V (padre de Mitrídates VI Eupator, que fue derrotado en el 66 por Pompeyo y se suicidó en el mismo año). Mitrídates VI Eupator fue «tutor» de Mitrídates Pergameno y en el 47, después de la victoria cesariana sobre Farnaces, le concede el reino del Bósforo.[38] No se puede excluir que Ipsícrates hubiera obtenido directamente de Mitrídates Pergameno aquellas noticias sobre la campaña alejandrina, y que Estrabón las hubiera tomado de Ipsícrates precisamente por consideración hacia este historiador «póntico» bien informado sobre personajes poco conocidos por los historiadores romanos. Ipsícrates debió de ser contemporáneo de aquellos hechos y personajes (era mayor que Estrabón): de hecho, contra sus escritos de gramática polemizaba Varrón (116-27 a.C.).[39]

Josefo recurrió masivamente a Estrabón, al que daba más crédito que a la historiografía latina y «augusteana». Casi todos los fragmentos de las *Historias* de Estrabón[40] provienen de Flavio Josefo. Livio, en cambio, se ha atenido en gran medida al *corpus* cesariano, como lo evidencian también las correspondencias entre Dión Casio y sus *Periochae*, por un lado, y los *Commentarii* cesarianos, por otro.

XXV

DE SIRIA A ZELA

1. Quien juzgue la guerra de Alejandría como un «entretenimiento» poco serio, una «distracción» de César, respecto a la vía maestra de poner fin a la guerra civil, no se ha dado cuenta de un hecho real de gran magnitud: si bien arriesgándose mucho, con aquella guerra César había movido hacia su «clientela» una pieza importante como Egipto, feudo de Pompeyo y de sus hombres durante mucho tiempo.[1] Por otra parte, toda la sucesiva actividad de César consistió en la reorganización de las clientelas orientales, agitadas ya desde la muerte de Pompeyo: de Siria al Ponto, fue ésta la prioridad que César decidió afrontar, a pesar de que era requerido para que regresara a Roma,[2] y a pesar de que no ignoraba la reorganización «catoniana» de las supervivientes fuerzas pompeyanas en África. La confirmación de esto está en que, una vez dominada Alejandría, César no marchó al encuentro de Juba, sino que se dirigió a Siria.

En Siria, la reacción a la derrota pompeyana de Farsalia había sido tan rápida y organizada (Antioquía tomó las armas amenazando a todo pompeyano que osase acercarse a la ciudad)[3] que induce a sospechar que allí se había desplegado, en aquella circunstancia, la actividad de elementos cesarianos. César estaba muy informado, incluso en los detalles mínimos, acerca de la exclusión de Pompeyo de Siria después de la derrota: también esto parece confirmar que allí operasen sus hombres. Cuando se encontró en dificultades en Alejandría pudo fiarse sobre todo de elementos provenientes de Siria.[4] Respecto a la provincia de Siria, se puede notar un comportamiento opuesto (al menos en aquel período de tiempo) por parte de los dos antagonistas: Pompeyo, haciéndose ilusiones, pensaba atravesar la provincia, en su día creada por él, para regresar con la ayuda de un cuerpo de expedición parto; César consolidaba las viejas y las nuevas clientelas

sirias y palestinas y organizaba toda la región en vistas a una campaña *contra* los partos.[5] De todos modos, si no existió ningún regreso «parto» de Pompeyo (lo cual ciertamente habría puesto a César en un gran apuro, mientras otras fuerzas pompeyanas se reorganizaban en Occidente), se debió, principalmente, al hecho de que «su» provincia le cerró las puertas. Por este motivo él renunció al audaz proyecto y se dirigió a Egipto, yendo a caer en la emboscada que ya conocemos. Mientras tanto, César se presentaba como «salvador» del tesoro del templo de Artemisa en Éfeso,[6] y en Siria, Antioquía, Tolemaida (el actual San Juan de Acre) y en otros lugares de Asia se señalaban «milagros» concomitantes con la espera del paso de César: y César con singular precisión registra por escrito estos fenómenos «sobrenaturales».[7] Ya a finales del 48 él había procedido al reconocimiento del sumo sacerdote Hircano en Jerusalén.[8] El reconocimiento del etnarcado y del sumo sacerdocio a Hircano fue confirmado después, al terminar la guerra,[9] cuando César fue a Siria y se ocupó personalmente de reorganizar la región, afianzando firmemente sus viejas y nuevas clientelas.

Mientras tanto, las tropas cesarianas hacían su aparición en Siria. Ya una legión suya se había detenido aquí, cuando todavía César estaba ocupado en Alejandría.[10] Después, en junio [= abril] del 47,[11] César mismo, proveniente de Alejandría, se había detenido en Siria y había llevado consigo a la legión VI, integrada por veteranos.

2. La estancia de César en Siria duró pocos días,[12] y en ellos se dedicó sobre todo a consolidar los vínculos con las ciudades que habían participado activamente en su ayuda, y a aclarar la posición del mosaico de dinastías que cubrían la provincia. Dada la urgencia de intervenir contra Farnaces, rey del Bósforo, que hacía poco había derrotado a Domicio Calvino en Nicópolis y estaba extendiendo su influencia amenazadoramente, César tuvo que limitarse a acoger la apresurada sumisión en masa de aquellas dinastías que habían acudido a rendirle homenaje. Éstos fueron *recepti in fidem* por él,[13] es decir, recibidos en su clientela. Les prometió su *amicitia* —que es la

fórmula de acogida en la clientela— a cambio del compromiso de que ellos se comprometerían a apoyar a la administración romana en las zonas de frontera.[14]

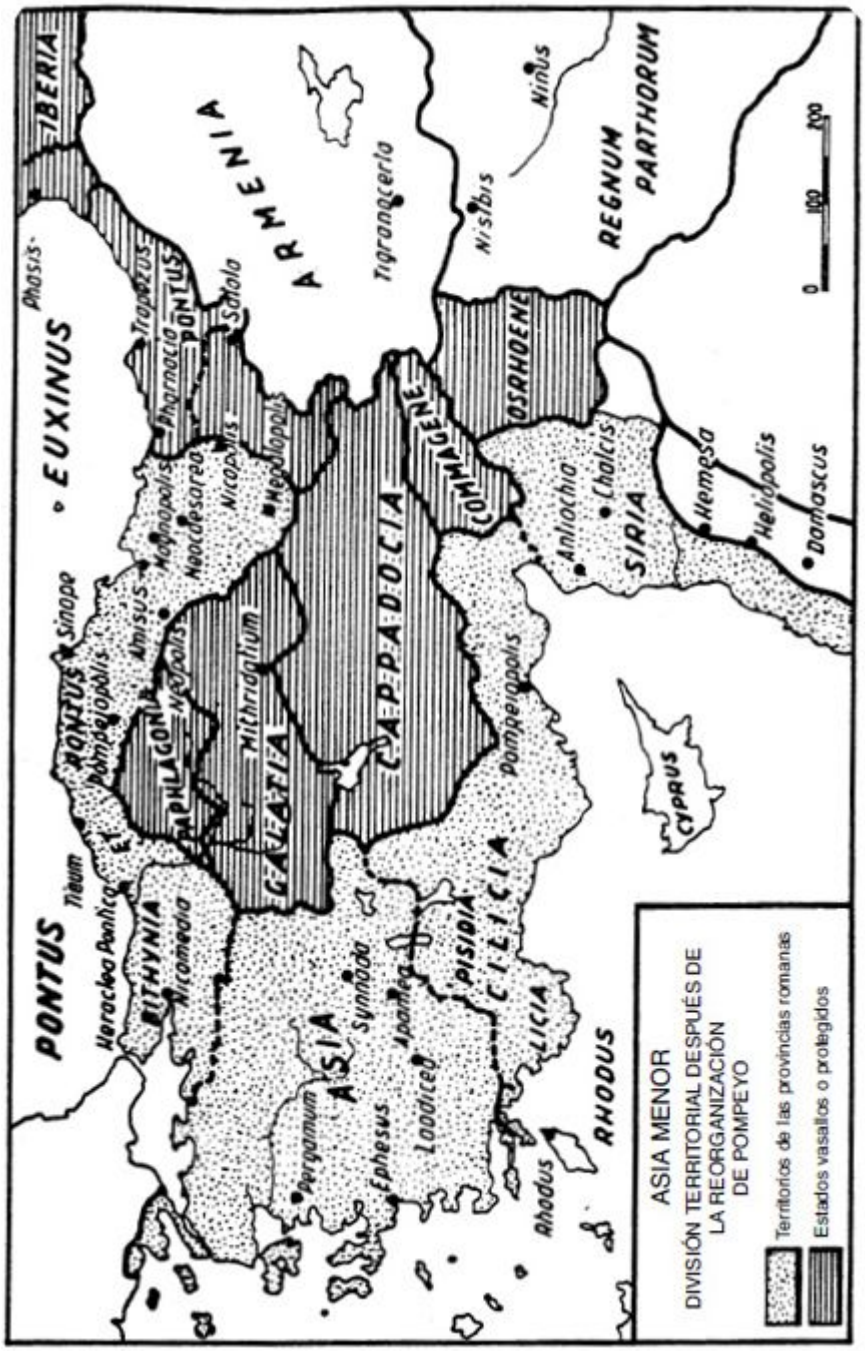
De entre los «dinastas», los más favorecidos fueron, sin duda, Antipatro e Hircano. Sobre ellos pesaba un pasado filopompeyano, pero habían cambiado de campo a tiempo: su intervención en la guerra alejandrina había cimentado su relación con el vencedor. Éste se vio obligado, sintiéndolo bastante, a librarse de otro candidato a establecer una relación clientelar con él, pero rival de Hircano y Antipatro, el macabeo Antígono, hijo de aquel Alejandro que, habiendo sido llevado como prisionero a Roma por Pompeyo en el 63 a.C., había sido condenado a muerte por los pompeyanos: «por su fidelidad a César», según afirmaba el hijo.[15] Entre las ciudades a las que tocaron premios *publice et viritim* (no sólo a la comunidad en su conjunto, sino también a privados particularmente beneméritos con César), fue premiada en primer lugar Antioquía,[16] por su tempestiva adhesión a la parte cesariana: *post eventum*, vistos los efectos de la fracasada fuga de Pompeyo hacia el este, César tenía motivos de particular gratitud hacia esa ciudad. Antioquía correspondió a su benefactor instituyendo, para la cronología de la ciudad, una nueva era a partir de la batalla de Farsalia.[17]

3. La decisión más importante fue la de nombrar a un pariente estrechamente ligado a él y empeñado en la guerra civil desde el principio, Sexto Julio César, gobernador de Siria. El redactor de la *Guerra de Alejandría* da mucha importancia a esta designación y define a Sexto no sólo como «pariente», sino también como «amigo» de César.[18] A Sexto le fue conferido el gobierno de Siria y el mando de las legiones,[19] excepto la VI (que acompañó a César en la campaña contra Farnaces).[20] Su rango fue el de procuestor-propretor, lo que nos lleva a fechar su nacimiento en torno al año 80 (no antes del 78).

Sexto Julio César descendía por línea directa (hijo o nieto)[21] de Sexto Julio César, cónsul en el 91, que era el hermano del padre de César. El padre de César —que había muerto en el 85— no había llegado al consulado, sino sólo a la pretura; el abuelo (o padre) de Sexto, en cambio, había alcanzado

la cumbre del *cursus honorum*: la de Sexto era, pues, en la historia reciente de la familia, la rama que había conseguido mayor prestigio. Esto podría explicar muy bien la consideración de César por su pariente más joven. Consideración que se desprende no sólo de las funciones desempeñadas por Sexto en diversos momentos de la guerra civil, sino también de las palabras muy solemnes y circunspectas de Cicerón en el discurso en defensa de Deyotaro,[22] si es precisamente a Sexto César —como parece probable— a quien se refiere la definición «aquel que tú elegiste, entre todos los tuyos como el más fiable y el más seguro».[23] César, en cuanto pontífice máximo, lo había nombrado *flamen Quirinalis* (ya en el 57 a.C.). En el 49, Sexto era tribuno militar con César en España y, por encargo de César y como su hombre de confianza, recibió la capitulación de Varrón después de la derrota de las tropas pompeyanas.[24] Visto que Sexto ocupa una posición preeminente junto a César, sea en la campaña contra Afranio y Petreyo, sea en ocasión de la reorganización de Siria, la única deducción razonable —dada la rápida e ininterrumpida sucesión de todas las campañas cesarianas desde el paso del Adriático a la sumisión de Alejandría— es la de que Sexto siguiera al dictador durante toda aquella crucial y peligrosa sucesión de acontecimientos. O nos lo imaginamos junto a César en Alejandría o hay que pensar que llegó allí con la legión XXXVII al mando de Domicio Calvino.[25] A menos de que no se hubiera quedado en Siria con la otra legión que se había detenido allí mientras Domicio continuaba por mar hacia Alejandría. El mayor número de noticias sobre el gobierno de Sexto en Siria provienen de Flavio Josefo, del libro XIV de *Antigüedades judaicas*:[26] de él deducimos que se estableció una profunda confianza, desde el primer momento, entre Sexto y la familia de Antipatro (en particular, con Herodes, hombre con un rico futuro y poco escrupuloso). Esto significa que Sexto, cuando ocupó su cargo, estaba radicado en la realidad indígena cuya gestión le había sido asignada: tal vez su vinculación con la familia de Antipatro se había establecido ya en el período en el que Mitrídates de Pérgamo buscaba aliados y apoyos en Siria para acudir en auxilio de César. Lo que está claro es que a partir de entonces Sexto protege a los idumeos y también las acciones criminales de Herodes,[27] y por su parte, Antipatro y sus hijos se baten al lado de Sexto: cuando fue eliminado por las tropas amotinadas,

quisieron vengarse «por su devoción —como dice Josefo— al César vivo [el dictador] y al César muerto [Sexto]».[28] Pero esto, como veremos, sucederá más tarde. Por ahora, una de las tareas, y no la más fácil de las que le han sido asignadas al neogobernador de la neurálgica provincia de frontera, podría haber sido la de preparar el terreno para la campaña que César proyectaba contra los partos.[29]



4. Prosiguiendo la reorganización de Oriente, y huérfano ya de su gran protector —muerto a manos de un cliente—, César había embarcado de nuevo, arribando velozmente a Tarso, en Cilicia.[30] Allí acude Cayo Casio[31], el cual, en realidad, ya había estado tentado varias veces de ir al encuentro de César en Alejandría, según parece por varias alusiones de Cicerón.[32] Cicerón parece un poco asombrado ante tal propósito de su viejo amigo. «Ir al encuentro de César», como por otra parte hizo Quinto Cicerón con su hijo Quinto, significaba, generalmente, tratar de obtener el «perdón». Más tarde, en agosto del 47, Cicerón escribirá a Casio reconociendo que había sido precisamente él el promotor de abandonar el «espíritu de guerra»[33] y de buscar un arreglo con César. Pero en marzo, probablemente, la esperanza de que César en Alejandría acabase mal modificaba la perspectiva. A decir verdad, lo que sucedió realmente en Cilicia, cuando Casio se presentó ante César y se convirtió en legado suyo,[34] no está del todo claro. Tres años después, cuando ya César había sido asesinado, por iniciativa y a manos de Casio, Cicerón sostendrá que Casio había ido a Cilicia para atentar contra la vida de César, pero que el atentado había fracasado por casualidad, por una distracción imprevista: César tenía que atracar en una de las dos orillas del río Cidno y, en cambio, inesperadamente, atracó en la orilla opuesta.[35] No parece sostenible la opinión de algunos modernos,[36] según los cuales, en las palabras de Cicerón habría habido una confusión con el episodio de un encuentro naval en el Helesponto entre César y *Lucio* Casio, en el 48,[37] inmediatamente después de Farsalia. Una superposición entre los dos episodios, tan diferentes entre sí bajo todos los puntos de vista, es imposible: ¡además, Cicerón era amigo muy íntimo de Casio y obtenía estas noticias reservadas directamente de él!

Son hechos comprobados: 1) que César escapó por un pelo a un atentado (lo que generalmente sucede por un «chivatazo»; 2) que este atentado estaba organizado por Casio; 3) que César no se llevó consigo a Casio como legado (si bien lo acababa de designar tal) ni a la campaña de África ni a la de España. Lo que no habrá sido sin ningún motivo.

En Tarso, César procedió a formalizar su nueva función hegemónica, convocando a las personas más ilustres de las ciudades de la provincia y de la vecina provincia de Asia.[38] Esta convocatoria general le permitió evitar

un desvío demasiado largo cuando era cada vez más urgente un arreglo de cuentas con Farnaces. Por ello prefirió tratar en Tarso las controversias de todo tipo para afrontar lo más rápidamente posible la nueva campaña en el Ponto. Atravesó Capadocia, llegó a Mazaca, donde incluso encontró tiempo para encargar a Licomedes de Bitinia el cuidado del templo de Belona y la función sacerdotal que hacía del responsable de aquel templo la figura con más autoridad en Capadocia, inmediatamente después del soberano.[39]

En la frontera con Galacia se presentó ante él Deyotaro, tetrarca de Galacia, en actitud de suplicante. Deyotaro en aquel momento estaba sufriendo el ataque de Farnaces. Estaba dispuesto a ser de ayuda, y ya había intentado hacerse aceptar cuando había dado dinero a su enviado (tal vez Sexto) en un momento delicado de la campaña alejandrina.[40] Quería conservar para sí el reino, pero sabía que estaba en peligro por haber decidido apoyar a las fuerzas pompeyanas hasta la derrota de Farsalia. Tuvo lugar entonces un diálogo que el redactor de la *Guerra de Alejandría* resume oportunamente.[41] Es instructivo porque refleja la posición de Deyotaro: ¿qué otra cosa habría podido hacer «viviendo en una parte de la tierra que no había proporcionado tropas auxiliares a los ejércitos de César?».[42] Instigado por las órdenes del enemigo, se había encontrado combatiendo en el campo de Pompeyo: «su deber no era ser juez de las controversias internas del pueblo romano, sino más bien el de *obedecer a la autoridad a medida que se iba presentando*».[43] Ésta es una fórmula de gran interés: un cliente del difunto Pompeyo explica al posible nuevo *patronus*, con cuya protección piensa contar, cómo funciona, en la periferia del imperio, el mecanismo clientelar. Se comprende bien que Deyotaro no tiene ninguna intención de comportarse de modo imprudente ni de polemizar con la persona en cuya gracia, por el contrario, pretende entrar: un cliente no puede razonar en términos de «mejor causa», sino que sólo puede adecuarse a la autoridad presente y visible. La respuesta de César no pone en discusión en absoluto estos presupuestos, que son ciertamente compartidos por él. Hace notar, sin embargo, que no pueden olvidarse los beneficios de los cuales también respecto a César Deyotaro debía considerarse deudor,[44] y, sobre todo, pone de relieve que cuando se combatía en Farsalia la posición jurídico-constitucional de César se había invertido: César era la autoridad legítima,

los adversarios eran irregulares: ¿quién había sido cónsul después del año de Léntulo y Marcelo? ¿Y el Senado (evidentemente, en su mayor parte había quedado en Roma) dónde estaba, en Grecia o en Tesalia? [45] Esta réplica constituye una información preciosa, que completa el relato de la guerra civil. Hemos dicho ya en su momento que en el año 48 la posición jurídica de las dos facciones se invierte y el error cometido por Pompeyo de «llevarse el Estado con él» a la península balcánica se muestra en toda su evidencia. Ahora, a través de este importante y preciso diálogo entre César y Deyotaro sabemos que César había sabido aprovechar esta ventaja, también en el plano de la propaganda, y que había tenido cuidado en mejorar gradualmente su posición a partir del momento en que había asumido por primera vez la dictadura, cuidando los procedimientos. Obviamente, Deyotaro fue perdonado e invitado a proporcionar inmediatamente tropas contra Farnaces.[46]

5. Farnaces II era el hijo de Mitrídates VI el Grande, el implacable y temible enemigo de Roma. Cuando en el 63 a.C. Mitrídates había sido derrotado por Pompeyo, Farnaces se rebeló contra el padre y así obtuvo un minúsculo reino, mientras el Ponto se convertía en provincia romana: le fue dado el Bósforo Cimerio (la actual Crimea). Pero durante la guerra civil, ya antes de Farsalia, Farnaces había ocupado Sinop, en la costa del viejo reino paterno; después había invadido Cólquida, Armenia Menor y Capadocia. Y cuando Domicio Calvino había intentado detenerlo, presionado por las dinastías expulsadas con el avance del ambicioso Farnaces, el representante de César en Asia Menor sufrió (en diciembre del 48) una seria derrota en Nicópolis, en la frontera entre el Ponto y Armenia Menor. No era un buen exordio para el *novus ordo* cesariano en la zona. Farnaces prosiguió el avance, invadió el Ponto y se adentró aún más en Capadocia. Por eso, para César era urgente detenerlo, y, sobre todo, restablecer el propio prestigio, después de la derrota de Domicio, a los ojos de aquella vasta clientela pompeyana en busca de certezas.

Farnaces intentó inmediatamente llegar a un trato. Hizo valer el hecho, indiscutible, de no haber enviado ninguna ayuda a Pompeyo, mientras que Deyotaro —hacía notar— «que, en cambio, la había dado, sin embargo, había sido "absuelto" por César».[47] César desmontó rápidamente aquel tipo de argumentación, refiriéndose a su propia inclinación natural a tratar bien a los suplicantes y reivindicando su victoria en Farsalia, que ciertamente no se debía a la neutralidad de gente como Farnaces. De todos modos, mostró que tomaba en serio la actitud conciliante de Farnaces y le enumeró las condiciones para llegar a un arreglo pacífico, a pesar de las graves ofensas hechas a ciudadanos romanos asesinados o exiliados en el Ponto: dejar libre inmediatamente el Ponto; liberar a los romanos y a los eventuales aliados prisioneros en su poder, y ofrecerle en señal de homenaje «aquel tipo de dones que los generales suelen recibir de los amigos después de las victorias».[48] Farnaces creyó obrar con astucia mediante aplazamientos, que presuponían que César se habría visto obligado por la situación en Roma a regresar a toda prisa.[49] Fue un cálculo fatal: tal vez con sus palabras hábiles, César, no sabemos hasta qué punto conscientemente, había hecho nacer en Farnaces aquella errónea convinción que lo llevó a la ruina. Farnaces se había instalado en Zela (teatro de la victoria de Mitrídates sobre Triario).[50] César se le había acercado con una rápida operación nocturna haciendo inevitable[51] que se llegase al enfrentamiento. En medio había un estrecho valle y César comenzó a preparar el terraplén y la fortificación. El 2 de agosto (= 12 de junio) Farnaces atacó de improviso, con los carros falcados, obteniendo al menos la ventaja del efecto sorpresa, pero no logró mantener esa inicial ventaja. Al principio, en las filas cesarianas cundió el pánico: una vez más, fue la legión VI la que logró prevalecer en el durísimo cuerpo a cuerpo. La victoria partió de allí: los soldados de Farnaces fueron lanzados pendiente abajo hasta que la retirada se convirtió en derrota incontrolada. La batalla fue veloz y resolutoria:[52] Farnaces huyó con algunos caballeros logrando evitar ser capturado (de hecho, no desfiló en el cortejo triunfal al lado de los otros soberanos derrotados) pero fue asesinado en su patria por el rebelde Asandro, que había sido fidelísimo suyo. César concedió el reino del Bósforo a Mitrídates Pergameno.[53]

La satisfacción de César por la rapidez de esta victoria fue expresada por él después, en el triunfo, con el célebre cartel llevado en procesión, en el que había las tres palabras VENI VIDI VICI.[54] Según Suetonio, César repitió muchas veces, y también después, que de aquella batalla contra Farnaces había aprendido a redimensionar la gloria militar de Pompeyo, «el cual había conquistado la mayor parte de su gloria contra enemigos ineptos para las armas de aquel tipo».[55] No eran palabras dichas por casualidad: era un último recurso para anular el recuerdo y el mito de Pompeyo, precisamente allí donde había florecido.

La reorganización de Asia lo ocupó hasta finales del verano. El 26 de septiembre desembarcó en Taranto[56] y pocos días después regresó finalmente a Roma, de donde había partido en diciembre del 49.

XXVI

LA LARGA GUERRA CIVIL

Il a été six mois maître du monde.

NAPOLEÓN

Se podría afirmar que la guerra civil no terminó en Farsalia precisamente porque Pompeyo murió de aquel modo imprevisible. La característica de esta guerra civil, al contrario de todas las otras libradas del siglo I a.C. al III d.C., es que ésta no se acababa nunca. Las fuerzas en liza continuaban equilibrándose sin conseguir llegar siquiera a un definitivo desenlace militar. Para César, la necesidad más urgente era conseguir prevalecer en el campo de batalla una y otra vez, pero inmediatamente después, o al mismo tiempo, buscar una solución política que *recompusiera* aquel equilibrio de fuerzas. Por ello era necesario recurrir a la *clementia.* De aquí es de donde surgirá la solución: «cesarismo» (dictadura) más acuerdo con la aristocracia.

El cálculo aparentemente paradójico de Napoleón es certero. Los «seis meses»[1] son los que transcurren entre el regreso a Roma después de la durísima e interminable campaña de Munda contra los hijos de Pompeyo (finales de agosto del 45) y el mortal atentado del 15 de marzo del 44. Napoleón comprende bien el carácter de única, ininterrumpida y larguísima guerra civil del conflicto iniciado a fines de diciembre del 50 y concluido (pero el término es optimista) al finalizar la campaña española, ya bien entrado el verano del 45. En medio hubo brevísimas pausas. A primeros de octubre del 47 regresó a Roma de Oriente (después de la secuencia de

Farsalia, Alejandría y Zela), pero ya a primeros de diciembre partió para África, zarpando de Lilibeo para enfrentarse a las fuerzas «republicanas» reorganizadas en Túnez bajo la protección del rey de Numidia, Juba. Regresó a Roma de África el 25 de julio del 46, pero a primeros de noviembre partió de nuevo para España, permaneciendo allí hasta agosto del año siguiente.[2] Un signo claro de la *provisionalidad* de este largo gobierno, que se inició con el nombramiento de dictador en noviembre del 49, pero que se redujo a una ininterrumpida serie de campañas en los cuatro ángulos del imperio y a la celebración retrasada de cuatro triunfos (sobre la Galia, Egipto, Ponto y Numidia) a su regreso de África en agosto del 46.[3]

No obstante, según los diversos contendientes, la «larga guerra civil» se puede dividir en períodos de diferentes maneras. Una cosa es la guerra «pompeyana», que acaba con la muerte de Pompeyo, y es reemprendida, casi tres años más tarde, por sus hijos. Otra es la guerra «republicana» de Catón. La diferencia entre las dos perspectivas —si bien ofuscada por el hecho de que el adversario que hay que vencer sigue siendo de todos modos César— se advierte mejor si se considera que, sucesivamente, entre Sexto Pompeyo y los «liberadores» (como los cesaricidas se hacían llamar) no se constituyó ningún frente. Y del 43 en adelante los cesarianos libraron las dos guerras por separado. Es más, en cierto sentido, la de Sexto Pompeyo será una guerra *de Octaviano*: una continuación de la guerra «pompeyana» en la que se habían enfrentado los respectivos «padres».

Para hacerse una idea clara de la articulación de la *larga guerra civil* es reveladora la carta que Cicerón escribe a Casio en agosto del 47.[4] En aquel momento, no sólo Casio y Bruto habían pasado ya, desde hacía casi un año (en agosto del 48), al servicio de César, sino que Cicerón estaba bloqueado en Brindisi, esperando el regreso de César de las campañas de Alejandría y contra Farnaces. Mientras tanto, Catón estaba reorganizando a los «pompeyanos» en África: pero Casio y Cicerón manifiestan su disgusto por aquella inesperada prolongación de la guerra civil, ya que habían previsto que ésta habría concluido con una sola batalla. Si por el contrario lo miramos desde el punto de vista de Catón, de Juba y de los hijos de

Pompeyo, etc., los diversos Casios y Cicerones no eran más que traidores, que se habían rendido demasiado pronto. Para ellos, la partida con César no había hecho más que comenzar.

Para Catón, en particular, la guerra de Pompeyo no había sido en el fondo *su* guerra: había sido la guerra entre dos aspirantes al reinado.[5] Ahora, en cambio, en África, habiendo desaparecido Pompeyo por una imprevista casualidad, se combatía la verdadera guerra de la República contra el usurpador: ¡y Cicerón y los demás estaban de la otra parte![6] Era otra guerra para Catón, no una única larga guerra.

De la larga guerra civil forma parte también el tema de la enormidad del tablero sobre el que se combate. España, Marsella, Iliria, Macedonia, Alejandría, Ponto, Numidia, España…, mientras se vuelve a abrir un foco de tensión en Siria, en Apamea. Del extremo de Occidente al extremo Oriente, y viceversa (más el frustrado final en Siria). Es la más espectacular e interminable guerra civil de la historia romana, incluidos los conflictos que estallaron al final de la dinastía julio-claudiana y en las postrimerías del reino de Cómodo. Me pregunto hasta qué punto la decisión de una *gran* campaña contra los partos, de la que no está claro cuándo habría sido proyectada exactamente, no estaba dirigida, *además*, a apagar definitivamente el potencial incendio representado por el amotinamiento «pompeyano» de Siria.

La de César no es una marcha triunfal: es el esfuerzo por agotar la continua reorganización de una *pars* que tiene unas raíces muy profundas no sólo en las clientelas provinciales. Si bien éstas cuentan mucho, ya que no se explicaría de otro modo la elección primero de África y después de España como terreno de represalia.

Es impresionante la vitalidad de la parte que sumariamente definimos en bloque como pompeyana. Después de Farsalia, la muerte de Pompeyo, la derrota y de las deserciones en masa, esa parte continúa reorganizándose y combatiendo. El enfrentamiento de Tapso fue crucial: fue la superioridad estratégica la que salvó a César, no una verdadera victoria política.

1. Cuando regresó a Roma en octubre del 47, César se vio obligado a afrontar urgentes problemas internos. Después de Farsalia, Antonio había vuelto a Italia y había gobernado, de hecho, como *magister equitum* del dictador. Había tenido que afrontar dificultades serias, no sólo políticas. En el plano constitucional había tenido que imponer una solución grave: la confirmación de César como dictador para el 47 y de él mismo como *magister equitum* (los augures habían protestado porque tal nombramiento no se limitaba, como solía ser, a seis meses).[7] En el plano del orden público, Antonio tuvo que afrontar el activismo parainsurreccional de Publio Cornelio Dolabela (el yerno de Cicerón), el cual, convirtiéndose en cuerpo y alma a la causa cesariana e interpretándola con los viejos criterios de la agitación *popularis*, pretendía cancelaciones de deudas, apoyándose en su posición de tribuno de la plebe para el año 47. Al principio se habían opuesto a él los colegas de tribunado, Polión y Trebelio, y después intervino Antonio, en cuanto máxima autoridad presente en Roma, con mano dura. En el plano social, el activismo de Dolabela podía encontrar cabida porque la situación económica empeoraba sobre todo para los grupos sociales más débiles: después de todo, África en manos de los pompeyanos significaba un creciente peligro de ataque de los adversarios a las provincias que proporcionaban trigo a Italia. En el plano militar y social al mismo tiempo, las legiones, especialmente las que estaban acampadas en Campania, se lamentaban del retraso en la celebración del triunfo (y de los consiguientes beneficios prácticos para cada uno de los legionarios), y de hecho pretendían la licencia. Cuando César regresó a Italia el preamotinamiento de las legiones ya se había iniciado. Cayo Salustio Crispo,[8] enviado a Campania para calmar los ánimos, fue recibido a pedradas y salvó la vida de milagro. Las tropas marcharon sobre Roma, acampando en el Campo Marcio. César tuvo que usar su carisma y al mismo tiempo la rudeza que sabía muy bien utilizar cuando era necesario. Se dirigió a ellos llamándolos «ciudadanos», y no «conmilitones»:[9] alarmante indicio (dicho entre paréntesis) del descrédito en el que había caído la palabra típica de la República. Los avasalló, de aquel modo, exasperándolos; y les dio a entender que ya no participarían en el triunfo. Precisamente, la legión X, la única que no había sido siquiera rozada por la inquietud en tiempos de la

campaña contra Ariovisto, era ahora la más reacia: para ser admitida al triunfo tuvo que afrontar las durísimas campañas de África y de España. Todas las legiones que participaron en el intento de amotinamiento fueron llamadas a formar en vista de la inminente campaña contra África, sólidamente en manos pompeyanas. También Antonio y Dolabela tuvieron su parte: Dolabela por la inconsciencia con la que se había comportado, y Antonio por la excesiva dureza de la represión. La irritación subterránea (aunque no demasiado) de Antonio, pronto defenestrado del rango de *magister equitum*, nace precisamente en esta ocasión: por otra parte, tuvo que pagar las sumas que había ofrecido[10] por las propiedades pompeyanas confiscadas. Antonio incluso había llegado a derruir la casa de Pompeyo para volverla a construir aún más fastuosa.[11] Esto irritaba mucho a la gente común, que veía nacer a los que se aprovechaban del régimen, antes incluso del régimen.

2. En Lilibeo, punta extrema de la Sicilia oriental, punto de embarque natural hacia África, César concentró en el mes de diciembre del 47 una fuerza que comprendía seis legiones y 2.600 soldados de caballería.[12] Contra toda sugerencia contraria zarpó en plena mala estación, el 25 de diciembre:[13] la ventaja de tal movimiento estratégico era evidente, no obstante los riesgos, porque los adversarios no disponían de una flota capaz de detener a la armada cesariana en el mar. Ni imaginaban esa celeridad.

Las fuerzas pompeyanas se habían ido consolidando durante el largo período transcurrido desde la derrota de Farsalia, y África había sido necesariamente elegida como punto de fuerza que desde el principio, ininterrumpidamente, había estado en manos pompeyanas. Al inicio de la guerra civil, Curión, enviado allí por César mientras él se ocupaba de España, había perdido la vida.[14] Después de la derrota de Curión, África había quedado firmemente en manos de Atio Varo, lugarteniente de Pompeyo, al mando de tres legiones, dos de las cuales reclutadas *in loco*. Después de Farsalia, el primero que llegó a África fue Quinto Metelo Escipión, suegro de Pompeyo, cuya autoridad sobre la armada superviviente le provenía esencialmente de aquella relación de parentesco. Luego llegó Catón. Ya en

Corfú, después de la derrota, había reunido un consejo de guerra, que se le había escurrido entre los dedos a medida que los senadores más influyentes (empezando por Cicerón) lo abandonaban, convencidos de que ya no había nada que hacer.[15] Desde el Adriático Catón arribó a la Cirenaica,[16] y después de una marcha de treinta días a través del desierto llegó a la provincia de África con quince cohortes y 1.600 jinetes, además de un grupo de veteranos que se habían salvado en Farsalia gracias a Labieno y Afranio.[17] Obtusamente formalista, Catón rechazó el mando supremo: en el *cursus honorum* (gracias al boicoteo conjunto llevado a cabo en su día por César y Pompeyo aliados) él había quedado bloqueado en la pretura; no había conseguido nunca el consulado; con su rango de propretor no podía ciertamente pretender mandar sobre procónsules. Por ello impuso que el mando estuviera en las manos de Escipión —cuyo nombre en una campaña de África tenía su efecto: el suegro de Pompeyo no destacaba por su capacidad estratégica; pero de todos modos estaba sostenido por generales capacitados como Labieno, Afranio, Petreyo, Varo, Cneo Pompeyo *iunior* y el mismo Catón—. Durante todo el tiempo en que César se mantuvo ocupado con los reyes-niños de Alejandría, África se militarizó; se convirtió en un campamento atrincherado con una fuerza de diez legiones y 14.000 soldados de caballería. Y además estaban las cuatro legiones del rey de Numidia, Juba, con 60 elefantes y una infantería ligera bastante numerosa y aguerrida. Por otra parte, las requisiciones de alimentos permitían a este potente ejército poder contar con provisiones sin límites. Los jefes tenían de nuevo jactancioso el estado de ánimo de antes de Farsalia. Pero no todas eran tropas selectas. Las legiones, sobre todo, dejaban mucho que desear, al estar compuestas por elementos indígenas[18] y esclavos libertos.

El inicio de la campaña no fue para César de los más brillantes. Visto que el grueso de las fuerzas «republicanas» estaba en Útica (en la bahía de Túnez), Cesar decidió ir bastante más al sur, hacia Adrumeto, pero una tempestad sorprendió a la flota en las cercanías de Cabo Bon y dispersó gran parte de las tropas cesarianas. A Adrumeto no llegaron más que 3.000 hombres y 150 caballos. Este desastre inicial marcó el desarrollo de la campaña, que se convirtió ya no en una estrategia de ataque, sino de reforzamiento y protección en posiciones seguras a la espera de unos

refuerzos que les permitieran plantear batalla al adversario. César se atrincheró en Rúspina y se apoderó, sin encontrar resistencia, de la vecina Leptis: ahí arribaron muchas de sus naves, dispersas en la tempestad de Cabo Bon, con cerca de 5.000 hombres.[19] Faltaban todavía cerca de 13.000 hombres, y su suerte en verdad parecía pender de un hilo: por razones de seguridad, César, de hecho, no había revelado a sus comandantes que el desembarco no sería en Útica (el puerto más cercano para quien parte de Lilibeo), sino en Adrumeto; existía por ello el riesgo de que, por error, los «náufragos» terminaran en manos del adversario. Sin embargo, lo peor se evitó, y al alba del 3 de enero del 46, las naves, de las que se había temido lo peor, aparecieron en las proximidades de Monastir. La armada cesariana, si bien bastante mal parada, ahora era capaz de defenderse y mantenerse sólidamente en los propios campamentos atrincherados. Pero ya al día siguiente fue clara la extrema delicadeza de la situación, cuando Labieno, con 10.000 jinetes, rodeó —y estuvo a punto de vencer— a un contingente de cohortes y caballería, capitaneado por el mismo César, que se ocupaba de la requisición de trigo. La batalla fue durísima y necesitaron mucha tenacidad para evitar ser aniquilados. César logró mantener el control de los suyos y romper el cerco, regresando después al campamento de Rúspina.[20] El autor de la *Guerra de África* da noticia también de enfrentamientos individuales, y sobre todo centra la atención en el error de Labieno, de nuevo convencido (como en su día en Tesalia) de enfrentarse no a veteranos de las campañas gálicas, sino a reclutas. De aquí el espacio dedicado al enfrentamiento verbal entre Labieno y un soldado de la legión X: los dos se reconocen por su anterior participación militar en la Galia[21] y mientras combaten se dirigen invectivas. El legionario aprovecha el error de Labieno, que lo ha confundido con un recluta: su finalidad es la de animar a los reclutas aterrorizados, «que buscaban con los ojos a César, y no hacían más que evitar las flechas enemigas».[22] En esta circunstancia Labieno había tenido a tiro a César y había desahogado su odio de tránsfuga lanzando invectivas, en su presencia, a los soldados: «¿Cómo es que tú, recluta, eres tan belicoso? ¿También a ti ése te ha encantado con su palabrería?»

Esta difícil experiencia inicial fue muy instructiva: César tuvo claro que sólo podía valerse de una estrategia de progresiva debilitación. Por ahora debía protegerse en posiciones seguras y esperar los refuerzos.

3. Empieza desde ese momento (enero del 46) una campaña psicológica para tranquilizar a los soldados mientras se esperan los refuerzos que tardan en llegar;[23] al mismo tiempo, una intensa labor de zapa con los desertores le revelaba los planes del adversario.[24] Un elemento imprevisto eran las deserciones en masa de númidas y de gétulos, que se mantenían fieles al recuerdo de Cayo Mario: recordando la benevolencia de Mario sesenta años antes, en tiempos de las campañas marianas contra Yugurta, estos indígenas buscaban refugio junto a César, habiendo oído que éste era pariente del gran Mario.[25] Mecanismo significativo que acorta las distancias cronológicas entre los protagonistas del «siglo silano», incluso en la conciencia de los espectadores y de las víctimas. Entretanto, César «escrutaba día y noche el mar», a la espera de la ayuda solicitada.[26]

Por fin, la llegada de Salustio desde Cercina, con las legiones XIII y XIV, 800 jinetes y 1.000 arqueros, restituyó a César el poder de iniciativa (22 de enero). César avanzó hasta Uzita, pero no se batió por la conquista de la ciudad: prefirió minar las tropas de Escipión, que las continuas diserciones habían puesto en crisis.[27] Dejando la zona de Uzita, César se dirigió a Agar, planteando batalla repetidas veces a Escipión. Durante la noche entre el 3 y el 4 de abril asaltó Tapso. Aquí Escipión ya no pudo evitar el enfrentamiento, que para él fue catastrófico. La labor de fortalecimiento psicológico de los suyos le dio tan buen resultado a César que al principio de la batalla las legiones IX y X no esperaron ni siquiera la señal: marcharon sobre el enemigo sin encontrar seria resistencia, y pronto Escipión se vio obligado a huir. Fue impresionante la mortandad de los jefes republicanos: Catón, que había permanecido durante toda la campaña en Útica, donde gobernaba conteniendo a una ciudad de fuertes tendencias en favor de César, se suicidó una vez conocida la noticia de la derrota; Juba y Petreyo se dieron muerte recíprocamente en duelo después de haber constatado que no tenían salida;[28] Escipión, descubierto por sorpresa en el

puerto de Hipona, se lanzó al agua y murió ahogado; Afranio y Fausto Sila fueron capturados y pasados por las armas. Las semanas sucesivas le sirvieron a César para reorganizar la provincia: la parte oriental del reino de Juba se convertía en la provincia *Africa nova*, mientras que el resto del reino fue dividido entre Boco II de Mauritania y el aventurero Sicio (que antes había sido catilinario), que había ayudado fielmente a César en esta difícil campaña.

4. Cuando volvió a Roma, el 25 de julio del 46, César, si bien se disponía a celebrar el relajante rito de nada menos que cuatro triunfos y se sentía alegre por la llegada de Cleopatra con el recién nacido «Cesarión»[29] (que instala suntuosamente en la villa del otro lado del Tíber), se guardaba muy bien de considerar definitivamente cerrado el capítulo de la guerra civil. Ya desde finales del 47, Cneo Pompeyo *iunior* había dejado África para irse a España, donde lo reclamaban dos legiones que acababan de rebelarse contra el gobernador cesariano Quinto Casio, al que había sucedido Cayo Trebonio, sin que las cosas mejorasen. El joven Pompeyo, enfermando, había tenido que quedarse durante algún tiempo en las Baleares. Por aquellos días en que Escipión fue derrotado en Tapso había llegado por fin a España (principios de abril del 46), donde la rebelión se había ido extendiendo muy rápidamente. Habiéndose reunido con él primero su hermano Sexto, y después el irreducible Labieno, así como Atio Varo, Cneo Pompeyo *iunior* fue acogido con entusiasmo en la España Ulterior humillada por las presiones fiscales de los gobernadores cesarianos: en poco tiempo el joven Pompeyo controlaba toda la provincia.

No eran mejores las noticias que llegaban del otro extremo del imperio. Mientras se estaba desarrollando, con altos y bajos, la campaña de África, en Siria había entrado en crisis el gobierno de Sexto César, las legiones[30] se habían amotinado y Sexto había sido asesinado por los propios legionarios.

Constatando la simultaneidad de estos dos hechos, se podría decir que el sistema organizativo cesariano había entrado en crisis en dos puntos neurálgicos. Para completar el cuadro, a esto se sumó el asesinato de Mitrídates Pergameno a manos de Asandro (el rebelde que ya había

eliminado a Farnaces): con Mitrídates desaparecía un importante sostén de la política cesariana en Oriente, un fidelísimo cliente que, además, poseía unas excelentes relaciones.[31] Se puede añadir también, anticipándose a los hechos que tendrán lugar a continuación, que ni la victoria cesariana en Munda sobre Pompeyo *iunior*, ganada a durísimo precio, pacificará de veras España (donde el otro hijo de Pompeyo continuará sometiendo a los gobernadores cesarianos a una guerrilla inextinguible), ni el contraataque a lo grande abatirá en modo alguno el amotinamiento de la legión en Siria. Las crisis que se abrieron en los dos extremos del imperio seguían sin resolverse aún después de la muerte de César, es más, se agravaron. Así pues, en ningún momento de su largo predominio César pudo lograr una pacificación completa.

5. El asunto de la crisis siria está estrechamente ligado al desarrollo de la campaña de África. El artífice de aquella rebelión fue un pompeyano que había combatido a las órdenes de Pompeyo, Quinto Cecilio Baso, que tenía como base operativa la ciudad libre de Tiro,[32] lo que le daba una gran libertad de acción. En torno a él se habían reunido otros veteranos pompeyanos: además él había conseguido ejercer una sutil acción de resquebrajamiento entre las tropas de Sexto, influyendo sobre los legionarios que iban pasando por Tiro, encargados de la tutela de la ciudad.[33] La hipótesis más probable es que a las órdenes de Sexto hubiera una legión reclutada entre los pompeyanos que se habían rendido en Farsalia: así se explicaría la obstinación de Cecilio de querer ejercer su influencia *sobre aquellas tropas* en vistas a un amotinamiento; evidentemente, las conocía muy bien y sabía que podía pedirles que reaccionaran. El activismo de Cecilio con las tropas aumentó cuando llegaron noticias, deformadas, de las derrotas de César en África.[34] Al ser descubierto, dijo que reclutaba tropas (de hecho esto hacía) para Mitrídates Pergameno. Poco después inventó falsas cartas de Escipión que daban por muerto a César, y le atribuían a él, a Cecilio, Siria: usando esa mentira reunió tropas, pero fue vencido en un enfrentamiento contra los legionarios de Sexto.[35] Es evidente que el arma para abrir brecha seguía siendo la (falsa) noticia de las victorias

pompeyanas. Al final logró urdir una conspiración contra Sexto, el cual fue asesinado por algunos hombres de su legión.[36] Llegadas las cosas a ese punto, una parte de las tropas que estaban a las órdenes de Sexto huyeron a Cilicia. Los amotinados se pusieron a las órdenes de Cecilio Baso, obteniendo la ayuda de varios dinastas locales e incluso de los partos,[37] y teniendo en contra a los que seguían siendo fidelísimos clientes cesarianos, *in primis* Antipatro y su dinastía judía.[38]

El hecho que resulta más llamativo de este caso (que duró desde la primavera del 46 hasta la llegada de Casio a Siria a principios de marzo del 43)[39] es el amotinamiento irreductible y sin posibilidad de llegar a un acuerdo de esta legión de Siria. En el ejército cesariano eso no había sucedido en ninguna otra parte de una manera semejante. Tanto en la Galia como en Campania las cosas habían sucedido de otrol modo, si bien es cierto que por la intervención *personal* de César. Pero aquí el aspecto inédito y casi inverosímil de la cuestión era que las tropas rebeldes no sólo no aspiraban al «perdón de César» —el cual, además, ya no era un cabecilla más o menos en dificultades, sino que, de hecho, era el patrón del imperio—, ¡sino que decidieron «hacerle la guerra a César» *sine die*![40]

Tal decisión de guerra a ultranza nacería probablemente de la consciencia de haber eliminado a un personaje que era demasiado importante para César como para que se pudiera llegar a obtener un acuerdo aceptable. La forma del amotinamiento y su prosecución a ultranza son por sí mismas unos indicios de la elevada posición de Sexto en la «jerarquía» mental (y práctica) del dictador. Es difícil creer que César hubiera dejado, precisamente en Siria, y «con la perspectiva de la campaña contra los partos»,[41] a una legión particularmente poco de fiar;[42] en primer lugar, *ab origine*, Siria y las tropas romanas allí destinadas estaban «como guardia» de Egipto: una razón más para poner allí tropas de confianza. Por consiguiente, la crisis debe haber estallado no sólo por la habilidad de Cecilio Baso, sino, sobre todo, por el modo de comportarse de Sexto César, odiado por las tropas.[43] Pero matar a un pariente tan querido del dictador significaba embarcarse en un conflicto sin vía de escape.

En cuanto a Cecilio, está claro que el suyo era un comportamiento al estilo de Sexto Pompeyo,[44] como lo demuestra entre otras cosas que recurriera a la ayuda de los indígenas[45] y que reclutara esclavos para llenar los vacíos creados en la legión amotinada, así como la benevolencia que Deyotaro, a pesar de que Cicerón lo niegue, ha debido de manifestarle.[46]

César se enteró de la grave crisis que se había abierto en Siria a finales de verano del 46, cuando se disponía ya a intervenir en España, instado y apremiado por sus gobernadores —uno de los cuales era su sobrino Quinto Pedio— puestos en jaque por el arrasador avance de los hijos de Pompeyo.[47] Y encargó a Quinto Cornificio, gobernador de la vecina Cilicia, la tarea de reprimir el amotinamiento. A mediados de septiembre, Cicerón escribía a Cornificio: «de Siria nos llegan noticias más bien preocupantes».[48] En diciembre recibía a su vez una carta de Cornificio que le anunciaba que César le había dado la orden de hacer frente a «la guerra que ha estallado en Siria».[49] Esto significa —calculando los tiempos de los correos— que César había impartido esta orden a Cornificio en octubre:[50] precisamente en el mismo momento en el que decidió hacer frente en primera persona a la rebelión española. Ante la «pérdida» de dos provincias caídas ambas en manos pompeyanas,[51] Siria y la España Bética, por muchas razones, entre ellas la temible fuerza de atracción de los hijos de Pompeyo, opta por España. Y al mismo tiempo envía legiones a Cornificio, que no posee medios suficientes para afrontar el *bellum Syriacum*.[52] Pero estas legiones no parten hasta el año 45 con el nuevo gobernador de Siria, Cayo Antistio Vétere, el cual sufrió una clamorosa derrota debido a la intervención de Alcaudonio el Árabe y del soberano parto Pacoro en favor de los amotinados fortificados en Apamea.[53]

6. La inesperada muerte de Sexto César debe de haber puesto en crisis también otro aspecto de la organización cesariana. Aquí nos movemos en un plano de conjeturas, pero los indicios de los que disponemos no son débiles. Conocemos con certeza dos testamentos de César: uno en favor de Pompeyo, que estuvo en vigor «desde el año de su primer consulado (59 a.C.) hasta el inicio de la guerra civil»,[54] el otro, definido por Suetonio como «el último

testamento» de César (es decir, el más reciente), redactado en la villa que César tenía en la vía Labicana, después del regreso de España, el 13 de septiembre del 45, custodiado por la Vestal mayor. Este «último» testamento fue abierto después del asesinato de César y designaba herederos a los tres sobrinos: Octavio, por tres cuartos, Lucio Pinario y Quinto Pedio. El primer testamento —en el momento en que César lo anuló— fue hecho público por él mismo en presencia de las tropas,[55] para que a todos les quedara claro cuánto había luchado él —¡y era verdad!— por una alianza estable con Pompeyo. Téngase presente que, a principios del 49, cuando César «denuncia» este testamento, Julia hacía años que había muerto y Pompeyo se había vuelto a casar; sin embargo, César aún mantenía firme aquella designación de Pompeyo como heredero, precisamente por la evidente implicación de alianza política que ello comportaba.

Lo que no puede olvidarse es que un testamento romano puede ser anulado *sólo con la instauración de otro testamento posterior válido*.[56] Incluso no es suficiente la destrucción del documento para determinar la invalidez del acto, «porque este último no se identifica con el documento, sino con la *nuncupatio* contenida en él». Por tanto, cuando César notificó que aquel testamento en favor de Pompeyo ya no estaba en vigor, tenía que haber ya otro testamento posterior que anulaba el precedente.[57]

Si se tiene en cuenta la *ratio* que rige los dos testamentos que conocemos —el primero en favor del yerno, el último en favor de los tres sobrinos— es evidente que el intermedio, del que no poseemos noticias directas, debe de haber sido en favor del más allegado (e importante) miembro masculino en el ámbito de la familia. Lo más lógico es pensar en Sexto Julio César, primo primero o segundo, hijo (o nieto) del único cónsul que recientemente había dado prestigio a la familia Julia. El tono que el autor de la *Guerra de Alejandría* y, diríamos también, el de Cicerón en la defensa de Deyotaro,[58] emplea al referirse a Sexto César es tal, que parece muy probable que pueda identificarse al heredero designado con aquel «amicus et necessarius» que había seguido a César de España a Siria, recibiendo de él siempre cargos gratificantes y de responsabilidad. La guerra sin tregua que la legión amotinada emprende contra César después de haber asesinado a Sexto parece confirmarlo ulteriomente. La rebelión de

Siria había asestado, pues, un golpe muy serio a César, en un plano que no era menos político que personal: la individuación de un «heredero». Para un potentado que ocupaba establemente la dictadura a la espera de idear unas formas inéditas de poder personal que fueran aceptables, preferiblemente, para la cultura política romana, no se trataba ciertamente de un gesto insignificante ni carente de perspectivas hacia el futuro. Al morir Sexto, Octavio, a pesar de su lejano parentesco con César, se ganó el puesto de heredero siguiendo el mismo trámite: yendo a toda costa a España para participar en aquella difícil campaña.

7. En España César afrontó la más peligrosa de sus campañas: la única en la que llegó a pensar seriamente, en el momento más crítico de la batalla de Munda, en darse la muerte. Napoleón se siente fuertemente atraído por esta decisión extrema a la que su héroe y arquetipo estuvo tan cercano. Y protesta: darse la muerte se puede y tal vez se debe «cuando se pierde la esperanza: ¿pero quién, cuándo, cómo, puede perder la esperanza en este teatro móvil en el que la muerte de uno solo puede instantáneamente cambiar el destino de tantos?»[59] El emperador está hablando de sí mismo, preguntándose tal vez, en aquel exilio lúgubre de Santa Elena, lenta y cotidianamente envenenado por los ingleses, por qué a él le había tocado sobrevivir después de la derrota. Como buen aristócrata romano, César, en cambio, tenía una muy diversa familiaridad con el suicidio. Y en Munda, escribe Floro, parecía casi que quería «prevenir la muerte con su propia mano».[60] Erróneamente, Mommsen ha dejado la campaña española fuera de su admirable, y quizás insuperado, relato de la historia de la Roma republicana. Para él, la República termina con la muerte de Catón en Útica y con la relativa mortandad de jefes republicanos; en lo que sucede después se refiere a César como monarca: otra historia diversa, que Mommsen se proponía contar y no contó.[61] Pero de ese modo se pierde la noción de unidad de la guerra civil, que, por otra parte, se prolonga más allá de Munda y que tiene tal vez como último acto —como bien sabía Livio—[62] la conspiración y el cesaricidio.

8. Con la llegada de Labieno, gran organizador y tenaz táctico, la situación en España había empeorado radicalmente para los legados cesarianos Quinto Pedio y Quinto Fabio. Mientras tanto, Cneo Pompeyo *iunior* había asumido el título de *imperator*:[63] A fines del 46 tenía bajo su mando nada menos que 13 legiones, dos de las cuales constituían la guarnición de Córdoba, la ciudad principal de la provincia. La superioridad pompeyana era aplastante y para César no había otra solución, vistas las dramáticas súplicas que sus delegados le enviaban, que enfrentarse una vez más a Labieno —después de la dura experiencia en África— en un combate decisivo.

A principios de noviembre, César partió de Roma, y en 27 días llegó a Obulco,[64] lo que significa, según nuestro calendario, a principios de diciembre. La campaña comienza con la liberación de la ciudad de Iulia por parte de César, la única que había permanecido fiel al dictador desde el asedio de Cneo Pompeyo. Aligeró la presión sobre Iulia amenazando a Córdoba y obligando de este modo a Cneo Pompeyo a acudir en defensa de su hermano Sexto.[65] El objetivo de César era el de obligar a los jefes pompeyanos a entablar batalla; con ese fin continuaba amenazando a ciudades que los otros habrían podido intentar defender. Así atacó Ategua, pero Cneo Pompeyo no combatió seriamente en su defensa, de modo que también Ategua pasó a manos de César.[66] Algunos fracasos de este tipo, unidos a la extrema dureza con que el joven Pompeyo trataba a cualquiera que mostrase simpatías cesarianas, comenzaron a provocar deserciones. Retirarse no parecía ya una táctica conveniente. Cneo Pompeyo se situó en una posición fortificada entre Urso y Munda: un lugar elevado, protegido por un torrente. Aquí, el joven *imperator* declaró a los suyos que, esta vez, sería César el que renunciaría al combate. Se equivocaba. El 17 de marzo del 45, Cneo y los demás jefes vieron a las tropas cesarianas avanzar y disponerse a combatir en una posición estratégicamente desfavorabilísima: después de atravesar el torrente, para llegar al contacto con el adversario, tenían que subir hasta la altura en la que el enemigo se había pertrechado. César no era novato en estas tácticas azarosas basadas en la compensación entre el momento favorable (cuando el enemigo no se espera el ataque) y un terreno desfavorable. El balance fue a su favor. Aunque esta vez el riesgo que se

corrió costó muchísimo, incluso en términos de vidas humanas. El militar que anotó, bastante rudimentariamente, los avatares de esta guerra en la llamada *Guerra de España (Bellum Hispaniense)* dejó escrito que aquel 17 de marzo era «un día muy bello para una batalla»,[67] pero reconociendo que la decisión de combatir contra un adversario protegido sobre una colina le daba al enemigo unas extraordinarias posibilidades de defensa.[68] Una vez más, destacó en la feroz batalla la legión X, que ya se había hecho famosa en África, para hacerse perdonar el peligroso amotinamiento aplacado por César a su regreso de Zela. Gracias a la resistencia opuesta por la legión X a los intentos de rodearlos, César pudo lanzar al combate a la caballería y, con ésta, a los soldados africanos de Bogud. Labieno, intuyendo el peligro, trasladó a sus tropas al ala opuesta, pero este gesto fue mal interpretado: los otros creyeron que era el inicio de la retirada y se replegaron. Un error imperdonable: los cesarianos los aplastaron con rabia en la retirada. Y provocaron casi 30.000 víctimas, teniendo al menos 1.000 pérdidas en las propias filas: una cifra elevadísima, si se considera que la mayor parte de las pérdidas humanas en las batallas antiguas se determina en el momento de la derrota y, por consiguiente, se produce casi únicamente en el ejército perdedor. Labieno, que le había cerrado el paso por última vez a su jefe de la campaña gálica, y que había conservado en su ánimo la implacable tenacidad del traidor, murió combatiendo. César, experto administrador de las muertes ajenas, dispuso para él unas magníficas exequias.

XXVII

EL VÁSTAGO DE PALMA: APARECE EL JOVEN OCTAVIO

1. Octavio, el futuro Augusto, era hijo de un cierto Octavio (de familia perteneciente a la orden ecuestre, de Vélitras [Velletri]) y de Acia. A su vez, Acia era hija de Marco Acio Balbo de Aricia, el cual se había casado con la hermana de César, Julia, y tal vez por esto había llegado bastante lejos en la carrera pública, logrando la pretura. Así pues, el parentesco de Octavio con César era más bien lejano. Las fuentes como Dión Casio que definen a Octavio (después Octaviano) como hijo de una *hermana* de César (XLIII, 41, 3) simplifican demasiado y mienten para *acercar* a Octaviano a César. Tal «acercamiento» es el propósito explícito de un verdadero mistificador como Nicolás de Damasco, que proclama: «Octaviano era *el más cercano a César* por parentesco.».»[1]

Sexto César estaba, como sabemos, bastante más cercano, en la relación de parentesco, al dictador. Él sí que era un vástago de la familia Julia; Octavio, no. Octavio fue *adoptado* por la familia Julia, y se convirtió así en Cayo Julio César Octaviano.

Pero Sexto César —definido por el autor de la *Guerra de Alejandría* como «amigo y pariente de César»— había salido de escena de improviso.[2] Esto sucedía, como sabemos, en el verano del 46, cuando ya César era requerido por sus hombres para acudir a la España Bética donde la rebelión fomentada por los hijos de Pompeyo asumía día a día unas proporciones alarmantes. En aquel verano del 46, César se había encontrado de nuevo ante la necesidad de tomar una decisión rápida y delicada: elegir entre la rebelión en Siria y la rebelión en España. Dramática esta última porque se corría el riesgo de que salieran victoriosos los directos herederos de

Pompeyo; desconcertante la otra porque creaba una fisura de imprevisibles consecuencias en la frontera oriental, y, por añadidura, lo privaba de improviso de un «pariente y amigo» de prometedor porvenir.

Habrá sido una mera coincidencia, habrá sido el don de la oportunidad o la clarividencia, pero el hecho es que, al faltar Sexto César, el joven Octavio «se desencadena». Corre a España, no sin superar algunas dificultades, para reunirse a toda costa con César en el campo de las operaciones. Es sintomático, y quiero hacerlo notar, que ninguna de las fuentes conservadas, por mucho que puedan estar influenciadas por Octaviano (después Augusto), se ha atrevido a decir que César lo había *llamado* a España. El más atrevido, Nicolás de Damasco, inventa, más bien, que Octavio había manifestado, ya algunos meses antes, el deseo de alistarse con César para la campaña de África, pero que César se lo había desaconsejado paternalmente, preocupado por su salud y por la ansiedad de su madre. En cambio, Antonio,[3] algún tiempo después, insinuaba con dureza que el jovencito se había dejado estuprar por el ilustre pariente, obteniendo a cambio aquella adopción[4] sobre la que habría construido después su fortuna. Dado que, por una parte, se trata de un tipo de acusación tópico y que, por otra, César, en sus costumbres sexuales, no era ciertamente ni un irreprensible ni un morigerado, no tenemos modo alguno de averiguar hasta qué punto Antonio había exagerado o en cambio había dicho lo justo. Lo cierto es que la «adopción» de Octavio debe de haber sido decidida entonces. No ciertamente por quién sabe qué méritos guerreros del joven, visto que, en la *Autobiografía*, Augusto llega sólo a inventar un episodio que no prueba nada, pero que sugiere que la estima de César por él se había incrementado allí en España. Afirmaba de hecho que César, desde España, lo había enviado a Apolonia, «en previsión» de las campañas en Dacia o en Macedonia y en Partia, o las tres cosas juntas (aquí las fuentes se enredan): en fin, lo sustancial es que no se mencionaban sus *gesta* españolas, sino sólo sus *expectativas* para el futuro.

Octavio, convertido en Augusto, prefirió siempre —como es sabido— que fueran otros los que «se propasaran» al enfatizar las etapas temporales y los hitos importantes de su carrera. Es un procedimiento que ha creado escuela. También el «duce» del fascismo italiano hablaba de un modo más

bien sobrio (¡incluso reticente!) de los propios *initia*: eran los biógrafos oficiales y oficiosos los que competían entre sí en dar rienda suelta a su pluma.

Para que la comparación no parezca indebida es suficiente observar el capítulo dedicado por Suetonio al tema de la «casa de Augusto», la modesta casa suburbana en la que el futuro Augusto habría sido criado. «Es un lugar modestísimo —escribe Suetonio—, un cuartito parecido a una despensa, y los vecinos están convencidos de que fue allí dentro también donde nació.»[5] «Se dice —continúa— que no se puede entrar allí si no es por necesidad, y que quien osa penetrar dentro sin motivo se siente dominado por un extraño temor, como por un instintivo horror.» Es el arquetipo de la humilde morada proletaria del «herrero de Predappio».

Así pues, la tarea de hinchar las gestas del joven Octavio durante aquellos oscuros exordios españoles les había tocado a otros. No nos sorprende, pues, que Dión Casio (tal vez siguiendo la tradición de Livio) presente el relato más comprometedor, digno de la «Historia sagrada», respecto a los *initia* españoles del futuro *princeps*. En él no sólo son genéricamente evocadas sus gestas *militares*, y se da por descontado que «militase» con César, y a su lado (συνεστρατεύετο), sino que precisamente allí, en España, en aquel amanecer de un gran futuro, fue donde se produjo *el milagro*: un milagro que encerraba, en un lenguaje simbólico típico de los milagros, todo lo que iba a suceder en el futuro. Precisamente en el campo de Munda —como cuenta Dión— apenas extinguido el fragor de la victoriosa batalla, de improviso, había brotado un vástago de palma. Era un claro signo de futuras victorias. Pero, explica Dión, de victorias ya no de César, próximo (sin saberlo) a su inesperado y trágico fin, sino de Octavio, que precisamente allí, en Munda, se había cubierto de gloria. He aquí las palabras del historiador severiano:[6]

> También César hubiera elegido probablemente morir allí, en la gloria de la batalla, por obra de aquellos que todavía se oponían a él, en vez de lo que sucedió poco después: ser asesinado en su propia patria, en el Senado, y a manos de las personas más queridas por él. En verdad ésa fue la última guerra que venció y ésa la última victoria que cosechó, si bien tuviese en mente realizar otras grandísimas empresas, entre otras cosas porque, precisamente inmediatamente después de la victoria, había brotado un vástago de palma en el lugar mismo de la batalla. Y no digo que el presagio no trajese después esto, pero no para él, sino para el hijo de su hermana, Octavio. De hecho, Octavio militaba a su lado y poco después iba a resplandecer gracias a sus empresas [es

> decir, de César]. Pero César no sabía esto y concebía todavía muchas y grandes esperanzas para sí mismo, y es más, no se privaba de cometer excesos, despreciando el peligro como si fuera inmortal.[7]

En suma, si Octavio apareció con un cierto «retraso» al lado de César, las fuentes más devotas a él se empeñaban no sólo en explicarlo y en justificarlo, sino en transformar esa inicial desventaja, respecto a los otros «rivales» en el corazón del dictador, en una efectiva superioridad absoluta.

2. Del modo como Suetonio presenta las cosas[8] se deduce una dinámica completamente distinta del «milagro». *Antes de la batalla de Munda*, así pues, mucho antes de que el joven Octavio llegase a España, César había hecho abatir un bosquecillo cercano a Munda para poder instalar mejor el campamento: entre los árboles abatidos se encontró una planta de palma: César ordenó no abatirla, sino conservarla como presagio de victoria.[9] Nació de ella un vástago, que en pocos días alcanzó a la planta madre y la superó, y muchas palomas —algo completamente insólito— acudieron a hacer allí su nido. Y aquí es donde Suetonio aclara que ese evento «milagroso» estaba relacionado con Octaviano, pero no con sus presuntas gestas españolas, sino con *la adopción*: «Se dice que César, movido sobre todo por aquel hecho prodigioso, estableció que nadie más que el nieto de su hermana se convirtiese en su "sucesor".»[10]

Las transformaciones ulteriormente mitificadoras que se encuentran en el relato de Dión Casio[11] son evidentes: un vástago de palma brota «en el campo de batalla» de Munda (ya no en el campamento romano) y, por si fuera poco, «inmediatamente después de la victoria»; César esperaba que el portento fuese un anuncio para él «de las grandes empresas que tenía en mente»; y, en cambio, el prodigio se refería a Octaviano, «que militaba a su lado» (sabemos en cambio, a través de fuentes no sospechosas, como Nicolás de Damasco, que Octaviano llegó a España cuando la campaña ya había terminado), «y se disponía a brillar gracias a sus empresas». Esta última expresión parece aludir incluso a una continuidad de gloria militar que de César «se prosigue» en Octavio. Asistimos, pues, a la «distorsión» en ese sentido de un «milagro» que en principio debía tener otra finalidad:

fechar de modo significativo y «sobrenatural» el momento de adopción de Octavio por parte de César, y establecer —evidentemente desmintiendo otras versiones del hecho— que, no por haber desaparecido otros posibles herederos, *sino conforme a señales divinas*, César había adoptado y hecho su heredero[12] a Octavio. La «fase» Suetonio, es pues, más «antigua» que la «fase» Dión Casio en esta fábula botánico-militar centrada en el vástago de palma.

3. Veleyo ofrece una hábil presentación del asunto de España de Octaviano:

> Cayo Octavio,[13] nacido de familia no patricia, pero de entre las más eminentes del orden ecuestre, era un hombre serio, *virtuoso*, honesto y acaudalado. […] Murió cuando regresaba [de Macedonia] para presentar su candidatura al consulado. Dejaba un hijo todavía en edad de vestir la toga pretendida: César, su tío materno, haciéndolo educar con el padrino Filipo, lo quiso como a un hijo propio y a la edad de 18 años lo tomó en su séquito en la guerra de España y lo tuvo de allí en adelante como compañero *(Hispaniensis militiae adsecutum se postea comitem habuit)*, sin que ya nunca tuviese otro alojamiento ni viajase en un carruaje que no fuera el suyo; lo honró, siendo todavía un jovencito, con la dignidad de pontífice.[14]

«Hispaniensis militiae adsecutum se postea comitem habuit»: ¿qué quiere decir exactamente? Probemos a traducir, poniendo atención en la colocación y en el valor de *postea*. Se podría entender de dos maneras: 1. «Lo tuvo como *comes* de la *militia Hispaniensis*», pero (admite) Octavio «había llegado junto a él en un segundo momento».[15] Aquí nos encontramos ya en el plano de συστρατενόμενοζ αύτῶ de Dión (XLIII, 41, 3), y, por tanto, bien lejos de la afirmación de Nicolás de Damasco, según el cual, Octaviano «llegó cuando César ya había vencido la guerra en el curso de una campaña que había durado siete meses». 2. «Lo tuvo *en un segundo tiempo* como *comes militiae Hispaniensis*: el joven lo había seguido hasta allí.»

Es impensable que Nicolás de Damasco haya «quitado» algún mérito a Augusto. El hecho indiscutible es que, de todos modos, Octavio llegó «después de *siete* meses de campaña cesariana en España (y cuando la guerra ya había acabado»: mucho después de Munda,[16] que fue el 17 de marzo, es decir, en el *cuarto* mes de aquella larga campaña. Así pues, sólo

en junio-agosto Octavio estuvo en España, y fue entonces cuando acompañó a César en su carroza, etc., conquistándoselo.[17] Y el 13 de septiembre del 45, César, de regreso a Roma, lo adoptó.

Nicolás de Damasco decía simplemente que Octavio había tomado parte, en España, en las operaciones «pacificadoras» de César. Los otros textos, en cambio, enfatizan la experiencia española y tienden a transformarla en una *participación en la campaña* española (¡dando a entender incluso una presencia en Munda!).[18] Esto es evidente tanto en Veleyo[19] como en Dión Casio,[20] el cual, en verdad, podría remontarse, también en esta ocasión, a Tito Livio.

Veleyo prosigue: «Terminadas las guerras civiles, lo había enviado a Apolonia para que el joven se instruyese en las disciplinas liberales»,[21] y «con el ulterior propósito de tenerlo como conmilitón *belli Getici ac deinde Parthici*». De nuevo nos encontramos frente a una presuposición «adelantada» y «teleológica» del episodio de Apolonia.

4. Dión resalta el momento español en la vida de Octaviano: habla de él como de un *amanecer glorioso* de una carrera guerrera que entonces se manifiesta: «Participaba[22] en las campañas militares a su lado y se predisponía a brillar gracias a sus empresas y a sus arriesgados y atrevidos actos.»[23] Esta frase es totalmente tendenciosa: sea al aseverar una larga y constante colaboración militar —en España— entre César y el joven Octavio, sea en la habilidad con la que la ausencia de una autónoma gloria militar de Augusto es convertida en un fenómeno positivo y resuelta con una especie de única continuidad de la gloria militar proveniente *para ambos* de las gestas de César, gracias precisamente a aquella larga colaboración (que no existió). Con «militaba allí a su lado» se supera mucho la ya generosa, aunque no irreal, reconstrucción de Nicolás de Damasco.[24]

El elemento más «destacado» en la manipulación es precisamente del *milagro*. Tal vez no sea aventurado decir que provenga de Tito Livio toda esta parte en la que Dión acentúa el nexo CésarOctavio, sellándolo con un milagro que serviría precisamente para ratificar la continuidad entre los dos.[25]

Livio escribía esta parte (libro 115) bastante después de Nicolás de Damasco; y de todos modos hacía entrar en escena a Octavio en el momento de la apertura del testamento (libro 116). De la *periocha* del libro 117 se deduce que allí Livio trataba de nuevo de los «antecedentes» y de los precedentes relativos al joven Octavio, recordando que César lo había enviado a Apolonia, a Epiro, «bellum in Macedonia gesturus». Por tanto, Livio dedicaba muchísimo espacio y atención (libros 116 y 117) a los *initia* de Octavio.

Nicolás de Damasco, que publica en torno al año 20 a.C., ya presupone las *Memorias* de Augusto. Livio escribe bastante más tarde (quizá no haya razón para modificar la fecha de muerte tradicional del 17 d.C.): de todos modos, desde el libro 121 en adelante publica *post excessum Augusti*. Así pues, escribiendo mucho después de la difusión de las polémicas *Memorias* (y de la hagiográfica *Vida* de Nicolás), se plantea más libremente el respeto hacia aquel «opresor» modelo.[26] Escribe cuando, de hecho, la «verdad» augusteana ya no depende tanto de aquellas *Memorias*, sino de la *Res gestae*, que comienzan en el 44 con la «liberación» de la República del dominio de la facción de los cesaricidas. Sobre el *antes*, Livio, de hecho, ya era libre, pues las polémicas sobre quiénes eran realmente Sexto César y Cecilio ya no interesaban; y por otra parte, podía libremente establecer un *hilo* que ligase a Octaviano con César partiendo de la experiencia en España, mitificándola.

5. Del énfasis que puso Augusto en la crucial (según él) campaña española puede ser una señal también otro documento. Se trata de una piedra dura grabada, estudiada en su día por Ludwig Curtius, en la que se distingue a un Agripa jovencísimo con las insignias de la *legio VI Ferrata*, una de las legiones que habían combatido en España.[27] Las dudas que habían surgido respecto a la identificación propuesta por Curtius del personaje en efigie como Agripa no parecen fundadas. Sobre todo, es débil la objeción de Roddaz: «no había razones para conmemorar la presencia de Agripa en aquellas circunstancias»; en cambio, sí que había una, e importante, que era

precisamente el propósito de encuadrar también a Octavio a través de la figura de su más estrecho y fiel «compañero de armas» en aquella empresa en la que él, en cambio, de hecho, *no* había participado.

6. Obviamente, a pesar de las exageraciones que Augusto ha creado a propósito de su propia presencia en España en el 45, su nombre no figura en ninguna parte del *Bellum Hispaniense*. Entre otras cosas, porque llegó cuando la guerra ya había concluido. Octavio fue a España por propia iniciativa y llegó, como dice Nicolás de Damasco, «cuando de hecho César ya había concluido victoriosamente la guerra en siete meses». No participó —ni podía hacerlo— en ninguna actividad militar. No podía cometer la *gaffe* de aparecer en las crónicas «oficiales» como son los *Bella*. Su valor de textos «oficiales» les viene precisamente de su anonimato y de su circulación *junto con los escritos de César*. Esto es un aspecto del *corpus* cesariano que hay que tener en cuenta, sea cual sea el valor de cada una de las aportaciones en particular.

En cambio, es tarea de una historiografía, por así decir, «de régimen», en suma, más servil y más libre de excederse, el poner en circulación detalles hiperbólicos e incluso milagreros. Como sabemos, se ocupa de esto, por ejemplo, la fuente usada por Dión Casio (XLIII, 41, 3), que imagina gestas meritorias del jovencito y ciertos milagros premonitores de su gran futuro.

Otra cuestión es la de la *Autobiografía*; Augusto refería, respecto a aquel período, algunos detalles privados: el más significativo de ellos era que César, mostrando confianza en él, lo había «enviado por delante» a Apolonia en vista de la campaña contra los partos (dando a entender que el dictador pensaba servirse de él en aquella grandiosa empresa militar).[28] Estos detalles personales, entiéndase bien, no eran importantes *para la campaña española*. Pero eran «alusivos», daban a entender que, allí, en el curso de aquella campaña, el joven Octavio había llamado la atención del dictador por sus méritos y por su comportamiento (en el campo de la vida militar), y que *por ello* César lo había enviado «en exploración» a Apolonia. Había, pues, un espacio libre para la fantasía de los historiadores serviles:

si se había destacado tanto como para verse confirmar para la siguiente expedición, debía de haber llevado a cabo acciones militares notables. Y he aquí, pues, que llega la noticia de Dión: «militaba a su lado y adquiría fama por las acciones y por los peligros que había afrontado». Casi una invención legítima, revestida de las premisas hábilmente planteadas por el *princeps* en su muy criticado libro de *Memorias*. El hecho de que, para este período, Dión se haya basado en Livio induciría a evocar el nombre del atormentado y «augusteano», a pesar de algunas ingenuidades, historiador de Padua. ¿Es a él a quien debemos la fábula del vástago de palma que brota en el campo de Munda, símbolo del nacimiento precisamente allí, en aquel campo de batalla, del radiante futuro de Octaviano? Como hemos visto en el párrafo anterior, eso es bastante probable. La familiaridad con los poderosos puede gastar bromas pesadas, especialmente a los ingenuos.

Si reconsideramos, pues, el conjunto de este caso historiográfico, podemos sacar una conclusión de valor general acerca de los diversos «grados» en los que se articula la tradición relacionada con Octaviano. Se va desde la colección «oficial», que pretende tener la fuerza de *documento* (es el caso del *corpus* cesariano que garantiza la «verdad» sobre el padre del *princeps*), pasando por la memoriografía personal del *princeps* (que le permitía notable libertad de maniobra pero no debía nunca caer en lo inverosímil, principalmente donde era posible verificarlo), hasta la historiografía «servil» (la cual no se manifiesta en bloque como tal, excepto en los casos extremos, cayendo entonces en la publicidad partidista, sino que va decantándose sobre episodios concretos, caso por caso).[29]

Esto se ha verificado también en otras épocas de acusado «intervencionismo» y de particular atención por parte del poder (personal) hacia el trabajo de los historiadores, visto como algo políticamente eficaz.

7. Es necesario reconocerle a Augusto la habilidad que demostró para crear la impresión de que desde muy pronto (bastante antes de la adopción establecida el 13 de septiembre del 45) César lo había «elegido». A este fin sirve la sucesión de reconocimientos, incluso mínimos, que se hacen de las etapas preparatorias a su adopción.

Los dos biógrafos gracias a los cuales recuperamos el relato autobiográfico de Augusto son Nicolás de Damasco y Suetonio (con aportaciones de Veleyo, de Apiano y de Dión). Pero en lo que se refiere a los «*primeros pasos*» del futuro *princeps* son Nicolás y Suetonio los que dan más detalles, y la palma se la lleva Nicolás por la amplitud misma de su relato. Aunque bastante fragmentario, de éste se conserva por entero precisamente la parte inicial hasta el final de la campaña española de César.

Las etapas de este «ascenso», en realidad, sólo son en apariencia tales. El hecho de que a fines del bienio 47-45 Octavio sea adoptado y proclamado «heredero por dos tercios», y que en cuanto tal, después de los idus de marzo, sea lanzado a la gran política como protagonista principal, es lo que le da a aquellas «etapas» el valor de *fases preparatorias* hacia un gran futuro. En esto es en lo que consiste la «manipulación» iniciada, y ciertamente avalada, por el interesado, y enfatizada por fuentes muy devotas de él. Por ejemplo, el encargo de asumir de forma puramente simbólica, durante unos días, la prefectura urbana por la ausencia de los cónsules y la imposibilidad de los pretores a causa de las Ferias Latinas es un pequeño privilegio puramente de ostentación que les era concedido a los hijos, incluso menores de edad, y por tanto aún no miembros del Senado, cuyos padres formaban parte de él.[30] A Octavio le tocó este honor en octubrenoviembre del 47: pero no tiene ninguna importancia como «señal» para el futuro. Este precoz exordio del quinceañero Octavio sólo lo registra Nicolás de Damasco.[31] Suetonio, si bien atento a estos primeros pasos, comienza con un dato un poco más significativo, que tiene lugar el año siguiente: «recibió [Octavio] condecoraciones militares en ocasión del triunfo de César por la campaña de África [agosto del 46], aunque no hubiera tomado parte en tal campaña».[32] E inmediatamente después la noticia de la partida de Octavio para España (primavera del 45) «siguiendo», por así decirlo, a César ocupado en la guerra contra los hijos de Pompeyo. Es lógico pensar que aquellos *dona* fueron una especie de «resarcimiento» para el joven que se había sentido desilusionado por no poder participar en la campaña (a lo que parece había aspirado según el unánime testimonio de las fuentes). Es una señal de atención «familiar». En realidad, tomando la decisión de ir de todos modos a España fue como

Octavio dio el paso decisivo y conquistó la atención del dictador, el cual lo adoptó, lo hizo su heredero (con el testamento redactado el 13 de septiembre del 45) y lo nombró en el 44 *magister equitum destinatus*.[33]

La datación que se remonta más atrás de estos «primeros pasos» es la de Nicolás de Damasco, que llega hasta fines del 47 con el episodio de la llamada *praefectura* durante las Ferias Latinas. Pero no es una simple manifestación de «culto de la personalidad». Se trata, en cambio, de demostrar que Octavio estaba «en el corazón» de César ya desde el 47, cuando todavía estaba vivo y activo Sexto Julio César. Y es sintomático que todos los elementos que parecen llevar a esta «rivalidad» hacia el otro pariente y protegido de César (trágicamente eliminado en el 46) figuren en Nicolás: así, el remontarse al 47 para las primeras «atenciones» de César hacia Octavio, la proclamación contra toda evidencia de que Octavio era el joven descendiente «más cercano» a César en términos de parentesco, el énfasis sobre una actividad «de gobierno» (administración de controversias locales) en España, llevada a cabo por Octaviano junto a César (verano del 45), análoga a la llevada a cabo por Sexto Julio César en Siria al lado de César dos años antes (verano del 47). Es por esto por lo que parece lógico pensar que provenga de Augusto *(Memorias)* el retrato siniestro de Sexto César trazado por Apiano,[34] describiéndolo como un «jovenzuelo corrompido»: ¿una «réplica» a la historia del *stuprum* que Antonio había hecho circular sobre él? Augusto no estaba acostumbrado a dejar nada «inacabado» ni a dejar cuentas pendientes. El hecho de que advirtiese el problema de no poder colocarse, en relación a César, en una posición central y prevalente respecto a los otros parientes, para que le sirviese después como premisa y de fondo al hecho principal de la adopción del dictador, está demostrado por las falsificaciones de Nicolás de Damasco: del comportamiento de este historiador-cortesano comprendemos que este «percance en el camino» en sus exordios (haber visto al principio que el dictador prefería a otro) recibía la debida atención en sus *Memorias*.[35]

XXVIII

«ANTICATO»

1. Muerto Catón en Útica del modo que ya sabemos, se sucedieron las *laudationes* del mártir republicano y estoico ejemplar. El que abrió las serie de las conmemoraciones, cuyo significado político de «oposición» era evidente, fue, con su natural imprudencia, Cicerón. A ruegos de Marco Junio Bruto, ahijado de César, pero sobrino y admirador de Catón,[1] Cicerón se puso a escribir, ya en abril del 46, apenas llegó la noticia del suicidio en África, una *Laus Catonis*. En el *Orador* (que le sucedió poco después) Cicerón quiso dejar claro que la instancia provenía de Bruto: «No lo habría escrito nunca —dice— por temor a los tiempos no del todo propicios a la *virtus* si no hubiese considerado un crimen desobedecerte a ti, que me has exhortado a escribir y que despertabas en mí su recuerdo tan querido.»[2] Pero no acaba aquí. Añade aún más:

> De todos modos, declaro *(testificor)* que yo he osado escribir esta obra, aunque fuera reacio a hacerlo, porque he sido requerido por ti para ello. Deseo, de hecho, que tú compartas conmigo las acusaciones que se le puedan hacer: de modo que, si fuera capaz de sostener la instrucción de una causa tan seria,[3] la culpa de haberme impuesto una carga demasiado pesada recaiga sobre ti, y sobre mí la de haber aceptado. Y, sin embargo, en todo este asunto, el elogio que me corresponde por haber aceptado un encargo que proviene de ti compensará la falta de previsión [cometida por mí aceptando].

Son formulismos demasiado insistentes y que incluso hacen temer desenlaces y consecuencias desagradables; y, a partir de *testificor*, el lenguaje se vuelve reveladoramente alusivo a una situación procesual. No hay que olvidar, por otra parte, la definición «tiempos no propicios a la *virtus*.» La *virtus* es claramente la política del héroe «suicida por la libertad» que se pretende conmemorar. A primera vista es una expresión desconcertante, y que podría parecer temeraria: una definición muy dura del

gobierno de César.[4] Pero tal vez no sea así. Los «tiempos poco propicios para la virtud» eran aquellos en los que Bruto había tomado la iniciativa de sugerirle a Cicerón la *laudatio* de Catón apenas desaparecido: por consiguiente, en plena guerra.[5] Así pues, lo que Cicerón pretende sugerir (pero sin creérselo) es que ahora hay un clima diferente respecto al de entonces: ahora la guerra queda atrás (por añadidura, precisamente la guerra librada por César contra aquel hombre cuya *virtus* es argumento del controvertido opúsculo). Cicerón pretende (no sin faltarle razón) hacer una distinción entre el clima vigente durante las campañas de la guerra civil y el de los períodos de «normalidad». Es una perspectiva legítima en un contemporáneo, menos comprensible para nosotros. Es, al mismo tiempo, un buen presagio y una manera sutilmente aduladora de «captar» un poco de benevolencia por parte de César.

Aquellas palabras eran, de todos modos, una manera de ponerse a cubierto. Aulo Cecina, antiguo cliente de Cicerón, y en su día combatiente en el bando de Pompeyo, escribe a Cicerón, a fines de diciembre del 46: «En el *Orador* tú te cubres tras el nombre de Bruto y, así, intentas tener un cómplice, para justificarte a ti mismo.»[6] Cecina y Cicerón tenían tanta familiaridad que podían hablarse sin disimulo. Esta claro que aquellas palabras, en el *Orador*, no son muy agradables: sobre todo porque era bien conocida la obstinada simpatía de César por Bruto, por tanto, cubrirse con su nombre era un gesto políticamente astuto (y, por decirlo más claramente, «oportunista»).

César volvió de África el 25 de julio del 46: la copia del opúsculo había sido hecha en junio.[7] Probablemente, como era norma en el antiguo «mundo editorial», el libro comenzaba a circular desde que era copiado: por eso Cicerón se apresuró a formular aquella torpe «excusa» ya en el *Orador*, pero no se puede decir que el opúsculo circulase tal vez hasta algunos meses más tarde. De todos modos, sabemos por Suetonio que César escribió su réplica «aproximadamente en los días de la batalla de Munda»[8] (que se libró el 17 de marzo del 45): dado que César salió de Roma hacia España en octubre del 46, se puede suponer que llevase ya consigo el escrito ciceroniano al que pretendía replicar.[9] Es significativo que se lo haya

llevado consigo dirigiéndose a aquella campaña; es comprensible también que haya esperado, para dedicarse a la batalla «literaria», a haber superado la terrible prueba.

2. Mientras tanto, había inducido al fiel Hircio a que escribiera él también una réplica al panegírico ciceroniano. El escrito de Hircio estaba ya terminado y era examinado por César el 9 de mayo del 45, mientras César estaba todavía en España (no regresó hasta septiembre). La reacción por parte de César inquieta a Cicerón, que escribe a Ático: «El carácter que tendrá el escrito denigratorio que César piensa publicar como réplica al elogio que he escrito me lo ha dado a entender el libelo que me ha enviado Hircio.»[10] Pero el problema es salir airoso de esto. Cicerón nota que el libelo de Hircio no perdona a Catón, pero está lleno de loas hacia su persona, y con esto le basta, es más, le parece una buena razón para facilitar él mismo la difusión del escrito de Hircio: «quiero que sea ampliamente difundido; y tú darás las necesarias instrucciones a los que trabajan para ti».

Dos días más tarde, el 11 de mayo, Cicerón tiene en sus manos una carta de Hircio que contiene (según dice) un borrador del escrito que César está preparando: «la carta —escribe a Ático— me parece un borrador del escrito denigratorio que César ha compuesto sobre Catón. Me harás saber tu opinión si no te molesta».[11]

Entretanto, el mismo Bruto había intervenido con un escrito suyo loando a Catón. También éste fue leído y glosado por César, que estaba todavía en la Galia Narbonense, en el camino de regreso de España. Es más, César hizo llegar precisamente a Cicerón su opinión sobre ambos escritos: el ciceroniano y el de Bruto. Y Cicerón informa de ello a Ático el 1 de agosto del 45. Como era habitual, Balbo había ejercido de mediador. En su carta, César había establecido una jerarquía exclusivamente estilística: la lectura del *Catón* ciceroniano lo había enriquecido,[12] mientras que, leyendo a Bruto, se había sentido muy dotado de elocuencia. Está claro que es una broma. Sin entrar en el asunto, César toma el pelo a ambos «loadores» y, como suele hacer, colma a Cicerón de elogios (aunque sea de un modo que no tranquiliza al orador, consciente de que la sustancia de su escrito, de todos modos, no

puede ser de su agrado).[13] Mientras el drama se acerca a su epílogo, y probablemente ya se han iniciado las maniobras con este fin, este tipo de disputa parece desconcertante.

Sobre todo se trata de una disputa que no tiene sólo dos frentes (en pro y en contra del héroe suicida). No comprendemos por qué Bruto decidió escribir también él. ¿Porque estaba insatisfecho del escrito de Cicerón? ¿Porque está convencido de que era el momento de manifestar su independencia de César? Es difícil saberlo.

Lo que sí sabemos, en cambio, gracias al intercambio epistolar de Cicerón con Ático, es que lo que Bruto había escrito no le había gustado nada a Cicerón, el cual hizo que Ático dirigiese a Bruto, por escrito, una serie de críticas que trataban de convencer al autor para que hiciera modificaciones. Ático las escribió y de la respuesta recibida de Bruto envió una copia a Cicerón, quien reaccionó de un modo muy puntilloso y con un tono de pocos amigos.[14] No se trataba simplemente de una cuestión de vanidad. Cicerón reacciona así porque, al loar a Caton, Bruto hacía de éste, y no de Cicerón, el verdadero artífice de la represión de los catilinarios.[15] Pero lo que más lo hiere es una vez más *la falta de estima* de sus méritos precisamente por parte de aquellos por cuya causa, si bien entre angustias y dudas mentales, él había tomado partido, y no sin inconvenientes. ¡Los *facciosos* pueden muy bien prescindir de él! Así pues, mientras se aproxima la enojada réplica del dictador y la *factio* alza la cabeza en nombre de Catón, se vuelven a abrir antiguas divisiones, lo cual predispone a Cicerón a tener en cuenta la réplica de César y a intentar hacerle llegar un mensaje conciliador, una vez más por medio de Ático. En suma, la disputa sobre Catón, que se va articulando y prolongando en el tiempo (durante meses, la discusión pro y contra el suicidio de Catón dominó la escena),[16] era ya una «prueba general» del inminente trauma. Podría incluso parecer un *ballon d'essai* sobre la capacidad de reacción de César en el plano propagandístico: esto ayuda a entender mejor la iniciativa convergente de Bruto, Fadio, y de Munacio Rufo.

Molesto por haberse encontrado «atrapado» en la polémica con César en torno a la figura de Catón, Cicerón intenta salir de la situación recurriendo como siempre a Balbo, por medio del cual le hace saber a César

que ha apreciado mucho su *Anticato*.[17] De todos modos, la operación había partido de Ático, el cual había sugerido hábilmente a Cicerón que escribiese unas «¡cartas *más jugosas*!». ¡Buena ocurrencia para decirle indirectamente que había que calmar a César después del enfrentamiento panfletístico! Y cuando da noticia de todo esto, Cicerón inicia escrupulosamente la historia desde el principio: recordando que Balbo se había comenzado a mover y después había aprobado, junto con Opio, la carta «dulcificante» que Cicerón se disponía a enviar a César por medio de Dolabela.

XXIX

INDICIOS DE CONSPIRACIÓN

1. En la *Defensa de Marcelo* (fines del verano del 46) Cicerón había exhortado a los senadores, ante los que hablaba, a vigilar y proteger a César de posibles conspiraciones. Y había insistido en particular en la «locura» de quienes eventualmente concibieran o proyectaran un atentado contra César, tal vez —precisa dirigiéndose directamente a César— concebido «entre las filas de los tuyos». Es extraño que hubiera sentido la necesidad de plantear esta eventualidad ante el Senado, y sobre todo ante el mismo César. «La mente humana —había dicho— está llena de dobleces y de dobles fondos;[1] y por ello es justo que nosotros incrementemos en ti la sospecha: porque así, al mismo tiempo, incrementaremos nuestro celo en defenderte.» No son palabras lanzadas al viento: es una apelación que no ha podido surgir de la nada. Se intuye también de la detallada precisación de que el atentado podía nacer «de tuis», o bien «ex eo numero qui una tecum fuerunt» o, por último «ex inimicis».

Y nos atreveríamos a decir que la insistencia con que Cicerón afirma que ya no hay enemigos lleva a la conclusión, aunque sea con alguna sorpresa, de que dicha insistencia, por tanto, pretende indicar, precisamente, que un plano tan *demens* era más probable que se gestase entre los cesarianos. Se deduce que está pensando en algo concreto del hecho de que después de la brillante demostración de que *no* puede haber potenciales atentadores (a menos que no estén completamente locos) llega a la conclusión de que, sin embargo, las dobleces mentales de los hombres son tales que ¡es necesario incrementar la vigilancia! Si se tiene en cuenta que las fechas de los discursos ciceronianos —lo que vale también para este caso— se refieren al momento de la efectiva exposición (por añadidura, el discurso de agradecimiento a César por haber concedido la gracia a Marcelo

fue improvisado), mientras que el texto escrito que nosotros leemos es una obra posterior, hay que deducir que las palabras que nosotros leemos no eran, en realidad, de fines de verano del 46, sino *posteriores* (obviamente, no sabemos de cuándo). Sabemos que precisamente Cicerón sabía[2] que, cuando César aún estaba en España (primavera del 45), Trebonio, un cesariano de los primeros tiempos, preparaba una conjuración contra César e intentaba que participase incluso Antonio, el cual no se adhirió, pero tampoco denunció a nadie. Sobre este punto las palabras de Cicerón, escritas tal vez cuando ya todo eso le era conocido, deberían ser leídas con una atención mucho mayor a lo que literalmente dicen, en lugar de ser tildadas como virtuosismos hiperbólicos de un panegirista especialmente servil y fantasioso.

2. Cicerón continúa: «¿Quién puede ser tan inexperto, y en particular tan inexperto en política, tan despreocupado por la propia y la común salvación, que no entienda que en tu salvación, en el hecho de que tú vivas, se encierra y está comprendida también *su* salvación, y que de tu vida depende la de todos?»[3] Sigue hablando de la necesidad de que César *continúe vivo*, de la ignorancia, sobre todo política, de aquellos que no comprenden que salvaguardar la vida de él significa proteger la de todos. Después, vuelve a hablar explícitamente de un posible atentado. Y dice: «Yo, como es justo que sea, pienso continuamente en ti, día y noche, y me basta sólo pensar en los hechos fortuitos propios de los seres humanos y en los casos inciertos de la salud física y de la fragilidad de nuestra naturaleza para sentirme en ansia; y me apesadumbro considerando que la República debería ser inmortal, pero que ella se compendia en ti, es decir, en el alma de un sólo mortal. Si después, a los casos puramente humanos y a las incertezas de la salud se añade también un complot de atentadores, ¿qué divinidad podemos esperar que quiera o pueda protegernos?»[4] Aquí profiere abiertamente la palabra *conjura (insidiarum consensio)*. Es difícil pensar que sea una palabra dicha así, por casualidad. El riesgo de una conjuración, de un fin violento de César a manos de atentadores se les continúa planteando a César y al Senado como una eventualidad concreta y alarmante.

El tema se repite en la conclusión de manera no menos dramática. Pobre de aquel que «conserve todavía el ánimo en guerra»:[5] mucho más honesto fue el que luchó tenazmente y murió en el campo de batalla (aunque fuese por una causa perdida). Es necesario desmovilizar los ánimos. Todo contraste, toda división ha sido derrotada en el campo o anulada por la justicia del vencedor. Todas las personas razonables deben expresar al unísono una única voluntad: «la única condición para nuestra salvación es tu salvación, tu incolumidad». «Por ello es por lo que todos los que queremos la salvación de esta patria te rogamos encarecidamente que vigiles por tu incolumidad.»[6] Es, pues, una promesa que anticipa el juramento de los senadores de vigilar por la incolumidad física de César, que Antonio reprochará poco después a los cesaricidas, que eran todos ellos componentes del Senado: «Y entonces a propósito de esto, hablando por mí y, estoy seguro, también en nombre de todos: dado que tú sospechas que todavía subsistan algunas insidias,[7] nosotros te prometemos no sólo vigilancia asidua *(excubias et custodias)* de tu persona, sino incluso hacerte de escudo con nuestros cuerpos y con nuestros flancos.» Quizá verdaderamente el significado principal de la *Defensa de Marcelo*, del texto escrito, claro está, no de las palabras que fueron improvisadas en el Senado, se encierra aquí: en esta insistente alarma, que no se dirige sólo a la víctima designada, y al final atravesada, por temidas insidias, sino, incluso *in primis*, a aquellos hombres que probablemente no le eran desconocidos a Cicerón, urdidores de insidias, adversarios nunca dominados, promotores implacables— si se diera el caso— de una nueva guerra civil.

3. En el verano del 45, en la Galia Narbonense, Trebonio intentó atraer también a Antonio a una conspiración que tenía como objetivo eliminar a César. En aquel momento, las relaciones entre Antonio y César eran frías, porque éste había preferido a Lépido como *magister equitum*. El testimonio que da Cicerón es muy claro (y provocará la polémica retorsión de Antonio contra Cicerón, verdadero inspirador de la conjura): «Todos sabemos que en Narbona, ése [Antonio] se entendió con Trebonio en vista de una iniciativa análoga, que Antonio había ocultado aquella complicidad, y que por ello, en

el momento en que César fue asesinado, Trebonio te llevó lejos del lugar del atentado.»[8] La de Trebonio y Antonio era una conspiración completamente interna del bando cesariano. Después, Trebonio será tomado en consideración por Casio y Bruto, cuando deciden actuar, como «cesariano con el que se puede contar».

La declaración de Cicerón, a menudo invalidada por la duda, es muy valiosa: sobre todo por lo que atañe *al tiempo y al espacio*. Mientras César, que acaba de salir a duras penas de Munda —donde había estado a punto de perderlo todo y se había planteado incluso el suicidio—, está todavía ocupado con la rebelión española, comienza la trama contra él: fracasando la vía militar, se delinea la terrorista. Y ésta parte de la retaguardia del ejército (en la Narbonense), de los comandantes que, desde allí, siguen los acontecimientos e informan a los amigos de Roma.

Desde Narbona, Hircio escribe a Cicerón, a Roma, para informarlo del resultado de Munda.[9] Trebonio está en la Narbonense, y también Antonio, el cual había sido excluido por César tanto de la campaña africana como de la española, y esconde un cierto resentimiento por esa larga marginación. Fue en Narbona, a finales del verano, cuando se empezó a urdir una trama para eliminar a César, que había salido vivo también de Munda, frente a toda previsión. En aquel momento los conspiradores pensaron que Antonio podría participar. Esto se deducía, evidentemente, de su actitud y de lo que los demás creían saber de él. ¿Cómo sabía Cicerón todo esto? Se diría que fue de personas como Hircio de quienes pudo haberlo sabido; *o del mismo Trebonio* después de marzo del 44. Es difícil descartar esta hipótesis como inadmisible.

4. El relato de Plutarco[10] es mucho más detallado que el de Cicerón en la *Segunda Filípica* y se remonta directamente a Trebonio. La escena está localizada de otro modo. Los dos «salían al encuentro de César, que regresaba de España»;[11] su conversación tuvo lugar mientras estuvieron juntos los dos solos durante largo tiempo, «en la misma tienda y en el mismo vehículo»; Trebonio había hablado «comedidamente y con precaución», y estaba seguro de que Antonio había entendido bien, dejándole caer, de todos

modos, la *avance*;[12] sin embargo, lealmente (πιστῶζ) Antonio no había revelado nada a César. En el momento de la conjura llevada a cabo con éxito se había considerado la posibilidad de que participase el mismo Antonio.

Había surgido, pues, una conspiración en el ámbito cesariano durante la interminable campaña española. Las informaciones de Cicerón en este sentido son bastante detalladas y los nombres que da —Trebonio, en primer lugar, y después Antonio, al menos como persona enterada y cómplice con su silencio— provocan mucho desasosiego. Es difícil penetrar en los meandros de la psicología gregaria que gira en torno a un *leader* que galvaniza, en torno a la propia persona, devoción, admiración, envidia y resentimiento. Estos factores pesan, junto a muchos otros: la rebelión autoritaria de César, la guerra infinita civil, la atracción que ejercen los grupos de poder aún en vida, y también la rivalidad en el ámbito del *entourage* del dictador, soberano dispensador de ascensos y retrocesos a los componentes de esta *elite* que se había constituido y que pronto se había ampliado desmesuradamente en torno al vencedor. El cual, con sus desconcertantes aperturas, por ejemplo, a hombres de gran relieve y estatus social-familiar como Marco Junio Bruto,[13] ni siquiera se daba cuenta de que exasperaba o molestaba a sus hombres más fieles, aquellos que habían estado con él desde el primer momento, entre los que se encontraba ciertamente Antonio.

El hecho de que en medio de toda esta maraña apareciera, importunando a personas ya maduras, bien provistas de méritos políticos y desde hacía tiempo en larvada rivalidad y contienda por la sucesión al dictador (llegado el momento),[14] un jovencito ambicioso y sólo en apariencia frágil como era Octavio, presentándose inesperadamente en el cuartel general cesariano durante la campaña española, tuvo que ser, al principio, sólo un motivo de fastidio, o de burlas y risotadas lascivas: como bien nos da a entender la insinuación de Antonio sobre la desfloración del jovencito. Los últimos meses del verano y principios de otoño del 45, mientras las filas cesarianas se veían perturbadas por graves inquietudes, la aparición de aquel *puer* no tuvo que suscitar más que una soldadesca mordacidad. Eran otros los problemas serios de la política. Antonio, si bien fue excluido por Trebonio de sus inquietantes proyectos (quizá no sólo suyos: en aquellos meses en Narbona estaba también Hircio), no traicionó al

compañero de partido, pero encontró el modo de reconciliarse con el dictador. Fue cónsul con César durante el 44, obviamente, con el beneplácito cesariano, signo de una armonía recuperada, sobre la cual, por otra parte, pesa la desconcertante escena de las Lupercales[15] y la irresponsable (o insidiosa) farsa que hizo perder otras simpatías al dictador. Se puede advertir que, precisamente, los hombres que estaban en Narbona, el verano del 45, mientras César estaba en España, fueron todos «premiados» por el dictador: Trebonio, que en el 45 era *consul suffectus*,[16] fue designado procónsul de Asia para el 43; Antonio fue asociado a César en el consulado del 44; Hircio estaba previsto como cónsul para el 43.

Para comprender mejor el comportamiento y las ideas, así como las decisiones profundas de estos hombres, es emblemático el caso de Trebonio. Él era un «republicano» convencido: su trato frecuente con Cicerón no había sido ciertamente ineficaz en su formación. En su día —tal vez en el 60, cuando era cuestor— se había opuesto al intento de *transitio ad plebem* de Clodio (amenazador hacia Cicerón), pero en el 55 era él el que había propuesto, como tribuno de la plebe, la confirmación de las Galias a César por otros cinco años, además de Siria a Craso y España a Pompeyo. Y desde el 54 hasta el 49 había combatido con César en la Galia como legado y lo había seguido en la guerra civil participando en el difícil asedio de Marsella (cuya descripción en los *Commentarii* cesarianos le debe muchísimo precisamente a él).[17] El paso del Rubicón no le había creado un especial embarazo a este republicano: signo de que la propaganda cesariana era creída sobre todo por los suyos. La pretura del 48 había coronado esta carrera, y el gobierno de España en el 47 había significado un reconocimiento de gran responsabilidad. Pero esta vez las cosas no habían ido bien: Cneo Pompeyo *iunior* lo había expulsado de la Bética, y fue precisamente por las presiones insistentes de Trebonio por lo que César había decidido intervenir personalmente en España (noviembre del 46), embarcándose una vez más (después de Alejandría) en una empresa de altísimo riesgo. El porqué la experiencia de aquella campaña llevó a Trebonio a posiciones de ruptura hasta el punto de pedir una trama para asesinar al jefe atrayendo a la empresa al descontento Antonio (ya no *magister equitum* y suplantado por Lépido), es una cuestión difícil de

responder a la luz de los documentos, pero no deja de ser muy importante. Encierra allí la señal de una seria alteración del equilibrio de relaciones, plena de consecuencias futuras en el nuevo sistema de poder que César intentaba construir, apartándose, con muchas incertezas y soluciones «provisionales» (como era el caso de la dictadura), de la vieja «legalidad republicana». Es en ese momento cuando una parte de los suyos se echa atrás: no están de acuerdo, y piensan incluso en soluciones extremas.

XXX

«IURE CAESUS»

1. Después de la difícil jornada de Munda, el dominio de la España Bética ocupó a César durante meses. César, que habría de admitir que aquella vez había combatido no ya por la victoria sino por la vida,[1] tuvo que afrontar después una resistencia obstinada que no tenía atisbos de llegar a una verdadera pacificación. Los supervivientes del ejército vencido se habían atrincherado en Córdoba y en la ciudad de Munda: «limpiar» esta ciudad de esos combatientes obstinados y dispuestos a todo comportó notables pérdidas de hombres[2] y meses de actividad militar y política.[3] En la gestión de la victoria, César se abstuvo de la habitual *clementia*: el rencor de los vencedores y de sus aliados en cada una de las ciudades estalló. Había necesidad de tierras y de dinero. No se libró ni siquiera el templo de Hércules, en Cádiz.[4] Hasta agosto, es decir, durante otros cinco meses después de la victoria de Munda, César estuvo ocupado en España. Entrado ya el mes de septiembre estaba a las puertas de Roma, pero no entró en ella: preparaba el triunfo, que sería celebrado, ante el desconcierto general, a principios de octubre.[5]

Triunfar sobre ciudadanos romanos era un gesto inaudito.[6] «Como ninguna otra cosa —dice Plutarco—, aquel triunfo disgustó a los romanos. No era agradable ver que sin haber vencido a generales extranjeros ni a reyes bárbaros, sino habiendo eliminado a los hijos y a la descendencia de un hombre que había sido grandísimo entre los romanos, se vanagloriase de las desventuras de la patria.»[7] Desde el punto de vista cesariano el triunfo se justificaba porque la guerra que acababa de terminar se planteaba como llevada a cabo contra rebeldes locales apoyados por romanos traidores. Era éste el montaje propagandístico latente en la *Guerra de España*. Y de alguna manera esta impostación estaba confirmada por el desarrollo de los hechos.

Muy pronto, en efecto, volvió a manifestarse la actividad de bandas de pillaje españolas y Sexto Pompeyo, el superviviente de los hijos de Pompeyo, se unió a ellas y comenzó a cosechar triunfos, debido también a que el duro tratamiento infligido a España había resultado contraproducente. Los que pagaron esta reanudación de la guerra en la indómita provincia fueron, como es obvio, los magistrados encargados de gobernarla: el primero, Cayo Carinate; después, Asinio Polión, que llegó a la provincia a principios del 44 y allí sufrió una derrota,[8] que erróneamente Veleyo define como «clarissimum bellum».[9]

2. El triunfo sobre España, es decir, sobre los hijos de Pompeyo, era la primera señal de un cambio de estilo, que caracterizaría los últimos meses de la vida y gobierno de César. Respecto a los pocos meses transcurridos en Roma después del regreso de África (agosto-octubre del 46), este otoño-invierno del 45-44, entre el triunfo celebrado en octubre y los idus de marzo, presenta una posición humana y políticamente muy distinta. No es casual que en el verano del 46 Marcelo y Ligario hubieran obtenido la clemencia, mientras que a finales del 45 el proceso contra Deyotaro se hubiera concluido sin ninguna sentencia, es más, con el propósito por parte de César de indagar más acerca del comportamiento del tetrarca de Galacia, sospechoso de apoyar —o haber apoyado— el amotinamiento de Siria, todavía activo.

El verano del 46 había sido el momento de las grandes iniciativas edilicias (*Forum Caesaris*, Templo de Venus Genetrix); de los grandes proyectos (saneamiento de los pantanos pontinos, apertura de un nueva vía a través de los Apeninos hasta el Adriático, construcción de una gran biblioteca griega y latina, cuya concreta ideación le fue encargada al ex pompeyano y erudito universal Marco Terencio Varrón); de la reforma del calendario; de la legislación y tutela de las administraciones provinciales (la ley *de repetundis* que durante dos siglos reguló, con leves retoques, las relaciones entre Roma y su imperio); de las leyes que completaban la romanización de la Transpadania; así como de la normativa sobre las deudas y sobre los alquileres de las casas. Medidas dirigidas a mitigar las

repercusiones de la larga guerra civil sobre la vida de los ciudadanos. Una guerra que había afectado profundamente la vida de los individuos, dejando huellas y heridas.[10]

El otoño-invierno comprendido entre el triunfo español y los idus de marzo estuvo marcado en cambio por la pretensión de César de dar finalmente un nueva forma constitucional a su poder personal y por las reacciones contra esta reforma abiertamente autoritaria. Napoleón ha señalado, considerando estos últimos meses de vida de César, que se produjo entonces, junto al impulso hacia el poder dictatorial, una actitud de César que podría considerarse de mayor atención a las clases elevadas y de freno a la arrogancia popular.[11] Hay una base que sostiene este dictamen del emperador de los franceses (el cual también en esta ocasión está leyendo al trasluz su propia situación a través de la del dictador romano), y ésta se encuentra en una noticia que proviene de Suetonio: «Finalmente, en los últimos tiempos *(tempore extremo)*, no sólo permitió que volviesen a Italia y accediesen a las magistraturas todos aquellos a los que no había perdonado hasta entonces, sino que incluso alzó de nuevo las estatuas de Pompeyo y de Lucio Sila que el pueblo había abatido.»[12] Ya vimos la importancia de estos símbolos cuando en su día César restauró los trofeos y las estatuas de Mario. Parece que Cicerón con ironía había comentado que César restauraba las estatuas de Pompeyo para salvaguardar las suyas.[13]

Otra señal de este clima era, según Suetonio, la decisión de César de no indagar sobre las conspiraciones urdidas contra él que iba descubriendo, sino emitir un edicto por el que hacía saber que estaba informado sobre «conjuras y reuniones nocturnas dirigidas contra su persona».[14]

Sobre esta apertura hacia los viejos grupos dirigentes Napoleón se había hecho su propia idea: después de Munda, habiendo sido prácticamente destruido el partido pompeyano, «el partido popular y los veteranos aumentaron sus pretensiones, hicieron oír su voz, César, preocupado, había recurrido a las principales familias para contenerlos».[15] Por bueno o malo que sea este juicio (se debería encontrar una confirmación en las fuentes de tal incremento del radicalismo «popular» después de Munda), le brinda la ocasión a Bonaparte de exponer una especie de teoría sobre la forma en que se reconstituye una «aristocracia» en cualquier contexto: incluso en el marco

de una revolución que haya abatido a la nobleza como clase, incluso cuando se intenta evitar que se forme una aristocracia en el «Tercer Estado», e incluso en el ámbito obrero («elle surnage et se réfugie dans les chefs d'ateliers et du people»).[16] Ahora bien, concluye diciendo, un príncipe no sale ganando nada de tal «desplazamiento» de la aristocracia: es más, es preferible mantener en vida y sacar partido en el nuevo orden de la vieja aristocracia, «restableciendo los viejos linajes bajo los nuevos príncipes».[17] Éste, a su entender, fue el cambio cesariano en la fase final. Es una lectura legítima del cesarismo, pero que deja una sombra de fricción creciente que el giro hacia un poder personal indefinido provocó precisamente en aquella aristocracia que César se imaginaba atraer. Suetonio, por otra parte, después de haber hecho notar aquellas señales de apertura, prosigue advirtiendo que, a pesar de ello, «pesan sobre él otros hechos y otras palabras, de los cuales se puede juzgar que abusó del poder *(abusus dominatione)* y que por este motivo con todo derecho fue asesinado *(iure caesus)*».[18] Fórmula desconcertante por parte del *ab epistulis* del emperador Adriano,[19] pero que muestra bien a las claras el efecto traumático que sobre la aristocracia republicana habían tenido las últimas decisiones del dictador.

3. Sobre los actos y el comportamiento de César que, en cierto sentido, «legitimaron» el atentado, por usar la expresión suetoniana, existe una tradición compacta que consiste en proporcionar una «lista», sustancialmente fija, de prevaricaciones, al frente de las cuales se encuentra el cuadro de las innovaciones constitucionales (todas en sentido monocrático) introducidas por César después de Munda, algunas todavía a principios del 44.

Suetonio resume así estas innovaciones: «reunió en la propia persona demasiados honores, como el consulado continuo, la dictadura perpetua, la prefectura de las costumbres, y además de esto, el *praenomen* de *Imperator* y el *cognomen* de *pater patriae*».[20] A ello hay que añadir otros honores exteriores (como su estatua puesta entre las de los reyes y un asiento sobrealzado en la orquesta del teatro, etc.). A continuación se registran una serie de «desaires» al procedimiento constitucional, por ejemplo, el nombramiento de nada menos que ocho *praefecti urbi* o el envilecimiento

sistemático del consulado, regido por él «sólo de nombre» *(titulo tenus)* y en el que se hacía sustituir, tal vez sólo por pocos meses, dimitiendo anticipadamente. Un caso límite: «la vigilia de las Calendas de enero [el 31 de diciembre del 45], habiendo fallecido inesperadamente un cónsul [Quinto Fabio Máximo, que era cónsul desde el 1 de octubre], a pesar de que el cargo sólo iba a estar vacante durante unas pocas horas, se lo confirió a uno que lo solicitaba [Cayo Caninio Rébilo, el cual, en efecto, fue cónsul sólo durante un día]».[21] «Pero el odio más grande e implacable —señala poco después Suetonio— lo mereció cuando recibió, permaneciendo sentado, delante del templo de Venus Genetrix, a los miembros del Senado en pleno, que habían venido a presentarle decretos con los que le conferían grandísimos honores. Algunos creen que fue Cornelio Balbo el que lo detuvo cuando iba a levantarse.»[22]

Después hubo también algunos incidentes memorables, pero que denotan sobre todo rechazo y humor negro. En particular, la desavenencia con el tribuno de la plebe Poncio Aquila, el único que no se alzó en pie cuando pasó delante del palco de los tribunos «el desfile de un triunfo suyo».[23] Y no puede ser ningún otro más que el criticadísimo triunfo de España, ya que Poncio Aquila, después también implicado en la conjuración, era tribuno precisamente en el 45. Irritado, César, durante unos cuantos días, cada vez que tenía que prometer algo en público, añadía: «¡Entendámonos bien, con el permiso de Aquila!»[24] Después estaba también el incidente con los tribunos que habían hecho arrestar a un desconocido que había coronado con cintas y laurel una estatua de César. Y la torpe respuesta de César a la muchedumbre que lo saludaba como *rex*: «¡mi nombre es César!».[25]

4. La escena que se produjo en el Senado cuando le fueron atribuidos a César poderes que nunca la normativa constitucional romana había previsto fue sumamente ambigua. Plutarco capta bien la insidia. Inclinándose al destino y pensando que el poder de uno sólo era un modo de tomar aliento después de la ininterrumpida angustia de la guerra civil, «los romanos —así se expresa el biógrafo griego— nombraron a César dictador vitalicio». Pero esto —comenta— en realidad equivalía «a una tiranía explícitamente

aceptada y reconocida».[26] Ahí, «tiranía» no es una invectiva, es el fruto del esfuerzo de Plutarco por encontrar la equivalencia griega para aquel tipo de poder: y él es muy consciente del carácter popular-autoritario de la «tiranía» griega de la época clásica. Un ejemplo insigne era Pisístrato, del que Aristóteles sabía muy bien que se había convertido, casi con una lógica consecuencial, «de demagogo en tirano».[27] Una equivalencia correcta, en lo sustancial, a pesar del desplazamiento *in deterius* del valor de *tyrannos* en la lengua de la democracia ateniense de los siglos V y IV a.C. Una equivalencia bien presente, como sabemos, en la mente del mismo Cicerón, según el cual, al dictador desde siempre le gustaba citar aquellos terribles versos de *Las Fenicias* que hemos recordado en varias ocasiones.[28] También la dictadura (como en su origen la tiranía griega) tenía la finalidad de resolver, durante un período limitado de tiempo, problemas y situaciones ingobernables por las vías ordinarias. Sólo con Sila ésta se había convertido en el instrumento de una reorganización político-constitucional beneficiosa para el partido de los aristócratas. Con César volvía a cumplir su función originaria de instrumento de mediación y superación de los conflictos.[29] Por otra parte, no era una caprichosa iniciativa lanzada contracorriente, visto que ya Cicerón en la obra *Sobre el Estado*, por tanto, incluso antes de la guerra civil, había ideado una hábil estratagema para lanzar este instrumento constitucional: el sueño de Escipión Emiliano que se ve investido de la dictadura para aportar reformas constitucionales.[30] Por otra parte, hacer llegar esa propuesta a través de un sueño era un signo de prudencia respecto al rechazo del público frente a aquel término. Para «crear una opinión» a favor de una solución basada sobre un poder personal más acentuado, Opio, fidelísimo agente de César, se ocupó de escribir una vida de Escipión el Africano.[31]

En la sesión del Senado que aprobó la dictadura cesariana fue precisamente Cicerón, según la reconstrucción conocida por Plutarco, el que «propuso los primeros honores, cuya grandeza estaba en cierto modo en los límites de lo humano». Pero otros, «añadiendo otros completamente desmesurados y compitiendo por ver quién le daba más, lograron hacer a César odioso a las personas más escrupulosas a causa de la exageración y de la insensatez de lo deliberado».[32] En la competición de los aduladores se

introdujeron los adversarios: «es opinión extendida —prosigue el biógrafo — que en la redacción de las propuestas, junto a los aduladores habían colaborado sus enemigos, para tener después más pretextos contra él y para demostrar en un futuro que su acción se fundaba en muy sólidas y graves acusaciones».[33] Este juicio sobre la complicidad —provocativa— de los futuros atentadores en la reforma autoritaria realizada durante el paso del 45 al 44 debe proceder de buena fuente. También Floro conoce esta sutil doblez de la psicología de los futuros conjurados, que no debía de serle desconocida a Cicerón ya cuando había escrito el *Pro Marcello*. Le ponían encima aquellos honores —escribe el historiador, descendiente lejano de los Anneos— como se le ponen encima las ínfulas a la víctima sacrificial que va a ser abatida.

5. Cierto que «iure caesus» (asesinado con todo derecho) es una expresión muy ácida. No creo que de César y de su fin violento se pensara esto habitualmente en el *entourage* de Adriano, o que este juicio correspondiese al verdadero sentimiento de hombres educados a la antigua, como Plinio el joven (el cual pretendía ser una especie de Cicerón redivivo). Aquél parece ser más bien el juicio de un contemporáneo para el cual no sólo era previsible, sino comprensible, que el abuso de *dominatio* llevara a ese fin violento. Un contemporáneo que había catalogado escrupulosamente todas las *gaffes* y «violaciones» de comportamiento del César de los últimos tiempos, dando origen a aquella lista que encontramos casi idéntica, una vez más, en Suetonio, Plutarco y Apiano.[34] Pero el dato más significativo de estos autores es que, en sus crónicas, esta resentida catalogación de «violaciones» conviva con la convicción, expresada en otras partes de la misma obra, de que el cesaricidio fue un crimen y que los asesinos encontraron al final el merecido castigo. El mismo Suetonio, por ejemplo, concluye la biografía de César precisamente con la noticia del «contrapaso» que les tocó a los asesinos que habían apuñalado a César en el Senado: «se quitaron la vida con el mismo puñal con el que habían violado el cuerpo de César».[35] En Apiano, incluso al pasar del segundo libro (donde César cae en un *crescendo* de indignación «republicana» por sus excesos) al

tercero (donde César es el hombre «dignísimo» cuyos asesinos, uno detrás de otro, han pagado el crimen), se advierte un cambio de orientación que nos induce a pensar en un cambio de fuente.[36] En Dión Casio, que no escatima punzantes críticas sobre la conducta de César en vida, el juicio sobre el cesaricidio es negativo y sin apelación: «era justo y deseado por los dioses que aquellos asesinos sufrieran porque habían asesinado a un hombre que había sido su benefactor y que había llegado tan lejos que había realizado obras de valor obteniendo el favor de la fortuna».[37]

En una posición muy distinta y todavía más netamente perfilada están las fuentes que reflejan bien el punto de vista de la familia Julia: Veleyo, sobre todo, si bien podemos imaginar también que Nicolás de Damasco se expresó en términos análogos. Veleyo no sólo toma partido contra el cesaricidio, que es una actitud común de muchas fuentes de diversa tendencia, sino también contra la definición del poder de César como *tiranía*. Mientras que Plutarco, cuando describe las últimas medidas legislativas que ampliaban ulteriormente los poderes del dictador, insiste en el dictamen: ¿qué otra cosa podía ser todo esto sino la atribución de un poder monárquico absoluto? Veleyo rechaza explícitamente esta definición. En el pasaje donde reconstruye el disenso de opinión en el interior de la conjura —Casio quería eliminar también a Antonio, Bruto sostenía que «había que desear únicamente la sangre del tirano»—,[38] añade polémicamente: «el recurso a este término [*tirano*] para definir la condición de César convenía mucho a su proyecto». Así, Veleyo afronta desde la raíz la falta de fundamento de los presupuestos mismos, incluso los emotivos, de la conjura. Es evidente que Veleyo tiene en mente el uso totalmente negativo de *tirano*, según el léxico político romano. «Tirano» y «tiranía» son los términos corrientes en los coloquios de Casio (o de sus amigos) con Bruto en los días que precedieron a la adhesión de Bruto a la conjura.[39]

Así pues, hay que preguntarse si aquel inesperado «iure caesus» que encontramos en Suetonio no corresponderá a la misma fuente que ya por otros indicios nos ha parecido era la base de los relatos de Suetonio, Plutarco y Apiano, es decir, a Asinio Polión. A falta de la obra historiográfica poseemos una importante carta suya a Cicerón, escrita un año después de la muerte de César,[40] donde coexisten, en singular equilibrio, la

explicación de la decisión de Asinio de ponerse de la parte de César cuando estalló la guerra civil, con un total distanciamiento del giro cesariano hacia una verdadera *dominatio*, negadora de la *libertas*, y «abusus dominatione iure caesus» es precisamente el nexo que encontramos en el desconcertante pasaje de Suetonio.[41]

> Mi carácter y mis ideales —escribe Asinio— me impulsan a desear *pax et libertas*. Por eso siempre he deplorado aquel maldito estallido de la guerra civil.[42] Pero ya que no me era posible no tomar partido, y visto que tenía tenaces adversarios en ambos campos, de los dos bandos he evitado aquel donde sabía que habría estado expuesto a las insidias de mis enemigos. Y empujado allí donde precisamente no habría querido «alistarme», para evitar ser tenido entre bastidores, afronté sin dudarlo peligros muy serios. Por César he sentido afecto y he mantenido hacia él respeto *(pietas)* y lealtad *(fides)*. Y lo he hecho porque él, en la cumbre del éxito, me ha tratado a mí, al que apenas conocía, como a un viejo amigo. Todo lo que he podido hacer por mi propia iniciativa (estando a las órdenes de César) lo he hecho de tal modo que obtuviera la aprobación de las personas de bien. Lo que he hecho porque me había sido ordenado, lo he hecho de modo y en momentos tales que quedase claro que estaba obedeciendo, contra mi voluntad, unas órdenes. Que una conducta tal me haya ocasionado un odio, por parte de algunos, absolutamente injustificado, ha sido para mí instructivo: me ha enseñado lo bella y dulce que es la *libertas* y lo infeliz que es, en cambio, la vida bajo la *dominatio*. Por lo tanto, si ahora la cuestión que está sobre el tapete es la de entregar todo el poder en las manos de uno solo, cualquiera que éste sea, yo ya desde ahora mismo me declaro su enemigo, y no hay peligro que yo no esté dispuesto a afrontar en defensa de la *libertas (pro libertate)*.[43]

Polión fue cesariano; lo fue como tantos otros, a la luz y en base a un cálculo que representa un aspecto decisivo para la conducta de un político romano: cuántos *amigos* y cuántos *enemigos* se habría encontrado en cada uno de los bandos en liza. Mostró lealtad al campo, pero de ningún modo ignoraba ni sus límites ni sus defectos. La *dominatio* ejercida por César terminó por causarle daño, directa o indirectamente, también a él, a Polión. Por ello, ahora que César había sido quitado de en medio estaba dispuesto a batirse hasta el fondo *pro libertate*: para que no irrumpiera en escena algún otro César.[44] De este modo, él describe al competente destinatario un itinerario político paradigmático, que volveremos a encontrar pronto en nuestro camino cuando analicemos más de cerca la composición de la conjura. Es probable que este modo de ver las cosas se haya reflejado en el relato historiográfico que años después Polión hizo del cesaricidio. Las fuentes que dependen de él son la prueba de ello.

6. Pero ¿con qué objetivo César se dejaba investir de la «dictadura perpetua»? ¿Pudo haberse creído de veras que podría transformar en magistratura vitalicia la que por definición era, en la opinión general, una magistratura temporal? Se podría pensar que aquella decisión estaba relacionada con los grandes, aunque muy vagos proyectos de empresas militares en Oriente que se decía que César había concebido; pero esos eran unos proyectos tan enormes que se pierde su perspectiva.[45] Se puede pensar también que asumir la dictadura perpetua fuera más bien la premisa (provisional) para dar vida, con comodidad, a un nuevo sistema constitucional.[46] Después de Tapso había obtenido la dictadura decenal, es decir, renovable durante diez años consecutivos: ¿qué añadía de hecho la dictadura «perpetua» a una dictadura decenal si no era evitar la mera formalidad de reiterar anualmente la renovación?[47] César no logró institucionalizar su poder carismático: por eso no consiguió decidir en el terreno de las reformas constitucionales las que había de imponer. Se trataba, además, de imponerlas a una sociedad política constituida por una elite muy bien seleccionada y capaz de unas tenacísimas autodefensa y autoconservación. Era un mecanismo que él conocía muy bien por haberlo practicado y haberse aprovechado de él en todos los sentidos. La dificultad de la empresa la demuestra, en cierto sentido, el hecho de que, después de otro decenio de duras experiencias, de ulteriores inventos (el triunvirato constituyente y renovable) y de nuevos conflictos, Octaviano se decida por la vía del retorno al pasado, de la «restauración» de la *res publica*.

Acerca de los planes más o menos fantásticos de César tenemos unas noticias vagas y vastas. El inverosímil periplo trazado por Plutarco, en particular, parece estar pensado para rivalizar con el asalto de Alejandro a los «confines del mundo»[48] (y es, pues, tal vez fruto de la equiparación Alejandro-César que se había ido consolidando en la tradición histórico-retórica).[49] Pero a propósito de esto existe una voz contemporánea, muy grave y muy consciente, la de Cicerón, que merece ser tenida en cuenta. Aunque es verdad que la suya sólo es una alusión, en una carta a Ático, escrita apenas dos meses después de la muerte de César. Es la famosa carta en la que Cicerón, juzgando lo que a él le parece el resultado desastroso de los idus de marzo, sintetiza su opinión sobre los «liberadores» diciendo

«coraje de verdaderos hombres, cerebro de niños».[50] Pero, continuando la consideración retrospectiva de lo sucedido, añade, aunque acaso inadvertidamente, una diferente anotación a favor de la «inutilidad» de los idus de marzo: «Después de todo —escribe—, César no habría vuelto nunca.»[51] En su opinión (y era la de uno que lo conocía a fondo), se habría adentrado cada vez más profundamente en una empresa lejana y peligrosa (¿la campaña contra los partos?): habría terminado tal vez su aventura en un campo de batalla. La realidad totalitaria de la guerra había dejado de ser el instrumento para mandar en Roma (éste había sido en su origen el fin de la campaña en la Galia); ahora que experimentaba como vencedor de la guerra civil la desesperante inaferrabilidad del poder, la guerra le parecía cada vez más una atractiva y satisfactoria realidad alternativa a la política doméstica. No sabemos hasta qué punto el comentario de Cicerón era una iluminadora y meditada intuición o si era sólo el desahogo de una desilusión temporal. Meses más tarde, Cicerón mismo, saliendo de nuevo a la arena, exaltará frente al Senado la necesidad y la grandeza del gesto llevado a cabo por los «liberadores», anulando, por así decir, las consideraciones a las que aludía en aquella carta. Queda la duda de si en aquella fugaz alusión manifestada en una carta privada al amigo de siempre, él no nos haya dejado, sin embargo, un destello verídico, precioso, para entender la desesperada psicología del amado-odiado adversario de toda la vida.[52]

XXXI

LA ESCENA DE LAS LUPERCALES

1. El incidente más burdo lo provocó Antonio. Y precisamente en un momento en el que desde diversas partes se multiplicaban las voces sobre un inminente giro abiertamente monárquico de las aspiraciones de César. De nuevo surgía la sospecha acerca del papel de Cleopatra, como oculta promotora de este cambio, sobre todo desde que se había convertido en madre de un hijo de César. De ahí las voces insistentes de que el dictador estaba a punto de trasladar definitivamente su sede a Alejandría.[1] Estos presuntos proyectos «orientales» fueron categóricamente desmentidos cuando, después de muerto César, fue abierto el testamento y se constató no sólo la posición preeminente del joven Octavio, sino también la total ausencia del hijo de Cleopatra en las disposiciones testamentarias de César.[2] También fue aprovechada la presunta profecía sibilina según la cual, sólo un rey habría podido derrotar a los partos. E incluso corrió la voz sobre el nombre del que iba a llevar al Senado la propuesta consecuente con tal oráculo sibilino.[3]

En cuanto a Antonio, César ya había dejado de estar abiertamente en desavenencia con él: es más, era su colega en el consulado para el año 44. Pero no había vuelto a ser nombrado *magister equitum*, y había tenido que aceptar, a su pesar, el nombramiento de Dolabela como cónsul *suffectus* (suplente).[4] El 15 de febrero del 44, en el curso de la fiesta de las Lupercales, él se convirtió en protagonista de un gesto espectacular: el intento de coronar a César rey. Veamos el relato más amplio que nos ha llegado de este episodio, que hemos tomado de la *Vida de Augusto*, de Nicolás de Damasco, el devoto biógrafo del «hijo» de César:

Otro suceso de no poca importancia provocó el enorme desdén de los que conspiraban contra él. Se había procedido a erigir una estatua de oro en su honor sobre los rostros. Sobre la cabeza de ésta apareció una diadema. Los romanos sienten una gran recelo hacia la diadema, y la consideran un símbolo de esclavitud. Cuando llegaron allí los tribunos Lucio y Cayo, ordenaron a un siervo que subiera a la estatua y que quitara la diadema y la tirase. Apenas César vino a saber lo que había sucedido convocó al Senado en el templo de la Concordia y acusó a los tribunos de haber sido ellos los que habían puesto a escondidas la diadema sobre la cabeza de la estatua, para ultrajarlo públicamente y dar la impresión de que actuaban como hombres valerosos frente a la falta que él tenía del sentido del honor, sin respetar ni al Senado ni a él. Añadió que su gesto delataba también un proyecto más amplio y una insidia más profunda, en caso de que consiguieran asesinarlo, después de haberlo desacreditado ante el pueblo como aspirante a un poder ilegal y haberse hecho promotores de una revolución. Después de este discurso, con la aprobación del Senado, envió al exilio a los tribunos. Aquéllos tuvieron que irse y fueron nombrados otros en su lugar.

El pueblo solicitaba a voces que él fuese rey y que no se esperase más a coronarlo, ya que también la fortuna lo había coronado. Pero él dijo que, si bien siempre había tratado de favorecer al pueblo por el bien que le había demostrado, no accedería nunca a esto y les pedía perdón si, en el respeto a las tradiciones republicanas, se oponía: prefería ocupar la más alta magistratura legalmente que ser rey ilegalmente.

Así eran los discursos que se hacían por entonces. En invierno se celebraba en Roma una fiesta (llamada de las Lupercales), durante la cual, viejos y jóvenes juntos participaban en una procesión, desnudos, untados y ceñidos, burlándose de cuantos encontraban y golpeándolos con tiras de piel de cabra. Dado que en aquellos días se celebraba esta fiesta, había sido elegido Antonio para guiar la procesión; éste tenía que atravesar el Foro, según la vieja costumbre, seguido por mucha gente. César estaba sentado sobre los denominados rostros, en un trono de oro, envuelto en un manto de púrpura. Primero se acercó a él Licinio con una corona de laurel, en cuyo interior se veía claramente una diadema. Dado que el puesto desde el que César hablaba al pueblo estaba en alto, Licinio, levantado por los colegas, depositó la corona a los pies de César.

El pueblo gritaba que se la pusieran en la cabeza e incitaba al *magister equitum*, Lépido, a que lo hiciera, pero éste dudaba. En aquel momento, Casio Longino, uno de los conjurados, como si realmente fuera benévolo y por otra parte para disimular mejor sus verdaderas intenciones, se adelantó cogiendo la diadema y se la puso sobre las rodillas. Con él estaba también Publio Casta. Ante el gesto de rechazo de César y ante los gritos del pueblo, acudió Antonio, desnudo, untado de aceite, precisamente como solía ser durante la procesión, y se la puso en la cabeza. Pero César se la quitó y la tiró en medio de la muchedumbre. Los que estaban lejos aplaudieron; los que estaban cerca, en cambio, gritaban que la aceptase y no rechazase el favor del pueblo.

Sobre este suceso se oían opiniones discordantes: algunos estaban indignados porque, a su parecer, se trataba de una exhibición de poder que superaba los límites que consentía la democracia; otros lo defendían creyendo halagarlo. Otros, aun, divulgaban la voz de que Antonio no habría obrado sin su consentimiento. Muchos habrían querido que se convirtiese en rey sin discusión. Voces de todo tipo circulaban entre la masa. Cuando Antonio le puso la diadema sobre la cabeza por segunda vez, el pueblo gritó en su lengua: «¡Salve, rey!» Él no aceptó tampoco entonces, ordenando que llevasen la diadema al templo de Júpiter Capitolino, para el cual, dijo, era más adecuada. De nuevo aplaudieron los mismos que antes habían aplaudido.

Había también otra versión: Antonio habría actuado así con César intentando captar su favor, es más, lo habría hecho con la íntima esperanza de ser adoptado por él.

Al final abrazó a César y pasó la corona a algunos de los presentes para que la colocaran sobre la cabeza de la cercana estatua de César. Así se hizo. En un clima tal, también este suceso, no menos que los otros acontecimientos, contribuyó a estimular a los conjurados a actuar más

rápidamente; esto, según ellos, les había dado una prueba más concreta de lo que sospechaban.[5]

Plutarco añade un detalle importante: César, irritado por la farsa, y también por su poco éxito, se alzó en pie y mostró el cuello diciendo que «se lo ofrecía a quien quisiera degollarlo».[6] Esta frase cruda y dramática sólo puede significar que César pretendía denunciar así, públicamente, el peligro de iniciativas de aquel tipo. Y les echaba en cara a quienes intentaban hacer que se extralimitase en sentido claramente monárquico, el hecho de querer su muerte.

2. El gesto de Antonio en las Lupercales es *prima facie* ambiguo, desconcertante e impolítico. No se debe dejar de lado ningún indicio, entre otras cosas, porque la conducta de estos personajes no es nunca lineal: y todos tienen la tendencia, los de una parte y los de la otra —Cicerón no menos que Antonio—, a reconstruirse *post eventum* y retrospectivamente una *línea* de conducta. Así se explican también las recíprocas reprobaciones entre Cicerón y Antonio. La réplica de Cicerón a Antonio —haber sido él, con la comedia de las Lupercales, el verdadero motor del asesinato de César —[7] no se ha de considerar una mera y brutal retorsión polémica, provocada por la dura acusación hecha por Antonio a Cicerón de ser el verdadero inspirador de la conjura. Respecto a esto no se ha de olvidar la noticia que nos da Plutarco, según la cual, César había sido informado, precisamente durante aquel período, acerca de tramas contra su persona urdidas por Antonio, así como por Dolabela.[8] Tal vez Cicerón alude precisamente a algo así. Todo es huidizo cuando se intenta entender el comportamiento de políticos y comparsas en un momento de dictadura. Y es necesario contar también con la iniciativa incontrolable de los gregarios y secuaces que «ya no entienden» al jefe,[9] y empiezan a actuar subterráneamente *por cuenta propia*. Antonio está ciertamente inquieto, y Dolabela también. Antonio está peleado con Dolabela y lamenta que César esté a su favor. Entretanto, algunos propugnan unas disposiciones «desmesuradas» para provocar una reacción popular.[10] Tal vez Antonio esté entre los que no entienden hasta dónde pretende llegar César después de la dictadura vitalicia, la cual, sumada al consulado renovable cada diez años, era ya una enormidad. *Que*

la comedia de las Lupercales nazca de ahí es posible. De estos personajes es inútil intentar comprender qué hacían antes de los idus de marzo a raíz de lo que hicieron después.[11] No hay que olvidar el episodio de Trebonio y de su «contacto» con Antonio en el verano del 45.[12]

Cicerón afirmaba, pues, que, con el gesto que había hecho en las *Lupercalia* del 15 de febrero del 44, Antonio «había marcado el destino» de César. Esto significa ciertamente que aquel gesto había acelerado la acción de los conjurados, pero obviamente no excluye una eventual *intencionalidad* de Antonio en tal sentido. De todos modos, en esta declaración hay una *información* (no sabemos hasta qué punto verídica): la conjura había entrado en la fase operativa *a partir del 15 de febrero*. En aquellas palabras se advierte la ostentación de una familiaridad con los *arcana* de la conjura.[13]

Pero también se encuentra en ellas —tal vez no sólo por retorsión polémica contra las acusaciones antonianas— la insinuación de que, sin aquella escena de las Lupercales, César continuaría aún vivo. Lo que sólo puede significar (si no es mera polémica contra Antonio) que los propósitos de los conjurados, hasta aquel momento, no eran ni unívocos ni concordes. Hasta aquel momento, escribe Nicolás de Damasco:

> no se reunían nunca abiertamente para tomar decisiones, sino a escondidas, unos pocos, ora en casa de uno, ora de otro. Y en estos encuentros, mil proyectos eran propuestos y discutidos. Algunos proponían atacarlo mientras recorría la vía sacra (pasaba por allí con frecuencia). Otros, con ocasión de los comicios electorales que debía presidir en la explanada situada delante de la ciudad: para llegar allí tenía que atravesar un puente. En este caso, echando a suertes lo que les tocaría hacer, unos tenían que tirarlo del puente abajo; otros se le echarían encima después para matarlo. Había otros, en cambio, que proponían atacarlo cuando se celebrasen los juegos de los gladiadores (que eran inminentes), dado que a causa de la competición, la vista de las armas preparadas para la empresa no habría llamado la atención. La mayoría aconsejaba matarlo durante una sesión del Senado.[14]

Para ponerse de acuerdo necesitaban una provocación. Y la tuvieron el día de las Lupercales. ¿Sería una casualidad que en el momento en el que se produjo la iniciativa de Antonio, precisamente Cayo Casio[15] se encontrase junto a él, pudiendo de ese modo tomar parte activa en toda la operación?

Desde este punto de vista se puede decir que hasta el último momento el caso de César estuvo abierto a soluciones contrapuestas. Pero queda aún abierta la cuestión de si el de Antonio fue *un error de cálculo*, un gesto de

insensato servilismo, *un montaje urdido con César*, o bien una mera provocación.

En un pasaje de la *Segunda Filípica*, Cicerón dice que Antonio, de hecho, tenía «miedo» del César dictador.[16] Éste puede ser un indicio ulterior que habría que tener en cuenta cuando tratamos de entender la escena de las Lupercales. A pesar de la extrema incerteza que reina sobre todo aquel oscuro episodio, esas palabras nos inducirían a pensar en el gesto provocativo de un hombre que había concebido un verdadero y propio *metus dictatoris*, más que en el fruto de la exaltación monárquica de un gregario que supera y se anticipa a los deseos de su jefe. Por lo demás —como el mismo Cicerón confirma—, la dictadura era ya, de hecho, «una especie de monarquía».[17]

XXXII

LA DICTADURA

Solución «arbitral» de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas con perspectivas catastróficas.

GRAMSI

Fue la «dilatación» de la dictadura lo que llevó a la crisis. La decisión de identificar indefinidamente el propio y efectivo poder (inédito, por su grandiosidad) con la tradicional figura constitucional de la dictadura fue, en realidad, una decisión sin alternativas. Era el único instrumento que le permitía libertad de acción, incluso respecto a los suyos. Recorramos las etapas a través de las cuales la «revitalización» de la dictadura se había llevado a cabo ya a principios de la guerra civil.

1. En un rincón del segundo libro de los *Commentarii* sobre la guerra civil, con un estilo admirable modesto e impersonal, César daba noticia de la propia designación como dictador. De regreso de España (agosto-septiembre del 49) pasa por Tarragona, después por Narbona, y por último por Marsella. «Aquí se entera de que ha sido presentada una nueva ley sobre la dictadura, y que *precisamente él* ha sido designado dictador por iniciativa de Marco Lépido.»[1] Además de la agradable «sorpresa» con que César recibe la noticia de que ha sido *precisamente él*[2] el designado para ejercer la dictadura, hay que apreciar aquí el «escrúpulo» constitucional. El dictador debía ser designado, según las normas vigentes, por un cónsul; pero en el 49, ambos cónsules, Cayo Claudio Marcelo y Cornelio Léntulo Crure,

habían huido de Italia con Pompeyo. De aquí la necesidad de una nueva ley que permitiera al magistrado de más alto grado después de los cónsules, es decir, al pretor, proceder al nombramiento de un *dictador*. Lépido, que había sido elegido regularmente como pretor el año precedente, desbloqueó, con su gesto, una situación crítica. Dio a César un carácter legal, ciertamente muy controvertido, pero que hizo que su posición fuera mucho más favorable: un «retoque final» legal era indispensable.

Ciertamente, habría mucho que objetar sobre el procedimiento seguido. ¿Podía un pretor, en *ausencia* de los otros poderes del Estado (superiores a él), tomar la iniciativa de dictar leyes, y de modificar en concreto una norma tan delicada como la relativa al modo de designar al *dictador*?

Ya a finales de marzo, en las cartas a Ático, Cicerón manifestaba su perplejidad frente a eventuales procedimientos de ese tipo.[3] No era difícil conjeturar que, efectivamente, la de asumir la dictadura fuese la vía que con más probabilidades César habría querido emprender. Además, César había enviado y continuaba enviando señales que se podían interpretar fácilmente (y así las interpretaba Cicerón) como *avances* respecto de figuras eminentes y no demasiado «comprometidas» —como era precisamente el caso de Cicerón— que podrían avalar una legalización de su posición; ahora que la ruptura se había llevado a cabo, formalmente él era —desde el punto de vista constitucional— un «bandido armado» que correteaba por Italia, privado de improviso de sus poderes legítimos. Y por el contrario, él no tenía ninguna intención de continuar en tal desfavorable y vulnerable situación. Por ello —entre otras cosas— escribía a Cicerón, llamándolo siempre, con suma deferencia, *imperator*,[4] no sólo para demostrar su indulgencia, sino para pedirle consejo y apoyo político. «Sobre todo te pido, visto que confío en llegar pronto a Roma, que podamos vernos, de modo que pueda valerme de tu consejo, de tu crédito, de tu autoridad, de tu ayuda en todo» (5 de marzo); «Querría que tú vinieras pronto a Roma, para poder valerme de tus consejos y de tu influencia ¡como suelo hacer en todas las circunstancias!» (pocos días más tarde). Las dos cartas le son trasmitidas en copia a Ático.[5] Estas solicitudes apremiantes y genéricas inquietan al ya atormentado e inseguro Cicerón. Poco después de haber recibido la primera le escribe a Ático y le dice que teme que de un momento al otro le llegue por

parte de César la muy embarazosa solicitud de que le dé su *parecer* sobre la posibilidad de servirse de la *auctoritas* de un pretor (¡Lépido!) para resolver su delicada situación «ilegal». Se lamenta de que César le escriba asiduamente manifestándole su aprecio con alusivas solicitudes de «consejo» y de apoyo. Sabe bien a dónde quieren ir a parar las solicitudes de ese tipo: el problema de cómo llegar a la investidura de *dictador*, visto que será precisamente la de la dictadura, como prevé Cicerón, la vía que César elegirá para legalizar el propio poder que hasta ese momento es sólo un poder *de facto*. Pero añade citando a Homero, «¡que se abra de par en par la tierra bajo mis pies si cedo a estas lisonjas!». Y apostilla para aclarar bien su posición: «Nosotros podemos ver en nuestros libros que la elección de los cónsules convocada por pretores es ilegal.»[6] Algunos días más tarde, Cicerón vuelve a escribir a Ático y el tono es mucho más circunspecto y dubitativo: «Él querrá tal vez un decreto del colegio de los augures (y nosotros nos veremos comprometidos o, si nos ausentamos, seremos perseguidos) que autorice a los pretores, o a convocar elecciones consulares o a proclamar un dictador: en realidad, están ambas hipótesis fuera de la legalidad. Pero si Sila pudo obtener que el dictador fuese proclamado por un *interrex*, y con él el *magister equitum*, ¿por qué no podría César obtener una cosa análoga?»[7]

2. Plutarco escribe, inexactamente, que César fue nombrado dictador por el Senado (*César*, 37, 2). En realidad, el Senado había sido convocado por César a principios de abril del 49 fuera de la ciudad de Roma (porque «un procónsul no podía convocar al Senado y no podía participar en las sesiones en la ciudad sin deponer el *imperium*»),[8] pero después de tres días de sesión no se había logrado llegar a conclusión alguna sobre las cuestiones planteadas. La situación fue desbloqueada por Lépido —obviamente por sugerimiento de César— con la iniciativa de la que César da fe en los *Commentarii*. Una fuente generalmente bien informada como Dión Casio dice que Lépido «persuadió al pueblo para que eligiera a César como dictador»,[9] mientras que Apiano, más simplemente, afirma que fue el pueblo el que lo eligió dictador.[10] Se ha hecho notar que el término usado por Dión

(«persuadió» al pueblo) alude a una *contio*[11] más que a una asamblea comicial. Lo que explicaría también la expresión que emplea Apiano y resolvería el misterio en torno a la forma jurídica a que recurrió Lépido para aprobar la designación de César como dictador. Una aportación decisiva había sido, por parte del pueblo, el apoyo de la ley que autorizaba —excepcionalmente— al pretor para nombrar al dictador. Una «excepción» ante la cual ni siquiera Cicerón se oponía del todo, recordando el precedente silano. De todos modos, no existe un sustancial contraste entre las fuentes. Es posible que se haya buscado, por parte de Lépido, un aval popular, o al menos una apariencia de ello, para una decisión tan grave y cargada de consecuencias inquietantes (y cuyo desenlace será, al final, la asunción por parte de César de la dictadura vitalicia). Hay también por parte de Dión —o mejor dicho, de su fuente— una afirmación muy neta: Lépido en esta operación actuó «contra las leyes tradicionales» (παρὰ τὰ πάτρια). Lo que significa que la tradición a la que se refiere Dión en estos libros, es decir, probablemente Livio, tomaba distancias de la elección cesariana de la «dictadura»: una elección de la que se apartaba radical y ostentosamente la línea político-constitucional adoptada por Augusto.[12]

La dictadura *rei gerendae causa*, magistratura prevista desde siempre en el universo constitucional romano, fue cubierta por César con su habitual desenvoltura (no nombró siquiera al *magister equitum*) y con el propósito de dar un cariz «constitucional» más sólido al propio poder. Recién asumida la dictadura, convocó los comicios electorales y se hizo elegir cónsul para el año sucesivo (48 a.C.), junto al pretor del año 54, Publio Servilio Isáurico, un ex partidario de Catón que se había pasado a César en vísperas de la guerra civil, permaneciendo desde entonces como uno de sus fidelísimos, y después también de Octaviano. De este modo, a principios del nuevo año, César se encontró ejerciendo la doble función de dictador y de cónsul. No había dudado en forzar las normas vigentes sobre cuestiones delicadas como la repartición de las atribuciones de los pretores (establecida por él y no por sorteo) y la repartición de las provincias. A pesar de estas violaciones, que pretendían ser señales de la libertad de acción que César se reservaba para sí en una situación de guerra, y tal vez también después, no se trató de dictadura *rei publicae constituendae*,[13] sino, precisamente, de *rei gerendae*

causa. Pero no fue usada por él sólo como una simple ocurrencia semilegal para consolidar su posición y pasar de *rebelde* a *cónsul en funciones*, sino para *llevar a cabo un programa de gobierno*.

3. Sus primeros actos como dictador, al regresar a Roma, estuvieron claramente inspirados en las reivindicaciones tradicionales de los *populares*, pero llevados a cabo con astuta cautela y con el propósito de no asustar a los propietarios. No fueron canceladas las deudas —instancia dominante y, a los ojos de los propietarios, típicamente «catilinaria»—, pero fue establecida una medida, por así decirlo, «equidistante»: las deudas debían ser pagadas, pero con referencia al valor de los bienes vigente antes de la guerra: y con este fin fueron nombrados «árbitros» que garantizasen y vigilasen la correcta ejecución de las operaciones. Es muy revelador el hecho de que César destaque esta medida suya, al principio del segundo comentario.[14] Los *Commentarii* son el vehículo de su propaganda en todos los planos, y no sólo para las cuestiones inherentes a la responsabilidad sobre el desencadenamiento del conflicto, sino también para lo que concierne a la legitimidad de su poder, para lo que se refiere a sus actos de gobierno, y para todo lo que se refiere al comportamiento en la guerra de sus amigos y de sus adversarios, y de su condescendencia al tratarlos, etc. Aquí, en concreto, es importante para él aclarar que se abstuvo de secundar las expectativas desoladoras características de los momentos de guerra civil. Estableció aquellas normas —precisa— «para limpiar el campo del temor a *tabulae novae*»: fórmula que clásicamente significaba, en la lucha política romana, la petición por parte del pueblo de la cancelación de las deudas, y que en tiempos no muy lejanos, y en circunstancias que César conocía demasiado bien, había sido la más cautivadora y eficaz de las consignas propagandísticas de Catilina.[15] Cuando se nutrían las peores sospechas sobre las verdaderas intenciones de César, también Cicerón se preguntaba si no se dispondría a proclamar *tabulae novae* para calvario de las personas acomodadas.[16] Al resaltar el equilibrio «interclasista» de su decisión sobre el difícil problema de las deudas, César se detiene intencionada e insólitamente a hacer una reflexión política dirigida a los bienpensantes.

«Este tipo de peticiones —señala— se manifiesta puntualmente en concomitancia con conflictos y desórdenes civiles.» Con la medida por él adoptada, en cambio —concluye—, el temor a medidas aniquiladoras había desaparecido, pero al mismo tiempo se garantizaba una *existimatio aequa, un «justo cálculo» en ventaja de los deudores*.[17] Y como confirmación del carácter equilibrado y no revolucionario de su medida, pocos capítulos más adelante dedica —como sabemos— una cuidadosa descripción al tumulto causado por el pretor Marco Celio Rufo, el cual «se había hecho paladín de la causa de los deudores».[18]

Visto que César ciertamente no pretende contar en los *Commentarii* de la guerra civil la historia interna de Roma durante el conflicto, es evidente, pues, que este «paréntesis» de política interna en el ámbito de una narración militar tiene un objetivo: el de demostrar que el nuevo gobierno no sólo sabía gobernar, sino, si era necesario, también usar mano dura contra los agitadores y fomentadores del caos social. La descripción de los desórdenes provocados por Celio Rufo es inteligente desde el punto de vista propagandístico. El hilo conductor de la exposición es que Celio continuamente amenaza con «recurrir a César» para obtener apoyo a su programa radical, y en cambio será eliminado precisamente por los hombres de César. Celio, además, es «desenmascarado» por César de su sospechoso extremismo: *dice* que quiere «ir a refugiarse adonde César», pero en realidad, a escondidas, se pone en contacto con Milón, el asesino de Clodio, que había desaparecido en el año 52, retirándose a Marsella después de la condena de la que Cicerón no había conseguido librarlo.[19] A su vez, Milón sale de la sombra y aprovecha descaradamente, él, que era el asesino de Clodio, el descontento de los deudores, pero lo hace proclamándose «¡emisario de Pompeyo!»[20] No podría encontrarse un ejemplo más pertinente del carácter «sin principios» del agitacionismo temerario. Milón no duda, en contacto con Celio (el cual se apela a César), en sostener el mismo programa «extremista» pero en nombre de Pompeyo, y a recurrir a los esclavos encerrados en los *ergastula* del agro hirpino.[21] Los auténticos cesarianos, Quinto Pedio y Cayo Trebonio,[22] cumplen con su deber y se enfrentan a los dos agitadores, que serán eliminados. Celio no duda *in extremis* en jugar la última carta: corromper con dinero a las tropas auxiliares cesarianas (galos

y españoles) acampadas en Turios, pero precisamente es eliminado por éstas. Y así —comenta César cerrando este eficaz paréntesis «didáctico»—, «lo que parecía iba a ser el inicio de una gran tormenta, lo que había hecho estar a Italia en ansia, tuvo una solución rápida y fácil».[23]

Otra disposición legal que César señala con el debido relieve, al principio del segundo comentario, es la relativa a la reinserción en la vida civil de los condenados «por embrollos electorales de acuerdo con la *Lex Pompeia de ambitu*». Es bien sabido hasta qué punto la corrupción electoral era una práctica normal y muy introducida en la batalla electoral de la «libre república». Desde que el triunvirato había establecido con anticipación los resultados electorales en las elecciones para las principales magistraturas, nadie —ni tal vez siquiera el íntegro Catón— podía declararse ajeno a la práctica de la «compra-venta» electoral. Por ello, los procesos por «embrollos» no eran más que una prolongación del enfrentamiento entre las partes, y no ciertamente un expediente moralizador. Todos lo sabían, y las causas se desarrollaban alternando con asuntos en base al equilibrio de fuerzas. De aquí deriva la disposición legal cesariana, que está defendida por César en esa página con indómito espíritu partidista: aquellos procesos promovidos y conducidos por la parte contraria eran los que exigían una drástica rectificación y la reintegración política de los que habían sido víctimas de ellos. Las palabras también aquí están oportunamente sopesadas: ante todo, la iniciativa de la operación es atribuida, como sería lo correcto desde el punto de vista del procedimiento, a los pretores y a los tribunos; después se aclara vagamente que algunos (*nonnullos*, así pues, no un gran número) se beneficiaron de la disposición; pero del contexto deducimos que no debe de haber sido precisamente así, visto que las víctimas de aquellos injustos procesos no fueron en absoluto pocas «en la época —precisa— en la que Pompeyo tenía en la ciudad a sus hombres armados *(praesidia legionum)* y los procesos se desarrollaban *al ritmo de uno al día*, y los jueces que emitían la sentencia eran distintos de los que habían asistido a la vista».[24] Y aquí añade una precisión: que al inicio del conflicto, algunos de estos «condenados políticos» se habían ofrecido para colaborar con él, pero que él había preferido que su rehabilitación no fuese obtenida por su concesión personal sino por «iudicio populi». Porque no quería parecer ni

ingrato al intercambiar la ayuda recibida ni soberbio por sustraerle al pueblo una facultad de «gracia» que precisamente al pueblo le correspondía.[25] Y para completar el grupo de disposiciones político-simbólicas quiso también cancelar una indignidad que constituía aún una herencia silana: aprobó la plena reintegración en la vida pública de los hijos de los proscritos.[26]

4. Esta disposición legal era una «señal» propagandística muy clara: un resarcimiento casi «obligatorio» a la parte *popularis*. Hay, pues, en esta primera y brevísima dictadura de César —depuesta inmediatamente después de la aprobación de tales disposiciones, en concomitancia con las Ferias latinas del año 48, en el momento en que César se traslada a Brindisi para enfrentarse directamente con Pompeyo—,[27] una hábil combinación de moderación y de claridad política. Una señal antisilana era muy necesaria desde el momento en que se imitaba la decisión de Sila de utilizar la institución de la dictadura (y de conseguirla como Sila con un recurso poco ortodoxo). Necesaria, además, porque la tendencia de su programa había sido desde el primer momento antisilana. Su «manifiesto», la carta abierta a Opio y Balbo (de fines de febrero del 49), que había hecho llegar en copia también a Cicerón, culmina con la declaración vinculante: «no imitaré a Sila».[28] Y en la alocución con la que había «enardecido» a los soldados en el momento en el que les había mostrado, pasado el Rubicón, a los tribunos de la plebe expulsados de Roma y víctimas de la facción que predominaba en el Senado, el motivo dominante había sido el de que sus adversarios personales estaban eliminando incluso aquellas residuas garantías de libertad de los tribunos que Sila les había dejado.

Pero, como bien sabemos, el «manifiesto» programático hablaba claro sobre un punto: César no pensaba presentarse como el hombre *de una parte*. «Tratemos, si es posible —había escrito en la "carta abierta" a Opio y Balbo en el momento más áspero del conflicto, cuando su condición era simplemente la de un rebelde contra la autoridad constituida—, de reconquistar las *voluntades* [*voluntates*: la colaboración convencida] *de todos*; y de asegurar un carácter duradero a nuestra victoria [¡habla de victoria cuando no tiene consigo más que unas pocas legiones y la guerra

está toda aún por combatir!]. Todos los demás han recurrido a duros métodos represivos, y por eso no han logrado evitar el odio que indefectiblemente subsigue, ni han logrado mantener durante largo tiempo el poder, a excepción de Sila, ¡al que ciertamente no pienso tomar como modelo!»

En estas palabras generalmente se da valor —como es justo que así sea — a la referencia a Sila. Pero aquí hay, para quien sepa verlo, un análogo distanciamiento del modelo mariano: del hombre que continuaba siendo un «mito» de la plebe romana y del cual él mismo, en la carrera de *popularis*, había hecho restaurar las estatuas.[29] ¿A quién otro de hecho puede referirse el reproche dirigido a la ilusión de reforzar el poder con la *crudelitas* acabando por perderlo a causa del *odium* suscitado? Evidentemente a Mario y a Cinna: a quienes él conocía bien. Había seguido sus huellas, había sufrido de joven la persecución silana por su fidelidad a aquella facción, pero sabía muy bien en qué se habían equivocado, dónde aquella facción había demostrado su falta de aliento y la estrechez de sus horizontes. A su debido tiempo, también hará realzar las estatuas de Pompeyo y Sila derrumbadas por el populacho llevado por el entusiasmo de la victoria cesariana.[30]

Ciertamente, se puede decir que las palabras escritas a Opio y a Balbo no eran más que propaganda. Lo que es indudablemente verdad desde un punto de vista «técnico». Una carta de ese tipo, escrita a personas suyas y unidas a él más que ningún otro «compañero de armas», no tiene ningún sentido si estuviera pensada para *aquellos dos destinatarios*. Está pensada para todos los demás. Está escrita para que sea dada a conocer por aquellos dos. Y, de hecho, nosotros la tenemos porque Balbo la hizo llegar oportunamente a Cicerón (un hombre que César pretendía absolutamente que estuviera de su parte o al menos fuera neutral), y Cicerón envió una copia a Ático (el cual la había conservado y después publicado junto con las otras cartas de Cicerón dirigidas a él). Pero la propaganda no quiere decir falsedad, como corrientemente se entiende en sentido únicamente negativo. La mejor cualidad de un político consiste, precisamente, en difundir una propaganda de la cual puede demostrar con los hechos que ha sido lealmente coherente. Y es éste uno de los puntos de ventaja de César respecto a sus

adversarios. «Omnium voluntates reciperare» no son sólo unas palabras seductoras para cambiar la orientación de los senadores inseguros y desorientados ante la guerra civil: son el programa que se pone en práctica inmediatamente, desde el momento mismo en que por primera vez, tras la rendición de Marsella y la partida hacia Farsalia, César hace uso del instrumento de la dictadura.

XXXIII

¿EPICÚREOS EN REVOLUCIÓN?

1. El que sostuvo que en la conspiración contra César tuvieron un papel destacado sobre todo personalidades de credo epicúreo, y que tal credo, propuesto por primera vez en el quinto libro de Lucrecio, fue la base de la rebelión antimonárquica de estos «epicúreos en revolución», fue Armando Momigliano.[1] Se trata de una obra entusiasta y sugestiva, pero en gran parte infundada, sobre todo por lo que concierne a sus tesis principales: que los conspiradores y después combatientes republicanos fuesen sobre todo epicúreos «unconventional» (puesto que se dedicaban a la política), y que Lucrecio fuese su lectura formativa. No deja de ser un bonito artículo desde el punto de vista estético, por la exaltación que hace del síndrome «heroico» entre el epicureísmo en filosofía y el republicanismo militante y libertario en política. Escribir estas páginas, por otra parte temerarias, después de años de prosa calibrada en relación con la compatibilidad y con la «tolerancia controlada» del fascismo y del ambiente de la *Enciclopedia*,[2] fue como un baño purificador para Momigliano; en favor de su tesis los epicúreos se multiplican,[3] y, si por casualidad son reacios a la conjura o ajenos a ella, se les incluye igualmente. Éste es el caso de Estatilio, «epicúreo» del cual Plutarco afirma claramente que rechazó inmediatamente las *avances* de quien quería llevarlo a la conjura, ¡nada menos que de Marco Junio Bruto en persona! Ante todo, éste podría no ser la misma persona que había estado en África con Catón y que después murió en Filipos: por lo menos falta confirmarlo de un modo seguro. Pero aunque lo fuese, hay que señalar que, precisamente él, a pesar de su magnífica carrera «republicana», se negó rotundamente a formar parte de la conjura. Por tanto, su ejemplo serviría en todo caso para demostrar la *repugnancia* de los epicúreos hacia aquel método de lucha, no su adhesión. Igualmente inverosímiles son las

deducciones relativas al libro de Filodemos, *Sobre el buen rey según Homero*, un libro que, por lo demás, fue compuesto en casa del suegro de César. Para Momigliano, aquel libro era sin duda «una invitación a la moderación», escrito «en tiempos de la dictadura de César».[4] Cómo se ha podido averiguar, esto del título de la obra y del hecho que Pisón, suegro de César y huésped del buen Filodemos, fuese un «moderado», sólo Zeus lo sabe. De todos modos, se puede decir todo, excepto que César —después de la victoria— tuviera necesidad de ser invitado «a la moderación», ya que precisamente fue su *clementia* la que lo perdió, como muy bien sabían los presentes que en los funerales en su honor aplaudieron especialmente el verso de Pacuvio, del *Armorum iudicium*: «¿Y he salvado a tantos de ellos para mantener en vida a quien después me matase?»[5] Jugando a hacer conjeturas se podría también afirmar todo lo contrario: es decir, que aquel tratado sobre la monarquía del buen Filodemos —admitiendo que tuviese verdaderamente un valor político actual— fuese una manera de tomar partido a favor de la monarquía, que estaba en el aire en los últimos meses de vida de César.

Así pues, el entusiasmo republicano lo ha ofuscado, empezando por el erróneo punto de partida, es decir, por la fecha de «conversión» de Casio al epicureísmo. Según Momigliano, fue en el 46 a.C. y la fuente que apoya tal fecha es la carta de Cicerón a Casio (*Epístolas a los familiares*, XV, 16)[6] en la que se bromea acerca de la traducción del epicúreo εἴδωλον con el inadecuado *spectrum*. Pero tal carta, fechada, sin una razón precisa, en el año 45, demuestra que la «conversión» tuvo que ser bastante anterior: «Hace ya dos o tres años —escribe Cicerón— que has abandonado la virtud [= has abandonado la filosofía estoica] atraído por la engañosa *voluptas* [de la doctrina epicúrea]»[7] Se habla, pues, de una «conversión» que ha tenido lugar mucho antes: nos parece entender, si la expresión «biennium aut triennium» (= un bienio, o mejor dicho, un trienio) tiene sentido, que Casio, suscitando clamor, se había declarado y comportado como epicúreo desde el día siguiente de la rendición de Farsalia y de haberse pasado a la bandera cesariana. Así pues, es un gesto de sumisión y tal vez de conformística adhesión a la filosofía que notoriamente y no sin razón se le atribuye al mismo César, y no una decisión antitiránica ni anticesariana.[8]

Después de todo, en el curso de la demostración, estos epicúreos, fervientes republicanos, se reducen sólo a Casio. En cuanto a Mesalla, no es más que pura fantasía, visto que Horacio dice de él que «rezuma dialéctica socrática».[9] Al final, el mismo Momigliano se rinde: «nada puede explicar el paso [de Casio] del epicureísmo ortodoxo al epicureísmo heroico».[10] En efecto, estudios ulteriores han demostrado lo desconcertante y falso que era el epicureísmo del que Casio en un cierto punto comenzó a alardear.[11] El retrato más verídico de Casio es probablemente el que hace Apiano, que lo describe con todas sus energías físicas e intelectuales enfocadas de una manera maníaca hacia la guerra, hacia la lucha, del mismo modo que los gladiadores en la arena arremeten con todas sus energías contra su antagonista.[12] Un retrato que no tiene nada en común con el comportamiento público preconizado por la filosofía del Jardín.

2. Tal vez la «conversión» de Casio al epicureísmo no fue un acontecimiento puramente privado. Por lo demás, tampoco el ensañamiento polémico de César en el *Anticato* contra el heroico estoico que continuaba seduciendo a tantos, sobre todo a jóvenes, era fruto de una contraposición puramente filosófica. Sobre la «conversión» nos informa —como hemos dicho— Cicerón. Su correspondencia con Casio, de la que una mínima parte se ha conservado en el libro XV de las *Familiares*,[13] es la fuente más importante sobre el tema: no sólo porque proporciona la cronología («hace dos o mejor dicho tres años»), sino porque insinúa en broma, pero no tanto, que un factor externo y muy embarazoso había podido determinar tal conversión. Precisamente cuando dice que Casio se habría alejado de su originaria fe estoica «vi hominibus armatis»,[14] es decir, después de la victoria de César en Farsalia y de la rendición de Casio, convertido *ipso facto* en lugarteniente del vencedor. Una indicación cronológica que se expresa bromeando, pero con claridad: al pasar al servicio de César, al día siguiente de Farsalia (agosto del 48), Casio había abandonado también sus creencias estoicas y había abrazado la fe filosófica de su nuevo jefe, el epicureísmo. Cicerón se expresa de manera intencionada: deja casi entender que se había tratado de una constricción sufrida por Casio, y por eso,

bromeando, se expresa como si pidiera al pretor una orden de interdicción que restaurase a Casio a su precedente propietario (es decir, a la filosofía estoica).[15]

La conducta de Casio en todo el asunto de la guerra civil había sido bastante desconcertante, al menos a juzgar por lo que dice Cicerón, aunque sólo sea por alusiones. La carta más importante para la reconstrucción de la conducta de Casio es la que escribe Cicerón a Casio desde Brindisi, en agosto del 47.[16] Cicerón evoca las largas discusiones que mantenían ambos («sermo familiaris meus tecum», etc.) antes de estallar el conflicto y durante los primeros años de éste. Parece claro que ambos habían alimentado muchas dudas («esperanzas de paz y aversión por la sangre») y se habían propuesto atenerse a una especie de análisis común de la situación, esperando de todos modos el resultado de un único enfrentamiento que, según pensaban, habría sido inmediato y decisivo. Esperanza truncada por la imprevista duración de las operaciones y por la inaudita pérdida de tiempo de la guerra alejandrina merced a la cual Cicerón continuaba bloqueado en Brindisi, con la vana esperanza del retorno de César y alarmado por el rearme pompeyano en África. Entre otras cosas, Cicerón daba una noticia muy valiosa y desconcertante al final de esta importante carta. Decía que Casio, desde Lucera, le había escrito: por consiguiente, en la primavera del 49, antes de que Pompeyo y el «estado mayor» republicano partiesen de Italia; y había incitado a Cicerón a ¡*no* unirse a la causa pompeyana, sino a permanecer en Italia![17] Signo evidente de que Casio no se fiaba de la armada en la que se había integrado.

Al día siguiente de Farsalia, Casio había decidido no sólo rendirse, sino adherirse a la causa de César. Cicerón se lo recuerda con envidia: «has logrado incluso convertirte en consejero [de César]»; de este modo, añade, has obtenido «lo que más satisface a la mente: conseguir hacerte una idea de lo que va a suceder».[18] Parece casi el retrato de los deberes y de las ventajas del «infiltrado», de quien ha conseguido colocarse al lado del personaje cuyas decisiones y movimientos quiere conocer por adelantado. De Casio, por otra parte, Cicerón sabe también que ya en el 47, cuando César, dejando Siria, pasó por Cilicia, había organizado contra el dictador un atentado que había fallado por un pelo.[19] Así pues, una adhesión oportuna

al vencedor e, inmediatamente después, el intento de eliminarlo: tal vez sea la más antigua noticia de un atentado contra César que tenemos. Y ya configura la ambigua actitud de Casio. Sigue de mala gana a Pompeyo, se pasa inmediatamente a César después de Farsalia, e incluso se gana su confianza, se convierte en su consejero y abraza su credo filosófico, pero intenta matarlo, incluso antes de que ni siquiera un proyecto de conjura hubiera surgido en la mente de los otros.[20] Una vez más parece perfilarse la conducta hábil, fría y decidida del infiltrado.

Todo el resto (y es bien poco) del epistolario entre Cicerón y Casio que precede a los idus de marzo del 44 es vago y suscita sospechas. No está claro, por ejemplo, hasta qué punto la discusión sobre los «spectra catiana» y sus torpes epicúreos romanos haya que leerla por lo que resulta a primera vista, como una pura disquisición filológica, bastante ociosa, visto que se discuten cosas archisabidas por ambos, o en cambio como una broma intencionada. Y nos viene a la memoria lo que Cicerón y Ático se decían sobre la conveniencia de recurrir a un lenguaje cifrado.[21] Tenemos, además, la firme declaración de hostilidad que Casio manifiesta en la misma carta, contra Cneo Pompeyo *iunior*, y la declaración significativa de Casio de preferir «el viejo y clemente patrón» (César, parecería) a uno nuevo y cruel (Pompeyo *iunior*). ¿Renace la hostilidad hacia Pompeyo, que había impulsado a Casio a escribir en su día aquella carta desde Lucera cuyo consejo Cicerón se arrepiente de no haber seguido? ¿Es la señal de la ruptura ya definitiva entre los pompeyanos irreducibles y los «jóvenes» que se han rendido después de Farsalia? Hay también el temor de que, si venciera Cneo Pompeyo *iunior*, las primeras víctimas habrían sido sus ex compañeros de lucha que desde la primera derrota se habían echado atrás.

3. Toda la conducta de Casio se presenta, pues, marcada por la ambigüedad. Y su misma «conversión» no ha convencido ni a los antiguos ni a los modernos. Cuando, por ejemplo, Séneca (*Lettere a Lucilio*, 83, 12) señala que «durante toda su vida Casio había bebido sólo agua», pretende, entre otras cosas, destacar un «estilo», una práctica de vida muy lejana a la relajada dulzura epicúrea, y conforme, en todo caso, con las durezas

ascéticas de cierto estoicismo ejemplar. Pero es sobre todo el largo razonamiento que Casio inflige a Bruto en la plutarquesca *Vida de Bruto*[22] lo que más hace sospechar. La teoría allí expuesta, que niega valor a las sensaciones y las define como «claramente engañosas», es totalmente platónico-aristotélica y está en las antípodas de la teoría epicúrea. Así, la tesis allí defendida de que las visiones (el fantasma visto por Bruto antes de Filipos) no tienen consistencia, sino que son una creación de nuestra mente, contrasta con la tesis epicúrea según la cual, aquellas visiones tienen consistencia, es más, prueban la existencia de los dioses.[23] El mismo Plutarco cuenta que Casio, antes de entrar en acción, en el Senado, durante el atentado contra César, «volvió los ojos a la estatua de Pompeyo invocándolo en silencio»; y comenta que un gesto tal era bien extraño por parte de Casio, ya que él «no era ajeno a las teorías de Epicuro».[24] Aquí Plutarco se expresa con cautela: no dice que Casio profesaba el epicureísmo como su filosofía (o su «fe»), dice que «*no era ajeno* (ἀλλότριος) a las doctrinas epicúreas».

Por otra parte, es muy extraño que Bruto, que como es sabido era un buen conocedor de la filosofía griega, tuviese necesidad de las explicaciones triviales e inconsistentes de Casio. Y es también bastante curioso que Casio —como «epicúreo»— salga a colación siempre a propósito de un solo tema: el de la teoría de las *imágenes*/εἴδωλα. Sobre ella se explaya con Bruto, según lo que cuenta Plutarco;[25] y es sobre ella sobre la que lo provoca Cicerón,[26] tomando como punto de partida la pésima traducción adoptada por Cazio *(spectra)* del término usual en los textos de Epicuro. Es como si no supiera mucho más.

También el relato que hace Plutarco tiene su importancia. Quizá había sido precisamente Mesala el que había concedido más espacio a la coherencia filosófica de su héroe: y respondiendo implícitamente a las dudas de quien consideraba instrumental la «conversión» de Casio, producida en sintonía con su rendición a César, lo hacía hablar como epicúreo incluso *in articulo mortis* la víspera de Filipos. El intercambio epistolar con Cicerón tiene, en cambio, el valor de un documento de primera mano, en el que el héroe habla directamente. Y sin embargo es un documento tortuoso. No sólo por el tono irónico y casi paradójico, sino, sobre todo, por aquella extraña

«complicidad» entre los dos corresponsales que en cambio habrían debido «batirse» por lo radicalmente opuesto de lo que debería ser su disenso filosófico.[27]

Pero sobre todo tenemos la sensación de que Casio y Cicerón están hablando de otra cosa a través del velo de la disputa filosófica. La sospecha se hace patente si se tiene en cuenta la carta con la que Casio responde a la «provocación» de Cicerón. Éste, aparte las bromas sobre la penosa traducción *spectrum* por εἴδωλον, le había reprobado, muy curiosamente con tres años de retraso,[28] el «haberse distanciado hacía dos o tres años de la virtud». Y él responde también en esta ocasión explicando a Cicerón lo que Cicerón sabe muy bien, y que, en todo caso, enseña a los otros (por ejemplo, cuando le hace hablar a Torcuato en *De finibus*): que Epicuro no es en absoluto contrario a la virtud; es más, Epicuro considera que es presupuesto esencial del placer «una vida conducida según nobleza y justicia».[29] Pero no se detiene aquí: se pone a dar ejemplos, que tienen que ver con la política contemporánea y con la actitud de determinadas personas. «Por ejemplo —continúa diciendo—, Pansa, el cual como se sabe es un secuaz del *placer*,[30] sin embargo, sigue siendo fiel a la virtud, *continúa practicando* la virtud *(virtutem retinet)*.» E inmediatamente después amplía la afirmación: «Y todos los que vosotros definís como *amantes del placer*[31] son también *amantes de lo bello y lo justo*, y todos continúan practicando la virtud *(virtutes et colunt et retinent)*.»[32]

Aquí, Casio, prudentemente y bajo la apariencia filosófica, está dando *una noticia*: y ésta es que la conducta y la forma de actuar, de Pansa y de toda una serie de personas, que no nombra pero que hace reconocibles aludiendo a su credo epicúreo, *prosigue según virtud*. Se sabe que el secreto epistolar, lábil en general, lo es de un modo particular en las condiciones propias de la epistolografía antigua. Escribe Cicerón a Ático (julio del 59, bajo el consulado de César): «si tuviera una persona de muchísima confianza a la que confiar mi carta, te escribiría en modo claro; si en cambio me viera obligado a escribirte veladamente, tú entenderías igualmente. En este caso yo seré Lelio, tú Furio: y el resto será *in enigmi*».[33]

Es probable que el mensaje contenido en estas líneas signifique que una serie de personas, conocidas por ambos, están comportándose *según virtud*: seguramente en sentido político, ¿pero cuál?

Casio continúa con alusiones que resultan todavía menos claras, si sus palabras se toman literalmente: «Sila —escribe—, *cuyo juicio debemos hacer nuestro (cuius iudicium probare debemus)*, viendo que los filósofos no lograban ponerse de acuerdo, no se planteó el problema de qué era de veras «el bien», sino que compró en bloque todos los bienes» (alusión a la compra en masa de los bienes de los proscritos). Parecerían palabras libres, pero ciertamente no lo son. Por lo pronto, denotan un distanciado sarcasmo en relación a las disputas filosóficas en torno a «qué es el bien»; se burla de todas ellas sin distinción con la transformación del *bonum* (en sentido filosófico) en *bona* (en sentido material). Es un comentario irónico, que ciertamente no es apropiado para un defensor de la «idea epicúrea del bien» en polémica con los defensores de otras filosofías, como Casio pretende mostrarse en la primera parte de la carta. El comentario ha sido posible gracias a que se ha sacado a colación, de un modo bastante sorprendente, a Sila.[34] Desconcertante resulta asimismo la proclamación según la cual «debemos aprobar el *iudicium* de Sila». Tyrrell y Purser salen del paso diciendo que la expresión es irónica: pero eso tendría sentido si tuviera sentido sacar a colación a Sila en este discurso ¡que había iniciado como defensa de la epicúrea ἡδονή contra sus detractores! Esa pirueta dialéctica, con la cual, de la discusión sobre la prioridad entre *placer*/*virtud* se pasa al gratuito juego de palabras *bonum*/*bona* (el bien/el dinero), parece hecha esencialmente en función de la frase «no podemos no estar de acuerdo con Sila». Pero ¿*ad quid* una proclamación de este tipo? En la política romana, aquella proclamación sonaría muy extraña: y sobre todo en un diálogo entre personas que —como en el caso de Cicerón por aquellos años— no habían hecho más que declarar que *aborrecían* el modelo silano. No olvidemos, sin embargo, que Sila era de todos modos uno de los que habían deseado con fuerza la eliminación física de César, cuando todavía era jovencísimo, y que a aquellos que habían intercedido para salvarlo les había replicado con dureza: «¡Quedáoslo para vosotros, será la ruina del partido de los aristócratas!»[35] ¿Será éste el «juicio de Sila» que «no podemos no

aprobar»? Todo ello hábilmente mezclado con el tema del «bien», según los filósofos, temática en la que es introducido inesperadamente Sila para dar a entender que no es de filosofía de lo que se quiere hablar, sino de un *iudicium* de Sila con el que no se puede no estar de acuerdo: en resumen, un claro *memento* a la necesidad de hacer, al menos ahora, lo que a Sila no se le permitió hacer.

Todavía más sibilino el sucesivo «de él [es decir, de Sila] he soportado la muerte con ánimo viril». ¿Por qué motivo Casio, que entonces no era más que un niño, se tenía que haber dolido de la muerte de Sila (78 a.C.)? Pero también aquí se esconderá una alusión, visto que inmediatamente después se establece una comparación Sila/César: «César no nos hará por mucho tiempo desear a Sila.»[36] Uno de los significados de la singular expresión podría ser que César está para ser eliminado, y así ya no tendremos que «desear» a Sila, es decir, invocar al que había proyectado eliminar a César muy a tiempo y con carácter definitivo.

Terminada esta parte, que sólo tiene algún sentido si se interpreta como un mensaje críptico,[37] Casio señala con énfasis que *ahora, a partir de este punto de la carta*, volverá a hablar de política (que lo que precede, pues, no es política). Escribe: «Pero *para volver a hablar de política*, escríbeme, por favor, qué es lo que está sucediendo en España.»[38] Estamos a finales de enero del 45 y César está metido en la más difícil campaña de la larga guerra civil, la que combate contra los hijos de Pompeyo, en la España Ulterior. Casio prosigue manifestando toda su predilección por una victoria de César más que de Pompeyo *iunior*, del cual traza un retrato duro y alarmante. Un retrato para el cual cuenta con la «complicidad» de Cicerón: «*Bien sabes* hasta qué punto Cneo considera una virtud [39] la crueldad; *bien sabes* hasta qué punto él está convencido de haber sido siempre escarnecido *por nosotros*» (Cicerón, después de la derrota había estado a punto de sufrir las consecuencias de la violencia de ese hombre). Se advierten, ciertamente, detrás de estas palabras, odios y recíproca intolerancia, y se advierte sobre todo el distinto camino que después de Farsalia han seguido, por un lado, Cicerón y Casio (y Bruto), y por otro los hijos de Pompeyo y Catón: en medio ha habido otra guerra, la combatida en África, perdida en Tapso, que había abierto una trinchera entre estos ex «pompeyanos». Por ello

(escribiendo, sobre todo, «en claro»), Casio aquí bien puede decir, mientras las perspectivas militares son aún totalmente inciertas, que prefiere quedarse con «el viejo patrón clemente que experimentar a aquel otro nuevo y feroz».[40]

Esta carta, escrita un año antes del atentado contra César, atentado que fue deseado ardiente y principalmente por Casio, es un documento que logramos descifrar sólo en parte. Se encuentra al final del libro XV de las *Familiares*, en el ámbito de un grupo de cartas que pretenden dar testimonio de las estrechas relaciones de Cicerón con los dos personajes que más se habían expuesto en las tramas contra César en los dos diversos grupos: Casio y Trebonio. La carta no ha de leerse aisladamente, sino que adquiere sentido en su contexto documental: resulta de ellas, a todas luces, un Cicerón confidente de los más tenaces artífices de la eliminación física del dictador.

XXXIV

LA «HETERÍA» DE CASIO Y EL RECLUTAMIENTO DE BRUTO

1. Existe una tradición muy atenta al papel específico de Casio en el asunto de la eliminación física de César. Ésta va aflorando esporádicamente en las fuentes, y probablemente constituye un valioso elemento de información. El texto más claro, y también el más interesante, es el relato del atentado que Plutarco coloca al principio de la *Vida de Bruto*, y que recoge de fuentes muy próximas a los hechos y muy próximas al protagonista, como el *Bruto* de Emphylos, rétor rodio que había sido hasta el último momento amigo y confidente de Bruto, así como la biografía escrita por su hijastro Marco Calpurnio Bíbulo, hijo de primeras nupcias de Porcia (mujer de Bruto, hija de Catón) y de Bíbulo, en su día colega de César en el consulado del año 59.[1] Así pues, memorialística de primerísimo plano. Todo el relato plutarqueo sobre este asunto revela una inclinación a favor de Bruto, que proviene, además que de aquellas fuentes, de las simpatías intelectuales del mismo Plutarco.

Cuando habla de los exordios de la conjura, Plutarco describe el modo como Bruto fue convencido poco a poco por Casio de la idea de eliminar con un atentado al «tirano», a pesar del enorme favor de que gozaba por parte de César. Y en este pasaje emplea una expresión muy significativa: «Bruto podía disponer a su placer de la potencia de César, pero la *sociedad secreta* ("hetería")[2] de Casio lo arrastraba de su parte y se esforzaba de todas las maneras posibles en alejarlo de César.»[3] A continuación, Plutarco en su relato describe con claridad la actividad que llevó a cabo dicha «hetería de Casio» al fin de atraer a Bruto. Dado que Bruto aún estaba disgustado con Casio porque había intentado interponerse en su camino

cuando se había tratado de la designación del pretor urbano para el año 44,[4] Casio todavía no se acercaba directamente a él, sino que enviaba por delante «a sus amigos» (la hetería, justamente, por emplear la acertada traducción plutarquea). Los cuales asediaban a Bruto haciéndole notar continuamente que César pretendía «seducirlo» y «enternecerlo»; y lo exhortaban a no aceptar «las caricias y los favores del tirano».[5]

Todo este asunto, dicho sea de paso, merece atención porque denota la tenacidad y la clarividencia de la acción de Casio. Casio, intuyendo cuáles eran los puntos flacos que había que aprovechar en la psicología de Bruto, y a pesar del roce causado por la rivalidad en la pretura urbana, decidió apostar precisamente por él. Éste, en cuanto sobrino de Catón, constituía un excelente «ornamento» y monumento viviente de la pacificación cesariana. Eligió pacientemente los argumentos que podían abrir brecha en la psique de un hombre que, como decía su paterno protector, César, «no sabe lo que quiere pero lo quiere intensamente».[6] Y orquestó una campaña para capturar a la «mejor pieza» de la conjura.

La expresión «la hetería de Casio» está confirmada en un relato particularmente válido como es el de Apiano, *Guerras civiles*. Aquí, en la descripción del atentado, al final del segundo libro, se repite varias veces la expresión «los de Casio», «el grupo de Casio».[7] Esto significa, probablemente, que el núcleo que Casio encabezaba conservó una identidad incluso después de que la conjura se extendiera a otros adeptos (comenzando por el mismo Bruto) volviéndose operativa. Hay, pues, en las fuentes más importantes, por ser más cercanas a los hechos y a los protagonistas,[8] conciencia de la existencia de un círculo políticamente activo y bien estructurado (tanto como para merecerse la definición de «hetería») encabezado por Casio; dicho grupo preparaba desde hacía tiempo y con determinación la espectacular sorpresa.

2. Para Plutarco está confirmado que el verdadero artífice de la conjura fue Casio. Fue él el que con su «hetería» impulsó a Bruto a entrar en la conjura.[9] Fue él el que, después de una adecuada preparación por parte de los «amigos», fue a ver a Bruto para vencer sus últimas resistencias.[10] Llama

la atención también otro detalle: Casio muestra que sabe *quiénes* son los que cubren la ciudad de escritos destinados a excitar a Bruto. Según Plutarco, le habría hecho la embarazosa pregunta: «¿Crees que son tejedores o taberneros los que cubren cada día tu tribunal de escritos *en vez de los más ilustres y potentes hombres de Roma*? Éstos, de los otros pretores esperan regalías y espectáculos, pero de ti esperan la abolición de la tiranía.»[11] Asimismo, es también Plutarco el que poco antes nos informa del efecto decisivo que aquella campaña «mural» tuvo sobre la mente de Bruto: «Bruto fue excitado y estimulado a actuar por los muchos discursos que le hicieron sus más estrechos amigos y por los rumores y por los libelos que alguien hacía circular.»[12] «Incluso sobre la tribuna donde el mismo Bruto se sentaba durante el período en el que fue pretor se encontraban cada día, en gran número, escritos del tipo: "¿Bruto, duermes?", "¡Tú no eres de verdad Bruto!".»[13] Bruto era pretor en el 44: esta fuerte y decisiva presión ejercida sobre él tenía lugar precisamente durante las semanas que precedieron al atentado.

3. ¿Por qué Bruto? Su presencia era indispensable en la conjura. Se comprende esto repasando brevemente su carrera. Al principio de la guerra civil la decisión de Bruto había parecido desconcertante: había tomado partido por Pompeyo, a pesar de que en su día Pompeyo alevosamente hubiera hecho asesinar a su padre. (Fue ciertamente la influencia de Catón la que lo indujo a tomar aquella decisión que nadie se imaginaba que sería posible.) Pero era un predilecto de César, el cual, de hecho, había ordenado a sus oficiales que no lo matasen en Farsalia.[14] Y le dio la preferencia sobre Casio en el enfrentamiento por la pretura.

Bruto no puede, obviamente, considerarse un «cesariano», pero hasta la víspera del atentado fue una figura que estaba fuera de las partes: por ello los conjurados al final decidieron pasar a la acción, requeridos ciertamente por Casio, *sólo en el caso de que a encabezar la acción fuese Bruto*.[15] Sólo así las dos «almas» de la conjura, la que continuaba siendo «pompeyana» y la parte cesariana que se había ido volviendo cada vez más hostil al dictador (Décimo Bruto, Trebonio, etc.), se alían y están unidas a pesar de las

distintas matrices. Bruto es visto como la figura que ofrece garantías a unos y otros, pero sobre todo que tranquiliza a los que se disponen a «traicionar» a César. A propósito de esto, hay que tener en cuenta la noticia que leemos en Plutarco, según el cual, Bruto estaba predestinado a ser «el primer ciudadano de Roma, a condición de que hubiese soportado por poco tiempo ser el segundo detrás de César».[16] Bruto, a su vez, invocaba el nombre de Cicerón durante las manifestaciones públicas que se produjeron inmediatamente después del atentado (o incluso estando todavía en el Senado) porque pretendía identificarse con aquella parte que se había reconciliado con César (y lo había expresado con públicas y comprometedoras declaraciones de principios como la *Pro Marcelo*). Aquella invocación suena como una llamada a la parte no sectariamente hiperpompeyana. Y también Décimo Bruto, cesariano y conjurado, por el mismo motivo se remite a Cicerón desde el primer momento: no se entendería de otro modo por qué el mensaje dramático y reservadísimo que Décimo Bruto escribe a Bruto y a Casio el 16 de marzo, cuando le parece que todo va a peor, le había llegado en copia también a Cicerón, entre cuyas cartas en efecto lo leemos,[17] junto al posterior epistolario de Cicerón con Décimo Bruto. Más aún: Décimo Junio Bruto Albino, cónsul designado para el 42, entra en la conjura porque le dicen que la guía de la iniciativa está en las manos de Bruto.[18] Décimo Bruto —señala Plutarco— «gozaba de la plena confianza» de César,[19] pero aceptó sin duda precisamente a causa de la presencia de Bruto.

La característica de Bruto como hombre capaz de unir a opositores de matriz política tan distinta, incluso opuesta, está confirmada por el episodio del reclutamiento de Ligario en la conjura: Ligario se consideraba todavía «pompeyano» y por la amistad que seguía manifestando hacia el difunto Pompeyo había sido denunciado ante César y absuelto, gracias, por otra parte, a la intervención de Cicerón. La escena que presenta Plutarco es de un elocuente patetismo: Ligario, enfermo, al ser regañado afectuosamente por Bruto («¡precisamente en este momento tenías que enfermar!»), intuye el sentido de estas palabras, se levanta inmediatamente de la cama y

aferrándole la mano derecha le dice: «Pero si tú, Bruto, estás meditando algo *digno de ti* [éste es el habitual *leitmotiv* de los mensajes anónimos que aparecen continuamente durante aquellos meses], ¡yo estoy sano!»[20]

La idea que surge claramente de la primera parte de la vida plutarquea de Bruto, cuyos capítulos 8-17 versan todos sobre la conjura y su preparación, es que Casio capitaneaba a un grupo que se podría considerar, desde el punto de vista de las partes enfrentadas, «pompeyano», un grupo combativo, pero precisamente por ello incapaz de tomar una decisión: fue la apertura a Bruto lo que hizo que la conjura adquiriese consistencia y se uniese con la rastrera «conjura cesariana».

4. En el momento de las decisiones finales hubo quienes propusieron hacer partícipe a Antonio. Trebonio se opuso recordando que en España no había aceptado, si bien *lealmente* no había denunciado a nadie. Otros, precisamente por lo que había sucedido en España, pensaban que era necesario eliminar también a Antonio (y por la *Vida de Bruto* sabemos que era Casio el que defendía esta idea), pero Bruto se opuso.

Si se unen todas estas piezas se puede entender mejor cómo se enfrentaron las diversas «almas» de la conjura. Se puede fácilmente deducir que la propuesta de hacer partícipe a Antonio provenía de los conjurados cesarianos, considerando precisamente la *lealtad* con la que había callado acerca de las *avances* de Trebonio el verano anterior. La lealtad de Antonio, como se había visto entonces, no era hacia César, sino hacia los conjurados (o mejor dicho, hacia los cesarianos que ya no soportaban al dictador). Pero la «hetería» de Casio se había opuesto, alegando que, precisamente, como estaba ya al corriente de la tentativa anterior, Antonio era peligroso y debía ser eliminado también. La idea de liquidar también a Antonio no cuajó: Bruto se opuso. Una vez más, será Bruto la figura decisiva. El acuerdo al que llegaron fue que Antonio no fuera asesinado (y éste era en todo caso un éxito de los conjurados cesarianos, tal vez precisamente de Trebonio, que debía muchísimo a la lealtad de Antonio); pero precisamente Trebonio tenía que lograr que estuviera lejos de la Curia en el momento en que los conjurados pasaran a la acción.

XXXV

REALISMO DE UN CONSPIRADOR: CASIO SE COLOCA EN SEGUNDA FILA

1. Plutarco en la *Vida de Bruto* reconstruye la escena de la reconciliación entre Bruto y Casio. Casio se ve impulsado hacia la reconciliación por una constatación políticamente decisiva: todos aquellos a los que se acerca en vista de una acción violenta dirigida a eliminar a César le responden que estarían de acuerdo si Bruto asumiera la guía de la iniciativa: en caso de una negativa de Bruto se debería considerar descartada toda iniciativa de ese tipo, ¡precisamente porque Bruto la había rechazado![1] Así es como Casio se decide a restablecer el contacto con Bruto, interrumpido desde el momento en que se había encontrado rivalizando con él por la atribución de la pretura urbana.[2] La primera pregunta que le hizo —en el curso de su primer encuentro después de la ruptura— fue si pensaba participar en la reunión del Senado, el 1 de marzo, sesión durante la cual —se decía— los amigos de César iban a proponer elevarlo al rango de *rey*. Bruto respondió que se ausentaría. «¿Y si nos convocan?» Bruto respondió: «Mi deber no es el de callar, sino el de defender la libertad y morir por ella.» Entonces, viendo que el interlocutor estaba bien predispuesto, Casio se valió del argumento, a su entender muy eficaz, de la propaganda «anónima» que instaba desde hacía tiempo a Bruto a actuar. Lo que sigue es bien sabido: Bruto se unió a la conspiración y se dedicó a su vez a buscar adeptos, obteniendo, salvo alguna esporádica negativa, un éxito personal.

Si el relato es fiable (éste proviene, o de fuentes próximas a Bruto y a su familia —Bíbulo, Emphylos—, o bien de Mesala Corvino, en el caso de que el relato se hubiera originado, en cambio, en el ambiente de Casio), no

sólo abate la hipótesis «retrológica» del carácter ficticio del desacuerdo entre Bruto y Casio, sino que proporciona un dato preciso en el plano cronológico. Cuando tiene lugar la conversación entre los dos está próxima la sesión senatorial del 1 de marzo. Nos podríamos preguntar también si esta escena tuvo lugar antes o después del fracasado y desconcertante intento de Antonio de coronar a César el día de las Lupercales (15 de febrero). Parecería lo más acertado pensar que aquel conato fallido y contraproducente no se había producido todavía y que, precisamente por eso, se temía aún una sesión senatorial dedicada a la «coronación» de César. Menos verosímilmente se podría pensar, por el contrario, que después del fracaso de las Lupercales, alguien quisiera llevar de nuevo obstinadamente la propuesta «monárquica» al Senado. Esta segunda hipótesis parece menos plausible porque el rechazo público (cualquiera que fuera el origen de la iniciativa de Antonio) no podía más que disuadir de una réplica a pocos días de distancia, y por añadidura en un contexto más inapropiado que ningún otro, de una transformación constitucional de esas proporciones. No sabemos si la sesión del Senado prevista para el 1 de marzo llegó a celebrarse. Ciertamente, no sucedió lo que Casio parecía temer: ninguna fuente menciona una reunión del Senado investida de la propuesta de proclamar rey a César.

2. Así pues, la reconstrucción más probable sigue siendo ésta, que se puede fundar en los indicios presentes en la *Vida de Bruto*. Antes de las Lupercales, aunque también en febrero, Casio decide acercarse a Bruto. Hasta entonces había podido constatar que, sin la participación de Bruto, muy pocos, aparte de su «hetería», lo seguirían.[3] Con Bruto no tenía relación desde que César lo había situado antes que él en la pretura urbana. Se supone, pues, que durante un cierto tiempo pensó actuar por sí solo, únicamente con *los suyos*. Cuando se dio cuenta de la imposibilidad de salirse con la suya sin contar con la aportación de una figura clave y con un amplio número de seguidores como Bruto, intentó el acercamiento. Para conquistar el consenso de Bruto utilizó dos argumentos: 1) la inminente sesión senatorial del 1 de marzo que amenazaba con cerrar toda esperanza

de rescate si de veras César era «coronado» por el órgano constitucional más importante de la República; 2) los mensajes anónimos que cotidianamente incitaban a Bruto al tiranicidio, presentados por Casio como provenientes de ciudadanos destacados y, por consiguiente, dignos de ser escuchados por Bruto.

Es evidente, pues, que Bruto fue implicado por ser indispensable para el éxito de la conjura sólo *en la fase final*, después de una labor de zapa que Casio había iniciado mucho antes, la cual se había estancado por los límites que determinaba la propia figura de Casio a los ojos de los eventuales prosélitos.

La habilidad de Casio consistió en saberse poner entonces en una posición subordinada respecto a un *leader* mucho más ampliamente aceptado,[4] si bien conservando un «núcleo» suyo de fidelísimos, que por ejemplo en la tradición apiana continuaron siendo llamados «los de Casio», cuando ya la conjura había obtenido su objetivo y la situación se estaba transformando rápidamente. Cicerón, que había sido dejado fuera de las fases *operativas*, pero que probablemente estaba enterado y por eso no había acudido al Senado el 15 de marzo, estuvo antes y después del atentado más cercano a Casio que a Bruto.[5] Casio no logró prevalecer casi nunca en las decisiones operativas más importantes (la eliminación de Antonio, además de la de César, pronosticada también por Cicerón; la solicitud de Antonio de un solemne rito fúnebre para César). Todas las veces Bruto había decidido de modo favorable para Antonio: es decir, de un modo que los hechos posteriores han demostrado que era deletéreo. Al menos, la tradición historiográfica de la que disponemos nos sugiere esta conclusión.

XXXVI

UN INESPERADO RECHAZO

1. Narrada la reconciliación entre Bruto y Casio, Plutarco nos informa que ambos empezaron a contactar con sus respectivos amigos. Pero, en realidad, cuenta sólo los pasos dados por Bruto.[1] Lo que es obvio, ya que está escribiendo la biografía de Bruto, y también porque de Casio ya había dicho que desde hacía tiempo se había empezado a mover.

Bruto recibió, según Plutarco, sólo dos «no»: los dos de personas que habían estado muy ligadas a Catón, y que después murieron en Filipos en las filas republicanas, Estatilio[2] y Favonio. Este último es definido por Plutarco, precisamente en este contexto, «como un apasionado de Catón»,[3] con la precisión de que «filosofaba más por fanatismo que por una elección racional».[4]

Se deduce de ello que, evidentemente, Casio no se les había acercado todavía. La tarea le tocó a Bruto, que era el sobrino de Catón. Según las fuentes que emplea aquí Plutarco, Bruto —cuando se encontró con ellos— inició el discurso «desde lejos»,[5] en el marco de una discusión filosófica, en la cual participaba también el jurista Labeón. El tema de la conversación pudo ser el de la mejor forma de gobierno, o tal vez el de la legitimidad o quizás sólo el de la tolerabilidad de la monarquía, y por tanto de los medios, lícitos e ilícitos, de enfrentarse a ella. Se deduce de las respuestas que Bruto obtiene. Favonio, el catoniano fanático, dijo: «Es mejor una monarquía ilegal que la guerra civil.» Estatilio fue desdeñoso, y dijo: «al sabio no le conviene correr riesgos ni verse trastornar la existencia por culpa de gente mediocre e insensata». Fue Labeón el que les replicó a ambos, no Bruto; éste, de todos modos, obtuvo de este encuentro la adhesión de Labeón en la conjura.

2. La respuesta de los dos catonianos pudo deberse simplemente al modo (¿torpe?) con el que Bruto había llevado la no demasiado críptica discusión. Entre otras cosas, si a alguien que está bajo una dictadura se le hacen discursos de ese tipo puede temer una provocación. De todos modos, el rechazo manifestado ante los *avances* de Bruto por parte de los dos catonianos puros no deja de ser sorprendente. Favonio nos es demasiado conocido por su devoción política integral a Catón, desde el principio de su carrera hasta el final, para que su respuesta («mejor una monarquía ilegal que la guerra civil») no suscite alguna perplejidad. Ronald Syme adujo esa grave sentencia como testimonio del *cansancio* incluso de aquella parte de la clase dirigente, que había gozado de la *libertas* sólo para oligarcas característica de la República romana; Syme en ese pasaje, reflexionando sobre el estado de ánimo que había hecho posible y ampliamente aceptada la solución augusteana, señala: «Para un romano amante de la patria y de los sentimientos republicanos, incluso la sumisión a un gobierno absoluto era menos malo que la guerra entre conciudadanos.» Y a propósito de esto cita la respuesta de Favonio a Bruto.[6] En realidad, hay un desfase cronológico en tal razonamiento. Syme está explicando cómo y por qué al final fue «aceptado» Augusto incluso por los más denodados paladines de la *libertas* de las clases dominantes, mientras que, en realidad, aquella realística y despreocupada reflexión de Favonio es de marzo del 44, de poco antes del cesaricidio, al que seguiría otro larguísimo ciclo de guerras civiles. De todos modos, un tal cortocircuito puede tener su sentido. Si Favonio habló de aquel modo, hasta el punto de paralizar el impulso proselitista de Bruto, eso dependería, probablemente, de que, de hecho, la dictadura cesariana era sentida, en aquel momento, como un mal al cual resignarse incluso por parte de «un enamorado de Catón», como Plutarco lo llama: uno que no dudó después en ponerse en marcha de nuevo yendo a morir a Filipos. Así pues, ciertamente en aquel momento, a pesar de lo que *post eventum* se ha escrito (la famosa lista de las prevaricaciones de César, causa de difundida indignación contra él), fue sólo un círculo muy pequeño el que se había planteado como posible la eliminación de César. Un círculo que había decidido actuar probablemente por la excitación que había suscitado, entre

estos opositores, la dramática campaña española y tal vez también por la fuga de noticias acerca de tramas urdidas en el interior del propio campo cesariano.

3. Pero tal vez influyó también, al menos en el caso de Favonio, su fe estoica (Estatilio en cambio es considerado por Plutarco «epicúreo»).[7] En una página del *De beneficiis*, Séneca comenta el gesto de Bruto. Su juicio es muy neto: «Bruto, gran hombre bajo otros aspectos, en este caso se equivocó clamorosamente, *no se comportó según las enseñanzas estoicas*.»[8] Y expone contra el cesaricidio una concisa argumentación:

> O lo asustaba el título de rey, si bien el mejor *status civitatis* [la mejor garantía de estabilidad] es bajo el gobierno de un rey justo; o bien esperaba que de veras pudiera subsistir la *libertas* allí donde, en realidad, era ya de hecho ventajosísimo no sólo mandar, sino también servir; o bien pensaba que el Estado podría ser devuelto al precedente sistema legislativo, aun después de la desaparición de las antiguas costumbres; o incluso imaginaba que se podría instaurar la igualdad del derecho y el firme y necesario dominio de la ley allí donde había llegado a ver masas de millares de hombres enfrentarse y combatir no ya pro o contra la esclavitud, sino para decidir de cuál de los dos potenciales patrones convertirse en siervos.

Esta última expresión es una clara referencia a Farsalia: no ciertamente a Tapso, porque comportaría una condena (imposible por parte de Séneca) de la figura y de los propósitos políticos de Catón. Y de todos modos Bruto había combatido en Farsalia, no en Tapso ni en ninguna otra parte. Quien había visto Farsalia, afirma Séneca, no podía albergar ninguna esperanza en un renacer de la *libertas*: es decir, no se instaura la libertad faltando un suficiente número de ciudadanos capaces de apreciarla, desearla y defenderla; todo lo opuesto al espectáculo visto en Farsalia. En esta página se encuentra, de manera sintética, la teorización sobre la inutilidad del cesaricidio de acuerdo con el *principio* según el cual la forma constitucional más equilibrada es el gobierno de un «rey justo». Favonio, en su réplica a Bruto, había sido todavía más claro, aunque, mirándolo bien, también en línea con esta concepción, cuando había afirmado que incluso un rey *no* justo resultaba preferible a la guerra civil. Entiéndase bien: una vez eliminado César, Favonio, así como Estatilio, retomaron su puesto de combate en el conflicto que puntualmente se reabrió y en el cual la buena causa —o la

«virtud», como decía Horacio— estaba, obviamente, a su parecer, de la parte de los liberadores. No consideraba aceptable el modo de proceder esbozado por Bruto, el regicidio; pero también para Séneca aquella había sido una decisión «no conforme con las enseñanzas estoicas».

XXXVII

¿CICERÓN PROMOTOR DE LA CONJURA?

Hablando en el Senado el 19 de septiembre del 44, ausente Cicerón, Antonio pronunció una clara acusación: «Marco Bruto, que aquí nombro para manifestarle todo mi respeto, levantando el puñal todavía manchado de la sangre de César invocó el nombre de Cicerón y le dio gracias por la restaurada libertad.»[1] De esta reacción de Bruto (que Cicerón no niega) Antonio deducía, tal vez no sin razón, que Cicerón debía de estar al corriente de la conjura. En la *Segunda Filípica*, réplica que nunca llegó a ser pronunciada, ferozmente demosteneana, Cicerón cita con precisión las palabras de Antonio y recurre a un pormenorizado y demoledor contraataque polémico: alude así a la mancha más grave de la carrera «cesariana» de Antonio, es decir, a que Antonio había sido partícipe de un proyecto de asesinar a César el año anterior, después de Munda. Alusión que es, además, un regalo a Octaviano, ya que en el momento en que Cicerón publicó efectivamente este temible *pamphlet* las relaciones de Cicerón con Octaviano ya se habían iniciado.[2]

En su réplica, Cicerón establecía acertadamente una relación entre la implicación de Antonio del verano anterior y una escena muy singular que se verificó durante el atentado: ya que precisamente Trebonio, es decir, el que había puesto al corriente a Antonio de la conjura del año anterior, lo había retenido fuera de la Curia de Pompeyo mientras los otros apuñalaban a César. Y se expresa de un modo que a primera vista podría hacer pensar en la propia constatación: «*vimos* que Trebonio te retenía lejos del lugar [del atentado]». Pero en rigor «vimos» sólo puede referirse a lo que sucedía *fuera* de la Curia de Pompeyo. Lo que llevaría a concluir que Cicerón estaba fuera, no dentro. En realidad, *vidimus* probablemente ha de entenderse en un sentido más general. Significaría: «*fue posible ver* que Trebonio te retenía

lejos del lugar del atentado»; una referencia, pues, a un detalle no poco importante, que ya era de dominio público, un detalle que algunos habían *visto* y que ya todos de hecho conocían.

Ni siquiera las palabras escritas un mes más tarde (27 de abril del 44) a Ático, cuando Cicerón habla de «alegría, saboreada con los ojos, por la justa muerte del tirano»,[3] significan necesariamente que Cicerón estuviese presente en el momento del atentado. Aquellas palabras se justifican incluso en el caso, más probable, de que —como tantos— Cicerón hubiera llegado después a la Curia, o pueden referirse también a cualquier otro momento posterior al atentado hasta las dramáticas exequias del difunto dictador.

No se trata de averiguar un detalle por sí mismo. Ya sea la presencia o no de Cicerón en el atentado, ya sea la *vexata quaestio* sobre su responsabilidad como «sugeridor» del atentado, son elementos que ayudan a precisar mejor aquella dramática secuencia y, al mismo tiempo, los acuerdos y las orientaciones de los conjurados. No es cuestión solamente del mensaje escrito a Basilio (*Familiares*, VI, 15), fechado generalmente el mismo 15 de marzo, el día ensangrentado. De vez en cuando, algún estudioso señala que aquella nota, que se regocija por algo en lo que Basilio está implicado, pero sin mencionarlo, es demasiado «salvaje», «feroz» para serle atribuida a un Cicerón exultante ante la noticia inmediatamente difundida del cesaricidio.[4] Recientemente, un hábil intérprete de Cicerón como Shackleton-Bailey, ha pensado precisamente en cancelar aquella mala impresión provocada por la nota, alegando que Cicerón había estado presente en el atentado, y no era necesario que Basilio le diera detalles. Este deseo de cancelar «manchas» que prescinde de la consolidada ferocidad de la lucha política y del odio político en la República romana es una postura moralista. No existen asuntos privados que justifiquen en Cicerón una reacción tan exultante y desenfrenada. Por otra parte, la insistencia sanguinaria con la que Cicerón dice a Casio que, si hubiera sido invitado a la cena la víspera de los idus, él habría defendido también la eliminación física de Antonio, así como el frío sarcasmo con el que se imagina— en la *Segunda Filípica*— que le dice a la cara a Antonio «si el puñal, aquel día, hubiera sido el mío, créeme, no habría interpretado sólo un acto, sino el drama entero»,[5] son por sí mismos elocuentes.

Antonio, en el discurso del 19 de septiembre, había insistido con habilidad en la responsabilidad moral (y no sólo moral) de Cicerón en el atentado. Y había recordado una escena, de la que Cicerón no niega que haya sido así exactamente: aquella, precisamente, en la que Bruto, apenas apuñalado César, y con el puñal todavía ensangrentado, habría invocado el nombre de Cicerón, «alegrándose con él por la recuperada libertad».[6]

Ahora bien, no sólo es difícil imaginar que esta comprometedora proclamación de la paternidad moral del atentado fuera hecha estando *presente* Cicerón, sino que hay que preguntarse también qué significaba concretamente aquella declaración de Bruto, admitiendo que haya existido de veras. Antonio no estaba presente, por tanto también él habla por referencias. Y Cicerón en la *Segunda Filípica* puede alegrarse de la anécdota (¡de hecho, halagadora desde su punto de vista!) sin preocuparse demasiado por la exactitud de la afirmación de su adversario. Por otra parte, se aventura a proponer una exégesis un poco extravagante. Bruto lo habría invocado, complaciéndose con él por la libertad recuperada, porque era «consciente de haber llevado a cabo un gesto digno de aquellos llevados a cabo en su día por Cicerón mismo», porque era consciente de ser en aquel momento «émulo de mis glorias *(mearum laudum)*»: evidentemente, porque eliminar a César era como haber eliminado, en su día, a Catilina y a los jefes de la conjura. Esta interpretación de la invocación de Bruto es ciertamente errónea y sofisticada. Nosotros sabemos de hecho, precisamente por Cicerón, que Bruto disminuía radicalmente, en el escrito de loa a Catón publicado justo un año antes de los idus de marzo, el papel de Cicerón en la represión de los catilinarios y daba el mayor mérito de esto a Catón. Y Cicerón se había mostrado muy irritado por ello cuando le escribió a Ático el 17 de marzo del 45 (*Epístolas a Ático*, XII, 21, 1).

No parece, pues, que Bruto tuviera de la obra de Cicerón como cónsul la misma altísima consideración que tenía el propio Cicerón; del cual incluso sus amigos más benévolos sabían cuánto había enfatizado sus propios méritos en aquella represión (cuando, por lo demás, había preferido salvar a César si bien estuviera a tiro). Cierto es que Bruto había impulsado precisamente a Cicerón a defender la memoria de Catón[7] haciéndole granjearse así una réplica muy resentida del dictador. Pero que llegara

incluso a investir a Cicerón de hombre símbolo de la restauración republicana no deja de ser cuando menos problemático, si bien Cicerón, claro está, se complaciera en ello.

Pero esto no basta para crear un cómplice *organizador* de la conjura. No son tan importantes las declaraciones al respecto. Es más importante que, escribiendo en privado a Casio, Cicerón le diga: «Ese loco de Antonio pretende que yo haya sido el promotor *(princeps)* de vuestra estupenda acción. ¡Ojalá lo hubiera sido de veras! Él no seguiría aquí vivo para atormentarnos…»[8] Carcopino, en cambio, respecto a este complicado problema había elegido una vía más hábil, y más interesante, que la esquemática denuncia de Antonio. El historiador, que participó también en un inquietante período político francés (Vichy) y que entonces había tenido experiencia directa de las tortuosidades que se determinan al hallarse con un poder personal, cree más bien en una sutil presión moral, en un sutil «chantaje en nombre de los antepasados» que Cicerón habría ejercido sobre Bruto impulsándolo así a la acción terrorista. Es difícil adentrarse tan profundamente en la psicología de personajes históricos (a los que, por lo demás, en tanto personas, los conocemos sobre todo por el epistolario de Cicerón), pero lo cierto es que Bruto no permaneció insensible a la campaña anónima de certeros ataques escritos en muros y monumentos, desplegada por las calles de Roma poco antes del atentado, de la que hablaban prolijamente Suetonio y Plutarco. Y se puede pensar también que ciertas frases de Cicerón[9] presuponen, precisamente, tal campaña, sin nombrarla. Igualmente cierto es que un intelectual como Cicerón, «que sufría» políticamente bajo la dictadura de César, usa las palabras con una violencia que es puramente «imaginaria»: que probablemente se paraliza cuando de las palabras se debe pasar a la acción. Los intelectuales son extremistas y drásticos en el campo del imaginario subjetivo: no siempre comprenden las implicaciones materiales, las consecuencias de sus palabras; no siempre prevén que otros, tomándolas literalmente, transformarán en *actos*, en *hechos*, sus palabras. Que Cicerón evoque al antiguo Bruto «que expulsó a Tarquinio» no quiere decir que imagine de veras que Bruto, incitado por

aquel gran modelo, coja el puñal. No dejaba de ser una guerra de palabras la que había tenido que combatir hasta ese momento con el dictador: alternando las *Laudes Catonis* con la *Pro Marcello*.

Respecto a César, coetáneo suyo, compañero de estudios griegos en la adolescencia, con retraso en la carrera (visto que era pretor designado el año en que Cicerón era ya cónsul, y protagonista de un memorable consulado), Cicerón se plantea las cosas de un modo muy distinto de lo que, por atenernos a la comparación más obvia, lo hace con respecto a Sila. Sila es para él un grande de la generación adulta, estaba en el poder cuando Cicerón estaba apenas en los inicios. Su dictadura, a pesar de la indignidad de las proscripciones, había sido una dolorosa necesidad. Ésta es la idea que Cicerón se hizo, cualquiera que fuese la oscilación de su juicio en el curso del tiempo y de las circunstancias. Pero por lo que se refiere a César, que es un coetáneo, y que en varios momentos decisivos habría podido ser frenado o incluso detenido sólo con que las cosas hubieran ido como debían y Cicerón no hubiera sido traicionado, ora por éste ora por aquél, ni, sobre todo, decepcionado por Pompeyo, que se había ligado cínicamente al pacto «triunviral», todo se muestra desde una perspectiva distinta: una perspectiva mucho más cercana, mucho menos dispuesta a aceptar la fatalidad o ineludibilidad de lo sucedido. De esta familiaridad y de esta directa implicación se deriva también la idea, que Cicerón mantuvo bien viva durante los años 47-44, de que no había nada definitivo en el modo como habían ido las cosas. César era para él, no obstante las apenadas proclamaciones de las «oraciones cesarianas» y no obstante las tentaciones de convertirse en un Aristóteles de este nuevo Alejandro,[10] un vencedor *provisional*, uno que todavía podía caer. No se habría lanzado de cabeza en la lucha política, al final suicida, contra Antonio, si no hubiera estado profundamente convencido de que la normalidad republicana *podía restablecerse*, a pesar de la espectacular serie de éxitos imprevisibles de aquel coetáneo suyo esnob y aventurero. No se había percatado del cambio de época, o tal vez, más bien, no se había resignado a aceptar que precisamente César fuera el protagonista y el beneficiario. Por eso no le pareció insensata, sino legítima, y sobre todo políticamente plausible, la iniciativa homicida de los «liberadores». Estaba «predispuesto» para ella.

XXXVIII

DEL GRAVE ERROR DE PRESCINDIR DE LA ESCOLTA

1. Suetonio, que conoce una conspicua tradición acerca de las advertencias que le llegaron a César antes de la conjura,[1] se plantea la cuestión —que según dice ya había sido afrontada por otros— de si César, al final, por cansancio o por decaimiento físico, no habría *querido* morir. Por ello no habría prestado oídos ni a presagios ni «a cuanto le venían a denunciar personas amigas».[2] Suetonio aporta también la opinión de quien pensaba que César se había sentido más seguro gracias al juramento hecho por los senadores de vigilar por su vida,[3] y que por ello habría cometido el error —que hizo después posible su eliminación violenta— de despachar a sus guardaespaldas. Una tercera teoría, que Suetonio registra también, está, en realidad, muy próxima a la opinión de los que decían «ha *querido* morir»: se decía que había preferido enfrentarse de una vez por todas a las insidias, en vez de vivir en la perenne espera de que se manifestasen. Probablemente, *cada una de estas sugerencias* refleja una parte de la verdad, y ayuda a comprender mejor la desconcertante decisión cesariana de prescindir de la escolta armada.

Pero sobre todo es válido el testimonio del propio César, referido también por Suetonio en el mismo capítulo. César solía decir, y Seutonio transmite sus palabras *verbatim*, que «su supervivencia física no le interesaba a él personalmente, por el contrario, le interesaba sobre todo a la República; porque él, ya desde hacía tiempo, había conseguido poder y gloria más que suficientes, pero la República, si a él le sucediese algo, caería en guerras civiles muchísimo más graves que las precedentes».[4]

2. En una densa biografía del cesaricida Marco Junio Bruto, Matthias Gelzer[5] confronta esta previsión, que define como «más profunda», con la manifestada muchas veces por Cicerón frente a los decepcionantes resultados políticos del cesaricidio. Cicerón etiquetaba a los cesaricidas como hombres con «corazón de leones y cerebro de niños»,[6] queriendo decir que el asesinato de los idus de marzo debería haber incluido también a Antonio, que peligrosamente había quedado vivo, heredero de la política cesariana, y, por tanto, capaz de hacer inútil completamente la obra llevada a cabo por los «liberadores». Para Cicerón se trataba de «precisar más» el blanco: eliminado también a Antonio, se habría ganado la partida y habría sido vigente de nuevo la vieja normativa. Para César, la eventual eliminación violenta de su persona significaba, en cambio, una reanudación en grandes proporciones y con mucha mayor virulencia de la guerra civil. Cicerón demuestra, con aquella declaración, que reduce el conflicto, de hecho, ya endémico durante el último siglo de la República, la responsabilidad de personalidades individuales ambiciosas, y que una vez desaparecidas éstas, todo volvería a recobrar el orden. César tenía bien claro *que había fuerzas más vastas* implicadas en el conflicto que se había cerrado (así lo creía él) con su victoria, y que éstas no se quedarían inermes frente a la eliminación violenta de su líder. Esta previsión cesariana, dicho sea de paso, es mucho más profunda (por usar la expresión de Gelzer) que las pormenorizadas razones contingentes con las que César en los *Commentarii* explicaba su decisión de reanudar la guerra civil.[7] En aquellos capítulos el que habla es el jefe de partido que hace propaganda y explica que ha actuado para salvaguardar los derechos, violados, de los tribunos de la plebe. En cambio, en la reflexión que formula cuando ya el conflicto ha quedado atrás, de la que nos informa Suetonio, César habla en términos sustanciales y no de mera propaganda: y se muestra consciente del carácter no sólo del conflicto del que acababa de salir vencedor, sino también de lo que su —temida o deseada— muerte violenta habría hecho estallar de nuevo.

3. Obviamente, no hay en la reflexión cesariana que nos refiere Suetonio ninguna concesión al determinismo historiográfico. No se trata de afirmar la «inutilidad» de una conjura (aunque haya logrado su objetivo) frente al «fatal devenir» de la historia. César, por el contrario, intentaba trazar el escenario inédito y alarmante que su muerte violenta habría producido (y que de hecho produjo).

Está claro que, a su manera, la conjura había sido *eficaz*. No sería exacto decir que los gestos de este tipo sean «políticamente inútiles»: nunca lo son, cuando salen bien; si acaso son los resultados los que van más allá de los cálculos y de las previsiones de los conjurados. Tampoco la victoria de los cesarianos en Filipos, por otra parte, fue tan obvia e indolora. Habríamos tenido, en lugar del conflicto entre triunviros, un ulterior conflicto entre cesarianos y «liberadores» (o, al final, en el interior del compacto frente de los «liberadores»). Las fuerzas en liza, que eran consistentes y socialmente relevantes, ciertamente no se iban a evaporar en el aire sólo por efecto de la desaparición del «tirano». Para aplacar y dispersar un frente como el «pompeyano» César empleó años (49-45 a.C.). Con el atentado todo naufragó de nuevo. Se volvió a constituir —precisamente porque las fuerzas en liza estaban profundamente arraigadas— un nuevo y amplio frente militar «pompeyano», que tuvo en jaque a los cesarianos al menos hasta octubre del 42: por no hablar de la fuerte recuperación de Sexto Pompeyo, dominador del mar hasta el 35, e interlocutor de los triunviros en igualdad de condiciones, gracias a las relaciones de fuerza. No hay determinismo, sino capacidad de previsión en la observación de César según la cual, una conjura contra él habría sido, al menos, desaconsejable.

XXXIX

DINÁMICA DE UN «TIRANICIDIO»

Y ahora, allí en aquel lugar, sentí toda la urgencia del mensaje de Artemidoro.

KAVAFIS

1. La noche antes del atentado, en la cena en casa de Marco Lépido, *magister equitum* del dictador, con César presente entre los invitados, se discutía sobre la cuestión de qué tipo de muerte se había de considerar preferible. Cuando le tocó a César dar su opinión, mientras la conversación muy curiosamente aún continuaba indagando sobre este punto —¿era una advertencia críptica?—, César dijo que prefería con mucho una muerte inesperada y rápida.[1] Ya en otra ocasión había manifestado la misma preferencia («subitam et celerem»), en otro contexto, también en aquel caso dialógico-filosófico, en torno a la lectura de unas páginas sobre la muerte de Ciro en la *Ciropedia* de Jenofonte.[2] Nos viene a la mente el *Cato maior* de Cicerón, escrito poco antes del asesinato de César, donde aquel párrafo está traducido al latín y comentado. No es nada improbable que, precisamente durante una lectura del *Cato maior* en la que participase también César, el dictador hubiera hecho aquel comentario sobre su preferencia por una muerte «rápida e imprevista». Obviamente, se trata de una suposición indemostrable. La conversación de la noche anterior al atentado es en cambio muy desconcertante. Recurrir a preguntas alusivas o a conversaciones entabladas con la segunda intención (operativa) de que el interlocutor entendiera no era algo insólito en aquel momento. Recordemos, por ejemplo, el método seguido por Bruto cuando reclutaba adeptos para la

conjura. Bruto visita a Favonio y Estatilio, en presencia de Labeón, y les plantea, como dice Plutarco «una pregunta de ese tipo [es decir, si piensan unirse a él], camuflándola, naturalmente, y enfocando la cosa desde lejos».[3] Pero obtiene de ambos respuestas negativas. Es un procedimiento análogo al de aquel que en la mesa, en casa de Lépido, la noche antes del atentado contra César, hizo recaer el discurso sobre el tema de cuál era el tipo de muerte preferible.

Escenas como ésta nos hacen imaginar a un César acorralado por los que pretendían liquidarlo, y por el mismo motivo, y con la intención opuesta, «atormentado» también por aquellos que, con advertencias más o menos crípticas, intentaban salvarlo. No se olvide, como prueba de la «presión» de todos éstos en torno al dictador, que la mañana después de aquella cena un poco lúgubre en casa de Lépido, precisamente la mañana del atentado, merodeaba en torno a César (¡en su casa!) Décimo Bruto, que es uno de los conjurados que dentro de poco lo van a apuñalar, y visto que César está dudando en si salir o no de casa y «diferir sus obligaciones a otra sesión», lo exhorta a acudir al Senado: a no decepcionar «a todos los que desde hacía horas estaban allí esperándolo».[4] César era tenido bajo control por los hombres de la conjura, y, tal vez por eso, aquel que la noche anterior había propuesto el singular tema de conversación no había sabido encontrar otro medio para hacerse entender y poner en guardia a la víctima designada.

2. La noche anterior a los idus de marzo fue una noche de pesadillas. Calpurnia, mujer de César, soñó que el techo de la casa se desplomaba y que asesinaban a su marido en su regazo. La mujer creyó ver en aquel momento que las puertas de la alcoba se abrían solas de par en par, de repente.[5] Alguien precisó que no se había tratado del techo, sino de un frontón añadido a la casa de César por decisión del Senado «para ornamento y honor».[6]

También César tuvo una visión nocturna antes del amanecer: soñó que estaba suspendido en el cielo, que volaba por encima de las nubes, y que le estrechaba la mano a Júpiter.[7] Sueño megalómano, en general, pero de algún modo elocuente.

César no había tomado nunca demasiado en serio el artificio de supersticiones que regulaba de manera tan aparatosa la vida pública romana. Su *forma mentis* totalmente laica le permitía mirar con indiferencia aquel bagaje, que, por otra parte, tenía una importancia primordial en la práctica cotidiana. Pero había un aspecto público en todo esto del que sí sabía aprovecharse. No aplazó la partida hacia África cuando se trataba de enfrentarse a Escipión, Juba y Catón: ciertamente no lo disuadió el hecho de que una de las víctimas se hubiera fugado durante el sacrificio.[8] Pero cuando, al desembarcar, tropezó y cayó, transformó en bueno el mal presagio, exclamando: «¡Teneo te, Africa!», como si se hubiera lanzado él mismo a abrazar el suelo. Por otra parte, una profecía muy conocida establecía que el nombre de los Escipiones no habría de quedar nunca vencido en África: de aquí su decisión, tranquilizadora sobre todo para las tropas, ya que un Cornelio Escipión capitaneaba el frente adversario, de tener también él en el campamento a un Escipión, un semidesconocido y desacreditado miembro de la *gens* Cornelia.

Y sin embargo, al amanecer de aquel 15 de marzo la insólita turbación de Calpurnia lo alarmó. Por añadidura, los adivinos le comunicaron que los sacrificios daban señales infaustas.[9] Y entonces pensó en anular la reunión del Senado, enviando a Antonio a advertir a los senadores.

En ese momento intervino un hombre que gozaba de la plena confianza del dictador, hasta el punto de haber sido incluido en su testamento entre los «segundos herederos», Décimo Junio Bruto Albino. La familiaridad con Décimo era tal que a César no le sorprendió verlo por casa tan a primera hora. La parte asignada a Décimo por los conjurados era muy delicada: vigilar a César y asegurarse de que no cambiase de programa y de que fuese efectivamente al Senado. Décimo Bruto optó por el tono laico-bromístico: comenzó a mofarse[10] de los adivinos; después apremió a César diciéndole que un aplazamiento imprevisto de la sesión le habría parecido una ofensa al Senado: precisamente él lo había convocado y muchos senadores, ya desde hacía tiempo estaban esperándolo en la Curia de Pompeyo.[11] Plutarco refiere todos los argumentos apremiantes utilizados por el habilidoso conjurado: ¿tal vez era necesario enviar a alguien a avisar a los senadores, ya sentados y a la espera, de que se fueran a casa y regresaran cuando Calpurnia hubiera

tenido sueños mejores? ¿Y esto no les habría ofendido? ¿No habría desencadendo las murmuraciones de los envidiosos? ¿Y qué responderemos nosotros cuando etiqueten estos comportamientos como tiránicos? De todos modos —concluye—, si verdaderamente consideraba necesario aplazar la sesión, ¡que al menos se presentase él personalmente en el Senado a notificar el aplazamiento! Después de lo cual, lo tomó de la mano y lo condujo, podríamos decir lo empujó, fuera de casa.[12] Era la hora quinta, y César, apremiado por Décimo Bruto, se puso en camino. En ese momento sucedió algo imprevisto: un esclavo de otra casa, que había intentado a toda costa acercarse a César, entró, abriéndose paso entre el gentío, en la casa de César y se entregó a Calpurnia, pidiendo ser custodiado hasta el regreso de César. Era el primero de los mensajeros que aquella mañana intentaron revelar algo a César, sin conseguirlo.

3. Entretanto, los conjurados se habían dirigido al Senado. Bruto se armó y partió de casa solo. Había revelado todo a su mujer Porcia, desde que ésta había conquistado su confianza también en política, mostrando una resistencia al dolor típicamente catoniana. Los otros se reunieron en casa de Casio, y desde allí salieron todos juntos, llevando consigo al hijo de Casio, que aquel día asumía la toga viril.[13] Primero se detuvieron en el Foro; después se dirigieron, siempre en grupo, hacia el Pórtico de Pompeyo, donde se había de celebrar la sesión.

Algunos de los conjurados, entre ellos Bruto, cubrían el cargo de pretores. Por ello tuvieron que dar audiencia, escuchar a los postulantes y dirimir controversias. Bruto, en concreto, tuvo un incidente. Un contendiente obstinado rechazaba su sentencia. En un cierto punto perdió el control y empezó a gritar, dirigiéndose a Bruto, que apelaría a César. Bruto pronunció lentamente, sin descomponerse, una respuesta casi provocativa: «César no me impide, ni me impedirá, actuar de acuerdo con la justicia.»[14]

Pero de la casa de Bruto había salido también, sin hacerse notar, otra persona. Era un griego, Artemidoro de Gnido, maestro de letras griegas, hijo de aquel Teopompo de Gnido, en honor del cual César, después de Farsalia, había concedido la libertad a la ciudad. En Roma, Artemidoro había

establecido una estrecha confianza con el círculo de Bruto y había intuido, o se había enterado, de lo suficiente como para ir corriendo donde César y ponerlo en guardia. Según Apiano, cuando llegó a la Curia era ya demasiado tarde.[15] Según Plutarco, en cambio, Artemidoro, que había puesto por escrito su revelación del inminente atentado, consiguió acercarse a César y a decirle que leyera inmediatamente aquella nota (en vez de pasarla, sin leerla siquiera, a los secretarios, como solía hacer). Pero increíblemente sucedió que César, aun intentando reiteradamente leer el folio, no lo logró, interrumpido, una y otra vez, por el gentío y por las palabras insistentes y molestas de los postulantes.[16]

Cuando logró entrar en el Senado la tenía todavía en la mano. También Espurinna, el arúspice que tiempo atrás le había anunciado un peligro «no más tarde de los idus de marzo», apareció entre la muchedumbre, mientras lentamente avanzaba hacia el lugar de la reunión. César no dejó de tomarle el pelo: «¡Son los idus de marzo —le dijo— y no me ha sucedido nada!» Y aquél le respondió: «¡Pero aún no han pasado!»[17]

La impasibilidad y la sangre fría de los conjurados, entretanto, estaban siendo sometidas a pruebas imprevistas. Un individuo se acercó a Casca, le cogió la mano derecha y le dijo: «Tú nos escondes el secreto, Casca, pero Bruto nos lo ha revelado todo.» Pero pronto se comprendió (o el desconocido quiso que se comprendiese) que se refería a una cosa completamente distinta.[18] Poco después, un senador, Popilio Lena, se acercó a Bruto y a Casio y les dijo en voz baja: «Me uno a vuestras plegarias para que podáis llevar a cabo la empresa que tenéis en mente. Es más, os exhorto a daros prisa. La cosa de hecho ya es sabida por todos.»[19] Los dos quedaron muy turbados porque éste sin duda aludía a la conjura: era evidente, pues, que alguien había hablado.

4. En aquel momento, mientras la salida extemporánea de Popilio los dejaba helados, llegó corriendo un siervo de la casa de Bruto anunciando que Porcia se estaba muriendo. En casa, en efecto, Porcia no lograba permanecer serena. «Nerviosa por la espera —escribe Plutarco— y no soportando el peso de un ansia tan grande, no lograba estar quieta en casa; a

cada ruido o grito que oía se lanzaba fuera como una desquiciada poseída por un furor dionisíaco. Detenía a los que pasaban provenientes del Foro, haciéndoles a todos la misma pregunta: ¿Qué hace Bruto? Y enviaba a gente al Foro a solicitar noticias.»[20] En un cierto punto, no pudo más. Cayó desfallecida. Se desmayó mientras estaba sentada en el centro de la casa, su piel mudó de color, y le faltó la voz completamente. De ahí la impresión de que estuviera muerta: las esclavas se pusieron a lanzar lamentos; los vecinos acudieron en tropel. Así se formó la noticia que le cayó encima a Bruto en el momento delicado y embarazoso creado por las palabras, aparentemente provocativas, de Popilio Lena.

Bruto no se movió: no podía abandonar a los cómplices precisamente en aquel momento; no se atrevió a acudir, ni aun impulsado por un dolor tan grande.[21]

Entretanto llegó César, en litera, bastante deprimido por los presagios desfavorables, y completamente decidido a postergar cualquier decisión importante para otra sesión.[22] Apenas descendió de la litera se precipitó a su encuentro Popilio: el senador que poco antes inesperadamente se había acercado a Bruto para exhortarlo a «darse prisa». Los conjurados se sintieron perdidos. Temieron lo peor y se dijeron con la mirada[23] que estaban dispuestos a darse la muerte unos a otros antes que dejarse capturar. Casio ya había llevado la mano al puñal, y así lo hicieron también los otros, y ya se disponían a desenvainarlos, cuando Bruto se dio cuenta, por la actitud de Popilio, que no los estaba denunciando, sino pidiéndole un favor a César. Bruto no dijo nada (ni podía hacerlo porque estaban presentes elementos ajenos a la conjura), pero con el rostro radiante dio a entender a Casio y a los demás que no había nada que temer. Poco después, Popilio besó la mano de César y se alejó: y quedó claro que en aquel encuentro había tratado de sus asuntos y de nada más.[24]

5. Mientras tanto, los senadores habían entrado en el atrio y los conjurados se habían colocado alrededor del lugar donde se sentaba César. Sólo Trebonio quedó fuera porque le había sido encargado que bloqueara a Antonio, que lo retuviera fuera de la Curia.[25] La docilidad de Antonio en

aquella ocasión, a pesar de una jornada tan tensa y llena de percances, no deja de sorprendernos. Casio, al entrar en el atrio, había dirigido la mirada a la estatua de Pompeyo que allí descollaba e invocó su ayuda.[26] Fue Tilio Cimbro el que inició la acción arrojándose a los pies de César con una súplica: intercedía por su hermano en el exilio. Todos se unieron a la petición besando las manos y el pecho del dictador.[27] En la *Vida de Bruto*, así como en la *Vida* suetoniana, César está ya sentado cuando Tilio Cimbro le suplica y los otros conjurados se le ponen alrededor. En la *Vida de César*, en cambio, Plutarco divide la escena en dos tiempos. Primer tiempo: César entra en el atrio y el grupo de los conjurados se divide, una parte toma posiciones en torno al sitial donde César debería ir a colocarse, otra parte sale a su encuentro, mientras Tilio Cimbro se le arroja a los pies, y lo acompaña hasta el sitial continuando al mismo tiempo con sus quejas. Segundo tiempo: César se sienta y Tilio le agarra con ambas manos la toga bajándosela del cuello (era la señal convenida). Casca y su hermano, los primeros que lo apuñalan, se lanzan sobre César y lo hieren. César grita: «¡Ésta es una agresión» (según Suetonio), o bien «¿Qué haces, infame Casca?» (según Plutarco). En el relato de Suetonio y en la *Vida de Bruto* el asalto tiene lugar mientras César está todavía en pie, pero la dinámica es la misma. Suetonio añade un detalle: César, después del primer golpe asestado por Casca, agarra el brazo de éste y lo hiere con el estilo,[28] pero pronto es herido por otros golpes y literalmente rodeado.

En la *Vida de César*, Plutarco cede a un cierto patetismo cuando describe los últimos instantes de César. «Y cuando cada uno de los conjurados desnudó su puñal [César], rodeado por todas partes, encontrando allí a donde dirigiese la mirada sólo golpes y calar de hierro ante el rostro y ante los ojos, se debatía como una fiera, acribillado, entre las manos de todos, ya que todos debían participar en aquel sacrificio y beber de aquella sangre. Por ello también Bruto le dio una cuchillada en la ingle.»[29] A continuación, Plutarco añade que César reacciona al asalto «moviéndose de aquí para allá y gritando; pero cuando vio a Bruto desenvainar el puñal se echó la toga sobre la cabeza y se abandonó, yendo a caer, o por casualidad o porque fue empujado por los asaltantes, junto a la base de la estatua de Pompeyo». Suetonio da otras noticias. César intenta levantarse de golpe

(para Suetonio, de hecho, el asalto tiene lugar cuando César está ya sentado en el sitial en el centro del atrio); «pero cuando se dio cuenta de que de todas partes se le echaban encima con los puñales levantados se envolvió la cabeza con la toga y con la izquierda bajó el borde hasta los pies para caer decorosamente»;[30] emitió un solo gemido y no dijo ni una palabra. Suetonio añade que «según algunos, dirigiéndose a Bruto que levantaba el puñal, habría dicho «¿Tú también, hijo?».[31] Detalle dramático. En esta anécdota, el término «hijo» está usado en su acepción plena, y deja entender la opinión muy difundida de que Bruto fuese precisamente fruto del amor de César y Servilia, madre de Bruto, que por César alimentó una tenaz e ininterrumpida pasión en contraste con todas las tendencias políticas de los hombres de la familia (empezando por su hermano Catón). Esta anécdota, que Suetonio presenta por un mero escrúpulo de totalidad, contrasta con su relato en el que César muere sin proferir ni una palabra, sólo un gemido. En la *Vida de César* de Plutarco la anécdota está bien presente, pero también en este caso como opinión de «algunos»; en la *Vida de Bruto*, en cambio, figura, claro está, como un hecho real, por la obvia razón de que allí es Bruto el héroe del relato, y la anécdota enfatiza su protagonismo en el asunto, incluso también en su extremo cumplimiento.

El médico Antistio, un cirujano al que conocemos también por la tradición médica romana,[32] analizó el cadáver y reveló que, de veintitrés puñaladas, una sola había sido mortal, la segunda de las que habían herido a César en pleno pecho.[33]

También el detalle del cadáver que cae rodando hasta los pies de la estatua de Pompeyo forma parte de los efectos edificantes que Plutarco se propone obtener en la biografía de César (pero ya en la de Bruto el detalle no está). De hecho, en la *Vida de César* la descripción del atentado se abre con la observación, según la cual, podría no ser una mera casualidad que toda la escena se desarrollase en un área cuya construcción había sido ordenada por Pompeyo, y se cierra con la observación: la estatua de Pompeyo fue inundada por la sangre de César «de un modo que hacía pensar que el mismo Pompeyo presidía la venganza sobre su enemigo».[34]

Los conjurados no tuvieron siquiera el valor de tirar el cadáver al Tíber, como tenían pensado hacer,[35] y se perdieron en vanas ostentaciones públicas de pensamiento político, entre la fuga histérica y alarmada de los otros senadores. El cadáver quedó por algún tiempo en el atrio ya desierto, hasta que tres exclavos, tendiéndolo sobre una litera, con un brazo colgando, lo llevaron a su casa.

XL

«WHERE'S ANTONY?»

Where's Antony?
—Fled to his house amazed.

SHAKESPEARE *(Julio César)*

1. Este diálogo entre Casio y Trebonio, en la primera escena del tercer acto del *Julio César* de Shakespeare, sigue inmediatamente a la serie de puñaladas que abaten al dictador. Shakespeare, atento lector de las fuentes clásicas, ha tomado, y realizado con la economía del drama, un pasaje delicado y decisivo: el pánico de Antonio, que había sido retenido por el mismo Trebonio fuera de la Curia de Pompeyo mientras se cometía el atentado; y poco después, la maniobra de acercamiento de Antonio a los cesaricidas, y su particular atención a las cuerdas recónditas del ánimo de Bruto, el más moderado de los dos cabecillas de la conjura, el cual empuña «las rojas armas» gritando ya no sólo «Freedom and Liberty», sino «Peace, Freedom and Liberty» (acto III, esc. 1, v. 110). Como sabemos por Cicerón, entre Trebonio y Antonio había habido algunos meses antes, mientras César se encontraba en dificultades en España, un contacto embarazoso para ambos, y precisamente por ello Trebonio había sido encargado de impedir que Antonio estuviera presente en el atentado. Es inútil avanzar por el campo minado de las conjeturas, pero es muy difícil pensar que un experto y suspicaz político y hombre de acción como Antonio no hubiese tenido ninguna sospecha de nada: no era muy normal ser retenido con pretextos a la

entrada del Senado, en aquel día de nerviosismo en el que el mismo César, que habitualmente menospreciaba tanto los prejuicios supersticiosos, se había mostrado reacio a acudir al Senado.

Poco después del atentado, mientras sus perpetradores están todavía en la Curia, Antonio envía un mensajero para ofrecer pacificación y acuerdo político: «Marco Antonio no amará a César muerto tan afectuosamente como a Bruto vivo; sino que seguirá la suerte y el destino del noble Bruto, a través de los peligros de este nuevo inviolado mundo, con fe firme *(with all true faith)*» (acto III, esc. 1, vv. 133-137). Shakespeare juega hábilmente entre dos lecturas posibles de las palabras que hace pronunciar a Antonio en esta escena: Por una parte, Antonio, «aterrorizado» de veras *(amazed),* como lo define Trebonio, que lo ha visto escapar apenas tuvo noticia de la conclusión victoriosa de la conjura, y dispuesto, pues, a ponerse de acuerdo con los nuevos vencedores; y por otra, Antonio, que ya con sus tácticas de acercamiento a Bruto y a los otros medita el golpe subversivo. En cierto sentido, las palabras más reveladoras de la ambigüedad de su posición son las que dice, al final de la segunda escena, al siervo del joven Octavio: «Detente; no regreses hasta que no haya llevado este cuerpo al foro. Allí tantearé con mi discurso fúnebre de qué modo el pueblo toma el cruel acto de estos sanguinarios.»

Pero las palabras con las que se hace aceptar por los apuñaladores y logra que se honre en público al muerto son de complicidad: «amigo soy de todos vosotros, a todos os amo» (acto III, esc. 1, v. 220); estas palabras son las mismas con las que Cicerón manifiesta a Basilio su entusiasmo por el éxito del atentado: «Te amo, asumo la responsabilidad de tus actos» (*Familiares*, VI, 15). El Antonio de Shakespeare no es que *finja* complicidad: está dispuesto, si la reacción ante el atentado es positiva, a una complicidad no sólo de palabra, sino efectiva.

La escena de Antonio hablando con los apuñaladores en presencia del cadáver que yace en el suelo es completamente inventada. Shakespeare, que se ha basado sobre todo en Apiano,[1] sabe muy bien que, después del atentado, los apuñaladores se atrincheraron en el Capitolio y que, sólo después de varios sucesos, Antonio acordó con ellos (*Guerras civiles* II, 124, 520) la renuncia a perseguir el delito en nombre de la concordia civil.

Pero esta escena es crucial para la economía del drama: es la premisa del discurso de Antonio al pueblo, el cual cambiará el destino de aquel momento de enorme incerteza, y será el preludio de la derrota de los liberadores. Así pues, una escena clave, pero completamente falsa o, mejor dicho, construida yendo más allá de las fuentes, recabando subjetivamente indicios de ella. Ha acertado plenamente el dramaturgo enfocando la ambivalencia de la posición de Antonio: y lo ha hecho imaginando sus acciones y sus palabras en las horas inmediatamente posteriores al atentado. «Para ti, nuestras espadas tienen puntas de plomo», le dice fraternalmente Bruto (acto III, esc. 1, v. 174). Y no era un ingenuo.

Shakespeare presenta a Antonio inmediatamente después de los idus de marzo *como a uno que casi simpatiza —no importa cuán sinceramente— con los conjurados*. En esto se advierte una intuición historiográfica en torno a la evolución que estaba verificándose también en Antonio.

No faltan en las fuentes alusiones al comportamiento «sospechoso» de Antonio. Todo induce a pensar, o al menos a aventurar, que al día siguiente de los idus, o mejor aún, durante las horas siguientes al atentado, Antonio había temido que los conjurados tuvieran en sus manos la situación y había dado a entender que estaba de su parte, agradeciéndoles que no lo hubieran matado también. En las horas siguientes fue cuando comprendió que la situación continuaba abierta, es más, que era desfavorable para los «liberadores»,[2] y decidió presentarse como *leader* de las *partes Caesaris*.

XLI

EL CUERPO DE CÉSAR. CÓMO UN ÉXITO SE TRANSFORMA EN FRACASO

1. Dejando en el suelo el cuerpo del dictador y renunciando al propósito de anularlo arrojándolo al Tíber, los conjurados perdieron la partida. La revancha de los cesarianos tiene lugar a partir del uso político y emotivo de aquel cadáver, cuya embarazosa presencia influye poco a poco y de un modo cada vez más eficaz y al final triunfante sobre la política ciudadana. Shakespeare logra bien este efecto cuando centra en el discurso (en parte imaginario) de Antonio, pronunciado en presencia del cuerpo ensangrentado de César, el cambio de humor de la plebe urbana.

En los primeros momentos después del atentado, Bruto y los demás realizaron una serie de conatos en varias direcciones, en su mayor parte fracasados. Que durante un tiempo brevísimo hayan estado a punto de tener la situación en sus manos está comprobado por la reacción de pánico de Antonio, que se disfraza «de plebeyo» y huye.[1] Bruto intentó hablar a los senadores, pero éstos escaparon precipitadamente del atrio donde habían asistido al asalto. Olvidándose de ocuparse del muerto y de proceder tal vez con un oportuno golpe de gracia a la cancelación de sus actos, no se le ocurrió nada mejor que subir al monte Capitolino agitando los puñales e incitando a ciudadanos imaginarios (las calles estaban desiertas, las tiendas estaban cerradas) a «gozar de la libertad». En el Capitolio se quedaron durante un tiempo a la espera. En un cierto momento acudieron allí algunos senadores y un pequeño grupo de personas que insistieron mucho para que bajasen.[2] El grupo de los conjurados —tranquilizados— bajó hasta el Foro y allí Bruto fue izado sobre los «rostros». Y comenzó a hablarles. La gente que había acudido lo escuchaba en silencio. Después habló Cinna y empezó a

acusar a César. Entonces la gente estalló con una cólera violenta y los conjurados huyeron precipitadamente de nuevo al Capitolio.[3] Bruto temió que el gentío asaltara el monte y que todo estuviera perdido ya.

Así, en pocas horas, malgastadas en intentar hablar al pueblo de una abstracta «libertad», los conjurados perdieron toda la ventaja de la sorpresa y del desconcierto de los adversarios.

2. Antonio comprendió inmediatamente que los conjurados no tenían ningún plan de acción inmediata para el después del atentado, y que habían confiado (al menos Bruto) en el efecto redentor del «tiranicidio» y de la palabra «libertad» en cuanto tal. Se deshizo muy pronto de su disfraz y puso en marcha dos planes, ambos llevados a cabo con éxito. Mandó a sus propios hijos como «rehenes» a los liberadores induciéndolos así a bajar del Capitolio, e hizo saber a toda la ciudad que Casio cenaba en casa de Antonio, y Bruto en casa de Lépido.[4] Así, a la mañana siguiente fue recibido en el Senado como el que había salvado la ciudad de una nueva guerra civil.[5] Y obtuvo el permiso, a pesar de la vana oposición de Casio, pero con el consentimiento de Bruto, para poder dar lectura pública al testamento de César y para que el cuerpo del difunto dictador no fuese trasladado de incógnito y sin honores.[6] En la *Vida de Bruto*, Plutarco sigue, como sabemos, sobre todo para el relato de la conjura, dos fuentes cercanísimas al hombre símbolo del cesaricidio. Por ello, su opinión sobre las decisiones de Bruto en aquellas primeras horas es muy significativa. «Permitiendo que las exequias se celebrasen del modo requerido por Antonio —señala Plutarco en este pasaje—, Bruto *hizo que se derrumbara todo*.»[7] Era ésta la opinión que se había forjado en el ambiente de Bruto: nos lo dan a entender las críticas, no muy encubiertas, que Cicerón hizo contra Bruto en las epístolas, en particular en la célebre carta a Casio,[8] en la que lamenta el no haber podido, durante la preparación de la conjura, dar su opinión ni indicarles a Antonio como blanco (blanco que ya Casio y su «hetería» habían solicitado en vano). En los meses siguientes a los idus de marzo, mientras toda la situación en Roma volvía a estar en manos de los cesarianos,[9] hubo una especie de complicidad entre Cicerón y Casio que ya se había manifestado, a

juzgar por lo que se conserva del epistolario, en los meses precedentes al atentado. No sucede otro tanto entre Cicerón y Bruto. Bruto, por lo demás, no se desvivía por Cicerón, a pesar de la consideración con que éste le dedicaba un libro tras otro, y tal vez en su interior esperaba que se podría llegar a un acuerdo con Antonio: un buen compromiso entre verdaderos *nobiles*.

3. Antonio, de hecho sabía ya muy bien qué era lo que estaba escrito en el testamento de César: el testamento, que había sido redactado el 15 de septiembre del 45 y entregado en custodia a las Vestales, había sido abierto, por petición del suegro del dictador, Lucio Calpurnio Pisón, precisamente en casa de Antonio.[10] Así pues, estaba al corriente de que, por ejemplo, el mismo Décimo Bruto, el ex fidelísimo que la mañana de los idus había llevado, casi arrastrado, a César hasta las manos de sus verdugos, era designado heredero, para ser más exactos, estaba «entre los segundos herederos».[11] Y muchos de los conjurados eran indicados como posibles tutores de su hijo (adoptivo) Octavio, ahora Cayo Julio César Octaviano, en caso de que hubiera sido necesario un tutor. Había *ad abundantiam* para envolver a los «liberadores» en una luz siniestra en el momento de la lectura pública de aquellas disposiciones, por no hablar ya de las disposiciones y de las donaciones a favor del pueblo.[12]

El 20 de marzo el cadáver fue llevado al Foro. El montaje para la exposición del cuerpo fue hábil y de efecto seguro. Ante todo, el lugar elegido: el Campo Marcio, en concreto el espacio junto a la tumba de Julia, la amadísima hija de César, que al mismo tiempo había sido la garantía, mientras había vivido, de una equilibrada relación entre Pompeyo, su marido, y César, su padre.[13] Después el soporte. Fue construido un catafalco áureo, delante de los tribunos, que recordaba, en la forma, el templo de Venus Genetrix (progenitora de César, y divinidad sumamente querida por los romanos). Por último, el féretro era enteramente de marfil, cubierto de púrpura y oro —los colores del mando—, mostrando claramente la toga que César llevaba en el momento en que había sido asesinado.[14] Aquella vestidura traspasada por una veintena de puñaladas duplicaba el efecto

patético del montaje, más aún que la ostentación misma del cuerpo. Y en efecto, Antonio, cuando empezó a hablar, y se dio cuenta de que la conmoción iba creciendo entre los asistentes, como buen actor, cogió la vestidura del muerto, la mostró para que se vieran bien las rasgaduras producidas por los puñales,[15] y conscientemente provocó una sublevación, que concluyó con la apoteosis del cadáver, incinerado por un impulso popular de venganza, al mismo tiempo místico y de rabia.

He aquí la escena según Plutarco:[16]

> Había quienes gritaban: «¡Matad a los asesinos!»; quienes arrancaron los bancos y las mesas de los talleres, como ya en su día había sucedido durante los funerales de Clodio, los amontonaron en un punto de la plaza, y erigieron una enorme pira. Sobre ésta colocaron el cadáver y allí lo quemaron: en medio de los más sacros e inviolables lugares de Roma.[17] Cuando estallaron las llamas, el gentío se acercó, agarró tizones recién encendidos y se dispersó corriendo hacia las casas de los asesinos de César con el propósito de incendiarlas.[18]

4. Pero es una descripción bastante escueta que deja en la sombra algunos datos que conocemos por Suetonio. El catafalco, donde entre otras cosas estaba expuesta la vestidura rasgada por las puñaladas, quedó en el Campo Marcio durante algunos días, permitiendo que todos los que quisieran llevar dones pudieran depositarlos junto al féretro. Fueron celebrados solemnes espectáculos, y los músicos y los actores se habían adornado recurriendo a los atuendos de los triunfos. Fueron elegidos algunos versos claramente alusivos, como los sacados del *Juicio de las armas* de Pacuvio, donde en un cierto punto el actor recitaba: «¿Y salvé a tantos de ellos para mantener en vida a quien después me matase a mí?»[19] En ese momento el pueblo se entusiasmó:[20] la dirección de la ceremonia había sido sagaz. Antonio había querido que el pregonero leyera el senadoconsulto por el que los miembros del Senado se comprometían a defender la persona de César.[21]

Cuando hizo su aparición el féretro, con el cuerpo del dictador, llevado a hombros por los magistrados en funciones y por otros ciudadanos que habían cubierto las magistraturas, la emoción llegó al colmo. Ésta fue avivada mediante un recurso teatral del que nos da noticia Apiano: una ocurrencia que indica claramente la existencia de un director. Para excitar

hasta la conmoción era necesario exhibir a la multitud el cuerpo apuñalado, pero eso no era posible; «el cadáver estaba tendido supino sobre el féretro, y de ese modo no resultaba visible. Entonces fue izado por un desconocido, gracias a una *mechané* [una «máquina» teatral, precisamente], un fantoche de cera con las facciones de César, atravesado por veintitrés puñaladas y horriblemente desfigurado. Fue llevado de aquí para allá en todas direcciones. Y aquella visión resultó al final desencadenante».[22] Fue entonces cuando se pasó, casi como en un obvio desenlace, de las palabras a los hechos: encender el fuego. Surgieron propuestas contrarias acerca del lugar donde incinerar el cuerpo, en medio de un clima de apoteosis y de venganza. Mientras se discutía animadamente —unos proponían el interior del templo de Júpiter Capitolino, otros llegaron a proponer la Curia de Pompeyo (con una especie de persistente juego simbólico)—, dos hombres armados hasta los dientes, con espadas y lanzas, prendieron fuego al féretro de improviso.[23] Fue así como se llegó a aquella colosal hoguera de la que habla Plutarco, en la que se arrojó de todo, comprendidos los vestidos que los actores y los músicos se quitaban de encima. Bien sea en el caso de la repentina aparición del fantoche, o bien, en el de la decisión impuesta por aquellos hombres armados, no está clara la paternidad de las intervenciones.[24]

En este pasaje de la narración, Plutarco, en las tres *Vidas* donde habla del funeral de César,[25] torna de nuevo a ocuparse de los cesaricidas. Y narra el asalto a sus casas, con la dramática «cola» del feroz asesinato de Cayo Elvio Cinna, confundido por la muchedumbre enfurecida con el pretor Lucio Cornelio Cinna (el cual, el día antes había pronunciado en público un durísimo discurso anticesariano, cuando Bruto había descendido del Capitolio y había intentado hablar al público).

En cambio, Suetonio, haciendo una evidente inversión narrativa, sigue otro hilo. Se concentra en primer lugar en el imponente homenaje de los extranjeros a las cenizas de César. «Todos los extranjeros, asociándose a aquel inmenso luto, hicieron sus lamentaciones en torno a la pira, cada uno según sus propias usanzas. De modo particular los judíos, los cuales, durante muchas noches tornaron a rendir homenaje al lugar del funeral.»[26] Noticia importante y que ayuda a colocar a César en su justa dimensión: víctima de

las castas tradicionales de la política ciudadana y estímulo para pueblos incluso remotos, aunque bien presentes en el calidoscopio multiétnico de la capital del imperio.

Ni siquiera Suetonio, como es obvio, deja de lado la otra consecuencia de la hoguera, la de la inmediata sed de venganza: el asalto a las casas de los «libertadores» y el asesinato por error de Cayo Elvio Cinna. Episodio siniestro y significativo por su fulminante brutalidad, y que sólo en el relato suetoniano resalta con la debida claridad: «lo mataron porque el día antes había pronunciado un violento discurso contra César.[27] Llevaron por la ciudad su cabeza clavada en un asta».[28] El escarnio del cuerpo (de Cinna, pero una suerte análoga, en aquel momento de furor, le habría tocado también a los conjurados, si la muchedumbre hubiera logrado forzar la defensa militar con la que se habían protegido) era la respuesta instintiva a la violación colectiva del cuerpo de César, que los conjurados habían llevado a cabo.

5. Impresiona el carácter espontáneo de los motines en ocasión del funeral. Con su dirección y con sus palabras, Antonio había solicitado fuerzas que él mismo no tenía bien claro hasta qué punto podía secundarlas, y cuándo reprimirlas. Es evidente que los días de los ritos fúnebres en torno al cuerpo de César inclinaron la balanza a favor de los cesarianos, sobre todo a favor de Antonio, cónsul en funciones, que, después de los momentos de pánico, vuelve a la escena como consumado director. El cuerpo torturado de César le sirvió enormemente para invertir la situación.

Pero el hecho de que algunas manifestaciones espontáneas perdurasen y se ampliasen no habrá dejado de alarmarlo. El fenómeno más importante fue el del llamado «falso Mario». Este personaje singular, que pretendía ser hijo de Mario el joven, y por tanto nieto del gran Mario, gracias a esta ocurrencia se convertía también en pariente próximo de César, cuya tía Julia había sido mujer de Cayo Mario. Si fuera de veras hijo de Mario el joven, Amacio (como se llamaba «el falso Mario») sería primo segundo de César, el mismo parentesco que el de Sexto César, al cual el dictador le había confiado en el 47 la provincia de Siria, también él hijo de un primo de César. Este hombre,

que era un médico oculista,[29] probablemente de origen de esclavos, se había movido con habilidad y determinación. Durante la larga ausencia de César en España en el 45 a.C., muchas colonias de veteranos, muchos municipios e importantees *collegia* lo habían asumido como *patronus*, avalando sustancialmente o tomando por buenas sus pretensiones.[30] Incluso varias mujeres de la familia lo habían reconocido, excepto Accia, madre de Octaviano, y por obvias razones protectoras de cara a los posibles rivales de su hijo. De todos modos, Amacio logró acercarse al joven Octavio, que delegó toda la autoridad en César en tanto «jefe de toda la familia» y lo trató con mucha consideración.[31] Pero cuando César volvió de España lo hizo irse de Italia.[32] A la muerte de César, Amacio (que había conseguido en su día establecer una relación también con Cicerón)[33] volvió de nuevo a escena. E hizo del lugar donde había sido quemado el cuerpo de César el epicentro de su actividad.

Allí hizo instalar un altar y dio inicio al culto de César como divinidad. Así pues, fue —con el amplio consenso de la plebe urbana— el verdadero iniciador del culto del *Divus Iulius*. Traía consigo «a un grupo de bravucones armados con los que aterrorizaba a los asesinos de César».[34] Antonio, inesperadamente, tomando como pretexto las amenazas que Amacio profería contra Bruto y Casio, lo hizo arrestar y matar, sin proceso. Los miembros del Senado fingieron que se escandalizaban por el procedimiento ilegal —escribe Apiano—, pero en el fondo estaban contentos porque así, finalmente, Bruto y Casio recobraban la tranquilidad.[35] La eliminación de Amacio provocó una sublevación de sus secuaces, que contaban con un amplio apoyo de la plebe urbana y que, como es obvio, eran violentamente contrarios a Antonio. Éstos intentaron obtener que los magistrados consagrasen el altar que Amacio había hecho instalar en el lugar donde el cuerpo de César había sido quemado y que allí celebraran regularmente sacrificios a César. Fueron expulsados *manu militari*. Algunos de ellos descubrieron un fenómeno sintomático de los cambios que se estaban produciendo: algunas estatuas de César habían sido quitadas de los pedestales y eran destruidas en secreto en algunos talleres. Los secuaces de Amacio intentaron prender fuego a estos talleres. Pero la reacción de las tropas de Antonio fue durísima. Algunos fueron asesinados, los otros

capturados, «y todos los que resultaron ser exclavos fueron crucificados»,[36] los otros fueron dispersados. «Y así —comenta el historiador alejandrino, que aquí tal vez está utilizando las *Memorias* de Augusto—, […] por parte del pueblo, la gran pasión por Antonio se transformó en un odio indecible. El Senado gozaba, porque de otro modo no hubieran podido volver a estar seguros Bruto y sus acólitos.»[37]

XLII

EL VIENTO

Un pasaje de Livio, que proviene precisamente del libro 116 (el «retrato» final de César después del relato de su muerte),[1] ponía en tela de juicio toda la carrera cesariana. Séneca lo cita partiendo de un motivo singular, pero no carente de profundidad poética, el parangón con el viento: «Lo que se ha dicho corrientemente a propósito de Cayo Julio César, referido por Tito Livio —y esto es, que no se puede decir si hubiera sido mejor para la República que él hubiera nacido o en cambio que no hubiera nacido—, se puede decir también de los vientos.» No es verdad que fuera un juicio hostil, era un juicio de íntima incertidumbre: precisamente porque nadie condenaría sin apelación a los vientos, a pesar de que todos sepan el tormento que éstos pueden llegar a ser. Añade, en efecto, a propósito de los vientos: «si bien pueden perjudicar por culpa de quien los usa mal, no por ello dejan de ser, por su naturaleza, bienes: la providencia y aquel que ordenó el mundo, que es dios, han querido que el aire fuese agitado por los vientos y los han propagado por todas partes, para que nada se pudriera en la inmovilidad y no ciertamente para que nosotros llenásemos con soldados armados las flotas destinadas a ocupar un zona de agua y persiguiésemos al enemigo en el mar o del otro lado del mar».

Dentro de su profundidad, la comparación es en cierto sentido paralizante. Séneca se queda como al borde de una decisión que no logra tomar. Piensa, a través de la metáfora del viento, en el ciclón que representa César. Casi todas las expresiones que usa hablando de los vientos pueden referirse a la carrera política y sobre todo militar del dictador. Se advierte en aquel «mal uso» de los vientos que éste consiste en ir a buscar enemigos al mar o al otro lado del mar: lo que no deja de ser una referencia a la imprevista expedición a Bretaña, que a muchos les pareció inmotivada, la

clásica «matanza inútil», llevada a cabo —según algunos (ciertamente contrarios al activismo militar cesariano)—, por avidez de perlas.[2] Y asimismo se advierte en aquella alusión, aparentemente sólo meteorológica, a la utilidad de los vientos, un antídoto a la «corrupción» debida a la inmovilidad. Esto nos recuerda un «discurso de guerra», célebre en su época, del mayor filólogo alemán de 1914,[3] que señalaba en el inmovilismo y en la corrupción espiritual, derivados de la *pax Augusta*, la raíz de la decadencia, iniciada mucho tiempo antes, del Imperio romano.

Está comprobado, a pesar de las incertezas de la tradición manuscrita, que es con César, y no con Cayo Mario, con el que Séneca instituía, recurriendo a Livio, este sugestivo parangón.[4] Hay que señalar también que esta comparación entre César y el viento nos lleva a la raíz misma de la tensión intelectual y moral de la que nacen las *Cuestiones naturales*: la comparación entre el mundo histórico-político y el mundo de la naturaleza, insensato y a menudo incomprensible el primero, tranquilizador y merecedor de atento estudio el segundo.

Así pues, Tito Livio sellaba el retrato-balance de César con esta memorable sentencia, signo de íntima perplejidad. Si Augusto solía considerar a Livio «pompeyano»,[5] una de sus páginas que deben haberle confirmado tal opinión debe de haber sido ésta, tal vez la más importante y la más meditada de los ocho libros que Livio dedicó a la guerra civil cesariana. Las dobleces mentales del *princeps* eran tales que no podemos afirmar a ciencia cierta que, a tantos años de distancia de los hechos, un juicio de ese tipo le hubiera podido molestar de veras, aunque fuese tan incierto acerca de la función histórica de su padre adoptivo. Tal vez ni «pompeyano» era ya para él un insulto, visto que su creación constitucional podía parecer más próxima al papel de *princeps*-protector que Pompeyo había decidido construirse, que no a la dictadura que su padre adoptivo había creado, quedando al final aplastado por ella. Octaviano había comenzado como hijo devoto, y legítimamente vengativo, y jefe de partido que construye su fortuna sobre la grandeza y la herencia de Cayo Julio César; pero concluyó su largo camino de estadista como restaurador de la República y *princeps* constitucionalmente correcto y tenaz restaurador de las viejas costumbres. Así pues, el historiador bien podía dar ya un juicio

ambivalente sobre el hombre que había sometido a la República a cinco terribles años de guerra civil casi ininterrumpida y que no había dejado modelos practicables de reorganización del Estado. Augusto podía avalar, anque no lo compartiera, aquel juicio. Al menos para sí mismo habrá tenido la lealtad de reconocer que sin César él seguiría siendo sólo el hijo del oficial de caballería Cayo Octavio de Velletri. En cuanto a Livio, si se expresaba tan severamente respecto a César, ello se debía no sólo al tono distanciado y crítico con el que el provinciano de Padua miraba, en su conjunto, a los hombres de la guerra civil —recordemos el duro juicio sobre Cicerón, ¡potencial proscriptor![6]—, sino también a su angustia mental: Livio creyó verdaderamente, hasta que no tuvo una constancia personal y directa de lo contrario,[7] que Augusto había restaurado la República. Y desde esa perspectiva realmente la obra de César podía parecerle como una interminable y demasiado costosa crisis que había desembocado en un fracaso.

Pero a través de Séneca sabemos también otras cosas, que probablemente el filósofo había encontrado ya en Livio. Como es la de que aquella opinión, que él después elevaba a una vasta profundidad ética e historiográfica gracias a la comparación con el viento, era ya una opinión corriente («vulgo dictatum») antes que Livio la adoptase. En la conciencia que se había difundido, y a pesar de la popularidad hábilmente conquistada y durante largo tiempo defendida, César dejaba desconcertadas a las generaciones futuras: como ya a aquellos ciudadanos que, según Plutarco, al ver la retórica comitiva de los «liberadores-apuñaladores», sentían respeto hacia Bruto, pero, al mismo tiempo, conmemoraban a César. Aquel pueblo que, con escarnio anti-popular, Shakespeare representaba primero admirado frente al puñal ensangrentado de Bruto, e inmediatamente después llevado por la oratoria de Antonio al duelo por César.

¿Dónde estaba la raíz de aquella incertidumbre? No en la nostalgia por los valores que Bruto, el usurero estoico fundamentalista-republicano, defendía con lenguaje aburrido. El hecho de que «la mayoría», a la que César había destinado su hábil demagogia de altos vuelos, hecha de consignas y de donativos, y de ventajas concretas derivadas de las conquistas, llegara a plantearse si no habría sido preferible —admitiendo

que un razonamiento de este tipo tenga sentido— que aquel hombre no hubiese nacido nunca, tenía, probablemente, una raíz más profundamente humana: el coste en vidas que ocho años de guerras externas y cinco de guerras civiles habían comportado.

Aquel «libro negro», condensado en los cálculos de Plinio y de Plutarco, que sumaba millones y millones de muertos, pesaba: pesaba incluso en el juicio de los favorables y de los bien dispuestos. En aquellos costes en vidas humanas estaba el origen de aquella duda. Pero aquellos costes no eran suficientes para borrar la grandeza de las acciones y de las transformaciones realizadas. Después de la tempestad cesariana, la República no podía seguir siendo la misma, y no lo fue, a pesar de las alquimias «republicanas» de su hijo adoptivo. Tal vez en su dura pero realista valoración, aquellas transformaciones habían merecido tales costes: la resistencia opuesta por el viejo sistema, defendido por los héroesusureros, le había impuesto aquellas maneras despiadadas, que pocos años antes Sila había usado para garantizar el predominio de la *nobilitas* en la vieja ciudad-Estado.

Su límite, escribió un ensayista libertino francés del Seiscientos, estuvo en la *vasta hermosura* de la construcción por él anhelada. Este libertino, que había reflexionado largamente y bastante antes que Montesquieu sobre la historia de Roma, Charles de Saint-Denis, señor de Saint-Évremond, llamado más brevemente Saint-Évremond, enmarcaba así elegantemente su crítica de los últimos resultados de la obra de César en una disertación dirigida a la Académie Française contra la noción de «vastedad». Se inspiraba —por usar sus palabras— en la «fantasía» cesariana de «hacer la guerra a los partos cuando en cambio le convenía protegerse mejor de los romanos». Y de modo aparentemente paradójico coloca todos los actos de aquel «hombre de acción» bajo el signo de la *incerteza*. «En este estado de incerteza —escribe— en el que los romanos no eran ni ciudadanos ni súbditos, en el que César no era ni magistrado ni tirano, en el que violaba todas las leyes de la República sin saber establecer las suyas, confuso, perdido, disperso en las vastas ideas de su *grandeur*, tan incapaz de regular sus pensamientos como sus negocios, César ofendía al Senado y se fiaba al mismo tiempo de los senadores; confiaba en gente infiel, en ingratos, que,

prefiriendo la libertad a sus virtudes, decidieron asesinar a un amigo, a un benefactor, antes que tener un patrón. Alabad, pues, señores, el espíritu vasto: éste le costó a César el Imperio y la vida.»[8]

Al final de la *Segunda Filípica*, uno de sus discursos más duros, Cicerón traza este perfil de César:

> Tenía ingenio, espíritu crítico, memoria, cultura, fuerza de voluntad, previdencia y diligencia. Había llevado a cabo empresas de guerra, que aunque infaustas para la República, eran, sin embargo, grandes. Desde hacía muchos años aspiraba al reinado: al final, con un esfuerzo enorme y a costa de grandes peligros, realizó su propósito. Con donaciones, monumentos, distribución de riquezas y comidas públicas había conquistado el favor de las masas inexpertas. Había ligado los suyos a él con los premios que les concedía; y a los adversarios, asumiendo la máscara de la clemencia. ¿Qué más se puede decir? En parte con el terror, en parte contando con la resignación, había introducido en un pueblo libre el hábito a la servidumbre.[9]

Indiferente al hecho de que circulase desde hacía más de un año la *Pro Marcello*, Cicerón cierra la *Segunda Filípica* con una comparación entre César y Antonio, a favor, naturalmente, del primero, pero con un claro propósito de redimensionar la figura del dictador que hacía poco que había sido asesinado. El que hace de César es un verdadero retrato digno de los numerosos e inteligentes retratos que se encuentran con mucha frecuencia en la historia romana. No es, ni pretende serlo, una sectaria demolición: intenta ser ecuánime, sin hacer concesiones a aquellos temas que el *cliché* de la exaltación (al cual el mismo Cicerón contribuyó en la *Pro Marcello*) había impuesto. Incluso la clemencia, generalmente reconocida, se transforma aquí en «clementiae species»: una máscara; las conquistas militares son «grandes», pero «nocivas para el Estado»; las dotes personales son innegables, pero la verdadera pasión de toda esta inquietante existencia precozmente truncada había sido el *regnum* (es decir, lo más remotamente opuesto y execrable al ideal aristocrático de la *libera res publica*); el pueblo fue amansado por él y atraído con alicientes materiales y en gran manera demagógicos; ni siquiera los adversarios (o por lo menos una parte) se habían sabido resistir a su seducción multiforme. Pero falta en este retrato una acusación contra el muerto, una acusación que corrientemente estaba dirigida a los años juveniles de César: la de haber realizado, o impuesto, o bien sólo haber intentado imponer, el tradicional programa «revolucionario» del asalto a la riqueza: a cuyo cultivo César se había dedicado en la primera

parte de su carrera. No es ciertamente un silencio encubridor. Es un reconocimiento a la novedad, al carácter inédito, fuera de los esquemas conocidos, de la dictadura cesariana. Aquella novedad que había inducido a Plutarco (o a su fuente) a imaginar la escena de la afligida «confesión» de César en el Senado en tiempos de su primer y turbulento consulado: «Gritó que él de mala gana se dejaba arrastrar por el pueblo y secundaba sus impulsos, por culpa de la prepotencia y de la dureza opresiva del Senado.»[10] Asesinándolo, no se percataron de que habían eliminado al más lúcido y clarividente representante de su casta.

Apéndice 1

CÉSAR ESCRITOR

1. El relato de Suetonio

El más bello capítulo de historia literaria sobre César lo ha escrito Suetonio, que, hacia la mitad de la *Vida de César*, dedicó un copioso tratado a su obra de escritor y de literato, el cual citamos a continuación:[1]

55. Igualó o superó la gloria de los mejores tanto en elocuencia como en el arte militar.

Después de la acusación contra Dolabela[2] entró a formar parte, con todo derecho, de los abogados insignes.

De hecho, Cicerón, en el *Bruto*, nombrando a los oradores, dice: «No veo a quién debería ceder el paso César: tiene un modo de exponer elegante, brillante, y también, en cierto sentido, magnífico y generoso.» Y en una carta a Cornelio Nepote escribe acerca de él de este modo: «Dime, ¿a quién querrías anteponerle, incluso buscando entre los oradores que no se han dedicado a otra cosa? ¿Quién es más sutil que él y más rico de conceptos? ¿Quién usa expresiones más adornadas y elegantes?»[3]

César, de joven, parece ser que había tomado como modelo a Estrabón y en su *divinatio*[4] citó literalmente algunos pasajes, tomados del discurso *En defensa de los sardos*.

Pronunciaba los discursos, según dicen, con voz alta y penetrante, y sus gestos eran agitados y apasionados, pero no carecía de elegancia.

Nos quedan aún algunos discursos suyos,[5] si bien en algunos casos la atribución no es segura.

Augusto considera, con razón, que el titulado *En defensa de Quinto Metelo* no había sido publicado por él, sino recogido por algún estenógrafo que no conseguía seguirlo perfectamente mientras hablaba; y, de hecho, en algunas copias encontró la indicación *Escrito por Metelo* en vez del título *En defensa de Quinto Metelo*, aunque el discurso fuese de César en persona y en defensa propia y de Metelo contra los acusadores de ambos.[6]

El mismo Augusto consideraba muy atrevido atribuirle también el discurso *A los soldados en Hispania*, del que se han transmitido dos: uno que habría sido pronunciado con motivo del primer combate, y el otro en el siguiente; pero en este último, según afirma Asinio Polión, no había tenido siquiera el tiempo de pronunciar una arenga a las tropas por el imprevisto ataque del enemigo.[7]

56. Dejó también *Commentarii* sobre sus gestas en la guerra gálica y en la civil contra Pompeyo. Es improbable, sin embargo, que sea el autor de los que tratan de la guerra de Alejandría, y de los relativos a la africana y la española. Algunos los atribuyen a Opio y otros a

Hircio, el cual sería también el autor de la última parte del octavo comentario, incompleto, de la guerra gálica.[8]

Hablando de los *Commentarii* de César, Cicerón se expresa en el mismo *Bruto* de esta manera: «Escribió también unos *Commentarii* que son dignos de admirar: son desnudos, descarnados y bellos, despojados de todo ornamento oratorio, como un cuerpo de su vestido. Pero, queriendo ofrecer a otros el material para escribir la historia, quizá les hizo un favor a los ineptos que deseen adornarlo con tirabuzones artificiosos, pero a los sanos de mente los disuadió de escribir.»[9]

Así escribe Hircio, refiriéndose a los mismos comentarios: «Son tan loados universalmente que parece que quieran quitar y no ofrecer a otros la ocasión de escribir sobre el mismo argumento. Pero yo sé también con cuánta facilidad y rapidez fueron escritos.»[10]

Asinio Polión, en cambio, los considera escritos con descuido, y con poco respeto por la realidad. «De hecho —dice—, en muchos casos César se fió con ligereza de las empresas referidas por otros, y en cuanto a las propias, las describió en modo inexacto, bien con un propósito deliberado o bien por un fallo de memoria, y creo que las habría querido reescribir y corregir.»

César dejó también dos libros *Sobre la analogía*, otros tantos de un *Anticatón*, y además un poemita, *El viaje*.

Escribió la primera de estas obras durante la travesía de los Alpes, mientras desde la Galia Citerior regresaba al mando del ejército, después de haber obtenido el cargo de magistrado.

La segunda fue escrita más o menos en la época de la batalla de Munda; la última cuando desde Roma llegó a España en veintitrés días.

Conservamos también las cartas que dirigió al Senado, cartas que él fue el primero en replegar en páginas, como si fueran libretas de notas, mientras que hasta entonces los cónsules y los magistrados mandaban los folios escritos por entero, en toda su extensión.

Se conservan también cartas a Cicerón y a los familiares sobre cuestiones domésticas. En estas últimas, cuando quería decir algo secreto o reservado, lo ponía cifrado, es decir, cambiando el orden de las letras, de tal modo que quitaba todo significado a las palabras. Quien quiera examinarlas y descifrarlas no tiene más que cambiar la cuarta letra del alfabeto, la *d*, por *a* y seguir así con las otras.

Se recuerda que […] de joven escribió algunas obrillas, como un poemita, *En alabanza de Hércules*,[11] una tragedia, *Edipo*, y también una *Colección de sentencias*.

Augusto prohibió la publicación de estas obrillas con una brevísima y seca carta a Pompeyo Macro, que estaba encargado de ordenar las bibliotecas.[12]

2. La «fábrica» de lo falso

Augusto negaba la autenticidad de los discursos cesarianos titulados *Apud milites in Hispania*. Suetonio, al que debemos esta información, no nos dice con qué argumentos Augusto sostenía su sentencia negativa; en cambio, pasa inmediatamente a un detalle que le parece, con razón, que es importante: y es que, de los dos discursos que circulaban con aquel título, «uno se presentaba como pronunciado en la primera batalla, y el otro en la segunda». También Suetonio, al dar su opinión deja traslucir su escepticismo

acerca de la autenticidad de aquellos discursos («*casi* como si hubiera sido pronunciado, etc.») y expone sólo los argumentos con los que un protagonista de la guerra como Asinio Polión ponía en duda la autenticidad del *segundo discurso*: «Asinio hacía notar que en la segunda batalla, César no tuvo ni siquiera el tiempo de dirigir una alocución a los soldados, porque todo comenzó con un ataque por sorpresa del enemigo.»

No comprendemos el interés que podía tener Augusto para declarar falsos los discursos *Apud milites in Hispania*, ni, por otro lado, quién habría tenido interés en inventar tales discursos. En esta ocasión se verificaba algo que era bastante inusual: y era que estuviese de acuerdo con Octaviano precisamente Asinio y que aportase también él un argumento en contra, al menos en contra del segundo de los dos *Discursos* a las tropas: «no había habido —decía Asinio— ni siquiera el tiempo de dirigir una alocución a las tropas, dado el imprevisto ataque enemigo». Pero si se trataba de una falsificación,[13] el falsificador debía perseguir algún fin. Con su falsificación —como se puede sospechar— él había molestado tanto a Augusto como a Asinio.

Pero ¿qué empedernido falsario se podía haber dedicado a elaborar un discurso cesariano, tanto para la primera como para la segunda batalla, libradas a pocos días de distancia?

El drástico juicio negativo del *princeps* suscita sospechas. Tal vez estaba insatisfecho por el silencio del texto sobre su propia participación en el histórico acontecimiento. O tal vez para Octaviano se trataba, simplemente, de confirmar su propia y directa experiencia en aquella campaña, y demostrar de ese modo que él recordaba lo que «efectivamente» había sucedido. En cuanto a Asinio, quizá también él tenía motivos para estar insatisfecho del contenido. También para él existía el problema de afirmar, con alguna razón más, su propia presencia en España en la circunstancia decisiva de la campaña de Munda. La «cancelación» de su presencia, que ya había hecho también el autor del *Bellum Hispaniense*, tal vez se confirmaba en aquel falso discurso que —según él— no podía haber sido ni siquiera pronunciado.

La «industria de lo falso» había comenzado muy pronto en torno a César y se desató fácilmente después de su desaparición. Es suficiente pensar en la controversia infinita sobre los *acta Caesaris*. La verdad es que el término «falso» plasma sólo hasta un cierto punto el fenómeno. No hay que olvidar que alrededor del dictador hubo, en la paz y, sobre todo, en la guerra, un eficiente servicio de estenógrafos (que un pasaje de Suetonio sobre la capacidad de César de practicar el dictado simultáneo de más de un texto nos muestra eficazmente manos a la obra).[14] Esto significa que se han conservado, en el archivo del dictador, muchísimos apuntes, documentos, redacciones estenografiadas de sus discursos, directivas, mensajes, y, claro está, informes de otros a él, cartas de menor importancia de las que ya no era fácil reconstruir la proveniencia, etc. Acerca de sus disposiciones políticas, que le habían sido entregadas a Antonio en cuanto colega suyo en el 44 y sobreviviente al atentado, se había abierto una discusión que no concluyó nunca y Antonio, con o sin razón, fue sospechoso de haber rellenado *ad libitum* aquellas *acta Caesaris* con disposiciones que le convenían a él.[15] Precisamente, a través de Suetonio (*Augusto*, 68) venimos a saber que Marco Antonio y su hermano Lucio habían concentrado su polémica precisamente sobre el risible momento español de los «inicios» de Octaviano. Nos preguntamos si este material «cesariano» de la guerra en España, al menos en parte, no provendría de los *scrinia* de Antonio.

3. Carácter de los *Commentarii* y génesis de los *Supplementi*

Es evidente que César había intentado construir una serie única de *Commentarii*. La restitución de su autoría al octavo comentario de la *Guerra gálica* (excepto los capítulos finales, que comienzan con «scio Caesarem», etc.)[16] muestra todavía con más evidencia que César pretendía hacer una serie ininterrumpida de «Memorias». El hecho de que el libro I de la *Guerra civil* comience *ex abrupto* —ateniéndose a la división por años— con «Litteris C. Caesaris consulibus redditis» significa que César se proponía colmar el hiato entre el libro VIII de la *Guerra gálica* y el libro I de la *Guerra civil, pero no había tenido tiempo de hacerlo*: una prueba evidente es que dejara los *Commentarii* de la *Guerra civil* de forma incompleta (en

ocasiones, mezclados con materiales e informes de procedencia ajena,[17] como probablemente lo son los capítulos sobre Curión al final del libro II). Había querido ir anotando poco a poco el desarrollo de la guerra civil, comenzando, como siempre, desde el inicio del año. Es probable (a juzgar por la riqueza de detalles de los capítulos iniciales de la *Guerra civil*) que tuviese intención de ofrecer del creciente conflicto con el Senado un tratado bien distinto de aquellos sumarios y esquemáticos capítulos que el anónimo redactor había dejado caer al final del octavo comentario. Entre otras cosas, para él debía de ser embarazoso decidir *qué continuación dar a tal relato*, visto que, en rigor, ése no entraba ni en la guerra gálica ni en la «civil»: y se daba cuenta de la importancia de dar su versión de un modo apropiado y eficaz sobre un problema que le había afectado profundamente, sobre una polémica cuyos resultados eran de enorme importancia para el desarrollo futuro. El redactor de los capítulos añadidos al final del octavo comentario había preferido atenerse a lo esencial. César habría revalorizado cada detalle, incluso retroescénico, que fuera útil a su propaganda. Pero no tuvo tiempo de tomar una decisión y de ponerla en práctica.

La opinión corriente, fundada en aquel ingenuo *pastiche* que constituye la llamada *Epistola a Balbo*, según la cual todo el libro VIII de la guerra gálica sería de Hircio, el cual, en aquella carta, incluso llegaba a declararse autor de una gran parte del *corpus*, es insensata, entre otras cosas porque da vida a un continuador de César que se *declaraba autor* de *Commentarii* destinados a circular junto con los del dictador. Comportamiento presuntuoso e inconcebible para el *entourage* militar de César en particular. Eso contrastaría netamente con lo que realmente hicieron los autores de las integraciones al *corpus* (los llamados tres *Bella*): los cuales, de hecho, habían mantenido el anonimato con el general consenso del círculo cesariano en cuyo ámbito se preparó la edición completa. Y, de hecho, de Suetonio, que tenía acceso a fuentes de primera mano, y por el modo en que se expresa, nos damos cuenta de que aquellos «Suplementos» fueron «anónimos» *desde el primer momento*, *nacieron* anónimos. Nadie habría tenido nunca el mal gusto de mostrarse como el viceCésar, y menos que nadie Hircio. Parece casi increíble que la disparatada *Epístola a Balbo* haya

tenido durante tanto tiempo tan devastadores efectos en perjuicio de la exacta comprensión del *corpus* cesariano, de su estructura y de la forma de la composición adoptada por César.

Es reveladora la declaración de total incerteza que da Suetonio acerca de la atribución de los «Suplementos» al *corpus* cesariano. Suetonio, como se deduce claramente de aquel fundamental capítulo, trabajaba en el más rico y documentado archivo: el del *princeps* (y en su biblioteca), donde estaba recogido el legado completo cesariano con los documentos correspondientes; por ejemplo, la carta de Augusto a Pompeyo Macro sobre la censura que se debía imponer a la creación juvenil de César. Y desde esta posición envidiable, Suetonio —que dispone de enteros epistolarios de la época, desconocidos para nosotros (y tal vez ya para los estudiosos que lo precedieron)— escribía: «en cuanto a los tres *Bella*, sólo podemos hablar de *incertus auctor*; las atribuciones a Opio y a Hircio son meras hipótesis; el nombre de Hircio se pone de relieve porque *sería* también el autor del suplemento perteneciente al último libro del *De bello gallico*, dejado incompleto por César».

Es pues una declaración que no deja espacio a ninguna certeza, y que sobre todo amplía la duda también al *supplementum* al octavo libro de la *Guerra gálica*. También en esta ocasión el nombre de Hircio se da únicamente a nivel de conjetura. Que «suppleverit» debía entenderse en el sentido de «habría integrado [el último comentario de la *Guerra gálica*]» queda claro también por el *sentido general de aquella frase inicial*, que es: «sólo la atribución de la *Guerra civil* y de la *Guerra gálica* es segura, todo el resto es incierto».

Merece atención también el tono con que Suetonio introduce la información sobre el resto del *corpus*. La entonación alude a una discusión: «César nos ha dejado la *Guerra gálica* y la *Guerra civil*, *nam Alexandrini* […] *incertus auctor est*.» Este nexo significa: «son inútiles en efecto los esfuerzos de atribuirle todo el resto (aparte de la *Guerra gálica* y la *Guerra civil*); la única cosa que se puede decir es que *incertus auctor est*».

4. El «Diario del estado mayor»

El *corpus* cesariano proviene de un *Diario del estado mayor* redactado por varios. Esto resulta bien claro en la parte que ha quedado incompleta: la *Guerra civil*. Es un «diario» que tuvo que ser escrito durante los acontecimientos, en algunas partes bajo dictado de César, y en otras partes escrito por los comandantes interesados. Esto explica el carácter aproximativo de la división en *Bella*. En la *guerra de Alejandría* hay toda una parte (capítulos 34-64) que se refiere a otros campos de operaciones (Ponto, Iliria, España), lo que hace incongruente el título.

En la *Guerra civil* se pueden señalar las siguientes aportaciones externas:

a) Descripción del asedio de Marsella en el libro II (obra técnica de un oficial del «genio» militar del ejército cesariano).

b) II, 24-33 son obra de Curión; II, 34-43 de otros (II, 32: discurso de Curión en *oratio recta*. ¡Esto es el colmo!: ¡César se expresa siempre en *oratio obliqua*!).

En la *Guerra de África*, el redactor insólitamente emplea el discurso directo (cap. 22: discurso, imaginario, de Catón al hijo de Pompeyo). Dado que esto contradice la norma aplicada por César, es evidente que la presencia de un discurso directo de Curión (*Guerra civil*, II, 23) constituye una notable confirmación de la procedencia no cesariana del relato que se ocupa de la campaña de Curión. No se ha de pensar necesariamente que aquel relato haya sido *escrito* por Curión del modo como ha llegado hasta nosotros: es completamente inadmisible también la intervención de un redactor.[18]

La narración en tercera persona *predisponía* la obra a incrementos y añadidos de otra procedencia: César había previsto incluir en el cuerpo de los *Commentarii* partes provenientes de sus colaboradores.

5. Génesis del «corpus» cesariano

La división en *Bella* es inapropiada en lo que respecta a la llamada *Guerra de Alejandría*. Mientras que las otras dos (*Guerra de África* y *Guerra de España*) tienen lugar en el único teatro de operaciones al que se alude en el título, la *Guerra de Alejandría*, por el contrario, es muy análoga, desde el punto de vista de la *pluralidad* de los teatros de operaciones, a la *Guerra civil* (= *BC*). Además, incluye también la campaña contra Farnaces, que tuvo lugar en un lugar distinto y que mereció un triunfo aparte. El título es inapropiado[19] y la narración se desarrolla coherentemente respecto a *BC* III. Es probable, además, que, al menos la narración relativa a Alejandría (caps. 1-33), se deba en parte a César, si se consideran de César los capítulos 103-112 del tercer comentario de la *Guerra civil*, que tienen lugar en Egipto y se adentran en el conflicto alejandrino (hasta la muerte de Pothino).

Es lógico que nos preguntemos si los capítulos finales (6579), al menos en parte, no se deban a César, *al menos en lo que concierne a la declaración de los motivos de sus decisiones sobre la reorganización de Oriente*. La conclusión que se adopta es, justamente, la del regreso a Italia.[20] Así pues, no hay interrupción desde el inicio de *BC* hasta el final de este libro llamado alejandrino. Por el contrario, la *Guerra de África* da inicio al relato *desde la nueva partida de César*, del Lilibeo a África (25 de diciembre 47 = 9 de octubre del 47). Y omite el período transcurrido en Roma, en contraste con los libros de la *Guerra civil*, donde, en cambio, César refiere también *lo que hace en Roma* (I, 32-33), o lo que sucede en Roma en su ausencia (III, 20-22). A su vez, la *Guerra de África* termina con el regreso de César a Roma (de fines de mayo del 46 a fines de julio del 46) y la *Guerra de España* comienza desde la nueva partida y omite el período de gobierno en Roma (hasta octubre-noviembre del 46).

Así pues, es en la *Guerra de África* y después en la *Guerra de España* donde la estructura narrativa cambia, no en la *Guerra de Alejandría*, que todavía forma parte integrante de los *Commentarii* relativos a la guerra civil.[21] Incluso en la función propagandística: de hecho, la versión de la implicación de César en el conflicto de Alejandría que se proporciona aquí es claramente partidista, e intenta demostrar que no había otra posibilidad de poder salir de la trampa alejandrina: 1. César no podía hacer otra cosa que

perseguir a Pompeyo hasta Egipto. Es más, había sido una sagaz intuición pensar en la posibilidad de que Pompeyo se dispusiera a reorganizar la lucha desde Egipto.[22] 2. No podía imaginarse el golpe de teatro de encontrar a Pompeyo asesinado. 3. Por otra parte, se había lanzado en su persecución con una legión, pocas naves y 900 jinetes para atacar al improviso a Pompeyo, fugitivo, antes de que reorganizase un ejército. 4. En Alejandría fue bloqueado por los vientos etesios (107, 1). 5. En cuanto cónsul en funciones, *tenía que* avocar hacia sí la controversia en curso en Egipto por el enfrentamiento dinástico (107, 2). 6. Pero había intuido rápidamente el peligro y había ordenado la venida inmediata de otras legiones suyas «ex Asia» (107, 1). 7. Y cuando se llegó a la guerra con Aquila y sus tropas (109-112) había mandado llamar «a toda la flota de Cilicia y de Siria» (*Guerra de Alejandría* 1,1).

La operación llevada a cabo por quien compuso el *corpus* fue la de separar la última parte de *BC* (= actuales *Guerra de Alejandría*, 1-33) haciendo de hecho un torpe *Bellum* autónomo, en analogía con los dos *Bella* (*Africum* e *Hispaniense*), que éstos sí habían nacido como *supplementa* a la serie de los *Commentarii*.[23] El «corte» se hizo allí donde César había escrito «bello conflato»; al final de *BC* III fue añadida la frase «haec initia belli Alexandrini fuere»; y además «Alexandrino» a «bello» al inicio del sucesivo relato.

Es significativo que una parte de la tradición haya seguido omitiendo la frase añadida al final de *BC*, III, 112.

Tanto la *Guerra de África* como la *Guerra de España* terminan con «César regresa a Italia». Así pues, precisamente en base al final (*Guerra de Alejandría*, 78, 5: «in Italiam venit») se realiza la operación de «separar» una sección de *BC* y crear una *Guerra de Alejandría* que trata, en cambio, en su mayor parte, de otras campañas.

El que decidió separar la *Guerra de Alejandría* de *BC* quería dar a *BC* el sentido limitado de guerra contra Pompeyo: las otras eran guerras «externas». Es un punto de vista de ambiente cesariano (y se adecua al tipo de triunfos que César celebró después de Tapso), que tiende a reducir la impresión embarazosa de una guerra civil interminable, que se detiene sólo con la muerte de César, incapaz, evidentemente, de lograr una pacificación

duradera. Un planteamiento que está en las antípodas del de la *Epístola a Balbo*, cuyo autor afirma que ha proseguido los *Commentarii* «no ya hasta la conclusión de la *civilis disensio, de la que no vemos todavía el fin*, sino de la vida de César». Aquel autor tiene, como Suetonio y Livio,[24] la idea de una guerra civil cesariana ininterrumpida, que prosigue aún después de la muerte de César. Al contrario de los que han intentado delimitar al máximo el *Bellum civile* e «hinchar» las guerras «externas» (los *Bella*, presentados como *algo distinto* respecto a los *Commentarii de bello civili*).

6. Origen «augusteano» de la estructura final del «corpus» cesariano y sus implicaciones

Es oportuno preguntarse acerca de la eventual procedencia del *entourage* de Octaviano[25] de la estructura «final» del *corpus* cesariano:[26] Suetonio nos proporciona una amplia información sobre el cuidado meticuloso que Augusto había puesto en la «selección» del legado cesariano: qué mostrar como suyo y qué declarar falso (*César*, 55-56). Naturalmente, ser conscientes del hecho de que probablemente ha habido una organización «augusteana» de este importante legado comporta que se hagan algunas deducciones: el anonimato de los *Suplementos* era la única forma aceptable para el «heredero» (no debían existir otros «herederos» en ningún plano); esto hace que sea todavía más impensable que Octaviano hubiera dejado *dentro* del *corpus* cesariano, incluso en el interior del *Bellum gallicum*, una contribución de Hircio (que pudo incluso haber sido eliminado por él en la turbulenta confusión de la guerra de Módena,[27] un personaje, además, que se había metido en la guerra por el Senado y en apoyo de Décimo Bruto).

Si, como parece obvio, hubo una «mente» que «reguló» el *corpus*, y fijó su estructura y la unidad, y garantizó su conservación, es igualmente obvio que no habría dejado dentro una parte «prefactoria» (que pretende *orientar* al lector), como es precisamente el caso de la *Epístola a Balbo*, que habla de una organización *distinta de aquella en la que tal «prefacio» se encuentra*.

7. La propaganda cesariana en la «Guerra civil»

En sus escritos, César aparece solamente como un hábil caudillo republicano particularmente interesado en demostrar la responsabilidad de otros en la violación de la legalidad y la propia corrección constitucional para predisponer una reacción. Desde este punto de vista, los capítulos *políticos* del *BC* están en perfecta sintonía con las cartas de César a Cicerón y a Opio y a Balbo, de las que conservamos algunas copias en el epistolario ciceroniano *ad Attico*. Ciertamente, tal planteamiento «legalista» es intrínsecamente ambiguo: puede implicar también que aquella legalidad había sido *irreparablemente* infringida después de que sus mayores paladines la habían violado.

Pero ¿por qué siente la necesidad, después de haber vencido, de afirmar aquella retrospectiva presentación de los hechos en el plano de la legalidad? ¿A quién estaba destinada aquella apología? Evidentemente, a una elite dominante todavía firmemente influyente.

Apéndice 2

LA OTRA VERDAD: ASINIO

1. Asinio escribió poco después de Accio,[1] por tanto, unos veinte años después de estallar la guerra civil cesariana, y sin embargo se contraponía al relato cesariano escrito a raíz de los hechos.

Es posible que también él, Asinio, hubiera tomado notas a raíz de los hechos, y que las reutilizara años después. Un «personaje» que *se siente tal*, lo hace porque participa, desde una posición elevada, en acontecimientos de amplia resonancia. En tiempos de guerras civiles eso es todavía más frecuente.[2] Además de las anotaciones diarias, estos personajes también han debido de escribir cartas a familiares y amigos en las que describían acontecimientos de los que querían hacer saber que habían sido testigos. Un ejemplo concreto es la carta de Sulpicio Galba a Cicerón, que contiene la crónica de la batalla de Forum Gallorum, a mediados de abril del 43.[3] Una carta de este tipo no debe de haber constituido un caso aislado en la praxis de aquellos políticos. La única que tenemos de Galba la conservamos porque había confluido en la colección ciceroniana (que por razones políticas fue publicada, aunque esto no fuera algo habitual).[4] A Asinio mismo lo conocemos *directamente* gracias a las tres cartas enviadas a Cicerón en marzo-mayo del 43 (*Epístolas a los familiares*, X, 3133). Y, entre otras cosas, en la primera de ellas le proporciona a Cicerón (16 de marzo del 43) una síntesis de las decisiones tomadas seis años atrás.

Las *Historias* de Asinio eran un serio atentado a la «vulgata» cesariana, o mejor dicho, a la verdad puesta en circulación por los *Commentarii*. Parece claro que uno de los instrumentos de tal corrección había sido el de citar exactamente lo que César había dicho en determinadas circunstancias de particular importancia: palabras indicativas que *desvelan* los motivos reales de sus decisiones, mucho más que las crónicas dadas por él mismo

con tanta prodigalidad. En dos casos, las fuentes que dan cuenta de estos «dichos cesarianos» se los atribuyen, explícitamente, a Asinio Polión: al pasar el Rubicón, y ante los vencidos de Farsalia.[5] Es muy probable que también los otros dichos provengan de sus *Historias*, visto que son todos del período de la guerra civil: el irónico juego de palabras «ejército sin generales» y «generales sin ejército» (dicho respectivamente de las legiones de Afranio y Petreyo en España y de las tropas de Pompeyo ya en Grecia);[6] «no sabe vencer» (dicho de Pompeyo que no sabe aprovecharse de los éxitos conseguidos en el Adriático).[7] Y también en el capítulo precedente había un juicio de César sobre Pompeyo, aunque no referido literalmente, una vez más a propósito de sus dotes de general («había conseguido la gloria enfrentándose sobre todo a enemigos poco temibles»). Existe incluso una coherencia entre estas tres citas: casi un «breviario» de la opinión militar de César acerca de sus adversarios.

2. Asinio se mostraba crítico respecto a los *Commentarii* cesarianos, evidentemente en aquellos pasajes donde narraba los mismos hechos. El juicio severo sobre la credibilidad de los *Commentarii*, con la hipótesis anexa de que Cicerón habría intervenido corrigiéndolos, encuentra confirmación de modo particular en los lugares donde más claramente (o por primera vez) Asinio *desmentía* el relato cesariano: por ejemplo, en la reconstrucción de la penosa decisión cesariana de iniciar la guerra civil.

De la propia decisión tomada a principios del 49, César hablaba, de hecho, como de una natural y prolongada legítima defensa, en la que el paso de la provincia a Rímini era casi imperceptible, y de todos modos no había constituido un problema; y astutamente proseguía con el diálogo con Léntulo Espínter,[8] que constituye otro manifiesto propagandístico de César.

Asinio, en cambio, insiste sobre aquel episodio con muchos detalles y citas literales de los *verba Caesaris* dichos en aquella ocasión, y destaca sobre todo la *conciencia por parte de César del enorme riesgo* y de los verdaderos motivos de su decisión, además de su indecisión *in extremis*.

Asinio se pone a escribir cuando ya había terminado también Antonio. Entonces rememora todo el ciclo de las guerras civiles vividas o vistas por él. Y «periodiza», estableciendo que el primer triunvirato y consulado de César constituye el primer paso hacia la guerra civil. En esta periodización hay un juicio histórico sobre las responsabilidades: *el conflicto ha surgido con motivo de la vía de ilegalidad emprendida entonces* (y potenciada por el consulado cesariano). Lo cual es congruente con aquella detallada reconstrucción del paso del Rubicón,[9] así como, en general, con la demolición de los *Commentarii* cesarianos como fuente: *Commentarii* que, en cambio, constituyen una parte primordial de la manipulación cesariana.[10]

3. Otro ejemplo. Asinio Polión señalaba la ayuda aportada por Hircano y por los judíos a César cuando se encontraba en dificultades en Alejandría. Por tanto, integraba/corregía también en este punto el relato de los *Commentarii* (en este caso, de la *Guerra de Alejandría*). Estrabón usaba y citaba —en sus *Historias* conservadas sólo en fragmentos— las *Historias* de Asinio para testimoniar este dato. Es un detalle muy valioso, lamentablemente ignorado en las recopilaciones de la obra fragmentada de Asinio. Es digno de consideración el procedimiento «moderno» de Estrabón, que cita sus fuentes historiográficas. Flavio Josefo,[11] todavía más moderno, cita *verbatim*, tanto los autores como los documentos.[12]

Los *Commentarii* (con la mediocre continuación de los *Bella*) se han conservado por la fuerza del nombre de César en la historia de la tradición. El de Asinio, en cambio, parece haberse perdido pronto.

4. Asinio, como sabemos, ponía crudamente al descubierto las razones personalistas del estallido de la guerra civil y, de hecho, le daba a César la culpa. Afirmaba que había podido escuchar las palabras pronunciadas por César «frente al campo de Farsalia cubierto por los cadáveres de los vencidos».[13] César habría dicho: «¡Lo han querido ellos! Si yo, Cayo César, después de haber llevado a cabo tantas empresas, no hubiera recurrido a la ayuda de mis soldados, ¡me habría visto condenar!»[14] Plutarco refiere la misma declaración y afirma que la había tomado de Polión: τοῦτ’

’εβουλὴθησαν, είς τοῦτο μ’ άνάγχης ύπηγάγοντο ἵνά Γάϊος Καῖσαρ ό μεγίοτους πολέμους χατορθώσας εί προηχάμην τὰ στρατεύματα χὰν χατεδιχάσθην.[15] El griego no coincide con el latín, y, sin embargo, Suetonio sólo pudo haber reproducido el modelo como hizo en los demás casos. Creo que las palabras referidas por Plutarco deben entenderse así: «Me han puesto en una situación de necesidad en la que (ἵνά) yo, César, que he conseguido tantas victorias, habría sido incluso condenado por un tribunal en el caso de que hubiese licenciado a mis tropas.»

Plutarco da una noticia posterior, desgraciadamente expresada de manera confusa, tal vez por culpa de la tradición manuscrita.[16] Se trata de que César había dicho aquellas graves palabras *en griego*, pero él, Asinio, las traducía al latín.[17] No era una nota irrelevante, ni puramente «filológica» por parte de Asinio. Está claro que, hablando en griego, César se hacía entender sólo por una elite de su *entourage* (de la que Asinio había reivindicado formar parte). Es fácil entender el porqué de haber optado por una comunicación «elitista»:[18] con aquellas palabras, César ponía de manifiesto las razones personales por las cuales había llevado a todo el Estado, es más, al orbe romano, al infierno de la guerra civil: ¡*para evitar ser arrastrado ante un tribunal por sus enemigos*! Por otra parte, salvando las distancias, también Asinio había elegido el campo cesariano por razones personales, como explicaba a Cicerón, reconsiderando retrospectivamente aquella decisión en el 43, cuando ya había muerto César y otros potentados hacían su aparición (*Epístolas a los familiares*, X, 31). También en este caso la «revelación» de Asinio corregía las palabras y el tono de César, el cual en los *Commentarii* aducía dos motivos para explicar la ruptura de la que había sido protagonista: la defensa de los derechos de los tribunos y su *dignitas* («ait se haec omnia facere dignitatis causa», así parafrasea Cicerón una carta de César). Pero en palabras más claras, la *dignitas* podía también significar no ser llevado ante un tribunal con la certeza de ser aplastado y destruido por una justicia descaradamente partidista.

5. La opinión de Asinio sobre los *Commentarii*, considerando el largo tiempo transcurrido, se extendía de hecho también a los de la guerra civil. Suetonio[19] crea un equívoco en cuanto pone en el mismo plano a Cicerón, que habla en el *Bruto* sólo de los *Commentarii de bello Gallico*[20] y Polión, que habla de hecho de todo el *corpus* (visto que aquellas palabras deben de provenir de las *Historias* compuestas entre el 30 y el 25, por tanto, cuando era disponible todo el *corpus*).

Los *Commentarii*, según Asinio, eran defectuosos en dos planos: *a*) «parum diligenter»; *b*) «parum integra veritate compositos [putat]»; de hecho: *a*) «pleraque et quae per alios erant gesta temere [credidit] [= parum diligenter]»; *b*) en cuanto a las acciones llevadas a cabo por él personalmente, dio cuenta de ellas («edidit») de un modo falso, o bien intencionadamente o tal vez por «lapsus memoria».

Por eso, concluía, no sin un toque de magnanimidad —algo que bien poco le costaba—, «[si hubiera vivido] los habría reescrito [en cuanto a las partes de los otros] y corregido [en cuanto a los errores de diverso origen]». Una afirmación que podría ser también el reflejo de una confidencia de César.

«Rescripturum fuisse» debería de referirse a lo que César creyó de lo que le refirieron otros, y por tanto afecta también a los «relatos de otros» que constituyen las integraciones anónimas en el *corpus*, que, por lo demás, probablemente circularon en su mayor parte bajo el nombre de César (como podemos deducir de las *subscriptiones* que se han conservado), o eran rigurosamente anónimas desde su origen, como se desprende de Suetonio.[21]

Asinio corregía datos no carentes de importancia: acerca del inicio de la guerra civil, de las circunstancias del paso del Rubicón, del momento en que los tribunos que huyeron de Roma habían sido mostrados por César a las tropas. Dejaba claro el carácter *aventurado* de aquel inicio —lo que es congruente con las palabras con las que explicaba a Cicerón las razones que lo habían hecho ir a parar a aquel campo en enero del 49: también la escena de César a punto de perderse en el bosque la víspera del paso del Rubicón contribuía a dar con claridad un cuadro de lo aventurada que era aquella decisión que muy pronto se convirtió en ferozmente fratricida—. Asinio desmontaba los teoremas con los que César pretendía «explicar todo» al

principio de la *Guerra civil*. Por ello, no es extraño que Asinio diera *otros* detalles también sobre la inesperada salvación del dictador en Alejandría: y no hay que excluir que la indicación de la presencia de los judíos en el contingente que salvó a César del desastre no implique un intento de desvalorización (o peor aún) por parte de Asinio, tal vez poco compasivo con aquel pueblo irreductible a la romanización que suscitaba la antipatía de su amigo Horacio. (También es cierto que el oficial del estado mayor cesariano que redactó *Guerra de Alejandría*, 26 y ss., con la intención, claro está, de hacer brillar más la posición cesariana, había considerado conveniente eliminar la aportación judía a la salvación del «dictador».)

«A Polión podía haberle sentado mal el hecho de que su nombre no figurase para nada en la campaña de África, en la cual él había tomado parte.»[22] ¡Pero ésta podía ser una razón de resentimiento más bien hacia el autor de la *Guerra de África*! Pierre Fabre, que señala este silencio, se plantea incluso una «rivalidad literaria» entre Asinio y César, rivalidad que habría contribuido a «acentuar el tono desfavorable» del juicio de Asinio en relación con los defectos de los *Commentarii* cesarianos.[23] Se puede observar que, en realidad, Asinio estaba presente en el campo cesariano ya durante el paso del Rubicón y después hasta el final de la campaña que concluyó en Farsalia, y, sin embargo, César no cita nunca su nombre en *BC*. Ciertamente, no habrá brillado en particulares empresas memorables y tal vez no habrá desempeñado cargos reconocidos. Pero, al parecer, tampoco los tenía durante la campaña de África del 47-46.[24] El hecho indudable es que la presencia de Polión fue ignorada en todo el *corpus* cesariano, de una punta a la otra, y que en cambio, todas las veces que Asinio asoma la cabeza en las fuentes que dependen de él aparece precisamente en el papel de quien hace resaltar su propia presencia en el curso de la guerra civil, sobre todo en momentos decisivos,[25] y su propia función en ellos.[26] Así pues, es evidente que en su obra histórica Asinio se enfrentaba al relato cesariano, y lo juzgaba severamente, y lo corregía, entre otras cosas también *para restituir a su propia persona la función que consideraba que le correspondía*, y que le parecía que había sido ofuscada sin razón en el relato cesariano y en el de los colaboradores del dictador que habían completado la recopilación de memorias bélicas.

6. Asinio rectificaba asimismo la noticia según la cual César había hablado a los soldados antes de la segunda batalla en la campaña de Munda.[27] También en este caso se trataba de una *rectificación* de algo que se encontraba en el legado cesariano: los discursos de la guerra en España. En este caso —igual o más que en la campaña de Tapso—[28] Polión podía estar orgulloso no sólo de haber estado muy cercano a César, sino de haber sido gratificado después, precisamente con el gobierno de aquella provincia (la España Ulterior): lo que era como decir que era el hombre al que César había entregado España después de aquella durísima batalla, y, por consiguiente, aquellos que habían hablado de aquella campaña sin mencionar su nombre eran unos imperdonables falsificadores. Debe de haber habido una razón muy importante para esta tenaz obra de rectificación a la que Asinio se ha dedicado: y no puede considerarse casual el que tanto en el *Bellum Africum* como el *Hispaniense* —ambos posteriores en el ámbito del *corpus* cesariano— se silencie rigurosamente el nombre de Asinio, a pesar de la alta responsabilidad a la que estuvo llamado en ambas contiendas. *Ha habido, pues, una intención ocultadora que podría estar relacionada con su postura a favor de Antonio durante los años del triunvirato. Bellum Africum* y *Bellum Hispaniense* excluyen a Polión del mismo modo que en las fotos retocadas de la época estalinista de vez en cuando desaparece alguna figura. Así pues, el *corpus* fue confeccionado durante la época de Octaviano, el cual, de hecho, como refiere Suetonio,[29] había metido las manos en profundidad en la herencia literaria de César.

7. No es por mera vanidad por lo que Asinio afirma la propia cercanía a César durante todo el curso de la guerra civil.

Como confirmación del fundamento de lo que Asinio narraba de sí mismo se encuentra el hecho de que César le atribuyó el gobierno de la España Ulterior (es decir, también de la Bética) después de las derrotas sufridas en el resto del 45 por Cayo Carinate.[30] Así, Asinio llegaba a asumir por decisión de César un papel militar y político parejo al de Sexto Césare en Siria, o mejor dicho, de los promagistrados (Antistio, etc.) enviados a Siria para aplacar la rebelión de Cecilio Basso. Era un signo de mucha

confianza, entre otras cosas porque César sabía lo duro que había sido el enfrentamiento en España, mucho más allá de la batalla de Munda (a la que Asinio había contribuido), y sabía también que el potencial carisma de Sexto Pompeyo era muy superior al de un Cecilio Basso (¡hasta el 46, prácticamente un desconocido!). [31]

Así, el cuadro se completa ante nuestros ojos y la situación se aclara. Frente a esta importante posición conseguida por Asinio gracias a su contribución activa en las guerras cesarianas se encuentra el silencio total sobre él tanto en la *Guerra de África* como en la *Guerra de España*. Y existe, además, el ensañamiento obstinado con el que Dión Casio[32] —es decir, tal vez Livio— describe la derrota vergonzosa e humillante que Asinio sufrió en la Bética por obra de Sexto Pompeyo. Que bajo este ensañamiento en ridiculizar a Asinio, el cual es descrito «mientras arroja la clámide de comandante» para escapar en medio de la derrota general de los suyos,[33] debe de haber algo, lo podemos deducir gracias a la completamente distinta presentación de los hechos ofrecida por Veleyo Patérculo, el cual habla, en cambio, a propósito del conflicto de Asinio con Sexto Pompeyo, de «clarissimum bellum» afrontado y sostenido por Asinio.[34] Cicerón habla ciertamente de «importantes plazas fuertes» conquistadas por Sexto Pompeyo (poco antes de la muerte de César);[35] pero esto no basta, claro está, para transformar, como hace (la fuente de) Dión Casio, la «valerosa guerra» de la que habla Veleyo en una vergonzosa derrota. Parece justo plantearse, una vez más, la hipótesis de que haya sido la tradición influenciada por Octaviano la que ha intentado la «liquidación historiográfica» de Asinio: se podría decir que esto vale tanto para los *Bella* finales adjuntos al *corpus* cesariano como para el relato de Livio (que sería, probablemente, en el que se basaba Dión Casio).[36] Lo que da un amplio significado a la decisión de Asinio de escribir una obra histórica, hecho que en Horacio despertaba al mismo tiempo alegría y ansiedad. En aquella obra, como se desprende de los fragmentos que nos dan Plutarco y Suetonio, había también una *defensa personal*, como por lo demás sucedía a menudo en la historiografía de los senadores romanos, de Salustio a Tácito. En la época tiberiana, Veleyo no tenía ni necesidad ni interés por continuar ofendiendo a Asinio.

8. El hecho de que debamos a Asinio noticias relativas a momentos decisivos de la carrera de César no debe ser despreciado sólo por que el célebre «dado» haya entrado después en la banal leyenda cesariana. Asinio es como *una sombra que acompaña el relato cesariano* para darle mayor «veracidad» (además de por legítimos propósitos apologéticos del autor). Lo que Asinio explícitamente se proponía cuando denunciaba las razones por las que el relato cesariano debía considerarse poco fidedigno.

En mi opinión, por «relato cesariano» Asinio debía de entender todo el *corpus* que ya de hecho circulaba en su totalidad, con los «Suplementos» rigurosamente *anónimos*, y de ese modo atribuibles a la responsabilidad de César (en cuyo estado mayor y —posteriormente— en cuyo archivo habían nacido aquellas «tendenciosas» narraciones ajenas).

Y así, por fin, se entiende *plenamente* por qué Horacio dice a Polión, «preanunciando» su obra historiográfica, ya avanzada en cuanto a su elaboración, «periculosae plenum opus aleae» y todavía más gravemente, «incedis per ignis suppositos cineri doloso».[37] Las razones serían las siguientes: *a*) Asinio trataba una materia muy delicada («principum amicitias», el triunvirato, el consulado de César, etc.) y fechaba el *motus civicus* del triunvirato («ex Metello consule»): juicio durísimo acerca de aquella decisión extralegal cuyo principal promotor había sido César; *b*) *rectificaba punto por punto la crónica de los «Commentarii» cesarianos* —como se desprende de Suetonio—[38] *reaccionando ante la eliminación de su propia persona y de su aportación a la causa cesariana en Tapso y en Munda* (eliminación que es difícil no atribuir a la gestión póstuma del *corpus* cesariano, es decir, a Octaviano y a su círculo más estrecho).

9. Hemos aclarado la razón por la que Suetonio concede tanto espacio a la presentación y a la valoración de los *Commentarii* como fuente historiográfica. Suetonio concluye la reseña crítica citando a Asinio para afirmar la poca fiabilidad sustancial de lo que César había dejado escrito. Así, aclara por qué no los ha tenido en cuenta (o *casi*) en la biografía de César y por qué ha acudido tan abiertamente a Asinio (y tal vez también directamente a los documentos). No hay que olvidar que, cuando Suetonio

escribía, la obra de Asinio circulaba regularmente, y era pues fácil para cualquier lector darse cuenta de la preferencia concedida por Suetonio a aquella fuente respecto a los *Commentarii* (Dión Casio combinará a Livio con los *Commentarii* o tal vez el mismo Livio *se atenía ya a los Commentarii*, diferenciándose también en esto de Asinio).

De César tenemos la verdad oficial de los *Commentarii* y fragmentos de información (citados por Asinio y que confluyeron en Suetonio, más fragmentos de cartas llegadas hasta nosotros a través de citas de segunda mano). Al menos en un caso podemos percibir una diferencia de tono en el reconocimiento de los méritos y de las cualidades técnicas del adversario. El comentario de César referido por Suetonio: «ire se ad exercitum sine duce, et inde reversurum ad ducem sine exercitu»[39] es un gran reconocimiento a Pompeyo. No hay rastro de ello en *BC*.[40]

Apéndice 3

EL «BRUTUS» Y EL «ANTICATO»

1. «En el *Anticato* [agosto del 45], César solicita a Cicerón que no juzgue demasiado severamente su *estilo oratorio de hombre de guerra*, en desventaja frente a la calidad a la que puede llegar un orador de su categoría que ha tenido todo el tiempo de refinarse y refinar su producto».[1] Si bien es comprensible en cuanto el *Anticato* fue escrito en plena campaña militar, estas palabras[2] tienen un excesivo tono autorreductor. Para ser plenamente comprendidas hay que ponerlas en relación con el juicio, muy enfático y halagador, sobre la oratoria cesariana que Cicerón había insertado, no sin alguna tortuosidad, en su diario titulado *Brutus*.[3]

La fecha del *Brutus*, que se deduce de su interior, no se remonta más allá de la primavera del 46, visto que en un cierto punto del diálogo se da como inminente la partida de Bruto para la Cisalpina:[4] y Bruto fue legado propretor de la Cisalpina durante el año 46 (ha debido, pues, de llegar a la provincia en torno a marzo de aquel año, y permanecer allí hasta marzo del 45). Si la fecha en la que el diálogo está ambientado (la llamada «fecha dramática»), sugerida por las palabras de los protagonistas del diálogo, fuera *también* la fecha efectiva de la composición (y no sólo la fecha en la que Cicerón quiso ambientar el diálogo),[5] entonces las palabras de César en el *Anticato*, autorreductoras a propósito de su oratoria, *presupondrían* el exagerado (y tortuoso) elogio que encontramos en el *Brutus*. Y serían además una implícita tomadura de pelo. Pero las cosas no son así.

En el diálogo ciceroniano hay algunas cosas extrañas que inducen a preguntarse si de veras la fecha dramática y la fecha de composición coinciden. Empezando por la más evidente: el que aun después de haber aclarado que en el diálogo no se hablará de oradores vivos,[6] en cambio, después de un simple comentario de Bruto, se hace una excepción para

hablar prácticamente sólo de César:[7] por otra parte, Cicerón evita hablar en primera persona y hace trazar el elogio de la oratoria cesariana a Ático (hombre siempre de actualidad, como es sabido).[8] Otra singularidad que se deriva de la precedente es que, después de haber dicho al principio que la escena oratoria estaba vacía desde que había muerto Hortensio,[9] inesperadamente se nos dice que vivos y buenos oradores hay muchos (pero Cicerón no se deja «sonsacar» una opinión sobre ellos),[10] y en particular dos, los cuales sobresalen, por lo que parece, de los demás, que son Marcelo y el mismo César. También está la ambigua expresión con la que se alude fugazmente a Catón de Útica, que parece como si estuviera vivo aún,[11] y resulta extraño que se hable de él de ese modo distante y fugaz, cuando, como todos sabían, estaba combatiendo en África una dura guerra contra César. Ahora bien, si Catón estaba vivo, no podía haber tenido lugar todavía la decisiva batalla de Tapso,[12] mientras que en la apertura (con «profecía *post eventum*») Bruto dice que no quiere hablar de actualidad política para no dar malas noticias.[13] Y, sin embargo, antes de Tapso las noticias eran todo menos malas para los «republicanos-pompeyanos», es más, éstos tenían en jaque a César en los alrededores de Adrumeto, gracias a la pericia de Labieno. En fin, precisamente esta profecía *post eventum* hace sospechar. Se podría pensar que la fecha «dramática» del diálogo había sido elegida aposta *para no tener que hablar nuevamente de Catón*, el cual, después de Tapso, pasaría necesariamente a la categoría de los oradores difuntos, y por consiguiente merecedores de un adecuado estudio: como requeriría el presupuesto mismo sobre el que se funda la reseña del *Brutus*.

Y hay también algunas patentes contradicciones que han inducido a Barwick, entre otros, a sugerir que la que nosotros tenemos, en realidad, es una segunda edición del *Brutus*, retocada por Cicerón pasado el tiempo, con añadidos tales, que si la fecha «dramática» y la fecha de edición coincidieran, no serían explicables.[14] Por ejemplo, el hecho de que en el § 265 se hable de Lucio Manlio Torcuato como de uno que ya ha muerto, cuando se sabe que a Torcuato lo mataron en Tapso, lo que pone en crisis a toda la *fictio* inicial de un diálogo escrito antes de Tapso. Sea cual fuere la

hipótesis preferible (fecha «dramática» distinta de la real, o bien la reescritura del autor algún tiempo después), la conclusión es que la relación cronológica entre *Brutus* y *Anticato* se invierte.

Pero si es así, entonces la estratagema de no hablar de los vivos a excepción únicamente de César — y por añadidura para hacer pronunciar a Ático *el elogio de su oratoria, bajo la apremiante solicitud de Bruto*— es una «réplica» al *Anticato*:[15] en particular, a aquella «premisa metodológica» que tanto impresionó a Plutarco, relativa a la oratoria ruda y «militaresca» del dictador, por él burlonamente desprestigiada frente a la muy superior finura de la ciceroniana.[16] Si la relación cronológica entre los dos textos es ésta, la singular estratagema de Cicerón, que consigue introducir en el *Brutus* un discurso tan comprometedor sobre César, tal vez resulta más comprensible.

La hipótesis adquiere fuerza si se considera que en el *entourage* ciceroniano la discusión sobre la oratoria de César se había desarrollado de manera singularmente vivaz, casi como un «comentario» a lo que se había escrito en el *Brutus*. Aquí Cicerón había hecho decir a Ático: «No veo de veras a quién César podría considerarse segundo en el arte oratoria», y va todavía mucho más allá definiendo su oratoria como «elegante, espléndida, magnífica y generosa».[17] A Cornelio Nepote, Cicerón le escribe (¡y esta vez es él el que habla!): «Dime, ¿a quién le querrías anteponer, *incluso buscando entre aquellos que no se han dedicado a otra cosa*? ¿Quién es más sutil, más rico de conceptos, más ornamentado, más elegante…?»[18] Obviamente, es digno de señalar que Cicerón y Cornelio discutieran por *carta* sobre la oratoria cesariana en los mismos términos en los que se habla en el *Brutus*. Quiere esto decir que en torno a aquella inserción que se encuentra en el *Brutus*, en contraste con la programática limitación cronológica del diálogo, había surgido una cuestión y una discusión. Es evidente la intención de «apaciguar» al dictador, haciendo partícipe también a Bruto en la elaboración de este juicio extasiado. Y el colmo es que Cicerón aproveche también aquella inserción para introducir (esta vez hablando personalmente) un elogio de los *Commentarii*, que, francamente, no tienen nada que ver con la historia de la oratoria.

2. César había demolido o al menos atacado los argumentos de Cicerón en la *Laus Catonis* adoptando el campo de acción y el estilo del enfrentamiento oratorio: como si se tratara de una «réplica ante un tribunal».[19] Por ello había querido expresarse acerca de la diversa y menor capacidad suya para afrontar esta contienda «judicial».

Por otro lado, el hecho de que Cicerón se hubiera decantado mucho hacia una parte en su escrito lo deducimos de las palabras que Tácito le hace pronunciar a Cremucio Cordo. Cremucio define la *Laus Catonis* «el libro con el que Cicerón ensalzó hasta un nivel casi divino a Catón» («quo Catonem caelo aequavit»).[20] Si tenemos en cuenta que Lucrecio en el primer proemio del *De rerum natura* dice que Epicuro, liberándonos gracias a su doctrina, «nos ha hecho iguales a los dioses» («nos exaequat caelo»),[21] se entiende inmediatamente que la exaltación de Catón era extrema. Tanto Cicerón como César[22] conocían bien el poema de Lucrecio: y sabían que «elevar al nivel de los dioses» (en el plano de la felicidad) era uno de los objetivos del epicureísmo. Excluyendo que la cita lucreciana sea atribuible a Tácito o a Cremucio, es probable que precisamente César en su réplica ironizase, recurriendo a aquella expresión tan rica en alusiones. Imputar burlonamente a Cicerón una operación «epicúrea» y decírselo con las palabras de Lucrecio era bastante mordaz. Y mostraba claramente los excesos panegiristas a los que, al parecer, Cicerón se había abandonado. Siendo conocida la antipatía tanto del difunto Catón como de su panegirista[23] por el epicureísmo (y más aún por el epicureísmo romano), resulta todavía más mordaz la ocurrencia por parte del filoepicúreo César. En resumen, César había elegido el arma de la ironía para demoler el «monumento» a Catón erigido tan incautamente por Cicerón. Ironía desplegada, pues, sobre varios planos.[24]

3. Pero antes había coqueteado con su propia *inferioridad técnica* en este campo, él, que era hombre de armas. Un *topos* que se remonta muy atrás en el tiempo: a los espartanos que, precisamente, cuando pronunciaban un hábil discurso pedían perdón por «no saber hablar»,[25] y a Cayo Mario, según Salustio.[26] Es más, creo que puede haber habido en César un

consciente comportamiento «estilo Mario», su abuelo y —en opinión de los contemporáneos— su «antecedente» político. Por otra parte, también en los *Commentarii*, César se atribuye siempre a sí mismo una oratoria esencial y concreta, militaresca y, conscientemente, gracias al género literario elegido, comprimida en la áspera esencialidad de la *oratio obliqua*. Probablemente, la réplica había resultado eficaz: de todos modos, Cicerón casi se lamentaba de haberse atrevido a llegar tan lejos al exaltar el modelo y la muerte del enemigo irreconciliable, y nunca arrepentido, del dictador.[27]

La aduladora exaltación de César como sumo orador inigualable, modelo de elegancia, consignada en el *Brutus*, parece, pues, una *captatio benevolentiae*, alusiva precisamente a las palabras con las que César se había declarado irónicamente inferior a su antagonista, al principio del *Anticato*. Y Cicerón no había quedado satisfecho con la salida comprometida e historiográfica del *Brutus*. Había encontrado el modo —como hemos dicho— de poner en una carta a Cornelio Nepote, hombre cercano a los poderosos, aunque gregario, otro discurso conmovedor sobre la insuperable elegancia de la oratoria de César. Le escribe, en efecto:[28] «Pero dime, ¿a quién querrías anteponerle, incluso buscando *entre aquellos que no han hecho nada más que dedicarse a la oratoria* ("eorum qui nihil aliud egerunt")?» Es evidente la referencia puntual e irónica a las palabras de César en el *Anticato*, allí donde el dictador pedía precisamente comprensión para su «oratoria de soldado» muy inferior a «la de uno que había tenido todo el tiempo de dedicarse únicamente a perfeccionar su oratoria». La conexión entre estos dos textos no podía ser más clara. Imparable como siempre, Cicerón continuaba: «¿Quién es más penetrante y rico de conceptos que él? ¿Quién es más elegante en la expresión» (nos damos cuenta de que se repiten las palabras empleadas en el *Brutus*).

César no se había ocupado de la conservación de su *corpus* oratorio. En esto se había comportado sustancialmente como los políticos atenienses de la edad de Pericles y anterior a Demóstenes, los cuales «hablaban pero no escribían», según la conocida imagen del *Fedro* de Platón, que Cicerón tenía bien presente cuando —también en el *Brutus*— esbozaba la historia de la oratoria griega y trataba, precisamente, de la época de los grandes «oradores que no escribían» (que no cuidaban la conservación y difusión

escrita de sus discursos). En efecto, Suetonio, que tiene acceso al legado completo cesariano (*César* 55-56), señala: «ha dejado solamente algún discurso»;[29] y nos damos cuenta de que se trata en gran parte de obras juveniles, como la oración por la muerte de Julia, mujer de Cayo Mario, o la *divinatio* contra Dolabela (véase «Apéndice» 1, nota 4). Suetonio continúa precisando que, de todos modos, «de algunos [de los discursos conservados] la atribución no es nada segura». Y luego recuerda la atención que Augusto había dedicado a este legado oratorio (y no sólo oratorio) cesariano, y sus consideraciones sobre el carácter de mera transcripción por obra de taquígrafos y estenógrafos de lo que quedaba bajo el nombre de César.

Está claro que César había preferido que el recuerdo que quedase de su palabra fuese aquel que él había esquematizado y concentrado en las crónicas impersonales de los *Commentarii*, además, claro está, de todo lo que había declarado en los documentos públicos, expuestos en las sedes políticas y conservados en los archivos, o difundidos en las provincias a destinatarios que recibían de él directivas en un lenguaje seco y formulista. Ha habido realmente un exceso de celo por parte del mayor teórico contemporáneo de la oratoria, el desafortunado Cicerón, al encuadrar —aunque hubiera sido a través de las palabras de Ático— la oratoria cesariana en una posición de primacía indiscutible en la historia.

Y para mostrar aún más un arrepentimiento total encuentra el modo de insertar en el *Brutus*, es decir, en una historia de la *oratoria*, el elogio de los *Commentarii* cesarianos. Los cuales no eran, por cierto, una obra prioritariamente literaria, sino política, y describían, de un modo faccioso, travestido de objetividad, aquellas campañas acerca de cuya legitimidad precisamente Catón, Domicio Ahenobarbo y otros irreductibles adversarios habían declarado su feroz oposición. En este caso, Cicerón se supera a sí mismo en habilidad adulatoria. Comienza diciendo que los *Commentarii* «se deben apreciar incondicionalmente» *(valde quidem probandos)*, los cubre de epítetos tan comprometedores como los destinados poco antes a su oratoria («son desnudos, descarnados, bellos, despojados de todo tipo de ornamento como un cuerpo al que se le han quitado todas las ropas».[30] Y sobre todo logra pasar hábilmente del plano estilístico al de su contenido, confiriéndoles así, a aquellos escritos controvertidos y, según Asinio Polión,

profundamente falsos, un elevado contenido de verdad. Pero no dice esto abiertamente: prefiere una vía más sutil. En cuanto *Commentarii*, es decir, «memorias de un protagonista», aquellos escritos cesarianos, como todas las obras del género, no debían constituir más que la «materia» para futuros historiadores; y eligiendo aquel género literario «humilde», como son de hecho los *Commentarii*, César —prosigue Cicerón— ha querido dejar espacio a otros que en el futuro, con intención historiográfica, pensaran tratar la misma materia. Pero —advierte— sería un error imperdonable: la perfección de las «memorias» cesarianas es tal, que sólo los necios, en el futuro, podrán tener el mal gusto de reescribir aquellos hechos tomando los *Commentarii* cesarianos como mera base de partida que hay que «acicalar con artificios» (sarcasmo innecesario: es un misterio el porqué escribir acerca de aquellos hechos sirviéndose de los *Commentarii* como mero instrumento sería un penoso trabajo de maquillaje); «las personas sensatas —concluye— habrán sido, en todo caso, disuadidas de atreverse a hacer semejante reescritura». Está claro que todo el juicio está centrado en la perfección del estilo, pero la exhortación a no reescribir lo que ya César había referido[31] tiene una inevitable implicación de contenido: ¡la de César podía quedar, pues, como la única verdad sobre aquellos hechos! Que después todo esto tenga algo que ver con una historia de la oratoria grecorromana es difícil de comprender, o mejor dicho, se explica a la luz del propósito, sin subterfugios, de Cicerón, de servirse del *Brutus* para acabar con la molesta serie de polémicas y de la indeseada «tensión» nacida con su *Laus Catonis*. No debe haber sido una casualidad el que haya elegido precisamente a Bruto como destinatario de este diálogo, que, cuando está en lo mejor, inesperadamente pasa a ocuparse de la oratoria contemporánea.

Apéndice 4

LA POLÍTICA CULTURAL

César había experimentado un original poder personal: una dictadura política, que era, sin embargo, ajena a formas de censura sobre el trabajo intelectual. Censura a la que, en cambio, no va a ser extraño su «heredero», que, en el plano político, simulará una «restauración» republicana, y en el plano cultural practicará un «intervencionismo» destinado a ser modelo de siniestras experiencias. Por lagunosa que sea nuestra documentación, algunos episodios no dejan de ser sintomáticos. A la campaña promovida por exponentes destacados de la clase dirigente en favor de su adversario más duro e irreducible, César responde aceptando el desafío del enfrentamiento dialéctico. Replica, de hecho, con un *Anti-Catón*. Tácito hace decir a Cremucio Cordo, un historiador que, a causa de su obra, había sufrido la represión por parte de Tiberio, que César había respondido a los elogios inverosímiles de Cicerón por Catón de Útica, «con un discurso oratorio de réplica, casi como frente a un tribunal».[1] Es decir, poniéndose al mismo nivel que sus adversarios. Esta alusión de Tácito a la tolerancia de César tiene doble valor: como juicio de Tácito y como valoración de Cremucio.[2]

Era famosa también la moderación con la que César había aceptado el ataque que Catulo había dirigido contra él y contra sus hombres (Mamurra, Vatinio, etc.). Suetonio refiere que Catulo se excusó con César por los ataques a Mamurra[3] (el cual probablemente era Vitrubio, el *praefectus fabrum*, el «jefe del Genio» de César en la Galia);[4] refiere también que, aquel mismo día, César, si bien herido por tales ataques, lo hizo quedarse a cenar, y que continuó yendo a casa de su padre, que probablemente era un hombre ilustre de la Cisalpina. No es fácil fechar exactamente este episodio.

Según Tacito, Cremucio Cordo, en el mismo discurso en donde loaba a César por el *Anticato*, recordaba tambien los ataques de Catulo y de Furio Bibáculo contra César (y contra Augusto). Decía que las poesías de estos dos estaban «llenas de injurias contra los Césares *(referta contumeliis Caesarum legentur)*». Los «Césares» en cuestión eran César y Augusto, como resulta claro de las palabras siguientes de Cremucio: «pero incluso el divino Julio, incluso el divino Augusto, soportaron todo esto y no hicieron nada».[5] La expresión induce a pensar que César, siendo dictador (*y por ello equiparado a Octaviano*, primero, triunviro; después, Augusto) había sido el blanco indulgente, y no vengativo, de aquellos ataques virulentos de Bibáculo y Catulo.[6] Es el hecho de nombrarlo junto a Augusto lo que debe inducir a pensar esto. Por tanto, también su comportamiento respecto a Catulo confirma la imagen bifronte de César, dictador en política, y «liberal» en la batalla cultural. Tal vez aquellos epigramas violentos le podían parecer menos «temibles» políticamente que el «culto» a Catón, al que César decidió replicar, si bien con las mismas armas. Pero tal vez no fuera así. Ciertamente, la formación de un «culto de Catón» entre los vencidos de Farsalia que no se habían resignado pudo haber alarmado a César. Por otra parte, la proliferación de frases anónimas, escritas sobre las estatuas del antepasado de Bruto «tiranófobo», y de escritos polémicos de carácter epigramático,[7] fueron uno de los elementos provocadores que contribuyeron a que se precipitara la situación entre febrero y marzo del 44.

La ausencia de propósitos censores en el campo cultural está confirmada por un gesto de enorme importancia, como fue el de la atribución al pompeyano Marco Terencio Varrón —que había sido derrotado en la breve pero importante campaña cesariana en España, antes de Farsalia— de la responsabilidad de crear una biblioteca pública griega y latina,[8] de recoger la máxima cantidad de libros, de dirigir toda la operación y de poner todo a disposición del público. Si pensamos en la precisión puntillosa con la que Augusto establecía, dando precisas disposiciones a su bibliotecario, Pompeyo Macro, qué libros de César podían y qué libros no podían ser accesibles al público,[9] resulta fácil comprender la distancia entre las dos políticas culturales. Poner a disposición el mayor número posible de libros

era un poder amplísimo que venía depositado en las manos de un «adversario»,[10] y no importaba que estuviera resignado al nuevo dominio, porque culturalmente seguía siendo el mismo; por lo demás, como Cicerón.

Este rasgo hace de César un dictador radicalmente distinto de los muchos que emularon su poder a lo largo de los siglos. Su capacidad de mantener separados el control político y la organización de una dictadura vitalicia, la libertad de la cultura, no se ha de considerar, a la luz del mortal atentado de marzo del 44, una experiencia o mejor dicho una hipótesis condenada al fracaso: en realidad, Augusto, que creía firmemente en el «intervencionismo cultural» del *princeps*, es más, que lo consideraba una de sus tareas, sin embargo, cuando iba al Senado —al menos en un momento bastante crítico— se ponía la coraza.[11]

Apéndice 5

LA RESTAURACIÓN

Sea lo que sea que haya hecho, no llegó a abatir la República.

ADCOCK

1. Poco después del asesinato de César, Antonio dio algunos pasos que demuestran hasta qué punto la intolerancia anti «monárquica» se había extendido también a la facción cesariana. El decreto más importante fue precisamente la eliminación *para siempre* de la dictadura de la legislación constitucional romana. Cicerón da razón de esto en la *Primera* e incluso en la *Segunda Filípica*, si bien discrepa en lo que concierne al procedimiento sumario adoptado por el cónsul. «Dejo sin comentar muchas otras excelentes disposiciones suyas —había dicho Cicerón el 2 de septiembre del 44, frente al Senado reunido en el templo de la Concordia—: mis palabras tienen prisa por llegar a su acto más relevante: ha eliminado de raíz de la normativa republicana la dictadura, *que ya había asumido de hecho la fuerza de un poder monárquico*.»[1] Y en la peroración de la feroz *Segunda Filípica* lo apostrofa así: «Recuerda el día en que eliminaste la dictadura.»[2] Y poco antes le reconocía el mérito: «Fue una cosa magnífica, lo mejor que tú has hecho, el eliminar la institución misma de la dictadura.»[3] Y comenta: «Diste a entender entonces que habías concebido tal odio por el poder monárquico *(regnum)* que querías eliminar incluso el más mínimo rastro de su nombre, tal era el miedo, todavía reciente, que tenías[4] de la última dictadura.» Y en

la *Primera Filípica* había recordado el entusiasmo que surgió cuando Antonio había anunciado aquella medida, y el senadoconsulto de agradecimiento que se le había dedicado.

A la fórmula cesariana, trágicamente fracasada, de la «dictadura vitalicia» como solución a la crisis de la República,[5] el «partido» cesariano opuso, después de la crisis del 44-43, una nueva «invención constitucional»: el *triunvirato constituyente* como magistratura permanente. Lo que significaba la «dirección colegial» después del prolongado poder personal y el culto de la personalidad, que terminó con sangre y con el desacuerdo de una parte de los mismos cesarianos. También esta invención, que duró un decenio —dando prueba, a fin de cuentas, de que no fue completamente negativa—, fracasó por el enfrentamiento entre los componentes del triunvirato. La gran ocurrencia de Octaviano fue entonces la de *restaurar la República*, anclando sabiamente su poder personal dentro de tal proclamada «restauración».

2. Los griegos y los romanos mantuvieron durante largo tiempo un recíproco desacuerdo sobre el tema de cuál era el régimen vigente en Roma, no sólo durante el «siglo silano»,[6] sino también en el siglo que comprende desde Accio hasta la nueva guerra civil que siguió al asesinato de Nerón. Para los griegos, Roma era desde hacía tiempo una monarquía; para los romanos, continuaba siendo, si bien con altos y bajos, y cada vez con menos *libertas*, la *res publica*. Timagenes en su obra *Sobre los reyes* hablaba tanto de Alejandro Magno como de César y de Augusto. Para Plutarco, ya era una monarquía el gobierno de Cinna,[7] el adversario, junto con Cayo Mario, de Cornelio Sila. Y precisamente Plutarco narra una escena, no sabemos hasta qué punto verídica,[8] que muestra claramente el encuentro, en un momento dramático, de estas dos concepciones: allí donde se describe la fuga de Pompeyo después de Farsalia, y se escenifica el encuentro entre Pompeyo y Cratipo de Pérgamo, que había venido expresamente a Mitilene «para ver a Pompeyo». Cratipo y Pompeyo, en aquel momento de extrema tensión, están discutiendo «sobre la Providencia»: Pompeyo está desilusionado (y querría darle a aquélla la culpa de las propias desgracias),[9] Cratipo no lo

contradice, pero intenta explicarle que el remedio, para los graves problemas políticos romanos era, de hecho, la monarquía y que si no la instauraba César, acabaría instaurándola él mismo, Pompeyo.[10]

En las fuentes romanas, en cambio, la historia del «principado», al menos desde Augusto hasta Trajano, está salpicada de «restauraciones» de la República. La restaura Augusto y lo hace grabar en la *Res gestae* de manera perdurable.[11] La restaura Galba a la muerte de Nerón, si bien sea con el moderado atenuante de la adopción.[12] La restaura Nerva a la muerte de Domiciano, y Plinio en su *Panegírico* está convencido de que la *res publica* continúa su vital navegación incluso bajo Trajano. Pero su amigo Tácito sabía muy bien plantearse con claridad la diferencia entre el pasado y el presente, asumiendo como parámetro, como ya había hecho Cicerón bajo la dictadura de César, la transformación y la decadencia de la oratoria política *(Diálogo de los oradores)*.

Pero si la República tenía que ser periódicamente restaurada, es fácil deducir, pues, que algo había que tendía a ofuscarla: era la preponderante e incontrovertible *auctoritas* de aquel tipo de senador, que llamamos *princeps*, mucho más rico que los otros y, además, dotado de un control sobre provincias neurálgicas, y que a pesar de todo, seguía siendo *primus inter pares*. Figura que, en verdad, no era nueva, sino que estaba bien radicada en la tradición republicana, al menos desde la época de los Escipiones: figura nunca totalmente definida, y a cuyo perfil había contribuido mucho un político ciertamente «republicano» como Cicerón. «Un piloto» —lo define él, con una imagen verdaderamente muy antigua (que se remonta al menos a la «nave» de Alceo)— que debe intentar hacer «segura la navegación»; o bien un «médico que debe llevar a una segura curación».[13] Pero añadía —y es muy revelador que lo dijera en aquel momento— que ni Pompeyo ni César encarnaban aquel ideal suyo, ni se habían planteado los fines que para él eran inherentes al «estatus» mismo del *princeps*.

Aparte de tales perfiles idealizados, la realidad efectiva —es de-cir, a partir de cuando los *príncipes* comenzaron a existir, si bien en el cuadro de la «restauración» llevada a cabo por Augusto— fue, sin embargo, conflictiva. Cuando Augusto procedió a la selección del Senado y a la

exclusión de los que habían entrado a formar parte por favoritismos, sobre todo después de la muerte de César, iba al Senado con la coraza bajo la toga, y los senadores eran registrados antes de tener acceso a la Curia.[14]

Esta conflictividad esta bien esbozada por un personaje siniestro, al menos si nos atenemos a cuanto dice de él Tácito: aquel Cosuciano Capitón que fue, en la última época del «reino» neroniano, un implacable acusador de Trasea Peto, senador de Padua, reivindicador de los valores republicanos. «Como en otros tiempos —decía Capitón—, Roma, ansiosa de guerras civiles, no hacía más que hablar de César y de Catón, así hace ahora, ¡oh Nerón!, respecto a ti y a Trasea.»[15] Así, la polaridad emblemática de la guerra civil cesariana (César *versus* Catón) se planteaba de nuevo entonces, aunque con un diverso equilibrio de fuerzas, en pleno «principado» neroniano. Todo el articulado análisis de Capitón, por otra parte, está atravesado de referencias que confirman que, en su opinión, un único hilo de Arianna unía a Catón y Trasea a través de los diversos Favonios y Tuberones, «nombres —en su opinión— ya poco gratos para la vieja República». Cuando habla de «vieja República» demuestra ser consciente de la transformación que había habido. Pero lo que más llama la atención es la vigilante consciencia que revela del carácter «provisional» de este cambiante y siempre inestable equilibrio de fuerzas. Los Trasea, según él, «quieren la libertad para subvertir las reglas del imperio». Lo que significa: quieren sólo la *libertas*, pero no tienen ningún interés por la *pax*; y de hecho comenta: «cuando después las hayan subvertido, *atacarán también la libertad*». Y concluye: «En vano habrás eliminado a Casio, si soportas ver crecer la potencia de los émulos de Marco y de Décimo Bruto.» Así pues, estos hombres interpretaban todavía el presente en términos y según los estereotipos republicanos. Un pasado que no pasaba había asechado válidamente, durante siglos, el nacimiento de la monarquía.

BIBLIOGRAFÍA

Abreviaturas

ASNP: Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa.

CIL: Corpus Inscriptionum Latinarum.

FGrHist: F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, vols. I-II, Berlín, 1923-1930; III, Leiden, 1943-1958.

HRR: H. Peter, *Historicorum Romanorum Reliquiae*, Lipsiae, vol. I, 1914; vol. II, 1906 (Stutgardiae, 1967, ed. Stereotypa).

ILS: H. Dessau, *Inscriptiones Latinae Selectae,* vols. I-IV, Berlín, 18921916.

JRS: The Journal of Roman Studies.

MRR: T. R. S. Broughton, *The Magistrates of the Roman republic*, vols. III, Nueva York, 1986.

ORF: E. Malcovati, *Oratorum Romanorum Fragmenta*, Augustae Taurinorum, 1955.

RE: A. Pauly y G. Wissowa, *Real-Encyclopaedie der Klassischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart, 1893-1980.

Syll: W. Dittenberger, *Sylloge Inscriptiorum Graecarum*, vols. I-IV, Leipzig, 1915.

«Corpus» cesariano

Destaca la gran edición cesariana de la «Collection Lemaire» (vols. I-IV, París, 1819-1822), que comprende, entre otras, la traducción bizantina de los libros I-VII de *La guerra de las Galias*; además, el «clásico» comentario de F. Kraner, W. Dittenberger y H. Meusel de los *Commentarii* (Weidmann, Berlín, última edición con los *addenda* de H. Oppermann: 1960 para la guerra gálica, 1959 para la guerra civil).

Una útil recopilación de los *Commentarii* y de los tres *Bella* es la coordinada por A. Pennacini, aunque realizada por varios autores, aparecida en 1993 en Einaudi-Gallimard con el título, no del todo apropiado, de *Opera omnia* (faltan las cartas conservadas en la colección ciceroniana a Ático, así como los fragmentos). Hay que destacar, en particular, el comentario de Albino Garzetti a *La guerra de las Galias* y la traducción de Antonio La Penna de *La guerra civil*.

Para el *Bellum Gallicum* y el *Bellum civile* siguen siendo fundamentales las siguientes ediciones:

C. Julii Caesaris, *Bellum Gallicum*, ed. de Otto Seel, Teubener, Leipzig, 1961 (1977),[3] útil sobre todo por la recopilación de testimonios sobre César y sobre su obra. Pero para el texto es más sobrio y fiable el aparato crítico de W. Hering (Teubner, Leipzig, 1987).

Necesario complemento para el estudio de la guerra gálica es el volumen de L.-A. Constants, *Guide illustrée des campagnes de César*, Les Belles Lettres, París, 1929.

Para la guerra civil son notables, y entre ellas complementarias, las ediciones respectivamente de Alfred Klotz (C. Iulii Caesaris, *Commentarii*, vol. II, *Commentarii belli civilis*, Teubner, Leipzig, 1957) y de Pierre Fabre (César, *La guerre civile*, vols. I-II, Les Belles Lettres, París, 1936).

El restante *corpus* cesariano, comprendidos los fragmentos de las obras perdidas y de las cartas, se encuentra en el vol. III de la edición de Alfred Klotz (Teubner, Leipzig, 1927).

Pero para cada *Bellum* del *corpus* cesariano será necesario recurrir a las ediciones especiales que han mejorado su constitución e interpretación: César, *Guerre d'Alexandrie*, de J. Andrieu, Les Belles Lettres, París, 1954; Pseudo-César, *Guerre d'Afrique*, de A. Bouvet, nueva edición de J.-C. Richard, Les Belles Lettres, París 1997; [C. Iulii Caesaris] *Bellum Hispaniense*, de Giovanni Pascucci, Le Monnier, Florencia, 1965.

En cuanto a las pocas cartas que se conservan, así como a los testimonios y fragmentos del epistolario perdido, la recopilación capital es la de Paolo Cugusi en el volumen II de los *Epistolographi Latini minores*

(Paravia, Turín, 1976), pp. 72-112 (con el comentario en la segunda parte del mismo volumen). Hay que precisar que en esta recopilación figuran conjuntamente las noticias relativas a cartas que César escribió (pero que no necesariamente confluyeron en colecciones) y los datos relativos a las colecciones de cartas cesarianas que en cierto momento se constituyeron y circularon *como tales* (probablemente no muy pronto, a juzgar por el modo como alude a ello Suetonio). La información más importante a propósito de esto la da Suetonio, *Vida de César*, 56, 6. Un *corpus* de cartas «autógrafas» de César a Cleopatra le fue entregado por ella misma a Octaviano (Dión Casio, LI, 12, 3) poco después de Accio. Es sintomático que Suetonio no las mencione entre las recopilaciones de cartas cesarianas existentes en su tiempo; y, sin embargo, es difícil pensar que Octaviano las hubiese destruido.

Un buen ejemplo del utilísimo trabajo que se puede hacer a partir de los fragmentos cesarianos es la edición del *Anticato* de Hans Jürgen Tschiedel (Wiss. Buchges., Darmstadt, 1981).

Antiguas fuentes

La fuente contemporánea más importante es, obviamente, Cicerón: el epistolario, así como las catilinarias, y las oraciones «cesarianas», las llamadas *Filípicas*. El testimonio de Cicerón sobre César es muy amplio, a menudo contradictorio. Para el epistolario son preferibles las ediciones comentadas y ordenadas según una única sucesión cronológica, independientemente de las colecciones, de R. Y. Tyrrel y L. C. Purser (*Correspondance of M. T. Cicero*, Hodges-Figgis, LongmansGreen, Dublín-Londres, vol. I, 1904;^{3} vol. II, 1906;^{2} vol. III, 1914;^{2} vol. IV, 1918;^{2} vol. V, 1915;^{2} vol. VI, 1933;^{2} vol. VII, 1901 [índice] y de L.-A. Constans, J. Bayet y J. Beaujeu (Collection Budé, París, I, 1940-XI, 1996). El intento de D. R. Shackleton Bailey de inventar una tercera solución (una ordenación cronológica dentro de cada recopilación) es menos útil. De todos modos, es apreciable particularmente el comentario de Shackleton-Bailey a las *Epístolas a Ático* (University Press of Cambridge, Cambridge, 1965), precedido

por una importante «Introducción» sobre la historia del texto (I, pp. 59-76). Entre los fragmentos de las cartas ciceronianas (para los que aconsejamos el vol. III de la edición Watt, «Bibliotheca Oxoniensis» [Oxford 1958, 1965]), hay rastros, según los gramáticos antiguos, de la colección de cartas cesarianas a Cicerón, y viceversa (pp. 153-156); pero en la tradición se ha generado confusión entre César y Octaviano, llamados ambos *Caesar*.

Por lo que respecta a Asconio y a su valioso comentario a las oraciones de Cicerón, escrito en época de Nerón, se ha acudido, por lo general, a la edición de A. C. Clark (*Q. Asconii Pediani, Orationum Ciceronis quinque enarratio*, «Bibliotheca Oxoniensis», Oxford, 1907). En ocasiones se hace referencia también al texto propuesto por A. Kiessling y R. Schoell en la edición berlinesa (Weidmann, Berlín, 1875). Es digno de consideración el comentario de Bruce A. Marshall, *A Historical Commentary on Asconius*, University of Missouri Press, Columbia, 1995.

La historia de César ha sido narrada por las fuentes antiguas ya sea en forma de tratado monográfico (las *Vidas* de Plutarco y Suetonio) ya sea en el ámbito de narraciones historiográficas.

Para la *Vida de César* de Plutarco es básico el texto de Konrat Ziegler (*Plutarchi Vitae*, II.2, Teubner, Leipzig, 1968). Para Suetonio, el texto insustituible es el de Maximilianus Ihm (Suetonii, *De vita caesarum libri VIII*, Teubner, Leipzig, 1907). Desafortunadamente, falta un moderno comentario histórico de la obra de Suetonio, *Vida de César*: el de H. Doergens (Leipzig, 1864) es decepcionante y prolijo; sin embargo, se puede considerar discretamente útil, si bien bastante escolástico, el de H. E. Butler y M. Cary (*Suetonii Tranquilli Divus Iulius*, Clarendon Press, Oxford, 1927), aunque con algún sorprendente despiste (por ejemplo, en la p. 70 dicen repetidamente que Cayo Memio fue cónsul, cuando es bien sabido el naufragio de su carrera). Sigue siendo muy valioso el comentario a las doce vidas suetonianas de Isaac Causaubon (1595, después Ginebra, 1596).[2]

De las narraciones históricas se conservan las de Salustio, Veleyo, Patérculo, Anneo Floro, Apiano y Dión Casio. Las *Historias* que tratan ampliamente de César —la de Séneca padre, que comenzaba en el 133 a.C. y la de Anisio Polión, que se iniciaba en el 60 a.C.— no llegaron a la Edad Media. Pero quizás la *Farsalia (Bellum civile)* de Lucano en parte depende de ellas. De Livio quedan, respecto a aquella parte, únicamente los resúmenes *(periodichae)*. No aludiremos aquí a los tratados menores o mínimos como el *De viris illustribus* de Aurelio Vittore.

Salustio, que era un secuaz de César, le da una enorme importancia a éste en la *Conjuración de Catilina*, donde leemos la única paráfrasis que ha llegado hasta nosotros, y posiblemente en parte fidedigna, de un discurso suyo pronunciado en el Senado en diciembre del 63 a.C. La edición salustiana de Alfred Kurfeß, numerosas veces reeditada (Teubner, Leipzig, 1957,[3] última reedición, 1991), es la más digna de consideración, mientras que la más admirable es, como siempre, la traducción de Alfred Ernout (*Salluste*, Collection Budé, París, 1941, 1960).[3] Las denominadas cartas de Salustio *ad Caesarem senem* son una elaboración posterior.

Para Veleyo, el historiador de la época tiberiana, el reciente texto comentado por Maria Elefante (Olms-Weidmann, Hildesheim-Zurich-Nueva York, 1997) no sustituye al de C. Stegmann von Pritzwald (Teubner, Leipzig, 1933).[2]

Para Anneo Floro, que escribe en tiempos del emperador Adriano (118137 d.C.), la edición de referencia es la de Enrica Malcovati: L. Annei Flori *Quae exstant*, Poligrafico dello Stato, Roma, 1972.[2]

Para el II libro (completamente dedicado a César) de las *Guerras civiles* de Apiano (el historiador alejandrino de la época de Frontón y de Antonino Pío) no se dispone de un comentario histórico como en cambio ocurre con otros libros de la misma obra. El texto crítico al que se ha de recurrir sigue siendo el de Ludwig Mendelssohn, reelaborado por Paul Viereck (Teubner, Leipzig, 1905). La traducción inglesa de la «Loeb Library», bien realizada, de Horace White, tiene el defecto de que no reproduce la división en párrafos del texto teubneriano.

Para Dión Casio (que bajo los Severos escribió en griego la *Historia de Roma*, en nada menos que 80 libros), la edición de Ursulo Filippo Boissevain (Weidmann, Berlín, 1905, reedición de 1955, vols. I-IV; V: *Index Graecitatis* a cargo de W. Nawjin) no ha sido superada. Los libros XXXVII-XLIV, 20 tratan esencialmente de la historia de César. Gran parte de Dión procede de Livio e incluso también de los *Commentarii* cesarianos.

Para los fragmentos de los libros perdidos de Livio la edición es la de W. Weissenborn y H. J. Müller (X vol. de la edición liviana comentada), Weidmann, Berlín [1880], 1962,[3] pp. 167-180.

Estudios modernos

La reconstrucción más creíble de las diversas etapas de la carrera pública de César se encuentra en el volumen II de los *Magistrates of the Roman Republic* [= *MRR*] de T. R. S. Broughton (American Philological Association, Cleveland, 1952) desde el año 81 al 44 a.C. Hay que considerar, además, las correcciones del volumen III (*Supplement*, Scholars Press, Atlanta, 1986), pp. 105-108. Muy útil es T. P. Wiseman, *New Men in the Roman Senate (139 B.C.-A.D. 14)*, University Press, Oxford, 1971. Imprescindible para la reconstrucción de la vida de César hasta el triunvirato: H. Strasburger, *Caesars Eintritt in die Geschichte,* Neuer Filser, Munich, 1938. El tratado conciso pero exaustivo de Broughton y el de Strasburger (en particular los gráficos en las pp. 7-23) superan, en cuanto a cronología y aparato de fuentes, a los dos ya notables tratados de Paul Groebe: el que ocupa una amplia parte del volumen dedicado a la *gens Iulia* en la reelaboración de *Geschichte Roms* de W. Drumann (Borntraeger, vol. III, 1906, pp. 125-684 y 696-827), y el posterior (1918) pero más esquemático y esencial, bajo la voz *Iulius* (n. 131) en la Pauly-Wissowa (= *RE*). (Aquí la parte final *Caesar als Schriftsteller*, col. 259-275, es de Alfred Klotz.) La interpretación política de la obra de César se encuentra en libros que han marcado una época (aunque no hay que olvidar el *Précis des guerres de César* [1819] de Napoleón I,

publicado por Marchand en 1836); la *Römische Geschichte* de Theodor Mommsen (1854-1956); la *Histoire de Jules César* de Napoleón III (1865-1966), completada por Stoffel en lo que se refiere al período de la guerra civil; Eduard Meyer, *Caesars Monarchie und das Prinzipat des Pompeius*, Cotta, Stuttgart-Berlín, 1918; el *Caesar* de Matthias Gelzer (Deutsche Verlags Anstalt, Stuttgart-Berlín, 1921, 1940,[2] 1960[3]); el *César* de Jêrome Carcopino (Presses Universitaires de France, París [1935],[1] 1968. Siguen siendo fundamentales R. Syme, *Roman Revolution*, Clarendon Press, Oxford, 1939, y la colección de sus ensayos de historia romana (*Roman Papers*, ed. de E. Badian [de A. R. Birley el VII volumen], vols. I-VII, Clarendon Press, Oxford, 1979-1991). La «última generación» de la República romana ha sido objeto de una profunda reconsideración por parte de E. S. Gruen, *The Last Generation of the Roman Republic*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1974. Todos ellos son libros mucho más jugosos que la torrencial y desorientadora biografía de César escrita por Christian Meier (Severin und Siedler, Berlín, 1982).

Para todos los aspectos jurídicos-constitucionales que la actividad política de César pone a menudo en discusión sigue siendo fundamental el III volumen de la *Storia della costituzione romana* de Francesco de Martino (Jovene, Nápoles, 1973).

Sobre los problemas de la ciudadanía a los transpadanos, véase al menos: E. Gabba, *Italia romana*, New Press, Como, 1994, cap. XXI (especialmente pp. 242-243); G. Bandelli, «Colonie e municipi delle regioni transpadane in età repubblicana», en *Le città nell'Italia settentrionale romana (Atti*, Trieste 1987*)*, Ed. École Française de Rome, Roma, 1990, pp. 251-277 (especialmente pp. 260-263); y, en general, W. Eck y H. Galsterer (eds.), *Die Stadt in Oberitalien*, Philipp von Zabern, Mainz, 1991 (especialmente la contribución de F. Cassola).

Para el inmenso campo de la «recepción» de la figura de César en las épocas sucesivas véanse las investigaciones recogidas en el volumen en honor a M. Rambaud, *Présence de César* (Les Belles Lettres, París, 1985); pero también la puntual voz *Caesar im Mittelalter* en el *Lexikon des Mittelalters*, II, Artemis, Munich-Zurich, 1983, col. 1351-1360, así

como la voz *César* del diccionario holandés *Van Alexandros tot Zenobia* (SUNm Nijnregen, 1987-1989), en gran medida dedicada a la «recepción» de César. Y sobre todo: Zwi Yavetz, *Julius Caesar and His Public Image* (1979), Thames and Hudson, Londres, 1983 (especialmente el capítulo I).

Para la dificultad por parte de las fuentes del período de Augusto y Tiberio para tomar partido frente al «héroe» republicano por excelencia véase Lily Ross Taylor, «Catonism and Caesarism», en *Party Politics in the Age of Caesar*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1949, pp. 162-182, y el reciente ensayo de Arturo de Vivo, «La morte negata. Catone Uticense nella "Storia" di Velleio», en *Costruire la memoria. Ricerche sugli storici latini,* Loffredo, Nápoles, 1998, pp. 4962.

La delicada posición de Marco Antonio en los últimos meses de César la describe R. F. Rossi, «Antonio fra Cesare ed i congiurati», en *Marco Antonio nella lotta politica della tarda repubblica romana*, Trieste, 1959, pp. 33-63.

Sobre el fin de César véase el ensayo de J. P. V. D. Balsdon, «The Ides of March», *Historia*, 7, 1958, pp. 80-94 (cuya conclusión es: «without the immense prestige of Brutus' personality […] the conspiracy could never have taken place»); algunos capítulos de U. Gotter, «Der Diktator ist tot!», *Historia, Einxelschriften*, n.º 110, Steiner, Stuttgart, 1996; y el capítulo inicial de Jochen Bleicken, *Augustus, eine Biographie*, Alexander Fest, Berlín, 1998. Sobre aspectos religiosos y políticos de los funerales de César: A. Franschetti, *Roma e il principe*, Laterza, Roma-Bari, 1990, pp. 46-59.

Para una orientación bibliográfica sobre César se pueden ver las contribuciones recogidas en el volumen I, 3 (1973), de *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, De Gruyter, Berlín-Nueva York, pp. 457-487, así como la bibliografía de M. de Nonno, P. de Paolis y C. di Giovine, en *Lo spazio letterario di Roma antica*, vol. IV, Salerno, Roma, 1991, pp. 302-308.

BIOGRAFÍAS

por M. STEFANIA MONTECALVO

Lucio AFRANIO.(*Homo novus*, originario de Piceno, está al servicio de Pompeyo contra Sertorio. Pretor en los años 72 y 71, aliado de Pompeyo contra Mitrídates VI (66-61), es cónsul en el 60 con Quinto Cecilio Metelo Celere. Obtiene la Galia como provincia consular (posiblemente la Cisalpina), pero no es seguro que haya estado allí. Desde el año 53 está en España todavía como legado de Pompeyo (comandando tres legiones), en el 49 defiende Ilerda. Tras la victoria de César consigue el perdón de éste, pero vuelve con Pompeyo. Huye tras la batalla de Farsalia, siendo capturado y asesinado después de Tapso.

Cayo AMAFINIO. Divulgador de la filosofía epicúrea en latín (Cicerón, *Epíst. fam*.,XV, 19, 2; *Acad. post*., I, 5; *Tusc*., I, 6; II, 7; IV, 7).

Tito AMPIO BALBO. Denodado filopompeyano, tribuno de la plebe en el 63 a.C., pretor en el 59, procónsul en Asia en el 58 (y posiblemente después en Cilicia). Tras haber reunido las tropas de Capua en el 49 es legado propretor en Asia. Exiliado por César, Cicerón lo hará retornar en el 47-46. Sus adversarios lo denominaban con el sobrenombre de «la tumba de la guerra civil» (Cic. *Epíst. fam*.,IV, 12, 3), escribió, como se deduce de Suetonio (*Cés,* 77), biografías o memorias.

Cayo ANTONIO HIBRIDA.Hijo del rétor Marco Antonio, hermano de Marco Antonio Cretico y tío de Marco Antonio, el futuro triunviro, es prefecto en Asia bajo Sila probablemente en el 84, cuestor antes del 70, fecha en que se le expulsó del Senado acusado de corrupción y concusión. En el 68 es tribuno de la plebe, pretor en el 66, cónsul junto a Cicerón en el 63.

Mantiene una actitud ambigua en relación a los catilinarios, pero aun así es aclamado *imperator* en el 62 tras la victoria sobre Catilina. Entre el 62 y el 60 es procónsul en Macedonia. En el 59, a pesar de la defensa de Cicerón, se le condena al exilio por haber participado en la conjura de Catilina y por malversación en Macedonia. Entre los acusadores se encontraban Cneo Léntulo Clodiano, Marco Celio Rufo y probablemente Cayo Caninio y Quinto Fabio Máximo. César le permitirá regresar únicamente en el 44 y recuperará el puesto en el Senado. En el 42 es censor con Publio Sulpicio, y posteriormente se pierde su rastro. Respecto al sobrenombre de Hibrida, véase Plinio, *Hist. Nat*., VIII, 213.

Cayo AURELIO COTA. Sobrino de Publio Rutilio Rufo y hermano de Lucio y Marco Aurelio Cota. Junto a Livio Druso y Sulpicio Rufo, pertenecen al círculo de Craso. Vario lo exilia y regresa con Sila. Cónsul en el 75; restablece parcialmente los poderes de los tribunos. Gobierna la Galia Cisalpina; muere antes de haber podido obtener el triunfo.

Tito CACIO.Proveniente de la Galia Cisalpina, lo recuerdan Cicerón (*Epíst. fam*.,XV, 16), Quintiliano (X, 1, 24) y Plinio (*ep*.,IV, 28) como devoto epicúreo. Se le atribuyen cuatro libros *De rerum natura et de summo bono*.

Marco CALPURNIO BÍBULO. Colega de César como edil curul (65 a.C.), en la pretura (62) y en el consulado del 59 a.C. (como candidato de la *nobilitas*, consigue superar a Lucio Luceyo). Comienzan sus desaveniencias con César durante el consulado en común, en un primer momento va contra la legislación agraria, y seguidamente impugna toda la legislatura. Su oposición consistió en encerrarse en su casa y anunciar eventos desfavorables que no permitirían el normal desarrollo de la vida política. Ferviente defensor de los optimates en el período siguiente, en el 52 propone a Pompeyo *consule sine collega*. Desde el 51 y hasta el 49 se encuentra en Siria como gobernador, pero no consigue el triunfo a pesar de los esfuerzos de su suegro Marco Porcio Catón (se había casado con su hija Porcia). En el 49 está al frente de una gran flota, pero no logra evitar que César llegue a Epiro. Muere

en el 48. De los tres hijos tenidos con su primera mujer, dos murieron en Alejandría. El hijo que tuvo con Porcia escribió una biografía sobre Marco Junio Bruto (segundo marido de Porcia).

Cayo CALPURNIO PISÓN. Imputado por *ambitus* y absuelto, es pretor urbano en el 72 o 71 a.C. En el 67 es cónsul y opositor de los defensores de Pompeyo, en particular de los tribunos Cayo Cornelio y Aulo Gabinio, pero no de Marco Lolio Palicano, a quien impide la candidatura al consulado. Hace aprobar la *Lex Cornelia de ambitu*. Le asignan como provincias proconsulares las Galias, donde permanece hasta el 65. Derrota a los alóbrogos, apoya a Cicerón (que lo defenderá de la represión de los desórdenes en la Transpadania) contra los catilinarios. En el 61, Marco Pupio Pisón le concede hablar en primer lugar en el Senado. No se tienen noticias de él después del 59.

Quinto CASIO LONGINO. Primo del cesaricida Casio, cuestor en Hispania Ulterior al servicio de Pompeyo en el 52. En el 49 es tribuno y se reúne con César, quien lo nombrará gobernador de la Hispania Ulterior. Se ve sorprendido por una rebelión de provinciales y soldados mientras está preparando la expedición contra Juba; en su ayuda intervienen Bogud y Marco Emilio Lépido. A la llegada del sustituto Cayo Trebonio (en el 47) huye con el tesoro, pero la nave naufraga y muere.

Quinto CECILIO METELO CELERE. Sobrino de Quinto Metelo Celere Baleárico, tribuno en el 72 o en el 68, edil en el 67, legado bajo Pompeyo en el 66, pretor urbano en el 63 y augur, puso fin al proceso de Rabirio. Participando en el mando contra los catilinarios, es enviado a la Galia Cisalpina. Defiende a Nepote contra Cicerón (*Epíst. fam.*,V, 1-2). Es cónsul en el 60, adversario de Pompeyo, que se había divorciado de su hermana Murcia Tercia; en el 59 se opone al programa de César. Fallece antes de llegar a la provincia que se le había asignado (Galia Transalpina). Fue marido de una de las hermanas de Clodio.

Quinto CECILIO METELO PÍO ESCIPIÓN NASICA. Hijo de Publio Cornelio Escipión Nasica, adoptado después por Quinto Metelo Pío, es tribuno en el 59, pretor en el 55, *interrex* en el 53, candidato al consulado para el 52, año en el que Pompeyo es *consul sine collega*. Se une a Pompeyo, dándole a su hija como esposa; perseguido por *ambitus*, es absuelto gracias a la intervención de Pompeyo. Ataca a César en el Senado en el 49. En el 48 recibe Siria del Senado; con dos legiones está en Farsalia, donde dirige el centro del frente. Posteriormente huye a África y muere en Tapso.

APIO CLAUDIO PULCRO. Hijo de Apio Claudio Pulcro (cónsul en el 143), y padre de Publio Clodio. Pretor en el 89 o en el 88, ateniéndose a la L*ex Plautia Papiria,* incluye a algunos aliados entre los ciudadanos romanos. Enemigo de Lucio Cornelio Cinna, deja Roma en el 87, es declarado fuera de la ley y expulsado del Senado. Regresa con Sila y en el 79 es cónsul. Se le asigna la provincia de Macedonia. Es *interrex* en el 77, obtiene algunas victorias en el 76 a pesar de encontrarse gravemente enfermo. Muere en el mismo año.

Apio CLAUDIO PULCRO. Primogénito de Apio Claudio Pulcro (cónsul en el 79), presta servicio en Oriente bajo Licinio Lúculo del 72 al 70. Pretor en el 57, apoya a su hermano Publio Clodio. Del 56 al 55 es gobernador en Cerdeña. En el 54 es cónsul y se ve implicado en un escándalo electoral con Cayo Memio y Cneo Domicio Calvino, candidatos para el 53. Gobernador en Cilicia del 53 al 51, Dolabela lo acusa de *maiestas* en Cilicia y *ambitus* en la candidatura a la censura. Es ayudado por Pompeyo, Bruto y otros. En el 50 es censor junto a Lucio Calpurnio Pisón. En el 49 sigue a Pompeyo, muriendo en Grecia en el 48 (durante el proconsulado). Es autor de un tratado sobre el oficio de los augures, dedicado a Cicerón.

CORNELIA. Hija de Cinna, se casa con César a la edad de dieciséis años. Tiene con él una sola hija, Julia. Sila intentó inútilmente provocar el divorcio entre César y Cornelia. Muere en el 68 durante la cuestura de César, que pronuncia una oración fúnebre en su honor.

Lucio CORNELIO BALBO. Natural de Cádiz (España), obtiene la ciudadanía romana gracias a Pompeyo a quien había ayudado contra Sertorio y del cual se hace partidario en el 72 a.C. En el 61 (o en el 62) es *praefectus fabrum* (oficial del cuerpo de ingenieros) de César. En el 60 está entre los defensores de la coalición entre Pompeyo, Craso y César y desde ese momento pasará gradualmente a estar de parte de este último. En el 59 de nuevo es *praefectus fabrum* de César; después se encarga de salvaguardar los intereses de éste en Roma. Defendido en el 56 por Cicerón *(Pro Balbo)* de la acusación de haber obtenido ilegalmente la ciudadanía, intenta atraer a Cicerón y a Léntulo Crure a la causa cesariana (entre el 50 y el 49). Partidario de César, después de Farsalia es, junto a Opio, el que se ocupa de las relaciones públicas del dictador. Tras la muerte de César apoya a Octaviano, ejerce el consulado en el 40 como *primus exterorum* (Plinio, VII, 43), siendo el primer provincial que lo logra, y está aún vivo en el 32. De sus intereses literarios da testimonio la correspondencia con Cicerón.

Lucio CORNELIO CINNA. De familia patricia, destaca durante la guerra social y se convierte en cónsul en el 87 a.C., a pesar de la oposición de Sila. Líder de los populares con Publio Sulpicio Rufo (tribuno de la plebe en el 88) y Mario, tras el fracaso de Marco Livio Druso en el 91, que proponía un vasto programa de reformas, intenta durante el consulado acabar con la legislación silana del año anterior, cuando Sila era cónsul. Sin embargo, se le opone su colega, Cneo Octavio, y es destituido, ocupando su puesto Lucio Cornelio Merula. Con Cneo Papirio Carbón, Quinto Sertorio y Mario marcha sobre Roma y la ocupa (tras la muerte de Cneo Pompeyo Estrabón y Quinto Cecilio Metelo Pío). Se venga de los adversarios. Nuevamente es cónsul en el 86 con Mario y, tras la muerte de éste, con Lucio Valerio Flaco, después enviado contra Mitrídates VI. Promueve reformas sociales, pero no consigue mejorar la economía en crisis por la guerra social y por la declarada contra Mitrídates. Siendo aún cónsul en el 85 y en el 84, continúa la guerra contra Mitrídates e intenta negociar con Sila. Parte hacia Liburnia (región colindante con Dalmacia septentrional) en el 84, pero es asesinado durante un amotinamiento.

Cneo CORNELIO DOLABELA.Tras haber estado al servicio de Sila en Oriente, es nombrado cónsul en el 81 a.C. Gobernador de Macedonia, obtiene el triunfo en el 78. César lo acusa, sin éxito, de *repetundae*.

Publio CORNELIO DOLABELA. Nacido en el 69 o quizá antes. Famoso por su juventud libertina, defendido en dos ocasiones por Cicerón, se divorcia de su mujer en el 50 y se casa con Tulia, la hija de Cicerón. En el mismo año persigue con acusaciones sin éxito a Apio Claudio Pulcro. Se divorcia de Tulia en el 46. Colabora con César hasta el 49, está al mando de una flota en el Adriático pero sin obtener particulares victorias. Enfermando, regresa a Italia y se hace adoptar por el plebeyo Léntulo y es nombrado tribuno de la plebe en el 47. Durante el tribunado provoca graves desórdenes con una propuesta de ley que preveía la cancelación de las deudas. Lo encontramos, de todos modos, con César en África (47-46) y en España (46-45), donde es herido gravemente. César lo designa para el consulado en sustitución suya antes de la campaña pártica y a pesar de la oposición de Antonio. Tras la muerte de César trata con los cesaricidas. Obtiene el mando de Siria por cinco años. En el viaje a Asia asesina brutalmente al procónsul Cayo Trebonio (enero 43), por lo cual el Senado lo declara enemigo público. En el mismo año va a Siria. A pesar de la ayuda de Cleopatra, es perseguido por Casio en Laodicea y, en previsión de su derrota, se suicida en el mes de julio.

Lucio CORNELIO LÉNTULO CRURE. Hermano de Publio Cornelio Léntulo Espínter, es pretor en el 58 y cónsul en el 49 y se encuentra entre los enemigos de César. Enviado por el Senado a Asia, llega con dos legiones a Durazzo, donde Lucio Cornelio Balbo intenta inútilmente convencerlo para que abandone a Pompeyo. Después de Farsalia se dirige a Egipto, donde muere al día siguiente del fallecimiento de Pompeyo. Parece ser que amaba la vida dispendiosa y que estaba por ello lleno de deudas.

Lucio CORNELIO SILA. Nacido en el 138 en el seno de una familia patricia no particularmente ilustre, gracias a una herencia pudo emprender la carrera política. En el 107, como cuestor, después en el 104 y 103, da prueba al servicio de Mario de sus capacidades militares en la guerra numídica y

contra los germanos. *Praetor urbanus* sólo en el 97, procósnul en Cilicia del 96 al 92, en el 91 obtiene el apoyo del Senado contra Mario. Destaca durante la guerra social; en el 89, con el apoyo de los Metelos obtiene el consulado para el año 88. El tribuno Publio Sulpicio Rufo lo priva del mando de la guerra contra Mitrídates, asignándoselo a Mario. Sila marcha sobre Roma y ocupa la ciudad, dejando estupefactos hasta a sus seguidores. Sirviéndose de las armas hace aprobar una legislación favorable a la *factio* de los optimates. No obstante, para el consulado del 87 es elegido Cinna *(vid. supra)*. Deja Roma y se embarca hacia Grecia. Aunque Cinna lo declara enemigo público, continúa su expedición contra Mitrídates. En el 86 ocupa Atenas y la saquea. Tras la muerte de Cinna (84) regresa a Italia para invadirla; ocupa nuevamente Roma después de la victoriosa batalla en Porta Colina, es nombrado dictador, siguiendo un procedimiento no propiamente legal, por el *interrex* Lucio Valerio Flaco, el cual es nombrado su *magister equitum*. Con sus adversarios practica una justicia sumaria mediante las proscripciones. Durante la dictadura (del 82 al 79) lleva a cabo una reforma constitucional orientada a restaurar el dominio de la oligarquía senatorial: admite a 300 nuevos miembros en el Senado (provenientes del estamento ecuestre); dispone una reglamentación de la carrera política; hace que sea necesaria la aprobación del Senado en materia de legislación; limita en gran medida los poderes de los tribunos de la plebe; restituye la jurisdicción criminal al Senado; asigna el poder militar exclusivamente a procónsules y propretores en las provincias y no a los cónsules y a los pretores en funciones. Se retira de la dictadura, probablemente impulsado por sus mismos partidarios, en el 79, y poco después muere.

Publio CORNELIO LÉNTULO ESPÍNTER. Cuestor en el 74 a.C., edil en el 63 bajo el consulado de Cicerón, pretor urbano en el 60, enviado como procónsul a España y nombrado pontífice gracias a la ayuda de César. Cónsul en el 57, se ocupa del retorno de Cicerón del exilio y luego le ayuda a recuperar los bienes que se le habían confiscado. Procónsul en Cilicia desde el 56, es encargado de restablecer en el trono a Ptolomeo XII Auletes.

Obtiene el triunfo en el 51. Capturado en Corfinio y liberado por César, se reúne con Pompeyo, combate en Farsalia y muere poco después, tal vez a manos del mismo César.

Fausto CORNELIO SILA.Hijo de Lucio Cornelio Sila y de Cecilia Metela, presta servicio militar bajo Pompeyo, con particular energía en Jerusalén, en el 63. A su regreso, en el 60, hace que se celebren unos juegos grandiosos en memoria de su padre. En el mismo año es nombrado augur. En el 54 es cuestor, en el 52 apoya a Milón, posteriormente se empeña en la reconstrucción de la Curia que había sido incendiada durante los funerales de Clodio. Durante la guerra civil está al lado de Pompeyo; tras Farsalia huye a África y después de Tapso Publio Sitio lo captura y le da muerte.

COSUCIA.Primera mujer de César, repudiada por él antes de ser *flamen Dialis* (era necesario que estuviera casado con una mujer noble), Cosucia pertenecía a una familia de escultores, arquitectos y marmolistas que desde hacía poco había sido admitida en el estamento ecuestre.

Lucio DOMICIO AHENOBARBO. Alabado por Cicerón en las *Verrinas* como *princeps iuventutis* (más tarde —desde el 65— contará con su ayuda para llegar al consulado [*Epísts. a Át.*,I, 1, 4]), es pretor en el 58 e intenta encausar a César por los hechos del 59 pero sin éxito. En el 56 propone que César se retire de la Galia. Se presenta como candidato para el consulado del 55, pero después de Luca aplaza la candidatura al 54. Cuando era cónsul (en el 54) se vio implicado en un escándalo electoral junto al colega Apio Claudio Pulcro. Llega a pontífice en el 50. Para el 49 le es destinada la Galia como sustituto de César, pero después del paso del Rubicón reúne al ejército en Corfinio. Pompeyo no responde a su solicitud de ayuda y Domicio se rinde a César, que lo perdona y lo deja libre sin armas. A continuación defiende Marsella y cuando César la toma huye a Grecia. Combate en Farsalia y muere durante la fuga. Su esposa era de la familia Porcia, su hijo fue Cneo Domicio Ahenobarbo.

Cneo DOMICIO AHENOBARBO. Hijo de Lucio, está en Corfinio con su padre en el 49 y con él obtiene el perdón de César. En el 44 está con Bruto en Macedonia, en el 43 se le acusa de haber participado en el asesinato de César. Del 44 al 42, al mando de la flota del Adriático contra los triunviros, se une a Antonio tras los pactos de Brindisi. Del 40 al 35 (y posiblemente aún después) es gobernador de Bitinia. Cónsul en el 32, se opone a la participación de Cleopatra en la guerra de Antonio contra Octaviano. Muere después de Accio (30 a.C.).

Cayo ESCRIBONIO CURIÓN.Tribuno de la plebe en el 90, presta servicios bajo Sila en Oriente y posteriormente se enriquece con las proscripciones. Cónsul en el 76 y adversario de Cneo Sicinio, combate en Macedonia y obtiene la victoria en el 73. Defiende a Verres. Censor en el 61 con Lucio Julio César, se ocupa de la defensa de Clodio, suscitando así la irritación de Cicerón, que escribió un *pamphlet* contra él, aunque luego solicitó su ayuda durante el exilio. Fue un acérrimo opositor de César hasta su muerte, acaecida en el 53.

Cayo ESCRIBONIO CURIÓN. Hijo del cónsul del 76, amigo de Clodio y después marido de Fluvia tras su muerte, en relación con Marco Antonio, se encuentra entre las filas de los optimates. Estuvo implicado en el *affaire* de Lucio Vecio. Cuestor en el 54 y tribuno en el 50 contra César. Propone evitar el enfrentamiento ordenando tanto a César como a Pompeyo que licencien a sus respectivos ejércitos. Votación en el Senado: 370 favorables, contrarios 22; pero el cónsul Cayo Claudio Marcelo rechaza el veredicto. En el 49 está al servicio de César, posteriormente como propretor en Sicilia, ocupada por él, y en África. Tras algunas victorias iniciales, Juba lo captura y lo mata.

Aulo HIRCIO. Oficial al servicio de César desde el 54 a.C., enviado por él a Pompeyo en diciembre del 50. Durante la guerra civil luchó en España, tal vez llegó a ser tribuno de la plebe en el 48. Se encuentra en Antioquía de Siria en la primavera del 47; es pretor en el 46; está en la Galia Transalpina en el 45. Cónsul designado tras la muerte de César; es instigado por Cicerón contra Marco Antonio en el 43. Está con Octaviano en Módena, donde muere. Es homenajeado con un solemne funeral junto a Pansa. Se le atribuye

el octavo comentario de la guerra gálica y está entre los que son indicados como autores del *Bellum Alexandrinum*. Es uno de los corresponsales de Cicerón; escribió un *Anticato* por encargo de César.

JULIA. De familia patricia (hija de un César y una Marcia), se casa con Cayo Mario tras la victoriosa campaña en España (114-113). El *Homo novus* entraba así a formar parte de una familia patricia que se preciaba de ascendencias divinas. Madre de Cayo Mario, cónsul en el 82. Fallece en el 69. En sus funerales, su sobrino César hizo una *laudatio* en la que glorificaba la estirpe de los Césares y la causa mariana.

Quinto HORTENSIO HORTALO. Nacido en el 114 a.C., fue uno de los más importantes oradores romanos. Presta servicio durante la guerra social, se distingue como abogado durante la ausencia de Fausto Cornelio Sila de Roma; posteriormente es partidario suyo, activo en los tribunales en los años setenta, célebre por su elocuencia de tipo «asiano». Es vencido por Cicerón, que acabará siendo amigo suyo, en el proceso contra Verres del 70. En el 69 es cónsul. Vinculado a los optimates, se opone a la concesión de poderes extraordinarios a Pompeyo. Está presente en muchos procesos junto a Cicerón. Paulatinamente se retira de la vida política para dedicarse a una vida dispendiosa y a la cocina; uno de sus pasatiempos era la cría de peces. Muere en el 49. Cicerón recuerda su figura al inicio del *Brutus* y le dedica el *Hortensius*.

Publio LICINIO CRASO.Hijo de Marco Licinio Craso, se encuentra en la Galia con César en el 58 como *praefectus equitum* y en el 57 como legado. Fue decisiva su intervención contra Ariovisto. En el 57 lucha contra las tribus gálicas de Normandía y de Bretaña. En el 56 derrota a los aquitanos y regresa a Roma para apoyar la candidatura al consulado de Pompeyo y de su padre, Craso. En el 55 se casa con Cornelia, hija de Quinto Metelo Pío Escipión (posteriormente esposa de Pompeyo). En el 53 estaba al mando de un cuerpo de caballería en Patria con su padre, cuando muere.

Quinto LUTACIO CATULO. Hijo del culto Quinto Lutacio Catulo, huye de Roma al retorno de Cinna en el 87, y cuando regresa es nombrado edil. Se une a Sila a su vuelta y provoca la muerte de Marco Mario Gratidiano (el mismo que había empujado a su padre al suicidio). Cónsul en el 78, se enfrenta con su colega Marco Emilio Lépido; hace aprobar una ley contra la violencia. Organiza un solemne funeral por Sila. Frustra la rebelión de Lépido. Reconocido como líder de los optimates, lucha por mantener la constitución silana. Solamente acepta una modificación de las cortes enjuiciantes formadas por miembros del Senado (en el 70). Infatigable opositor de las propuestas de ley de Gabinio (67) y Manilio (66) sobre la concesión de *imperia extra ordinem* a Pompeyo. Es censor en el 65 y se opone a la propuesta de Craso de otorgar la ciudadanía a los transpadanos y de anexionar a Egipto. César lo vence en el 63 en las elecciones a pontífice máximo. Intenta, sin éxito, involucrar a César entre los catilinarios sospechosos. Habiendo perdido su influencia incluso en el Senado, fallece en el 61.

Cayo MARIO. Nacido en el 157 en Arpino (ciudad que había recibido la ciudadanía romana en el 188), donde la familia poseía terrenos, Mario, valeroso combatiente en Numancia bajo Escipión y cliente de los Metelos, es animado por éstos a emprender la carrera política. En el 119 es tribuno de la plebe, cargo durante el cual se torna hostil hacia los Metelos. Consigue en el 115 la pretura. En el 111 se casa con Julia, tía de Julio César. Vuelve a mantener buenas relaciones con los Metelos y sigue a Quinto Metelo Macedónico a África contra Yugurta (109). Al año siguiente convence a Metelo para que presente su propia candidatura al consulado. Una vez en Roma, Mario redimensiona los méritos de Metelo y es elegido cónsul en el 107: los comicios por tribus le otorgan el mando del ejército en África. Lleva a cabo la reforma del ejército abriendo la posibilidad de inserción a los *capite censi* (proletarios desposeídos) equipados por el Estado. Combate contra Yugurta y lo vence en el 104. Cónsul hasta el 101, vence a los cimbrios y a los teutones (102 y 101). En el 100, como cónsul, se une a los optimates y abandona a Saturnino, que reivindicaba la asignación de tierras a los veteranos de Mario; pero también se muestra contrario al

retorno de Metelo, de modo que pierde el apoyo tanto de los optimates como de los populares. Parte para Asia Menor. Regresa a Roma. Se retira de la guerra social debido a que no se le había otorgado el mando supremo. Espera obtener el consulado en el 88; decide de acuerdo con Sulpicio Rufo volver a la política. A pesar de que Lucio Cornelio Sila sea cónsul, Sulpicio obtiene para Mario el mando de la guerra en Oriente. Sila responde ocupando Roma (véase Lucio Cornelio Sila). Mario huye a África. Expulsado Cinna, vuelve a Italia, reúne sus tropas en Etruria, se alía con Cinna y ocupa Roma. Cónsul con Cinna en el 86, proyecta la expedición a Oriente pero fallece antes de asumir el mando.

Cayo MEMIO.Marido de Fausta, hija de Fausto Cornelio Sila. Contrario a los Lúculos durante el tribunado del 66 y a César durante la pretura del 58; en el 57 es gobernador de Bitinia; la alianza política con la *pars Silana* se disuelve en el 55, cuando se divorcia de Fausta; presenta la candidatura para el consulado en el 53 con el apoyo de César, pero queda involucrado en un escándalo electoral. Condenado por *ambitus*, se exilia en Atenas (donde quería edificar una nueva casa en el lugar de la morada de Epicuro, como sabemos por Cicerón). Muere antes del 46. Vinculado a intelectuales como Catulo y Elvio Cinna, Lucrecio le dedicó su *De rerum natura*.

Cayo OPIO. De rango ecuestre, es partidario de César y responsable de las relaciones de éste con los otros políticos. De acuerdo con Cicerón, tras la muerte de César, apoya a Octaviano. Autor de un gran número de biografías (de Publio Cornelio Escipión el Africano, de César y de Casio) y de un *pamphlet* en el que demostraba que «Cesarión» no era hijo de César. Se le atribuyen las tres *Bella* (Suetonio, *Cés*., 56).

Quinto PEDIO.Probablemente original de la Campania, hijo de un oficial de caballería y de la hermana mayor de César, Julia (aunque Suetonio, *Cés*., 83, dice que era su sobrino), fue legado de César en la Galia (5855) y lo apoyó en el 49. Pretor en el 48, se opone a Milón. En el 46, junto a Quinto Fabio Máximo, está al mando del ejército cesariano en España; en el 45 participa en la batalla de Munda. En el 44 hereda una octava parte del patrimonio de César, pero Octaviano lo convence para que lo ponga a su disposición. Es

cónsul con él en el 43 (desde el 19 de agosto), comprometido en la lucha contra los cesaricidas, y queda al mando de la ciudad mientra en Bolonia se celebran las negociaciones entre Octaviano, Lépido y Marco Antonio. Muere en circunstancias poco claras tras haberle sida asignada la tarea de aplicar las proscripciones.

Marco PETREYO. Cuando, en el 63 a.C., es legado de Cayo Antonio Hibrida y vence a Catilina en Pistoya, tiene a sus espaldas una larga experiencia militar. En el 59 se opone a la ley agraria propuesta por César. Desde el 55 se encuentra en la España Ulterior como legado de Pompeyo; en el 49, con sus dos legiones, combate junto a Afranio contra César. Organiza la resistencia de Ilerda (Lérida). Se desconoce si estuvo en Farsalia. En el 48, junto a Fausto Cornelio Sila, se une a Marco Porcio Catón en Petra y zarpa con éste para reunirse con los otros pompeyanos en África. Después de la derrota de Tapso mata a Juba y se quita la vida.

SERVILIA. Hija de Quinto Servilio Cepión y de Livia (a su vez, hija de Marco Livio Druso y madre de Marco Porcio Catón). Nacida en el 100 a.C., esposa a Marco Junio Bruto, con quien tiene a Marco Junio Bruto *iunior*; después se casa con Décimo Junio Silano, con quien tiene tres hijas, posteriores mujeres de Publio Servilio Isáurico, Marco Emilio Lépido y Cayo Casio Longino (uno de los cesaricidas). Fue durante muchos años la amante de César, hasta tal punto que circulaba el rumor de que Bruto era su hijo. Estuvo en relación con los tiranicidas. No se sabe nada más de ella tras Filipos.

Publio SERVILIO ISÁURICO. Hijo de Publio Sevilio Vacia Isáurico, pretor en el 54, apoya a Marco Porcio Catón. Se pasa a la parte de César, con quien es cónsul en el 48. Interviene para reprimir los desórdenes causados por Marco Celio Rufo. Posteriormente obtiene el gobierno de la provincia de Asia en el 46 (de dicho período da testimonio la correspondencia con Cicerón). Tras la muerte de César, Cicerón lo considera como un potencial aliado. Servilio, en cambio, intenta mantenerse cercano a Octaviano, a quien promete como esposa a su hija (a la que después Octaviano rechaza), y reconciliarse con Antonio. El resultado positivo de este vaivén es el consulado del 41 (el año de Perugia, en el que se comportó con suma prudencia).

Lucio VECIO. Perteneciente al *ordo equester*, de origen piceno, presta servicio bajo Cneo Pompeyo Estrabón (padre de Pompeyo Magno) y Sila. En relación con Catilina, se ve involucrado en la conjura; ayuda a Cicerón, pero revela el nombre de César. En el 59 denuncia un complot contra Pompeyo; entre los denunciados se encuentran los Curiones y Lúculo. Desacreditado, se le encarcela y es asesinado misteriosamente.

YUGURTA. Hijo adoptivo de Micipsa, rey de Numidia. A la muerte del padre (118 a.C.) es corregente con sus hermanastros Aderbale y Yempsale; manda asesinar a Yempsale y obliga a Aderbale a aceptar la parte del reino que le habría correspondido. Aderbale huye a Roma, donde defiende su propia causa: se abre la «cuestión numídica» (116). El Senado asigna a Aderbale la parte oriental —más rica— de Numidia; Yugurta inicia las hostilidades y asedia a su hermano en Cirta (112). A pesar de las embajadas del Senado, Yugurta gana tiempo y asalta Cirta, masacrando incluso a los residentes itálicos. Roma reacciona enviando en el 111 al cónsul Lucio Calpurnio Bestia, pero sin éxito. Tras una breve estancia en Roma, desde el 110 se reanudan las hostilidades y las derrotas de los romanos. En el 109 Yugurta se alia con Boco, rey de Mauritania. En el 107, el cónsul Mario tiene el mando de la guerra, pero fue Sila el que en el 104 llega a un acuerdo con Boco y lo convence para que entregue a Yugurta, el cual es destinado a comparecer entre los prisioneros del triunfo de Mario y después es ajusticiado.

CRONOLOGÍA[1]

por PASQUALE MASSIMO PINTO

1. Hasta las campañas de las Galias

12 o 13 de julio del año 100 a.C.

Nacimiento de César.

Vel. Pat. II, 41, 2; Plut. *Cés*. 69, 1; Suet., *Cés*., 88; Ap. G. *civ.* II, 106, 149; D. Cas. XLVII, 18, 6; Macr. *Sat*., I, 12, 34; *Fast. Amit.* p. 189; *Fast. Ant*. p. 208

87

César ejerce el cargo de *flamen Dialis*

Plut. *Cés*. 1, 3; Suet. *Cés.* 1, 1; Vel. Pat. II, 43, 1

85

Muerte del padre, Cayo Julio César

Plin. VII, 181; Suet. *Cés.* 1, 1

83

Divorcio de Cosucia y matrimonio con Cornelia, hija de Cinna

Plut. *Cés.* 1, 1; Suet. *Cés.* 1, 1

82

César se niega a repudiar a su mujer y deja Roma para huir de Sila

Vel. Pat. II, 41, 2; Plut. *Cés.* 1, 1; Suet. *Cés.* 1, 1-2; 74, 1; D. Cas. XLIII, 43, 4

81

Participa en el asedio de Mitilene a las órdenes del propretor Termo

Suet. *Cés.* 2, 1; [Aur. Vitt.] *Vir. illus.* 78, 1

80

Acude a la corte de Nicomedes IV de Bitinia como aliado de Termo

Plut. *Cés.* 1, 7; Suet. *Cés.* 2, 1; 49, 3; Gel. V, 13, 6; D. Cas. XLIII, 20, 2; [Aur. Vitt.] *Vir. illus.* 78, 1

78

Muerte de Sila: César regresa a Roma

Plut. *Cés.* 4, 1; Suet. *Cés.* 3

77-76

Acusación contra Dolabela y Antonio Hibrida

Vel. Pat. II, 43, 3; Asc. pp. 26, 74; Plut. *Cés.* 4, 1-2; Suet. *Cés.* 4, 1; Gel. IV, 16, 8; [Aur. Vitt.]. *Vir. illus.* 78, 2

75-74

Durante el viaje a Rodas es capturado por los piratas y retenido en Farmacusa. Recluta un pequeño ejército y participa en la tercera guerra contra Mitrídates

Vel. Pat. II, 41, 3; Val. Máx. VI, 9, 15; Plut. *Cés.* 1, 8-2; Suet. *Cés.* 4, 1-2; [Aur. Vitt.] *Vir. illus.* 78, 3

73

Regresa a Roma: es elegido en el colegio de los pontífices

Vel. Pat. II, 43, 1

72 o 71

Es tribuno militar

Plut. *Cés.* 5, 1; Suet. *Cés.* 5

70

Primer consulado de Pompeyo y Craso

Cic. *Verr.* II, 3, 123; Sal. *Cat.* 38, 1; *Fast. cons.* pp. 486-87

69

Cuestor en Hispania Ulterior después del pretor Cayo Antistio Vetere. Pronuncia los elogios fúnebres por su tía Julia y por su esposa Cornelia

G. Esp. 42, 1; Vel. Pat. II, 43, 4; Plut. *Cés.* 5, 2-4; 5, 6; Suet. *Cés.* 6-8; D. Cas. XXXVII, 52, 2; XLI, 24, 2

68

Se casa con Pompeya

Plut. *Cés.* 5, 7; Suet. *Cés.* 6, 2

67

Defiende la *Lex Gabinia*

Plut. *Pomp.* 25, 8

66

Defiende con Cicerón la *Lex Manilia de imperio Pompeii*

D. Cas. XXXVI, 43, 2-4

65

Es edil curul

Cés. *G. civ.* III, 16, 3; Vel. Pat. II, 43, 4; Plut. *Cés.* 5, 9-6, 3; Suet. *Cés.* 10; D. Cas. XXXVII, 8, 2

63

Es elegido pontífice máximo. Discurso en el Senado contra la pena de muerte de los catilinarios

Sal. *Cat.* 49, 2-51; Cic. *Epís. a Át.* XII, 21, 1; Vel. Pat. II, 43, 3; Plut. *Cés.* 7-8; Suet. *Cés.* 14; Gel. V, 13, 6; D. Cas. XXXVII, 36, 1-2; 37, 2; 44, 1

62

Pretor

Cic. *Epís. a Át.* II, 24, 3; Vel. Pat. II, 43, 4; D. Cas. XXXVII, 44

Repudia a Pompeya tras el escándalo provocado por Clodio durante la fiesta de la Bona Dea

Cic. *Epís. a Át.* I, 12, 3; 13, 3; Plut. *Cés.* 10; Suet. *Cés.* 6, 2

61

Es enviado como procónsul a la Hispania Ulterior. Operaciones contra los lusitanos

Cic. *Balb.* 43; Liv. *Per.* 103; Vel. Pat. II, 43, 4; Plut. *Cés.* 12, Suet. *Cés.* 18, 1; Ap. *Ibér.* 102; *G. civ.* II, 8; D. Cas. XXXVII, 52-53

60

Triunvirato con Pompeyo y Craso

Cic. *Epís. a Át.* II, 3, 3; Liv. *Per.* 103; Vel. Pat. II, 44, 1-3; Plut. *Cés.* 14, 1-2; Suet. *Cés.* 19, 2; Ap. *G. civ.* II, 9; D. Cas. XXXVII, 55-57

59

Cónsul por primera vez. Se casa con Calpurnia

Liv. *Per*. 103; Plut. *Cés.* 14, 1-2, 8; Suet. *Cés.* 19, 2; 21; D. Cas. XLIV, 41, 3-4; *Fast.* Capit. p. 57

Marzo del 58

César parte hacia la Galia

Cés. *G. gál.* I, 7, 1; Plut. *Cés.* 17, 5

Abril-junio del 58

Campaña contra los helvecios. Derrota de los helvecios en Bibracte

Cés. *G. gál.* I, 2-29: Liv. *Per*. 103; Estrab. IV, 3, 3; Plut. *Cés.* 18; Ap. *Célt.* fr. 1, 3, 15; D. Cas. XXXVIII, 31-33

Julio-septiembre del 58

Campaña contra los germanos. Ocupación de Vesontio. Derrota de Ariovisto

G. gál. I, 30-54; Liv: *Per.* 104; Plut. *Cés.* 19; Ap. *Célt.* fr. 1, 3; D. Cas. XXXVIII, 34-50

Otoño del 58-invierno del 58-57

César pasa el invierno en la Cisalpina

Cés. *G. gál.* I, 54, 2-3; Plut. *Cés.* 20, 1-3

Primavera-verano del 57

Campaña contra los belgas. Derrota de la coalición de los belgas en Asona. Publio Craso somete las poblaciones de la Armórica

G. gál. II; Plut. *Cés.* 20, 4-10; Ap. *Célt.* fr. 1, 4; D. Cas. XXXIX, 1-5

4 de septiembre del 57 (16 de agosto del 57; 17 de agosto del 57)

Cicerón regresa a Roma del exilio

Cic. *Epís. a Át.* IV, 1, 4-5; Liv. *Per*. 104; Ap. *G. civ.* II, 16; D. Cas. XXXIX, 9, 1

Finales de septiembre del 57 (principios de septiembre del 57)

En Roma, el Senado decreta una *suplicattio* de quince días por las empresas de César

Cés. *G. gál.* II, 35, 4; Cic. *Balb*. 61; *Prov. cons.* 25-27; *Epís. fam.* I, 9, 14; Plut. *Cés.* 21, 1; Suet. *Cés.* 24, 3; D. Cas. XXXIX, 5, 1

Finales del verano del 57

Publio Craso completa una primera exploración de la costa británica

Estrab. III, 5, 11

Otoño del 57-invierno del 57-56

César permanece durante el invierno en la Cisalpina

Cés. *G. gál.* II, 35, 4; Plut. *Cés.* 21, 3-5; Ap. *G. civ.* II, 17; D. Cas. XXXIX, 5, 1

Abril del 56

Encuentro de Luca con Pompeyo y Craso: renovación del pacto triunviral

Plut. *Cés.* 21, 6; *Pomp.* 51, 4-8; Ap. *G. civ.* II, 17-18

Verano-otoño del 56

Operaciones contra los pueblos alpinos. Guerra naval contra los vénetos (batalla de Quiberón). Expedición de Publio Craso a Aquitania. Operaciones contra morinios y los menapios

Cés. *G. gál.* III; Liv. *Per.* 104; D. Cas. XXXIX, 40-46

Otoño del 56-invierno del 56/55

César pasa el invierno en la Cisalpina

Cés. *G. gál.* III, 29, 3

55

Segundo consulado de Pompeyo y Craso. La *Lex Pompeia Licinia* prorroga por cinco años el proconsulado de César en la Galia

Cés. *G. gál.* IV, 1, 1; Vel. Pat. II, 46, 1; Plut. *Pomp.* 52, 1-4; Ap. *G. civ.* II, 17-18; D. Cas. XXXIX, 27-31; *Fast. cons.* pp. 494-95

Primavera-verano del 55

Campaña contra los usipetes y los tencterios. Primer paso del Rin

Cés. *G. gál.* IV, 1-19; Liv. *Per.* 105; Luc. II, 570; Plut. *Cés.* 22-23, 1; Suet. *Cés.* 25, 2; Ap. *Célt.* fr. 1, 5, 18; D. Cas. XXXIX, 47-49

Finales de septiembre-inicios de noviembre del 55 (principios de agosto-finales de septiembre del 55)

Primera expedición a la Britania.

Cés. *G. gál.* IV, 20, 36; Liv. *Per.* 105; Vel. Pat. II, 46, 1; Luc. II, 571-72; Plut. *Cés.* 23, 2-4; Suet. *Cés.* 25, 2; Ap. *Célt.* fr. 1, 5; D. Cas. XXXIX, 50-52

Otoño del 55-invierno del 55-54

En Roma el Senado decreta una *suplicatio* de veinte días. César se casa en la Cisalpina y visita la Iliria

Cés. *G. gál*. IV, 38, 4-V, 1; Plut. *Cés.* 25, 1; Suet. *Cés.* 24, 3; D. Cas. XXXIX, 53, 2.

Verano del 54

Segunda expedición a Britania. César vence a Casivelauno

Cés. *G. gál*. V, 5-23; Cic. *Epís. a Át.* IV, 15, 10; IV, 18, 5; *Epís. a Quint* III, 1, 25; D. Cas. XL, 1-3

Septiembre del 54

Muerte de su hija Julia, esposa de Pompeyo

Liv. *Per*. 106; Vel. Pat. II, 47, 2; Plut. *Cés.* 23, 5-7; Suet. *Cés.* 26, 1; Ap. *G. civ*. II, 19

Otoño del 54

Insurrección de los eburones liderados por Ambiórix

Cés. *G. Gal.* V, 26-52; Liv. *Per*. 106, Plut. *Cés.* 24; D. Cas. XL, 4-11.

Otoño del 54-invierno del 54-53

Sublevación de los senones y de los tréveros. César permanece durante el invierno en la Galia

G. gall. V, 53-58; D. Cas. XL, 11, 2.

Invierno del 53-verano del 53

Expediciones contra los nervios, carnutos, senones, tréveros y menapios. Segundo paso del Rin. César extermina a los eburones

G. gál. VI; Plut. *Cés.* 25, 3-5; D. Cas. LX, 32

12 de junio del 53 (31 de mayo del 53; 9 de mayo del 53)

Muerte de Craso en Carre en la expedición contra los partos

Cés. *G. civ*. III, 31, 3; Liv. *Per*. 106; Vel. Pat. II, 46, 4; Plut. *Cras.* 31, 1-6; Ap. *G. civ*. II, 18; D. Cas. LX, 27

Otoño del 53-invierno del 53-52

César pasa el invierno en la Cisalpina

Cés. *G. gál*. VI, 43, 3-VIII, 1, 1; D. Cas. XL, 32,5.

18 de enero del 52 (1 de enero del 52; 8 de diciembre del 53)

Asesinato de Clodio en Boville

Cés. *G. gál*. VII, 1, 1; Cic. *Mil.* 27; 45; Liv. *Per*. 107; Vel. Pat. II, 47, 4; Asc. p. 31; Suet. *Cés.* 26, 1; Ap. *G. civ*. II, 21; D. Cas. XL, 48, 2-3

Febrero del 52

Sublevación general de la Galia bajo el liderazgo de Vercingetórix

Cés. *G. gál*. VII, 2-5; Liv. *Per*. 107; Plut. *Cés.* 26-27; D. Cas. XL, 33-41.

Finales del mes intercalado del 52 (finales de febrero del 52; principios de febrero del 52)

En Roma se designa a Pompeyo cónsul sin colega

Cic. *Epís. a Át.* VII, 1, 4; VIII, 3, 3; Liv. *Per*. 107; Vel. Pat. II, 47, 3; Plut. *Cés.* 28, 7; *Pomp*. 54, 6-9; Ap. *G. civ*. II, 23; D. Cas. XL, 50, 4; *Fast. cons.* pp. 496-97

Primavera del 52

Conquista de Velaunoduno, Cénabo, Novioduno y Avarico

Cés. *G. gál*. VII, 15-28; Liv. *Per*. 107; Flor. I, 45, 23; D. Cas. XL, 34

Mayo-junio del 52

Derrota de César en Gergovia

Cés. *G. gál*. VII, 39-53; Liv. *Per*. 107; Suet. *Cés*. 25, 2; Flor. I, 45, 24-25; D. Cas. XL, 35, 4-36, 5

Agosto-septiembre del 52

Asedio y conquista de Alesia

Cés. *G. gál*. VII, 68-89; Liv. *Per*. 108; Vel. Pat. II, 47, 1; Plut. *Cés.* 27, 1-8; Flor. I, 45, 23; D. Cas. XL, 40

27 de septiembre del 52 (25 de septiembre del 52; 3 de septiembre del 52)

Capitulación de Vercingetórix

Cés. *G. gál*. VII, 89, 3; Plut. *Cés.* 27, 9-10; Flor. I, 45, 26; D. Cas. XL, 41

Otoño del 52-invierno del 52-51

César pasa el invierno en Bibracte. En Roma, el Senado decreta una *supplicatio* de 20 días

Cés. *G. gál*. VII, 90, 7-8; Suet. *Cés.* 24, 3; D. Cas. XL, 50, 4

Invierno-verano del 51

Campaña contra los bitúrigos y carnutos. Guerra contra los belovacos. Asedio de Uxeloduno. Últimas operaciones en la Galia

[Cés.] *G. gál*. VIII, 1-44; Liv. *Per*. 108; D. Cas. XL, 42-43

1 de mayo del 51 (22 de abril del 55; 31 de marzo del 51)
Cicerón parte a Cilicia como procónsul.
Cic. *Epís. fam.* II, 8; III, 2; Plut. *Cic.* 36, 1

Otoño del 51-invierno del 51-50
César pasa el invierno en la Galia
[Cés.] *G. gál.* VIII, 46, 6

Primavera del 50
Tras una breve visita a Italia, César regresa a la Galia con el ejército
[Cés.] *G. gál.* VIII, 50-52, 3

Abril del 50 (febrero-marzo del 50)
Primera propuesta de Curión en el Senado
[Cés.] *G. gál.* VIII, 53, 4-5; Liv. *Per.* 109; Ap. *G. civ.* II, 27; D. Cas. XL, 62

1 de diciembre del 50 (7 de noviembre del 50; 16 de octubre del 50)
La propuesta de Curión, nuevamente presentada, se aprueba
Liv. *Per.* 109; Ap. *G. civ.* II, 30

Diciembre del 50 (noviembre del 50)
César regresa a Italia
[Cés.] *G. gál.* VIII, 54, 5; Liv. *Per.* 109

2. Del Rubicón a los idus de marzo

1 de enero del 49 (6 de diciembre del 50; 14 de noviembre del 50)
Curión lee la carta de César ante el Senado
Cés. *G. civ.* I, 1, 1; Plut. *Cés.* 30,3; *Ant.* 5, 5; Suet. *Cés.* 29, 2; Ap. *G. civ.* II, 32; D. Cas. XLI, 1

4 de enero del 49 (9 de diciembre del 50; 17 de noviembre del 50)
Regreso de Cicerón de Cilicia
Cic. *Epís. a Át.* VII, 7, 3; 8, 2; *Epís. fam.* XVI, 11, 2; Plut. *Cés.* 31,1

7 de enero del 49 (12 de diciembre del 50; 20 de noviembre del 50)
Último senadoconsulto. Durante la noche, los tribunos Antonio y Quinto Casio huyen a Rávena

Cés. *G. civ*. I, 5, 3-5; Cic. *Epís. fam.* XVI, 11, 2; Dion. Hal *Ant. rom* VIII, 87, 78; Liv. *Per*. 109; Plut, *Cés.* 31, 2; Ant. 5, 8-10; Vel. Pat. II, 49, 3; Suet. *Cés.* 31, 1; 33, 1; Ap. *G. civ*. II, 33; D. Cas. XLV, 27, 2; XLVI, 11, 2-4

Noche del 11 al 12 de enero del 49 (noche del 16 al 17 de diciembre del 50; noche del 24 al 25 de noviembre del 50)

Paso del Rubicón

Plut. *Cés.* 32, 4-8; *Pomp*. 60, 3-4; Vel. Pat. II, 49, 4; Suet. *Cés.* 32; Ap. *G. civ*. II, 35; D. Cas. XLI, 4, 1

12-15 de enero del 49 (17-20 de diciembre del 50; 25-28 de noviembre del 50)

Ocupación de Rímini, Pésaro, Fano, Ancona, Arezzo

Cés. *G. civ.* I, 8, 1; 11, 4; Ap. *G. civ*. II, 35; D. Cas. XLI, 4, 1

17 de enero del 49 (22 de diciembre del 50; 30 de noviembre del 50)

Sesión senatorial de las recriminaciones. Huida de Pompeyo

Cés. *G. civ*. I, 14, 1-3; Plut. *Cés.* 33, 4,-6; 56, 5; *Cat. men.* 52, 1-3; *Pomp*. 60, 68; Ap. *G. civ*. II, 37; D. Cas. XLI, 6, 1

18 de enero del 49 (23 de diciembre del 50; 1 de diciembre del 50)

Huida de los cónsules y del Senado

Cés. *G. civ*. I, 14, 1-3; Plut. *Cés.* 34, 1; Ap. *G. civ*. II, 37; D. Cas. XLI, 7

22 de enero del 49 (27 de diciembre del 50; 5 de diciembre del 50)

Labieno, tras desertar, va al encuentro de Pompeyo en Teano

Cic. *Epís. a Át.* VII, 11, 1; 12, 5; 13 A, 3; Plut. *Cés.* 34, 5; *Pomp*. 64, 5; D. Cas. XLI, 4, 2-4

23 de enero del 49 (28 de diciembre del 50; 6 de diciembre del 50)

Pompeyo parte de Teano

Cic. *Epís. a Át.* VII, 13A, 3; VIII, 11B, 2

1-4 de febrero del 49 (4-7 de enero del 49; 13-16 de diciembre del 50)

Ocupación de Gubbio y Ósimo

Cés. *G. civ*. I, 12-13; Luc. II, 466-68

5 de febrero del 49 (8 de enero del 49; 17 de diciembre del 50)

Llegada de la legión XII. Ocupación de Fermo y Áscoli. Huida de Léntulo

Cés. *G. civ*. I, 15, 3; 16, 1; Luc. II, 468-69

15-21 de febrero del 49 (18-24 de enero del 49; 27 de diciembre del 50-2 de enero del 49)

Llegada de la legión VIII. Asedio y conquista de Corfinio. César deja libre a Lucio Domicio

Cés. *G. civ*. I, 18-23; Liv. *Per*. 109; Plut. *Cés.* 34, 7-8; Vel. Pat. II, 50, 1; Suet. *Cés.* 34, 1; Ap. *G. civ*. II, 38; D. Cas. XLI, 10, 2

16 de febrero del 49 (19 de enero del 49; 28 de diciembre del 50)

Antonio conquista Sulmona

Cés. *G. civ*. I, 18, 2

19 de febrero del 49 (22 de enero del 49; 31 de diciembre del 50)

Pompeyo parte de Lucera

Cés. *G. civ*. I, 24,1; Cic. *Epís. a Át.* VIII, 9, 4

21 de febrero del 49 (24 de enero del 49; 2 de enero del 49)

Pompeyo parte de Canosa

Cés. *G. civ*. I, 24, 1; Cic. *Epís. a Át.* VIII, 14, 1; IX, 1, 1

25 de febrero del 49 (28 de enero del 49; 6 de enero del 49)

Pompeyo llega a Brindisi

Cés. *G. civ*. I, 24, 1; Cic. *Epís. a Át.* IX, 10, 8; Plut. *Cés.* 35, 2

1 de marzo del 49 (1 de febrero del 49; 10 de enero del 49)

César llega a Arpi

Cés. *G. civ*. I, 23, 5; Cic. *Epís. a Át.* IX, 3, 2

4 de marzo del 49 (4 de febrero del 49; 13 de enero del 49)

Los cónsules y 30 cohortes zarpan hacia Durazzo

Cés. *G. civ*. I, 25, 2; Plut. *Cés.* 35, 2; *Pomp*. 62, 3; Ap. *G. civ*. II, 39; D. Cas. XLI, 12, 1

9 de marzo del 49 (9 de febrero del 49; 18 de enero del 49)

César llega a Brindisi con seis legiones

Cés. *G. civ*. I, 25, 1; Cic. *Epís. a Át.* IX, 3, 2; 13A, 1; 28, 2; Plut. *Cés.* 35, 2

11 de marzo del 49 (11 de febrero del 49; 20 de enero del 49)

Lex Roscia sobre la ciudadanía a los transpadanos

Plut. *Cés.* 37, 2; D. Cas. XLI, 36, 3

17 de marzo del 49 (17 de febrero del 49; 26 de enero del 49)

Pompeyo huye desde Brindisi hacia Durazzo

Cés. *G. civ*. I, 28, 3; Cic. *Epís. a Át.* IX, 15A; Plut. *Cés.* 35, 2; *Pomp*. 62, 5; Ap. *G. civ*. II, 40

18 de marzo del 49 (18 de febrero del 49; 27 de enero del 49)

César ocupa Brindisi

Cés. *G. civ*. I, 28, 4; Plut. *Pomp*. 62, 6; D. Cas. XLI, 12, 3

31 de marzo del 49 (2 de marzo del 49; 9 de febrero del 49)

César regresa a Roma

Plut. *Cés.* 35, 3; Ap. *G. civ*. II, 41, D. Cas. XLI, 15, 1

1 de abril del 49 (3 de marzo del 49; 10 de febrero del 49)

Conventus senatorum fuera de la ciudad

Cés. *G. civ*. I, 32, 2; Cic. *Epís. a Át.* IX, 17, 1; X, 1, 2; *Epís. fam.* IV, 1, 1; Plut. *Cés.* 35, 4; D. Cas. XLI, 15, 2

6 de abril del 49 (8 de marzo del 49; 15 de febrero del 49)

César parte hacia Marsella

Cés. *G. civ*. I, 33, 4

19 de abril del 49 (21 de marzo del 49; 28 de febrero del 49)

César llega a Marsella

Cés. *G. civ*. I, 34, 1

22 de abril del 49 (24 de marzo del 49; 2 de marzo del 49)

Curión parte para Sicilia

Cés. *G. civ*. I, 30, 2

23 de abril del 49 (25 de marzo del 49; 3 de marzo del 49)

Catón huye de Sicilia

Cés. *G. civ*. I, 30, 5; Cic. *Epís. a Át.* X, 16, 3

4 de mayo del 49 (4 de abril del 49; 13 de marzo del 49)

Da comienzo el asedio de Marsella

Cés. *G. civ*. I, 36; Liv. *Per*. 110, Vitr. X, 16, 11-12; Luc. III, 375 ss; D. Cas. XLI, 19, 3-4

5 de junio del 49 (6 de mayo del 49; 14 de abril del 49)
César parte de Marsella hacia España
Cés. *G. civ*. I, 36, 5

7 de junio del 49 (8 de mayo del 49; 16 de abril del 49)
Cicerón abandona Formia para reunirse con Pompeyo
Cic. *Epís. fam.* XIV, 7

22 de junio del 49 (23 de mayo del 49; 1 de mayo del 49)
César llega a Ilerda (Lérida)
Cés. *G. civ*. I, 41, 1

26 de junio del 49 (27 de mayo del 49; 5 de mayo del 49)
Batalla a las puertas de Ilerda
Cés. *G. civ*. I, 43-47

27 de junio del 49 (28 de mayo del 49; 6 de mayo del 49)
Primera batalla en aguas de Marsella
Cés. *G. civ*. I, 56-58; Luc. III, 509-762

25-26 de julio del 49 (24-25 de junio del 49; 2-3 de junio del 49)
Afranio y Petreyo se repliegan a Octogesia
Cés. *G. civ*. I, 63, 3

28 de julio del 49 (27 de junio del 49; 5 de junio del 49)
César bloquea la marcha de los pompeyanos hacia el Ebro
Cés. *G. civ*. I, 68-72

29 de julio del 49 (28 de junio del 49; 6 de junio del 49)
Los pompeyanos se retiran hacia Ilerda
Cés. *G. civ*. I, 73

31 de julio del 49 (30 de junio del 49; 8 de junio del 49)
Segunda batalla naval en aguas de Marsella
Cés. *G. civ*. II, 4-7

2 de agosto del 49 (2 de julio del 49; 10 de junio del 49)
Capitulación de Afranio y Petreyo en Ilerda

Cés. *G. civ*. I, 84; Liv. *Per*. 110; Plut. *Cés.* 36, 2; Luc. IV, 337-40; *Fast. Amid.* p. 191; *Fast. Ant.* p. 208; *Fast. Maff.* p. 79; *Fast. Vall.* p. 149

8 de agosto del 49 (8 de julio del 49; 16 de junio del 49)

Partida de Curión hacia África

Cés. *G. civ*. II, 23, 1; Luc. IV, 583-84

11 de agosto del 49 (11 de julio del 49; 19 de junio del 49)

Desembarco de Curión en África

Cés. *G. civ*. II, 23; Luc. IV, 584-86

16 de agosto del 49 (16 de julio del 49; 24 de junio del 49)

Batalla a las puertas de Útica

Cés. *G. civ*. II, 33-34

20 de agosto del 49 (20 de julio del 49; 28 de junio del 49)

Derrota y muerte de Curión en la batalla del Bágrada

Cés. *G. civ*. II, 39-42; Liv. *Per*. 110; Vel. Pat. II, 55, 1; Luc. IV, 734-98; Ap. *G. civ*. II, 45

7 de septiembre del 49 (5 de agosto del 49; 14 de julio del 49)

César se encuentra en Córdoba

Cés. *G. civ*. II, 21, 1

17 de septiembre del 49 (15 de agosto del 49; 24 de julio del 49)

César se encuentra en Cádiz

Cés. *G. civ.* II, 21, 3; Liv. *Per*. 110, 2; D. Cas. XLI, 24, 1-2

25 de septiembre-1 de octubre del 49 (23-28 de agosto del 49; 1-6 de agosto del 49)

César se encuentra en Tarragona

Cés. *G. civ*. II, 21, 5; D. Cas. XLI, 24, 3

Mediados de octubre del 49 (primera mitad de septiembre del 49; segunda mitad de agosto del 49)

César es nombrado dictador

G. civ. II, 21, 5; Plut. *Cés.* 37, 2; Ap. *G. civ*. II, 48; D. Cas. XLI, 36, 1-2

Finales de octubre del 49 (fines de septiembre del 49; fines de agostoinicios de septiembre del 49)

César está de nuevo en Marsella: capitulación de la ciudad

Cés. *G. civ*. II, 21, 5-22; Liv. *Per*. 110; D. Cas. XLI, 25, 3

Noviembre del 49 (octubre del 49; septiembre del 49)

Amotinamiento de la legión IX en Piacenza

Luc. V, 237-373; Suet. *Cés.* 69; Ap. *G. civ*. II, 47; D. Cas. XLI, 26-35

2-12 de diciembre del 49 (28 de octubre-7 de noviembre del 49; 616 de octubre del 49)

César está en Roma: asume la dictadura y es elegido cónsul para el 48

Cés. *G. civ*. III, 2, 1; Plut. *Cés.* 37, 1-2; Ap. *G. civ*. II, 48

13 de diciembre del 49 (8 de noviembre del 49; 17 de octubre del 49)

Parte hacia Brindisi

Cés. *G. civ*. III, 2, 1

22 de diciembre del 49 (17 de noviembre del 49; 26 de octubre del 49)

Llega a Brindisi

Cés. *G. civ*. III, 2, 1-3

4-5 de enero del 48 (28-29 de noviembre del 49; 6-7 de noviembre del 49)

Zarpa desde Brindisi y desembarca en Paleste

Cés. *G. civ*. III, 6, 3; Plut. *Cés.* 37, 4; Luc.V, 460; Ap. *G. civ*. II, 2, 54; D. Cas. XLI, 44, 3

6-7 de enero del 48 (30 de noviembre-1 de diciembre del 49; 8-9 de noviembre del 49)

Ocupación de Orico y Apolonia

Cés. *G. civ*. III, 1, 3-12; Plut. *Cés.* 37, 4

11 de enero del 48 (5 de diciembre del 49; 13 de noviembre del 49)

César se asienta sobre la ribera izquierda del Apso

Cés. *G. civ*. III, 13, 5; Plut. *Cés.* 38, 1; Ap. *G. civ*. II, 56

27 de marzo del 48 (16 de febrero del 48; 25 de enero del 48)

Antonio desembarca en Ninfeo

Cés. *G. civ*. III, 26, 4; Plut. *Cés.* 39, 1; Luc. V, 720; Ap. *G. civ*. II, 59

3 de abril del 48 (23 de febrero del 48; 1 de febrero del 48)

Se reúnen las fuerzas de César con las de Antonio
Cés. *G. civ*. III, 30, 6

8 de abril del 48 (28 de febrero del 48; 6 de febrero del 48)
Cneo Pompeyo hijo ataca la flota cesariana en Orico
Cés. *G. civ*. II, 40

9 de abril del 48 (1 de marzo del 48; 7 de febrero del 48)
Pompeyo establece su campamento en Asparagio
Cés. *G. civ*. III, 41, 1; Plut. *Cés.* 39, 1

12 de abril del 48 (4 de marzo del 48; 10 de febrero del 48)
Pompeyo traslada su campamento a Petra. César está ante Dirraquio (Durazzo)
Cés. *G. civ*. III, 42, 1

Hacia el 15 de abril del 48 (hacia el 7 de marzo del 48; hacia el 13 de febrero del 48)
César intenta cercar a Pompeyo
Cés. *G. civ*. III, 43

25 de junio del 48 (16 de mayo del 48; 24 de abril del 48)
Combates en Durazzo. Primer intento de Pompeyo de romper el bloqueo
Cés. *G. civ*. III, 51-53; Plut. *Cés.* 39, 4; Suet. *Cés.* 68, 3; Flor. II, 13, 40; D. Cas. XLI, 50, 3-4

6 de julio del 48 (26 de mayo del 48; 4 de mayo del 48)
Pompeyo rompe el bloqueo
Cés. *G. civ*. III, 62-71

17 de julio del 48 (6 de junio del 48; 15 de mayo del 48)
Derrota de Durazzo
Cés. *G. civ*. III, 69; Plut. *Cés.* 39, 4-8; *Cat. min.* 54, 8-10; Ap. *G. civ*. II, 62

18 de julio del 48 (7 de junio del 48; 16 de mayo del 48)
César deja Durazzo y se dirige a Tesalia
Cés. *G. civ*. III, 75, 1-2; Plut. *Cés.* 39, 10

20 de julio del 48 (9 de junio del 48; 18 de mayo del 48)

César llega a Apolonia
Cés. *G. civ*. III, 78

29 de julio del 48 (18 de junio del 48; 27 de mayo del 48)
Unión de las fuerzas de César y Domicio en Eginio
Cés. *G. civ*. III, 79, 7

31 de julio del 48 (20 de junio del 48; 29 de mayo del 48)
Toma de Gonfos
Cés. *G. civ*. III, 80, 7; Plut. *Cés.* 41, 7; Ap. *G. civ.* II, 64; D. Cas. XLI, 51, 4

2 de agosto del 48 (22 de junio del 48; 31 de mayo del 48)
Pompeyo llega a Larisa
Cés. *G. civ*. III, 82, 1

3 de agosto del 48 (23 de junio del 48; 1 de junio del 48)
César llega a la llanura de Farsalia. Unión de los ejércitos de Pompeyo y Escipión
Cés. *G. civ*. III, 81, 3-82; Plut. *Cés.* 42, 1

9 de agosto del 48 (29 de junio del 48; 7 de junio del 48)
Batalla de Farsalia
Cés. *G. civ*. III, 88-89; Liv. *Per*. 111; Plut. *Cés.* 44-45; *Pomp*. 69-72; *Brut.* 4, 6-7; Ap. *G. civ*. II, 76-81; D. Cas. XLI, 58-60

10 de agosto del 48 (30 de junio del 48; 8 de junio del 48)
César parte de Farsalia y llega a Larisa
Cés. *G. civ*. III, 98, 3; Plut. *Cés.* 48, 1

11 de agosto del 48 (1 de julio del 48; 9 de junio del 48)
César parte de Larisa
Plut. *Cés.* 48, 1

13 de agosto del 48 (3 de julio del 48; 11 de junio del 48)
Pompeyo zarpa desde Anfípolis e inmediatamente después llega César
Cés. *G. civ*. III, 102; Plut. *Cés.* 48, 1

16 de agosto del 48 (6 de julio del 48; 14 de junio del 48)
Pompeyo llega a Mitilene

Cés. *G. civ*. III, 102, 4; Plut. *Pomp*. 74, 1

19 de septiembre del 48 (7 de agosto del 48; 16 de julio del 48)
César se encuentra en Asia
Cés. *G. civ*. III, 105, 1

23 de septiembre del 48 (11 de agosto del 48; 20 de julio del 48)
Pompeyo llega a Chipre
Cés. *G. civ*. III, 102, 5; Plut. *Pomp*. 77, 1

28 de septiembre del 48 (16 de agosto del 48; 25 de julio del 48)
Asesinato de Pompeyo
Cés. *G. civ*. III, 104, 3; Liv. *Per*. 112; Plut. *Pomp*. 79; Ap. *G. civ*. II, 85; D. Cas. XLII, 4

2 de octubre del 48 (19 de agosto del 48; 28 de julio del 48)
César desembarca en Alejandría
Cés. *G. civ*. III, 106, 1; Liv. *Per*. 112; Plut. *Cés.* 48, 2; Suet. *Cés.* 35, 1; D. Cas. XLII, 7, 3

7 de octubre del 48 (24 de agosto del 48; 2 de agosto del 48)
César convoca a Ptolomeo XIII y a Cleopatra en Alejandría
Cés. *G. civ*. III, 107, 2-109; Plut. *Cés.* 48, 9; D. Cas. XLII, 9, 1

2 de noviembre del 48 (19 de septiembre del 48; 28 de agosto del 48)
Aquila manda asesinar a los embajadores de Ptolomeo
Cés. *G. civ*. III, 109, 5

Inicios de noviembre del 48 (2.a mitad de septiembre del 48; fines de agosto del 48)
Marcelo asedia a Longino en Ulia
G. Al. 61

6 de noviembre del 48 (23 de septiembre del 48; 1 de septiembre del 48)
César decide retener consigo a Ptolomeo
Cés. *G. civ*. III, 109, 6

9 de noviembre del 48 (26 de septiembre del 48; 4 de septiembre del 48)
Aquila asedia a César en Alejandría
Des. *G. civ*. III, 111; Plut. *Cés.* 39, 5

11 de noviembre del 48 (28 de septiembre del 48; 6 de septiembre del 48)
César manda incendiar las naves atracadas en el puerto y solicita ayuda a los estados asiáticos
Cés. *G. civ*. III, 112, 6; *G. Al.* 1; Plut. *Cés.* 49, 6; D. Cas. XLII, 38, 2

17 de noviembre del 48 (4 de octubre del 48; 12 de septiembre del 48)
Ejecución de Potino
Cés. *G. civ*. III, 112, 12; Plut. *Cés.* 49, 5; *Pomp*. 80, 7

2 de diciembre del 48 (18 de octubre del 48; 26 de septiembre del 48)
Arsinoe manda a Ganimedes que asesine a Aquila. Ganimedes obtiene el mando del ejército
G. Al. 4; D. Cas. XLII, 40, 2

10 de diciembre del 48 (26 de octubre del 48; 4 de octubre del 48)
La legión XXXVII desembarca al oeste de Alejandría
G. Al. 9, 3

11 de diciembre del 48 (27 de octubre del 48; 5 de octubre del 48)
César recupera la XXXVII legión. Batalla naval
G. Al. 10-11

19 de diciembre del 48 (4 de noviembre del 48; 13 de octubre del 48)
Domicio marcha con cuatro legiones desde Comana en el Ponto hacia Nicópolis
G. Al. 35, 3

28 de diciembre del 48 (13 de noviembre del 48; 22 de octubre del 48)
Batalla de Nicópolis. Farnaces derrota a Domicio Calvino
G. Al. 39-40; Ap. *G. civ*. II, 91; D. Cas. XLII, 46, 2-3

29 de diciembre del 48 (14 de noviembre del 48; 23 de octubre del 48)
Gabinio llega a Iliria
G. Al. 43, 1

6 de enero del 47 (20 de noviembre del 48; 29 de octubre del 48)
César conquista la isla de Faro
G. Al. 17; Plut. *Cés.* 49, 7; D. Cas. XLII, 40, 3

7 de enero del 47 (21 de noviembre del 48; 30 de octubre del 48)
Combates en el Heptaestadio
G. Al. 19-21

17 de enero del 47 (1 de diciembre del 48; 9 de noviembre del 48)
César libera a Ptolomeo
G. Al. 24, 3-4; D. Cas. XLII, 42, 3-4

20 de enero del 47 (4 de diciembre del 48; 12 de noviembre del 48)
Derrota de Gabinio en Iliria
G. Al. 43

6 de febrero del 47 (19 de diciembre del 48; 27 de noviembre del 48)
Batalla naval de Canope
G. Al. 25, 5-6

23 de febrero del 47 (5 de enero del 47; 14 de diciembre del 48)
Vatinio parte con sus naves hacia Iliria
G. Al. 44

Finales de febrero del 47 (mitad de enero del 47; diciembre del 48)
Muerte de Longino
G. Al. 64, 3

6 de marzo del 47 (16 de enero del 47; 25 de diciembre del 48)
Batalla de Pelusio: las tropas de Antipatro asaltan la ciudad
G. Al. 26, 2; Flav. Josef. *Ant. jud.* XIV, 130; D. Cas. XLI, 41, 1-2

15 de marzo del 47 (25 de enero del 47; 3 de enero del 47)
Batalla en el «Campo de los judíos»
G. Al. 27, 4-5; Flav. Josef. *G. jud.* I, 191-92; *Ant. jud.* XIV, 131-32

16 de marzo del 47 (26 de enero del 47; 4 de enero del 47)
Batalla naval en la isla de Táuride entre Vatinio y Marco Octavio
G. Al. 46

19 de marzo del 47 (29 de enero del 47; 7 de enero del 47)

César va al encuentro de Mitrídates. Al mismo tiempo se moviliza Ptolomeo
G. Al. 28, 1

27 de marzo del 47 (6 de febrero del 47; 15 de enero del 47)
Batalla del Nilo y rendición de Alejandría
G. Al. 32; Plut. *Cés.* 49, 9; D. Cas. XLII, 43; *Fast. Caered.* p. 66; *Fast. Maff.* p. 74

28 de junio del 47 (9 de mayo del 47; 17 de abril del 47)
César zarpa desde Alejandría hacia Siria
G. Al. 33, 5

17 de julio del 47 (27 de mayo del 47; 5 de mayo del 47)
César llega a Tarso
G. Al. 66, 2

22 de julio del 47 (1 de junio del 47; 10 de mayo del 47)
César llega a Mázaca
G. Al. 66, 3

28 de julio del 47 (7 de junio del 47; 16 de mayo del 47)
Deyotaro se presenta suplicante a César
G. Al. 67

2 de agosto del 47 (12 de junio del 47; 21 de mayo del 47)
Batalla de Zela, derrota de Farnaces
G. Al. 74-76; Liv. *Per.* 113; Plut. *Cés.* 50, 2; Ap. *G. civ.* II, 91; D. Cas. XLII, 47

29 de agosto del 47 (9 de julio del 47; 17 de junio del 47)
Nacimiento de «Cesarión»
Plut. *Cés.* 49, 10

Septiembre del 47 (julio del 47; junio del 47)
Amotinamiento de las legiones X y XI en Campania
Plut. *Cés.* 51, 2; Ap. *G. civ.* II, 92-94; D. Cas. XLII, 30, 1; 52-53

26 de septiembre del 47 (2 de agosto del 47; 11 de julio del 47)
César desembarca en Tarento
Plut. *Cés.* 51, 1; *Cic.* 39, 4

4 de octubre del 47 (11 de agosto del 47; 20 de julio del 47)

Llega a Roma

Plut. *Cés.* 51, 1

Principios de diciembre del 47 (inicios de octubre del 47; mediados de septiembre del 47)

Abandona Roma partiendo para Lilibeo

Plut. *Cés.* 52, 2

17 de diciembre del 47 (23 de octubre del 47; 1 de octubre del 47)

Llegada a Lilibeo

G. Áfr. 1, 1; Plut. *Cés.* 52, 2

25 de diciembre del 47 (31 de octubre del 47; 9 de octubre del 47)

Partida hacia África

G. Áfr. 2, 4; Plut. *Ce.* 52, 2; Ap. *G. civ*. II, 95

28 de diciembre del 47 (3 de noviembre del 47; 12 de octubre del 47)

Desembarco en Adrumeto

G. Áfr. 2, 5-3, 1; Plut. *Cés.* 52, 3

29 de diciembre del 47 (4 de noviembre del 47; 13 de octubre del 47)

Establece el campamento en Rúspina

G. Áfr. 6, 7

1 de enero del 46 (5 de noviembre del 47; 14 de octubre del 47)

Ocupación de Leptis

G. Áfr. 7, 1

3 de enero del 46 (7 de noviembre del 47; 16 de octubre del 47)

Llegada de las naves que se habían perdido

G. Áfr. 11, 1-3

4 de enero del 46 (8 de noviembre del 47; 17 de octubre del 47)

Batalla de Rúspina

G. Áfr. 12-19; Plut. *Cés.* 52, 3. 6

6 de enero del 46 (10 de noviembre del 47; 19 de octubre del 47)

Escipión abandona Útica
G. Áfr. 24, 1

12 de enero del 46 (16 de noviembre del 47; 25 de octubre del 47)
Escipión se une a Labieno y Petreyo
G. Áfr. 20, 2

22 de enero del 46 (26 de noviembre del 47; 4 de noviembre del 47)
Llegada de las legiones XIII y XIV
G. Áfr. 37, 1; Plut. *Cés.* 52, 6

Noche del 25 al 26 de enero del 46 (noche del 29 al 30 de noviembre del 47; noche del 7 al 8 de noviembre del 47)
César levanta el campamento y avanza hasta la llanura de Uzita
G. Áfr. 37, 1-2; Plut. *Cés.* 52, 6

27 de enero del 46 (1 de diciembre del 47; 9 de noviembre del 47)
César provoca en vano el enfrentamiento
G. Áfr. 41-42

17 de febrero del 46 (20 de diciembre del 47; 29 de noviembre del 47)
Juba une sus fuerzas a las de Escipión
G. Áfr. 48, 2

28 de febrero del 46 (31 de diciembre del 47; 5 de diciembre del 47)
Llegada de las legiones IX y X.
G. Áfr.53; Plut. *Cés.* 52, 6

14 de marzo del 46 (14 de enero del 46; 15 de enero del 46)
César parte de Uzita a Agar
G. Áfr. 67, 1

17 de marzo del 46 (17 de enero del 46; 18 de enero del 46)
Ocupación de Zetta (Zerbi)
G. Áfr. 68, 2

22 de marzo del 46 (22 de enero del 46; 23 de enero del 46)
Intentos de provocar la batalla
G. Áfr. 75, 1

23 de marzo del 46 (23 de enero del 46; 24 de enero del 46)

César marcha hacia Sarsura

G. Áfr. 75, 2

24 de marzo del 46 (24 de enero del 46; 25 de enero del 46)

Llega a Tisdra

G. Áfr. 76, 1

26 de marzo del 46 (26 de enero del 46; 27 de enero del 46)

Regresa a Agar

G. Áfr. 76, 2

4 de abril del 46 (4 de febrero del 46; 5 de febrero del 46)

Marcha de Agar a Tapso. Escipión lo sigue de cerca

G. Áfr. 79. 1-2; Plut. *Cés.* 53, 1

5 de abril del 46 (5 de febrero del 46; 6 de febrero del 46)

Escipión intenta bloquear el istmo septentrional de la Sebkha de Moknine

G. Áfr. 80, 3; Plut. *Cés.* 53, 1; D. Cas. XLIII, 7, 3

6 de abril del 46 (6 de febrero del 46; 7 de febrero del 46)

Batalla de Tapso

G. Áfr. 83; Liv. *Per*. 114; Plut. *Cés.* 53, 4; Ap. *G. civ*. II, 96-97; D. Cas. XLIII, 7-8

Inicios de abril del 46 (inicios de febrero del 46; inicios de febrero del 46)

El hijo de Pompeyo llega a España

G. Áfr. 23, 3; D. Cas. XLIII, 29, 2-30, 1

Tarde del 8 de abril del 46 (8 de febrero del 46; 9 de febrero del 46)

La noticia de la batalla de Tapso llega a Útica

Plut. *Cat. men*. 58, 13; Ap. *G. civ*. II, 98

9 de abril del 46 (9 de febrero del 46; 10 de febrero del 46)

César manda delante a Mesala hacia Útica. Catón reúne el Consejo de los Trescientos

G. Áfr. 86, 3; 88, 1; Plut. *Cat. min*. 59, 3

10-11 de abril del 46 (10-11 de febrero del 46; 11-12 de febrero del 46)

Toma de Uzita y Adrumeto

G. Áfr. 89, 1-2

Noche del 12 al 13 de abril del 46 (noche del 12 al 13 de febrero del 46; noche del 13 al 14 de febrero del 46)

Muerte de Catón

G. Áfr. 88, 3-5; Liv. *Per.* 114; Plut. *Cés.* 54, 2; *Cat. min*. 70; Ap. *G. civ*. II, 98-99; D. Cas. XLIII, 11

14 de abril del 46 (14 de febrero del 46; 15 de febrero del 46)

Mesala está a las puertas de Útica

G. Áfr. 88, 7

16-17 de abril del 46 (16-17 de febrero del 46; 17-18 de febrero del 46)

César llega a Útica durante la noche y entra al día siguiente

G. Áfr. 89, 5-90, 1

29 de abril del 46 (1 de marzo del 46; 2 de marzo del 46)

Embajadas de Zama

G. Áfr. 92, 1

5 de mayo del 46 (6 de marzo del 46; 7 de marzo del 46)

César llega a Zama

G. Áfr. 92, 4

17 de mayo del 46 (18 de marzo del 46; 19 de marzo del 46)

Regreso a Útica

G. Áfr. 97, 1

13 de junio del 46 (14 de abril del 46; 15 de abril del 46)

César zarpa desde Útica

G. Áfr. 98, 1; Plut. Cés. 55, 1

15 de junio del 46 (16 de abril del 46; 17 de abril del 46)

Llegada a Cagliari

G. Áfr. 98, 1; Plut. *Cés.* 55, 1; D. Cas. XLIII, 14, 2

27 de junio del 46 (28 de abril del 46; 29 de abril del 46)

César parte de Cagliari

G. Áfr. 98, 2

25 de julio del 46 (25 de mayo del 46; 26 de mayo del 46)

Llegada a Roma

G. Áfr. 98, 2; Plut. *Cés.* 55, 1; D. Cas. XLIII, 14, 2

Agosto del 46 (junio del 46; junio del 46)

Celebración de los 4 triunfos: *ex Gallia, ex Aegypto, ex Ponto, ex Africa de rege Iuba*

G. Esp. 1, 1; Liv. *Per*. 115; Plut. *Cés.* 55, 2; Suet. *Cés.* 37, 1; Ap. *G. civ*. II, 101; D. Cas. XLIII, 19-22

25-26 de septiembre del 46 (24-25 de julio del 46; 25-26 de julio del 46)

Consagración del *Forum Iulium* y del templo de *Venus Genetrix*

Plut. *Cés.* 55, 4; Ap. *G. civ*. II, 102; D. Cas. XLIII, 22, 2; *Fast. Pinc.* p. 48; *Fast. Vall.* p. 151

Segundo intercalado extraordinario del 46 (principios de noviembre del 46; principios de noviembre del 46)

César parte hacia España

Plut. *Cés.* 56, 1; Suet. *Cés.* 56, 5; Ap. *G. civ*. II, 103

Inicios de diciembre del 46 (inicios de diciembre del 46; inicios de diciembre del 46)

Llegada a Obulco

Cés. *G. Esp.* 2, 1; Estrab. III, 4, 9; D. Cas. XLIII, 32, 1

19 de febrero del 45

Capitulación de Ategua

G. Esp. 19, 6; D. Cas. XLIII, 33, 2-34, 5

17 de marzo del 45

Batalla de Munda

G. Esp. 31, 8; Liv. *Per*. 115; Plut. *Cés.* 56, 2-6; Ap. *G. civ*. II, 104; D. Cas. XLIII, 35, 4-38, 4

12 de abril del 45

César se encuentra en Cádiz. En Híspalis se expone al público la cabeza de Cneo Pompeyo hijo

G. Esp. 39, 3; Vel. Pat. II, 55, 4; Plut. *Cés.* 56, 6; Ap. *G. civ*. II, 105

30 de abril del 45

César está en Híspalis

Cic. *Epís. a Át.* XIII, 20, 1

Junio-agosto del 45

Octavio se reúne con César en España

Nic. Dam. *Aug.* 21-22; Vel. Pat. II, 59, 3; Suet. *Aug.* 8, 1; D. Cas. XLIII, 41, 3

13 de septiembre del 45

César escribe su testamento en la villa de Lavico. Adopción de Octavio

Liv. *Per*. 116; Suet. *Cés.* 83, 1

Principios de octubre del 45

César llega a Roma. Celebración del triunfo sobre los hijos de Pompeyo

Liv. *Per*. 116; Vel. Pat. II, 56, 3; Plut. *Cés.* 56, 7; Suet. *Cés.* 37, 1; D. Cas. XLIII, 42

14 de enero del 44

César *imperator* cónsul y dictador por quinta vez

Plut. *Cés.* 56, 1

26 de enero del 44

Tras las *Feriae Latinae* de Alba, César regresa a Roma

Plut. *Cés.* 60, 3; Suet. *Cés.* 79, 1; Ap. *G. civ*. II, 108; D. Cas. XLIV, 10, 1

14 de febrero del 44

Se le confiere oficialmente a César la dictadura perpetua

Liv. *Per*. 116; Plut. *Cés.* 57, 1; Suet. *Cés.* 76, 1

15 de febrero del 44

Ceremonia de las Lupercales: César rechaza la corona real

Nic. Dam. *Aug.* 71-75; Liv. *Per*. 116; Plut. *Cés.* 61, 1-6; D. Cas. XLIV, 11, 2-3

15 de marzo del 44

Asesinato de César

Nic. Dam. *Aug*. 88-90; Liv. *Per*. 116; Plut. *Cés*. 66, 4-14; Brut. 17, 3-5; Suet. *Cés*. 82, 1-2; Ap. *G. civ*. II, 117; D. Cas. XLIV, 19, 3-5

Abreviaturas:

Las principales fuentes de cada acontecimiento están indicadas con las siguientes abreviaturas:

Ap. *Célt*.: Apiano, *Libro céltico*.
Ap. *G. civ*.: Apiano, *Guerras civiles*.
Ap. *Ibér*.: Apiano, *Libro ibérico*.
Asc.: Asconio, *Comentario a cinco discursos de Cicerón* (según la edición Clark).
[Aur. Vitt.] *Vir. illus*.: [Aurelio Vittore], *De viris illustribus*.
Cés. *G. gál*.: César, *Guerra gálica*.
Cés. *G. civ*.: César, *Guerra civil*.
Cic. *Balb*.: Cicerón, *En defensa de Balbo*.
Cic. *Epís. a Át*.: Cicéron, *Epístolas a Ático*.
Cic. *Epís. fam*.: Cicerón, *Epístolas a los familiares*.
Cic. *Epís. a Quint*.: Cicerón, Epístolas *a su hermano Quinto*.
Cic. *Mil*.: Cicerón, *En defensa de Milón*.
Cic. *Prov. cons*.: Cicerón, *Sobre las provincias consulares*.
Cic. *Verr*.: Cicerón, *Contra Verres*.
D. Cas.: Dión Casio, *Historia romana*.
Dion. Hal. *Ant. rom*.: Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*. Estrab.: Estrabón, *Geografía*.
Fast. Amit.: *Fasti Amiternini*, en *Inscriptiones Italiae*, XIII, 2, ed. de A. Degrassi, Roma, 1963, pp. 185-200.
Fast. Ant.: *Fasti Antiates ministrorum domus Augustae*, *ibid*., pp. 201212.
Fast. Caeret.: *Fasti Caeretani*, *ibid*., pp. 64-68.
Fast. Capit.: *Fasti consulares et triumphales Capitolini*, en *Inscriptiones Italiae*, XIII, 1, ed. de A. Degrassi, Roma 1947, pp. 1-142.
Fast. cons.: *Fasti consulares*, *ibid*., pp. 346-533.

Fast. Maff.: *Fasti Maffeiani*, en *Inscriptiones Italiae*, XIII, 2, ed. de A. Degrassi, Roma, 1963, pp. 70-84.
Fast. Pinc.: *Fasti Pinciani*, *ibid.*, pp. 47-49.
Fast. Vall.: *Fasti Vallenses*, *ibid.*, pp. 146-152.
Flor.: Floro, *Epitome*.
G. Áfr.: *Guerra de África.*
G. Al.: *Guerra de Alejandría*.
G. Esp.: *Guerra de España*.
Gell.: Gelio, *Noches áticas*.
Flav. Josef. *Ant. jud.*: Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*.
Flav. Josef. *G. jud.*: Flavio Josefo, *Guerra judaica*.
Liv. *Per.*: Livio, *Periochae*.
Luc.: Lucano, *Farsalia*.
Macr. *Sat.*: Macrobio, *Saturnales.*
Nic. Dam. *Aug.*: Nicolás Damasceno, *Vida de Augusto (FGrHist 90* F 125-F 130 Jacoby).
Plin.: Plinio el Viejo, *Historia natural.*
Plut. *Ant.*: Plutarco, *Antonio*.
Plut. *Brut.*: Plutarco, *Bruto*.
Plut. *Cat. men.*: Plutarco, *Catón menor*.
Plut. *Cés.*: Plutarco, *César*.
Plut. *Cic.*: Plutarco, *Cicerón*.
Plut. *Crass.*: Plutarco, *Craso*.
Plut. *Pomp.*: Plutarco, *Pompeyo*.
Sal. *Cat.*: Salustio, *La conjuración de Catilina*.
Suet. *Cés.*: Suetonio, *César*.
Val. Máx.: Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*.
Vel. Pat.: Veleyo Patérculo, *Historia romana*.
Vitr.: Vitruvio*, Arquitectura*.

GLOSARIO

por M. STEFANIA MONTECALVO

(Las voces del glosario se refieren a la época republicana)

Agro público *(ager publicus populi romani)*: son los dominios del Estado. Es propiedad inalienable e imprescriptible del Estado. En el transcurso del tiempo se cedió a privados y a comunidades ciudadanas a título de propiedad, uso, o en alquiler. Comprende parte del *ager Romanus* (el territorio de la ciudad de Roma), el territorio derivado de las conquistas extranjeras por *deditio* (acto mediante el cual un Estado se rinde a Roma), a menudo destinado a la fundación de colonias o bien cedido en alquiler, y los *bona damnatorum* (provenientes de la confiscación). Componen el *ager publicus* los territorios administrados directamente por el Estado *(silvae publicae, pascuae, caeduae; saltus, metalla, salinae, lacus, flumina)* y aquellos que el Estado permite ocupar, que se distinguen a su vez en tierras destinadas al cultivo y tierras no cultivadas.

Agrarias, leyes *(leges agrariae)*: el objeto de las leyes agrarias era, en general, la recuperación de las tierras que en su día habían pertenecido al dominio público y que después fueron cedidas a particulares (y convertidas en hereditarias), con el fin de dividirlas entre los ciudadanos más desposeídos. Habitualmente las proponían los tribunos de la plebe (raramente los cónsules). Los encargados de ejecutar la ley eran comisarios elegidos por el pueblo. En la historia de la República romana se sintió la necesidad de redistribuir el *ager publicus* repetidas veces. Una primera disposición legislativa la constituyeron las *Leges Liciniae Sextiae* (367 a.C.) que limitaban la propiedad a 500 yugadas, reglamentaban el pasto y garantizaban a los trabajadores de condición libre. Pero la legislación

agraria no tuvo efecto hasta después del 340, junto a otras disposiciones que tutelaban a los plebeyos más pobres (abolición de la esclavitud por deudas con la *Lex Poetelia Papiria* del 326, censura de Apio Claudio Cieco en el 312). A partir de la segunda mitad del siglo II a.C., la solución del problema agrario, uno de los temas de las reivindicaciones *populares (véase)* es cada vez más difícil, y los intentos reformistas como el de los Gracos (Tiberio en el 133 y Cayo en el 122 a.C.) hallaron fuerte resistencia por parte de los grupos políticos conservadores. Es bien conocida la oposición de Cicerón cuando era cónsul a las propuestas de Servilio Rulo (63 a.C.) y en el 60 a la *Rogatio Flavia agraria*; en cambio, fue aprobada la *Lex Iulia Campana* (59 a.C.), propuesta por el cónsul Julio César.

***Ambitus*:** en su origen, el *ambitus honorum* es el acto lícito del candidato que interpela a amigos o a otros con el fin de procurarse votos. Esta práctica electoral se convirtió muy pronto en una «compraventa» de votos. Fue necesaria, por tanto, una legislación que penalizara tal procedimiento. Pero muchas de estas disposiciones fueron, en realidad, un instrumento político para atacar a los adversarios. Ya en el 432 a.C. se aprobó una ley que prohibía a los candidatos el uso de togas blancas; la *Lex Poetelia* del 358 prohibía la propaganda fuera de Roma y frenaba la carrera de los *homines novi*; adoptaban medidas severas contra los abusos electorales la *Lex Cornelia Baebia* del 181 y la *Lex Cornelia Fulvia* del 159 a.C. En particular, en los años 60 del siglo I a.C. se aprobaron diversas leyes *de ambitu*, en su mayor parte a propuesta de los tribunos de la plebe, cuyos poderes habían sido restablecidos por el consulado de Craso y Pompeyo (70 a.C.). En el 67 a.C., tras el fracaso de la *Rogatio Cornelia*, se aprobó la *Lex Calpurnia*; posteriormente, en el 63 Cicerón hizo aprobar la *Lex Tullia*, resultado de un compromiso entre la severa propuesta del jurista Servio Sulpicio Rufo (compartida por Catón y por el Senado) y Pompeyo, interesado en tutelar su próxima candidatura al consulado.

Arúspices *(haruspices)*: sacerdotes de origen etrusco que se dedicaban a examinar las vísceras de los animales sacrificados y a la interpretación y expiación de los prodigios *(procuratio prodigiorum)*. La forma de adivinización que practicaban resultó cada vez menos extraña al culto romano y en el siglo II a.C. (Cicerón, *Div*.,I, 92) el Senado reguló las

relaciones con la religión etrusca. A finales del siglo I a.C., se creó el *ordo haruspicum*, signo evidente de la completa integración del culto en la religión romana.

Auguratorio *(auguratorium)*: era el templo fundado, según la tradición, por Rómulo, en cuya sede los augures interpretaban los auspicios. Estaba situado en la cima del monte Capitolino. Allí probablemente se encontraba la sede del archivo donde se conservaban los anales, los *acta augurum*, los libros *(comentarii augurum o augurales)*, y los *decreta* o *responsa*.

Augures *(augures)*: sacerdotes que tenían la tarea de descifrar los auspicios: interpretar los signos naturales (sobre todo el vuelo de los pájaros) con el fin de prever la voluntad de Júpiter en relación a hechos determinados; de consagrar *(inauguratio)* a sacerdotes, reyes, templos y lugares. Cicerón (*Leyes*, II, 8, 20-21) da una lista de las obligaciones del *augur*: delimitación del *templum* (lugar consagrado y por ello llamado *inauguratus*) y *auguria*; consagraciones y pronósticos acerca de los magistrados; consagraciones de los lugares y ceremonias religiosas. Los *augures privati*, también llamados *auspices* (en relación a los *auspicia privata*), consejeros del *augur*, cayeron en desuso en la época republicana y sobrevivieron en alguna ceremonia doméstica (consagración de los esponsales). Figuras importantes, en cambio, eran los *augures publici*, que se hacían cargo de los auspicios públicos (interpretación de los signos enviados por Júpiter en el interés del pueblo romano).

Carrera política *(cursus honorum)*: en la práctica política romana (al menos a partir del siglo III a.C.) era habitual cubrir los cargos públicos según una carrera que iba de los inferiores a los superiores (cuestura, edilidad, pretura, consulado y censura), aunque alguna vez este orden no fuera plenamente respetado. La *Lex Vilia annalis* (180 a.C.) establecía la edad para acceder a los cargos más importantes (pretura a los 30 años; consulado a los 43) y regulaba la sucesión de las candidaturas.

Censura, censores *(censores)*: durante la República, la censura era uno de los más altos cargos, junto a la pretura y el consulado. El censor es un magistrado encargado de proveer al *census* (que ya había dispuesto Servilio Tulio, el rey de humildes orígenes al que se le atribuyen numerosas

reformas): el censo de los ciudadanos y de su patrimonio para establecer obligaciones y tributos. La valoración del estado patrimonial se hacía en base al equipamiento que el ciudadano podría procurarse en caso de guerra. La censura se instituyó, según la tradición, en el 443 a.C., probablemente para aliviar la tarea de los cónsules. Desde el 403 (o desde el 367 con la *Leges Liciniae Sextiae*) se permitió también el acceso a los plebeyos. Pierde importancia con Sila y con Clodio y se considera una magistratura «en desuso» al final de la República. Los censores eran dos y eran elegidos cada cinco años por los comicios por centurias (a partir del 434-433 el cargo durará dieciocho meses). El poder de los censores se regulaba según la *lex centuria de censoria potestate*. Éstos se valían del *ius edicendi* (promulgar edictos); *ius contionis* (convocar la *contio*), e *ius coercitionis*. Sus tareas específicas eran: *a*) determinar el *census* asistidos por *curatores tribuum* y *iuratores (formula censendi; lex censui censendo)*; *b*) vigilar las costumbres *(regimen morum)*; tenían el derecho de interrogar al ciudadano sobre su vida pública y privada. Una de las sanciones podía consistir en separar a un ciudadano de su tribu con la consiguiente pérdida de derechos políticos; o del estamento de los *equites* o del Senado; o hacer pasar a un ciudadano de una tribu urbana a una rural (que era de menor importancia). Con esta tarea se relaciona la revisión del registro de los senadores (véase también Senado). Contra la declaración censoria no valía la *provocatio* (apelación al pueblo) *(véase)*; *c*) establecer los impuestos (*vectigalia* y *ultro tributa*), y en general administrar el erario (determinar los gastos y las entradas, jurisdicción en los litigios entre privados y Senado); *d*) jurisdicción administrativa (confines entre la propiedad pública y/o sacra y la privada; construcciones indebidas sobre suelo público; acueductos y agua pública; arrendamiento de los bienes de propiedad pública; licitación de impuestos).

Clientes, clientela *(clientes, clientela)*: originariamente era la relación (hereditaria) que ligaba a familias patricias y familias de condición inferior. Aunque en teoría dicha relación se basase en el principio de los servicios recíprocos, de hecho se trataba de una relación de dependencia. La persona (cabeza de familia) al que el cliente estaba vinculado recibía el nombre de *patronus (véase)*. Posteriormente la relación perdió su carácter

sacro y hereditario. El instituto de la clientela es de origen arcaico y era connatural a la estructura sociopolítica romana en la que, frente a relaciones jerárquicas relativamente simples, la articulación «horizontal» de la sociedad en *gentes*, curias y tribus era muy heterogénea. Con el paso del tiempo, las clientelas de las familias eminentes se engrandecieron cada vez más hasta abarcar a comunidades enteras.

Cohortes *(cohortes)*: la cohorte era el contingente de soldados enviado por cada una de las ciudades aliadas, o bien una sección de la legión romana. La ordenación por cohortes de la legión se debe a Cayo Mario, quien reformó el ejército y convirtió a la cohorte en una unidad táctica (la antigua distribución de la legión era por manípulos). Cada legión estaba formada por diez cohortes. Véase también *legión*.

Comicios *(comitia)*: asambleas populares. A diferencia de los *contiones (véase Contio)*, preveían una votación final. Se regulaban por las siguientes leyes: por las *Leges Aelia et Fufia* (aprobadas hacia el 160, quizá en el 158 a.C.), que fijaban los *dies comitiales* (195 al año) y regulaban el *obnuntiatio (véase)*; por la *Lex Caecilia Didia* (98 a.C.), que prescribía que el proyecto de ley se presentase en un período de tiempo determinado previo a la votación de la asamblea, y prohibía propuestas concernientes a más de una disposición; por la *Lex Iunia Licinia* (62 a.C.), que establecía la obligación de depositar una copia de la ley en el erario, en presencia de testigos. Desde la fecha de convocatoria hasta la sesión debían pasar 24 días (*trinum nudinum*: tres días de mercado); la *rogatio (véase)* debía ser dada a conocer *(promulgata)* en el momento de la decisión de la fecha de la asamblea; durante los 24 días intermedios la *rogatio* podía ser objeto de discusión en *contiones* o reuniones públicas; en caso de comicios electorales, los candidatos se habían de inscribir *(profiteri)* durante el plazo determinado tras la convocatoria del magistrado encargado de convocar a la asamblea. El desarrollo del comicio preveía que se pronosticasen los auspicios (*véase* Augures). En el caso de convocatoria por parte del tribuno (que no gozaba del *ius auspicii*), el comicio era *inauspicatum.* En caso de que cayera un rayo, considerado signo de Júpiter, en la dirección de derecha a izquierda, la sesión podía ser aplazada *(opnuntiatio)*. En caso de discutirse leyes, el presidente autorizaba a hablar para persuadir o disuadir

(*locus suadendi* o bien *dissuadendi*) de la propuesta presentada; un heraldo leía la *rogatio*: si no había habido *intercessio (véase)* por parte de ningún tribuno se pasaba a continuación a la votación. Se votaba según los *comitia*: por curias *(comitia curiata)*; por centurias (*comitia centuriata*: cada centuria emitía un voto; no se tenían en cuenta los votos de cada sección, sino que se daba preferencia a las primeras); por tribus *(comitia tributa)*. En un principio el voto era oral, pero entre el 139 y el 107, una serie de leyes llevaron al voto escrito (*Lex Cassia* del 137; *Lex Papiria* del 131 o 130; *Lex Coelia* del 107). Cuando el voto era oral, el *rogator* preguntaba a cada uno el voto y marcaba con *puncta* en tablillas preparadas previamente los votos individuales. El voto escrito se marcaba sobre tablillas de cera, lo suficientemente grandes como para contener el nombre del cónsul en caso de comicios consulares; para otras votaciones podían ser aún más pequeñas, de tal modo que pudieran contener tan sólo *V* (= *uti rogas* «como solicitas») en caso de aprobación de una ley, o bien *A* (= *antiquo*) en caso contrario; *L* (= *libera* «absuelve») para la absolución de un imputado, o bien *D* (= *damna*) en caso de condena.

***Comitia calata*:** asamblea de la curia, convocada para actos religiosos y consagraciones o para la lectura de testamentos.

***Comitia centuriata* (por centurias):** originariamente era una organización de carácter militar. Se reunían fuera del pomerio *(véase)*, en el Campo de Marte. Elegían a los magistrados dotados de *imperium (véase)*, entre los que se encontraban los dos cónsules, los pretores y los censores. Desde un punto de vista legislativo tenían el derecho de votar declaraciones de guerra *(lex de bello indicendo)* y de investir a los censores de su autoridad *(lex de censoria potestate)*. A partir del 218 a.C., gran parte de su actividad legislativa pasó a los *comitia tributa*. Por cuanto se refiere a la actividad judicial, según la *Lex Valeria* del 300 a.C. con la *provocatio (véase)*, los *comitia centuriata* se convierten en un tribunal de apelación para todos los procesos relativos a la condena capital, el exilio, la flagelación, el *interdictio aquae et ignis*, y los casos de *perduellio (véase)*. Los jueces instruían el proceso mediante cuestores, los comicios juzgaban. Con la institución de las *quaestiones (véase)* se redujo el poder de los comicios por centurias.

***Comitia curiata* (reunidos por curias):** existían desde la época de Servio Tulio: eran 30 (10 por cada tribu), nombraban y proclamaban al rey, y aprobaban las leyes. Durante la República, en cambio, sus funciones se redujeron a la aprobación de algunos tipos de adopciones *(adrogatio)*, como las vinculadas con la *transitio ad plebem*; a conceder el *imperium (lex curiata de imperio)* a los magistrados supremos elegidos por las centurias (las más de las veces se trataba de una mera formalidad); los comicios podían ser convocados por el pontífice máximo para la *inaugutario* de algunos sacerdotes. Ya a partir del 218 a.C., las curias estaban representadas por los lictores. El lugar destinado a las reuniones era el *Comitium*, espacio cerrado en la zona nordeste del Foro, o en el Capitolio.

***Comitia tributa*:** era la asamblea del pueblo reunida por tribus regionales, y no bajo la jurisdicción de los patricios como los *comitia curiata*. Se pueden distinguir dos fases: en la primera (493449) se trataba de *concilia plebis* (reuniones de la plebe) convocadas por el tribuno; a partir del 449, sobre el modelo de los *concilia plebis* se crearon los *comitia tributa*, que admitían la presencia de patricios. Se reunían dentro del *pomerium*. Estaban presididos por un cónsul o un pretor, cuando se trataba de *comitia tributa* y se elegían ediles curules, cuestores y *tribunos militum*, y por un tribuno cuando se reunía el simple *concilium plebis*. Con la *Lex Hortensia* del 287 a.C., que concedía validez jurídica a los *plebiscita* incluso sin la aprobación del Senado, creció la importancia de los *comitia tributa* (*véase también* Tribunal de la Plebe).

Consulado, cónsules *(consules)*: magistratura suprema establecida en el 510 por los comicios curiales a propuesta de Lucio Junio Bruto (que fue el primer cónsul junto a Lucio Tarquinio Colatino). Los magistrados fueron llamados pretores *(praetores)* en tiempo de guerra (de *prae-itor*, el que va delante y guía al ejército) y *jueces* en tiempo de paz. En la época del decenvirato (451-450 a.C.) tomaron el nombre de *cónsules* (pero es también posible que dicha designación coexistiese con los términos *praetor* e *iudex* e indicase el carácter colegial del cargo). A partir del 367 a.C., según las *Leges Liciniae Sextiae*, uno de los dos cónsules podía ser plebeyo; posteriormente, gracias al plebiscito tradicionalmente atribuido a Genucio (Liv., VII, 42), en el 342 a.C. (o bien en el 329) se consideró la posibilidad

de que ambos cónsules fuesen plebeyos; la *Lex Genucia* establecía, por otra parte, que no se podía volver a ocupar la misma magistratura hasta diez años después. Esta ley, después abolida, entró en vigor de nuevo con Sila. La *Lex Villia annalis* del 180 a.C. establecía también la edad: superior a los 43 años, previo ejercicio de la pretura. También según la *Lex Villia*, no se podía ser reelegido para un segundo año consecutivo en el mismo cargo o magistratura. Los cónsules eran elegidos por los comicios por centurias y el cargo duraba un año. Los comicios consulares se celebraban habitualmente en julio, pero a veces se aplazaban. Para poder ser elegidos era necesario estar presente *(professio)* al menos 24 días antes de la votación (pero hasta el siglo IV se podían presentar a candidatos *in absentia*). *Consules designati* eran los cónsules elegidos, que aún no habían entrado en funciones y todavía eran ciudadanos privados. De entre los dos, el *maior* era el cónsul mayor de edad, *prior* era quien había recibido más votos. Los cónsules convocaban y presidían el Senado, podían presentar propuestas de ley y se encargaban de hacer cumplir los decretos del Senado. Actuaban después de consultar al Senado *(in auctoritate senatus, cum patribus)*; convocaban y presidían los comicios por curias o por centurias *(ius cum populo agendi)* y presentaban sus propuestas *(rogationes)*. Podían establecer acuerdos con los enemigos previa aprobación del Senado; recibían y presentaban al Senado a los soberanos y embajadores extranjeros. Sus poderes jurídicos estaban limitados respecto a los de los reyes por las *leges Valeria Publicola, Valeria et Porciae (provocatio)*, en cuanto respecta a la jurisdicción penal, y la creación de la pretura y de la edilidad curul en cuanto respecta a la jurisdicción civil. En el ámbito administrativo su función era el censo y la gestión de los fondos públicos, pero en el 443 a.C., esta competencia pasó a los censores *(véase)*; también se ocupaban de la administración de las provincias, que posteriormente sería competencia del pretor. En el plano militar mantenían, en cambio, las mismas funciones que los reyes: reclutaban legiones, determinaban los contingentes de los aliados, guiaban al ejército y dirigían las operaciones militares. Si estaban ambos al mando del ejército lo guiaban en días alternos. *Consul armatus* era el cónsul que iba a la guerra; *consul togatus* era el que permanecía en Roma. Ante el fallecimiento de un cónsul, el otro convocaba los comicios *ad subrogandum* o *sufficiendum*

consulem (consul suffectus). Doce lictores con fasces o *virgae* constituían las enseñas consulares. Éstos precedían en fila al cónsul abriéndole paso; se reunían en casa del cónsul y lo acompañaban a donde fuera, incluso lejos de Roma o si estaba al mando del ejército.

***Contio*:** reunión del pueblo convocada por un magristrado durante la cual los ciudadanos recibían ordenanzas o comunicaciones *(contiones)*. El magistrado que la presidía concedía la palabra a quien la solicitaba *(contionem dare alicui)*, pero la votación estaba reservada a los comicios. El *comitium*, en cambio, era una asamblea deliberativa en la que el pueblo votaba y la función del magistrado era definida con la fórmula *agere cum populo*. Es significativo el testimonio de Gelio: «manifestum est aliud esse cum populo agere, aliud contionem habere. Nam cum populo agere est rogare quid populum quod suffragiis suis aut iubeat aut vetet; contionem autem habere est verba facere ad populum sine ulla rogatione» (XIII, 16). Si al *contio* seguía el *comitium*, la asamblea, despedida con la fórmula *discedite*, era invitada a *ire in suffragium* (*véase también* comicios).

Cuestura, cuestores *(quaestores)*: durante el período regio, los *quaestores paricidii* se encargaban de la instrucción de algunas causas criminales. En el 509 a.C., con la *Lex Valeria de quaestoribus* los cuestores se convirtieron en magistrados públicos y fueron encargados también de la administración del tesoro *(aerarium)*. Entre los cuestores se distinguían: los *quaestores urbani*, *aeraii*, que estaban al cuidado del tesoro público *(aerarium Saturni)*; los *quaestores pro praetor*, gobernadores de una provincia al puesto de un pretor, es decir, delegados de un gobernador de provincia y por él investidos con los poderes de pretor; los *quaestores classici*, encargados de llevar los registros de la flota y repartir entre los aliados las contribuciones en plata, naves, equipajes.

Dictadura, dictador *(dictator)*: magistratura extraordinaria, dotada de poderes excepcionales, en sustitución del consulado, a la que se recurría en momentos de particular gravedad. El recurso al dictador lo decidía el Senado con un decreto; uno de los cónsules designaba al dictador *(dictio)* tras haber consultado los auspicios, dentro del territorio romano (excluida Sicilia). Si los cónsules se negaban, podían elegir al dictador los tribunos de la plebe. Contra tales decisiones, la *intercessio (véase)* no tenía valor.

Designaciones excepcionales fueron las de Sila, nombrado dictador por un *interrex* (con ley especial), y la de César, por un pretor. Antonio abolió la dictadura en el 44 *(Lex Antonia de dictatura tollenda)*. El dictador elegía al *magister equitum*, solicitaba la *lex curiata de imperio* y asumía el cargo. Sus poderes eran similares a los reales, y estaba por encima de los cónsules, además de reunir en su persona sus poderes. Era acompañado por 24 fasces y, lo más significativo, por los segures, incluso dentro del pomerio; no estaba sujeto a *provocatio* ni a *intercessio*. Las órdenes del dictador, como las de los cónsules, tenían valor de *edicta*. La dictadura tenía una duración máxima de seis meses, aunque se tendía a desempeñar el cargo de dictador el menor tiempo posible. El origen de esta magistratura era claramente de carácter militar, por lo que el caso más frecuente era de dictadura militar *(optimo iure, belli gerendi causa)*; los casos de dictadura civil fueron esporádicos (para celebrar los comicios consulares, para procesos de alta traición o para elaborar la lista de los senadores).

Edilidad, ediles *(aediles)*: existían los ediles de la plebe *(aediles plebis)* y los ediles curules *(aediles curules)*. Los *aediles plebis* fueron instituidos en el 494 junto con los tribunales de la plebe. Los ediles tenían a su cargo los archivos de la plebe en el templo de Ceres *(aediles Cereris)*; desde el 471 *(Lex Pubilia Voleronis)* eran elegidos por los comicios por tribus bajo la presidencia de un tribuno, en el 454 recibieron el *ius multae dictionsi* y el *ius contionis*. En el 449 con la *Lex Valeria Horatia* se les garantizó la inviolabilidad; el Senado les encargó de custodiar los *senatusconsulta* en el templo de Ceres. Los *aediles curules*, pertenecientes al patriciado, fueron creados en el 367 con la *Leges Liciniae Sextiae*. A diferencia de los *aediles plebis*, no eran *sacrosancti*, podían llevar la *toga praetexta*, tenían derecho a la silla curul, al *ius imaginum*, al *ius auspicii* y al *ius edicendi*. Eran elegidos por los comicios por tribus bajo la presidencia del cónsul. Posteriormente acabaron asumiendo las mismas funciones que los *aediles plebis*. Ambos tenían *potestas* y no *imperium*. Sus funciones se centraban en la vigilancia de los mercados, en proveer a la seguridad pública de la ciudad, en la *cura annonae* (aprovisionamiento de la ciudad de Roma), en la preparación de los juegos y en la vigilancia de los archivos.

***(Equites)*:** desde la época del rey Servio en el siglo II a.C., los *equites* eran los miembros de las centurias ecuestres, incluidos los senadores y los más ricos *iuniores* (miembros del ejército entre los 17 y los 40 años), pero a partir del siglo II a.C. el término asume un sentido más amplio y sirve para designar una «orden». Para formar parte de la orden ecuestre era necesario un determinado censo *(census equester)*, nacer libre y gozar de buena reputación. Los pertenecientes a la orden ecuestre se dedicaban al comercio *(negotiatores)*, actividad prohibida a los senadores según la *Lex Claudia* del 218 a.C., a la actividad financiera (*faeneratores* o *argentarii*: prestamistas de dinero y banqueros), aceptaban las contratas públicas *(publicani)* relativas al mantenimiento del ejército, a las obras públicas, la recaudación de los impuestos relativos a las mercancías y el cobro de los tributos, pero podían ser también grandes propietarios de tierras *(agricolae)*, puesto que invertían en tierras los beneficios de sus actividades. Durante el siglo II a.C., y en particular en la segunda mitad, se incrementó cada vez más la importancia de los miembros de la orden ecuestre desde el punto de vista económico. Cayo Graco fue el primero en darles un reconocimiento político con la *quaestio de repetundis*: en el 122 a.C., según la *Lex Acilia repetundarum*, se abolieron los tribunales que juzgaban ese delito formados por senadores y los procesos *de rebus repetundis* se transfirieron a los miembros de la orden ecuestre. Los símbolos de la *ordo* eran el caballo público, el anillo de oro y la laticlavia (estrecha banda de púrpura sobre la toga); disponían, además, de puestos reservados en el teatro (establecidos definitivamente por la *Lex Roscia* del 67 a.C.).

***Flamen dialis*:** el *flamen* es el sacerdote que realiza los sacrificios para la divinidad a la que está consagrado (Cicerón, *Leyes*, II, 8, 20). Los sacerdotes más importantes *(flamines maiores)* eran los de Júpiter *(flamen Dialis)*, Marte *(flamen Martialis)* y Quirino *(flamen Quirinalis)*, nombrados por el pontífice máximo y consagrados en los *comitia calata*; pertenecían, además, al colegio de los pontífices. El *flamen Dialis* era el primero entre todos los *flamines*; éste y toda su familia, que residían en el Palatino, eran considerados propiedad de Júpiter.

***Homo novus*:** aquel que es el primero de la familia que entra a formar parte del Senado (emprendiendo, pues, la carrera política). Entre el primer consulado de Mario y la muerte de César llegaron a cónsules 11 *homines novi*.

***Imperator*:** título conferido mediante aclamación por los soldados al general victorioso (magistrado dotado de *imperium*: esta limitación la ignoró César, que concedió tal honor incluso a los legados). Habitualmente, quien obtenía este título celebraba también el triunfo *(véase)*. Además del ejército, también el Senado podía aclamar al *imperator*.

***Imperium*:** derecho de mando superior, militar y jurisdiccional (generalmente contrapuesto a *potestas*). El *imperium* residía en el pueblo, pero era ejercido por el magistrado sobre los ciudadanos. Le correspondía a cónsules, pretores, al dictador, a los procónsules y propretores, al *magister equitum* (y en el pasado al monarca, a los *decemviri consulari imperio legibus scribendis* y a los *tribuni militum consulari potestate*), así como a otros magistrados delegados. Su duración era anual. Tenía dos características: *a*) no podía ejercerse a más de una milla del pomerio (*imperium domi*: poder judicial en Roma; *imperium militiae*: fuera del *pomerium*); *b*) más allá de las fronteras no se admitía la *provocatio* ni la *intercessio*. Los magistrados que tenían el *imperium* poseían todos los derechos que poseían los que tenían la *potestas* y más aún: *a*) el derecho de consultar auspicios en Roma y fuera de ella; *b*) el de reclutar y mandar el ejército y nombrar a los oficiales; *c*) el de juzgar en el ámbito militar y civil; *d*) el de coacción; *e*) y el de convocar al pueblo a comicios por centurias. El *imperium* se confería con la *lex curiata*; sus símbolos eran las fasces y los lictores.

***Inauguratio*:** acto con el que, tras haber interpretado los auspicios, se podía estar seguro de que el nuevo sacerdote, magistrado o lugar era del agrado de los dioses.

***Intercessio*:** en el ámbito del derecho público, derecho de veto por parte de un magistrado respecto a otro magistrado de igual grado o inferior en caso de *senatosconsultum*, *rogationes* sometidas a los comicios y decretos de los magistrados. También los tribunos de la plebe, aun no siendo magistrados, tenían derecho de *intercessio*.

***Interrex*:** magistratura de carácter transitorio. En el período regio se recurría al *interrex* a la espera de la elección del nuevo rey. En época republicana, si el titular de una magistratura (habitualmente el cónsul) moría antes de haber podido transmitir a su sucesor el *ius auspicii*, este derecho volvía al conjunto de los *patres*, que delegaban en un magistrado, el llamado *interrex*, escogido a suerte entre ellos (era un patricio), el cual designaba pasados cinco días otro *interrex*, que a su vez nombraba a otro, y así sucesivamente hasta la elección del magistrado.

Legión *(Legio)*: división del ejército romano, compuesta por un promedio de 6.000 hombres, dividida en 30 manípulos que comprendían cada uno dos centurias (por un total de 60 centurias). En época republicana estaba al mando de la centuria un tribuno o un legado temporal. El mando de la infantería estaba a cargo de los *tribuni militum* (seis; 60 son los centuriones); el de la caballería no era único, puesto que estaba dividida en *turmae* de tres decurias cada una: al mando de cada decuria había un decurión. Las centurias fueron sustituidas por los manípulos para agilizar el mando de la armada. Por último, Mario sustituyó los manípulos con las cohortes *(véase)* y cada legión tenía diez. A partir de las guerras samníticas el ejército ordinario estaba compuesto por cuatro legiones.

***Magister equitum*:** comandante de la caballería, elegido por el dictador. Vestía la *toga praetexta*, tenía derecho a seis fasces y a la silla curul. No podía ser destituido por el dictador, ni permanecer en el cargo al acabar el período de la dictadura. *Véase también* dictadura.

***Obnuntiatio*:** comunicación tempestiva a la asamblea a cargo del *augur*, a causa de un signo interpretado como mal presagio (generalmente la dirección de un rayo o, peor aún, un trueno). Las palabras *alio die* dichas por el augur al presidente de la asamblea obligaban a aplazar la reunión (véase Cicerón, *Leyes*, II, 31).

Optimates *(optimates)*: en el panorama de la lucha política romana (a partir del siglo II a.C.) se suelen contraponer *optimates* y *populares*. No se trata realmente de dos «partidos» correspondientes a grupos sociales muy distintos, es más, desde este punto de vista, los dos grupos, en su interior, eran sustancialmente heterogéneos. Los optimates —la oligarquía senatorial y sus defensores— llevaban a cabo una política de carácter conservador.

Respecto a esto es significativo el comentario de Cicerón (*Rep*., I, 51), cuando dice que la salvación del Estado *(salus civitatium)* «depende de las decisiones de los "óptimos" *(optimorum)*», aunque en la situación actual (segunda mitad del siglo I a.C.) se ha adueñado del Estado «la potencia de unos pocos *(paucorum)*», *opulentos y ricos*, que de *principes optimatium* no tienen más que el nombre. El carácter oligárquico de este grupo está bien claro en Salustio, que no utiliza nunca el término *optimates*, sino *potentia paucorum*, o, sin más, *factio*.

Patrón *(patronus)*: así se denominaba al noble en relación al *cliens*, al cual ofrecía protección personal y jurídica. En edad arcaica, el patrón ponía a disposición del propio cliente un trozo de tierra para que la pudiera trabajar con su familia. *Véase también* clientes, clientela.

***Perduellio*:** el *crimen* de *perduellio* correspondía a alta traición *(maiestas)* y tenía un carácter sacro (de lo que deriva, según algunos, el nombramiento de una magistratura especial, la de los *duumviri perduellionis*). Indicaba la máxima hostilidad hacia el Estado (*per* es reforzativo; *duellio* tiene la misma raíz que *bellum*). La función de juzgar al reo estaba confiada, originariamente, a dos magistrados (los *duumviri perduellionis*) elegidos por el pueblo.

Pomerio *(pomerium)*: límite sagrado de la ciudad de Roma.

Pontífice máximo *(pontifex maximus)*: es el más alto cargo sacerdotal. El pontífice máximo habitaba en el palacio de los reyes *(regia)* y era considerado el sucesor. Representaba a todas las divinidades reconocidas por el Estado, y era superior al resto de sacerdotes. Sus funciones consistían en la administración de los *prodigia*, en la distinción de los días fastos y nefastos, de las *feriae stativae* y de las *indictiones*; en nombrar y dirigir a los cinco flámines, al *rex sacrorum* y a las Vestales; controlar las asociaciones de culto, intervenir en los casos de matrimonios celebrados con la *confarreatio*, en algunos sacrificios privados y en todo lo que afectaba a los cultos domésticos o gentilicios.

Populares *(popularis)*: como se ha dicho también para los optimates *(véase)*, la composición social del grupo de los populares era heterogénea. El término *popularis* puede connotar una persona, un comportamiento o una disposición legislativa. Los populares eran los políticos reformadores y sus

seguidores, los cuales defendían un programa de reivindicaciones sociales con el fin de introducir en la política activa a estamentos (en particular el ecuestre) que quedaban por lo general al margen. Eran temas recurrentes de la política popular los relacionados con la cuestión agraria, la distribución del trigo a los *proletarii* y las disposiciones legislativas a favor de los aliados itálicos; los populares luchaban contra la intransigencia de la oligarquía senatorial *(factio)* y un ejemplo de este activismo fueron los intentos de abolir la institución del *senatusconsultum ultimum (véase)*.

***Potestas*:** desde un punto de vista administrativo (en contraposición a *imperium*) los derechos que comporta son: *a*) consultar los auspicios dentro del *pomerium*; *b*) *ius edicendi*; *c*)imponer *multae* (indemnizaciones) y confiscar las propiedades; *d*) convocar al pueblo para discutir *(contionem habere)* o para votar *(cum populo agere)*; *e*) convocar, presidir y hacer votar al Senado *(cum patribus agere)*.

Pretura, pretores *(praetores)*: en los primeros tiempos de la República, pretor era el cónsul en guerra. A partir del 367, según la *Leges Liciniae Sextiae*, es un magistrado que se encargaba de ejercer en Roma exclusivamente la jurisdicción civil *(praetor urganus)* y podía ser elegido tanto entre los patricios como entre los plebeyos; a este pretor se añadió desde el 241 el *praetor peregrinus*, encargado de las controversias entre extranjeros o entre ciudadanos y extranjeros. De dos que eran en principio, los pretores se convirtieron en cuatro, seis, ocho y así sucesivamente, según las necesidades de un magistrado *cum imperio* que era enviado a una provincia. Eran elegidos por las centurias bajo la presidencia del cónsul; se echaba a suertes la provincia *(sortirio provinciarum)*. El *praetor urbanus* gobernaba la entera jurisdicción civil. Al entrar en posesión del cargo emitía un edicto válido por un año que contenía los principios en base a los cuales regularía las propias decisiones. El pretor no juzgaba, pero preparaba la instancia, fijaba la formulación del proceso y establecía el tribunal (presidía las *quaestiones*). Sus delegados eran los prefectos *(prefecti)*.

***Princeps senatus*:** el senador que estaba inscrito como primero en el registro senatorial y tenía derecho a tomar la palabra en el Senado en primer lugar.

Proconsulado, procónsul *(proconsul)*: promagistrado dotado de *imperium* consular. Se le confiaban habitualmente ejércitos y provincias difíciles de gobernar. En el 327, un plebiscito prolongó por un año el *imperium* del cónsul Publilio Filón: fue el primer caso de *prorogatio imperii* (que constituye la base del proconsulado). En el 81 Sila prohibió, con la *Lex Cornelia de provinciis ordinandis*, a los cónsules y a los pretores que fueran a las provincias durante el mandato y que ejercieran el *imperium militare* en Italia; fueron enviados a las provincias procónsules y propretores. En el 52, Pompeyo *(Lex Pompeia de provinciis)* dispuso que los cónsules no pudieran ser nombrados procónsules si no era tras un intervalo de cinco años.

***Provocatio*:** apelación a los comicios por centurias. Según la *Lex Valeria de provocatione* del 300 a.C. en Roma y en el radio de una milla del territorio romano, el ciudadano condenado a la pena capital podía recurrir a la asamblea popular, que habría de decidir con un nuevo proceso judicial. Los magistrados no podían infligir una pena corporal si el ciudadano había apelado al pueblo. No se podía recurrir a la *provocatio* contra las órdenes del dictador y las decisiones de las *quaestiones*.

***Publicatio bonorum*:** confiscación de los bienes (en relación a la pena de muerte y al exilio).

***Quaestiones*:** para poner remedio a la lentitud de los comicios en juzgar los procesos que le eran asignados a causa de la *provocatio* fueron instituidos jurados extraordinarios *(quaestiones extraordinariae)*, que juzgaban sin apelación (en cuanto el pueblo tenía a sus representantes propios en estos juicios). Para algunos tipos de delitos (concusión, envenenamiento, peculado) se instituyeron tribunales permanentes *(quaestiones perpetuae)*.

***Rogatio*:** propuesta de ley (quien la proponía era el *rogator*).

Senado *(senatus)*: durante la monarquía era el consejo del rey *(consilium regium)* compuesto por los cabezas de familia de las *gentes* más importantes, cuya finalidad era conservar el *mos maiorum*. A partir del 509 a.C., con la instauración de la República, aumenta la importancia del Senado. Los senadores eran 300 (posiblemente en relación con las tres tribus y las treinta curias). Para pertenecer al Senado era necesario el censo

ecuestre (400.000 sestercios). Los senadores se definían *patres et conscripti*: se suele entender como *patres* a los senadores de origen patricio y *conscripti* a los de origen plebeyo posteriormente admitidos en el Senado. En un primer período, la elección de los senadores pertenecía al/los cónsul/es (en época regia lo había sido del rey). Existían dos tipos de senadores: los que eran nombrados por los cónsules para cubrir puestos vacantes y los viejos magistrados que conservaban el derecho de manifestar su propia opinión en el Senado *(senatores quibus dicere sententiam in senatu licet; ius sententiae dicendae)*. Con la *Lex Ovinia* (aprobada entre el 339 y el 318 a.C.), la función de elegir a los senadores para las vacantes pasa de los cónsules a los censores: eligen (cada cinco años) entre los ex magistrados que ya habían tenido el *ius sententiae dicendae*, y ocasionalmente entre los no magistrados. Podían expulsar a los indignos de pertenecer todavía al Senado. Según los cargos que habían desempeñado, los senadores se dividían en *consulares*, *praetorii* y *tribunicii*. Sila admitió a 300 nuevos miembros en el Senado (provenientes del estamento ecuestre), elevando a 600 el número de senadores. César favoreció la admisión de sus partidarios: en el 45 a.C., el Senado contaba con 900 miembros. Los senadores llevaban la laticlavia y tenían puestos reservados en los juegos y ceremonias religiosas. No podían salir fuera de Italia si no era con permiso del Senado. Presidía el Senado quien lo convocaba *(vocare, cogere senatum)*. La convocatoria se hacía a través de heraldos o cartas individuales. Las sesiones se celebraban en un lugar consagrado (la primera sesión del año en el templo de Júpiter en el Capitolio). El presidente presentaba la propuesta y posteriormente se pasaba a la votación y a la discusión (se interrogaba a todos los miembros presentes: *per singulorum exquisitas sententias*; *consulere ordine senatum*; *perrogare sententias*) o bien a la votación final. En caso de *intercessio (véase)*, la decisión del Senado era considerada simple *auctoritas senatus* (a nivel consultivo). Las actas se depositaban en el erario bajo el control de los ediles; César dispuso la publicación de las *actas senatus*. El Senado se ocupaba del mantenimiento del culto tradicional; de la administración financiera; de la seguridad pública y la tutela de las costumbres; de la dirección de la guerra; de las negociaciones con los pueblos y los Estados extranjeros, así como de

la administración de los territorios sometidos al pueblo romano. En el plano legislativo, aprobaba las leyes votadas por los comicios (*auctoritas patrum*: parecer del Senado no ejecutado); podía hacer proponer algunas leyes invitando a los cónsules o tribunos a someterlas a la votación del pueblo *(agere cum consulibus, cum tribunis, ut ferant)*, y, asimismo, podía proponer al pueblo que dispensara a un ciudadano de la observancia de una ley *(solvere aliquem legibus)*. El Senado podía decidir medidas excepcionales, como la de otorgar el máximo poder a los cónsules *(videant consules en quid res publica detrimenti capiat) (véase Senatusconsulum ultimum)*; con la declaración de *tumultus* invitaba a los ciudadanos a vestir hábito militar y suspendía provisionalmente a los tribunales *(iustitium)*; podía, también, declarar *hostis* (enemigo público) a una persona por su actitud perturbadora; declarar nulas algunas leyes votadas en un determinado período *(non videri populum iis legibus teneri)*, así como limitar o suspender el poder de algunos magistrados *(circumscribere magistratus)*.

***Senatusconsultum ultimum*:** César (*G. Civ*., I, 5, 3) utilizó por vez primera este término. Se trata de una disposición mediante la cual el Senado reconoce la existencia de una situación de máxima gravedad dentro del Estado y decide confiar su tutela a los cónsules, reconociéndoles el derecho a eliminar a quien fuese la causa de tal perturbación. En latín se halla comúnmente utilizada la expresión (con alguna variante) *videant consules en quid res publica detrimenti capiat*. Generalmente se declaraba el estado de *tumultus* y se aprobaba, por consiguiente, el *senatusconsultum*. Por lo que sabemos, se recurrió a tal disposición por primera vez en el 121 a.C. contra Cayo Sempronio Graco y Marco Fulvio Flaco; y también en el 100 a.C. contra Lucio Apuleyo Saturnino y Cayo Servilio Glaucia; en el 83 a.C. durante el enfrentamiento entre Mario y Sila; en el 63 a.C. contra Catilina, y en el 49 a.C. contra César.

***Transitio ad plebem*:** acto en base al cual un miembro de una familia patricia se hacía adoptar por un plebeyo con el fin de aspirar a cargos reservados a los plebeyos, como el de tribuno de la plebe.

Tribunal de la plebe, tribunos *(tribuni plebis)*: los tribunos eran los representantes (jefes) de la *tribus*. El tribunal de la plebe fue creado, según la tradición, en el 494-493, cuando se verificó la primera secesión de la

plebe. Los poderes de los tribunos fueron ratificados con un juramento sacro (la *lex sacrata*). Eran elegidos por las curias; a partir del 471 por los *concilia plebis* (denominados también *comitia plebis tributa*), o sea, por la asamblea popular. Originariamente eran cinco y después diez (ya en el 449); no eran magistrados porque no podían consultar los auspicios; sus sucesores debían ser designados antes de abandonar el cargo. Ejercían el *ius auxilii* (el *auxilium tribunicium*), es decir, tenían la responsabilidad de defender a las personas y las propiedades de la plebe. Su poder derivaba del hecho de que eran inviolables *(sacrosancti, sacrosancta potestas)*. Eran precedidos por los *viatores*. Ejercían su poder dentro del pomerio. Se valían de la *intercessio (véase)*, de la *obnuntiatio* y de la *coercitio* (derecho a imponer decretos de la plebe y los propios derechos). El reconocimiento de los poderes de los tribunos tenía lugar a través de los *plebiscita* y de leyes (como la *Lex Hortensia* del 287 a.C., que establecía la validez jurídica a los *plesbiscita* incluso sin la aprobación del Senado). Fueron admitidos a las sesiones del Senado y seguidamente consiguieron el derecho a convocar el Senado y a decretar *senatusconsulta*; obtuvieron el *ius cum plebe agendi* (convocar y presidir las asambleas populares). Podían acusar a los magistrados ante las asambleas de la plebe, y perseguir en segunda instancia a condenados ante los comicios por tribus (sustituyeron a los cuestores como acusadores públicos). El poder de los tribunos *(tribunicia potestas)*, fuertemente redimensionado por Sila (anulando casi completamente la facultad legislativa, aboliendo el derecho de veto y el poder jurisdiccional), fue restablecido completamente por Pompeyo y Craso, cónsules en el 70 a.C.

Tribunos militares *(tribuni militum)*: oficiales al mando de la legión (seis por legión, 24 en un ejército ordinario, compuesto por cuatro legiones), con un mínimo de cinco años de experiencia militar, se sucedían en el mandato generalmente cada dos meses. Según la tradición, fueron instituidos en el 444 a.C. Inicialmente nombrados por los cónsules, a partir del 362 un tribuno era designado por los cónsules *(tribuni militum rufuli)*, los otros por el pueblo *(tribuni militum comitiati)*; al final (a partir del 207 a.C.) todos eran designados por el pueblo, pero siempre eran elegidos entre los miembros jóvenes de familias importantes.

Triunfo *(triumphus)*: ingreso solemne del vencedor en la ciudad con los mayores honores militares. Podían aspirar al triunfo sólo los dictadores, los cónsules, los pretores y excepcionalmente los legados, a condición de haber sido comandantes en jefe (y, generalmente, haber matado al menos a 5.000 enemigos). El triunfo era autorizado por el Senado; se disponía que los caminos y los edificios se adornasen con la pompa máxima. Con ocasión del triunfo, el comandante conservaba excepcionalmente el mando del ejército. Reunía a las tropas en el Campo de Marte y era recibido en la puerta triunfal (cuya ubicación desconocemos; tal vez formaba parte de la *porta Carmentalis*) por el Senado al completo, y los magistrados y los ciudadanos más importantes; proseguía después sobre un carro tirado por cuatro caballos, precedido por los lictores, con un esclavo que sujetaba por encima de él una corona y le recordaba que era mortal, mientras que los soldados le dirigían versos llenos de insolencias *(fescennini)*. Iba acompañado por sus hijos y por importantes prisioneros de guerra destinados a la ejecución. El cortejo triunfal subía hasta el templo de Júpiter en el Capitolio.

NOTAS

Quiero dar las gracias a todos los que me han ayudado con sus observaciones; especialmente a Giorgio Fabre y Marina Silvestrini.

Prefacio

1. *Arbeitsjournal* [Francfort, 1973]. La nota (23 de julio de 1938) demuestra la precoz concepción del romance *Los negocios del señor Julio César*, que, sin embargo, quedó incompleto.

2. Es sintomático el modo en el que se trata a César en el sexto libro de la *Eneida* (v. 789): una simple alusión, bien poca cosa en comparación con el espacio dedicado a Augusto.

3. *Mémorial de Sainte-Hélène*, París, 1961, vol. II, p. 610.

4. *Mémoires*, París, 1955, vol. II, p. 294.

5. *Mémorial*, cit., II, p. 107.

6. *Précis des guerres de César* par Napoléon, écrit par M. Marchand sous la dictée de l'Empereur (1819), París, 1836, pp. 212-213.

7. Por lo demás, desde Maquiavelo a Giusto Lipsio y a Federico II de Prusia, se estudia el sexto libro de Polibio con el fin de elaborar un moderno «arte de la guerra».

8. *Précis*, cit., p. 211.

9. Véanse las páginas del *Précis* en las que Napoleón explica por qué era inevitable que César intentara, de todos modos, restablecer la vieja aristocracia.

10. Rec. A. R. Syme, *Roman Revolution*, «JRS», 30, 1940, p. 78.

11. La expresión es de R. Syme, *Roman revolution* [Oxford, 1939].

12. *Decline and Fall* [1776], por D. Womersley, vol. I, Londres, 1994, pp. 105106.

13. *Römische Geschichte* [1856].

Capítulo I

1. Cargo al cual César había sido destinado por Cinna y Mario.

2. Plutarco, *César*, 1, 4: «se propone asesinarlo».

3. Suetonio, *César*, 1, 3: Aurelio Cota era hermano de Aurelia, madre de César, pero en tiempos del conflicto mariano había regresado a Roma en el séquito de Sila (Cicerón, *Bruto,* 311). Para consultas de este género, fundadas en el derecho de asilo de los santuarios, véase Cicerón, *En defensa de Fonteyo*, 46; Suetonio, *Tiberio*, 2, 4; Tácito, *Anales*, XI, 32.

4. Suetonio, *César*, 1.

5. Suetonio*, César*, 1, 2 («inquisitores»).

6. Plutarco, *César*, 1, 6. Sin embargo, no siempre estos traumas han determinado comportamientos coherentes. En el año 49, Marco Julio Bruto, el futuro cesaricida, decidió seguir a Pompeyo, que había sido el asesino de su propio padre.

7. Esto se debería deducir de las palabras de Suetonio, *César*, 2, 1. Véase Broughton, *MRR*, vol. II, p. 76.

8. Celebrado en el 46, tras regresar de África (Suetonio, *César*, 37).

9. Suetonio, *César*, 49.

10. Suetonio, *César*, 2. Livio, *Periocha*, 89, recuerda la conquista de Mitilene.

11. Suetonio, *César*, 3.

12. El cónsul subversivo, según la acertada definición de L. Labruna (en el libro del mismo título, *Il console sovversivo*, Nápoles, 1975).

13. «Magnis condicionibus», afirma Suetonio, *César*, 3.

14. «Ingenio eius diffisus.»

15. «Cum ingenius eius diffisus tum occasione, quam minorem opinione offenderat.»

16. Tucídides, I, 22, 4: τὸγενησόμενον τῶν μελλόντων.

17. Naturalmente, la característica de traidores «profesionales» de Lépido, padre e hijo, era universalmente conocida, y en las cartas privadas, Cicerón, escribiendo a Bruto y a Casio, lo comenta con tono despectivo (*Epístolas a los familiares*, XII, 8, 1).

18. *Diálogo de los oradores*, 34, 7.

19. Gelio, IV, 16, 8.

20. Este Dolabela *no* está emparentado con el Dolabela yerno de Cicerón y partidario de César en la guerra civil.

21. El fragmento está citado de Valerio Máximo (VIII, 9, 3). Lucio Aurelio Cota, junto con Hortensio, fue defensor, influyente y vencedor, de Dolabela.

22. Solamente años después, con el consulado de Craso y Pompeyo (70 a.C.), los fundamentos de la normativa constitucional silana serán abolidos.

23. En el año 63 será cónsul con Cicerón y se ocupará de la represión militar de los catilinarios.

24. Asconio, p. 75, Kiessling-Schoell (= p. 84 Clark).

25. *César*, 4, 1-3. Suetonio no hace alusión a este proceso.

26. *César*, 4, 1: «ad declinandam invidiam».

Capítulo II

1. Veleyo, II, 42.

2. Plutarco, *César*, 2, 1.

3. Suetonio, *César*, 4, 1.

4. Plutarco, *César*, 2, 4.

5. II, 42, 2: «Publica civitatium pecunia redemptus est.» Polieno (VIII, 23, 1) precisa, ciertamente de modo unilateral, que fue Mileto el que pagó el rescate impuesto.

6. Véase M. Gelzer, *Cäsar, der Politiker und Staatsmann* (1921], Munich, 1941, p. 35.

7. Veleyo, II, 42, 3; Plutarco, *César*, 2, 6.

8. II, 42, 2.

9. Plutarco, *César*, 4, 7.

10. II, 42, 3.

11. Suetonio, *César*, 74, 1.

12. Plutarco, *César*, 2, 7.

13. Polieno, VIII, 23, 1.

14. Es el fragmento 30 de la versión de Peter, *HRR*, vol. II, p. 87.

15. Gelio, V, 13, 6.

16. Aunque Gelio define en aquel pasaje a César como «pontifex maximus», esto no significa que César lo fuese en el momento en que pronunciaba el discurso. Sobre esta cuestión puede verse: A. M. Ward, «*Caesar and the Pirates*», *American Journal of Ancient History*, 2, 1977, pp. 26-36.

17. Todo el capítulo de Gelio (V, 13) está dedicado al tema: con cuántas premuras hay que comportarse con los clientes.

18. Se ha tratado en el capítulo precedente.

19. Suetonio, *César*, 4, 2.

20. *Syll.* nr. 748. r. 23. Broughton, *MRR*, vol. II, p. 113 se inclinaría a tal identificación y lo añade, con ulteriores argumentos, en el *Supplemento* (p. 105). Dittenberger, en el comentario (*op. cit,* n.o 748, n. 12), pensaba más bien en la primera estancia cesariana en Oriente (81-78 a.C.).

21. Veleyo, II, 43, 1: «absens pontifex factus erat in Cottae consularis locum».

Capítulo III

1. II, 43, 1-2.

2. Si el epígrafe *Syll.* n. 748 se refiere a César, no puede sino haber tomado parte en las elecciones del 72, y no en las del 73.

3. Plutarco, *César*, 5, 1.

4. Suetonio, *César*, 5; Dión Casio XLIV, 47, 4. Quizás por ello en el discurso pronunciado a favor de la *rogatio Plotia* César declaraba estar «comprometido con todas sus fuerzas *pro nostra necessitate*»; es decir —explicaba Gelio—, «por el derecho de parentesco» (Gelio, *Noches Áticas*, XIII, 3, 5).

5. *Craso*, 7, 5.

6. Véase *infra*, cap. VII, «En la conjuración, más allá de la conjuración».

7. Sigo la cronología de la cuestura de César propuesta y argumentada por Broughton, *MRR*, vol. II, p. 136, nota 7; vol. III (*Suppl.*), pp. 105-106.

8. Sólo a partir de la primavera del 69 César desarrolla su servicio como cuestor en España bajo Antistio. Por tanto, las actividades político-demostrativas de las que hablamos tienen lugar en los primeros meses de su cuestura.

9. Suetonio, *César*, 6, 1.

10. Plutarco, *César*, 5, 2.

11. Plutarco, *César*, 5, 3.

12. Veleyo, II, 43, 4: «et restituta in aedilitate adversante quidem nobilitate monumenta C. Marii».

13. *César*, 6.

14. Plutarco, *César*, 5, 4.

15. *César*, 5, 5.

16. Nada más oficial que una *laudatio funebris*.

17. *La guerra de España* (42, 1), última parte de la obra compuesta denominada *corpus Caesarianum*.

18. *César*, 7, 1.

19. II, 43, 4. Y aprovecha la ocasión para rendir homenaje al Antistio Vetere de su tiempo, descendiente del pretor del año 70.

20. Suetonio, *loc. cit*.

21. Véase también la ed. de A. Garzetti, *Plutarchi Vita Caesaris*, Florencia, 1954, pp. 17-18. Pero D. R. Shackleton-Bailey, *Two Studies in Roman Nomenclature*, University Park (PA), 1976, pp. 11-13, niega que este Antistio Vetere hijo haya existido nunca. Sobre esto coincide Broughtin, *MRR*, vol. III, p. 18.

22. *César*, 7, 1.

23. Sueño muy significativo: indica la necesidad de regresar a la patria (Artemidoro, I, 79; Dión Casio, XXXVII, 52, 2; sueño análogo al de Hipias: Heródoto, VI, 107).

24. *César*, 11, 5-6.

25. *César*, 32, 9.

26. *César*, 7, 1. También para Dión Casio (XXXVII, 52, 2) éstas son las circunstancias, pero el año es el de la pretura.

27. *César*, 11, 6.

28. *Guerras civiles*, II, 149, 620.

29. Véase A. N. Sherwin White, *The Roman Citizenship*, Oxford, 1973, pp. 157159; E. Badian, perfil de César en el *Oxford Classical Dictionary*, 1996, p. 780.

30. Suetonio, *César*, 8.

31. Inicialmente el encargo del difícil conflicto en Oriente le estaba confiado a Lúculo. Lucio Cecilio Metelo, colega de Marcio Rey, murió a principios de año. También el cónsul *suffectus* Servilio Vatia, que debía sucederle, falleció antes de asumir el cargo. He aquí la causa de que en la primavera del 68 Marcio Rey partiera hacia Cilicia.

32. H. E. Butler y M. Cary (eds.), *Suetoni Tranquilli Divus Iulius*, Nueva YorkOxford, 1927, p. 51.

33. Suetonio, *César*, 9.

34. Plutarco, *Pompeyo*, 25, 8.

35. Dión Casio, XXXVI, 43, 2-4

36. Suetonio, *César*, 10, 1.

37. *Ibid*.

38. Plinio dice que ésta era la finalidad de aquellos juegos (*Historia natural*, XXXIII, 53) y Dión Casio (XXXVII, 8, 1). Las fuentes biográficas se detienen sobre todo en la magnificencia de los juegos. Como cuestor, recordemos, había celebrado las honras de Julia y de su descendencia materna.

39. La cifra exacta es de Plutarco, *César*, 5, 9.

40. Las fuentes en G. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Milán 1912, p. 379; véase también M. H. Crawford (ed.), *Roman Statutes*, vol. II, Londres, 1996, pp. 761-762.

41. Suetonio, *César*, 26.

42. La muchedumbre, aunque también los señores, buscaban emociones fuertes: preferían ver morir a los gladiadores, no que vencieran.

43. Suetonio, *César*, 26. Había, por tanto, documentos de primera mano que testimoniaban todo ello.

44. *Guerras civiles*, II, 1, 3.

45. Realmente sus «negocios», por utilizar el título brechtiano, tuvieron un peso decisivo.

46. Suetonio, *César*, 11: «adversante optimatium fatione». Una expresión que deja ver una fuente favorable a César, no a sus adversarios que, ciertamente, no *se* definían así.

47. Suetonio, *César*, 11, 2.

Capítulo IV

1. Dión Casio, XXXVII, 37, 1.

2. Véase C. Castner, *Prosopography of Roman Epicureans*, Francfort, 1988, pp. 83-86.

3. «Gli dei di Epicuro e lo Stato romano», en *Head and Hand in Ancient Greecek* (Londres, 1947); trad. it. Milán, 1953, p. 153.

4. Polibio, VI, 56, 7. Para decir la «superstición religiosa» Polibio adopta el término más eficaz y literariamente consolidado (por ejemplo, por Teofrasto): τὴν δεισιδαιμονίαν, que significa exactamente «el temor a entidades superiores».

5. *César* 13, 1.

6. Plutarco, *César*, 7, 4, conoce esta versión: «hoy me verás o sumo pontífice o desterrado».

7. Suetonio, *César*, 13, 1.

8. Suetonio, César 12: César cual *duvoir perduellionis*, en un rito procesal arcaico recuperado para la ocasión, contribuyó valiosamente a la condena. Rabirio apeló contra esta sentencia y Cicerón lo defendió. Véase Dión Casio, XXXVII, 26.

9. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 49, 2; Cicerón, *En defensa de Flaco*, 98.

10. Suetonio, *César*, 46.

11. Muy leal a Pompeyo hasta el final y, más tarde, violento adversario de César.

12. Veleyo, II, 40, 4. Véase G. Rotodni, *Legges publicae populi Romani*, Milán, 1912, p. 380.

Capítulo V

1. Suetonio, *César,* 27, 2.

2. Suetonio, *César*, 30, 4; Plutarco, *César*, 46, 1. Sobre este análisis del «veradadero» origen del conflicto civil véase *infra*, cap. XVI, «Hacia la crisis».

3. Cátulo, 12, 1-6 («Pollioni fratri»).

4. Suetonio, *César*, 27, 1.

5. *Die Geschäfte des Herrn Julius Caesar*, Berlín, 1957.

6. «Eam largitionem e re publica fieri» (Suetonio, *César*, 19, 1).

7. Plutarco, *Catón menor*, 26, 1; *César*, 8, 6-7; véase *Obras morales*, 818d *(Preceptos políticos)*.

8. Plutarco, *César*, 8, 1.

9. Plutarco, *Catón menor*, 44 y 49.

10. *Hannibal's Legacy*, Oxford 1965.

11. En el caso de préstamos ilegales, la tasa de interés anual era del ¡48 por ciento! La administración de Cicerón era muy rigurosa (véase *Epístolas a Ático*, V, 21, 5).

12. Cicerón, *Epístolas a Ático*, V, 21, 10-13 (escrita por Laodicea el 13 de febrero del 50).

13. Evidentemente, Ático le había hablado de ello.

14. Escaptio se encargaba de los intereses económicos de Bruto en Capadocia.

15. Que fue cónsul en el 54.

16. Véase Brougton, *MRR*, vol. II, p. 239, y la trayectoria de Escaptio en R. Y. Tyrrell y L. C. Purser, *Correspondance of M.T. Cicero*, vol. III, Dublín-Londres, 1914, pp. 337-344. La reconstrucción de todo el suceso debe mucho al ensayo de Th. Mommsen, «Der Winswucher des M. Brutus», *Hermes*, 34, 1899, pp. 145-150, que partía *ab ovo*: es decir, de los préstamos avaros que Bruto había hecho a los salaminos en el 56 a.C.

17. *Epístolas a Ático*, V, 21, 10.

18. Cicerón, *Epístolas a Ático*, V, 21, 11-12.

19. *Epístolas a Ático*, V, 21, 13: ¡«nescio cur illum amemus»!

20. *Decline and Fall* (1776), a cargo de D. Womersley, vol. I, Londres 1994.

21. Suetonio, *César*, 47.

22. Suetonio, *César*, 54: «como lo atestiguan algunos *monumentis suis*» (¿en sus memorias?).

23. Suetonio, *César*, 51: «aurum in Gallia effutuisti, hic sumpsisti mutuum».

24. Plinio, *Historia natural*, XXXIII, 56. Es la aportación más precisa. Con tonos dramáticos habla de Lucano, III, 156 y ss. Petronio, en el *Satyricon* (cap. 124, v. 291), insiste mucho en la escena del «forzamiento» que hizo César para hacerse con el tesoro.

25. César, *Guerra civil*, I, 14, 1.

Capítulo VI

1. *Guerra de Yugurta*, 35, 10.

2. *Epístolas a Ático*, I, 2.

3. *Epístolas a Ático*, I, 1.

4. *Epístolas a su hermano Quinto*, II, 14, 4.

5. *Epístolas a los familiares*, XIII, 1.

6. En Cicerón, *Il processo di Verres*, «Introducción» de N. Marinone, Milán, 1992, p. 11.

7. *Ibid*.

8. G. Rotondi, *Leges publicae populi Romani,* Milán, 1912, p. 360.

9. Sobre *Commentariolum* véase la ed. de P. Fedeli, *Manualetto di campagna elettorale*, Roma, 1987.

10. «Mercato politico», *La Stampa* (Turín), 3 de enero de 1983.

Capítulo VII

1. Dión Casio XXXVII, 41, 2.

2. *Ibid*. No es más que una hipérbole de Salustio, *Conjuración de Catilina*, 36, 5, según la cual, «ningún *praemio inductus* traicionó»; y de todos modos, en el caso de Vecio la delación no fue obra del *praemium*.

3. *César*, 17.

4. *Ibid*.: «quaedam se de coniuratione *ultro* ad eum detulisse».

5. *Ibid*.

6. *Conjuración de Catilina* 23: una especie de *miles gloriosus* politizado.

7. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 28, 2.

8. Suetonio, *César*, 17.

9. Plutarco, *Craso*, 13.

10. Dión Casio, XXXIX, 10.

11. *Sobre los deberes*, II, 84.

12. Véase *Epístolas a Ático*, II, 6, 2: «Ανέχδοτα, quae tibi uni legamus» (abril 59). Pero se trata todavía de un «proyecto» (de hecho, dice «pangentur»). Según Schwartz, se refiere, con estas palabras, justamente al *De consiliis suis*.

13. E. Schwartz, «Die Berichte über die catilinarische Verschwörung», *Hermes*, 32, 1897, pp. 554-608 [= *Gesammelte Schritgen*, vol. II, Berlín 1956, pp. 275336].

14. Véase L. Canfora, «Sallustio e i triunviri», en *Studi di storia della storiografia romana*, Bari, 1993, pp. 121-126.

15. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 51.

16. Obsérvese la indicación descaradamente apologética en el cap. 49: un verdadero *plaidoyer* de Salustio contra quien osó aludir a la complicidad de César en la conjura.

17. Suetonio, *César*, 72.

18. Coherente en cierto sentido con algunos de sus comportamientos privados como, por ejemplo, la célebre decisión de no testimoniar contra Clodio, profanador, en su casa, y por adulterio con su esposa, de los misterios de la Bona Dea. Clodio era, de hecho, el benjamín de la plebe urbana: habría sido insensato por su parte hundirlo o ponerlo en su contra.

19. Plutarco, *César*, 14.

20. De hecho, Garzetti no remite a pasajes paralelos en el comentario de este párrafo.

21. Menos leyes agrarias y más ciudadanía.

22. Plutarco, *César*, 67, 7.

23. N. A. Maskin, *Prinzipat Avgusta*, Moscú-Leningrado, 1949.

24. *César*, 9.

25. Sobre éste, destaca F. Münzer, *RE* s.v. *Tanusius*, col. 2231-2232.

26. Fr. 5 Watt *(ex libro incerto)*.

27. *Sobre los deberes*, III, 21, 81 (= Eurípides, *Las Fenicias* 524-525).

28. *Sobre los deberes*, II, 24, 84.

29. Suetonio, *César*, 9.

30. Suetonio, *César*, 52, 1.

31. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 19, 1.

32. La ocultación del pasado «revolucionario» de políticos que luego llegan al poder es una experiencia bien conocida.

33. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XII, 21.

34. *Conjuración de Catilina*, 52.

35. «Verbis luculentioribus et pluribus.» ¡Cuando se dice el afecto!

36. *César*, 14: «Transductis ad se iam pluribus et in his Cicerone consulis fratre.»

37. *Ibid*.: «nisi labantem ordinem confirmasset M. Catonis oratorio».

38. *Conjuración de Catilina*, 53, 1. Salustio anticipa intencionadamente la noticia de la agresión de los soldados de caballería contra César (*Conjuración de Catilina*, 49, 3): esta falsedad era sólo el modo de preservar la aureola hagiográfica que Salustio pone en torno al discurso de César.

39. Suetonio, *César* 14.

40. *César*, 8, 3.

41. Plutarco comenta: «No entiendo por qué Cicerón no expone esto en el *De consulatu suo*» (8, 4). Quizás pretendía con ello decir que en otros escritos ciceronianos sobre el mismo tema había referencias a aquel detalle; por ejemplo, en el comentario en griego (que Plutarco usó en la *Vida de*

Cicerón 10-23) o en el *De consiliis suis* (del que Cicerón postergó la difusión hasta después de la muerte de César, y que contenía las revelaciones más explosivas).

42. No es casual que Plutarco diga que Catón, con su discurso, «contribuía a hacer recaer sobre César las sospechas» (*César*, 8, 2).

43. Se podrá siempre hallar un cierto divertimento en dramas edificantes, como la *Rome sauvée* de Voltaire.

44. Para la visión tradicional puede consultarse en Th. Mommsen, *Römische Geschichte* [1856], vol. III, pp. 174, 183, 192; E. Meyer, *Cäsars Monarchie und das Principat des Pompeius*, Stuttgart-Berlín, 1918, p. 25; A. Rosenberg, *Geschichte der römischen Republik*, Leipzig, 1921, pp. 91-92 (pero el volumen lo escribió Rosenberg ya en el 1917-1918, cuando se encontraba aún políticamente cercano a su maestro Eduard Meyer); Maskin, *op. cit.,* vol. I, p. 14. Un admirador de Catilina como agitador social y revolucionario desfortunado fue, en muchos de sus escritos, Concetto Marchesi (entre otros, en el comentario a la monografía salustiana y en el capítulo dedicado a Cicerón en la *Storia della letteratura latina*). El juicio sobre el revolucionario Catilina puede expresarse obviamente como execrable (es el caso de Mommsen y de Meyer, para quienes «anárquico» y «comunista» eran sinónimos), o también con admiración, como es el caso de Rosenberg y de Marchesi. La valoración de Gelzer está comprendida en la bien documentada entrada que le dedica a Catilina en la enciclopedia Pauly-Wissowa (*RE* s.v. *Sergius*, n. 23 (1923), col. 1702-1703 y 1711).

45. «Staatsform der Zukunft» (se entiende «del futuro» respecto a la desfalleciente república), art. cit., col. 1702, 68-1703, 11.

46. Paráfrasis de Gelzer, col. 1702, 68-1703, 11.

47. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 39, 4.

48. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 47, 2.

49. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 21, 2.

50. Que marcará el desastre para los pompeyanos de primera hora.

51. *Guerra civil*, III, 83, 1: «ad gravissimas verborum contumelias descenderunt».

52. *Guerra civil*, III, 82, 3.

53. *Guerra civil*, I, 5, 1.

54. *Guerra civil*, I, 6, 5.

55. Gelzer, art. cit., col. 1711, 35-51.

Capítulo VIII

1. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 51.

2. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 52.

3. Veleyo, II, 35, 3.

4. Hermana de Catón, madre de Bruto, amante de César.

5. Plutarco, *Bruto*, 5.

6. *Catón menor*, 23, 3.

7. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 51, 43.

8. *Cicerón*, 21, 1.

9. *Guerras civiles*, II, 6, 20.

10. §§ 20, 21.

11. Asconio, p. 37, 18-21, Clark.

12. § 7.

13. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 34, 3: «earum (*scil*. Litterarum) exemplum infra scritpum est».

14. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 31, 6.

15. Cicerón, *Epístolas a Ático*, II, 1, 30.

16. XLV, 25, 3.

17. *Anales*,XV, 63, 7.

18. E. Norden, *Die antike Kunstprosa*, Leipzig, 1915, p. 88.

19. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 51, 5.

20. Tucídides, III, 37-48.

21. Tucídides, III, 42, 1.

22. I, 7, 16-33.

23. Un posterior indicio del uso de las *Helénicas* está en el cuerpo mismo del discurso de César, allí donde (§§ 28-31) se traducen casi al pie de la letra algunas frases de las *Helénicas* relativas a la instauración de los Treinta.

24. Este enfrentamiento oratorio se reproduce, con la habitual fidelidad a Eforo, en Diadoro Sículo, *Biblioteca histórica*, XIII, 20-32: es mérito de Willy Theiler el haber reconocido las coincidencias entre el discurso de César y el discurso de Nikolaos, por una parte, y el discurso de Catón y de Gilipo por otra.

25. §§ 25-36.

26. Especialmente en los §§ 35-36. Véase R. Syme, *Sallust*, 1964.

Capítulo IX

1. *Guerra de África*, 22, 2; Veleyo, II, 29; Plutarco, *Pompeyo*, 6: había reclutado como privado tres legiones entre campesinos, clientes veteranos de su padre (el cual había destacado en la guerra contra los itálicos por su brutalidad y perfidia).

2. Salustio, *Historias*, II, fr. 98 (la amenazante carta de Pompeyo al Senado).

3. R. Syme, *Roman Revolution*, Oxford, 1939.

4. *ILS*, 9459.

5. Syme, *op. cit.*, p. 32.

6. Dión Casio, XXXVII, 49, 4.

7. Plutarco, *Pompeyo*, 44; *Catón menor*, 30.

8. Lo que Pompeyo no le perdonó nunca.

9. Sobre la concepción ciceroniana del *princeps*, véase E. Lepore, *Il «princeps» ciceroniano e gli ideali politici della tarda repubblica*, Nápoles, 1954.

10. *Epístolas a Ático*, II, 3, 3-4.

11. Del *De consulatu suo*.

12. *Epístolas a Ático*, II, 4.

13. Horacio, *Odas*, II, 1, 1.

14. Plutarco, *César*, 14, 1.

15. Veleyo, II, 44, 1: «potentiae societas».

16. De acuerdo con una *Lex Sempronia* del 123 a.C. de Cayo Graco.

17. Suetonio, *César*, 19, 2.

18. Véase Suetonio, *César*, 56, 6, y, para una consulta de aquellas cartas, 26, 3.

19. *César*, 19, 2.

20. Sobre la discreción del secreto insiste Dión Casio, XXXVII, 58, 1.

21. H. Kissinger, *Los años de la Casa Blanca,* 1979.

22. Livio, *Periocha*, 103, p. 101, Rossbach: «eoque cinsulatus candidato et captante rem publicam invadere, conspiratio inter tres civitatis principes facta est ecc.».

23. *César*, 19, 2.

24. II, 44, 1.

25. Floro, II, 13, 11: «de invadenda re publica».

26. «Captante rem publicam invadere.»

27. Apiano, *Guerras civiles*, II, 9, 33.

28. Véase A. La Penna, «Storiografía di senatori e storiografía di letterati» (1967), en *Aspetti del pensiero storico latino*, Turín, 1978, pp. 43-104 (especialmente en las pp. 101-104, en justa polémica contra las idiosincrasias de Ronald Syme).

29. Baste considerar la proporción del espacio reservado a los dos personajes en el sexto libro de la *Eneida* (reseña de los descendientes de Iulo) y también el espacio dado a César por Ovidio en las *Metamorfosis*, libro bastante incongruente respecto a las directivas político-culturales de Augusto.

30. Plutarco, *César*, 11, 1-2: César, abandonado el cargo como pretor asediado por los acreedores, obtiene la garantía de Craso de 830 talentos, y así pudo partir a la provincia.

31. Plutarco, *César*, 13, 4.

32. Cónsul había sido Sexto César, primo de su padre, en el 91 a.C.

33. Plutarco, *Pompeyo*, 47, 9.

34. «A sus espadas contrapongo mi escudo y mi espada» (Plutarco, *César*, 14, 5; *Pompeyo*, 47, 7).

35. Plutarco, *Pompeyo*, 47, 9.

36. Nada sabemos de él, excepto que había respaldado a César en la lucha contra Bíbulo (Suetonio, *César*, 21, 1).

37. Plutarco, *Pompeyo*, 47, 10.

38. Fue suya la «villa de los papiros» de Herculano, según la identificación más acreditada.

39. Plutarco traduce τὴν ἡγεμονίαν (*César*, 14, 8) pero quizás Catón pretendía referirse al consulado.

40. Plutarco, *César*, 14, 8.

41. Se trata de Octavia menor, hermana de Octaviano, que éste le dará como esposa posteriormente a Antonio.

42. Suetonio, *César*, 27, 1. Véase también M. Hammond, *RE* s.v. *Octavius*, n. 96. Esta Octavia había sido ya esposa de Cayo Claudio Marcelo (cónsul en el 50).

43. Syme, *op. cit.*, p. 49.

Capítulo X

1. Horacio, *Odas*, II, 1.

2. Horacio, *Odas*, II, 7, 1.

3. Todo el libro II de las *Odas* refleja aquel estado de ánimo. Es sintomático desde este punto de vista que en la oda II, 6, 7-8, Horacio declare estar cansado «maris et viarum *militaeque*».

4. Eduard Fraenkel lo ha revelado oportunamente: «No se contenta con la abstracta expresión *periculosae plenum opus aleae*, sino que añade una imagen proverbial que adorna con particulares vivaces, *et incedis per ignis suppositos cineri doloso*» (*Orazio*, 1957).

5. Otto Seeck, uno de los grandes, no lograba aceptar la idea de que escribir historia fuese un riesgo para un respetable exponente del *establishment* como Polión y pensó que la referencia fuese al lema cesariano del que Polión decía haber sido testimonio directo: «¡lancemos el dado!», pronunciado en el paso del Rubicón («Wiener Studien», 24, 1902, p. 499).

6. No deja de ser significativo que este libro de *Odas* se abra con unas sorprendentes y solícitas advertencias al personaje (Polión) que no había querido participar en la guerra cuya conclusión victoriosa se exalta al final del libro precedente (I, 37: «nunc est bibendum ecc.»).

7. Pierre Bayle, que era obviamente muy sensible al tema de la censura, ha dedicado un largo *excursus*, al final de su *Dictionnaire*, precisamente a este aspecto de la censura bajo Augusto.

8. θηριοτροφεῖζ.

9. *La ira*, III, 23. Séneca, a su vez, lo habrá sabido por su padre, que conocía muy bien las relaciones entre Octaviano y Timágenes.

10. Plutarco, *César*, 13.

11. Si la *periocha* 103 es fiel al modelo.

12. Lo cual, como sabemos, no es totalmente exacto: deja en sombras la parte más secreta y privada del pacto, emprendido el año antes. Suetonio (*César*, 19) adopta una cronología más exacta del surgimiento del triunvirato. Sobre esto, véase *supra*, cap. IX, «El "monstruo de tres cabezas"».

13. Veleyo, II, 44, 1. Véase *supra*, cap. IX, «El "monstruo de tres cabezas"».

14. *Epitoma*, II, 13, 8-9. También Lucano en *Farsalia* (I, 84-86) adopta esta perspectiva.

15. R. Syme, *Roman Revolution*, Oxford, 1939.

16. Expresión curiosa pero no carente de interés.

17. Veleyo, II, 86, 3.

Capítulo XI

1. Suetonio, *César*, 20, 1. A pesar del modo como Suetonio formula esta noticia, nos inclinamos a pensar que la novedad introducida por César era la publicidad, no la redacción de estas actas. *Acta diurna* ya existían ciertamente desde antes del 59.

2. Suetonio, *Augusto*, 36.

3. Aquella ley para la cual ya antes de entrar en funciones César había buscado el aval de Cicerón. Véase *supra*, cap. IX, «El "monstruo de tres cabezas"» (§ 2).

4. Plutarco, *César*, 14, 3-4.

5. ἱερομηνία.

6. *César*, 20, 1: «obnuntiantem collegam armis Foro expulit».

7. Los cuales no constituían un grupo políticamente compacto, sino una masa oscilante, presionada por líderes capaces y por grupos de presión.

8. Suetonio, *César*, 20, 1: «domo abditus» es una expresión conscientemente irónica. La ocurrencia «de retirarse al Aventino» de Bíbulo suscitó ironía incluso entre quienes no simpatizaban con César, como, por ejemplo, Cicerón.

9. Suetonio, *César*, 20, 2.

10. Y se recitaban estrofillas del tipo: «nada ha sucedido, que yo recuerde, bajo Bíbulo» *(ibid)*.

11. Cicerón, *Epístolas a Ático*, II, 15, 2.

12. Cicerón, *Epístolas a Ático*, II, 19, 2. El fragmento de Ennio es 370 Vahlen = 363 Skutsch.

13. Como se verá poco después en el momento del ataque mortal que dirige Clodio contra él y que determinará su exilio.

14. En la precedente disposición de ley no estaban comprendidos estos dos territorios: véase F. de Martino, *Storia della costituzione romana*, vol. III, Nápoles, 1973,^{2} p. 169, nota 83.

15. Cicerón, *Epístolas a Ático*, II, 19, 3.

16. Dión Casio, XXXVIII, 1, 6.

17. Apiano, *Guerre civili*, II, 12, 42.

18. Cicerón, *Epístolas a Ático*, II, 18, 2.

19. Suetonio, *César*, 49, 1: «La reina de Bitinia [es decir, César] primero quiso al rey y ahora el reino.»

20. Suetonio, *César*, 20. Se narran otros momentos de extrema dureza por parte de César. Suetonio dedica a tales episodios buena parte de su descripción del consulado cesariano.

21. El título XLVIII, 11 del *Digesto* está casi enteramente dedicado a esta ley.

Capítulo XII

1. Acerca de las formas en las que podía realizarse esta *transitio* véase M. Salvatore, «L'adozione di Clodio», *Labeo*, 38, 1992, pp. 285-313.

2. Plutarco, *César*, 10.

3. Suetonio, *César*, 20, 4.

4. Dión Casio, XXXVIII, 10.

5. Que había sido la única ocupación de Bíbulo durante el consulado.

6. Veleyo, II, 45, 1.

7. II, 45, 3.

8. Plutarco, *Cicerón*, 33.

9. Apiano, *Guerras civiles*, II, 15, 58.

10. Tesalónica y Durazzo.

11. *En defensa de Milón*, 28, 76.

12. Cicerón, *En defensa de Sestio*, 24, 53.

13. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IV, 3, 2.

Capítulo XIII

1. «Silvae callesque» como provincia para los cónsules del año 59. Véase *supra*, cap. IX, «El "monstruo de tres cabezas"».

2. *César*, 14, 10.

3. Suetonio, *César* 22, 1. Véase también Dión Casio, XXXVIII, 8, 5 y Orosio, VI, 7, 1. Apiano, *Guerras civiles*, II, 13, comete el mismo despiste que Plutarco, que confunde los dos decretos con una sola decisión comicial. Para ser más precisos, la ley Vatinia atribuía a César tres legiones; fue el Senado el que añadió la cuarta.

4. Cicerón, *Contra Vatinio*, 35-36 (el discurso contra Vatinio es del 56, la redacción escrita que Cicerón preparó del mismo es ciertamente sucesiva). «Aerarii dispensationem» es una referencia muy clara. Parece demasiado forzado el hecho de que Vatinio con su ley haya transferido a César la posibilidad de disponer de fondos del erario para la gestión de su larguísimo gobierno provincial.

5. Suetonio, *César*, 22, 2: «ex eo insultaturum omnium capitibus».

6. H. E. Butler y M. Cary (eds.), *Suetoni Tranquilli Divus Iulius*, Nueva YorkOxford, 1927, p. 69.

7. Especialmente en Suetonio, que es el más preciso en referirlas.

8. Suetonio, *César*, 22, 2.

9. Plutarco, *César*, 6, 6-7.

10. Se sabe que en la correspondencia privada Cicerón consideraba «asquerosilla» *(subturpicula)* la toma de posición que invertía su postura anti-triunviral de los meses precedentes al exilio (*Epístolas a Ático*, IV, 5, 1).

11. Cicerón, *Sobre las provincias consulares*, 32. Pero es significativo todo el contexto.

12. Suetonio, *César*, 8.

13. Suetonio, *César*, 9, 3.

14. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 49, 2.

15. Dión Casio, XLI, 36, 3: con una *Lex Roscia* o con una *Lex Iulia de civitate Transpadanorum.*

16. Al final, fueron nada menos que nueve años.

17. *César*, 1-14.

18. *César*, 15-27. Después hay una tercera parte, muy amplia, sobre la guerra civil y sobre el fin trágico del meteoro cesariano.

19. *César*, 15, 1-2.

20. En este sentido es emblemático el episodio clave de las elecciones consulares para el año 55, cuando César manda a Roma consistentes porciones de su ejército para que pesen en el desafío electoral: soldados restituidos *pro tempore* «a sus prerrogativas de ciudadanos» (J. Carcopino, *Jules César*, París, 1968[5], p. 277).

21. *César*, 16-17.

22. Suetonio, *César*, 65, 1.

23. Esto no impedía la befa soldadesca en ocasión del triunfo gálico: «Aurum in Gallia effutuisti, etc.» (Suetonio, *César*, 51).

24. Plutarco, *César*, 17, 1.

25. *César*, 17, 9.

26. Plutarco, *César*, 17, 5; Suetonio, *César*, 57.

27. Plutarco, *Cesar*, 17, 7: «como dice Opio» (su fidelísimo *agens in rebus*, autor entre otras cosas de una biografía de Casio: Véase Carisio, en H. Keil, *Grammatici Latini*, vol. I, p. 147).

28. Suetonio, *César*, 58, 1.

29. *Ibid*.

30. Suetonio, *César*, 60, 1.

31. Suetonio, *César*, 62.

32. Nos referimos al Tolstoi teórico de la guerra en *Guerra y paz*.

33. *Précis des guerres de César* par Napoléon, écrit par M. Marchand sous la dictée de l'Empereur (1819), París, 1836, p. 205.

34. César, *Guerra gálica*, II, 26.

35. *Storia della letteratura latina* [1925-1927], Milán-Mesina, 1958[8], p. 345.

36. *Guerra y paz*, libro IV, parte II, cap. 1.

37. Suetonio, *César*, 22: «ex omni provinciarum copia Gallias potissimum elegit».

38. Suetonio, *César*, 23, 2. Para algún ejemplo específico, véase 29, 1 y 73 (el caso de Memmio: sobre el cual véase *supra*, cap. VI, «Mercado político»).

Capítulo XIV

1. J. Carcopino, *Jules César* [1935], París 1968[5], p. 252.

2. *Ibid*.

3. César, *Guerra gálica*, II, 35, 4: «ob easque res ex litteris Caesaris dies quindecim supplicatio decreta est, quod ante id tempus accidit nulli».

4. De su asiduidad y amplitud nos da una idea el episodio narrado por Dión Casio (XXXIX, 25), según el cual, una vez en el Senado, Pompeyo invitó a los cónsules a aplazar la lectura de una carta de César que versaba sobre algunas dificultades, a la espera del sucesivo informe, que en efecto anunció el desenlace con éxito de las operaciones.

5. De lo que es indicio también el episodio recordado por Dión Casio (véase nota precedente).

6. Veremos más adelante sus gestas como agitador anticesariano (véase *infra*, cap. XXII, «Contra la subversión»).

7. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, VIII, 1, 4.

8. *Guerra gálica*, I, 3.

9. *Agricola*, 12, 1: «En otro tiempo obedecían a los reyes, ahora están divididos entre príncipes que compiten entre ellos.»

10. Estudiosos franceses de nuestro siglo han hablado de una «revolución gálica» (acaecida poco antes de la invasión cesariana), semejante en todo a la Revolución francesa de fines del siglo XVIII, incluso por lo que se refiere a la capacidad de irradiación más allá del Rin. Pero se trata de analogías exteriores.

11. *Guerra gálica*, V, 27, 3 (habla Ambiórix): «ut non minus haberet iuris in se multitudo quam ipse in multitudinem».

12. Dión Crisóstomo, 49, 8.

13. Véase sobre esto A. Demandt, *Die Kelten*, Munich, 1998, pp. 78-79. Una acertada y actualizada síntesis.

14. *Guerra gálica*, I, 29, 2 y 3. Estos datos se basan en las *tabulae* escritas en caracteres griegos encontradas por los hombres de César en el campamento de los helvecios.

15. Cerca de 200.000 murieron: fue el primer «genocidio» de las repetidas matanzas que la conquista romana provocó.

16. C. Jullien, *Histoire de la Gaule*, vol. III, París 1920[5], p. 221.

17. Ante la noticia de la derrota de Ariovisto, los casi cien mil germanos que se disponían a atravesar el Rin cambiaron la ruta y se replegaron hacia el interior del país (César, *Guerra gálica*, I, 1, 1).

18. *Guerra gálica*, II, 1, 1.

19. *Guerra gálica*, II, 3-5; 10-11.

20. *Guerra gálica*, II, 18-27.

21. *Guerra gálica*, III, 20-27. Sobrevivió sólo un cuarto de los 50.000 aquitanos y cántabros que habían combatido contra Craso.

22. *Guerra gálica*, III, 12, 1.

23. *Guerra gálica*, IV, 4, 2-7, con el comentario de Jullian, *op. cit.*, vol. III, 5 p. 325, nota 3.

24. *Guerra gálica*, IV, 15, 3; Apiano, *Libro céltico*, 18; Plutarco, *César*, 22.

25. Entre ellos Pisón Aquitano y su hermano (César, *Guerra gálica* IV, 12, 4-6).

26. *Guerra gálica*, IV, 14, 5. César señala con orgullo que por parte romana había habido solamente algunos heridos.

27. Plutarco, *César*, 22; *Catón menor*, 51. César replicó con un documento durísimo que pidió que fuese leído en el Senado.

28. César, *Guerra gálica*, IV, 38, 5.

29. *Op. cit.*, vol. III^5, p. 326.

30. Vol. IX, *The Roman Republic*, ed. de S. A. Cook, F. E. Adcock y M. P. Charlesworth (el capítulo sobre la conquista gálica ha sido elaborado por C. Hignett).

31. *Précis des guerres de César* par Napoléon, écrit par M. Marchand sous la dictée de l'Empereur (1819), París, 1836, p. 57.

32. En realidad, 74 jinetes de los aliados galos.

33. *Storia di Roma*, 1854-1856.

34. F. Engels, *Zur Urgeschichte der Deutschen* [1881/2], en *Mars-Engels-Werke*, vol. XIX, Berlín, 1976, p. 431.

35. *Op. cit.*, p. 430.

36. G. Giannelli y S. Mazzarino, *Trattato di storia romana*, vol. I, Roma 1953, p. 428.

37. Extravagante, en realidad, esta idea de los «naturales confines» del imperio: la Galia está comprendida, pero no la Britania.

38. *Cambridge Ancient History*, cit., vol. VII, p. 513.

39. *Guerra gálica*, IV, 28-29.

40. *Guerra gálica*, IV, 30, 1.

41. *Guerra gálica*, IV, 34-35.

42. *Guerra gálica*, IV, 36.

43. *Guerra gálica*, V, 8. El relato de la segunda expedición a Britania comprende los capítulos 8-23.

44. *Guerra gálica*, V, 18.

45. *Guerra gálica*, V, 19, 1.

46. *Guerra gálica*, V, 22, 5.

47. El quinto comentario de la *Guerra gálica*, por ejemplo.

48. Catulo, 11, 10-12.

49. *Cambridge Ancient History*.

50. Exagerando, Hignett escribe que «cualquier aventurero que lograba obtener el favor de César iba a la Galia a recuperar su fortuna».

51. César, *Guerra gálica*, V, 25.

52. *Guerra gálica*, V, 26, 2.

53. *Guerra gálica*, V, 39-52. César dedica mucho espacio en los *Commentarii* al episodio de Quinto Cicerón y a la exaltación de su bravura en esta ocasión. Ciertamente, no lo hace sin motivo.

54. *Guerra gálica*, V, 48.

55. *Guerra gálica*, V, 58, 6: «cum unum omnes peterent, in ipso fluminis vado deprehensus Indutiomarus interficitur caputque eius refertur in castra».

56. *Guerra gálica*, VI, 1: «quod cum Pompeius et rei publicae et amicitiae tribuisset, etcétera.»

57. *Guerra gálica*, VI, 29, 3.

58. *Guerra gálica*, VI, 43, 3-5.

59. Cuyo padre había sido asesinado en su día por nobles galos porque aspiraba al reino (*Guerra gálica*, VII, 4, 1).

60. *Guerra gálica*, VII, 6.

61. *Guerra gálica*, VII, 8.

62. *Guerra gálica*, VII, 24.

63. *Guerra gálica*, VII, 28, 4: «nec fuit quisquam qui praedae studeret».

64. *Guerra gálica*, VII, 50-51.

65. *Guerra gálica*, VII, 63, 5-6.

66. *Guerra gálica*, VII, 68.

67. *Guerra gálica*, VII, 71, 1-2.

68. *Guerra gálica*, VII, 72.

69. *Guerra gálica*, VII, 75.

70. *Guerra gálica*, VII, 87, 2.

71. *Guerra gálica*, VII, 89.

72. Plutarco, *César*, 27. Las palabras referidas por Floro como dichas por Vercingetórix («Tú eres más valiente, y me has vencido»: I, 45, 26) deben ser fruto de la fantasía.

73. Suetonio, *César*, 37, 1; Livio, *Periocha*, 115.

74. Dión Casio, XLIII, 19, 4.

75. *Ibid*.; de Flavio Josefo (*Guerra judaica*, VII, 154) se suele deducir que también él fue estrangulado; véase M. Gelzer, *RE* s.v. *Vercingetorix*, col. 1007, 12-14.

76. *Guerra gálica*, VI, 11-28. Junto al segundo, éste es uno de los más breves de los ocho *Commentarii*.

77. Sus hechos son ampliamente referidos en el octavo comentario.

78. Frontino, *Estratagemas*, II, 13, 11.

79. *Guerra gálica*, VIII, 24, 4.

80. Que como he demostrado en otro lugar, es de César hasta el cap. 48, 9: véase «La lettera a Balbo e la formazione della raccolta cesariana», *ASNP*, S. III, 23, 1, 1993, pp. 79-103 (especialmente pp. 94-95).

81. *Guerra gálica*, VIII, 48, 8-9.

82. *Guerra gálica*, VIII, 24, 4.

83. *César*, 12.

84. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, X, 31, 1.

85. *Cambridge Ancient History*, cit., vol. VII, p. 527.

Capítulo XV

1. R. Syme, *Roman Revolution*, Oxford, 1939, insinúa que el programa «máximo» de César debe de haber sido, durante bastante tiempo, el de compartir con Pompeyo un liderazgo duradero de la República. Aunque eso no se puede excluir, contrasta con la idea que Cicerón se había hecho de César como un aspirante *ab initio* al *regnum*, lo que comportaba una colisión con el otro *princeps in re publica*. Pero lo cierto es que los planes de un político no nacen nunca perfectos y realizados, como, por lo demás, ni siquiera los planes de un ajedrecista, sino que se forman *in itinere*; así como no se pueden prever más de tres o cuatro jugadas sobre el tablero de ajedrez.

2. Lo cuenta Tanusio Gémino, que fue ciertamente testigo de la propuesta al Senado. Véase *supra*, cap. XIV, «La conquista de la Galia (58-51 a.C.)».

3. Cicerón, *Filípicas*, II, 116. Sobre este pasaje véase *infra*, cap. XLII, «El viento».

4. *Filípicas*, II, 17: «de los muchísimos males que hizo al Estado, al menos un hecho positivo ha resultado, *quod didicit populos Romanus quantum cuique crederet a quibus caveret*!».

5. Cicerón, *En defensa de Marcelo*, 5.

6. *Guerra gálica*, II, 11.

7. *Storia della letteratura latina*, vol. I, Milán-Mesina, 1959[8], pp. 345-346.

8. Plutarco, *Catón menor*, 51, 4.

9. Recogidos por Gallimard en 1960, y por Adelphi *(Sulla Germania totalitaria)* en 1990.

Capítulo XVI

1. Ya esta decisión de Pompeyo de no ir a su provincia (España) después del consulado del 55, sino quedarse a las puertas de Roma con *imperium* proconsular, no era precisamente muy tranquilizadora.

2. Asconio, p. 35, Clark; véase Dión Casio, XL, 49, 5.

3. El *interrex* había sido nombrado ante la imposibilidad de llevar a cabo las elecciones consulares en un clima de total ilegalidad.

4. En los idus de diciembre: CIL I^2.2, 933. Escipión hizo pasar una ley que abrogaba la reforma clodiana de la censura (apoyada en su día incluso por César).

5. La formulación exacta se la debemos a Suetonio, *César*, 26, 1. Otros detalles en Dión Casio, XL, 50-51.

6. Suetonio, *César*, 26,2.

7. Suetonio, *César*, 26,3.

8. *Guerra gálica*, VII, 1, 1.

9. Asconio, p. 35 Clark, parafrasea: «que Pompeyo haga reclutamientos en toda Italia».

10. Véase el pertinente comentario de F. Kraner, W. Dittenberge y H. Meusel, *Commentarii de bello gallico*, vol. II, Berlín, 1920^{17}, p. 237 (nota a VII, 1).

11. Una *coniuratio Italiae* la promoverá Octaviano para hacerse acreditar como *dux* de la guerra contra Cleopatra (y Antonio) en el año 31 a.C.: también era aquel un gesto de ruptura institucional si se considera que el otro cónsul en funciones era en aquel momento Antonio, contra el cual, de hecho, aquella *coniuratio* estaba dirigida.

12. Un tipo de iniciativa que en la lucha política romana anunciaba, generalmente, desenlaces dramáticos.

13. Suetonio, *César*, 28.

14. *Ibid*.: «Quoniam bello confecto pax esset ac dimitti deberet victor exercitus.»

15. Suetonio, *César*, 28, 3 («mox lege iam incisa et in aerarium condita»).

16. Suetonio, *César*, 28, 4.

17. Suetonio, *César*, 29, 1.

18. Plutarco, *Pompeyo*, 56, 1-2.

19. Suetonio, *César*, 29, 2.

20. Suetonio, *César*, 29, 2; Plutarco, *César*, 29, 3.

21. Veleyo II, 48, 4; Valerio Máximo, IX, 1, 60.

22. Suetonio, *César*, 29, 3: «ne sibi beneficium populi adimeretur».

23. Suetonio, *César* 29, 4.

24. Cicerón, *Epístolas a Ático* VII, 7, 3; 8, 2; *Epístolas a los familiares*, XVI, 11, 2.

25. Véase sobre esto P. Fabre, «Introduzione a César», *La guerre civile*, vol. I, París, 1936, p. XXVII. Es, pues, bastante sospechosa la frase que se lee en *Guerra civil*, I, 8, 8: «reliquae [*scil*. legiones] nondum convenerant».

26. *Guerra civil*, III, 19.

27. Se lo dice él mismo a Cicerón (*Epístolas a los familiares*, X, 31, 2) en marzo del 43. Pero véase también Plutarco, *César*, 32, 7 (respecto a Asinio presente en el paso del Rubicón).

28. Apiano, *Guerras civiles*, II, 82, 346.

29. Apiano, *Guerras civiles*, II, 346.

30. Suetonio, *César*, 30, 4: «haec eum *ad verbum* dixisse: Hoc voluerunt; tantis rebus gestis, Gaius Caesar condemnatus essem, nisi ab exercitu auxilium petissem».

31. «Caerarem […] dilexi summa cum pietate et fide» escribirá a Cicerón (*Epístolas a los familiares*, X, 31, 3) exactamente un año después de la muerte del dictador.

32. Suetonio tacha esta versión de los hechos, del gusto de César, de «praetextum» (*César*, 30, 1).

33. Suetonio, *César*, 30, 3.

34. Cuyo proceso había tenido un resultado *desastroso*.

Capítulo XVII

1. Suetonio, *César*, 30, 2.

2. H. E. Butler y M. Cary (eds.), *Suetoni Tranquilli Divus Iulius*, Nueva YorkOxford, 1927, p. 84.

3. «Captum imperii consuetudine»: anotación psicológica pertinente.

4. «Pensitatis suis et inimicorum viribus»: éste es el *focus* de toda la frase.

5. «Usum occasione rapiendae dominationes»: el término *dominatio* es mucho más que «poder», es casi tiranía (en el sentido de la experimentada en Grecia en la Edad clásica).

6. Cicerón, *Sobre los deberes*, III, 20, 82.

7. *Sobre los deberes*, II, 24, 84. Sobre este pasaje véase E. Gabba, «Per una interpretazione politica del "de officiis" di Cicerone», *Rendiconti Accademia dei Lincei*, s. VIII, 34, 1979, pp. 126 y 139.

8. Eurípides, *Las Fenicias*, 524-525 (Suetonio, *César*, 30, 5). En los aparatos críticos recientes (J. Diggle, *Euripidis Fabulae*, Oxford, 1994, p. 111) este testimonio antiguo del texto de Eurípides es ignorado completamente.

9. Es también muy significativo el sucesivo comentario de Cicerón, que se hace eco de la corriente antieuripideana de la crítica antigua (inaugurada por *Las ranas* de Aristófanes) y acusa a Eurípides de haber llevado a escena, a través de la máscara de Eteocles, aquel terrible precepto.

10. «I santi doveri» [los santos deberes] traduce E. Narducci (Milán, 1987): en griego es ἐυσέβεια, Cicerón traduce *pietas*. Pero está claro que que se trata de un juicio referido al mundo de la política, no de un genérico juicio ético. César no lo habrá entendido de otro modo.

11. Suetonio, *César*, 77: «Sullam nescisse litteras qui dictaturam deposuerit». Tito Ampio Balbo, tribuno en el 63 y pretor en el 58, pompeyano sin tacha, publicó después de la muerte de César una biografía destructiva del difunto dictador.

12. Véase *supra*, cap. I, «Huyendo de Sila: experiencias iniciales de un jóven aristocrático».

13. *César*, 4, 4-9.

14. *César*, 4, 8.

15. R. Syme, *Roman Revolution*, Oxford, 1939. Esta idea, ya defendida por Mommsen, ha tenido su más elocuente cantor en Carcopino (*Points de vue sur l'impérialisme romain*, París, 1934, pp. 89-115). Pero la respuesta más sensata, fruto de la experiencia concreta, que puede dirigirse a estas teorías mistificadoras está en el *Précis* del primer Napoleón (p. 214: «Les Romains étaient accoutumés à voir les rois dans les antichambres de leurs magistrats»).

Capítulo XVIII

1. Le pagó todas las deudas, que ascendían a 60 millones de sestercios.

2. [César], *Guerra gálica*, VIII, 52, 4. Desde 48,10 en adelante, el comentario octavo no es de César, sino de un redactor anónimo; los críticos modernos, sin tener buenas razones, consideran que se trata de Hircio. Sobre esto véase L. Canfora, «La lettera a Balbo e la formazione della raccolta cesariana», *ASNP*, s. III, 23, 1, 1993, pp. 79-103.

3. Plutarco, *Pompeyo*, 58, 5; Apiano, *Guerras civiles*, II, 30, 119. (Para Plutarco los votos en contra fueron 22.)

4. Desde Sila hasta Augusto fue un órgano que padeció repetidas veces purgas y sustituciones forzadas.

5. Por la profanación de las fiestas de la Bona Dea.

6. César, *Guerra civil*, I, 1, 2-3.

7. *Guerra civil*, I, 1, 4.

8. *Guerra civil*, I, 2, 1.

9. *Guerra civil*, I, 2, 8.

10. *Guerra civil*, I, 5, 1.

11. Dice, por ejemplo, «de imperio Caesaris», pero no aclara cuál fue la decisión.

12. *Guerra civil*, I, 5, 4.

13. *Guerra civil*, I, 5, 5.

14. *César*, 31,1: «Cum sublatam tribunorum intercessionem *ipsosque urbe* cessisse nuntiatum esset etc.» La crónica de aquellas horas, magníficamente sintetizada por Suetonio, *César*, 31-33, proviene ciertamente de Asinio Polión, testimonio activo dentro del círculo de los íntimos del procónsul: véase Plutarco, *César*, 32, 7.

15. Suetonio, *loc. cit.*

16. Y en efecto, apenas atravesaron el Rubicón, Labieno, el tenaz comandante de la guerra gálica, se pasará al otro bando.

17. Suetonio: «spectaculo publico interfuit».

18. Conocemos su casi maníaca dedicación a este *ludus*: Suetonio, *César*, 26, 3.

19. Suetonio: «ex consuetudine convivio se frequenti dedit». Es comprensible que querramos saber más sobre los *Tischgespräche* de aquella noche.

20. «Post solis occasum.»

21. Suetonio, *César*, 61.

22. Suetonio, *César*, 31: «mulis e proximo pistrino ad vehiculum iunctis».

23. «Occultissimum iter modico comitatu ingressus est.»

24. Suetonio, *César*, 31, 2: «reputans quantum moliretur, conversus ad proximos: "Etiam nunc", inquit, "regredi possumus"».

25. Plutarco, *César*, 32, 7. Es notable la identidad verbal con Suetonio («reputans quantum moliretur, conversus ad proximos etc.»). Suetonio, Plutarco y Apiano dan retazos de la misma narración: alguna vez son coincidentes.

26. Suetonio, *César*, 31. Se deberá leer «iacta alea esto», según la corrección de Erasmo, en base al cotejo con los lugares paralelos en Plutarco, *César*, 32 y *Pompeyo*, 60. Es la frase proverbial griega, conocida también por Menandro (fr. 59, 4 Koerte-Thierfelder): *est* en lugar de *esto* es una evidente trivialización.

27. *César*, 32, 7; en *Pompeyo*, 60, 4, el relato es sustancialmente igual, con la precisión de que estas palabras fueron dichas en griego: un tipo de precisión que, en el caso de la frase dicha en Farsalia, proviene de Asinio (véase Plutarco, *César*, 46, 1-2).

28. A su regreso a Atenas para su «segunda» tiranía colocó en su carro a una mujer de Tracia «hermosa y de grandísima estatura» y la hizo pasar por Atenea, que lo traía de nuevo a la ciudad (Herodoto, I, 60; Aristóteles, *Constitución de Atenas*, 14, 4). Cabe pensar que César conocía bien la historia de aquel «tirano democrático», como lo define Aristóteles. «A curious and very stricking story —comentan Butler y Cary acerca del relato suetoniano— if true, it must have been prearranged by Cesar» (H. E. Butler y M. Cary [eds.], *Suetoni Tranquilli Divus Iulius*, NuevaYork-Oxford, 1927, p. 85).

29. Por tanto, era una carta destinada a quedar en el ámbito familiar.

30. César, *Guerra civil*, I, 5, 4: «de amplissimis viris, tribunis plebis, gravissime acerbissimeque decernitur». Y poco más adelante los soldados prometen que están dispuestos a vengar la ofensa infligida a los tribunos (I, 7,8).

31. *César*, 33, 1: «adhibitis tribunis plebis, qui *pulsi* supervenerant».

32. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XVI, 11, 2: «nulla vi expulsi». Por lo demás, es un texto de tono sereno, donde Cicerón llama a Antonio «Antonius noster» y a César «amicus noster».

33. I, 5, 5.

34. I, 8, 1.

35. *Guerra civil*, I, 7, 8. Las noticias que aquí nos proporciona sobre los movimientos de las legiones son muy reticentes.

36. *César*, 31, 3.

37. *César*, 33, 1.

38. Livio, fr. 32 Weissenborn-Müller (= Orosio, VI, 15).

39. Así la definió, de modo pertinente, Eduard Meyer, *Caesars Monarchie und das Principat des Pompeius*, Stuttgart-Berlín, 1918, p. 291.

40. ¡Ni siquiera mencionado! Pero implícito en la rápida alusión en *Guerra civil*, I, 8, 1: «Visto el entusiasmo de los soldados, se traslada a Rímini.»

41. Plutarco, *César*, 3, 4.

42. *César*, 33.

43. Según Suetonio (que también en esto probablemente depende de Asinio), en las últimas filas veían agitar el anillo, pero no oían las palabras, ¡y muchos pensaron que estaba prometiendo a cada soldado el anillo ecuestre con el correspondiente censo!

44. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, X, 31, 2.

45. Suetonio, *César*, 56, 4.

46. Cicerón, *Bruto*, 262.

47. Suetonio, *César*, 33.

Capítulo XIX

1. En Corfinio la guarnición pompeyana se había rendido (el 21 de febrero del 49), comprendido Domicio Ahenobarbo, que estaba encargado de defender la ciudad del avance cesariano. César los dejó irse a todos libres. Y en esta carta explica el motivo.

2. Y piensa sobre todo en Cayo Mario.

3. Mientras tanto había habido dos «vueltas» de correo: la noticia de la capitulación de Corfinio había llegado a Roma, y de Roma le había llegado a César la carta de Opio y Balbo que aprobaban su táctica de apertura al diálogo aun después del inicio de las hostilidades.

4. Se deduce de la respuesta de Cicerón que cita: «el consejo que me das de pedir a César que me permita tener con Pompeyo un comportamiento idéntico al que he tenido con él» (Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 7, 3).

5. *Ibid.:* «sana mente scriptas litteras quo modo in tanta insania».

6. Medida de prudencia habitual para las declaraciones más comprometidas.

7. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 7A («Opio y Balbo a Cicerón»), 2.

8. Requerido enseguida también por Ático.

9. Pompeyo huirá de Brindisi el 17 de marzo rompiendo el asedio cesariano al puerto.

10. En la sangrienta batalla a las puertas de Roma.

11. «Nonnulla in mentem veniunt.»

12. En el fondo, la diferencia es la que ponía en evidencia Napoleón cuando en repetidas ocasiones hacía notar que César tenía de su parte a «le peuple».

13. Por ello Salustio intencionadamente, al día siguiente de los idus de marzo, escribirá la historia, extremadamente denigratoria, de una *coniuratio*, precisando que se trataba de un *primer caso* (*Conjuración de Catilina*, 4, 3: «sceleris novitate»): viniendo a decir que el antecedente de los llamados «liberadores» habían sido los catilinarios. No es casual que en aquella monografía sobresalga César, que impulsa a la *clementia*.

14. De otro modo, la alternativa es lo que podría definirse, tomando el ejemplo de un período histórico completamente diverso, el «antifascismo póstumo»; el cual, siendo practicado por imitadores de generaciones sucesivas, termina convirtiéndose en un acto literario.

15. «¡Novum illud exemplum!», pone Salustio en boca de César en el discurso al Senado contra la ejecución de los catilinarios (*Conjuración de Catilina*, 51, 27).

16. César, *Guerra civil*, I, 7.

17. César, *Guerra civil*, I, 4, 2.

18. *Epístolas a Ático*, IX, 14, 2 (del 25 de marzo del 49): «Cn. Carbonis, M. Bruti se poenas persequi omniumque eorum in quos Sulla crudelis hoc [= Pompeyo] socio fuisset.» «Alguien llega a contar, jurando que se trata de noticias auténticas, que César va diciendo que quiere vengar a Cneo Carbón, Marco Bruto [¡el padre del futuro asesino de César!] y a todos sobre los que se ha abatido la crueldad de Sila, al cual éste [= Pompeyo] había ayudado.»

19. IX, 15, 2 (del mismo día). El nombramiento de un *interrex* que proclamase a Sila *dictator* fue necesario porque ambos cónsules habían sido asesinados por los silanos.

20. VIII, 9A, 2 (del 25 de febrero).

21. VIII, 11, 2: «genus illud Sullani regni iam pridem appetitur multis qui una sunt cupientibus».

22. IX, 11, 3: «meras proscriptiones, meros Sullas» (Crasípides había dejado el campo de Pompeyo el 6 de marzo). Véase IX, 10, 2: «Cuántas veces habrá repetido: "Sila lo ha podido hacer, ¿y yo no?"»

23. IX, 10, 6 (del 18 de marzo): «il a son cœur depuis longtems déjà prurit de syllanisme et de proscriptions» (Bayet). El insólito *sullaturit*, corrompido en la tradición, se restablece para remitir a Quintiliano (*La formazione dell'oratore*, VIII, 3, 32).

24. IX, 7, 3 (del 13 de marzo).

25. *Filípicas*, XIII, 29.

26. Séneca, *La ira*, I, 20, 4: «qualis illa [vox] dira et abominanda "oderint dum metuant": Sullano scias saeculo scriptam»; II, 34, 3: «inter Sullanae crudelitatis exempla est quod ab re publica liberos proscriptorum submovit»; Plinio, *Historia natural*, IX, 123: «Sullana tempora.»

27. Es el cónsul del 57 que se había ocupado del retorno de Cicerón del exilio (véase F. Münzer, s.v. *Cornelius*, *RE*, IV, 1, n.o 238).

28. *Guerra civil*, I, 22.

29. La noticia está también en César, *Guerra civil*, I, 24, 4.

30. César, *Guerra civil*, I, 26, 2: «magnopere admirabatur Magium [...] non remitti».

31. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 13A («Balbo a Cicerón»).

32. También Balbo señala la extrema vaguedad de la información y observa que César debe de estar muy ocupado «si ha escrito *tam breviter* sobre un asunto tan importante».

33. Véase P. Fabre (ed.), César, *La guerre civile*, vol. I, París, 1936, p. 22, nota 1.

34. Véase a propósito de ésto F. Münzer, s.v. *Magiu*, *RE*, XIV, 1, n.o 9.

35. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 14, 1. Las palabras de César transcritas por Cicerón son: «nihil est quod potius faciamus».

36. *Epístolas a Ático*, IX, 14, 2.

37. Véase *infra*, cap. XXI, «Del Rubicón a Farsalia».

38. Quién era en realidad Numerio, y por qué César lo había retenido precisamente a él para entablar una negociación extrema con Pompeyo, dejando en cambio que los otros se fueran, es algo que temo que nunca se podrá saber. La única ilación que podemos hacer es que, por lo menos, lo conocía.

Capítulo XX

1. Esto es válido también en gran medida para el parlamentarismo moderno.

2. R. Syme, *Roman Revolution*, Oxford, 1939.

3. Horacio, *Odas*, II, 1, 1-3.

4. Y que por ello se han conservado.

5. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XI, 28 («Macio a Cicerón»), 2.

6. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, X, 31 («Asinio a Cicerón»), 2. La referencia es probablemente a Catón.

7. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XI, 27, 2.

8. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XI, 27, 4: «sive pudor sive officium sive fortuna». Una fórmula muy dubitativa que no da muestras de entusiasmo por la elección hecha.

9. XI, 28, 2.

10. El padre de Marco Bruto era aquel Marco Bruto a quien, según las voces que le habían llegado a Cicerón (*Epístolas a Ático*, IX, 14, 2), César decía que quería vengar iniciando las hostilidades con Pompeyo.

11. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XVI, 11, 2. No hay que olvidar el hecho de que, cuando decide publicar algunas de sus cartas, Cicerón elige precisamente las «de recomendación», y ha reunido sesenta en el que es para nosotros el decimotercer libro de las *Epístolas a los familiares*.

12. César, *Guerra civil*, I, 22, 3-4.

13. César, *Guerra civil*, I, 22, 5.

14. Cicerón, entre las hipótesis que prevé, cuando se pregunta (en la primavera del 49) cómo logrará César hacerse nombrar dictador, menciona la posiblilidad de una iniciativa por parte del *collegio degli auguri*.

15. Véase *supra* cap. I, «En fuga de Sila: experiencias iniciales de un joven aristócrata».

16. Veleyo II, 59, 3: «pontificatusque sacerdotio puerum honoravit»; Nicolás de Damasco, *Vida de Augusto*, 1 y 4; Cicerón, *Filípicas*, V, 46 y 53.

17. *Guerra civil*, III, 83.

18. Syme, *op. cit.*, p. 15.

19. Syme, «The Allegiance of Labienus», *JRS*, 28, 1938, pp. 113-125 (en especial p. 121).

20. Es probable también que Labieno haya acumulado su enorme riqueza en la Galia: Cicerón, *Epístolas a Ático*, VII, 7, 6 (¡donde Labieno es comparado, bajo este aspecto, con Mamurra!). También César hace una alusión muy clara a estas riquezas de su ex *alter ego* (*Guerra civil*, I, 15, 2).

21. Véase [César], *Guerra gálica*, VIII, 52, 2: donde Syme ve bien, al contrario que Mommsen.

22. *Guerra civil*, I, 4, 1: «veteres inimicitiae».

23. Donde por otro lado César no había sido ciertamente el único que se había opuesto.

24. *Guerra civil*, I, 30, 5.

25. *Ibid*.: «ex provincia fugit». La Penna ha apreciado bien la finura de esta página: «Tendenze e arte del Bellum civile» (*Maia*, 5, 1952), posteriormente en *Aspetti del pensiero storico latino*, Turín, 1978, p. 149.

26. *Guerra civil*, I, 32, 3.

27. *Guerra civil*, I, 30, 2: «Sardiniam obtinebat Cotta, Siciliam Cato.»

28. Muy diverso del tono despectivo de César es aquel con el que habla de Catón el redactor de la *Guerra de África*: recuérdese el ficticio discurso al hijo de Pompeyo, el comentario inmediatamente sucesivo y la patética descripción de la muerte del uticense. Un tal respeto por Catón es contrario a la polémica actitud cesariana. ¿Un indicio para saber quién fue el redactor?

Capítulo XXI

1. Hasta el año 45 las fechas son todas del calendario precedente al juliano.

2. Plutarco, *Pompeyo*, 60, 3 (y 57, 7); *César*, 33, 2; Apiano, *Guerras civiles*, II, 37.

3. Véase respecto a esto también F. Münzer, s.v. *Favonius*, *RE*, VI, 2, col. 2076, 1-2.

4. *Précis des guerres de César* par Napoléon, écrit par M. Marchand sous la dictée de l'Empereur (1819), París, 1836, p. 125.

5. Suetonio, *César*, 34 (y definía a Pompeyo y a los otros en fuga hacia Oriente como «generales sin ejército»).

6. «Se electricen» es la expresión empleada.

7. El primer precepto de las batallas antiguas es, como se sabe, tener más efectivos (o más naves) que el adversario. Ésta es la razón por la que César, obligado por el Senado a ceder dos legiones a Pompeyo «con el pretexto de la campaña contra los partos», había reestablecido rápidamente aquellas fuerzas con reclutamientos bastante irregulares en su provincia.

8. Aunque sería mejor decir: imagina.

9. También J. Carcopino (*Jules César*, París, 1968^{5}, pp. 370-371) se apoya, explícitamente, en el *Précis* de Bonaparte, pero se limita a considerar, en la misma línea de Mommsen, que las tropas de las que disponía Pompeyo en Italia no eran «ni homogéneas ni seguras».

10. Los hombres de las dos partes que trabajan para el enemigo son un factor decisivo, incluso en el plano historiográfico.

11. César, *Guerra civil*, I, 17, 1. Dispone de una información minuciosa de las operaciones más reservadas del campo enemigo.

12. *Ibid*.

13. *Guerra civil*, I, 17, 2. Para lograr animar a los soldados prometió cuatro fanegas de su propiedad para cada uno. Datos de este tipo permiten comprender qué significaba en aquella época el latifundio.

14. *Guerra civil*, I, 23, 1-2.

15. *Guerra civil*, I, 23, 3.

16. *Guerra civil*, I, 23, 4.

17. Pero que la tradición anticesariana, empezando por el *Bellum civile (Farsalia)* de Lucano, trata ampliamente.

18. *Guerra civil*, I, 14, 1.

19. Plutarco, *César*, 33, 3-4.

20. Th. Mommsen, *Storia di Roma*, 1854-1856.

21. Pompeyo se tranquilizó mucho cuando Labieno cambió de bando; véase Cicerón, *Epístolas a Ático*, VII, 13a, 3.

22. Apiano, *Guerras civiles*, II, 37, 147.

23. Cicerón, *Epístolas a Ático*, X, 8, 4 (del 2 de mayo del 49 desde Cuma): «[eius] omne consilium Themistocleum est». Temístocles había hecho evacuar Atenas, dejándola en manos de los persas, pero había conseguido la victoria decisiva con las naves y así había derrotado a los persas y reconquistado Atenas.

24. Pero Pompeyo no se disponía a hacer una guerra naval.

25. Tucídides, VII, 77, 7.

26. Conservado en el cuerpo de las cartas a Ático (IX, 6A; IX, 11A, etc.). Es poco probable que haya ido al Senado aquel 1 de abril.

27. Tuvo lugar entonces el último intento de César para llegar a un acuerdo con Pompeyo. El intermediario fue Numerio Magio (véase Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 13A). Pompeyo se atrincheró detras de un «¡tengo que consultar antes con los cónsules!» (César, *Guerra civil*, I, 26, 3-5). Sobre el episodio, véase *supra*, cap. XIX, «El "programa" cesariano: la búsqueda del consenso».

28. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 4, 2. Nótese que en X, 8 (del 2 de mayo del 49) establece la hipótesis de que estas cartas pueden ser interceptadas y que declaraciones demasiado explícitas sobre la guerra en curso pueden ser peligrosas.

29. La carta de César está transcrita en Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 6A y fue escrita por César durante la marcha de Arpi a Brindisi.

30. Para estos latifundistas no era una decisión fácil separarse de los propios intereses materiales de cada día, para seguir, pongamos por caso, las ideas de un «fanático» como Catón.

31. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 13A.

32. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 10.

33. Es la sesión senatorial de las recriminaciones (en la que Favonio se había burlado del Magno).

34. ἐν τοῖς ἐρωτιχοῖς (Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 10, 2).

35. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 11A.

36. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 11A, 2.

37. Cfr. Cicerón, *Epístolas a Ático*, VIII, 9, 1.

38. *Epístolas a Ático* VIII, 9 (29 o 30 de marzo del 49).

39. Cicerón, *Epístolas a Ático*, X, 8B: durante la marcha hacia Marsella.

40. Cicerón, *Epístolas a Ático*, VIII, 11, 2. Y prosigue: «¡Él aspira a un *regnum Sullanum*!»

41. César, *Guerra civil*, I, 34, 3.

42. *Guerra civil*, I, 35, 1-2.

43. *Guerra civil*, I, 35, 5.

44. *Guerra civil*, I, 36.

45. *Guerra civil*, II, 22.

46. Véase sobre esto R. Syme, «The Allegiance of Labienus», *JRS*, 28, 1938, pp. 113-125.

47. *Cambridge Ancient History*, vol. IX, en S. A. Cook, F. E. Adcock y M. P. Charlesworth (eds.), *The Roman Republic*.

48. Esto no había impedido ciertos intentos de amotinamiento: como cuando las cuatro legiones que habían vencido en España, acampadas en Piacenza, presionaban para poder saquear, como premio, la población civil. César respondió con la amenaza de diezmarlos (lo que no llevó a cabo, limitándose a castigar a los doce comandantes): Apiano, *Guerras civiles*, II, 191-196; Dión Casio, XLI, 26; Suetonio, *César*, 69, el cual precisa que los casos de amotinamiento contra César fueron rarísimos (y sólo durante la guerra civil), y que él «no cedió nunca ante los amotinados, sino que los afrontó siempre». En el capítulo anterior, Suetonio señalaba un episodio sintomático: al inicio de la campaña en los Balcanes, César fracasó al intentar bloquear a Pompeyo en Durazzo; «visto el resultado negativo del enfrentamiento, los soldados le pidieron por su propia iniciativa que los castigara; tanto fue así, que él tuvo que consolarlos más que castigarlos» (*César*, 68, 3). El episodio de Piacenza no es mencionado en los *Commentarii*.

49. Estructura primaria de la ciudad antigua: pero ahora proyectada sobre un horizonte mucho más amplio, y, por consiguiente, que necesita otras formas de *síntesis política*.

50. César, *Guerra civil*, II, 20-21. La guerra pompeyana de Varrón termina aquí. A él le encargará César, algún tiempo después (terminada la campaña de África), el grandioso proyecto de instituir en Roma una biblioteca pública greco-latina. Movilizar las fuerzas mejores, sin importar la tendencia de partido, es la piedra angular de la política cesariana.

51. La desafortunada campaña de Curión está contada (basándose en sus informes) en *La Guerra civil*, II, 23-44.

52. Sobre los detalles de esta operación véase *infra*, cap. XXXII, «La dictadura».

53. Allí, por un momento, pensó en suicidarse con veneno, pero el médico le administró un somnífero. Y al saber que César no pasaba por las armas a sus adversarios «corrió ante César y cogió su mano derecha» (Plutarco, *César*, 34, 6-8). Pero, una vez liberado, volvió a combatir contra él sin descanso.

54. César, *Guerra civil*, II, 22, 2-4.

55. César, *Guerra civil*, III, 83.

56. Equivale al 29 de junio del calendario juliano.

57. Ciertamente vistos con agrado por César.

58. En ese momento de gravísima dificultad fue cuando César intentó (según Plutarco, *César*, 38) forzar por sí solo el bloqueo, embarcándose de incógnito, vestido de esclavo, en una nave que remontaba el río Avo. La navegación fue desastrosa, y la nave, a pesar de los esfuerzos de César, que había cogido el timón personalmente, tuvo que regresar. De esta anécdota hay que destacar la conclusión: «los soldados, a su regreso, *le reprocharon mucho y se mostraron muy afligidos* porque él no había tenido confianza en poder vencer incluso contando con ellos solos» (38, 7). Es un indicio significativo de la relación con las tropas: un verdadera sociedad con sus propias leyes.

59. Es decir, el 16 de febrero juliano.

60. César, *Guerra civil*, III, 25-30.

61. Suetonio, *César*, 68, 2.

62. Hoy Piedra Blanca.

63. *Précis*, cit., p. 149.

64. César, *Guerra civil*, III, 71, 4. Aquí César le dedica una anotación fulminante y políticamente muy pertinente: Labieno mostraba una rabiosa hostilidad hacia los cesarianos «para que se tuviera confianza en él, que era un tránsfuga». Tiene bien clara la psicología de su ex colaborador: extremista y perseguidor precisamente a causa de una íntima inseguridad y por el deseo de hacerse aceptar.

65. *Guerra civil*, III, 87, 1-4.

66. *Guerra civil*, III, 87, 5-7.

67. Plutarco, *Pompeyo*, 76, 2-3: «Estalla en gemidos ante los amigos, reprochándose el haber dejado que lo convencieran para combatir con el ejército sin aprovechar de ningún modo la flota, que era indiscutiblemente la máxima fuerza de la que disponía; en cambio, no la había tenido al lado, para poder contar con su apoyo en el mar en el caso de una derrota en tierra firme. En efecto, ni Pompeyo cometió un error más grave ni hubo estratagema más acertada por parte de César que la de combatir lejos de la flota y sin su ayuda.»

68. Véase sobre esto las consideraciones de Napoleón, *Précis*, cit., p. 146.

69. *Guerra civil*, III, 90.

70. *Guerra civil*, III, 91, 2. César le dedica después un elogio fúnebre (ya que Crástino murió en Farsalia como consecuencia de un corte de espada en la cara): introduce además en los *Commentarii* la declaración de su gratitud a este soldado (*Guerra civil*, III, 99).

71. *Guerra civil*, III, 92, 1-3.

72. III, 92, 4: «animi incitatio atque alacritas naturaliter innata omnibus».

73. *Guerra civil*, III, 89, 4.

74. *Précis*, cit., pp. 152-53.

75. *Guerra civil*, III, 102, 1.

76. *Précis*, cit., p. 163.

77. Organizadores, mientras César estaba empantanado en Alejandría, de la revancha republicana en África, con la ayuda de Juba, rey de Numidia.

78. ¡Con dos legiones solamente!

79. Contrariamente a esta hipótesis, Adcock sostiene, también de manera conjetural, que César se alegró de la eliminación de Pompeyo por obra de los consejeros de Ptolomeo: «Después de Farsalia, ya no era posible un acuerdo. Pompeyo era demasiado importante, incluso para la clemencia de César, y su muerte, por su propia mano o por la de algún otro habría sido necesaria. Ahora, la buena suerte había eliminado al rival, sin necesidad de su intervención» (*Cambridge Ancient History*, cit., vol. VII, p. 597). A esta hipótesis se opone, en mi opinión, el texto de los *Commentarii* de la guerra civil, donde es bien patente, del inicio al fin, que la presión que otros ejercen sobre Pompeyo es el motivo para impedir acuerdos *in extremis* con César, incluso durante el asedio de Durazzo. César no escribe los *Commentarii* por asépticas razones eruditas, sino por razones políticas: ha querido dejar por escrito que, según él, un acuerdo era posible hasta el fin, y que Pompeyo era algo bien distinto de la *factio*, por ejemplo, de Domicio Ahenobarbo.

Capítulo XXII

1. Poseemos, en las *Epístolas a los familiares*, las cartas intercambiadas durante los años 51-48: en el segundo libro están las cartas de Cicerón a Celio (II, 816), mientras que todo el libro octavo está constituido por nada menos que 17 cartas de Celio a Cicerón.

2. *Guerra civil*, III, 20-22, 3 (véase también Dión Casio, XLII, 22, 1-25, con detalles diversos).

3. Véase César, *Guerra civil*, III, 1, 1-3 (e *infra*, cap. XXXII, «La dictadura»).

4. *Guerra civil*, III, 20, 3.

5. César en este pasaje de los *Commentarii* dialoga polémicamente con el ala extremista: su lenguaje y sus mistificaciones no tienen secretos para él.

6. *Guerra civil*, III, 20, 5.

7. *Guerra civil*, III, 21, 4.

8. En marzo del 48.

9. *Guerra civil*, III, 22, 4.

10. Plutarco, *Antonio*, 9-10, 2.

11. Frente a las dudas de J. André y de B. Haller, en las respectivas biografías de Asinio, véase Broughton, *MRR*, vol. III, p. 26: Asinio era tribuno en aquel año.

12. Livio, *Periocha*, 113.

13. XLII, 33.

14. Plutarco, *Antonio*, 10, 2.

Capítulo XXIII

1. Suetonio, *César*, 35, 1.

2. Lo que significó para la isla el dominio romano queda bien ilustrado por las gestas de usura de Marco Junio Bruto, del que ya hemos hablado; véase *supra*, cap. V, «Los "negocios" del señor Julio César y de otros».

3. Cicerón, *En defensa de Rabirio*, 22 y 28.

4. Valerio Máximo, IV, 1, 15.

5. Plutarco, *Antonio*, 25.

6. Apiano, *Guerras civiles*, II, 71, 296.

7. Plutarco, *Pompeyo*, 77, 7.

8. César, en el breve relato que dedica a este episodio (*Guerra civil*, III, 104), dice que Septimio había estado a las órdenes de Pompeyo en la época de la guerra contra los piratas, y que Pompeyo, cuando se lo encontró delante, lo reconoció.

9. Plutarco, *Pompeyo*, 78, 7 (= fragmento de tragedia incierta: 873, Radt).

10. César, *Guerra civil*, III, 106, 4: «Alexandriae de Pompei morte cognoscit.»

11. *Ibid*.: «e nave egrediens».

12. *Ibid*.: «quod fasces anteferrentur».

13. Según Plutarco, *César*, 48, 2.

14. Según una costumbre romana de cortar la cabeza del vencido y llevársela a la «autoridad», que tuvo su aplicación «masiva» durante las proscripciones triunvirales.

15. IX, 1010-1046.

16. IX, 1018: «absenti bellum civile peractum est».

17. IX, 1021: «hoc tecum percussum est sanguine foedus».

18. IX, 1022-1026.

19. IX, 1026-1027: «nec vile putaris hoc meritum, etc.».

20. IX, 1037-1038: «lacrimas non sponte cadentis effudit».

21. IX, 1041-1043.

22. Dión Casio, XLII, 7-8.

23. Dión Casio, XLII, 7, 2.

24. También este detalle se puede leer en Dión Casio, XLII, 7, 3.

25. Del texto de Dión se debe, pues, deducir que la cabeza de Pompeyo le fue llevada a César *a la nave* de la que no se decidía a bajar. Es también la dinámica de los hechos que conoce Lucano (IX, 1011). Por el contrario, César dice claramente que ha sabido de la muerte de Pompeyo *en Alejandría*.

26. Dión Casio, XLII, 8, 1.

27. Dión Casio, XLII, 8, 2-3.

28. J. Brambach, *Kleopatra*, Munich, 1995.

29. Veleyo, II, 53.

30. Pero no parece del todo fundada la cuestión que se plantea Brambach (¿por qué César no se ha dirigido a Pelusio sino a Alejandría?): por el contrario, este «error» lleva a pensar que César conocía en aquel momento menos de lo que los colaboradores de Ptolomeo sabían de él. En cambio, no es extraño que Pompeyo se haya dirigido, sin miedo a equivocarse, a Pelusio: fue a su campo a donde Cleopatra había acudido y de la situación de Egipto él estaba ciertamente bien informado.

31. *César*, 48, 2; *Pompeyo*, 80, 7.

32. *Pompeyo*, 80, 8. Aquí incluso llega a decir que Teodoto (el cual no perdió la vida en la guerra alejandrina) «logró sustraerse a la justicia de César».

33. En *Guerra civil*, III, 106, 2, César precisa que estaban con él apenas 3.200 hombres, es decir, muchos menos de los efectivos de dos legiones. La «carrera» después de Farsalia había comenzado inmediatamente y no se habían podido reemplazar los muertos ni los heridos.

34. Cicerón habla de César en Alejandría casi con fastidio, mientras permanece en Brindisi a la espera de «perdón» (*Epístolas a Ático*, XI, 15, 1).

35. *César*, 48, 5.

36. *César*, 48, 6.

37. Plutarco, *César*, 49, 4-5.

38. H. Bengtson, *Römische Geschichte*, Munich, 1970^{2}, p. 227.

39. *Précis des guerres de César* par Napoléon, écrit par M. Marchand sous la dictée de l'Empereur (1819), París, 1836, p. 163.

40. *Storia di Roma*, 1854-1856.

41. César, *Guerra civil*, III, 110, 2-3.

42. *Guerra civil*, III, 103, 2.

43. *Guerra civil*, III, 107, 2.

44. *Guerra de Alejandría*, 33, 2. El resto del libro se ocupa de otras guerras; el título es inapropiado.

45. El dato generalmente no está valorado: en el *Julio César* de Shakespeare, que transcurre durante los días inmediatamente anteriores e inmediatamente sucesivos al atentado, Cleopatra no aparece en absoluto.

46. Plutarco, *César*, 48, 9. César reaccionaba con tal iniciativa a la insolencia de Potino, que lo había exhortado a dejar Egipto y a ocuparse de sus grandes empresas.

47. Plutarco, *César*, 49, 1-3.

48. Plutarco, *Antonio*, 27: Cleopatra conversaba, sin intérprete, con etíopes, trogloditas, hebreos, árabes, sirios, etc., pero probablemente no conocía el latín. Las otras fuentes se desahogaron a su antojo: Dión Casio sostiene que Cleopatra «podía fascinar a cualquiera que se le pusiera delante» (XLII, 34).

49. Brambach (*op. cit.*, p. 78) lo pone de relieve con fina ironía. No entraremos en la discusión que se arrastra desde hace muchísimo tiempo en torno al inútil dilema de si Cleopatra tenía sobre todo encanto o también belleza: discusión en la cual dio su opinión incluso un austero como Blaise Pascal, al cual se debe una poco sensata y oscura observación sobre los efectos políticos e históricos de la forma de la nariz de la reina egipcia.

50. Dión Casio, XLII, 34, 3-4.

51. Diodoro, *Biblioteca histórica*, XVII, 52; Estrabón, *Geografía*, XVII, 1, 8.

52. El barrio Bruquion fue devastado a fines del siglo III, en tiempos del emperador Aureliano (270-275 d.C.), y fue entonces cuando el antiguo palacio, construido por Alejandro Magno, fue destruido.

53. Que Estrabón llama efectivamente τά ένδοτέρω βασίλεια (XVII, 1, 9).

54. César, *Guerra civil*, III, 111, 1: Aquila ocupaba ca si toda Alejandría «praeter eam oppidi partem quam Caesar cum militibus tenebat».

55. *Guerra civil*, IV, 111, 1.

56. X, 439-443.

57. Baste pensar en la morbosa descripción del banquete de la efímera reconciliación, en la que el poeta dedica una particular atención al atuendo provocativo de Cleopatra (X, 140-141).

58. *Guerra de Alejandría*, 1, 2: «per foramina in proxima aedificia arietes immittuntur».

59. *Guerra de Alejandría*, 1, 4.

60. Con ingenuidad profesoral, Adcock hace hincapié, en su relato, en el temperamento «fogoso» de Cleopatra y del mismo César (*Cambridge Ancient History*, vol. IX, *The Roman Republic*, ed. de S. A. Cook, F. E. Adcock y M. P. Charlesworth). Brambach (*op. cit.*, pp. 85-86) se ocupa incluso de la

transparencia de los velos de Cleopatra, siguiendo a Lucano.

61. *Op. cit.*, libro V, cap. X, p. 1064.

62. César, *Guerra civil*, III, 109, 5.

63. *Guerra civil*, III, 111, 1-3.

64. Muy bien descritos por Lucano, X, 439-454.

65. *Guerra civil*, III, 111, 6. Se salvaron, en cambio, las naves cesarianas, que estaban amarradas en la rada del palacio.

66. Dión Casio, XLII, 38, 2. Eran libros para la exportación, como se puede deducir de un valioso fragmento de Livio, que nos ha llegado gracias a Séneca (*La tranquilidad de espíritu*, 9, 5). Sobre esto véase L. Canfora, *La biblioteca scomparsa*, Palermo, 1986, pp. 139-143.

67. Plutarco, *César*, 49, 3.

68. *César y Cleopatra*, acto II.

69. *Guerra de Alejandría*, 5-6.

70. *Guerra de Alejandría*, 7.

71. César, *Guerra civil*, III, 112, 6 (= *Guerra de Alejandría*, 1, 1).

72. *Guerra de Alejandría*, 9.

73. *Guerra de Alejandría*, 10-11.

74. *Guerra de Alejandría*, 12.

75. A este episodio temerario está vinculada la noticia (tal vez legendaria) del salvamento, por parte de César, de valiosos papeles suyos (Plutarco, *César*, 49, 8; Suetonio, *César*, 64; Dión Casio, XLII, 40, 8), de los cuales, algunos piensan que eran los apuntes para los *Commentarii*.

76. El episodio de la batalla naval para la conquista de Faro ocupa la mayor parte del relato de la *Guerra de Alejandría* (caps. 14-22). Se recuerda escuetamente también el baño de César (21, 1) pero sin el detalle de los papeles salvados azarosamente.

77. *Guerra de Alejandría*, 23-24.

78. *Guerra de Alejandría*, 24, 3.

79. *Guerra de Alejandría*, 24, 6. Brambach (*op. cit.*, p. 94) señala a propósito de esto que, sacándose de encima a Ptolomeo, César creaba las premisas para excluirlo después de la inminente reorganización de Egipto, una vez dominada la rebelión. La reorganización beneficiaría sólo a Cleopatra, totalmente dependiente de él.

80. Padre del futuro Herodes el Grande.

81. El relato que sigue está basado en la única fuente seria que trata de esto: Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIV, 128-136. Pero la cifra de 1.500 se toma de un documento citado en *Antigüedades judaicas*, XIV, 193; Josefo habla en cambio de 3.000 hoplitas.

82. Acerca de todo esto, el relato de la *Guerra de Alejandría* es más bien reticente; véase *infra*, cap. XXIV, «César salvado por los judíos».

83. A partir de aquí, la *Guerra de Alejandría* vuelve a ser rica en detalles (caps. 27-32).

84. *Guerra de Alejandría*, 33, 1.

85. Se transformará en provincia después de Accio (31 a.C.), pero con mucha cautela y con algún incidente más bien serio.

86. Suetonio, *César*, 35, 1. Efectivamente, esto sucedió varias veces, antes y después de que Suetonio escribiera estas palabras. No hay razones para no creer que César haya temido efectivamente esto. Véase también Suetonio, *César*, 76, 3.

87. *Guerra de Alejandría*, 33, 3.

88. «Si permanerent in fide.»

89. La poesía de Horacio (*Odas*, I, 37) es un fiel reflejo de tal propaganda.

Capítulo XXIV

1. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIV, 130.

2. *Antigüedades judaicas*, XIV, 131-132.

3. *Antigüedades judaicas*, XIV, 133-135.

4. La existencia de esta carta está confirmada en la *Guerra de Alejandría*, 28, 1: «mittitur a Mithridate nuntius Caesari qui rem gestam perferret».

5. El autor de la *Guerra de Alejandría* cita la ayuda solicitada a los nabateos (cap. 1), pero no dice nada de los judíos (en 26, 3 atribuye a Mitrídates un mérito de Antipatro).

6. *Guerra de Alejandría*, 27, 4-5; 28, 1.

7. *Guerra de Alejandría*, 28, 2-32.

8. En Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIV, 138.

9. En Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIV, 139.

10. Pero esta frase puede significar también que Mitrídates se había movido *por sí solo* (véase *Guerra de Alejandría*, 26, 1).

11. Estrabón y Josefo dicen que había «tomado parte», y, en efecto, en los decretos cesarianos en favor de los judíos todo el mérito le era atribuido a Hircano: pero tal vez el sentido era que Hircano había asegurado todo el apoyo derivado de su autoridad. Josefo está interesado en citar a estos dos autores «gentiles», y nos da un precioso fragmento de Asinio y otro de Estrabón. Estrabón conocía con profundidad la situación de las dinastías locales: baste pensar en los detalles que proporciona acerca de Cecilio Baso.

12. *Guerra de Alejandría*, 26: «cum magnis copiis, quas celeriter [...] sua diligentia confecerat».

13. *Antigüedades judaicas*, XIV, 128 y 131-132.

14. *Guerra de Alejandría*, 1: «equites ab rege Nabataeorum evocat».

15. *Antigüedades judaicas*, XIV, 138. Fragmento ausente en el Peter.

16. Habla de ellos con mucho detalle y abundancia de testimonios en el libro XIV de *Antigüedades judaicas* y vuelve sobre ello en *Contra Apión* (II, 61).

17. Así nos da valiosas noticias sobre la inquietud judía bajo el gobierno cesariano de Siria.

18. Véase *Antigüedades judaicas*, XIV, 191, donde César escribe a los judíos: «para que este decreto sea fijado *en vuestro archivo*».

19. Véanse como ejemplo las vulgaridades antisemíticas de Horacio (*Sátiras*, I, 4, 143; 5, 100; 9, 70). Pero también Cicerón definía el monoteísmo de los judíos como «barbara superstitio»; hay también alusiones sarcásticas en la *Defensa de Flaco*, procónsul de Judea que Cicerón defiende de acusaciones por malversación. Tiberio relega a cuatro mil de ellos a Cerdeña, y Tácito comenta, refiriendo la opinión corriente en el Senado: «Si se hubieran muerto todos de malaria no habría sido un gran daño» (*Anales*, II, 85, 4).

20. *Antigüedades judaicas*, XIV, 144: el texto se encuentra en XIV, 200.

21. Véase XIV, 189, 199 y 212.

22. *Antigüedades judaicas*, XIV, 191-195.

23. Un reconocimiento que no era poco.

24. *Antigüedades judaicas*, XIV, 197.

25. *Antigüedades judaicas*, XIV, 211-12.

26. Suetonio, *César*, 84.

27. Que parte de la *Guerra de Alejandría*, 26 y va ramificándose hasta Livio, *Periocha*, 112; Dión Casio, XLII, 40-41; Plutarco, *César*, 58, etc.

28. Autor contemporáneo de Estrabón.

29. Esto, por lo demás, está confirmado también por César en su decreto (*Antigüedades judaicas*, XIV, 193).

30. *Antigüedades judaicas*, XIV, 137-139.

31. *Antigüedades judaicas*, XIV, 136.

32. *Antigüedades judaicas*, XIV, 128-136.

33. También aquí Asinio infringía las mentiras de los *Commentarii*.

34. La hipótesis más plausible es que fueran informes diversos, ensamblados con pequeños discursos de unión, *post mortem Caesaris*, para constituir el *corpus* que narraba sus vicisitudes.

35. Suetonio, *César*, 56.

36. Véase B. Haller, *Cius Asinius Pollio als Politiker und zeitkritischer Historiker*, Diss. Münster, 1967, p. 30.

37. Véase *Antigüedades judaicas*, XIV, 138.

38. El nexo entre Mitrídates Pergameno y el Eupator está señalado precisamente por Estrabón en *Geografía*, XIII, 625, además de en la *Guerra de Alejandría*, 78, 2.

39. En la obra *Sobre la lengua latina* (dedicada a Cicerón en el 44 a.C.).

40. *FGrHist*, 91: 11 de 19, pero se debería decir de 16, visto que 1-3 provienen del mismo Estrabón.

Capítulo XXV

1. Precisamente, la primera decisión de Cleopatra había sido a favor de Pompeyo.

2. *Guerra de Alejandría*, 65, 1.

3. César, *Guerra civil*, III, 102, 6.

4. Gracias a la actividad de Mitrídates de Pérgamo y a la tupida red de relaciones de Antipatro.

5. Apiano, *Guerras civiles*, III, 77, 312.

6. César, *Guerra civil*, III, 105, 2.

7. César, *Guerra civil*, III, 105, 4-5.

8. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIV, 199: «concedió que Hircano, hijo de Alejandro, y los hijos de él fueran sumos sacerdotes de Jerusalén y del pueblo». La fecha se deduce de las prescripciones. Véase A. Momigliano, «Ricerche sull'organizzazione della Giudea sotto il dominio romano (63 a.C.-70 d.C.)», *ASNP*, 1934, p. 194. Otros fechan de otro modo este decreto.

9. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIV, 192-193.

10. *Guerra de Alejandría*, 34, 3: «quarum altera in bello Alexandrino non occurrit».

11. La fecha exacta de la llegada de César a Siria se deduce indirectamente por un *terminus ante quem*. El decreto para la autonomía de Antioquía está fechado, según el calendario lunar sirio-macedonio, en el 23 artemiso, que corresponde al 16 de abril del calendario juliano y al 28 de junio del calendario prejuliano (W. Judeich, *Cäsar im Orient*, Leipzig, 1885, pp. 106-109).

12. *Guerra de Alejandría*, 66, 1: «paucis diebus in ea provincia consumptis». Antes del 16 de julio, Trebonio se había encontrado con César en Antioquía (Cicerón, *Epístolas a Ático*, XI, 20, 1).

13. *Guerra de Alejandría*, 65, 4: «reges, tyrannos, dynastas provinciae finitimos, qui omnes ad eum concurrerant, receptos in fidem».

14. *Ibid.*: «condicionibus impositis provinciae tuendae ac defendendae, dimittit et *sibi* et *populo Romano* amicissimos».

15. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIV, 140.

16. Giovanni Malala, *Cronaca*, p. 216, Bonn.

17. Giovanni Malala, *Cronaca*, p. 217, Bonn: «honoríficamente, la gran Antioquía cuenta el primer año a partir de Cayo Julio César». Véase sobre esto G. Downey, *A History of Antioch in Syria*, Princeton, 1961, pp. 157-158.

18. *Guerra de Alejandría*, 66, 1.

19. No tiene sentido aquí corregir *legionibus* con *legioni*. Aunque Dión Casio y Apiano hablen de *una* legión que se amotinó contra Sexto, esto no quita para que las legiones, en junio del 47, fueran dos: no está todo claro acerca de los desplazamientos de estos soldados después del amotinamiento.

20. *Guerra de Alejandría*, 66, 1.

21. Acerca de la descendencia de Sexto he recogido la información disponible en *Storici della rivoluzione romana*, Bari, 1974, p. 14 y nota 9.

22. Pronunciado a fines del 45 en casa de César, en defensa del tetrarca de Galacia, acusado retroactivamente de tramar contra el dictador.

23. Cicerón, *En defensa del rey Deyotaro*, 14: estas palabras no se pueden referir a Domicio Calvino, nombrado inmediatamente antes, ni tampoco destacan otros en el *entourage* de César durante los meses de la guerra alejandrina.

24. César, *Guerra civil*, II, 20, 7. Varrón había declarado que estaba dispuesto a entregar su legión al hombre que César hubiera designado.

25. En cuanto ex cónsul (en el 53 había sido colega de Valerio Mesala Rufo), Domicio tenía de todos modos mayor autoridad que Sexto, que en el 47 era cuestor.

26. Con algunos detalles inquietantes (véase XIV, 180: la «venta» a Herodes de un importante cargo).

27. Por ejemplo, la eliminación de Ezequías, despreciando totalmente la autoridad del Sanedrín.

28. *Guerra judaica*, I, 217.

29. Esto lo afirma Apiano, *Guerras civiles*, III, 77, 312, basándose en una fuente que merece atención, pero que puede ser vista con sospecha.

30. *Guerra de Alejandría*, 66, 1.

31. Su futuro asesino.

32. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XI, 13, 1; XI, 15, 2.

33. *Epístolas a los familiares*,XV, 15, 1.

34. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, VI, 6, 10.

35. Cicerón, *Filípicas*, II, 26.

36. Véase P. Wuilleumier (ed.), *Cicerón*, *Discours*, vol. XIX, París, 1959, p. 103.

37. Episodio bien conocido gracias a Suetonio, *César*, 63.

38. *Guerra de Alejandría*, 66, 2.

39. *Guerra de Alejandría*, 66, 3-4.

40. Cicerón, *En defensa del rey Deyotaro*, 14.

41. *Guerra de Alejandría*, 67.

42. *Guerra de Alejandría*, 67, 1.

43. *Guerra de Alejandría*, 67, 2.

44. En tiempos del primer consulado de César.

45. *Guerra de Alejandría*, 68.

46. *Guerra de Alejandría*, 68, 2.

47. *Guerra de Alejandría*, 69, 3.

48. *Guerra de Alejandría*, 70.

49. *Guerra de Alejandría*, 71, 1.

50. *Guerra de Alejandría*, 72, 2.

51. Yendo a ocupar exactamente la posición en la que Mitrídates había vencido a Triario (*Guerra de Alejandría*, 73, 2).

52. El redactor de la *Guerra de Alejandría* nos hace notar que, sin la ayuda de los dioses, habría sido arduo vencer aquella vez.

53. *Guerra de Alejandría*, 78, 1-2.

54. Suetonio, *César*, 37, 2. Según Plutarco —*César*, 50, 3—, aquellas palabras constituyen el mensaje, esencialísimo en la forma, escrito por César a Cayo Macio. Más genérico es Apiano, *Guerras civiles*, II, 91, 384, según el cual, César dirigió aquellas palabras «a Roma».

55. Suetonio, *César*, 35, 2.

56. «Más rápidamente de lo que se esperaban», precisa el autor de la *Guerra de Alejandría*, el cual, con esta anotación concluye su comentario.

Capítulo XXVI

1. *Précis des guerres de César* par Napoléon, écrit par M. Marchand sous la dictée de l'Empereur (1819), París, 1836, p. 207: «six mois maître du monde».

2. Hay que tener en cuenta que el 31 de enero del 45 comienza la reforma del calendario, a fin de poder calcular la duración de la campaña española.

3. Livio, *Periocha*, 115; Dión Casio, XLIII, 19-23.

4. *Epístolas a los familiares*, XV, 15.

5. Recordemos que César, *Guerra civil*, I, 30, 5, le hace decir a Catón en el momento de la fuga de Sicilia que Pompeyo los había llevado a todos a una guerra innecesaria y en un estado de general falta de preparación. Sobre Catón, ni pompeyano ni menos aún cesariano, sino «republicano», véase Séneca, *Epístolas a Lucilio*, 104, 29-33, así como 95, 70. Véase *supra*, cap. XX, «Amicitia».

6. De aquí el tono de la terrible carta, *Familiares*, XV, 19 de Casio a Cicerón, en la que Casio manifiesta todo su odio y desprecio por el hijo de Pompeyo.

7. Una señal de la confusión institucional durante la larga «aventura» de César en Alejandría se tuvo en aquel año 47: los cónsules fueron elegidos sólo a finales de año, cuando César regresó a Roma, y permanecieron en su cargo un par de meses. Eran personas muy discutibles, como el increíble Vatinio.

8. El futuro historiador.

9. Como solía llamarlos: véase Suetonio, *César*, 67, 2. Es significativo que Augusto haya prohibido el uso de este término, demasiado impregnado de guerra civil (Suetonio, *Augusto*, 25, 1). Sobre el episodio del amotinamiento: Plutarco, *César*, 51, 2; Apiano, *Guerras civiles*, II, 92-94; Dión Casio, XLII, 30, 52-55.

10. Si bien sólo nominalmente (Cicerón, *Segunda Filípica*, 64).

11. Plutarco, *César*, 51, 3.

12. *Guerra de África*, 1, 1.

13. El 31 de octubre del calendario juliano.

14. *Guerra civil*, II, 23-44.

15. Dión Casio, XLII, 10, 1-2; Plutarco, *Cicerón*, 39, 1-2; *Catón menor*, 55.

16. Dión Casio, XLII, 13, 3.

17. Plutarco, *Catón menor*, 56. Sobre la travesía del desierto da su mejor contribución Lucano (IX, 371-946).

18. *Guerra de África*, 20, 4.

19. *Guerra de África*, 7, 3.

20. La amplia descripción de este enfrentamiento ocupa los capítulos 12-18 de la *Guerra de África*.

21. El legionario podía reconocer a Labieno por haber militado antes con él: por eso arroja el yelmo para hacerse reconocer.

22. *Guerra de África*, 16.

23. *Guerra de África*, 26.

24. *Guerra de África*, 19.

25. *Guerra de África*, 32, 3.

26. *Guerra de África*, 26, 4.

27. *Guerra de África*, 56-57; Dión Casio, XLIII, 5.

28. Los detalles de este singular duelo se encuentran en *Guerra de África*, 94.

29. Dión Casio, XLIII, 27, 3; Cicerón, *Epístolas a Ático*, XIV, 20, 2: «De regina velim atque etiam de Caesare illo», es decir, el pequeño César.

30. Tal vez sólo una, pero sin encontrar resistencia.

31. También Deyotaro estaba de nuevo al acecho y escrutaba las noticias provenientes de África con alguna esperanza.

32. Acerca del estatuto de Tiro véase O. Eissfeldt, *RE* s.v. *Tyros* (n.o 3).

33. Dión Casio, XLVII, 26, 4. El testimonio que da Dión es el más detallado y fiable; el de Apiano, que ofrece en dos ocasiones (*Guerras civiles*, III, 77 = IV, 58), está falseado de manera increíble.

34. Cicerón, *En defensa del rey Deyotaro*, 25: «graves de te rumores, qui etiam furiosum illum Caecilium excitaverunt».

35. Dión Casio, XLVII, 26, 6-7.

36. Livio, *Periocha*, 114; Apiano, *Guerras civiles*, III, 77 (= IV, 58); Dión Casio, XLVII, 26, 7. Véase H. Botermann, *Die Soldaten und die römische Politik in der Zeit von Caesars Tod bis zur Begründung des Zweiten Triumvirats*, Munich, 1968, pp. 207208.

37. Dión Casio, XLVII, 27, 5: ¡alianzas pompeyanas!

38. Flavio Josefo, *Guerra judaica*, I, 217.

39. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XII, 11.

40. Este comportamiento hace todavía más sospechosa la versión (aislada) que Apiano (*Guerras civiles*, III, 77 = IV, 58) da de este asunto: según él, Cecilio Baso era un buen oficial cesariano ofendido por el indecente comportamiento de Sexto e impulsado al vértice del amotinamiento por los soldados: si en verdad hubiera sido así, no se comprendería la obstinada resistencia opuesta por los amotinados a los enviados de César. El único elemento válido de la información que recoge Apiano (que intenta demoler la figura de Sexto César) parece ser el retrato realista de Sexto, cuya falta de escrúpulos nos la revela también Flavio Josefo.

41. Apiano, *Guerras civiles*, III, 77, 312.

42. Si se tienen en cuenta los vínculos de los dinastas partos con Pompeyo, la cosa parece todavía más inverosímil.

43. A propósito de esto es útil recordar la circunlocución respetuosa pero circunspecta con la que Cicerón alude (probablemente) a Sexto César (ya difunto) en la *Defensa del rey Deyotaro* (§ 14).

44. En la desbandada que se produjo inmediatamente después de los idus de marzo, respecto a los «liberadores» en dificultades, establecía la hipótesis de que podían fugarse Décimo Bruto adonde Sexto Pompeyo o adonde Cecilio Baso (Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XI, 1, 4).

45. Estrabón, *Geografía*, XVI, 753.

46. Cicerón, *En defensa del rey Deyotaro*, 23.

47. Dión Casio, XLIII, 31, 1.

48. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XII, 17, 1.

49. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XII, 19, 1: «Bellum quod est in Syria Syriamque provinciam tibi tributam a Caesare ex tuis litteris cognovi.»

50. De Cilicia a Roma era necesario casi un mes de viaje.

51. Cicerón —*En defensa del rey Deyotaro*, 23— relaciona sin duda, dirigiéndose a César, a Cecilio con «illa causa» de hecho perdida.

52. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XII, 19, 2: «legiones quas [ad te] audio duci».

53. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XIV, 9, 3 (que refleja probablemente un despacho de Antistio a César, entregado en copia a Balbo; véase R. Syme, «Observations on the Roman Province of Syria», en W. M. Calder y J. Keil (eds.), *Anatolian Studies presented to W. H. Buckler*, Oxford, 1939, p. 320); Dión Casio, XLVII, 27, 4.

54. Suetonio, *César*, 83, 1. La fuente, de primera categoría, usada y citada aquí por Suetonio era el jurista, amigo de César, Quinto Elio Tuberón, autor además de una obra histórica (véase Gelio, VII, 3 y 4).

55. *Ibid*.: «pro contione».

56. Véase P. Voci, *Diritto ereditario romano*, vol. II, Milán, 1963^2, pp. 488 y ss. Agradezco a Mario Bretone las instructivas indicaciones que me ha proporcionado.

57. No se puede datar con total precisión. Pompeyo murió en septiembre del 48: después de esa fecha ya está en vigor otro testamento (y de hecho Tuberón, a través de Suetonio, llama *novissimum*, «el último», a aquel que es en favor de Octaviano).

58. Si es Sexto el «fidelissimus et probatissimus ex tuis omnibus» de *En defensa del rey Deyotaro*, 14.

59. *Précis*, cit., p. 206.

60. *Epitoma*, II, 13, 83: «quasi occupare mortem manu vellet».

61. Los apuntes de las lecciones de Mommsen —publicados por Barbara y Alexander Demandt bajo el título *Römische Kaisergeschichte* (Munich, 1992)— presentan, como inicio de la narración, precisamente el último año de vida de César.

62. Una visión consecuente de la *unidad* de la guerra civil es la que surge de la tradición liviana. A juzgar por las *periochae*, así como por la *Epitoma* liviana de Floro (II, 13), la idea que Livio proponía a sus lectores era que la guerra civil había empezado con el paso del Rubicón y había terminado con el cesaricidio. En las *periochae* leemos, de hecho, unas *inscriptiones* a los libros 109-116 («qui est civilis belli primus [...] octavus»). Estos libros se ocupan de la narración desde «causae civilium armorum» hasta los funerales de César y la rebelión de Amacio. ¿Esa calificación de los libros 109-116 como I-VIII de la guerra civil era de Livio? ¿Se trata de una indicación hecha en el curso del proceso de formación de las *periochae*? En el primer caso, muy bien podemos decir que la idea de que la conjura formaba parte de la guerra civil era ya de Livio. El octavo libro *belli civilis* comenzaba con el triunfo *ex Hispania*, es decir, con el regreso a Roma en septiembre del 45. *No comprende* hechos de guerra, y, sin embargo, está numerado como *belli civilis* por el suceso que lo ocupa enteramente: la conspiración (los signos precursores, el desarrollo, las consecuencias inmediatas hasta el funeral de César y la represión de Amacio por parte de Antonio). Esta presentación de la materia debían proporcionarla los libros mismos. Es significativo que, en cambio, el conflicto de los años 43-31 no esté clasificado de modo análogo, al menos a juzgar por las *perichae*.

63. *CIL*, I^2. 2, 885. Véase *Guerra de España*, 42, 6: «fasces imperiumque sibi arripuit».

64. Apiano, *Guerras civiles*, II, 103, 429: Suetonio —*César*, 56, 5— habla de 24 días.

65. *Guerra de España*, 3-4.

66. *Guerra de España*, 6-19.

67. *Guerra de España*, 29, 4: «mirificum, optandum tempus […] ad proelium committendum».

68. *Guerra de España*, 31, 1.

Capítulo XXVII

1. *FGrHist*, 90 F 127, 17. El valor polémico de estas falsificaciones está señalado por Jacoby en el comentario (p. 268, 14-18).

2. Véase *supra*, cap. XXVI, «La larga guerra civil», §§ 4, 6.

3. ¿Estaba también él por allí?

4. Suetonio, *Augusto*, 68: «adoptionem avunculi stupro meritum».

5. Suetonio, *Augusto*, 6.

6. Dión Casio, XLIII, 41.

7. Alude a la incauta celebración del triunfo sobre los hijos de Pompeyo.

8. Suetonio, *Augusto*, 94, 11.

9. *Ibid*.: «conservari ut omen victoriae iussit».

10. *Ibid*.: «ne quem alium sibi succedere quam sorosis nepotem vellet».

11. XLIII, 41, 2-3.

12. Ambas nociones están incluidas en «sibi succedere» del pasaje suetoniano.

13. Padre de Octaviano. Exactamente el contrario del ἐχδιαιτώμενον Sexto: ¡Toda la familia bajo el signo de la *sanctitas*!

14. II, 59, 3.

15. «Adsecutum se.»

16. Así pues, ¡el «milagro» del vástago de palma había tenido lugar cuando Octavio ni siquiera había llegado!

17. Sobre lo cual Antonio hacía graves insinuaciones.

18. Esto se ve claro en el nexo que Dión Casio establece entre el «milagro» de la palma en el campo de Munda y Octaviano.

19. II, 59, 3.

20. XLIII, 41.

21. Veleyo, II, 59, 4.

22. Nótese el imperfecto, que denota la *normalidad*, la *habitualidad prolongada*. Está clara la mistificación de los datos.

23. XLIII, 41, 3.

24. Que escribía hacia el año 20 a.C., cuando casi todos los testigos oculares de aquellos hechos estaban vivos, y, por tanto, no podía inventar de un modo demasiado radical.

25. Giulio Ossequente (§ 66) refería de Livio otro milagro relativo a la guerra de España: las diez águilas en efigie con los rayos entre las garras *(quae fulmina tenebant)* dejaron caer aquellos *fulmina* y desaparecieron en el cielo. Y Cneo Pompeyo *iunior* fue vencido y murió.

26. R. Syme, «Livy and Augustus», *Harvard Studies in Classical Philology*, 64, 1959, pp. 27-87, ha insistido, tal vez demasiado, en la subordinación de Livio respecto a la *verdad* del *princeps*.

27. Sobre esto véase J. M. Roddaz, *Marcus Agrippa*, Roma, 1984, p. 34.

28. Y él mismo daba al proyecto contra los partos una importancia excesiva (véase Suetonio, *Augusto*, 44).

29. Al *princeps* le gustaba intervenir sobre los puntos a los que él daba más importancia. Éste era el caso del botín ganado al jefe enemigo Cornelio Coso (véase Livio, IV, 20, 5-11).

30. Th. Mommsen, *Römisches Staatsrecht*, vol. I, Leipzig 1887,^{3} p. 673.

31. *Vida de Augusto*, 5, 13 (*FGrHist*, 90, F 127).

32. Suetonio, *Augusto*, 8, 1.

33. Además de Apiano, *Guerras civiles*, III, 9, 30 y Dión Casio, XLIII, 51, 7, véase *Fasti Capitolini* (ed. Degrassi) en el año 710 de Roma (= 44 a.C.).

34. *Guerras civiles*, III, 77 (= IV, 58).

35. Que probablemente Apiano aprovecha desde el principio del libro III, cuando precisamente entra en escena Octavio.

Capítulo XXVIII

1. La confusión mental de este hombre era grande. No se equivocaba César cuando decía de él con afectuosa ironía: «Bruto no sabe lo que quiere, pero lo quiere fuertemente.»

2. Cicerón, *Orador*, 35.

3. «Tantam quaestionem»: se mantiene en la imagen del «proceso» que podría ser planteado en perjuicio de esta obra.

4. Hay que excluir de todos modos que se trate de frases añadidas posteriormente por el orador, visto que la carta de Aulo Cecina (de la que hablaremos a continuación), fechada en diciembre del 46, las presupone.

5. La campaña de África, que terminará con el regreso de César a Italia a fines de julio.

6. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, VI, 7 («Cecina a Cicerón»), 4. El cliente no se expresaba así para criticar a su antiguo *patronus*; es más, él mismo se encontraba en una situación embarazosa, ocupado en escribir una palinodia después de haber difundido un ferocísimo ataque contra César (Suetonio, *César*, 75, 5).

7. Si se puede fechar en aquel mes la carta de Cicerón a Tirón, su secretario (*Epístolas a los familiares*, XVI, 22, 1), en la que manifiesta su preocupación por si los copistas no entendiesen bien la escritura de aquellas páginas recién compuestas. Véase sobre esto H. J. Tschiedel, *Caesars Anticato*, Darmstadt, 1981, p. 8.

8. Suetonio, *César*, 56, 5.

9. Tschiedel (*op. cit.*, p. 9) opina que el libro de Cicerón había sido difundido en noviembre, y que había llegado a finales de año a España al estado mayor de César.

10. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XII, 40, 1 (9 de mayo).

11. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XII, 41, 4 (11 de mayo).

12. «Legendo se dicit copiosiorem factum.»

13. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XIII, 46, 2.

14. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XII, 21 (17 de marzo del 45). Por tanto, el escrito ya se estaba gestando en marzo del 45.

15. Por lo demás, es lo que se desprende de la *Conjuración de Catilina*, de Salustio. Interesante coincidencia de inspiración.

16. En agosto del 45 apareció otro elogio, *Catón*, obra del epicúreo Marco Fadio Galo (Cicerón, *Epístolas a los familiares*, VII, 24, 1). Y otro más lo escribirá Munacio Rufo (Plutarco, *Catón menor* 37, 1). La lucha en torno a la muerte de Catón no termina nunca. Octaviano continuó hasta la vejez esta tradicional polémica: aun de viejo, daba lectura, haciéndose ayudar por Tiberio, de los *Rescripta Bruto de Catone* (Suetonio, *Augusto*, 85, 1).

17. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XIII, 59, 1 (23 de agosto del 45).

Capítulo XXIX

1. «Tantae latebrae tanti recessus [*scil.* in animis sunt]»: *En defensa de Marcelo*, 22.

2. *Filípicas*, II, 34.

3. Es extravagante, o quizá alusivo, que continúe aventurando la muerte por atentado como ¡el más obvio entre los peligros que pueden acechar a César! Pero, por otra parte, nosotros conocemos sólo una parte de los abortados atentados preparados contra César. Como, por ejemplo, el del amanuense Filemón, que «había prometido a sus enemigos envenenarlo» (Suetonio, *César*, 74, 1).

4. Cicerón, *En defensa de Marcelo*, 23: «si accedit […] sceleris etiam insidiarumque consensio».

5. *En defensa de Marcelo*, 31.

6. *En defensa de Marcelo*, 32: «ut vitae, ut saluti tuae consulas».

7. *Ibid.*: «subesse aliquid putas quod cavendum sit».

8. Cicerón, *Filípicas*, II, 14, 34.

9. El 18 de abril del 45 escribe a Cicerón. Lo sabemos por Cicerón, *Epístolas a Ático*, XII, 37A.

10. *Antonio* 13, 1-3.

11. Pero ésta es una inexactitud; véase F. Münzer, *RE* s.v. *Trebonius* (n.o 6).

12. Estos detalles no pueden provenir de otro que no sea Trebonio, el cual también ha escrito obras de las que tenemos noticia por Cicerón. Véase *Epístolas a los familiares*, XII, 16, 3: una poesía compuesta en el 44 acerca de Antonio; *Epístolas a los familiares*, XV, 21, 2-3: recopilación de *bons mots* de Cicerón (véase H. Bardon, *La littérature latine inconnue*, vol. I, París, 1952, pp. 272-364, nota 1).

13. El cual podía también ser hijo de César, amante asiduo y que nunca se había cansado de Servilia, madre de Bruto.

14. Pero una conspiración muy bien podría reducir el tiempo.

15. Véase *infra*, cap. XXXI, «La escena de las Lupercales».

16. Desde principios de octubre: Broughton, *MRR*, vol. II, p. 304.

17. *Guerra civil*, II, 1-6.

Capítulo XXX

1. Plutarco, *César*, 56, 4.

2. *Guerra de España*, 32-41.

3. Dión Casio, XLIII, 39.

4. Dión Casio, XLIII, 39, 4-5.

5. Suetonio, *César*, 37, 1; Plutarco, *César*, 56, 7; Dión Casio, XLIII, 42.

6. Napoleón (*Précis des guerres de César* par Napoléon, écrit par M. Marchand sous la dictée de l'Empereur [1819], París 1836, p. 207) señala que ni Mario ni Sila se habían atrevido a tanto.

7. Plutarco, *César*, 56, 8-9. Se consideró particularmente ofensivo, además de ridículo, que desfilasen como triunfadores también los dos legados Fabio y Pedio (sobrino del dictador): Dión Casio, XLIII, 42, 2.

8. Dión Casio, XLV, 10.

9. Veleyo, II, 73, 2.

10. La medida preventiva sobre la reducción de los inscritos a las *frumentationes* (Suetonio, *César*, 41, 5: mal interpretado por Plutarco, *César*, 55, 5, como indicio de una reducción de la población) testimoniaba, de todos modos, una profunda agitación de la composición social de la capital, además de subsanar arbitrariedades (por ejemplo, las introducidas por la legislación de Clodio en el 58).

11. *Précis*, cit., pp. 208-209.

12. Suetonio, *César*, 75, 4. Habían sido abatidas cuando llegó la noticia de la derrota de Pompeyo en Farsalia (Dión Casio, XLII, 18, 2).

13. Plutarco, *César*, 57, 6.

14. Suetonio, *César*, 75, 5.

15. *Précis*, cit., p. 209.

16. Curiosa y precursora intuición del fenómeno, indudable, de la formación de una «aristocracia obrera».

17. *Précis*, cit., p. 210.

18. Suetonio, *César*, 76, 1.

19. Sobre las ideas políticas de Suetonio véase la equilibrada página de E. Cizek, *Structures et idéologies dans les «Vies des Douze Césars» de Suétone*, BucarestParís, 1977, p. 179: de importancia particular la referencia a Plinio como «modelo».

20. Suetonio, *César*, 76, 1.

21. *CIL*, I^2, pp. 28 y 158. Cicerón ironiza (*Epístolas a los familiares*, VII, 30, 1): «¡ita Caninio consule scito neminem prandisse!».

22. *César*, 78; véase Livio, *Periocha*, 116.

23. Suetonio, *César*, 78, 2.

24. *Ibid*. Sobre Aquila en la conjuración véase Apiano, *Guerras civiles*, II, 113; Dión Casio, XLVI, 38, 3.

25. Suetonio, *César*, 79.

26. Plutarco, *César*, 57, 1.

27. Aristóteles, *Constitución de Atenas*, 22, 3.

28. Cicerón, *Sobre los deberes*, III, 82; Eurípides, *Las Fenicias*, 524; Suetonio, *César*, 30, 5.

29. Recordemos de paso que en el lenguaje político moderno, y hasta bien entrado el siglo XIX, «dictadura» era palabra «de izquierdas» (desde la dictadura de Garibaldi hasta la «dictadura del proletariado»). Véase sobre esto C. Vetter, «Dittatore e dittatura nel Risorgimento», *Studi Storici*, 39, 1998, pp. 768-807 y la bibliografía allí citada.

30. Cicerón, *Sobre el Estado*, VI, 12: «dictator rem publicam constituas oportebit, si impias propinquorum manus effugeris».

31. Gelio, VI, 1, 1; Carisio, en H. Keil, *Grammatici Latini*, vol. I, p. 147. También Higinio, bibliotecario de Augusto, escribió una biografía de aquel «princeps in re publica» que fue el Africano mayor.

32. Plutarco, *César*, 57, 2.

33. Plutarco, *César*, 57, 3.

34. Suetonio, *César*, 76-79; Plutarco, *César*, 60-66; Apiano, *Guerras civiles*, II, 107-110. Pero véanse, por listas parciales, Livio, *Periocha*, 116 y Dión Casio, XLIV, 1-12.

35. Suetonio, *César*, 89. Son exactamente las últimas palabras del libro.

36. Para el tercer libro, donde entra en escena Octavio, Apiano debe de haberse documentado ampliamente en las *Memorias* de Augusto; para el segundo dependía sobre todo de las *Guerras civiles* de Asinio Polión. No es importante aquí establecer si todo ha sido manipulado a su favor, por fuentes «intermedias», ni cuáles eran dichas fuentes.

37. Dión Casio, XLVIII, 1.

38. Veleyo, II, 58, 2.

39. Plutarco, *Bruto*, 7, 7; 10, 6.

40. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, X, 31 (16 de marzo del 43).

41. *César*, 76, 1.

42. Habla, justamente, como si se tratara de una guerra civil iniciada en el 50-49, y todavía en curso.

43. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, X, 31, 2-3 [«Asinio a Cicerón»].

44. Pero se percibe también, más allá de sus palabras, una limitación prudente, rica en posibles consecuencias: «omnes enim cives plane studeo esse salvos» (X, 31, 5).

45. Plutarco, *César*, 58, 6-7: una expedición que habría seguido el itinerario Partos, Ponto, Hircania, mar Caspio, Cáucaso, Escitia, Germania (Galia, Italia), parece el fruto de la fantasía de Julio Verne. Más moderado, Suetonio (*Augusto*, 8) habla únicamente de una campaña contra los partos y otra contra los dacios.

46. No faltan argumentos, ni documentos, que hagan pensar, también para César, en una dictadura *rei publicae constituendae*. Véase la discusión acerca de esto en Broughton, *MRR*, vol. III *(Suppl.)*, pp. 107-108.

47. El salto hacia un poder continuado indefinidamente en el tiempo tuvo lugar antes de que caducara la cuarta dictadura, es decir, antes de enero del 44. Lo demuestra un documento citado por Flavio Josefo (*Antigüedades judaicas*, XIV, 211).

48. La expresión es de Séneca rector, *Suasoriae*, I, 1.

49. Es un testimonio insigne la pareja de vidas concebida por Plutarco, así como la comparación entre los dos que Apiano ha querido poner al final del segundo libro de sus *Guerras civiles*.

50. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XV, 4, 2 (24 de mayo del 44).

51. *Epístolas a Ático*, XV, 4, 3: «ille enim numquam revertisset».

52. Acerca de la *vexata quaestio* de las aspiraciones a rey de César, la objeción más pertinente es la que formula Napoleón (*Précis*, cit., p. 214): el término *rex* — hacía notar— era impracticable, ¡los romanos estaban acostumbrados a ver a los reyes en las antecámaras de sus promagistrados! Un equilibrado análisis de esta cuestión se puede ver en F. Cassola y G. Labruna, *Linee di una storia delle istituzioni repubblicane*, Nápoles 1991^3, pp. 382-383. También acerca de la deificación en vida que César habría pretendido o deseado se ha escrito mucho: la visión más radicalmente favorable a tal hipótesis es la de G. Dobesch, «Wurde Caesar zu Lebzeiten in Rom als Staatsgott anerkannt?», suplemento XLIX de los *Jahreshefte. Österreichisches Archaeologisches Institut, Wien*, II, Viena, 1971, pp. 20-49. Pero es improbable que César haya ido más allá de un genérico «culto de la persona».

Capítulo XXXI

1. Nicolás de Damasco, *Vida de Augusto*, 20, 68; Suetonio, *César*, 79. Pero era en todo caso Cleopatra la que se había establecido en Roma, no sin cierto embarazo.

2. Es esto lo que quiere decir, creo, Nicolás de Damasco, *Vida de Augusto*, 20, 68.

3. Suetonio, *César*, 79, 4. El hombre era su tío materno Lucio Aurelio Cota, miembro anciano del colegio de los quindecenviros a los que era confiado el cuidado de los libros sibilinos.

4. Una «suplencia» que habría entrado en funciones con la partida de César a Oriente.

5. Nicolás de Damasco, *Vida de Augusto*, 20-21 (§§ 69-75).

6. Plutarco, *Antonio*, 12, 6.

7. Cicerón, *Filípicas*, II, 84-87; III, 12; XIII, 17; 31; 42.

8. Plutarco, *César*, 62, 10.

9. Después de la dictadura perpetua, ¿hasta dónde pretende llegar? ¿Qué peso iban a tener el resto de los magistrados en un cuadro constitucional de ese tipo?

10. Plutarco, *César*, 57, 2-3.

11. Y, *después*, Antonio inmediatamente se encontró con que tenía que resolver el problema Octaviano, lo que le obligó a asumir hasta el fondo el papel de «heredero político» de César.

12. Véase *supra*, cap. XXIX, «Indicios de conspiración». Plutarco conoce otros detalles sobre tales tramas contra César mientras vivió: *Bruto*, 8, 2; *Antonio*, 11, 6; *Obras morales*, 206f. A Octaviano le convenía que quedase memoria de tales noticias: una razón de peso para que Plutarco siguiera buscando todavía el rastro.

13. Un aspecto siempre incierto: ¿hasta qué punto Cicerón fue *conscius*?

14. Nicolás de Damasco, *Vida de Augusto*, 23, 81.

15. Su cargo en aquel momento, *praetor peregrinus*, no parece justificar tal presencia y colaboración en el lugar desde donde César asistía al rito junto al *magister equitum*.

16. Cicerón, *Filípicas*, II, 91: «ob metum proximi dictatoris».

17. *Filípicas*, I, 3: «vim regiae potestatis obsederat».

Capítulo XXXII

1. *Guerra civil*, II, 21, 5.

2. «Seseque dictatorem dictum.»

3. *Epístolas a Ático*, IX, 9, 3; IX, 15, 3.

4. Título que le correspondía a Cicerón después de los éxitos militares conseguidos en Cilicia, pero al cual Cicerón ciertamente no daba importancia, especialmente en aquellos momentos.

5. *Epístolas a Ático*, IX, 6A; IX, 16.

6. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 9, 3 (17 de marzo del 49).

7. Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 15, 2 (25 de marzo).

8. F. de Martino, *Storia della costituzione romana*, vol. III, Nápoles 1973^2, p. 228.

9. XLI, 36, 1.

10. *Guerra civil*, II, 48, 196.

11. Sobre la discusión de los problemas constitucionales relacionados con los preliminares de la dictadura de César véase De Martino, *op. cit.*, pp. 228-231 (en particular la nota 37).

12. Que algunos autores «augusteos», como Diógenes de Halicarnaso, insistieran en que el fin de Rómulo, asesinado por los senadores en el Senado, era el efecto de su tendencia a la tiranía, era un signo clarísimo de condena de los «errores» de César.

13. Contra esta hipótesis de Mommsen véase De Martino, *op. cit.*, p. 232.

14. *Guerra civil*, III, 1. Es justo definir éste que ha sido llamado tercer libro, «segundo» comentario. Sobre esto véase la edición del *Bellum civile* de A. Klotz, Leipzig, 1952^2, p. VI, y la ed. de P. Fabre (Collection Budé), vol. I, París, 1936, pp. XVI-XVII.

15. Véase Salustio, *Conjuración de Catilina*, 20, 13 y 21, 2; Cicerón, *Catilinarias*, 2, 8 y 18 y más en general Suetonio, *César*, 42, 3.

16. *Epístolas a Ático*, V, 21, 13.

17. *Guerra civil*, III, 1, 2-3.

18. *Guerra civil*, III, 20, 1. Sobre Celio véase *supra*, cap. XXII, «Contra la subversión».

19. *Guerra civil*, III, 21, 4.

20. *Guerra civil*, III, 22, 1: «[hizo circular la noticia] de que obraba por orden y por cuenta de Pompeyo».

21. *Guerra civil*, III, 21, 2.

22. Acabarán ambos de un modo dramático. Trebonio participará en la conjura contra César y será asesinado por orden de Dolabela en el 43, en Asia. Pedio será designado como colega en el consulado de Octaviano después del golpe de Estado de agosto del 43, pero morirá de improviso cuando estaban iniciando las proscripciones, a las que era contrario.

23. *Guerra civil*, III, 22, 4. Sobre todo esto véase *supra*, cap. XXII, «Contra la subversión».

24. *Guerra civil*, III, 1, 4.

25. *Guerra civil*, III, 1, 5.

26. Plutarco, *César*, 37, 2. Dión Casio (XLI, 18, 2) coloca esta disposición incluso al principio del conflicto, cuando César acababa de invadir Italia y todavía no había iniciado la campaña española contra Afranio y Petreyo. Pero es mucho más probable que la disposición se remonte precisamente a las iniciativas tomadas después de la formalización de sus poderes.

27. *Guerra civil*, III, 2, 1.

28. Véase Cicerón, *Epístolas a Ático*, IX, 7C: «... quem imitaturus non sum». Sobre esto véase *supra*, cap. XIX, «El «programa» cesariano: la búsqueda del consenso».

29. Suetonio, *César*, 11; Plutarco, *César*, 6, 1. Es un episodio diversamente fechado, pero que de todos modos se remonta al inicio de la carrera.

30. Suetonio, *César*, 75, 4.

Capítulo XXXIII

1. En la recensión al volumen de B. Farrington, «Science and Politics in Ancient World» (1939), *JRS*, 31, 1941, pp. 149-157 (ahora en A. Momigliano, *Secondo contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1960). Nos referimos en particular a la segunda parte de la recensión, titulada «Epicureans in Revolt».

2. Es emblemático el caso de la voz «Roma. Impero» en la *Enciclopedia Italiana* (XXIX, 1936), donde se lee que César «se había hecho una idea de sí mismo, que surgía del curso más profundo de toda la historia antigua» (p. 628) y de los conjurados se dice que confundían su libertad «con la libertad sin más» (p. 629: lo que es bastante cierto).

3. Ahora, gracias a C. Castner, *Prosopography of Roman Epicureans*, Francfort, 1988, tenemos las ideas más claras. La misma Castner (*op. cit.*, p. 31) alude a la fragilidad de la tesis defendida por Momigliano en *Epicureans in Revolt*.

4. *Secondo contributo*, cit., p. 380.

5. Suetonio, *César*, 84.

6. *Secondo contributo*, cit., p. 379.

7. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XV, 16, 3.

8. Ya J. Carcopino, *Les sécrets de la correspondence de Cicéron*, París, 1947, vol. II, p. 247, nota 6, le hizo a Momigliano esta objeción.

9. Horacio, *Odas*, III, 21, 9: «madet Socraticis sermonibus».

10. *Secondo contributo*, cit., p. 387. Un concepto bastante particular.

11. Véase Castner, *op. cit.*, p. 31.

12. Apiano, *Guerras civiles*, IV, 133, 561.

13. La mayor parte de las cartas intercambiadas entre ellos se encuentra al principio del duodécimo libro.

14. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XV, 16, 3.

15. Acerca de esto es muy útil el comentario de R. Y. Tyrrell y L. C. Purser, *Correspondance of M.T. Cicero*, vol. IV, Dublín-Londres, 1918^2, p. 523.

16. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XV, 15.

17. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XV, 15, 4.

18. «Ut futura animo perspicere posses» (XV, 15, 3).

19. Cicerón, *Filípicas*, II, 26. No tiene sentido hablar de una confusión, por parte de Cicerón, con el episodio de Lucio Casio del cual se habla en Suetonio, *César*, 63.

20. Pensarán en ello, no mucho después, los mismos cesarianos: como sabemos por la *Segunda Filípica*, 34.

21. Cicerón, *Epístolas a Ático*, II, 19 y 20.

22. Capítulo 37.

23. Véase sobre esto Castner, *op. cit.*, p. 31, y sobre todo F. E. Brenk, «In mist apparelled. Religious Themes in Plutarch's Moralia and Lives», *Mnemosyne*, Suppl. 48, Leiden, 1977, p. 124, nota 14.

24. *César*, 66.

25. Guiado, parece, por el libro de Mesala Corvino.

26. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XV, 16 (febrero del 45).

27. El desprecio con que Casio habla de «omnes Catii et Amafinii mali verborum interpretes» es idéntico al tono empleado por Cicerón contra éstos en las *Tusculanae*. Para Apiano (*Guerras civiles*, II, 112) es posible establecer la hipótesis de que el «enfrentamiento» por la pretura entre Bruto y Casio fuera sólo un montaje con miras a simular precisamente un desacuerdo entre los dos y a borrar la impresión de un excesivo entendimiento. La hipótesis que aquí Apiano (y su fuente) formula *refuerza* también la de una instrumental «conversión» en frío de Casio al epicureísmo.

28. «Iam biennium aut triennium est...»

29. Es un dictamen contenido en la *Epístola a Meneceo* (= Diógenes Laercio, X, 132).

30. Lo dice en griego porque quiere decir: «secuaz de Epicuro».

31. También aquí recurre al término griego, en cuanto término técnico de la polémica filosófica.

32. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XV, 19, 2-3 [«Casio a Cicerón»].

33. Cicerón, *Epístolas a Ático*, II, 19. Tyrrell y Purser confunden la carta «in enigmi», que tal vez no se conserva, con *Epístolas a los familiares*, V, 7, en la que Cicerón dice que le gustaría estar, respecto a Pompeyo, en el papel de Lelio de cara a Escipión. Por el contrario, es Cicerón mismo el que dice (*Epístolas a Ático*, II, 20) que no ha habido necesidad de recurrir a aquel código.

34. El cual, de todos modos, no estuvo implicado personalmente en la compra de los bienes de los proscritos.

35. Sobre esto véase *supra*, cap. I, «Huyendo de Sila: primeras experiencias de un joven aristocrático».

36. Sigue: «De hecho, no le faltan condenados que nos restituirá en su lugar.»

37. «Si tengo que hablarte todavía de política —decía Cicerón a Ático en otra carta del 59— *oscureceré mi opinión* con alegorías» (*Epístolas a Ático*, II, 20).

38. *Epístolas a los familiares*, XV, 19, 4.

39. De nuevo este término que tiene tanto espacio en la carta.

40. «Malo veterem et clementem dominum habere quam novum et crudelem experiri.» El retrato del joven Pompeyo es un retrato «silano» y esto se percibe con más claridad gracias a las frases precedentes, donde Sila era citado no ciertamente para hacerle un elogio, sino por oscuras alusiones.

Capítulo XXXIV

1. Bíbulo *iunior* combatió en Filipos (octubre del 42) a las órdenes de Bruto. Así pues, en el 44 era ya un adulto; y es evidente que había recogido las confidencias del mismo Bruto, y sobre todo de su madre, Porcia, muerta un poco antes que el marido (véase Cicerón, *Epístolas a Bruto*, I, 9, 2), la cual estaba bien al corriente de la conjura (Plutarco, *Bruto*, 13).

2. El término griego ἑταιρεία sólo puede haber sido elegido por Plutarco una vez considerado todo: es un término clarísimo y *técnico* del lenguaje político ateniense, del cual Plutarco era excelente conocedor.

3. Plutarco, *Bruto*, 7, 7.

4. Según Apiano (*Guerras civiles*, II, 112, 466), no se puede excluir que la disputa entre los dos fuera un montaje, «para que no resultase demasiado evidente la total colaboración conspiradora entre ellos». La hipótesis parece bastante improbable ante el detallado informe que Plutarco nos da del progresivo acercamiento de Casio a Bruto después del enfrentamiento por la pretura. La sospecha formulada por Apiano (es decir, por su fuente, probablemente) es interesante de por sí. Demuestra que camuflajes de este tipo, en aquella situación política, pudieron ser aventurados y que les parecieron posibles a los que se habían fundamentado en la narración de aquellos hechos. Dión Casio (XLIV, 14), al referir el episodio, conocido por Plutarco, de la «irrupción» de Porcia en el «secreto» (la gestación de la conjura) de su marido Bruto, le da a Bruto incluso el papel de iniciador de la conjura y lo presenta como el que hasta cierto punto «implicó a Casio». Pero todo el asunto de la disputa por la pretura urbana, así como la cuidada descripción plutarquea del papel de la «hetería de Casio», nos inducen a pensar que Dión, simplificando (véase 14, 3), había tenido alguna confusión.

5. Plutarco, *Bruto*, 7, 7.

6. Plutarco, *Bruto*, 6, 7.

7. Apiano, *Guerras civiles*, II, 121, 508; 122, 511; 123, 515; 142, 593, etc.

8. Así lo es, ciertamente, la fuente de Apiano.

9. Plutarco, *Bruto*, 7.

10. Plutarco, *Bruto*, 10.

11. Plutarco, *Bruto*, 10, 5.

12. Plutarco, *Bruto*, 9, 5.

13. Plutarco, *Bruto*, 9, 6.

14. Plutarco, *Bruto*, 5, 1.

15. Plutarco, *Bruto*, 10, 1.

16. Plutarco, *Bruto*, 8, 2: y poco antes (7, 6): «Si hubiera querido habría podido ser el primero y el más potente de los amigos de César.»

17. Cicerón, *Epístolas a los familiares*, XI, 1.

18. Plutarco, *Bruto*, 12, 5.

19. Entre otras cosas tenía en sus manos un instrumento «militar» importante: la escuela de los gladiadores *(ibid.)*.

20. Plutarco, *Bruto*, 11.

Capítulo XXXV

1. Capítulo 10.

2. Apiano, *Guerras civiles*, II, 112. Sobre el asunto y sobre el testimonio de Apiano véase *supra* capítulo XXXIV, nota 4.

3. Plutarco, *Bruto*, 10, 1.

4. No habrá sido, en el fondo, sin un motivo el hecho de que Plutarco, aun disponiendo de tradición bibliográfica sobre ambos, haya dedicado una *Vida* a Bruto, pero no a Casio. (Nada le habría impedido eventualmente escribir una vida «doble» como hizo en el caso de la biografía de los Gracos.) Una *Vida de Casio* la había escrito Opio, el fidelísimo de César con un *penchant* por las biografías (véase «Carisio», en H. Keil, *Grammatici Latini*, vol. I, p. 147). Pero ciertamente era una obra polémica de inspiración cesariana.

5. Tal vez por esto la tradición cercana a Bruto aprovechada por Plutarco en la *Vida de Bruto* sostenía que Cicerón no había sido informado (*Bruto*, 12, 2). Es lícito preguntarse si Cicerón formó parte de los «contactos» de Casio.

Capítulo XXXVI

1. *Bruto*, 10, 7.

2. Si es el mismo Estatilio del que Plutarco habla en la *Vida de Catón* (véase F. Münzer, *RE* s.v. *Statilius*, n.o 2 [1929]).

3. *Bruto*, 12, 3.

4. Plutarco, *Bruto*, 34, 4.

5. πόρρωθεν (*Bruto*, 12, 3).

6. *Roman Revolution*, Oxford 1939.

7. Lo que no le impidió, siempre que se trate de la misma persona, intentar suicidarse con Catón.

8. Séneca, *Los beneficios*, II, 20, 2.

Capítulo XXXVII

1. De Cicerón, *Filípicas*, II, 28 y 30 (= *ORF* n.o 159, VII Malcovati).

2. Hay una carta en la que Cicerón anuncia que Octaviano ha comenzado a visitarlo (*Epístolas a Ático*, XIV, 11, 2, del 20 de abril del 44).

3. *Epístolas a Ático*, XIV, 14, 4: «laetitiam quam oculis cepi iusto interitu tyranni».

4. E. T. Merrill (*Classical Philology*, 8, 1913, pp. 48-56) lo hace provenir de asuntos privados que se remontan al 47; J. Carcopino, *Les sécrets de la correspondance de Cicéron*, París, 1957[9], vol. II, p. 41, habla de «alegría salvaje», «deshumana», «más cruel que una puñalada».

5. *Filípicas*, II, 34.

6. *Filípicas*, II, 28.

7. Cicerón, *Orador*, 10, 35.

8. *Epístolas a los familiares*, XII, 3. O también aquellas palabras pronunciadas un poco después que dicen más o menos así: «si me hubieras invitado a cenar la noche antes del atentado, no tendríamos que soportar a Antonio» (*Epístolas a los familiares*, XII, 4, 1).

9. Véase *Epístolas a Ático*, XIII, 40, 1.

10. *Epístolas a Ático*, XII, 40, 2 (9 de mayo del 45): precisamente dos meses después de Munda, cuando había «saltado» también la última esperanza posible.

Capítulo XXXVIII

1. Suetonio, *César*, 81. Pero todavía más ricas respecto a esto son las informaciones de Plutarco, *César* 63-65 y *Bruto* 14-16.

2. Suetonio, *César*, 86, 1: «et quae renuntiarent amici neglexisse».

3. Un juramento que fue defendido por Cicerón en la *Defensa de Marcelo*.

4. Suetonio, *César*, 86, 2.

5. En *RE*, n.o 53, col. 991, 1-13.

6. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XIV, 21, 3. Véase XV, 4, 2 y en otros lugares (por ejemplo, la carta a Casio comprendida entre las *Epístolas a los familiares*, XII, 4, 1; véase *supra*, cap. XXXVII, nota 8.

7. Son las razones que se encuentran al principio del primer comentario de *De bello civile*.

Capítulo XXXIX

1. Suetonio, *César*, 87, 1.

2. *Ibid*.

3. Plutarco, *Bruto*, 12.

4. Suetonio, *César*, 81, 4.

5. Suetonio, *César*, 81, 3. Según Plutarco, *César*, 63, 8, también las ventanas.

6. Plutarco, *César*, 63, 9, sigue a Livio, el cual refería este episodio en el libro 116 de su *Historia*.

7. Suetonio, *César*, 81, 3.

8. Suetonio, *César*, 59.

9. Plutarco, *César*, 63, 11.

10. Plutarco, *César*, 64, 2.

11. Suetonio, *César*, 81, 4.

12. Plutarco, *César*, 64, 3-6.

13. Plutarco, *Bruto*, 14, 4.

14. Plutarco, *Bruto*, 14, 7.

15. Apiano, *Guerras civiles*, II, 116, 486.

16. Plutarco, *César*, 65, 2-3.

17. Suetonio, *César*, 81, 4.

18. Plutarco, *Bruto*, 15, 2.

19. Plutarco, *Bruto*, 14, 4; Apiano, *Guerras civiles* II, 115: su relato coincide puntualmente, en este caso, con el de Plutarco. Este Popilio Lena hace su aparición en tres cartas de Cicerón a Ático de marzo del 45 como persona a la que Cicerón confía encargos de una cierta delicadeza. Es nombrado siempre con Estatilio, que podría ser aquel al que Bruto intentó sin éxito atraer a la conjura (Plutarco, *Bruto*, 12, 3).

20. Plutarco, *Bruto*, 15, 5.

21. Plutarco, *Bruto*, 15, 9.

22. Plutarco, *Bruto*, 16, 1.

23. Para Plutarco, *Bruto*, 16, 3 este detalle es cierto. Está confirmado puntualmente por Apiano, *Guerras civiles*, II, 116, 487.

24. Plutarco, *Bruto*, 16, 4-5; Apiano, *Guerras civiles* II, 116, 487.

25. Plutarco, *Bruto*, 17, 1. En la *Vida de César* (66, 4) Plutarco dice que fue Décimo Bruto el que retuvo a Antonio fuera de la Curia, pero Cicerón (*Filípicas*, II, 34) confirma que fue Trebonio.

26. En *César*, 66, 2, Plutarco señala que eso congeniaba muy poco con las simpatías de Casio por la doctrina epicúrea; pero después comenta que dentro de la excitación general son comprensibles desviaciones de ese tipo respecto de los normales «razonamientos».

27. Plutarco, *Bruto*, 17, 3.

28. Suetonio, *César*, 82, 2: «Cascae brachium arreptum graphio traiecit.» El *graphium* es un punzón con el que se graba en la cera, escribiendo precisamente sobre tablillas enceradas.

29. 66, 9-10.

30. Suetonio, *César*, 82, 2.

31. χαὶσύτέχνον.

32. Escribonio Largo, p. 209 Helmreich.

33. Suetonio, *César*, 82, 3.

34. Plutarco, *César*, 66, 13.

35. Suetonio, *César*, 82, 4.

Capítulo XL

1. En el *César* de Plutarco no hay ni una palabra sobre lo que Antonio pudo decir o hacer al día siguiente del atentado.

2. Sobre esto véase M. A. Levi, *Ottaviano capoparte*, vol. I, Florencia, 1933, pp. 1-17.

Capítulo XLI

1. Plutarco, *Bruto*, 18, 6. En la *Vida de Antonio* (14, 1), éste se pone unas ropas «de esclavo». Lo mismo había hecho el año anterior ante la noticia de que César había muerto en Munda (*Antonio*, 10, 8).

2. Plutarco, *Bruto*, 18, 10-11.

3. Plutarco, *Bruto*, 18, 13.

4. Plutarco, *Bruto*, 19, 2-3.

5. Plutarco, *Antonio*, 14, 4: ἀνηρηχέναι δοχών ἐμφύλιον πόλεμον.

6. Plutarco, *Bruto*, 20, 1.

7. Plutarco, *Bruto*, 20, 2: τοῦ παντὸζ σφαλῆναι.

8. *Epístolas a los familiares*, XII, 4, 1 (véase *supra*, cap. XXXVII, nota 8 y cap. XXXVIII, nota 6).

9. Aparte de la incógnita de los primeros y desconcertantes pasos del jovencísimo Octaviano, que se había encontrado de improviso siendo «hijo de César».

10. Suetonio, *César*, 83, 1.

11. Suetonio, *César*, 83, 2.

12. *Ibid*.: «dejó al pueblo, para uso público, los jardines junto al Tíber, y un legado de 600 sestercios por cabeza».

13. Precisamente por ello, el que se opuso en su día a los solemnes funerales de Julia había sido Lucio Domicio Ahenobarbo, que en aquel momento (como Catón y como otros) les hacía la guerra a ambos.

14. Suetonio, *César*, 84, 1.

15. Plutarco, *Bruto*, 20, 4.

16. Plutarco, *Bruto*, 20, 5-7.

17. La fuente quiere dar a entender que de ese modo éstos eran profanados.

18. Análogo, aunque más breve, es el relato en la *Vida de Antonio* (14, 7-8).

19. Tal vez del lamento de Ayax antes del suicidio.

20. Apiano, *Guerras civiles*, II, 146, 611.

21. Suetonio, *César*, 84, 2.

22. Apiano, *Guerras civiles*, II, 147, 612-613.

23. Suetonio, *César*, 84, 3.

24. En el relato de Apiano, la sucesión de los hechos es ligeramente distinta: el intento de asalto a las casas de los cesaricidas y el escarnio de Cinna tienen lugar inmediatamente después de la aparición del muñeco de cera, y será sólo en un segundo momento, al fracasar el asalto contra los asesinos de César, cuando se hará la gran pira, no sin antes haber intentado enterrar a César «junto a los dioses» en lo alto del Capitolio, lo que fue impedido «por los sacerdotes» (*Guerras civiles*, II, 148, 615). Si esta reconstrucción fuera exacta, sería también la prueba de cómo la situación en aquel momento se le había escapado de las manos al mismo Antonio.

25. *César*, 68, 2-3; *Bruto*, 20, 7, 11; *Antonio*, 14, 8.

26. Suetonio, *César*, 84, 5. Véase a propósito de esto, *supra*, cap. XXIV, «César, salvado por los judíos».

27. Pero esto corresponde al otro Cinna.

28. Suetonio, *César*, 85.

29. Valerio Máximo IX, 15, 1: «ocularius medicus».

30. *Ibid*.

31. Nicolás de Damasco, *Vida de Augusto*, 32-33.

32. Según Valerio Máximo, IX, 15, 1.

33. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XII, 49, 1.

34. Apiano, *Guerras civiles*, III, 2, 3. El tono con el que Apiano habla de Amacio es muy respetuoso.

35. Los demás cesaricidas habían encontrado el modo de alejarse de una u otra manera de Roma.

36. Apiano, *Guerras civiles*, III, 3, 9.

37. Apiano, *Guerras civiles*, III, 4, 10.

Capítulo XLII

1. Que nos llega gracias a Séneca, *Cuestiones naturales*, V, 18, 4.

2. Suetonio, *César*, 47 (Gibbon se lo ha creído).

3. Wilamowitz, «Weltreich des Augustus» (en *Reden aus der Kriegszeit*, Berlín, 1915).

4. En el manuscrito de Ginebra (Z) leemos *de C. marior* en lugar de *de Caesare maiori* (o bien *maiore*). Es muy poco probable que en este pasaje Séneca designase a Mario como línea divisoria temporal de la historia de Roma, o que el lugar de Mario en la historia fuese permanente objeto de reflexión silogística para las generaciones posteriores *(vulgo dictatum)*. La comparación con la *periocha* 80 de Livio es lábil.

5. Tácito, *Anales*, IV, 34.

6. Fr. 61 Weissenborn-Müller.

7. Véase L. Canfora, *Studi di storiografia romana*, Bari, 1993, pp. 183-184.

8. Saint-Évremond, *Dissertation sur le mot de vaste* (1665-1670), reeditado por D. Bensoussan, París, 1998, p. 130.

9. Cicerón, *Filípicas*, II, 116. Véase *supra*, cap. XV, «El "libro negro" de la campaña gálica».

10. Plutarco, *César*, 14, 3.

Apéndice 1

1. Traducción de la versión al italiano de F. Dessì (Suetonio, *Vite dei Cesari*, ed. de S. Lanciotti, Milán, 1989^2, pp. 117-121) ya retocada por Canfora.

2. Véase *supra*, cap. III, «El ascenso de un líder».

3. Cicerón, *Bruto*, 261; Cicerón, *Fragmenta Epistularum*, ed. de W. S. Watt, Oxford, 1965^2, pp. 152-153.

4. *Divinatio* es un género de discurso judicial en el que «la causa es tratada *sine testibus et sine tabulis*, por lo que los jueces están obligados a seguir, únicamente, las argumentaciones, y por tanto es como si *adivinasen*» (así dice el PseudoAsconio, p. 99 Orelli). Pero el antiguo gramático propone también otras explicaciones; una de las cuales es la siguiente: «quia non de facto quaeritur, sed de futuro, quae est divinatio, uter debeat accusare». Este procedimiento se define también como «de acusador en fase de constitución» (véase Quintiliano, *La formación del orador*, VII, 4, 33; Gelio, *Las noches áticas*, II, 4). Es evidente por el contexto que, para Suetonio, la *divinatio* de César era el discurso, apenas citado, contra Dolabela: César había recurrido, para tal discurso, al *En defensa de los sardos* de Cayo Julio César Estrabón, pronunciado en una controversia análoga. Tenemos todavía un ejemplo de *divinatio* en el *corpus* de los discursos ciceronianos: *Divinatio in Quintum Caecilium.*

5. Bruto, en el *Bruto* ciceroniano (§ 261), dice que ha leído «bastantes».

6. Circulaban, sin el *placet* de los hombres políticos, sus discursos transcritos por expertos estenógrafos mientras ellos hablaban. Un caso célebre es el del discurso de Catón en el Senado a favor de la condena a muerte de los catilinarios: circuló porque los estenógrafos personales de César lo transcribieron mientras Catón hablaba (Plutarco, *Catón menor*, 23, 3).

7. Véase el apartado 2 de este apéndice, «La “fábrica” de lo falso».

8. Para estas palabras véase «La lettera a Balbo e la formazione de la raccolta cesariana», *ASNP*, s. III, 23, 1, 1993, pp. 80-81; véase también *supra*, cap. XIV, nota 80 y cap. XVII, nota 2. Éstas significan que el VIII comentario es de César, excepto el final.

9. Cicerón, *Bruto*, 262.

10. Es probablemente una frase sacada de una carta de Hircio. Sobre ésa, un falsario ha construido la disparatada *Epístola a Balbo*, que figura en los manuscritos cesarianos, delante del octavo comentario de la guerra gálica. En los manuscritos peores de Suetonio, este pasaje de Hircio ha sido «engrosado» en base a la falsa carta a Balbo (véase sobre esto el *art. cit. supra*, nota 8, pp. 89-92).

11. Quién sabe por qué Bertolt Brecht estaba convencido de que este poemita era una especie de *ars amandi* ovidiana (*Die Geschäfte des Herrn Julius Caesar*, Berlín, 1957: «aquellos terribles hexámetros que ha compuesto hace quince años y que lee siempre a las mujeres porque no encuentra argumentos»).

12. La estructura del capítulo 56 es muy clara: la distinción se hace entre lo que César «reliquit» y lo que «exstat». Estos últimos son los *inéditos*: *a*) *Eps. ad Senatum*; *b*) *Eps. ad Ciceronem et ad familiares*. Esto significa que en la colección cesariana «ad familiares» había también cartas a Cicerón. El que había ordenado aquel material lo había subdividido por corresponsales; y Cicerón tenía un puesto relevante en la colección. De lo que refiere Suetonio se deduce que eran textos no preparados para su publicación (todavía *en clave* en ciertos casos).

13. Cuya creación habría que fecharla entre el 44 y el 30/25 a.C., cuando Asinio elaboraba las *Historias*, y daba su parecer acerca de aquellos discursos.

14. Suetonio, *César*, 55, 3. Pero véase también Plutarco, *César*, 17, 7, que depende del valioso testimonio de Opio.

15. Cicerón lo acusa repetidamente de esto en la *Segunda Filípica*.

16. Desde VIII, 48, 10 de la *Guerra gálica* hasta el final (VIII, 55). No hay ninguna razón para negarle a César el octavo comentario, aparte, claro está, de los capítulos finales, introducidos por la breve premisa del redactor. Por otra parte, la «Epístola a Balbo» —como ya lo había puesto de relieve Otto Hirschfeld— no contiene ninguna clara reivindicación del octavo comentario como obra del autor de la carta («Hermes», 24, 1889, p. 102). En favor de tal atribución estaría, en rigor, sólo el hecho de que la carta se encuentre antes que aquel comentario.

17. El efecto de usar informes de otros está atestiguado por Asinio Polión (Suetonio, *César*, 56, 4).

18. Acerca de esto véase Meusel en el comentario cesariano para Weidmann (Kraner-Meusel, 1906, p. IX): «la mayor parte del libro II no es de César; el llamado II libro tiene otra procedencia». Imposible, en cambio, seguir las audaces hipótesis de R. Menge, *De auctoribus commentariorum de bello civili*, Weimar, 1873.

19. Se debe a las dos primeras palabras del texto.

20. *Guerra de Alejandría*, 78, 5: «rebus felicissime celerrimeque confectis in Italiam celerius omnium opinione venit». En el 65 había dicho: «había razones políticas para regresar a Roma pero he preferido organizar primero Oriente».

21. Véase *Guerra de Alejandría*, 4, 1: «ut *supra* demonstratum est», pero es alusión a *BC*, III, 112, 10.

22. *BC*, III, 106.

23. Impulsaba a esto el hecho de que no hubiera una cesura al paso del año (que caería poco antes del cap. 26).

24. Véase la numeración como *Belli civilis* de los libros 109-116.

25. Uno de los signos de la *gestión augusteana* es la total remoción de Asinio Polión.

26. Sobre esto véase cap. XXVII, «El vástago de palma: aparece el joven Octavio» (§ 6).

27. Suetonio, *Augusto*, 11; Tácito, *Anales*, I, 10, 2.

Apéndice 2

1. El dato más significativo de cara a la datación de su obra histórica es que ésa fue utilizada por Estrabón en sus *Historias*, compuestas en torno al 27-25 a.C. El hecho de que Estrabón ya usara a Asinio como fuente (véase Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIV, 137-138) es lo que permite suponer que la obra histórica de Asinio circulaba antes del 27-25 a.C., cuando Estrabón publicó su obra histórica. Josefo utiliza a Estrabón, y también a otros historiadores a los que cita expresamente para otros detalles: por ejemplo, a Ipsícrates para la etnografía del Oriente Próximo y de África. También la cronología de las *Odas*, II, 1 de Horacio nos ayuda: testimonia que Asinio tenía el trabajo muy avanzado.

2. Piénsese en todas las cartas de Hircio y Pansa hechas secuestrar por Octaviano al final de la llamada «guerra de Módena» (abril del 43).

3. *Epístolas a los familiares*, X, 30.

4. No han publicado, ciertamente, las cartas de César *ad familiares* (Suetonio, *César*, 56). Han publicado Bruto *ad familiares* para reivindicar su memoria.

5. Suetonio, *César*, 32 (véase Plutarco, *César*, 32, 7); Plutarco, *César*, 46, 2.

6. Suetonio, *César*, 34.

7. Suetonio, *César*, 36.

8. *BC*, I, 22.

9. Véase *supra*, cap. XVIII, «Asalto al mundo con cinco cohortes».

10. No es casual que Syme haya tomado aquella primera estrofa horaciana (*Odas*, II, 1), donde está *el planteamiento* de las *Historias* de Asinio Polión, como punto de partida de su *Revolución romana*.

11. *Antigüedades judaicas*, XIV, 137-139.

12. Pero prefiere utilizar a Asinio indirectamente a través de Estrabón. Tal vez porque maneja mejor las fuentes griegas.

13. Suetonio, *César*, 30: «haec eum ad verbum dixisse referens».

14. «Hoc voluerunt; tantis rebus gestis, Gaius Caesar condemnatus essem, nisi ab exercitu auxilium petissem.»

15. *César*, 46.

16. Es probable que en *César*, 46, 2 haya que invertir de lugar los dos adverbios: ἑλληνιστί y ῥωμαϊστί, pues de otro modo se da lugar a hipótesis inverosímiles, como la de que Asinio hubiera escrito en griego (esto lo pensaba alguien tan grande como Isacco Casaubon). Que en *César*, 46, 2 se da a entender que

César pronunció *in greco* aquellas palabras encuentra confirmación en Plutarco, *Pompeyo*, 60, 4, donde se lee que César había igualmente pronunciado *en griego* la célebre frase «¡Lancemos el dado!», ἀνερρίφθω χύβος, al pasar el Rubicón (y también en el caso de aquel dicho célebre la fuente era Polión; véase *César*, 32, 7).

17. Se puede pensar que Asinio diera también la cita «auténtica» en griego y que Plutarco la reprodujese fielmente del griego de Asinio.

18. También Flacelière señala a propósito de esto que «los romanos cultos se expresaban espontáneamente en griego cuando no querían ser entendidos por todos» (en Plutarque, *Vies*, vol. IX, París, 1975, p. 138).

19. Suetonio, *César*, 56.

20. Tal vez también Hircio (muerto en el 43) cuando decía, según cuanto afirma Suetonio: «*nosotros* sabemos lo deprisa que los había escrito», daba a entender que había pertenecido al *staff* del personal que «asistía» a la elaboración de los *Commentarii* durante las campañas. Pero también Polión estaba allí: y su juicio es válido para confirmar los hechos.

21. *César*, 56, 1: el cual daba testimonio de que ya él, un erudito que más que ningún otro estaba bien provisto de fuentes y documentos, no atribuía aquellos suplementos al *corpus* a ningún continuador.

22. P. Fabre, «Introducción a César», *La guerre civile*, vol. I, París, 1936, p. XXVI.

23. *Ibid*.

24. Véase B. Haller, *Caius Asinius Pollio als Politiker und zeitkritischer Historiker*, Münster, 1967, p. 33.

25. Suetonio, *César*, 30; Plutarco, *César*, 46, 2.

26. Véase Plutarco, *César*, 32, 7; 52, 8: aquí incluso se atribuía el papel de covencedor de la batalla de Tapso junto a César.

27. Suetonio, *César*, 55.

28. Plutarco, *César*, 46, 2.

29. *César*, 55-56.

30. Véase Haller, *op. cit.*, p. 35.

31. Asinio era también un amigo de la sociedad culta que a César le gustaba frecuentar (Catulo, Cinna, Calvo).

32. XL, 10.

33. Dión Casio, XL, 10, 5.

34. II, 73, 2.

35. *Cartas a Ático*, XVI, 4, 2.

36. Es probable que Tito Livio hablase de los fracasos de Asinio en España en el libro 120, en cuya primera parte contaba que Asinio y Lépido se habían unido a las tropas de Antonio en tiempos de la guerra de Módena. Hecho que suscitó la antipatía (recíproca) de Octaviano por Asinio.

37. E. Fraenkel, *Orazio*, 1957, ha glosado bien estos versos: véase *supra*, cap. X, nota 4.

38. *César*, 56.

39. *César*, 34.

40. En el caso de Bonaparte, el reconocimiento de la valentía de Kutuzov está en la obra inédita (son apuntes redactados en Santa Elena) que proceden del museo histórico de Moscú (¡«la campaña estaba perdida ya antes de las heladas de octubre»!). Son documentos llevados a Moscú (desde París) por el conde Grigorij Orlov en los años posteriores a la muerte de Napoleón (1821).

Apéndice 3

1. Según Plutarco, *César*, 3, 4. Ya en la carta que había escrito a Balbo para que le fuese mostrada a Cicerón, César había manifestado su admiración por el *estilo* del encomio ciceroniano por Catón (Cicerón, *Epístolas a Ático*, XIII, 46, 2 del 12 de agosto).

2. Sobre cuyos múltiples matices H. J. Tschiedel, *Caesars Anticato*, Darmstadt, 1981, pp. 76-78, proporciona un útil comentario.

3. *Bruto*, 261-262 (pero la cuestión del juicio sobre César se había abierto ya en el § 248).

4. *Bruto*, 141: «cuando llegues a la Galia». También la alusión que se encuentra en el § 19 al hecho de que, después del *De republica*, Cicerón no había escrito más tratados, coincide con la querida «fecha dramática» del *Brutus*.

5. Según el modelo platónico bien conocido por él, donde la fecha «dramática» *no coincide* con la fecha efectiva de composición.

6. *Bruto*, 231*: «*in hoc sermonem nostro statui, neminem eorum qui viverent nominare*»*.

7. *Bruto*, 248, 252, 261-262.

8. Es la conclusión que se saca claramente de la biografía que Cornelio Nepote dedica a Ático.

9. *Bruto*, 6: «theatrum […] spoliatum atque orbatum».

10. *Bruto*, 231: «para que no me arranquéis lo que yo pienso de cada uno de ellos».

11. Pero el *fuisse* con el que se cierra la frase que se refiere a él parece dar a entender que se está hablando de muertos.

12. Después de la cual Catón se suicida.

13. *Bruto*, 10: «No hay nada —dijo Bruto— que tú puedas querer oír o al menos que yo tenga el ánimo de garantizarte como seguro.»

14. K. Barwick en sus ediciones del *Brutus* (Heidelberg, 1949). La hipótesis es considerada como una buena vía para salir de las «dificultades» por A. E. Douglas (*M. Tulli Ciceronis Brutus*, Oxford, 1966, p. X).

15. La *finesse* consiste en el hecho de que, obviamente, es Cicerón el autor de aquel juicio, pero *por el diálogo* resulta que él no lo ha querido hacer, y es Ático el que lo ha pronunciado.

16. Después de todo, Cicerón no dejaba de ser el autor del cómico verso: «cedant arma togae», objeto de burla de los panfletistas filocesarianos (PseudoSalustio, *Invectiva in Ciceronem*, 3, 6).

17. *Bruto*, 261.

18. Este fragmento del epistolario no conservado entre Cicerón y Cornelio nos es dado por Suetonio (*César*, 55, 1), el cual establece inmediatamente el nexo entre esta carta y el *Brutus*.

19. Lo señalaba el historiador «republicano» Cremucio Cordo, el cual ciertamente conocía los dos textos, *Cato* y *Anticato*, en el discurso con el que en el Senado se defendió de la acusación de lesa majestad respecto al emperador Tiberio (año 25 d.C.: Tácito, *Anales*, IV, 34, 4).

20. *Ibid*.

21. Lucrecio, I, 79.

22. Véase sobre esto las observaciones de B. Németh, «Death of Cotta and Date of Lucretius», *Acta Classica* (Debrecen), 20, 1984, pp. 39-41.

23. Así como la de Bruto.

24. César no podía olvidar el sarcasmo antiepicureísta con el que el mismo Catón le había respondido en el Senado en la dramática discusión sobre el destino de los catilinarios (Salustio, *Conjuración de Catilina*, 52, 13).

25. Tucídides, IV, 17, 2 (véase IV, 82).

26. Salustio, *Guerra de Yugurta*, 85, 31-33.

27. Cicerón, *Epístolas a Ático*, XIII, 50, 1: «me legisse libros contra Catonem et vehementer probasse».

28. Conocemos este valioso texto gracias a Suetonio, *César*, 55.

29. Bruto, en el *Brutus* ciceroniano (§ 262), dice que ha leído «muchos» *(complures)*, evidentemente, no todos editados.

30. Palabras que dichas del sexualmente ambiguo y hermoso César tienen un singular regusto irónico. Todo literato en tiempos de opresión o de falta de libertad de expresión escribe para que el día de mañana se pueda decir: ¡ha ironizado!

31. Lo que en cambio, y punto por punto, hará Asinio: es el rasgo de su obra que más ha llamado la atención de los que han podido leerla.

Apéndice 4

1. Tácito, *Anales*, IV, 34, 5: «rescripta oratione, velut apud iudices».

2. El cual tal vez dijo de veras aquellas palabras en el Senado.

3. *César*, 73: «Catullum satis facientem.»

4. Véase la voz *Vitruvius* en *RE*, VIII A [1961], col. 441-446 (pero no todos los estudiosos aceptan esta identificación).

5. *Anales*, IV, 34: «set ipse divus Iulius et tulere ista et reliquere». El uso del «divus Iulius» no debe de haber sido casual aquí: poco antes Cremucio había dicho, con pertinencia, que a la *Laus Catonis* había replicado el «dictator Caesar».

6. Lo que aconseja volver a considerar la interpretación de Gibbon, Lachmann, Haupt, Fedeli y otros, del carmen 52 de Catulo como referido al año 47 (véase R. Ellis, *A Commentary on Catullus*, Oxford, 1889^2, p. LII). De hecho, en aquella composición son señalados con mucho desdén un Nonio «magistrado de la curia» y un Vatinio que «comete perjurio acerca del consulado». Y en el 47 Vatinio es cónsul durante algunos meses después del regreso de César de Oriente, y Nonio Asprenate es pretor (visto que es propretor en África en el 46; véase *Guerra de África*, 80, 4). Por otra parte, la indignación de Catulo será más comprensible contra un Vatinio que llega a ser de veras cónsul (en el 47) que sólo por un preanuncio no llevado a cabo como piensan Ellis (pp. 178-180) y muchos otros después de él, con el único objetivo de mantener la biografía catuliana dentro de las fechas, ciertamente sospechosas, proporcionadas, como es habitual, por Jerónimo.

7. «Brutus quia reges eiecit, consul factus est. /Hic [= César] quia consules eiecit rex postremo factus est» (Suetonio, *César*, 80, 3: epigrama escrito sobre una estatua de César la víspera del atentado).

8. Suetonio, *César*, 44, 2.

9. Suetonio, *César*, 56, 7.

10. Varrón, en el 60-59 había atacado ferozmente el triunvirato, obra maestra política de César, y vehículo de su carrera.

11. Suetonio, *César*, 35; Séneca, *La clemencia*, I, 9-10.

Apéndice 5

1. *Filípicas*, I, 3.

2. *Filípicas*, II, 115.

3. *Filípicas*, II, 91.

4. Creo que «propter proximum dictaturae metum» (91) se refiere al *metus* que Antonio había concebido de hecho al dictador apenas desaparecido. Se refiere a Antonio, que es el sujeto de toda la frase. Y creo que esto está confirmado por el hecho de que habla de *metus*.

5. Una fórmula que transformaba completamente el significado originario de la dictadura romana e iba mucho más lejos de la innovación silana.

6. Séneca, *La ira*, I, 20, 4.

7. Plutarco, *César*, 1, 1.

8. Pero la fuente debe de haber sido Teófanes de Mitilene (*Pompeyo*, 75).

9. En línea con el interlocutor «común» que se lamenta de la ineficacia de la providencia, frente al espectáculo continuo del mal, en la obra *Sobre la providencia* de Séneca.

10. Plutarco, *Pompeyo*, 75, 4-5.

11. Veleyo dirá que, gracias a Augusto, había vuelto «prisca illa et antiqua rei publicae forma» (II, 89, 4).

12. Tácito, *Historias*, I, 15-16.

13. Cicerón, *Epístolas a Ático*, VIII, 11, 1-2 (27 de febrero del 49).

14. Suetonio, *Augusto*, 35, 2.

15. Tácito, *Anales*, XVI, 22, 2 (año 66 d.C.).

Cronología

1. De los hechos significativos de la vida de César, hasta el fin de las campañas gálicas, disponemos generalmente de fechas indicativas. Sin embargo, de los años de guerra civil, las fuentes, y los *Comentarii* en primer lugar, proporcionan a menudo indicaciones cronológicas precisas. En estos casos las fechas se refieren, por este orden, al calendario prejuliano y al calendario juliano (según los sistemas de Le Verrier y Groebe).

El calendario prejuliano, basado en el año lunar (355 días), preveía la introducción de un mes intercalado de 22 (o 23) días cada dos años, con el fin de obtener, en un ciclo de cuatro años, un año de la duración media de 366 días, realizando así la adecuación al año solar. Pero la arbitrariedad de las intercalaciones, a cargo de los pontífices máximos, había determinado un progresivo desfase entre el calendario civil y el astronómico. Sólo la reforma cesariana llevada a cabo en el 46 permitió, a partir del 1 de enero del 45, la completa y definitiva parificación entre ambos calendarios (acerca de los problemas relativos al calendario romano véase P. Brind'Amour, *Le Calendrier romain. Recherches chronologiques*, Ottawa, 1983). Para establecer la equivalencia cronológica entre las fechas prejulianas y las julianas se recurre a dos diferentes sistemas de transformación, elaborados por U. Le Verrier (sistema adoptado por Napoleón III, *Histoire de Jules César*, vol. II, París, 1866, pp. 456484) y por P. Groebe (en W. Drumann y P. Groebe, *Geschichte Roms in seinem Übergange von der republikanischen zur monarchischen Verfassung*, Leipzig, 1906, vol. III, pp. 753-827). Las abreviaturas de las fuentes de los acontecimientos se encuentran al final de la cronología.

Julio Cesar
Un dictador democrático
Luciano Canfora

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Compañía
Imagen de la cubierta: Julio César (100-44 a.C). Busto de mármol romano. © Cordon.

Título original: *Giulio Cesare*

©: 1999, Gius. Laterza & Figli Spa. Roma-Bari

© De la traducción, Xavier Garí de Barbará; Alida Ares

© Editorial Planeta, S. A., 2000, 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2014

ISBN: 978-84-344-1896-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com